FRANCISCO J.
LEIRA CASTIÑEIRA

LOS NADIES DE LA GUERRA DE ESPAÑA

akal

Akal / Anverso

Francisco J. Leira Castiñeira

Los Nadies de la Guerra de España

akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Sueñan los *Nadies de la Guerra de España* que algún día llueva de pronto el reconocimiento que merecen, pero ni en llovizna les cae del cielo. Por contra, la tormenta del olvido les sigue empapando. Por mucho que nos llamen, solo tienen por respuesta el silencio. Después de tres años de guerra y cuatro décadas de dictadura, no se cuestionaron los relatos de los grandes nombres, las inamovibles dicotomías y la eterna narración de las dos Españas fratricidas que se mataron a garrotazos. Más de cuarenta democráticos años después, y a pesar del esfuerzo de activistas e historiadores, los Nadies siguen sin ser alguien, y parece que para nuestra sociedad resulta más cómodo así: los Nadies valen menos que el consenso que los olvidó.
Leira Castiñeira, en la presente obra, devuelve a los Nadies al lugar que les corresponde en las páginas de la Historia. Dando voz a María y Urania, a Juan, a Francisco y Dorinda… el autor nos muestra una época con muchas más aristas de lo que los relatos dominantes nos han legado.

«Francisco Leira, inusual historiador, nos presenta un original libro en el que rescata a los Nadies de la Guerra Civil que pocas veces salen en los libros de Historia. Así los lectores podrán comprender cómo una sociedad puede llegar a la barbarie, pero, también, cómo evitarla».
SOLEDAD GALLEGO-DÍAZ

«A través de una historia panorámica, la presente obra abarca el haz de temas que estalló en la Guerra Civil. La

pasión está contenida; la emoción, si acaso, debemos ponerla nosotros». SUSO DE TORO

«Leira Castiñeira aporta una serena luz al grave conflicto político, social y moral que fue la Guerra Civil española. La delicada forma con que aborda las historias de estos Nadies constituye un magnífico ejemplo de cuál es el verdadero camino de la reconciliación: fomentar espacios públicos y privados capaces de asumir y proteger una memoria de lo sucedido tan compleja como desdichada». ANNA CABALLÉ

Francisco J. Leira Castiñeira es doctor en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela, donde en la actualidad es contratado posdoctoral. Obtuvo el Premio Miguel Artola 2019, galardón de la Asociación de Historia Contemporánea y el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Asimismo, ha recibido el Premio en Ciencias Sociales Juana de Vega y una mención honorífica en el concurso de ensayo George Watt de la ALBA-VALB de Nueva York, ambos en 2012. En 2021 obtuvo un accésit en el Premio Javier Tusell de la Asociación de Historiadores del Presente. Ha sido visiting fellow en el University College Dublin.

Es autor de *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar* (2020), que va a ser traducido al gallego y al inglés, y editor (junto a Á. Alcalde y F. Chamberlin) de *The Crucible of Francoism: Combat, Violence, and Ideology in the Spanish Civil War*.

Realiza asimismo una importante labor de divulgación historiográfica en la web [memoriaehistoria.com].

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Francisco J. Leira Castiñeira, 2022

© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-5321-7

LOS NADIES

Sueñan las pulgas con comprarse un perro y sueñan los nadies con salir de pobres, que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte, que llueva a cántaros la buena suerte; pero la buena suerte no llueve ayer, ni hoy, ni mañana, ni nunca, ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte, por mucho que los nadies la llamen y aunque les pique la mano izquierda, o se levanten con el pie derecho, o empiecen el año cambiando de escoba.

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.

Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:

Que no son, aunque sean.

Que no hablan idiomas, sino dialectos.

Que no hacen arte, sino artesanía.

Que no practican cultura, sino folklore.

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.

Que no tienen nombre, sino número.

Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Eduardo Galeano, «Los nadies»
El libro de los abrazos (1989).

Dedicado a los Nadies,
que somos la mayoría.
Para que Caronte no nos
cruce a la orilla del olvido.

LOS NADIES, QUE CUESTAN MENOS QUE LA BALA QUE LOS MATA

Es habitual que surja el «síndrome del impostor» en algún momento de la escritura o publicación de cualquier texto. ¡Afortunados aquellos a los que no los acompaña esta maldición! Soy incapaz de superar el problema por mucho que mis maestros, colegas, compañeros o editor me digan que el escrito en cuestión es más que correcto. Cuando publiqué mi primer libro, de lo que pronto hará diez años, se me pasó por la cabeza comprar la exigua tirada y arrojarla a un contenedor de basura –de reciclaje de papel, ¡claro!–. Llegué a hacer cálculos de cuánto me costaría y hasta pensé en ir comprando mensualmente uno o dos ejemplares. Finalmente, no lo hice, no porque cambiase de opinión, sino porque no podía permitírmelo económicamente. Con el tiempo, comprendí que esas dudas formarían parte de mi profesión, si lo que quería era investigar.

Cuando escribes, te expones, y el resultado no solo depende de mi habilidad literaria, investigadora o divulgativa, sino de cómo vosotros, lectores, leéis lo que he escrito. Sois los verdaderos soberanos de las palabras escritas a continuación; si no me hago entender o doy pie a oscuridades y malinterpretaciones, es que he realizado mal mi trabajo. Por eso, me veo obligado a aclarar que posiblemente nunca he sentido tanta inseguridad como la que me invade ante las páginas que vienen a continuación.

Por este motivo, desde muy joven, antes de presentar un trabajo en el instituto o en la carrera universitaria, o ahora, al enviar un manuscrito a la editorial, le pido e, incluso, imploro a mi círculo de confianza que lea el texto para que dé su opinión –y crítica– sincera. Seguramente es algo que compartimos los que nos exponemos a escribir y publicar, desde ficción a lo que se conoce como *ciencias humanas* –en mi caso, la Historia–. El problema es que la Historia también es, en cierto modo, una narración con una pequeña dosis de «ficción» que depende del bagaje social, cultural y personal del autor. Esto no quiere decir que, tanto en este libro como en cualquiera de mis colegas, no se aplique un método analítico

histórico o que carezca de rigor. A pesar de haber consultado toda la documentación de archivo disponible, oficial y personal, una parte siempre será «ficción».

Quizá me haya sobrepasado con esta dosis de sinceridad. Para que no me critiquen en exceso mis colegas de profesión, es cierto que el término *ficción* puede resultar excesivo. Me explico: el pasado no existe, es siempre presente, y la línea que separa el recuerdo colectivo de la Historia como disciplina es excesivamente fina. Obviamente, no es algo que haya descubierto yo. Ha sido señalado, por ejemplo, por Pierre Vilar, entre otros. Sin embargo, sí que creo que estoy en la obligación de señalarlo ante el tipo de libro que tenéis entre manos. No quiero influiros con mi explicación de la Guerra Civil española, sino plantearos preguntas y haceros dudar sobre lo que conocéis sobre este pasado reciente y traumático. No quiero –y jamás lo voy a hacer– presentaros una verdad absoluta, sino una interpretación de unos acontecimientos que he reconstruido.

Creo que la Historia como disciplina, como ya dejé reflejado en *Soldados de Franco* (2020), es como la conocida parábola de los «sabios ciegos y el elefante». Como nunca he querido ser como esos sabios ciegos que discutían sobre un elefante –en mi caso, un acontecimiento histórico– que no habían visto, me someto, en ocasiones de manera excesiva, a una feroz autocrítica. Para aliviar mi síndrome del impostor y porque quiero que se entienda lo que escribo, mis primeros lectores son mis padres. Aunque poseen una gran cultura, no son historiadores, pero siempre me han aportado observaciones interesantes que he incorporado a los textos.

En el caso de este libro, uno de los capítulos lo leyó mi madre. Sorprendida, me dijo que le había gustado, pero que no parecía que fuese un texto histórico: no se acercaba a aquellos con los que ella estudió ni a los que se emplean para dar clase en los institutos en los que ella ha trabajado. Le asombraba que tratase de averiguar las motivaciones que tenía aquella persona que había vivido ochenta años antes que yo, que tratase de identificar sus posibles emociones y de comprender su contexto social y cultural. Le respondí, recogiendo las palabras de Vilar, que «comprender no es excusar y aclarar no es justificar»[1]; sería siempre conveniente contemplar a los protagonistas de la Historia desde su faceta más humana, para tratar de entender y aclarar, sin mayor pretensión que

la de ver a otro ser humano sumido en sus propios problemas e intentando salir de ellos.

Simplemente, presento una interpretación de ese «elefante» que no he visto ni veré. Del mismo modo, mi situación personal, laboral y mi propia trayectoria vital siempre van a influir de algún modo en mi análisis y reconstrucción de una realidad que ya no es o no existe por completo. Esto no implica que el libro sea menos riguroso *científicamente,* sino que, como todos, presenta ciertas limitaciones con las que he tenido que lidiar al pretender reconstruir la vida de los Nadies, «que no tienen nombre, sino número».

Por eso, junto con mi editor, se nos ocurrió titular este ensayo *Los Nadies de la Guerra de España,* tomando prestado un texto –y su reivindicación– del maestro Eduardo Galeano. Sin pretender «pasarle a la historia el cepillo a contrapelo», como decía Walter Benjamin, lo que deseo es darle voz a los que no la han tenido a causa del «historicismo». Quiero remarcar que no solo dársela a los «oprimidos» o, utilizando el lenguaje de la propaganda, a los «vencidos» de la guerra; también quise dársela a los considerados como «vencedores», porque ya son muchos los años que otros han estado hablando en su nombre. No quiero, como sugería Benjamin al criticar el «progreso», «salvar el pasado», pero sí que empaticemos con él, con aquellos protagonistas al margen de la Historia[2]. El objetivo quizá sí sea demasiado ambicioso: que tengamos la posibilidad de detectar los *tics* autoritarios que amenazan la democracia y podamos evitar la inercia de repetirlos y perpetuarlos.

Las personas a las que pongo nombre, imagen y voz en este libro, aunque en otra época y en un contexto distinto, representan lo que hoy somos como seres humanos. Fueron individuos con miedos, preocupaciones y contradicciones por los que hemos podido pasar cualquiera de nosotros, con independencia de ideologías, cultura o clase social. Por eso, me gustaría que sostuvierais este libro sin prejuicios y empatizarais con los protagonistas. Que quisierais «comprender» para, así, entender el camino que eligieron otros muchos Nadies que no he podido incluir. Finalmente, trataremos de averiguar juntos algunos de los porqués del devenir de la Historia de España. Por eso, al contrario que en otros ensayos, no habrá conclusiones, sino preguntas que tienen diversas repuestras y que deben fomentar el debate social.

Para ello, es conveniente tener en cuenta que, en ocasiones, los seres humanos, aunque racionales, no somos responsables de nuestro inconsciente. Por eso, es necesario introducir en el análisis histórico una suerte de psicoanálisis de las determinaciones que tomaron los individuos. Del mismo modo, como afirma Maurice Halbwachs, la memoria debe ser tenida en cuenta porque construye creencias colectivas que influyen en la elaboración de relatos del pasado. Sin embargo, siguiendo la propuesta de Antonio Cazorla, se propone sustituir el ambiguo concepto de memoria –histórica y colectiva– por el de Historia Pública, un espacio de debate en el que tienen «voz» los historiadores, la sociedad civil y el Estado. En ella, desempeña un papel fundamental lo que se conoce como memoria individual, que se cambiaría por «recuerdo», que siempre es colectivo debido a que se realiza dentro de un marco social y se modula a través de la interacción con él. Esta Historia de una parte de los Nadies de la Guerra Civil, de una parte de nuestro pasado reciente, se ha realizado dentro de esa Historia Pública de la que debemos ser partícipes toda la ciudadanía. Como dice Antonio Cazorla, la Historia Pública «no quiere decir que haya que forzar a nadie a tragar historia, sino que hay que buscar vías imaginativas para ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de aprenderla». Este libro es una propuesta no solo para que la aprendan, sino para que participen en el proceso de construcción del relato histórico, ya que todos los capítulos se realizaron con documentación personal o cedida por familiares[3].

Quiero dejar claro que no tenéis entre las manos un libro de Historia. Me refiero a que no es una Historia de España o, en concreto, de la Guerra Civil o el franquismo. Tampoco es un libro que trate de resumir «los supuestos aspectos más importantes» del conflicto y mucho menos un manual. Todos esos tratados tienen una pulsión que los une: la frialdad y la enorme distancia con la que se relata lo sucedido, como si solo incumbiese a un puñado de actores –casi siempre, hombres con poder y nombre propio– el devenir de lo sucedido. Esos otros, los Nadies, «que no son seres humanos», han tenido y tienen sentimientos o pensamientos incoherentes que entran en conflicto con lo que hacen –solo a nuestros ojos, que no a los de ellos–. Son personas que deben ser incorporadas a la narración del historiador más que elementos inanimados que acompañan de fondo el gran relato. Por lo tanto, acercarnos a ellos desde la periferia

nos abrirá un universo nuevo, más complejo, distinto, inexplicable en su totalidad, pero fundamental para aproximarnos a lo que sucedió.

No es mi pretensión reivindicar un modo de historiar que ya cultivan muchos otros colegas. No se trata de un trabajo biográfico, ni de microhistoria, ni historia local, ni una crónica, ni tampoco una «nueva» tendencia historiográfica –que, por otro lado, lo «novedoso» siempre termina convirtiéndose en «viejo»–. Reconozco que me nutrí de todas las novedades historiográficas realizadas hasta el momento para construir varios relatos que pudieran acercarnos a aquellos terribles años de violencia, confrontación, lucha, reivindicación, incertidumbre, cambio y miedo.

Desde que salió publicado *Soldados de Franco* y saqué adelante un proyecto personal, *memoriaehistoria.com,* recibí correos electrónicos de personas que me preguntaban cómo podían averiguar dónde había muerto su padre, dónde encontrar documentación sobre su abuelo, cómo saber en qué batallón estaba integrado su tío o en los que, simplemente, me enviaban fotografías de sus familiares. Era, si no la prueba, sí la muestra de que la sociedad manifiesta un interés por el pasado, por la Historia como disciplina. Queremos recordar lo que les ha ocurrido a nuestros antepasados cuando tenemos oportunidad y que no les engulla el olvido cuando no vivamos nosotros para recordarlos, pues es en nosotros en quienes reside la Historia Pública de todos los Nadies –que, al fin y al cabo, somos todos–. Por eso, aquella apreciación de mi madre tras la lectura de uno de los capítulos no era errónea del todo, sino que demostraba cómo al grueso de la sociedad llegó un tipo de Historia con el que no se sentían identificados. Está surgiendo en un sector de la sociedad una predisposición por mirar con otros ojos la Guerra Civil y el franquismo, ampliando el campo visual más allá de la propaganda y del relato político del que se está abusando actualmente.

La Historia la escribimos desde el presente y los historiadores somos hijos de nuestro tiempo. Por eso, es comprensible que hubiese un periodo en el que fuese necesario estudiar a los «grandes prohombres», partidos políticos, generales, instituciones o batallas. No voy a ser «adanista» y decir que soy yo quien comienza a estudiar a los Nadies de la Historia, a aquellos que han dejado poca documentación, que no salieron en la prensa, que no fueron protagonistas. Antes que yo, muchos otros se han

dedicado a hacer otras preguntas al pasado para obtener nuevas respuestas y, en ellas, el papel de los «que no son, aunque sean» es principal. Con el cambio generacional se empezó a estudiar el pasado de un modo distinto del que soy deudor. Afectó a toda la historiografía, también a los estudios de la guerra y el franquismo. Este cambio de paradigma historiográfico y social provocó que se pasase de analizar las instituciones o las batallas a las personas corrientes que las conformaban o que participaron en ellas.

Para explicar lo que ha ocurrido en la historiografía sobre el pasado reciente y sangriento, se puede usar, por un lado, el mito de la caverna de Platón y, por otro, la teoría del espejo de Lacan. El mito de la caverna, contenido en el libro VII de *La república.* Se basa en un grupo de prisioneros encadenados desde su infancia en una caverna. En el interior de esta, y a espaldas de los prisioneros, hay un fuego que proyectaba en la pared unas sombras que consideraban que era la realidad. Uno de ellos consigue escapar y decide avanzar en busca de la libertad. En un principio, el fuego lo ciega y, acostumbrado a la oscuridad de la caverna, casi retrocede y renuncia a su objetivo. Según Sócrates, este sería el primer estadio del conocimiento de los seres humanos. En la historiografía sucedió algo similar. El historicismo imperante en el siglo XIX, que, en cierto modo, legitimaba los Estados-nación, fue poco a poco cambiando gracias a una gran cantidad de historiadores que pudieron escapar de sus grilletes, en este caso, en forma de convencionalismos sociales y políticos, y comenzar a escribir otro tipo de Historia.

Sócrates explica cómo, al final, el recluso decide salir de la caverna y explorar por sí mismo la realidad, ya no mediatizada por los grilletes y el fuego. En un principio, como no estaba habituado a la luz exterior, tan solo podía ver sombras que se movían, pero ya eran distintas a las que veía dentro. Finalmente, es capaz de ver lo que hay a su alrededor de una manera más nítida, pero hay que tener en cuenta que estaba influido por su experiencia y por la perspectiva con la que ve las cosas. Para el filósofo griego, esta sería una segunda etapa de la creación del conocimiento. Siguiendo el símil, sería ese el proceso por el cual el conocimiento histórico adquiere un método y, progresivamente, comienza a preocuparse por otras cuestiones. Al carecer de esos grilletes, los historiadores también se liberan del papel que desarrollaron como agentes legitimadores de

proyectos políticos.

Sin embargo, el mito continúa. El preso liberado, convencido de haber contemplado la realidad tangible e intangible, cuando solo conoce lo que él ha podido ver y experimentar, vuelve a la caverna. Al regresar, la oscuridad y el fuego le molestan, y es incapaz de ver nada. Sus antiguos compañeros de presidio, al ver lo que le ha causado salir de allí, no solo se niegan a ir afuera, sino que no se creen lo que les cuenta, hasta el punto, según Sócrates, de que estarían dispuestos a matarlo para impedir que los llevase al exterior. Esta última parte es lo que debemos evitar. Tenemos que ser valientes a la hora de hacer preguntas al pasado, aun siendo conscientes de que no podremos responderlas, porque en ellas hay conocimiento sobre lo que fuimos. Además, tampoco debemos caer en el error que cometió el preso y creer que lo que hemos *visto* es la realidad, porque tan solo es una parte de un fresco más amplio, complejo y cambiante.

Por otra parte, Lacan afirmaba que si un ser viviente era capaz de reconocerse al mirarse en el espejo, era que tenía conciencia. Debemos salir de la caverna y atrevernos a mirarnos en el espejo del pasado desde el rigor metodológico; tenemos que aceptar lo que vemos proyectado de nosotros como sociedad, aunque nuestro propio reflejo nos resulte incómodo. Por eso, reivindico que debemos preguntar, buscar nuevas fuentes y dudar de todo. No debemos –ni podemos– ocultar nuestra Historia ni esconder lo que nos revela el espejo. La Guerra Civil y el franquismo deberían avergonzarnos como sociedad, pero eso no es motivo para ocultarlos, más bien todo lo contrario. Debemos mostrar lo que consideramos que ha sucedido, sin anteojeras políticas y politizadas.

Como los historiadores formamos parte de la sociedad civil, somos un prisionero más en la caverna. Debemos hacer lo posible para explicar la parte de la realidad que podemos relatar del pasado y, tras vernos en ese espejo, explicárselo a la sociedad, pero no como verdad revelada, sino como elementos de debate. Debemos quitarnos los grilletes y romper con los condicionamientos y categorías heredadas en torno a la Guerra Civil y el franquismo. Considero que es el modo más apropiado de que la Historia como disciplina tenga esa función social que deseamos. Debemos hacerlo desde y para la sociedad civil, con honestidad, precisión y sin maquillaje.

La existencia de esos prejuicios y categorías proviene nada menos que de la dictadura. De alguna manera, la democracia, al no cuestionarlos, los ha perpetuado, transformándose en cómplice de la traición a aquellas vidas dañadas o apagadas por la guerra, porque las sociedades no encajan con categorías predeterminadas y, en ocasiones, proceden de la propaganda que utilizan los actores políticos en la actualidad. De ahí sale la decisión de mirarnos al espejo, reconocernos, cuestionarse los tabúes, los prejuicios y las categorías o, al menos, intentarlo, y, así, acercarnos a comprender y a hacer comprensible ese *elefante* que es el pasado.

Se debe poner en duda la idea de las dos Españas condenadas a enfrentarse. A lo largo de la construcción del nacionalismo español, hubo dos grandes corrientes de pensamiento, aunque no se debe obviar que surgieron muchas más formas de entender el Estado. Esta división dual, incluso tripartita con el surgimiento de la Tercera España, no se puede aplicar a la sociedad civil de los años treinta –¡ni a ninguna!–. La pluralidad política, social y cultural nunca ha sido de rojos y azules, como demuestran los resultados a las elecciones de la Segunda República. Nada tenían que ver entre sí el Partido Republicano Radical Socialista (PRRS) de Alejandro Lerroux con la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) de Gil Robles o con Acción Española de Calvo Sotelo. Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS)ni siquiera tuvieron representación parlamentaria en 1936. Lo mismo ocurre con Izquierda Republicana (IR), los partidos nacionalistas, los agraristas, el anarquismo, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) o la exigua representación del Partido Comunista de España (PCE).

¿Existían pulsiones culturales que los unían? Por supuesto. ¿Hubo un Frente Popular (FP) y un Bloque Nacional? También. Pero el discurso político no es comprendido del mismo modo por todos los cuidadanos. Es cierto que la década de los treinta provocó un proceso de homogeneización y radicalización de los discursos políticos que los acercó al fascismo transnacional y al comunismo internacionalista. Sin embargo, este análisis, aunque cierto, no se puede aplicar a los individuos, que perciben los discursos de un modo distinto, que persiguen objetivos diferentes, que sufren por preocupaciones dispares y cuyo universo social, aunque influenciado por la alta política, permanece, en parte, separado de

ella. Esa codificación es diversa y depende de varios factores culturales, familiares, generacionales, laborales, sociales y residenciales, así como de otros muchos que nunca seremos capaces de conocer.

De este modo, se quiere resaltar que no hay una excepcionalidad española. La guerra y sus violentas consecuencias fueron evitables. En esta línea, la propuesta de una Tercera España defendida en la actualidad por muchos intelecturales, según los escritos de autores que se posicionaron en contra los dos bandos en la guerra, como Manuel Chaves Nogales, Juan Ramón Jiménez, Segundo Serrano Poncela o Miguel de Unamuno es interesado. Detrás se esconde un posicionamiento en favor del liberalismo político que, actualmente, es utilizado para defender la Transición, que cristalizó en un obligado pacto de silencio que terminó en olvido forzoso y, con él, en una inmunidad –¿o impunidad?– para el pasado y sus verdugos[4].

Por eso, la guerra no es el corolario de las guerras carlistas, la dictadura de Primo de Rivera, el golpe de Estado de 1932, la Revolución de Octubre de 1934 o la violencia política de la mal llamada *Primavera Sangrienta.* Nada de esto es extemporáneo a su tiempo, a pesar de los esfuerzos del revisionismo histórico para buscar culpables en acontecimientos anteriores al 17 de julio de 1936, cuando el Ejército acantonado en Marruecos se sublevó contra la Segunda República. No voy a negar que hubo violencia en las calles, grupos paramilitares de izquierda y derecha, asesinatos y atentados, pero no fueron auspiciados por ningún Gobierno. Como otros investigadores antes que yo han demostrado, en toda Europa existió el fenómeno paramilitar, incluso con más virulencia y presencia que en España[5]. En Francia o en el Reino Unido se produjeron escenarios de violencia en las calles de la misma magnitud que en España y no terminaron con una Guerra Civil y una dictadura de cuarenta años[6].

Para salir de los prejuicios y categorías heredadas, este libro recoge historias de personas corrientes. Algunas son más conocidas que otras, e incluso les dedicaron libros o calles. A través del escueto rastro que han dejado su vida y su muerte, quiero explicar el universo sociopolítico y cultural en el que han vivido. Asimismo, realizo una interpretación sobre sus posibles emociones y pensamientos volcados en memorias escritas, cartas, documentos oficiales y en recuerdo vivo que aún perdura de ellos.

Con ello, solo pretendo trasladaros lo que pudo suponer vivir aquel periodo, aunque queden numerosas sombras por conocer. No pretendo que, al terminar el libro, hayáis aprendido el contenido de la «ley Azaña», cómo se produjo el golpe de Estado, cómo se perpetró la represión sociopolítica o se desarrollaron las batallas militares. Los individuos, simplemente, son la excusa para haceros llegar una interpretación –reitero– basada en el rigor histórico de lo que creo que aconteció.

De ahí la importancia del contacto entre historiadores y sociedad civil para plantear otras preguntas, usar otros métodos y recorrer otros caminos. Así, podremos hacer útil la Historia en la construcción de una sociedad con más derechos. Por eso, os aconsejo que, tanto en este ejemplar como en cualquier ensayo histórico que decidáis leer, dudéis, pues en la duda surgen preguntas que, a lo mejor, no tienen respuesta inmediata, pero que son fundamento para la construcción del saber.

En castellano existe cierta ambigüedad con la palabra «historia», pero en inglés se diferencian dos tipos, los cuentos o anécdotas, llamados *stories,* y la disciplina, *History.* Estáis ante un libro de *stories* de diversas personas que se han transformado en *History.* Con ellas pretendí acercarme, observar y haceros partícipes de mi mirada al «espejo» del pasado, para tratar de explicar aspectos que afectaron de algún modo a cada uno de los protagonistas. Siendo justo, esto no podría conseguirlo sin la generosidad, el cuidado y el respeto de muchas familias, y sin proyectos de investigación y cronistas locales –la mayor parte de las veces, tratados con desdén desde la academia– que se preocuparon por conservar una lógica de Historia Pública. Al acercarnos a sus vidas, desde la distancia ya citada, comprobaréis que el pasado es más bonito, porque es más diverso de lo que creemos y de lo que nos han hecho creer.

Obviamente, no voy a negar que la Segunda República se proclamó el 14 de abril de 1931 ni que la Guerra Civil terminó con el Parte de la Victoria del 1 de abril de 1939. Tampoco que la contienda comenzó el 18 de julio de 1936 como consecuencia de un golpe de Estado ejecutado por un sector *fascistizado* del Ejército y una parte de la sociedad. Tampoco que se impuso una dictadura que fue capaz de adaptarse a las circunstancias históricas para sobrevivir hasta la muerte del dictador *en su cama.*

Pero la Historia, y reitero que no es invención mía, no solo es política. Los Nadies que aquí se presentan demuestran que la guerra y sus

consecuencias, que no el enfrentamiento ni el odio, continuaron en su memoria e, incluso, fueron legados a sus descendientes, con independencia de la ideología, clase social o cultura. Por lo tanto, la Guerra Civil, que no el *guerracivilismo* que abanderan algunos partidos políticos, ha terminado, pero continúa presente en la memoria colectiva y nos influye en la forma en la que nos constituimos como sociedad.

Necesitamos mirarnos en el espejo para reconocernos y aceptarnos, algo fundamental para construir un futuro democrático empático y considerado con otras posturas. No podemos dejar que caigan en saco roto todas estas historias y permitir que se conviertan en meras calles, plazas o estatuas vacías de contenido y significado con el paso de los años y que, como decía Javier Krahe, solo «sirvan de adorno bajo un bloque de granito». Tampoco debemos consentir que sus pertenencias se pudran en olvidadas cajas en trasteros y desvanes. Pero, si para algo debe servir la Historia Pública, es para ser más críticos con los gobernantes y proyectar un futuro democrático en el que no tenga cabida cualquier pensamiento que no defienda los derechos humanos.

Del mismo modo que con la lectura de este libro se puede percibir que la Guerra Civil continúa presente, tampoco se puede explicar sin ella lo que ocurrió décadas antes. Es útil para intentar averiguar algunos comportamientos que se produjeron en la sociedad y para comprender la evolución política y cultural del contexto en el que tuvo lugar un golpe de Estado. Hubo otros con anterioridad, pero fue este el que desencadenó la ola de violencia más grande de la Historia de España. Por eso algunos capítulos comienzan tiempo atrás, a veces hasta 1920, en las campañas de Marruecos, en los episodios del siglo XIX o en el intercambio cultural que afectó a la forma de hacer política. La repercusión internacional, la movilización de un Ejército de masas, el terror organizado, la persecución a militantes políticos o los campos de concentración eran impensables diez años antes.

Creo que es conveniente que, como lectores, comprendáis que el libro ha ido adquiriendo forma a medida que avanzaba. Obviamente, solo pude recoger algunos ejemplos que me parecieron significativos. En cuanto a la organización, he de decir que, como una sociedad no está dividida temática o cronológicamente, los capítulos no atienden tampoco a esa lógica. También, debo añadir una explicación en torno a la metodología y

las fuentes. En todos los capítulos hay fuentes de carácter personal, como cartas, memorias escritas años más tarde o entrevistas. Obviamente, como toda documentación, debe ser tratada con sumo cuidado, por eso no me atrevo a afirmar que en estas páginas presento una realidad histórica. Es cierto que todo está contrastado con otras fuentes primarias o con los trabajos que previamente han realizado algunos de mis colegas. En este sentido, todo lo que aquí se presenta se hace a modo de muestra, sin dar nada por cerrado y advirtiendo de que, del mismo modo que el «pasado no existe», las fuentes históricas nunca dicen toda la «verdad». Las fotografías no tienen una pretensión decorativa, sino humanizadora, para que conozcáis el rostro de quienes son ahora protagonistas, pero sin olvidar que representan a muchos otros. Mi objetivo es que os haga reflexionar, que tengáis más preguntas que certezas tras su lectura. Que, como me pasó a mí al escribirlo, sepáis algo más sin tener que saberlo todo.

Los Nadies de la Guerra de España no es una Historia de la Guerra Civil, aunque hay Historia. Naturalmente, no es una novela, aunque haya relatos basados en construcciones propias. Es más humilde, pero también más ambicioso –que no pretencioso–, aunque sus objetivos se escapen a mis posibilidades como historiador. Quise convertir en *History* aquellas *stories,* mostraros aquellos sentimientos encontrados, difíciles de explicar, ese miedo, esa incertidumbre y ese desconsuelo que unos políticos e intelectuales quisieron y quieren silenciar, pero cuya existencia es fundamental admitir para que construyamos un futuro verdaderamente democrático. El pasado no existe, nunca he visto aquel «elefante» y, aunque lo intente, siempre estaré atado, simbólicamente, en la caverna. Sin embargo, solo quiero que esos «Nadies, que valen menos que la bala que los mató» tengan unas líneas en las que sus herederos, que somos todos, podamos vernos reflejados. Con todas nuestras miserias, pero también con todas nuestras virtudes.

Francisco J. Leira Castiñeira
Santiago de Compostela, 19 de septiembre de 2022

---

[1] Villar (2004: 73).
[2] Un libro que recoge las tesis de Walter Benjamin es el publicado en 2021.

[3] Véase Cazorla (2018: 19-43) y Antonio Cazorla, «Después de la Memoria», *eldiario.es,* 23 de julio de 2022.

[4] Fernández Prieto, Míguez y Vilavedra (2020) y Míguez (2014).

[5] Gerwarth y Horne (2012).

[6] Cruz (2006) y, desde el punto de vista cuantitativo, González Calleja (2015).

AGRADECIMIENTOS

La escritura de cualquier libro es una aventura que siempre se realiza acompañado. Aunque en la cubierta solo aparezca mi nombre, a mi lado estuvo mucha gente que soportó mis cambios de humor, mi nerviosismo o mis inseguridades. Todos los que pasaron por mi vida influyeron en mi forma de ver el mundo y, por ende, en mi manera de historiar. Aunque sea de una manera remota, mi experiencia como individuo en una comunidad con unos convencionalismos sociales provocó que fuese construyendo lo que aquí se presenta. A todos los que no nombre a continuación, les pido disculpas, pues, por pequeño que pudiera ser el contacto –incluso negativo–, gracias a ellos me he convertido en lo que soy.

Para empezar, me gustaría agradecer al Grupo de Investigación «Histagra» de la Universidade de Santiago de Compostela las facilidades que me dieron para llevar a cabo mis trabajos. En concreto, a Lourenzo Fernández Prieto, que en su día fue mi director de tesis y sigue enseñándome muchas más cosas que Historia. También a la Xunta de Galicia por el contrato posdoctoral que disfruto en la actualidad, sin el cual me habría sido imposible realizar esta y otras investigaciones. Por extensión, a Robert Gerwarth y a la University College Dublin por la estancia en su Centre of War Studies.

A mi mentor, Andrés Domínguez Almansa, por enseñarme a pensar. A todos los colegas que leyeron o me ayudaron a mejorar este libro, como Nerea Aresti, Gonzalo Berger, Enrique Berzal, Raúl Carstocea, Ferrán Gallego, Eduardo Higueras, Daniel Macías, Pilar Mera, José Ramón Rodríguez Lago u Óscar Rodríguez Barreira. También, a Patricia Martínez por su trabajo. Debo añadir a aquellos con los que he colaborado y de los que he aprendido desde mi último libro. Además, a quienes me sirvieron de consejo y apoyo, como Antonio Cazorla, Justo Beramendi, Pilar Mera o Israel Sanmartín. Debo dedicar un agradecimiento conjunto a todos los que participaron de alguna manera en mi proyecto [memoriaehistoria.com].

En la actualidad es raro encontrarse con un equipo como el de

Ediciones Akal. A Ramón Akal, a Jesús Espino y al resto de miembros que lo compone, gracias por todo el trabajo, gracias por confiar en mí. Pero, especialmente, me quiero detener en mi editor, Alejandro Rodríguez, con el que trabajé codo con codo este libro, que me aportó ideas, con el que me reuní casi semanalmente y que corrigió mi deficiente escritura. Como un editor «a la antigua», dedicó su tiempo –de trabajo y libre– y talento a moldear este libro que espero que esté a su altura. Además de mi editor, se ha convertido en un amigo. Gracias.

Este libro es más coral que cualquier otro que haya escrito, ya que ha participado la sociedad civil de una manera activa, cediendo documentación y compartiendo la historia de su familia. Por un lado, quiero agradecer a todos los investigadores que componían el Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces» por la excelente labor de recopilación de documentación personal que realizaron. También, al Museo Virtual de la Mujer Combatiente de Tània Balló y Gonzalo Berger, que lleva a cabo una labor única en Europa. Luego, a todos aquellos familiares que cedieron fotos, cartas y documentos, como Jesús Campelo, Pilar y María del Carmen Castiñeira, Helena Alonso Rillo, la Orden de la Frailes Menores de Santiago y a todas las personas que se preocuparon por conocer la historia de sus familiares y que me animaron a continuar con este libro. Ellos muestran que conociendo el pasado no se abren heridas, sino que se cierran, y eso engrandece nuestra dignidad social y democrática.

Por supuesto, a mis amigos, a quienes conozco desde que tengo uso de razón, que me soportan: sin su ayuda no habría llegado hasta aquí. Finalmente, no puedo olvidarme de mi familia. Mi hermana Antía, su compañero Donanfer y su hija Mar, a los que adoro, de los que aprendo y que me acompañan. A mi tío José, del que sigo más consejos de los que él se cree. A mi madre Mayte, apoyo y confidente. A mi padre Jorge, que me aconseja y enseña, lector y corrector incansable de todos mis escritos. A mi abuelo Antonio, que, allá donde esté, siempre ha estado, está y estará a mi lado.

I. QUERIDA HERMANA.
La guerra en la piel de dos hermanos: Francisco, soldado, y Dorinda Pérez Ponte, niña de la generación perdida

Viva España
Nules, 2 de noviembre de 1938
III Año Triunfal
Sr. Don Maximino Pérez Ponte
La Coruña

Querido hermano:

Recibí tu cariñosa carta de fecha del 27 del pasado mes, con gran alegría por ver que sigues bien, en compañía de nuestros queridísimos padres y hermana, yo sigo muy bien, gracias a Dios.

Por tu carta ya vi que tienes muchas ganas de comer y que le das mucho a mamá con el Guerrero, también sé que eres muy aplicado y que estudias mucho, te doy muchas gracias por los caramelos, sin más por hoy, dale muchos abrazos a queridos padres y hermana y a ti, recibe un fuerte abrazo, de todo corazón de este hermano que te quiere y lo soy,

Francisco Pérez Ponte[1].

Estas fueron las últimas noticias que la familia Pérez Ponte recibió de puño y letra de Francisco antes de embarcar en el buque *Castillo de Olite* y morir, el 13 de marzo de 1939, junto con casi otros 1.500 combatientes en las aguas que bañan Cartagena. Es, hasta la fecha, la mayor tragedia marítima española, y sobre la que aún existe un manto de desconocimiento y silencio. El franquismo quiso ocultar el estrepitoso fracaso de la operación militar, lo que provocó que nunca se supiese dónde descansan los restos mortales de muchos de los fallecidos.

Figura 1. Fotografía de Francisco Pérez Ponte vestido de militar tras su paso por la caja de recluta en 1936. AFCP.

Este es el caso de Francisco Pérez Ponte, un gallego que, tras el golpe de Estado y el comienzo de la Guerra Civil española, fue llamado para formar parte del Ejército sublevado. El legado que comenzaron sus padres lo recogió su hermana pequeña, Dorinda, y con él han continuado las hijas de esta. Su familia conservó las cartas y el gorro de plato que les entregaron cuando les notificaron su fallecimiento, así como toda la documentación oficial a la que tuvieron acceso.

Francisco mantuvo un intercambio epistolar constante con su hermana, que tan solo era una niña en 1936. La noticia de la muerte de su hermano supuso un trauma que nunca fue capaz de superar y que, de alguna manera, transmitió a sus descendientes. Por su culpa –o gracias a ello– se abrió una ventana a través de la que es posible mirar lo que aconteció a

buena parte de aquella masa anónima de reclutas, así como ponerles nombre y cara. Dorinda no solo perdió a un ser querido, sino su juventud, como toda su generación, y tuvo que sobrevivir en una posguerra caracterizada por la miseria y el control dictatorial.

A través de sus vivencias, se explicarán diversos aspectos de la contienda civil: el reclutamiento, el día a día en el frente y en la retaguardia, y la vida de los niños que padecieron la contienda. Esto se hará con base en el intercambio epistolar y en los recuerdos que fue conservando su hermana tras la contienda. Tendrá un mayor protagonismo Francisco, pero, sin embargo, la historia de Dorinda representa la de muchas familias y niños que padecieron una guerra en la retaguardia que no alcanzaban a comprender, así como sufrir las penurias de la posguerra. Perdieron su juventud y sueños y, por si no fuera suficiente, tuvieron que conformarse con sobrevivir durante aquellos años.

Asimismo, se arrojará luz sobre lo sucedido en el desembarco fallido a Cartagena y lo acontecido con el buque *Castillo de Olite* y algunos de sus miembros. Finalmente, se mostrará cómo la Guerra Civil dejó una herida que perduró años e, incluso, se trasladó de generación en generación. Como otras familias en su mismo caso, los parientes de nuestro protagonista quisieron mantener vivo su recuerdo. Participaron en el asociacionismo promovido por el régimen para los supuestos vencedores, para compartir con otras personas su tristeza. Este asociacionismo tenía unas características particulares, pues se creó en un contexto dictatorial y en el que el partido único tenía el control absoluto de este tipo de organizaciones. Es una muestra de que, para cerrar las heridas, es necesario conocer y recordar, aunque, en ocasiones, sea tan solo un bálsamo que hace soportable lo insoportable.

LA BRECHA VITAL QUE ACOMPAÑÓ AL GOLPE DE ESTADO

Galicia fue uno de los territorios en los que triunfó el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, a pesar de la oposición del general de la VIII División Orgánica, Caridad Pita, del gobernador militar de A Coruña, el

general Salcedo Molinuevo, y del contralmirante Azalora, jefe del Arsenal Militar de Ferrol. A pesar de que ostentaban los principales puestos de poder del Ejército y de la Armada, fueron ejecutados por las nuevas fuerzas vivas. Tras comprobar el fracaso en otros territorios, comenzaron los primeros enfrentamientos militares. Durante aquellos días, se desconocía la duración que podría alcanzar la algarada, y el levantamiento dio paso a una guerra de columnas por el control de la capital, centro neurálgico del poder sociopolítico, y esta, a una «guerra total».

El levantamiento provocó la aprobación del primer decreto de movilización en territorio controlado por los sublevados, el 8 de agosto de 1936. Afectó a los individuos de cuota de excepción de los reemplazos de 1934, 1935 y 1936, que eran los que se encontraban en servicio activo[2]. Fue aprobado por la Junta de Defensa Nacional (JDN), el primer organismo de poder del bando sublevado, establecido el 24 de julio de 1936, y que estuvo al mando de Miguel Cabanellas. Se aprobaron constantes decretos de movilización de reemplazos a lo largo de la guerra y se movilizaron un total de 13 quintas –desde la de 1928 hasta la de 1941–. La última en incorporarse a filas lo hizo en enero de 1939[3].

Francisco pertenecía al cuarto trimestre del reemplazo de 1936. Había nacido el 4 de diciembre de 1915 en la parroquia de Meangos, en el lugar de Souto, perteneciente a la localidad coruñesa de Abegondo. En aquel tiempo, sus padres, Ángel Pérez Díaz y Josefa Ponte Doval, se trasladaron a A Coruña, a la calle Sinagoga de la Ciudad Vieja[4]. Cuando cumplió los 18 años, tuvo que presentarse en su Ayuntamiento para confirmar que residía en la localidad, y así quedó incluido en el trimestre del reemplazo que correspondiese por su año y mes de nacimiento. Con el estallido de la Guerra Civil, se inició, por primera vez, el servicio militar obligatorio para todos los varones[5]. Se suprimieron, *de facto,* cualquier tipo de excepciones mediante pago o la existencia de cuotas, métodos legales amparados por las distintas leyes de reclutamiento militar.

Su hermana Dorinda había nacido el 30 de noviembre de 1923, por lo que apenas tenía 12 años cuando comenzó la Guerra Civil. Fue una «niña de la guerra», que la sufrió en primera persona y, posteriormente, sus consecuencias, como la miseria, la lenta reconstrucción, la imposición de un arquetipo conservador de mujer y una larga dictadura. Poco podría saber ella de los motivos que estaban detrás del conflicto, pero, como a

toda su generación, le tocó padecerlos. Era la única niña de una familia de tres hermanos –a los que hay que sumar tres más que murieron en el parto o recién nacidos–. Como todas las mujeres en un contexto de guerra, con independencia de su edad, tuvo que asumir más responsabilidades de las que le corresponderían. Hubo de compaginar la ayuda en casa con sus estudios en una escuela de Saldaña, en la calle Panaderas de A Coruña, que, tras el control efectivo de la ciudad, pasó a manos de las nuevas fuerzas sublevadas. Ella pudo ir al colegio, donde destacaba como una buena alumna, sobre todo, en Geografía, en la que ganó varios premios.

En 1936, Francisco, a pesar de su edad, no se encontraba realizando el servicio militar. Sin embargo, lo movilizaron, en plena guerra, con el reemplazo de 1932. Era una práctica habitual adecuar y actualizar el censo de posibles reclutas en función de la situación en la que se encontraban –estudiando, en la emigración, con algún tipo de lesión temporal e, incluso, fugados–. En su caso, se pudo librar del sorteo organizado antes del golpe de Estado, ya que estaba estudiando. La guerra no le permitió continuar con sus estudios y tuvo que presentarse en la caja de recluta que se encontraba en su ciudad. Lo destinaron a la batería 19.ª del Regimiento de Artillería Ligera n.º 16, con base en Ferrol.

El golpe de Estado truncó sus sueños de convertirse en perito mercantil. Era estudiante de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles de A Coruña, un joven aplicado e inteligente, por lo que se deduce del informe redactado por el catedrático y secretario de la escuela, José Hueso Macías. En 1936, cuando tuvo que incorporarse al Ejército sublevado, ya contaba con todas las materias aprobadas. Tan solo le quedaban por realizar los conocidos como *ejercicios de reválida,* examen que debía hacer cuando hubiese superado el resto de las pruebas y que lo habilitaría para iniciar su carrera laboral[6].

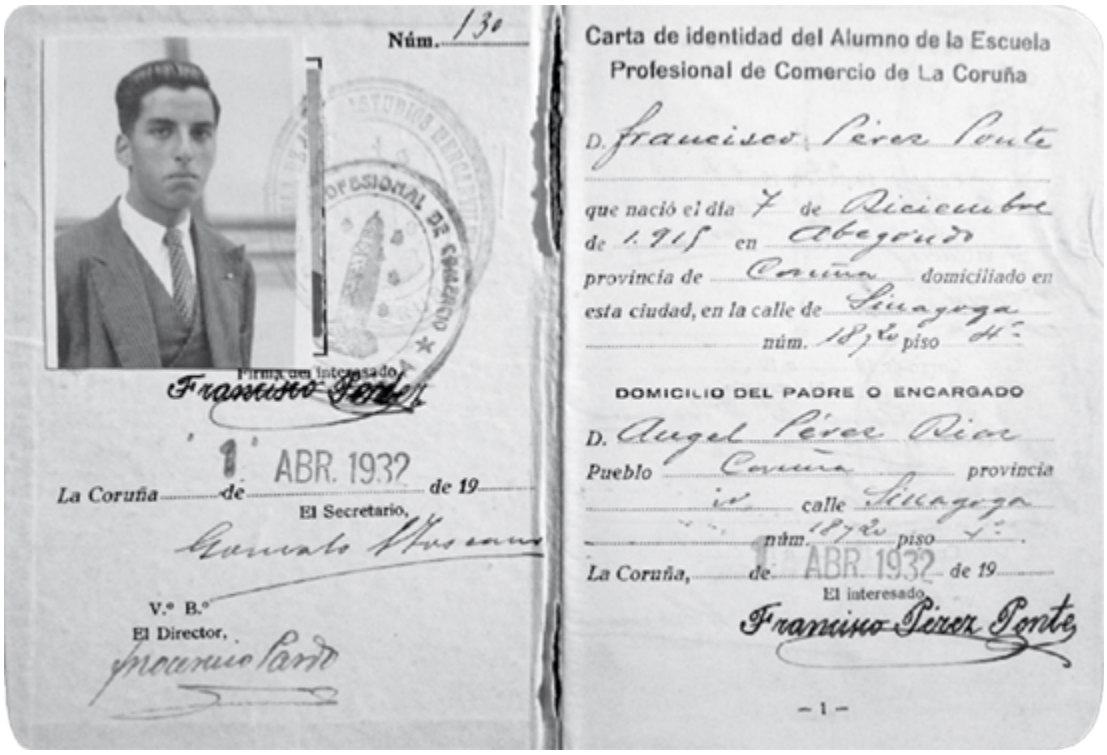


Figura 2. Cartilla de estudiante de perito mercantil. AFCP.

La movilización se llevó a cabo bajo el paraguas legislativo de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, empleada por la Segunda República[7] con ciertos cambios, al hacerse con el control un organismo dirigido por la JDN. Posteriormente, cuando Franco consiguió el poder absoluto del bando sublevado, pasó a ser la Junta Técnica del Estado (JTE). Se aprobaba un decreto de movilización de uno o varios trimestres de cada reemplazo y los jóvenes afectados debían presentarse primero en su Ayuntamiento y, después, en la caja de recluta correspondiente. Fue un proceso que se hizo de manera escalonada, según las necesidades del contexto bélico. Los periodos en los que se aprobaron más decretos fueron en las principales campañas bélicas, como el Frente del Norte –fundamentalmente, en la primera mitad de 1937– y en la preparación de las campañas de Aragón.

En el caso de Francisco Pérez, al vivir en A Coruña, que contaba con una caja de recluta, se presentó directamente en el Ayuntamiento. Como la guerra duró más de lo previsto, tuvieron que movilizar a personas que ya habían realizado el servicio militar, y los destinaban a la misma unidad

a la que habían pertenecido. Por el contrario, a los que se presentaban al servicio en activo por primera vez los destinaban al regimiento donde fuesen más útiles por formación y edad. La mayoría acabaron en Infantería, pues fue el cuerpo más numeroso; sin embargo, a Francisco lo enviaron a una batería de artillería ligera.

LA EXPERIENCIA BÉLICA EN EL FRENTE Y EN LA RETAGUARDIA

Desde el momento en el que fue movilizado, el intercambio epistolar con su hermana fue una constante. Se puede observar que, a pesar de los acontecimientos que estaba viviendo, las noticias que trasladaba a su casa versaban sobre aspectos triviales, con el claro objetivo de tranquilizar a su familia. Es una estrategia similar a la de los emigrados, que solían exagerar el «buen» trabajo y el nivel de vida. Realmente, es lo que hicieron todos los combatientes y enfermeras cuando fueron destinados al frente, para mitigar el desasosiego que podían producir en sus casas las noticias de la prensa.

La correspondencia fue el lazo de unión entre frente y retaguardia pues, aunque las cartas no comentasen nada en concreto, aliviaban la preocupación. En situaciones de extremo estrés, todo lo que guarda una persona, el miedo, el hambre o la supervivencia, lo proyecta hacia la protección de sus más allegados. A Francisco, lo que más lo unía con la retaguardia eran sus hermanos, sobre todo, la menor. Debieron de tener una relación especial, porque nunca dejó de acordarse de ella en los breves momentos de los que disponía para redactar unas líneas.

De igual modo sucedía a la inversa. La familia anhelaba ese contacto a través del único medio que existía en aquella época, con excepción de los telegramas. Por lo tanto, el conocimiento que sobre la contienda que tenían los familiares de los combatientes dependía del intercambio epistolar, factor catalizador para que este sector de la población, situado en el miedo y la preocupación, desease la victoria sublevada. No se afirma que se adhiriesen a la causa, sino que, dentro de una maraña de identidades e, incluso, de conflictos interiores, anhelasen esa victoria y,

con ella, el final de la contienda, con independencia de la ideología que tuviesen, porque implicaba la vuelta a casa de su ser querido[8].

La primera carta que envió fue en la zona de León, mientras se encontraba haciendo la instrucción. No había participado en ninguna batalla, por lo que lo embargaría cierto vértigo por el futuro que lo esperaba, a medio camino entre el temor a lo desconocido y la aventura:

Pardavé, 18 de enero de 1937
Dorinda y Maximiliano Pérez Ponte

Queridos hermanos:

Me alegro [de] que al recibir la presente vos encontréis bien de salud, pues yo estoy muy bien, gracias a Dios.

Querida hermana, enterado de cuanto me dices en tu atenta carta, de la enfermedad de la Sra. Consuelo, le das muchos recuerdos de mi parte y que se mejore. Es para mí una satisfacción muy grande, Dorindita, el recibir una carta tan bien redactada y tan cariñosa como es la que recibí tuya.

Sin más, recuerdo a los tíos, besos a Aurorita, a Maximinito y que estudie mucho, les das recuerdos a los de casa, a Sor María, muchos besos a Mamá y Papá, y tú, querida hermana, lo que más quieras de este tu hermano que te quiere y aprecia.

Firmado
Francisco Pérez Ponte[9].

Seguían en Pardavé, aún lejos de la línea del frente de batalla. Estaban en el proceso de instrucción. Las primeras normas de instrucción militar, establecidas el 11 agosto de 1936, especificaban que debían recibir dos tipos de instrucción: militar –táctica, tiro, posiciones de ataque– y aleccionadora –disciplina, carácter espiritual y pasado del divisionario, castigos de justicia militar–[10]. Así pues, al tiempo que aprendían táctica militar, se les advertía sobre las consecuencias de un comportamiento incorrecto.

El aprecio y la relación con su familia está presente en toda la misiva. Aún no había participado en ninguna batalla, por lo que el intercambio fue más frecuente que en otras etapas de la guerra. Con la anécdota que le narraba, quería trasladar a casa una imagen que no se adecuara a lo que pudieran estar leyendo en la prensa escrita o escuchando en la radio ni tampoco a la realidad que sufría él en aquel momento, aún de tranquilidad. La siguiente carta es similar:

Pardavé (León) 27 de enero de 1937
Srta. Dorinda Pérez

Querida hermana:

He recibido tu atenta carta en la que veo que sigues bien en compañía de nuestros queridos padres y hermanos.

Dorinda, enterado de lo del padre de Geluco, te diré que también nosotros cogimos un corderito muy pequeñito y le tenemos que dar el biberón como si fuese un recién, y un cerdito también pequeño.

Dorinda, en la próxima carta que me escribas me dirás qué tal va Maximinito con las letras, sin más, un fuerte abrazo a nuestra querida madre, muchos besos a Maximinito y a Aurorita, y tú, querida hermana, lo que más desees de este hermano que te quiere.

Firma.
Francisco Pérez Ponte
Viva España. Viva el Generalísimo Franco[11].

Francisco aún no había entrado en combate, por lo que no había vivido la dureza de la violencia, solo la derivada por la conflictividad civil que experimentó en A Coruña antes de ser movilizado. Procedía de una familia católica que pudo dar estudios a sus hijos. Por lo tanto, salir de Galicia, conocer personas de otros lugares, la camaradería, las sesgadas noticias y las charlas de la instrucción pudieron no adoctrinar en sentido estricto, sino, de manera indirecta, lograr que fuera alineándose con lo que representaba el bando sublevado.

Tuvo su reflejo en la utilización banal de algunas expresiones favorables al bando sublevado. En este sentido, se aceptan las tesis de Xosé M. Núñez Seixas, Miguel Alonso, Javier Rodrigo o Alan Kramer de que las guerras aleccionan para que los soldados acepten determinada forma de comportamiento y se refuerce cierta idea de *nación* entre la tropa[12]. En esta fase de su experiencia, se pudo modificar su imaginario cultural basado en el liberalismo por otras propias del conflicto armado como la jerarquía, el caudillismo o la defensa de la nación desde una perspectiva fascista.

Sin embargo, considerar exclusivamente esa explicación es reducir el mundo psicosocial del individuo. Es plausible que usase esas coletillas, que aparecen en múltiples cartas –«Viva España. Viva el Generalísimo Franco»–, por otros motivos. Podía deberse al efecto *bandwagon,* es decir, a que las utilizaba la mayoría de sus compañeros y, como las modas, él no

podía ser diferente[13]. Asimismo, la censura postal era cada vez más dura, por lo que tenía que acatar las nuevas reglas sociales. Pudo haber empleado esas proclamas a causa de la autocensura generada por el miedo. Asimismo, la guerra modificó el universo cultural previo al golpe de Estado, que provocó que cambiase el lenguaje, del mismo modo que ocurrió en la Alemania nazi[14].

El 21 de abril de 1937 comenzó su andadura bélica. Lo enviaron a uno de los sectores del Frente del Norte, en Matallana de Torío, a unos 10 kilómetros de distancia de León, dirección Asturias. Allí, el 29, sufrió su primer contacto con la brutalidad de la guerra. Días más tarde participó en las operaciones realizadas en el Frente de Asturias, que tenían por objetivo seguir cercando Oviedo. Ya se observa que, nada más salir del periodo de instrucción, eran *bautizados* con una operación militar, a pesar de su inexperiencia en estas lides, de manera que se acostumbrasen a la sangrienta vida en combate.

Su batería fue destinada a formar parte de la gran ofensiva constituida para hacerse con el control de Asturias. Salieron de Pardavé, provincia de León, el 3 de mayo de 1937, hacia una de las plazas más importantes del comienzo de la contienda, como fue Grado, en Asturias, conquistada por el coronel Pablo Martín Alonso en septiembre de 1936. Rendían cuentas al comandante José Hernández Arteaga, jefe de la columna de León. Grado contaba con una importante fábrica de armas, que suministró material bélico mientras duró el Frente Norte. Allí estableció su base y Estado Mayor la columna a la que pertenecía la batería de Francisco Pérez, por lo que era el centro de operaciones y acantonamiento al que volvían después de cada batalla, conquista o escaramuza.

Su batería entró en combate desde que salió de León hasta octubre de 1937, con la caída de Gijón a manos de los sublevados. Francisco participó en las todas las operaciones que se produjeron en aquel sector. Durísima fue la conquista, el 10 de junio, de la pequeña localidad de La Estaca, a 14 kilómetros de Grado y a 15 kilómetros de Oviedo. A partir del 1 de agosto formó parte de la toma de La Cascada de la Cimera, así como del sector de Trasperana[15]. Se trataba de enclaves fundamentales para crear un corredor entre Galicia-Oviedo-San Sebastián y entre Burgos-Oviedo-San Sebastián para, así, unir todo el norte peninsular.

Desde el punto de vista militar, el Ejército sublevado empleó la táctica

de debilitar las líneas enemigas con la artillería pesada y, especialmente, ligera, para, posteriormente, avanzar y que la Infantería tomase posiciones[16]. A veces, también la aviación se incluía en esa primera parte de la ofensiva. De este modo, Francisco actuó en todas las operaciones citadas, y señalaba orgulloso la enhorabuena a todo el operativo del general de brigada Antonio Aranda y del coronel Pablo Martín Alonso –«muy distinguido a la Superioridad»[17]–.

Los oficiales de campo padecían una experiencia similar a la de los soldados, por eso, en su mayoría, comprendían a sus subalternos e intentaban alentarlos con palabras de ánimo. Además, estas felicitaciones y premios resultaban útiles para mantener cohesionada a la tropa. Los ascensos por méritos de guerra, las medallas y el soporte anímico de un alto mando, después de meses sufriendo estrés, tensión, miedo y hambre, además de formar parte de ese *teatro de lo bélico*[18], ayudaban a apaciguar a una tropa exhausta física y psicológicamente[19]. Debido a su actuación, Francisco fue ascendido de soldado a cabo primero.

Sin embargo, a pesar de todos los estímulos, el cansancio por la contienda se fue trasluciendo en la siguiente misiva, escrita en La Hoya, al lado de Cangas de Onís, haciendo frontera con Cantabria:

La Olla *[sic]* 24 de junio de 1937

Queridos hermanos:

Me alegro [de] que al recibo de la presente os encontréis bien de salud, en compañía de nuestros queridos y respetables padres, yo como siempre muy bien, gracias a Dios.

Pues queridos hermanos esta tiene por objeto daros las más expresivas gracias por el regalo que me habéis mandado, lo mismo que a mi querida madre, también me perdonareis que yo no vos mande ningún regalo a vosotros, porque por estas tierras no hay nada para mandaros, también les diréis a nuestros queridos padres que he recibido las dos camisas que por cierto son muy bonitas, ahora que me temo que lleven el camino que llevó la otra pues por aquí como hay tanta gente es un peligro, y yo tengo que atender a otras cosas y no puede uno preocuparse por la ropa, sin más por el momento, darle muchos besos a mamá y papa, a Aurorita, a los tíos, a Sor María, a vuestros profesores, a los de Don Pedro, a los de Crespo, a la Sra. Consuelo y a Filo, y vosotros queridos hermanos lo que más deseéis de este vuestro hermano que os quiere de verdadero corazón.

Firmado.
Francisco Pérez Ponte
Viva España. Viva el Ejército Español. Arriba España[20].

Se puede percibir cómo comienzan a introducirse dos aspectos en esta misiva. Por un lado, se intuye cierto malestar por situaciones que ha vivido en sus primeras batallas. Por otro lado, a medida que avanzaba la guerra, en esta carta, además de los vítores ya escritos en la anterior, añade el grito fascista de «Arriba España», sin que él hubiese participado en ninguna organización política. Como se dijo anteriormente, la inclusión de este tipo de frases puede tener múltiples lecturas. Es comprensible que, en los primeros momentos de la contienda, ciertas identidades de clase, políticas o culturales se diluyesen en favor de otras, como las comentadas, la de grupo o la territorial, que eran fomentadas por los mandos del Ejército.

Los sentimientos movilizadores son más fuertes en los primeros compases de un conflicto armado[21]. Provocan que, al diluirse otras identidades propias del individuo, se modifique de manera inconsciente el lenguaje del mismo. Esta es una interpretación posible, pero siempre hay que mantener abierta la opción de que hubiese otros motivos, o incluso una mezcla de ellos, como la censura, la autocensura y el miedo. En la siguiente carta se puede ver cómo hay una evolución respecto a la primera que envió en Pardavé:

> Saludo a Franco. Arriba España.
> La Olla *[sic]* 26 de julio del II año triunfal.
>
> Queridísimos hermanos:
>
> Me alegro [de] que al recibo de la presente vos encontréis bien de salud, en compañía de nuestros queridos padres.
>
> Hoy he recibido vuestra patriótica carta, vos agradezco mucho el interés y os doy muchas gracias por las atenciones que tenéis conmigo, dar muchos besos a Mamá y Papá y vosotros queridos hermanos recibir un fuerte abrazo de este vuestro hermano que os quiere de corazón.
>
> Firma
> Francisco Pérez Ponte.
> Viva España. Viva el Generalísimo Franco[22].

Como no podía ser de otra manera, siguió profesando un caluroso cariño por sus hermanos. Sin embargo, por los motivos anteriormente mencionados, introduce varias frases hechas por los sublevados y en su favor que no estaban en las anteriores. Asimismo, la brevedad de la carta

se pudo deber al cansancio que acumulaba, y ya no se centra en dar consejos, como sí hacía en las anteriores. Se puede ver la evolución personal, en la que aparece brevedad, que no frialdad, en sus palabras. Les ocurrió a muchos combatientes en el primer año de guerra. Hubo una cierta adhesión por parte de algunos miembros de las clases de tropa, pero, progresivamente, comenzó un cansancio psicológico que afectó a su conducta y pensamiento, y empezaron a actuar de forma autómata a causa del trauma.

Cabe decir que el Frente de Asturias fue uno de los más sangrientos, quizá solo superado por el de Aragón. Pervivió siempre en la memoria de muchos excombatientes la brutalidad de aquellos meses, como relató uno de ellos: «Lo que viví allí fueron las más grandes barbaridades que nunca había visto». En el mismo sentido, otro afirmaba que Asturias «fue lo peor, la mayor violencia que yo viví»[23].

Mientras tanto, en la retaguardia la prensa se dedicaba a proporcionar más propaganda que noticias reales. Servía para mantener la moral alta de los preocupados familiares de los combatientes. Por ejemplo, el diario gallego *El Compostelano* dedicó una columna en portada a hablar de la valentía de los «soldados y voluntarios gallegos» en Asturias. A propósito del envío de material de invierno y comida por parte de la Cámara de Comercio de Santiago de Compostela, se refiere a ellos de la siguiente forma: «Tal obsequio será expresión tangible de la gratitud y admiración de toda Galicia a los soldados gallegos que en dicho frente honraron a nuestra región con un magnífico comportamiento»[24].

Por su parte, Dorinda le siguió haciendo caso a su hermano y, en la medida de sus posibilidades, en un contexto bélico, siguió asistiendo a clase. Se aplicó en sus estudios, lo que le valió no solo para aprender las «cuatro reglas básicas», sino para tener una excelente caligrafía hasta su vejez. En aquel momento, la enseñanza ya estaba controlada por las nuevas autoridades que impuso el régimen naciente. Como se observa en sus cuadernos escolares, estaba mediatizada por la propaganda de claro interés adoctrinador, en la que se mostraban la enseña «nacional» o la historia de los Reyes Católicos como hito fundacional de la «Patria» española (véase la figura 3).

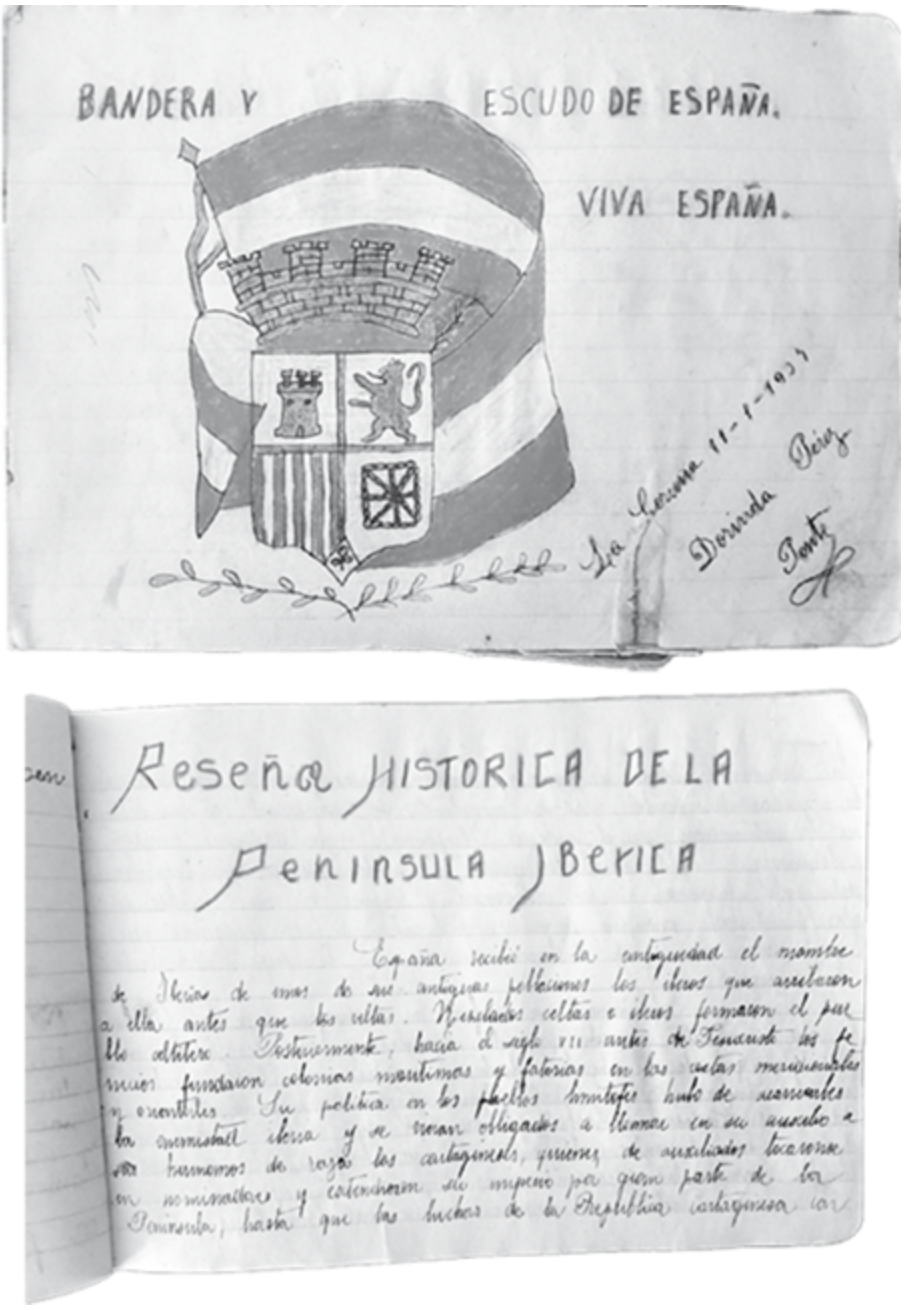


Figura 3. Libreta de escuela de Dorinda Pérez Ponte. AFCP.

A pesar de ser la más pequeña, junto su madre, tuvo que hacerse cargo de la familia, lo que implicaba conseguir comida en un periodo de carestía y encargarse de diferentes tareas domésticas. Formaba parte de los nuevos cánones de mujer impuestos por el franquismo, ser una niña abnegada cuyo deseo era casarse y tener hijos. Además, aprendió labores del hogar

en el colegio fuera de las horas lectivas, lo que incluía calcetar, que era, como se verá en otros capítulos, una tarea reservada a las mujeres. Quería que algunos de aquellos calcetines o bufandas llegasen a manos de su hermano, «para que no pasase frío». Cabe decir que la mente de una niña de esa edad no concebía que le pudiera pasar nada peor que pasar frío, pues las atrocidades de una guerra no serían asumibles para ella hasta tiempo después[25].

Por su parte, Francisco, después de participar en las operaciones militares para conquistar Cantabria, fue destinado a los dos últimos reductos del Frente del Norte, Avilés y Gijón, momento que coincidió con la creación del Cuerpo de Ejército de Galicia con Antonio Aranda al frente. La 19.ª batería es enviada el 22 de octubre a Villalegre, en Avilés, y formó parte de todas las operaciones que terminaron con la conquista de la localidad, hasta que volvieron a La Mata, en Grado, el 2 de noviembre.

Diez días más tarde de la llegada a Grado, se produjo la rendición de Gijón y, con ella, la conquista del norte peninsular, un duro revés para la Segunda República. En ese momento, son destinados a Lodosa, en Navarra[26]. Aprovechó para escribir a sus hermanos, y se aprecia, respecto a la última carta, una mayor relajación. En la anterior estaba en pleno contacto con la violencia y la locura del frente bélico, mientras que, en esta, volvía, de algún modo, a tomar conciencia de la realidad:

Casino Teatro La Peña
Lodosa, Navarra, 21 de noviembre de 1937

Queridos hermanos:

Deseo que al recibo de la presente vos encontréis bien de salud, en compañía de nuestros queridos padres, la mía sigue muy bien gracias a Dios.

Esta tiene por objeto el deciros que por aquí estoy muy bien y muy contento, cuando estaba escribiendo esta carta y ya escribiera la de mis queridos padres, me llamó el Sr. Capitán y tuve que salir a Calahorra y a Logroño y no pude terminar de escribir la carta vuestra hasta las 11 de la noche. Por aquí son muy bonitos los pueblos y la gente es muy educada y muy buena. Me diréis cuando podáis qué tal marcha el Guerrero con el collar, también me diréis qué tal marcha Maximino con las cuentas, sin más por hoy dar muchos recuerdos a Sor María, a la Sra. Consuelo, muchos besos y abrazos a nuestros queridos padres y vosotros queridos hermanos recibir lo que más gustéis de este hermano que os quiere y aprecia de corazón y lo soy.

Firma.

La batería de Francisco, ya ascendido a cabo primero, no participó en más batallas hasta la de Teruel. Mientras tanto, estuvieron cambiando de posición y relevando a otras unidades que estaban haciendo labores de vigilancia y control de las posiciones como las de las afueras de Zaragoza. Aunque la vida en primera línea del frente era muy dura, los periodos que permanecieron en segunda fila, realizando actividades de vigilancia y control público, aumentaron el cansancio físico y mental de los soldados[28]. Se levantaban temprano para iniciar largos viajes, para relevar a otro batallón o batería; dormían en lugares insalubres, como casas y locales destruidos, o vivaqueando, además de padecer hambre y frío.

La batalla de Teruel fue la representación de la esencia de la guerra total, entendida canónicamente como una modernización de la forma de combate, con mejora del armamento de artillería, participación más activa, mayor alcance de la aviación, consideración de la población civil como objetivo de guerra y movilización de todos los recursos humanos y materiales. Todos estos factores caracterizaron las batallas del Frente de Aragón[29]. Estas se desarrollaron bajo un intenso frío y fueron muy sangrientas, hasta el punto de que, en algunos relatos, afirmaban que la nieve se tiñó de rojo, a lo que se suman las mayores necesidades sufridas en comparación con otras campañas[30].

Francisco le escribió una carta a su hermana Dorinda, algo ciertamente dificultoso, pues no disponía de un minuto para dar razón de sí mismo a la retaguardia, conocedora de la dureza de las batallas desarrolladas en Aragón. Debía apaciguar a su familia y hacerles saber que estaba bien; sin embargo, era imposible escribir más que unas breves notas. Trazó la misiva por la noche con los pocos medios que tenía, pues durante el día estaba dedicado a labores bélicas.

Dentro del seno familiar se produjo una cierta socialización a favor de la victoria de los sublevados. Así se observa en las letras enviadas por su hermana, pues esta, al parecer, había escrito unos versos dedicados a las unidades de artillería. Posiblemente se debiera a una asunción banal de unos postulados políticos o a un deseo de que ganase la guerra el bando

de su hermano, en el que, además, estaba promocionándose, pues ya había sido ascendido a sargento. Del mismo modo, naturalmente, estaba detrás la aspiración de que finalizara la contienda y que regresara su hermano a casa.

En aquel momento, la familia de José Castiñeira, que había llegado de un pueblo de Lugo, Monterroso, era vecina y amiga de la de Francisco y Dorinda y, de vez en cuando, iban a su casa para escuchar por la radio las novedades de la contienda. Querían saber el desarrollo de esta y compararlo con las cartas que les enviaba Francisco desde el frente. En la retaguardia, en el nivel social, se generó una solidaridad y empatía por los sufrimientos que todos estaban padeciendo. A la postre, el hijo de la familia Castiñeira, José Manuel Castiñeira Gómez, que en aquel momento estaba estudiando en el seminario para hacerse cura, se convertiría en el marido de Dorinda.

Frente de Aragón, 30 de enero de 1938
II Año Triunfal
Srta. Dorinda Pérez Ponte

Querida hermana:

Recibí tu cariñosa carta fecha 25 del corriente y también los versos de la artillería y me entusiasmó por lo bien que escribes, los versos están muy bien hechos, también recibí un paquete de bombones que me mandas tú y otro Maximianito, te doy las gracias. También hoy me di un gran banquete con el lacón que me mandaron nuestros queridos padres que, por cierto, estaba muy rico y sabroso. Mamá se lució cocinando pues estaba muy tierno y bien de sal. Le dirás a Finuca que estuve con el hermano Luis y que está muy gordo, sin más por hoy me perdonarás por lo mal escrita que va esta carta, pero va así porque la estoy escribiendo a la luz de un candil y apenas alumbra, pues por el día no tengo tiempo, dale recuerdos a los tíos, a Aurorita, a la Sra. Consuelo y a Filo. Un fuerte abrazo a nuestros queridos padres y tu querida hermana recibe un fuerte abrazo de este tu hermano que te quiere y lo soy.

Firma.
Francisco Pérez Ponte.
Viva España. Viva el Generalísimo Franco[31].

Destaca que no especifica el lugar donde escribe la carta, solo el general «Frente de Aragón». Esto es debido a que el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) tenía la orden de controlar el correo y los soldados estaban avisados de que no podían dar a conocer nada que pudiese arrojar pistas sobre las acciones militares. Algunos combatientes sorteaban la

censura y lo escribían en el interior de los sobres, por lo que, a medida que el servicio de contraespionaje y vigilancia interna se endureció, las normas eran cada vez más estrictas.

La 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera participó en las últimas fases de las operaciones sobre Teruel, denominada «ofensiva de Alfambra»[32], que se inició el 3 de febrero. Continuaron su andanza el 9 del mismo mes, emplazando a otra batería del mismo regimiento y participando en las operaciones contra la localidad de Concud, que cayó en poder de los sublevados[33]. Se produjeron numerosas deserciones por ambos bandos; todos, de un bando y otro, afirmaban que la «moral estaba muy baja» en la unidad de la que procedían y que deseaban que terminase la contienda.

Sin embargo, tras tomar Teruel, la victoria de los sublevados se veía más cerca, lo que sirvió para incrementar su ánimo. Después de la conquista de la capital turolense, estuvieron descansando en el cercano pueblo de Tortajada y en Alcorisa. Durante este tiempo, aprovechó para escribir a su hermana. El tono era distendido, a pesar de la dureza de las operaciones en las que participó activamente, pero ya había pasado y había sobrevivido. Además, le valieron el reconocimiento de la oficialidad. Lo reseñable es que, a pesar de estar desarrollando una interesante carrera militar, ya no se refiere a las condecoraciones, ascensos o palabras de reconocimiento de sus oficiales, como sí lo hizo al comienzo de la guerra:

Alcorisa (Teruel) 23 de marzo de 1938
II Año Triunfal
Srta. Dorinda Pérez Ponte

Mi querida hermana:

Hoy he recibido la cariñosa carta tuya fecha 18 del corriente, y vi con gran alegría que siguen muy bien en compañía de nuestros queridos padres y hermano, yo sigo muy bien gracias a Dios.

Vi con gran alegría que marchas muy bien con la máquina de coser y que te estás portando muy bien y eres muy formal y seria, todo eso me gusta mucho. Tú, querida hermana, sigue portándote así y siendo formal como lo has sido hasta ahora, que es la mayor satisfacción que me puedes dar, el saber tu buen comportamiento y formalidad. También veo que cada vez escribes mucho mejor, sin más por hoy dale muchos besos a mamá y papá en mi nombre y a Maximinito y tú, querida hermana, recibe un fuerte abrazo de este hermano que te quiere de corazón y lo soy.

Firma.
Francisco Pérez Ponte.
Viva España. Viva el Generalísimo Franco[34].

El 3 de mayo se dirigieron hacia Vivel del Río, en la comarca de Cuencas Mineras, a 75 kilómetros de Teruel, para intervenir en las operaciones de la ofensiva general de Aragón. Desde aquella fecha estuvieron combatiendo en el Frente de Aragón, hasta que, con su batería, se consiguió dividir territorialmente la Segunda República, al llegar las tropas insurgentes al Mediterráneo. Llegaron el 15 de mayo de 1938 a Alcalá de Chibert, en Castellón, lo que supuso la estocada final para el bando republicano, al dejar Cataluña aislada de la capital, que se había tenido que trasladar a Valencia[35]. Comenzaba a vislumbrarse el final de la contienda y la victoria de los sublevados. Permanecieron en la pequeña localidad castellonense hasta el 11 de junio, cuando empezaron las operaciones para hacerse con el control de la capital de la provincia, que cayó el 13. El número de lugares que comenzaron a rendirse se fue extendiendo con velocidad.

LA TRAGEDIA DEL *CASTILLO DE OLITE*

Comenzaron los problemas en el seno de la Segunda República. Su origen residía en el poder que habían ido atesorando el PCE y el PSOE, con el que se sentían incómodos ciertos sectores del Ejército, y los anarquistas y republicanos más moderados. En mayo de 1937, en Cataluña, empezaron los enfrentamientos entre anarquistas y miembros del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) contra el bando que se alzó con el poder en la Segunda República. El resultado fue desastroso. Estas complicaciones continuaron hasta marzo de 1939.

El 5, por una supuesta conspiración comunista, el coronel Segismundo Casado preparó un golpe de Estado contra el Gobierno de la Segunda República encabezado por Juan Negrín y quitarle poder al PCE y al PSOE. Quiso virar la política bélica del Gobierno para buscar una paz negociada, algo que nunca se produjo, debido a que Franco quiso ganar el conflicto mediante las armas y no en los «despachos». La consecuencia

directa fue el comienzo de una guerra civil dentro de la Guerra Civil. Más a largo plazo, supuso la caída de Madrid y de otros frentes, debido a que a los militares y políticos que secundaron a Casado se unió la Quinta Columna de Madrid.

Cartagena fue uno de los focos de conflicto del golpe de Estado de Segismundo Casado. A comienzos de marzo, se produjeron dos complots dentro de la ciudad murciana. Por un lado, el bando *casadista* quiso poner en el puesto al capitán de corbeta Miguel Buiza. Por su parte, gracias al Servicio de Información Militar (SIM) republicano, Juan Negrín se enteró de estos movimientos y ordenó el traslado de tropas a la base naval y quiso poner al mando a Francisco Galán –miembro del PCE, que destacó en el Frente de Aragón y en la defensa de Cataluña–. El conflicto entre militares favorables al golpe de mano contra el Gobierno y las tropas afines a Negrín y, en particular, milicias comunistas, estuvo servido.

Entró en escena un tercer elemento, las fuerzas militares que apoyaban a los sublevados. Según el informe de la Causa General, se afirma que se constituyó una organización que actuaba clandestinamente, pero que fue siempre acosada por el SIM republicano. Formaba parte de lo que se conoce como la *quinta columna* y es posible, por documentación que así lo acredita, que estuviese en contacto con la organizada en Cataluña, que tuvo más presencia y una mejor organización[36].

Cartagena era el puerto más importante para cualquiera de los dos bandos que se enfrentaban en Madrid, porque allí estaba anclado el grueso de la flota republicana, importante para poder resistir las embestidas del Ejército de Franco, y el que mejor estaba preparado para posibles evacuaciones. Para los sublevados, hacerse con el control de la ciudad murciana era clave para dar la estocada final a una maltrecha Segunda República, además de un intento de destrucción del bando republicano. Según la Causa General, contaban con el apoyo de todas las fuerzas de la plaza, con excepción del 7.º batallón de retaguardia, la flota y elementos que envió el Gobierno republicano para evitar que pudiese triunfar[37].

El 4 de marzo de 1939 se iniciaron los conflictos armados. Al día siguiente, el capitán Fernando Oliva se hizo con el control de la base naval. La radio comenzó a emitir partes de guerra y a afirmar que obedecían las órdenes que procedían de Burgos. Pidieron ayuda al

Cuartel General del Generalísimo, que decidió acometer el desembarco sin una correcta preparación, tanto era así que, cuando salieron los buques de Castellón, la situación en Cartagena ya había sido controlada por las fuerzas favorables a Casado. Franco y su Estado Mayor ordenaron que zarpasen 30 buques, entre ellos, el crucero *Canarias,* con apenas 48 horas de preaviso. Casado decidió reconquistar Cartagena, para lo que envió el 6 de marzo a la 206.ª Brigada, que se hizo con el control por la exigua fuerza de los quintacolumnistas sublevados. Francisco le escribió a Dorinda, desde una localidad de Castellón, la misiva de la figura 4.

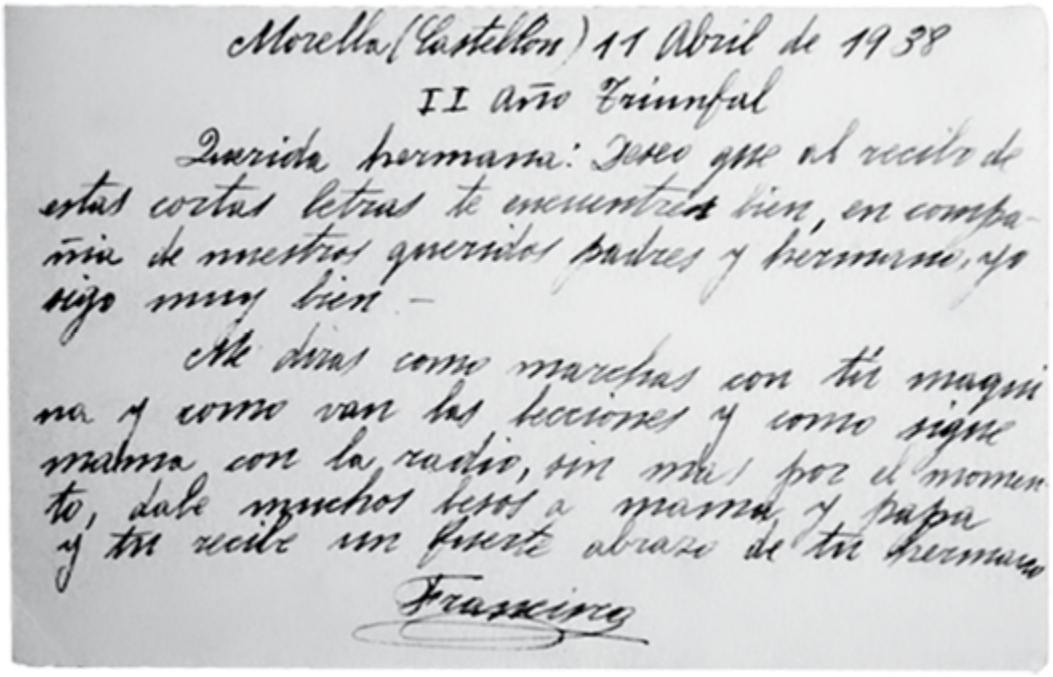

Morella (Castellón) 11 Abril de 1938
II año Triunfal
Querida hermana: Deseo que al recibo de estas cortas letras te encuentres bien, en compañía de nuestros queridos padres y hermano, yo sigo muy bien -
Me dirás como marchas con tu maquina y como van las lecciones y como sigue mamá con la radio, sin mas por el momento, dale muchos besos a mamá y papá y tu recibe un fuerte abrazo de tu hermano
Francisco

Figura 4. Carta de 11 de abril de 1938 desde Morella (Castellón). AFCP.

Por su parte, la batería a la que pertenecía Francisco se asentó en la localidad de Nules. En aquel momento, todos sus miembros pensaron que había terminado su experiencia bélica. No les faltaba razón: muchos disfrutaron esos meses de una cierta tranquilidad, tan solo rota por alguna pequeña escaramuza o la realización de labores de orden público, guardia en cárceles o lugares de internamiento de prisioneros, defensa de posiciones estratégicas y labores auxiliares. En todo caso, no era lo mismo

que estar en el frente de combate de la batalla de Teruel.

Desde ese destino envió dos cartas: una a su hermana y otra para su hermano. La última es con la que se abre este capítulo. Se percibe la tranquilidad de estar en el final de la contienda, pues en aquel instante no pensaba que fuera a participar en un desembarco que terminaría de forma trágica. La victoria sublevada se percibía cercana, a pesar de que sectores del Gobierno de Negrín quisieran alargar la resistencia esperando a que estallase un conflicto en Europa que obligase a intervenir a Francia y Reino Unido, lo que, a pie de calle, se veía como algo poco probable. Por eso, Francisco no se imaginaba las trágicas consecuencias de la mala planificación del desembarco al que fue destinado. Esto le escribió a su hermana:

Viva España
Nules, 15 de octubre de 1938
III Año Triunfal
Srta. Dorinda Pérez Ponte
Coruña

Querida hermana:

Me alegro [de] que, al recibo de estas cortas líneas, te encuentres bien de salud, en compañía de nuestros queridos padres y hermano, la mía sigue muy bien gracias a Dios.

Me dirás qué tal marchas, con las clases de escribir a máquina y cómo va esa dentadura (hay tiña, qué miedo tengo), ¿te acuerdas cuando decías eso en el dentista? También le dirás a Maximino que vaya él al dentista y si a mamá le pasó la hora. También me mandarás a decir si la máquina de coser sigue bien. Sin más por hoy, besos a los tíos, a la Sra. Consuelo, a Maximino, a nuestros queridos padres y tú recibe un fuerte abrazo de todo corazón de este hermano.

Firma.
Francisco Pérez Ponte[38].

Todo cambió cuando se organizó el desembarco al puerto de Cartagena. El *Castillo de Olite* había sido un barco mercante ruso llamado *Postishev,* capturado por el crucero auxiliar *Vicente Pujol* en mayo de 1938. Destinaron a bordo a dos batallones del 29.º Regimiento de Infantería Zamora, de A Coruña, al mando de los comandantes Víctor Martínez y López Canti. Además, al grupo de artillería 100/17 al mando del comandante Juan Judel, que contaba con tres baterías, entre ellas la

16.ª del 16.º Regimiento de Artillería Ligera de Costa, mandadas por los capitanes Virgili, Moyano y Pelayo.

El conjunto de las fuerzas iba a las órdenes del teniente coronel de Infantería Hernández Arteaga. La navegación corrió a cargo de un capitán mercante, Manera. La máxima autoridad naval a bordo era el alférez de navío Lazaga, el único que había recibido instrucciones para la travesía de manos del general Martín Alonso. También fue embarcado un tribunal militar presidido por el coronel del Cuerpo Jurídico Militar Fernández de la Escalera, que, de aplicar el Código de Justicia Militar, depuraría responsabilidades sobre los que actuaron a favor de la Segunda República en la zona de Murcia. Fueron embarcados un total de 2.200 soldados. Salió el último del puerto junto con el *Castillo Peñafiel.* La radio se estropeó en el trayecto y no pudieron arreglarla; además, por las características del barco, navegaba muy lento, por lo que se descolgó del resto de la expedición[39].

Según la declaración jurada de José Virgili Quintanilla, el 5 de marzo de 1939 estaban en Castellón y recibieron la orden de embarcar en el puerto. No conocían el rumbo que iban a tomar, aunque supuso que sería Cartagena por las noticias que estaban escuchando en la radio. Esa misma noche, conocieron cuál sería su destino. Estaba a las órdenes del jefe de Artillería de la 83.ª División, José Vila Fano, que fue, junto con el general de división Pablo Martín Alonso, en uno de los buques de guerra, entre los que se encontraban el *Júpiter* y el *Vulcano.* En teoría, esos buques debían llegar a puerto antes que el *Castillo de Olite,* y allí dar las órdenes pertinentes. Salieron al día siguiente por la mañana, cuando ya habían zarpado dos buques de guerra con dotación de infantería y artillería para desembarcar[40].

Mientras navegaban rumbo a Cartagena, desconocían cuál era su cometido, solo que tenían la consigna de embarcar y llegar hasta la ciudad murciana. Las primeras noticias les llegaron cuando entraron en la bahía, momento en el que comenzaron a sufrir los ataques de las baterías republicanas. Decidieron virar el barco para controlar la ofensiva, ya que no disponían de armamento defensivo, y entraron en la rada de Escombreras con la idea de encallarlo para que la tripulación pudiera tomar tierra y guarecerse en el monte cercano.

Según el capitán de artillería José Virgili, la mayoría de las baterías de

costa no hicieron fuego, y le dio la sensación de que no estaban preparados para la ofensiva, con la excepción de una que sí abrió fuego, la conocida como *La Pajarola,* que en el tercer y cuarto disparo dio en el blanco y hundió el *Castillo de Olite.*

Esto contradice la versión, excesivamente propagandística, de la Comandancia Principal de Artillería, que relata que el 7 de marzo, a las 11:00, «abocaba al puerto de Cartagena» el vapor *Castillo de Olite,* a la zona de Escombreras. Desde allí divisaban perfectamente el pueblo de Cartagena y, al darse cuenta de que estaba izada la bandera republicana en la base naval cartaginense, el capitán del barco ordenó que arriasen la bandera de Falange que llevaba izada en el palo de popa. Desde tierra recibieron dos cañonazos de pequeño calibre, que interpretaron como una advertencia para que se rindiera el barco. En ese momento, estaban en el puente todos los mandos, y hubo un momento de confusión, pues no estaban seguros de cuáles eran las órdenes de Burgos. Eso, aunque lo obvian en el informe, se debía a que todas las embarcaciones volvieron a tierra y ellos no escucharon que se anulaba la operación de desembarco. Según el capitán de navío, solo había dos opciones, o entrar en Cartagena o volar la nave para que no cayese en poder de los republicanos.

De repente, recibieron un cañonazo que hizo blanco en la cubierta a la altura del palo de proa, lo que causó muchas bajas al instante. La Capitanía del Estado Mayor de Artillería afirmó, no sin sospechas de que esto sea un exceso literario, que el objetivo del barco y sus mandos era «morir allí, matando, ya que a nadie se le ocurría la idea de rendición», mientras «cantaban el himno de Falange y daban Vivas y Arriba España, esperaban el momento del desembarco». Con el siguiente bombardeo, el barco terminó de hundirse, y los supervivientes del primero buscaron refugio y nadaron hasta Escombreras[41].

A partir de aquí, comienza la incongruencia del escrito de la capitanía. Al parecer, a muchos de los supervivientes los recogieron botes salvavidas que salieron de Escombreras, que está a la entrada de la bahía de Cartagena, a escasos kilómetros. Por lo tanto, no concuerda con lo afirmado anteriormente de que toda la ciudad estaba tomada por el Ejército Popular de la República (EPR) y por milicias. Los hombres favorables a la Segunda República se encontraban en la base naval y en algunos reductos de la zona de la entrada a la bahía.

Se permite otra licencia literaria al citar que quedaron horas en la playa «con muestras de gran espíritu y valor, falleciendo varios de ellos y demostrando gran entereza y hasta en los últimos momentos pensando todos en Dios y en la Patria». No obstante, es muy factible considerar que, en aquel momento, el dolor, el miedo y querer sobrevivir y salir de aquel infierno fueran los sentimientos que prevalecieran en aquellos hombres, que no dejaban de ser humanos. Cuando la vida se esfuma, no surgen pensamientos ni de defensa de ninguna «Patria» ni de ningún ideal político, que pasarían a un segundo o tercer plano, sino de la familia y amigos.

José Virgili afirma que su batería tuvo 62 bajas de 100 hombres que la componían. Fue herido y trasladado a un hospital de campaña. Francisco, con el resto de los náufragos, fue recogido en el puerto de Cartagena, en la isla del faro de la Escombrera, mientras otros permanecían en el agua. Algunos fueron salvados por una lancha de pescadores que los dejó en el desembarcadero de Escombreras, donde se quedaron esperando durante horas hasta que los llevaron a distintas casas del pueblo donde se refugiaron hasta el día siguiente. Por la mañana trasladaron a los heridos a los hospitales de Cartagena y, a los ilesos, al pueblo de Fuente Álamo.

Gracias a la declaración del sargento de artillería –su amigo y compañero– Emilio Cadórniga, se puede conocer la historia de Francisco. Formaba parte de la expedición, y también resultó herido y enviado al mismo hospital. Ambos estaban junto con los sargentos Vara y Cabanelas, cuando, de repente, comenzaron desde las baterías a bombardear el barco. Al acertar el primer proyectil en el blanco, los cuatros cayeron heridos y terminaron en distintas partes de la nave. Cadórniga afirma que vio herido a Francisco más abajo del alto del puente, que era donde se encontraba él. Gritaba por el dolor y pedía auxilio, pero nadie acudió en su ayuda, ni siquiera los citados Vara o Cabanelas, quien se encontraban más cerca de él, por lo que tuvo que acudir el propio Cadórniga a socorrerlo, a pesar de que estaba malherido[42].

Al llegar a la posición de Francisco, advirtió que tenía encima de su pierna un tablón que le fue imposible retirar. En ese momento, hubo otra explosión en el barco y ambos cayeron al mar. Cuando despertaron, estaban en una casa en Escombreras, donde pasaron la tarde y la noche. Fueron atendidos por el grupo de Obuses 100, que solo pudo vendarles a

ambos sus múltiples heridas. En la misma casa, se encontraban los capitanes Pelayo, Virgili y Primitivo, entre otros. A la mañana siguiente, a las 09:30, los enviaron en ambulancia al hospital de la base naval de los Dolores, número 2, de Cartagena.

Al llegar, debido a la gravedad del estado de Francisco, lo trasladaron directamente a la sala de operaciones. Le tuvieron que amputar la pierna para poder salvarle la vida. Lo operó el teniente coronel Miguel Martínez Falero, residente en Ferrol, ayudado por el practicante «Julio», que fue quien se encargó de tranquilizarlo y convencerlo de que tenían que realizar la intervención para que pudiera sobrevivir. Ya que había perdido mucha sangre antes y durante la operación, le hicieron una transfusión, que procedía de uno de los sanitarios, una práctica muy habitual en aquel tiempo, en el que se desconocían los grupos sanguíneos y la compatibilidad entre ellos. Después, le tuvieron que inyectar una anestesia llamada *raqui,* el mismo medicamento que les administraban a los pacientes de los recién creados manicomios, que los dejaba semisedados para mitigar el dolor del postoperatorio.

Le introdujeron suero, pero, por la noche, le subió la fiebre y presentó delirios relacionados con el ataque recibido. Quería tirarse de la cama, intentando salvarse de una supuesta explosión. Para que disminuyesen las alucinaciones, le aplicaron una inyección cuyo contenido desconocía Cadórniga. Los siguientes días, del 9 al 11, los pasó tranquilo y recuperándose. Sin embargo, todo se complicó el 12. Le aumentó de nuevo la fiebre y no conocía a nadie. Lo único que hacía era gritar y rogar para ver a sus padres, hasta las 02:00 de la madrugada del 13 de marzo, cuando perdió la vida.

Tanto el médico Miguel Martínez Falero como Cadórniga estuvieron a su lado durante sus últimos instantes, «pasando una gran pena porque se iba». Ya no podían hacer nada, la pérdida de sangre había sido excesiva y los procedimientos de la época no ayudaron a que mejorase con la transfusión. A la media hora de fallecer, se lo llevaron al depósito de cadáveres. El 13 lo trasladaron al cementerio de los Dolores envuelto en una sábana y fue enterrado en una fosa común[43].

Quien certificó la defunción fue el jefe de Cirugía de Fuente Álamo, en la base naval de los Dolores de Cartagena, Miguel Zaragoza González. Confirma la versión de su compañero y amigo de batería. Fue un

documento solicitado por Florentino Rincón Carracedo, comandante mayor del 16.º Regimiento de Artillería:

> Ingreso en dicho Hospital procedente del hundimiento del barco *Castillo de Olite* en aguas de Cartagena, con amputación traumática de la pierna izquierda, a consecuencia de cuyas heridas falleció el 13 de marzo.
>
> Firmado para efectos oportunos[44].

RECUERDO Y DUELO INTERGENERACIONAL

La experiencia que se vive en el frente de batalla se siente de un modo distinto, pero igual de intenso, en la retaguardia. Se ha podido deducir a través del intercambio epistolar entre los dos hermanos y del recuerdo que le profesó en vida Dorinda, quien conservó todos los recortes y documentación e, incluso, viajó varias veces hasta Escombreras. En vida, su familia y, en especial, su hermana, con la que tenía una relación muy estrecha, procuró averiguar dónde fue enterrado, para devolver sus restos a A Coruña, sin conseguirlo.

En la retaguardia, su familia vivió una tensión continua por sobrevivir en un contexto de creciente pobreza social, a lo que se añadía el miedo por lo que le pudiera suceder a Francisco. Su muerte produjo un desconsuelo y un trauma difíciles de superar, ya que era un joven prometedor al que la contienda le robó no solo la juventud, como a muchos de ellos, sino la vida. Su padre, al terminar la guerra, se recorrió los más de 1.000 kilómetros que separan A Coruña de Escombreras, atravesando un país destruido por la guerra, para recuperar el cadáver de su hijo. Un viaje caracterizado por la amargura, la rabia y el hambre. Como no pudo encontrarlo, guardó tierra de la fosa común en la que supuestamente reposaban sus restos mortales en una pequeña botella. Con tan solo esa tierra de Escombreras retornó a su casa; con ella mantuvieron viva su recuerdo.

Por su parte, Dorinda, una joven de apenas 15 años, como todos los niños de su generación, tuvo que madurar de golpe para sobrevivir en la eterna posguerra. No le quedó más remedio que dejar de ir al colegio a causa del contexto sociopolítico, algo que la entristeció de por vida. Su hija recuerda que siempre le hablaba de uno de los maestros y que la

embargaba la pesadumbre cuando pasaban por delante de la escuela por no haber podido terminar sus estudios ni cumplir sus sueños.

Se casó en 1957 en la iglesia de Santiago de A Coruña con el mencionado José Manuel Castiñeira Gómez, hijo de la familia con la que se reunían a escuchar las novedades de la contienda, que había dejado el seminario para contraer matrimonio con ella. Era común, en la Galicia de aquel tiempo, que el hijo mayor iniciase unos estudios para hacerse cura. «Dori» y «Pepiño», como los conocían, vivieron en la casa familiar de la Ciudad Vieja de A Coruña, barrio en el que él trabajó como «cirujano callista» y «practicante». Tuvieron dos hijas, María del Carmen y María del Pilar, pero, si hubiesen tenido un hijo varón, le habrían llamado Francisco, en honor a su hermano. A pesar de que fallecieron los padres de Dorinda y Francisco, la tierra de Escombreras permaneció en el mismo lugar de la casa, para perpetuar un sentimiento que se extiende a muchas otras familias que perdieron a sus seres queridos en la Guerra Civil[45].

El franquismo quiso sacar rédito social de aquellas muertes, ya que la dictadura utilizó la «Victoria» en la Guerra Civil para legitimarse en el poder[46]. Por eso, ayudó a las familias de los muertos en combate a través de la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) y del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra. Las familias podían solicitar algún tipo de prestación y acceder a puestos de trabajo, aunque, en la práctica, fue un relativo fracaso[47]. Sin embargo, sí que sirvió para mantener vivo el recuerdo del conflicto armado desde el punto de vista institucional, y ayudó a las familias a organizar actos y misas por los «caídos». En el fondo, se trataba de un mecanismo de captación social hacia el Nuevo Estado.

La prensa desempeñó un papel crucial a la hora de recordar constantemente las desgracias que sufrieron los combatientes del bando sublevado. En este sentido, en 1940, se publicó un obituario bajo el título de «Letras de luto», por el aniversario de la muerte de Francisco, en el que destacaban «su patriotismo desde el comienzo de la campaña. Era estimadísimo por sus jefes y compañeros», además de reiterar las condolencias a sus padres. Asimismo, se publicó una foto suya bajo el lema «Héroes de España». También se celebró una misa en A Coruña, en la iglesia parroquial de Santa María.

En marzo de 1940, el diario *La Voz de Galicia* publicó una columna

bajo el título «Honrando a los héroes». Fue un acto que se celebró en la Casa de Observación de Menores de A Coruña, en memoria del sargento Pérez Ponte. Lo organizó la Casa de Observación porque el padre de Francisco, Ángel, era el guardia de seguridad, adscrito al Tribunal Tutelar de Menores. Además de un concierto, el capellán celebró una misa y rezó un responso.

Por la insistencia de los familiares de los muertos de la «tragedia del *Castillo de Olite*», en 1942, una comisión militar de A Coruña se encargó de recoger los restos de las víctimas. Como se ha dicho, el problema fue que «se hallaban diseminados por los distintos cementerios» del área de Escombreras. Por ese motivo, se construyó una cruz de los caídos en el camposanto de Nuestra Señora de los Remedios de Cartagena en el que depositar todos los restos hallados en diversas fosas comunes. No se entró a diferenciar si pertenecían a los fallecidos del *Castillo de Olite*[48], una muestra de que, durante la guerra, no se honra a los caídos como se debe, sino que es únicamente mediante las reclamaciones de los familiares cuando comienza ese proceso por reavivar su recuerdo. En la batalla no tuvieron inconveniente en enterrarlos donde pudieron sin mayor miramiento, lo que contrasta con la utilización pública que se hace de ellos en la posguerra. Sin embargo, como se observa en el recorte de prensa, la utilización propagandística de las víctimas fue una constante.

La organización que se encargaba de recordar a las víctimas, de intentar dar trabajo a los veteranos y de atender a las viudas fue la DNE, dependiente de Falange. Con el paso de los años entró en crisis, debido a que su funcionamiento no era el adecuado y estaba desfasada en su ideal de movilización social[49].

Con la celebración de los 25 años de Paz, el franquismo modificó el régimen para poder crear asociaciones de todo tipo, desde recreativas a deportivas o, como es el caso de este capítulo, dedicadas a los supervivientes y víctimas de la Guerra Civil. El objetivo era quitarle influencia a Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), que mantuvo un poder omnipresente en todo lo relacionado con la movilización sociopolítica hasta la década de los sesenta. Aunque, tras la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial, el franquismo fue abandonando ciertos postulados fascistas, prevalecieron hasta una década más en los órganos

de poder y en el plano cultural.

Con la aparición de Manuel Fraga en la primera línea política comenzó un periodo de falso aperturismo o de cosmética política, de cara al exterior, para que el régimen fuera aceptado en los organismos internacionales, y de cara al interior, para que diese la sensación de que comenzaba un periodo de mayor libertad. Por eso, se aprobó el decreto para la organización de la Delegación Nacional de Asociaciones el 20 de julio de 1957, encabezado por el político gallego. Se integró todo lo relacionado con las asociaciones y hermandades, y estaría regulado por la Secretaría General del Movimiento, el órgano intermedio entre las hermandades y asociaciones, y el Gobierno.

En lo relacionado con los excombatientes, se pretendía reflotar la DNE, que llevaba unos años sin gozar de una influencia real, y se sustituyó por la Asociación de Antiguos Combatientes. Para eso, acogiéndose al decreto de julio de 1957, se podían crear hermandades de familiares o veteranos de la contienda bélica o de la División Azul. Estas nuevas organizaciones contaban con una mayor libertad de actuación, pero dentro de un marco jurídico muy estrecho. No eran más que asociaciones recreativas o lúdicas, por lo que perdieron el componente de beneficencia que tenía la DNE. Por la Circular 26/5917 de enero de 1958, solo podía dedicarse al fomento de actividades culturales, familiares, artísticas, la celebración de fiestas –como las expuestas en el calendario franquista–, actos solemnes, reuniones o comidas. Perdió el componente político de masas que pretendía implantar Falange tras la guerra, ya que era un contexto en el que estaban perdiendo poder institucional[50].

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOCUARTO. 15 CENTIMOS

ABC

DIARIO ILUSTRADO. AÑO TRIGESIMOCUARTO. N.º 10.933

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA

LA GESTA DEL "CASTILLO DE OLITE"

Rendimos en esta página un homenaje a los héroes del "Castillo de Olite", que perdieron sus vidas cuando intentaban penetrar en la plaza de Cartagena para librarla de la esclavitud roja. Sobre el mar, frente a Escombreras, han caído, en la fecha del aniversario, flores y oraciones, como tributo a la memoria de los que sucumbieron por Dios y por España. (Fotos Sáez.)

Figura 5. Portada del *ABC* con fotografías del acto de celebración de la inauguración de la Cruz de los Caídos por el *Castillo de Olite,* 9 de marzo de 1941. AFCP.

Los familiares y supervivientes del *Castillo de Olite,* para perpetuar la memoria de lo ocurrido, decidieron organizarse en una hermandad. Pretendían continuar realizando misas, excursiones a Cartagena a honrar a los caídos y reuniones y comidas de confraternización. Por este motivo,

se constituyó en A Coruña la Hermandad de Excombatientes del *Castillo de Olite,* a través de una petición de 15 de junio de 1964 al secretario nacional de la Delegación Nacional de Asociaciones, Manuel Fraga, en la que solicitaban una subvención de 5.000 pesetas para poder sufragar los primeros gastos. El 1 de julio de 1964 publicaron en el *Boletín del Movimiento de Falange Española Tradicionalista y de las JONS* n.º 949 la aceptación en la DNA.

En mayo de 1964 contaban ya con 105 afiliados, entre los que se encontraban familiares de Francisco. Los estatutos de la hermandad establecían los fines de la asociación, que eran mantener el contacto entre todos los excombatientes pertenecientes a las unidades embarcadas y familiares caídos, con objeto de «perpetuar la vivencia y espíritu que llevó a aquellos a luchar por los principios fundamentales de nuestro Glorioso Movimiento Nacional». Asimismo, y más importante, también deseaban atender y solucionar, en la medida de las posibilidades con las que contaban, «las necesidades y problemas de los miembros de la hermandad, asistiéndoles tanto en el orden material como en el moral».

Por el artículo 3.º, sus miembros solo podrían ser excombatientes del *Castillo de Olite* y familiares de los caídos, con la excepción –artículo 4.º– de miembros de honor, como «entidades, organismos, corporaciones, sociedades y personas que se hayan hecho acreedoras de tal distinción en virtud de méritos o servicios relevantes prestados a la hermandad o las unidades que la encuadran». Estuvo dividida por comisiones provinciales y locales, con sede central en A Coruña. Casi todos sus miembros eran gallegos o asturianos[51].

Cada 7 de marzo celebraban una misa en la iglesia de Santiago de la Ciudad Vieja de A Coruña, seguida por una comida de confraternidad. Además, editaron un boletín llamado *Mástil,* del que apenas se encuentran números. También organizaron reuniones a lo largo de los años por todo el país, en especial, en Galicia y Cartagena. En Escombreras se construyó una Cruz de los Caídos similar a la que hay en Cuelgamuros.

En 1964, la hermandad celebró un encuentro en Murcia que, según los organizadores, fue un éxito. En una carta a la DNE, solicitaron fondos para una peregrinación a Santiago en 1965, coincidiendo con el 25.º aniversario del desembarco. Alegaron que solo quedaban 150

supervivientes de casi los casi 3.000 militares que formaban parte de la expedición, desde generales a soldados.

Con motivo del 37.º aniversario del hundimiento, se celebró en A Coruña un acto multitudinario en el cuartel de Atocha. Este tipo de eventos eran todos muy similares. Sirva de ejemplo el celebrado el 17 de julio de 1965 en Pontevedra, en el que les otorgaron la Medalla de la Paz de Franco. Tuvo el siguiente festejo:

> 10:30 Concentración de los excombatientes.
> 11:00 Misa oficiada por José Fernández Parada (padre Comesaña).
> 11:45 Imposición de la Medalla de la Paz de Franco.
> 13:15 Palabras del gobernador civil y jefe provincial del Movimiento.
> 14:00 Comida de confraternidad.
> 22:30 Verbena popular en la avenida Montero Ríos[52].

La hermandad continuó activa hasta bien entrada la democracia. La última reunión conocida es del año 2000, cuando quedaban un centenar de supervivientes, dirigida por Enrique Jaspe Leira, cabo de la 3.ª Compañía del 3.er Batallón. Además, se conservó durante años el mástil de popa del buque en el cuartel de Infantería Isabel la Católica de A Coruña junto con un pequeño monumento, aunque antes se había guardado en el cuartel de artillería de Zalaeta –en la ciudad herculina–, ambos cerrados. En el Museo Militar de la Región Noroeste de A Coruña, estuvo expuesta la bandera que ondeaba en el buque, junto con una fotografía y una maqueta del barco.

Para Jaspe Leira, el último presidente de la hermandad, el hundimiento fue un acontecimiento que marcó su vida posterior, pues lo que vivió en primera persona no lo pudo olvidar[53]. En el único ejemplar obtenido de *Mástil,* terminan con una frase que posiblemente estuviera en la mente de muchos combatientes y familiares de la mayor tragedia marítima de la historia española:

> Esto nos gusta. Emulación cívica para la Paz entre los pueblos y las razas todas. El gallardete del grupo español no es triunfalista. Eso queremos. *Castillo de Olite* es el peso más eficiente –el nombre más acertado– en el platillo de la paz.
>
> Ese mástil, silencioso, triste, terriblemente solo sobre el mar, nos dice a todos impresionantemente: «¡Paz, mil veces Paz!»[54].

Seguramente, el concepto de *paz* del franquismo fuese distinto del de muchos supervivientes y sus familiares. Los últimos querían que no se repitiese un acontecimiento como la Guerra Civil, independientemente de sus identidades políticas, porque supuso un trauma difícil de superar. Nunca hubo olvido, ni esa es su solución, sino el conocimiento crítico del pasado.

Para Dorinda, el olvido tampoco fue posible. Realizó el mismo viaje que hizo su progenitor tras la guerra al enterarse de la noticia del fallecimiento de Francisco, aunque no pudo cumplir su deseo de saber dónde yacía su cuerpo. Cuando falleció en 2019 fue enterrada con la tierra de Escombreras que había recogido humildemente su padre. Sus hijas tomaron ese legado y transmitieron la historia de su tío a sus descendientes. Pensaron que, con el fallecimiento de su madre, terminaba la posibilidad de saber dónde estaba enterrado e, incluso, que cayese en el olvido. Ese tipo de heridas familiares no se curan tan fácilmente. El objetivo final de esta investigación es saber dónde está enterrado, para, de alguna forma, cerrar el círculo, que no enterrar su recuerdo.

---

[1] Carta del 2 de noviembre de 1938 de Francisco Pérez. Archivo Familiar Castiñeira Pérez (AFCP).

[2] Es decir, a todos aquellos que, como veremos en el cap. II (dedicado a Manuel Fernández Fecho), no habían sido sorteados para ser destinados en una unidad militar y estaban en sus casas.

[3] Leira Castiñeira (2020b: 45-62) y Leira-Castiñeira y Domínguez-Almansa (2018: 79-107).

[4] Era nieto de Domingo Pérez y de María Díaz, por línea paterna, y de Salvador Ponte y María Doval, por la materna. Información obtenida de la petición al juez municipal de Abegondo, Antonio Vázquez García, y de la Carta de Identidad de la Escuela Profesional de Comercio de A Coruña. AFCP.

[5] Leira Castiñeira (2020b: 45 y ss.).

[6] Copia de la certificación de estudios de Francisco Pérez en la Escuela de Estudios Mercantiles de A Coruña. 23 de enero de 1937. AFCP.

[7] El proceso es similar al descrito en el cap. II sobre el ejército africanista a través de la vida de Manuel Fernández Fecho.

[8] Esta premisa se basa en las tesis apuntadas por Cazorla (2000 y 2016).

[9] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda y Maximiliano. AFCP.

[10] Archivo Intermedio Militar Noroeste (AIRMNO), caja 02.521. Normas Generales para la Instrucción del Cuerpo del Ejército de Galicia. EM de la 82.ª División.

[11] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[12] Alonso Ibarra (2020: 305-335), Alonso Ibarra, Kramer y Rodrigo (2019: 1-24) o Núñez Seixas (2006: 245-261).

[13] Más sobre este concepto en McAllister y Donley (1991: 720-740).

[14] Para el caso alemán, destaca el estudio del lingüista Victor Klemperer (1947 [2001]).

[15] Historial de Francisco Pérez Ponte en la 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera. AFCP.

[16] Martínez Reverte y Martínez Zauner (2021: 176).

[17] Historial de Francisco Pérez Ponte en la 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera. AFCP.

[18] Se coge prestada la expresión usada por David Alegre y Miguel Alonso del Centro de Estudio de la Guerra [ruhm.es].

[19] Leira Castiñeira (2020b: 192-202) y Wright (2021: 1236-1255).

[20] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[21] Tarrow (2005) y McAdam (2007).

[22] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[23] Esos testimonios y similares en Leira Castiñeira (2020b: 230 y ss.).

[24] *El Compostelano,* año XVIII, 4.980, 4 de marzo de 1937, portada.

[25] Entrevista a Pilar Castiñeira Pérez por Francisco Leira el 15 de febrero de 2022. A Coruña.

[26] Historial de Francisco Pérez Ponte en la 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera. AFCP.

[27] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[28] Leira Castiñeira (2020b: 226-236).

[29] Alegre Lorenz (2018).

[30] Sobre los problemas en el suministro alimenticio y testimonios sobre cómo se padeció en Teruel, véase Alegre Lorenz (2018: 301 y ss.). En la guerra y posguerra, véase Hernández Burgos y Leira Castiñeira (2020: 79-98).

[31] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[32] El mejor libro escrito sobre una batalla: Alegre Lorenz (2018: 299 y ss.).

[33] Historial de Francisco Pérez Ponte en la 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera. AFCP.

[34] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[35] Historial de Francisco Pérez Ponte en la 19.ª Batería del 16.º Regimiento de Artillería Ligera. AFCP.

[36] Archivo Histórico Nacional (AHN), FC-Causa General, Pieza segunda de Murcia, 1.067, exp. 1, Murcia, 2 de enero de 1942. Para más información, véase Leira Castiñeira (2022).

[37] *Ibid.*

[38] Intercambio epistolar con su hermana Dorinda. AFCP.

[39] Información obtenida de *La Voz de Galicia,* 7 de marzo de 1999, p. 22.

[40] AHN, FC-Causa General, Pieza segunda de Murcia, 1.067, exp. 1, Murcia, 2 de enero de 1942.

[41] Escrito de la Comandancia Principal de Artillería. 83.ª División. AFCP.

[42] Relato del sargento Emilio Cadórniga sobre la muerte del sargento Francisco Pérez Ponte. 11 de julio de 1939. AFCP.

[43] *Ibid.*

[44] Copia del certificado de defunción. AFCP.

[45] Entrevista a Pilar Castiñeira Pérez por Francisco Leira el 15 de febrero de 2022. A Coruña.

[46] Hay diferencias entre *legitimidad de origen,* que es la que obtuvo el franquismo hasta la década de los años sesenta, y *legitimidad de ejercicio,* que adquirió a partir de los años sesenta. Aguilar (1996).

[47] Alcalde (2014 y 2017: 78-98) y Leira Castiñeira (2020b: 253 y ss.).

[48] AFCP. Información recogida de diversos recortes de prensa. De algunos se conoce dónde y cuándo se publicaron: *La Voz de Galicia,* 17 de marzo de 1940 y *La Voz de Galicia*, 14 de abril de

1942.

[49] Leira Castiñeira (2020b: 278-295).

[50] Archivo General de las Administración (AGA) 65/14.160-26. Sobre la Asociación de Excombatientes.

[51] AGA 44/9.208-373-T- BM n.º 948. Hermandad de Excombatientes del *Castillo de Olite.*

[52] AGA 65/14.160-5.

[53] *La Voz de Galicia,* 7 de marzo de 1999, p. 23.

[54] *Mástil,* 7 de marzo de 1968, portada.

II. DE LARACHE A ARAGÓN
El Ejército en el primer tercio del siglo XX a través del capitán Manuel Fernández Fecho

En 1937, con 46 años, falleció en el campo de batalla Manuel Fernández Fecho, en aquel momento, capitán habilitado del Ejército de Franco. La visión dicotómica que preexiste de la guerra lo tacharía de fascista convencido, sin atender a las aristas que afectan a todas las experiencias vitales. Es precisamente el descubrimiento y el conocimiento de su trayectoria profesional y personal lo que permite determinar sus motivos e intuir los de otros compañeros en una situación similar, motivos por los que decidió participar en la Guerra Civil tras el 18 de julio de 1936. Para ello, es necesario volver la vista atrás, a cuando el protagonista ni siquiera se imaginaba que iba a desarrollar una carrera profesional en el estamento castrense.

En 1912 fue llamado para hacer el servicio militar en África, aunque él no había salido en el sorteo. A causa de un prófugo, lo llamaron para ocupar su puesto. Aquella eventualidad, ajena al joven Manuel, permite en la actualidad comprender desde dentro, a través de los ojos de un militar, los cambios que experimentó la institución a lo largo del primer tercio del siglo XX. Asimismo, nos posibilita entender desde el reclutamiento hasta el papel de los militares retirados con la Ley Azaña en la organización de la movilización civil de 1936, entre otros aspectos[1].

Figura 6. Manuel Fernández Fecho en 1936. Archivo Personal de Campelo Gaínza (APCG).

Para su familiar, el comandante de Infantería de Marina Jesús Campelo Gaínza, bisnieto de su hermana, Manuel tan solo «era un nombre más» de entre los muchos miembros que formaron parte del Ejército y la Armada, pero sus vivencias ayudan a conocer, entender y explicar lo ocurrido en el estamento castrense durante la primera mitad del siglo XX. Se puede comprender así la complejidad del ser humano en un contexto sociopolítico tan complejo y cambiante como las décadas de los veinte y los treinta, y sirve para reivindicar los análisis alejados de blancos y negros.

LOS COMIENZOS DE SU CARRERA MILITAR: EL SISTEMA DE RECLUTAMIENTO

Al hablar de un capitán de la Armada es inevitable que muchos lectores estén pensando en el hijo de un oficial que decidió continuar con la tradición familiar y comenzar su carrera en una academia militar. Sin

duda, casos así abundaron y abundan, pero simplemente muestran una parte de la realidad. Fue el azar el que provocó que se convirtiese en un soldado, ascendiese a oficial y padeciese la experiencia bélica en Marruecos. Luego, fue decisión suya continuar en servicio y labrarse una carrera dentro de la Armada, pero, en honor a la verdad, su vida castrense comenzó con un sorteo.

En este sentido, es preciso explicar los cambios que se habían ido produciendo desde finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Con la llegada del siglo XX y la crisis que se desató en el estamento castrense tras la pérdida de los territorios de ultramar en 1898, se hacía imperativo modificar el servicio militar. Como señalaron destacados expertos en ciencia militar, la mayoría, pertenecientes al estamento, como Fernández de Córdova y Valcárcel, Polanco y Cervera, Vasallo y Roselló, Ruiz-Fornells, Melgar Mata o Burguete y Lana –entre otros–[2], era momento de repensar el sistema de conformación de un Ejército moderno. Se hizo más acuciante esta necesidad, y se avivó el debate con el comienzo de las primeras campañas en África, que requerían de la movilización de una gran masa de individuos.

A modo de síntesis, principalmente existían dos sistemas de reclutamiento: por un lado, el francés, que consistía en un alistamiento de todos los hombres útiles para el servicio; y por el otro, el prusiano, que se basaba en profesionalización de la milicia[3]. Este debate fue muy prolífico hasta la Guerra Civil. El oficial Ricardo Burguete, en su momento alto comisario en el Norte de África, defendía la profesionalización. Por contra, Ruiz-Fornells, pese a conocer los inconvenientes que implicaba un reclutamiento en masa, estaba más cercano a esta postura del «ciudadano-soldado». Por su parte, el movimiento carlista preservaba la nación en armas, que llevó a la práctica en las guerras del siglo XIX.

A pesar de que en el debate sobre la recluta prosperó el modelo que abogaba por la profesionalización, la campaña africana suponía un reto para los jóvenes que hacían el servicio militar. La preparación era insuficiente, no conocían el territorio, la resistencia llevaba a cabo una guerra de guerrillas y, además, la oficialidad tampoco estaba preparada ni para enseñarles tácticas militares ni para liderarlos. Esto último era particularmente preocupante. En palabras de Ricardo Burguete, «la

incapacidad de mando de una gran masa de hombres es igual que la de un soldado de recluta con su fusil», algo que había aprendido en África, pero también en la Gran Guerra[4].

La España de la Restauración optó por un sistema híbrido. No fue una «Nación en armas», sino que reclutaban un número determinado de ciudadanos a través del sorteo de quintas –nombre que denominaba a la generación que tenía que hacer el servicio militar y, a los mozos, como quintos–[5]. Para designar quiénes tenían obligación de prestar ese servicio, se realizaba un sorteo en cada localidad. En ocasiones, algunos de aquellos que eran seleccionados en el sorteo acudían a subterfugios –algunos legales; otros, no tanto– para evitar ser movilizados. Además de este sistema en el territorio peninsular, el Ejército se nutría del alistamiento forzoso de marroquíes, así como de las alianzas con tribus enfrentadas. Además, se crearon unidades profesionalizadas, como los Regulares o la Legión.

Las etapas por las que pasaba la vida militar de un individuo eran recluta en caja, servicio activo, reserva y reserva territorial[6]. A cada gobierno militar le correspondía un cupo o número de personas que reclutar, que era repartido entre las ciudades. En función de las necesidades, se decretaba cuántos hombres tenían que ser movilizados, un número que, primero, se dividía por provincias y, después, por ayuntamientos. El alistamiento comenzaba con la elaboración de un censo municipal en el que estaban obligados a apuntarse cuando cumplían 18 años. El Código de Justicia Militar sancionaba duramente a las autoridades y funcionarios locales, en caso de negligencia, mediante un sistema de multas, y estaba especialmente penada la falta de incorporación de individuos pertenecientes a su distrito municipal.

Para decidir quiénes serían movilizados, se realizaba un sorteo en el ayuntamiento. Tras comprobar que no padecían ninguna de las incapacidades dispuestas en las distintas leyes de reclutamiento, eran enviados a la caja de recluta correspondiente, que normalmente estaba emplazada o en una localidad con presencia militar o en la capital de la provincia. Desde ese momento, eran nombrados «reclutas en servicio activo», mientras que el resto de los vecinos de su localidad eran denominados «excepción de cuota de servicio», y solo serían llamados a filas en casos excepcionales. En la caja de recluta pasaban un

reconocimiento médico, eran tallados y pesados, y, en el caso de estar todo en orden, se los enviaba a la unidad militar correspondiente. Podía ocurrir que, por diversas cuestiones, como deserciones, bajas, inutilidades o porque no fueron llamados con el resto de su quinta, se diesen cambios en el censo.

El inicio del primer decenio del siglo XX fue convulso en el ámbito social precisamente por las protestas que hubo en torno al sistema de reclutamiento. Tras unas largas campañas militares en Marruecos, que se percibía que no tenían un final próximo, las clases subordinadas empezaron a protestar por las injusticias que establecía la Ley de Reclutamiento. El descontento de una parte de la sociedad tuvo su momento culmen en la Semana Trágica de Barcelona de 1909, con fuerte incidencia mediática en todo el país[7]. El principal motivo de queja residía en que la ley permitía quedar exento a cambio del pago de una cuota elevada que solo se podían permitir las clases altas, con lo que, al final, los reemplazos los conformaban jóvenes de familias menos pudientes.

Otra forma de librarse del servicio en armas consistía en pagar un dinero a un sustituto para que fuese en lugar de aquel a quien le había tocado. Era un procedimiento fuera de ley y, por lo general, solo al alcance de familias con dinero. Esto acarreó fuertes protestas de las clases bajas. El malestar se acrecentó con la crisis económica que padecía un país cuyo Ejército, según *El Socialista,* absorbía el 33% del total de los presupuestos del Estado[8].

Los prófugos supusieron un problema en este proceso de reclutamiento. Muchos decidían huir o emigrar, pues, al menos, reportarían beneficios a la familia. En otros casos, sobre todo en las pequeñas localidades del campo, se escondían en el monte o en zulos durante un tiempo, mientras eran buscados por la Guardia Civil. Con el paso del tiempo, salían y realizaban vida normal. Solían existir conflictos sociales si un joven reclamado terminaba siendo declarado prófugo, pues obligaba a ocupar su puesto al vecino que inicialmente se había librado. Esto generaba rencillas entre familias que podían durar generaciones.

Manuel nació en Cádiz el 27 de noviembre de 1890. Hijo de Rosa Fecho y Manuel Fernández, estaba casado cuando el 1 de agosto de 1911 se celebró el sorteo para designar a los reclutas gaditanos que debían

realizar el servicio militar. Tuvo la suerte de obtener el número 233, que ese año significó que pasaba a ser excedente de cupo, es decir, que quedaba exento de hacer el servicio militar y podía continuar con su vida.

Al ser excedente de cupo podría ser eventualmente llamado por las fuerzas militares, esto fue la que ocasionó que cambiase por completo la vida de Manuel. Por culpa de un prófugo, tuvo la obligación de presentarse el 10 de febrero de 1912 en el 1.er Regimiento de Infantería de Marina, con base en San Fernando[9]. Lo nombraron soldado de segunda y ahí despegó su meteórica carrera militar. En menos de un mes, ascendió a soldado de primera y, en apenas dos, a cabo. El 31 de diciembre emprendió su aventura en las campañas de Marruecos, ya como cabo de campaña.

LAS CAMPAÑAS DEL NORTE DE ÁFRICA EN UN CONTEXTO DE EXPANSIÓN DEL NACIONALISMO

España, desde las Guerras de Independencia iniciadas en Sudamérica en 1808 por el vacío de poder que supuso la entrada de las tropas de Napoleón en el territorio peninsular, inició su declive en la esfera internacional, lo que provocó que abandonase su posición hegemónica. La independencia en 1898 de los últimos territorios de ultramar –Cuba y Filipinas– causó una profunda crisis política, social y cultural en la península. Dentro del mundo de la intelectualidad corrieron ríos de tinta sobre lo que se conoció como «el problema de España», desde las aportaciones de la generación del 98, como Miguel de Unamuno o Ramiro de Maeztu, hasta la de José Ortega y Gasset y sus discípulos –Ángel Herrera Oria, Juan Vázquez de Mella, María Zambrano y Ernesto Giménez Caballero–.

La crisis del 98, la progresiva aparición de la política de masas y los cambios sociales fueron los distintos elementos que detonaron consecuencias sociopolíticas inesperadas. Por un lado, la fuerza de los movimientos obreros incrementó la oposición al régimen de la Restauración. Vino acompañado de un reforzado republicanismo que parecía sepultado tras el fracaso del Sexenio Democrático. Asimismo, se

vieron fortalecidos los nacionalismos subestatales, como el catalán, de la mano de Lliga Regionalista; el vasco, con el Partido Nacionalista Vasco (PNV) y, en menor medida, el gallego, con una diversidad de posturas políticas y de pensamiento. Toda esta mezcla suscitó un incremento de las protestas sociales. No fue distinto de lo que ocurrió en otros países, como Reino Unido, Francia, Italia o los Imperios centrales, cuya respuesta también fue el surgimiento de proyectos pannacionales, antesala del fascismo transnacional[10].

Ante este escenario de crisis institucional, la respuesta por la que se decantaron los Gobiernos de la Restauración fue la de sustituir una derrota militar –en ultramar– por un intento de victoria en el Norte de África, para mantener con vida al sistema monárquico. No fue el único país que, ante la crisis nacional, buscó una campaña bélica en el extranjero, ya que crear una amenaza o enemigo exterior para cerrar filas dentro de una comunidad es una estrategia muy frecuente. Desde el desembarco de La Restinga en 1908 –a diez millas náuticas cara el levante de Melilla, en la costa rifeña– se iniciaron una serie de campañas en el norte del país que se alargaron hasta el golpe de Estado que detonó la Guerra Civil de 1936[11].

A pesar de las diversas derrotas, para la institución castrense el Norte de África se estaba convirtiendo en una cuestión de honor, ya que la derrota del 98 había supuesto una profunda crisis en el Ejército. Las derrotas fueron consecuencia de que se tomó la decisión de embarcarse en la aventura africana sin haber modernizado la estructura militar y sin destinar un presupuesto estatal que pudiese cubrir los aspectos más elementales para una campaña bélica de esas características. Además, organizativamente, el cuerpo de oficiales era excesivo para el total de suboficiales y clases de tropa[12]. Había oficiales sin tropa o que tenían dificultades para completar unidades operativas. Los insignificantes cambios en el sistema de reclutamiento no solucionaron este problema, sino que solo avivaron las protestas sociales y la indignación ciudadana dirigida hacia el estamento militar.

No se puede considerar una única guerra, porque realmente fueron una serie de contiendas que se desarrollaron de manera casi sucesiva por diferentes motivos en los territorios españoles del actual Marruecos. Esta experiencia bélica forjó un tipo de mentalidad denominada

«africanismo», que presenta unas características propias y distintas a las de los militares destinados en la península. Fue evolucionando en el tiempo a posturas ultranacionalistas e intervencionistas en política interna de la mano de uno de sus principales ideólogos, el teniente coronel Millán Astray.

Se pueden diferenciar tres generaciones de militares africanistas, que forjaron su mentalidad sociopolítica a lo largo de este conflicto[13]. La primera luchó en las distintas campañas del siglo XIX, como la Guerra de Margallo. La segunda tuvo una mayor importancia política en los años veinte. A ella pertenecieron Miguel Primo de Rivera y Dámaso Berenguer, quienes ostentaron el cargo de altos comisariados en Marruecos en las dos primeras décadas del XX. Primo de Rivera gobernó como dictador, con el beneplácito del rey Alfonso XIII, en la década de los veinte (1920-1930), en pleno surgimiento del fascismo. Lo acompañaron otros miembros que formaron parte del directorio militar (1920-1925), como José Cavalcanti, Francisco Gómez-Jordana Sousa o Mario Muslera. Se puede añadir a José Sanjurjo, Juan Yagüe, Enrique Varela o Luis Orgaz, que gozaron de un mayor protagonismo años más tarde, con la asonada de 1932.

La tercera generación es la protagonizada por Francisco Franco, José Millán Astray o Emilio Mola, quienes aún eran tenientes coroneles durante la dictadura de Primo de Rivera. El pensamiento se fue radicalizando, fundamentándose en la defensa de la «Patria» española desde una perspectiva historicista. El catolicismo formaba parte del corpus nacional, así como la idea de que el Ejército debía desempeñar un papel fundamental en el devenir político-institucional. Entre sus enemigos, que consideraban extranjeros, se encontraba el creciente movimiento obrero, junto con sus adversarios en las campañas de Marruecos, el movimiento panislámico[14].

Esta mentalidad se tradujo en la creación de dos cuerpos semiprofesionalizados: las Fuerzas Regulares Indígenas y la Legión Extranjera. Eran unidades sujetas a un procedimiento de conscripción distinto al del resto de los cuerpos, y eran las tropas con las que más cómodos se sentían estos oficiales por su cierto grado de profesionalización y mejor preparación. Los regulares se crearon en 1911, para mitigar el peso de los peninsulares y poder continuar con las campañas. Estaban formados por personas procedentes de tribus y clanes

locales. Su jefe fue el teniente coronel de caballería Dámaso Berenguer. Terminaron convirtiéndose en la principal fuerza de choque, debido a su conocimiento del terreno y su despiadada actuación en combate[15].

Por otro lado, el 27 de enero de 1920, el por aquel entonces teniente coronel José Millán Astray –una de las personas con mayor influencia en el pensamiento del general Francisco Franco[16]– creó el Tercio de Extranjeros, puente ideológico entre el africanismo y el fascismo implantado a partir de 1936. Se concibió a semejanza de la Légion étrangère francesa, tanto en su organización como en su alistamiento, educación, formación y valores. Cualquier varón podía alistarse sin dar sus datos personales reales, lo que sirvió para que muchos delincuentes o perseguidos por la justicia limpiasen su historial delictivo. Por lo tanto, era un grupo muy heterogéneo, algo que inquietaba a las autoridades políticas, al pensar que podía ser una forma de que entrasen individuos de «escasa moral» o afines a los movimientos obreros. No obstante, Millán Astray se jactaba de que, con su disciplina, en la Legión todos se convertían en defensores de la Patria[17].

Su ideología se basaba en el ultranacionalismo, el caudillaje militar, la defensa de la sangre derramada en combate y el heroísmo como valores fundamentales. Su pensamiento se extendió a todas las fuerzas destinadas en África, gracias a la vitola de vencedores, sobre todo, por no haberse visto involucrados en el Desastre de Annual. La Legión llevó al extremo el nacionalismo historicista de influencia fascista, como se puede ver en su «Credo», redactado por Millán Astray, basado en el conocimiento que tenía sobre el *bushido* japonés:

> 1. *El espíritu del legionario:* es único y sin igual, de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta.
>
> 2. El espíritu de compañerismo: con el sagrado juramento de no abandonar jamás a un hombre en el campo, hasta perecer todos.
>
> 3. El espíritu de amistad: de juramento entre cada dos hombres.
>
> *4. El espíritu de unión y socorro:* a la voz de «¡A mí la Legión!», sea donde sea, acudirán todos y, con razón o sin ella, defenderán al legionario que pida auxilio.
>
> 5. El espíritu de marcha: jamás un legionario dirá que está cansado, hasta caer reventado.

Será el cuerpo más veloz y resistente.

6. *El espíritu de sufrimiento y dureza:* no se quejará de fatiga ni de dolor ni de hambre ni de sed ni de sueño; hará todos los trabajos, cavará, arrastrará cañones, carros; estará destacado, hará convoyes, trabajará en lo que le manden.

7. El espíritu de acudir al fuego: la Legión, desde el hombre solo hasta la Legión entera, acudirá siempre donde oiga fuego, de día, de noche, siempre, siempre, aunque no tenga orden para ello.

8. El espíritu de disciplina: cumplirá su deber, obedecerá hasta morir.

9. El espíritu de combate: la Legión pedirá siempre, siempre, combatir, sin turno, sin contar los días ni los meses ni los años.

10. *El espíritu de la muerte:* el morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde.

11. La bandera de la Legión: la bandera de la Legión será la más gloriosa, porque está teñida con la sangre de sus legionarios.

12. Todos los hombres legionarios son bravos: todos los hombres legionarios son bravos, cada nación tiene fama de bravura; aquí es preciso demostrar qué pueblo es el más valiente[18].

En combate mostraron una gran capacidad de acción, pero también una deshumanización con el enemigo que contrastaba con la liturgia por los muertos propios y con la defensa de aspectos como la nación, el catolicismo y el Imperio. Se convirtieron en el bastión del conservadurismo cultural del Ejército, que se extendió principalmente entre las tropas y oficiales que participaron en las campañas de África[19].

La meteórica carrera militar de Manuel Fernández Fecho

Una contienda que parecía no tener fin, protestas sociales que agitaban la sociedad y un colectivo dentro del Ejército que defendía una cultura sociopolítica y militar propia son las características del contexto al que fue destinado Manuel en el Norte de África. En Fez, importante centro político y religioso al norte de Marruecos, estallaron una serie de revueltas en 1911 que motivaron la intervención francesa. El presidente Canalejas

decidió preparar un desembarco para no perder el control de sus territorios y de las cabilas. Asimismo, había temor a que la intervención francesa tuviese como segunda intención hacerse con el poder de los territorios españoles. Por eso, se desembarcó el 9 de junio de 1911, con una potente fuerza de cerca de 1.000 hombres, formada por el 1.er Regimiento de Infantería de Marina de San Fernando, que desembarcó desde el buque *Almirante Lobo.* En esta acción, a pesar de no encontrarse mucha resistencia, se experimentó la adrenalina de entrar en combate y se controló esa ciudad costera con cierta facilidad.

Algunas compañías de este regimiento mantuvieron su posición en Larache, mientras que el resto se dirigió, a escasos kilómetros, al puesto de Alcazarquivir, un enclave rodeado de colinas. Otra vez tuvieron que entrar en combate, aunque también en esta ocasión la oposición fue escasa por parte de las tribus locales. La «pacífica» ocupación se debió al diálogo entre el cónsul español Juan Zugasti con el caudillo El Raisuni, sheriff de Yebala. Tras estas operaciones se firmó el Tratado de Fez de 1912, que definió las fronteras de los protectorados español y francés. Su consecuencia no fue la esperada, ya que, más que traer la paz, recrudeció los enfrentamientos con las tribus rifeñas, lo que desembocó en la Primera Guerra del Rif.

En esas fechas ya se habían desplegado en aquellas tierras dos batallones de Infantería de Marina, el primero del 1.er Regimiento de San Fernando –al que pertenecía Manuel– y el primero del 3.er Regimiento de Cartagena, enviado allí para reforzar esa presencia española. Con ellos se formó, tras el Real Decreto de 4 de diciembre de 1912[20], el Regimiento Expedicionario de Infantería de Marina. Establecieron su campamento en Tzenin y Mensah.

El prófugo de su ciudad fue el causante de que Manuel conociese la realidad bélica, una experiencia que lo debió de marcar en el plano personal y profesional. Supuso el comienzo de una fulgurante carrera militar, tanto que, con la excepción de haber estado de baja un mes por enfermedad en 1916, no abandonó su destino en África. Fue él mismo quien solicitó prolongar su estancia en el Ejército una vez finalizado el periodo que le correspondía por ley.

Se puede intuir que su experiencia bélica lo acercó al pensamiento

africanista y, así, deducir que también fue defendido por algunos sectores que conformaron la clase media del Ejército, no solo por la alta oficialidad. Es decir, la defensa del nacionalismo español y la necesidad política, social e institucional del Ejército destinado en África configuraron un ideario que se iba haciendo común en las tropas del Norte de África. Continuó su carrera militar y ascendió a sargento en enero de 1918, y el 21 de noviembre de 1919 volvió a desembarcar en Larache[21].

El Desastre de Annual

Con la imposición del protectorado comenzó un proceso de mayor inestabilidad en la zona que terminó con la unión en forma de república de las tribus rifeñas en 1921, al mando del Abd El-Krim. La aventura política en el Norte de África, más que alentar un apoyo social, como se pretendía tras la pérdida de los territorios de ultramar, estaba generando aflicción en el grueso de la sociedad. El dinero destinado a la campaña era importante en un país en crisis que estaba envuelto en numerosas algaradas que, en ocasiones, terminaban con la intervención de las fuerzas del orden público. De esta manera se expresaba *El Heraldo de Madrid* sobre las protestas de subsistencia que se repetían a lo largo de la península y de las nefastas consecuencias en forma, en ocasiones, de intimidación, que estaban teniendo:

> Por esa razón, las efusiones de sangre de estos últimos días son mancha indeleble y afrentosa en la historia de los gobernantes, y por eso el recuerdo de represiones tan cruentas hará mayor el odio de los consumidores contra los que se empeñan en traficar, alimentando el número de las familias indigentes, y exaltará en todas partes sentimientos de protesta, que no pueden acallar los disparos de fusil, contra los que perseveran en la práctica del calculado latrocinio[22].

La situación económica, política y social era insostenible, y se sucedían los Gobiernos, incapaces de establecer una solución. Sirva de ejemplo el noticiario *El Día,* que admitía el fracaso y acusaba del mismo a los políticos de la Restauración, aunque, no obstante, amparaba la participación española en Marruecos:

> Es cierto que la acción española en la zona norte marroquí ha sido un fracaso. A demostrarlo va enderezada la prosa de estos artículos, y de argumento sirven los antecedentes que estamos reuniendo. Pero este error es de nuestros políticos, no del pueblo español; solo a este ha perjudicado, puesto que en Marruecos hemos sepultado muchas vidas y muchos centenares de millones[23].

Ante esta situación, comienzan los preparativos de Annual con la orden de que las tropas del general Manuel Fernández Silvestre tomasen ese territorio en mayo de 1921. Las altas esferas militares allí destinadas consideraban que era una acción fundamental para terminar con el problema marroquí. Las tropas del citado general avanzaron con la aprobación del general Dámaso Berenguer, a pesar de la duda de su triunfo final[24]. El resultado fue el mayor desastre militar del Ejército español desde 1898, que tuvo dos consecuencias principales: la muerte de casi 10.000 soldados y el final de la Restauración[25]. El Ejército necesitaba una victoria que era incapaz de obtener, lo que agravó el distanciamiento entre la sociedad civil peninsular y el Ejército de África.

Manuel participó en las operaciones que desembocaron en el Desastre de Annual. El 21 de junio de 1921 formó parte de la columna del comandante general Emilio Barrera, que operaba contra los poblados de Yebala y Beni Arós. El 2 de julio fue atacada la zona norte de su campamento, que tuvo que ser reforzada tras una jornada de intenso tiroteo hasta que el ataque pudo ser repelido. Tras días realizando labores de vigilancia, guardias y control del territorio en el que instalaron su destacamento, el 6 emprendió la marcha con su compañía para establecerse en el camino entre Mensah y Sidi Bu Yebel. Este último se encontraba en una montaña de importancia estratégica para la ofensiva española.

En la madrugada del día siguiente, se dirigió al bosque de Ayum, prestando labores de seguridad y trasladando heridos a retaguardia que procedían de las líneas avanzadas que provenían del campamento general, a pesar de estar acusando el cansancio de una larga campaña militar en un país con una meteorología compleja. También estuvo destinado entre las lomas de Tabasco y Nuader, hasta que el 16 de julio partió con la columna del coronel Manuel González a Tasaroff, y se establecieron en el lugar denominado Los Lilos, en el que fijaron una posición y una avanzadilla de ataque.

Al no haberse producido enfrentamientos, volvieron a Nuader. Allí dispusieron un campamento en la madrugada del 24 para disipar el ataque enemigo, contestado con ametralladoras y una batería de montaña. El 1 de agosto se trasladaron a Mensah, en donde permanecieron el resto del año. A pesar de no haber entrado en un combate sangriento, Manuel y sus compañeros acumularon el cansancio físico y mental de vivir una situación de extremo estrés emocional, del miedo a ser atacados y de ver la muerte de cerca. Asimismo, dormir pocas horas en un campamento con malas condiciones de vida, hacer guardias y cambiar de posición casi cada día generó que acumulasen agotamiento.

El 23 de marzo de 1922 fue ascendido a alférez de la Escala de la Reserva Auxiliar Retribuida (ERAR). Esta escala fue fundada en el Ejército de Tierra con el Real Decreto de 13 de diciembre de 1884; en Infantería de Marina, cuerpo de la Armada al que pertenecía Manuel, fue creada más tarde, el 16 de junio de 1911. Fue suprimida por la Segunda República el 14 de julio de 1931. En Infantería de Marina tan solo hubo tres promociones de la ERAR, que sumaron un total de 440 oficiales. Los requisitos para ser alféreces eran llevar más de 12 años de servicio, 8 de ellos como sargento, con un mínimo de 6 destinado en ultramar o el Norte de África. Tras el decreto de Franco del 17 de mayo de 1940, se ordenó que todo el personal que había pertenecido a la antigua ERAR pasara automáticamente a estar incluido en la escala complementaria[26].

Figura 7. Oficiales del 1.er Regimiento de Infantería Marina entre los que se encuentra Manuel Fernández Fecho. APCG.

Se puede observar cómo fue su progresivo ascenso, de recluta a oficial, viviendo esta experiencia en las campañas del Norte de África, convirtiéndose en un experimentado militar, como demuestran las calificaciones reservadas anuales de sus superiores[27]. Por la misma, se puede ver la dura vida del soldado, pues estuvieron moviéndose de posición constantemente y ayudando a las fuerzas de choque, que, en casi todos los casos, recaían en manos de los regulares. A pesar del desastre político, militar e institucional que supuso la campaña de Annual, muchos de aquellos hombres sintieron orgullo por haber pertenecido a las fuerzas que lucharon en Marruecos.

El cambio a la dictadura de Primo de Rivera

Mientras que el Ejército africanista se oponía, el Gobierno de

concentración de Maura optaba por poner fin a la aventura marroquí. Cuando se abrió el expediente Picasso contra el alto comisario Berenguer, este fue sustituido por el general Burguete, que quiso adoptar una postura conciliadora entre Marruecos y España. Se planteó una propuesta de paz, basada en sobornos a tribus que apoyaban a Abd El-Krim, acompañada de pequeñas acciones militares en Alhucemas. Sin embargo, el apoyo político estaba llegando a su fin, y querían poner punto final a esta cuestión. Luciano López Ferrer, civil, sustituyó a Burguete y elaboró un informe en el que criticaba la labor desarrollada durante la última década y abogaba por retirarle el poder a la alta oficialidad allí destinada.

Finalmente, aconteció el golpe de Estado del general Primo de Rivera con la ayuda de militares africanistas como el general Cavalcanti. El monarca Alfonso XIII decidió apoyar un régimen autoritario y nacionalista que reafirmó las prerrogativas políticas que tenía el Ejército desde comienzos del siglo XIX y dotó de fuerza al sector africanista. No fue algo aislado: el anticomunismo que se extendió por todo el mundo dio pie a que surgiesen partidos políticos, regímenes y partidos fascistas, cuya influencia afectó a toda la derecha política, incluido, en el caso español, al Ejército[28].

Durante los siete años que duró el experimento *primorriverista,* fue utilizada una propaganda basada en el miedo al comunismo soviético y en denominar como *anti-España* a todo aquello y a todo aquel que no le brindara su apoyo. Este legado ideológico lo recogieron más adelante Acción Española y, en general, la derecha reaccionaria en la Segunda República, y constituiría el germen del fascismo español. Parte del discurso y de las medidas aplicadas se inspiraron en Mussolini. El directorio militar de Primo de Rivera creó un partido único, Unión Patriótica, y dieron alas a la creación de un cuerpo paramilitar, como fue el Somatén[29].

El Desastre generó un espíritu de revancha, no solo entre los jefes, sino también entre la oficialidad y parte de la tropa, como pudo ser el caso de Manuel, ya que había perdido a muchos compañeros de armas y se sentían incomprendidos por una opinión pública que criticaba la intervención. Una de las consecuencias fue que se incrementó el odio al enemigo marroquí después de que se conociese el número total de muertos. Esta línea la siguen intelectuales como Ruiz Albéniz –que escribía con el

seudónimo de *El Tebib Arrumi*–, quien, en 1922, publicó una obra titulada *Ecce Homo* en la que enaltece al Ejército africanista y se ataca a los políticos de la Restauración. *ABC* lo recoge así: «Se defiende una causa justa, un símbolo de las víctimas que en España producen la concupiscencia, los amaños y las connivencias políticas»[30].

La política que adoptó Primo de Rivera en Marruecos fue la negociación con los líderes Abd El-Krim y Raisuni para frenar las hostilidades, aunque hubo algún que otro enfrentamiento bélico de menor importancia. Finalmente, después de algunas infructuosas operaciones militares, se puso fin al conflicto en 1927. En lo que se refiere a la cúpula militar, no existió en ningún momento una autocrítica; al contrario, se enfatizó la mentalidad africanista con el auge de una nueva generación de mandos, en la que destacaban los dos jóvenes oficiales que se habían encargado de crear un nuevo cuerpo de choque: la Legión de Millán Astray y Franco[31].

Con el ascenso, Manuel volvió a la península, destinado a su regimiento de origen, el 1.º de Infantería de Marina de San Fernando. Es imposible conocer su postura acerca de lo ocurrido, pero, por las respuestas sociopolíticas que adoptó con posterioridad, y al ver que las campañas de África forjaron al hombre en que se había convertido, se intuye que no estaba conforme con las decisiones adoptadas. Muchos militares destinados en el Norte de África consideraban que era necesario restituir y, de algún modo, vengar a los compañeros que fallecieron. Sin embargo, como buen militar, permaneció leal a los sucesivos Gobiernos y regímenes políticos que se sucedieron, lo que queda patente en sus positivas valoraciones internas y en que fue nombrado abanderado de su unidad en más de una ocasión[32].

Figura 8. Manuel Fernández Fecho en 1923. APCG.

La dictadura comenzó a resquebrajarse a causa de los pocos apoyos sociales con los que contaba, así como por las políticas de represión y depuración, y la oposición a la disminución de libertades. El republicanismo y los movimientos obreros fueron ganando presencia social y se convirtieron en la única alternativa viable ante la deriva de la monarquía tras destituir a Primo de Rivera por Dámaso Berenguer y, a este, por el almirante Manuel Aznar. Tras el golpe de Estado de Jaca por parte de militares que pretendían imponer una república, partidos republicanos ganaron en las grandes ciudades en las elecciones municipales de 12 de abril de 1931. Todo ello acabó en la huida del rey Alfonso XIII y la llegada a la jefatura del Estado de Niceto Alcalá-Zamora. En palabras del historiador Quiroga de Soto, «Primo de Rivera fue incapaz de generar una cultura de consenso por el rechazo a las políticas nacionalizadoras»[33]. La dictadura fracasó en su operación nacionalizadora autoritaria.

Su retiro semiforzoso. Segunda República y la Ley Azaña

Dentro del Ejército, existían ciertos problemas estructurales con los que el primer ministro de Guerra de la Segunda República, Manuel Azaña, no supo lidiar. El Gobierno aprobó una serie de decretos, entre abril y septiembre de 1931 que, posteriormente, fueron refrendados por las Cortes en octubre de ese mismo año, conocidos como la «Ley Azaña».

El presupuesto del Ministerio de Guerra era elevado, a pesar de contar con un organigrama y materiales vetustos. Era una reclamación que procedía desde dentro del estamento militar. El general Emilio Mola dejó por escrito la penosa situación en la que se encontraba el material tras la Guerra de Marruecos. Los objetivos que pretendían solucionar no diferían en exceso de los que otros ministros durante Restauración, como el militar Manuel Cassola o el, además, también exdirector de la Guardia Civil, Agustín de Luque y Coca. En este caso, Manuel Azaña, tras las enseñanzas que obtuvo de la Francia victoriosa de la Primera Guerra Mundial, se empeñó en aplicar un modelo similar.

Pretendía que el Ejército dejase de ser un estamento con un excesivo poder en política interior, un problema que no solucionó, ya que el control del orden público siguió en sus manos a través de la promulgación de un estado de guerra que les atribuía el control de la justicia y las labores policiales. Era un cuerpo que no estaba preparado para este tipo de intervenciones y que, en alguna ocasión, se extralimitó. En total se decretaron 21 estados de excepción, 23 estados de alarma y 18 estados de guerra[34]. No se fundó un cuerpo destinado a esta función, a pesar de la creación de las Guardias Cívicas, insuficientes para todo el territorio, y la Ley de Jurisdicciones fue una declaración de intenciones más que algo aplicable. La reforma de Azaña pretendía convertir al Ejército en un cuerpo preparado para la defensa del Estado en misiones en el extranjero; sin embargo, no fue capaz de revertir este patrón equivocado que procedía del Antiguo Régimen.

Las reformas de Azaña también pretendieron la reducción del cuerpo de oficiales y la posterior creación de un cuerpo de suboficiales, y atendían a dos motivaciones fundamentales. Una era evitar convertir el Ejército en un estamento para crecer socialmente, y más en un contexto en el que

comenzaba a vislumbrarse la formación de una especie de casta alrededor de los que lucharon en África. La otra era establecer una estructura de mando adaptada al sistema, que, en opinión de Manuel Azaña, mejor beneficiaba al Ejército español.

Se trataba de uno de los problemas estructurales del Ejército, que contaba con la ratio de oficiales por número de soldados más alta de Europa. Según el *Anuario Militar* de 1930, había en servicio 258 generales y 21.996 jefes, oficiales y asimilados[35]. Para eso, debía recortar el cuerpo de oficiales y crear un cuerpo intermedio entre ellos y las clases de tropa, que procedieron principalmente del servicio militar, en el que también se produjeron cambios.

A Manuel le tocaron de cerca las medidas de Azaña. Fue retirado del servicio el 30 de septiembre de 1931[36]. Se trataba de un decreto de retiro voluntario –de jefes, oficiales y asimilados– en unas condiciones ventajosas para muchos de ellos. Sin embargo, fue percibido como una afrenta para quienes habían servido toda su vida en la milicia. Quienes lo deseasen, por el artículo 1.º, podían pasar a la segunda reserva manteniendo el mismo sueldo que tuviesen en activo. Por el 2.º, podían pasar a la situación de retiro, igualmente, manteniendo el mismo sueldo que en activo. A estos beneficios, se sumaba que conservaban los mismos derechos para cualquier tipo de complemento, obtención de medallas por antigüedad o similar, recogido en su artículo 3.º. Era necesario presentar una instancia al Ministerio de Guerra en los siguientes 30 días desde la publicación del decreto, pero se tuvo que ampliar por el gran número de peticiones, puesto que muchos no estaban en una situación laboral estable.

En una de las últimas cláusulas del decreto de 25 de abril de 1931 se afirmaba que, en caso de que el número fuese insuficiente, el Ministerio de Guerra mantenía la prerrogativa de enviar al retiro a quien considerase oportuno y sin los beneficios ya expuestos. Aunque no se aplicó, fue ampliamente criticado, debido a que muchos optaron por él por miedo a verse perjudicados y a tener que tomar una decisión de ese calibre en menos de 30 días[37].

Desde el punto de vista técnico, se criticaron mucho las formas desde tribunas como *La Correspondencia Militar* o *Ejército y Armada.* Por otro lado, aunque las condiciones eran ventajosas y todo era voluntario, en la

práctica no se ofertaba destino ni ascenso a empleos superiores. Además, tenían preferencia los oficiales que salían de las academias ante los que ascendían desde clases de tropa, como fue el caso de quien nos ocupa, que empezó como recluta.

Además, a Manuel lo afectó otra grave circunstancia. El cuerpo al que servía, la Infantería de Marina española, había sido declarado a extinguir por el ministro de Marina Casares Quiroga, mediante el decreto de 10 de julio de 1931, que, según el capítulo VIII, artículo 51.º, decía:

> El Cuerpo de Infantería de Marina se declara a extinguir con la plantilla que se fije. Los servicios actualmente encomendados a este Cuerpo se cubrirán con marinería seleccionada a su ingreso en el servicio, al mando de oficiales militares que el ministro designe, que tendrán en estos destinos la mayor estabilidad posible. Mientras existan jefes y oficiales de Infantería de Marina serán estos los que desempeñen los destinos asignados a este servicio, que continuarán en su forma actual en tanto no se proceda a la sustitución, cuyos detalles orgánicos se prevendrán mediante la reglamentación oportuna[38].

Este documento originó una enorme reducción de sus efectivos, creándose la llamada *plantilla de extinción,* fijada en tan solo 50 oficiales[39], que obligó a marchar al retiro a la mayoría por falta de vacantes a donde ser destinados. Eso fue lo que le ocurrió al ya teniente Fernández Fecho.

Más tarde se publicaron modificaciones al decreto inicial que afectaron a Manuel, que fue ascendido a capitán honorario. Esto se debió a que se desconocían las consecuencias del alcance del primer decreto, que tuvo que explicarse y adaptarse en más de una ocasión. Sin embargo, a pesar de las críticas, de cierta torpeza en su aplicación y de dejar descontentos a algunos jefes y oficiales, cumplió con el objetivo que planteaba[40].

Su experiencia en la Guerra Civil

El 18 de julio de 1936 llegaron los primeros ecos de una rebelión militar de la guarnición destinada en África. La incertidumbre y la violencia se abrieron paso en la península a lo largo de los días siguientes, y se hizo efectivo el golpe de Estado. En la provincia de Cádiz, donde residía en aquel momento Manuel, la fuerza militar que apoyó la sublevación aplastó cualquier intento de resistencia, en un territorio donde estaban la

Capitanía General de la Zona Marítima del Estrecho en San Fernando y varias guarniciones en la capital.

En la comarca de Cádiz, el gobernador civil Mariano Zapico pidió desde la radio la defensa de la Segunda República. Las principales autoridades de la ciudad, junto con defensores del FP, se atrincheraron en los edificios del Gobierno Civil, el Ayuntamiento y Correos. Además, levantaron barricadas en los barrios de la Viña y de Santa María. Asimismo, el Gobierno de la Segunda República mandó encarcelar al general José Enrique Varela, al que tenía vigilado desde hacía tiempo. Lo encerraron en el castillo de Santa Catalina de Cádiz.

Tras unirse a la sublevación el gobernador militar, el general López Pinto, las fuerzas del Ejército presentes en Cádiz –el Regimiento de Infantería n.º 33 y el Regimiento de Artillería de costa n.º 1– liberaron al general Varela. Posteriormente, fueron destinados a tomar el control de la ciudad, con la ayuda de los miembros de la Falange. Los enfrentamientos, cuasibélicos, terminaron la mañana del día siguiente, el 19 de julio, tras atracar en el muelle el destructor Churruca y desembarcar un batallón de regulares de Ceuta. Esta unidad de refuerzo le dio al general Varela la oportunidad de aplastar la defensa de la Segunda República en Cádiz.

Desde ese momento, Varela se puso al frente del levantamiento en la ciudad de Cádiz, haciéndose rápidamente con el control militar y político. Todos los que se enfrentaron a la sublevación fueron encarcelados en el castillo de San Sebastián, establecido como prisión militar. Otros serían llevados al buque *Miraflores,* que se utilizó como prisión flotante en plena bahía de Cádiz.

Manuel, en aquel momento retirado por las Leyes de Azaña, decidió presentarse voluntariamente en el Departamento Marítimo de Cádiz para solicitar su reingreso al servicio activo, y quedó destinado como juez instructor. Prácticamente un mes más tarde fue nombrado jefe de sección en las milicias cívicas creadas en San Fernando para controlar la ciudad, función que compaginó con su cargo como juez[41].

Formó parte de un coro de individuos que decidieron participar activamente en contra del FP, del que Franco y el resto de los generales fueron las caras visibles. Su decisión se pudo deber a diversos motivos, desde personales a políticos. Según las informaciones obtenidas por la Guardia Civil, el Ayuntamiento y la Falange de San Fernando, no

participaba en política, pero sí tenía amistades pertenecientes a partidos o sindicatos de izquierda. Simplemente se destacaba de él que era una persona católica, por lo que es posible que las medidas laicistas de la Segunda República le provocasen un profundo malestar[42]. Asimismo, podría mantener un pensamiento de defensa de la «Patria» frente a la amenaza del comunismo que preconizaban desde la derecha política. No debe obviarse que las decisiones que tomaron los protagonistas de este tiempo estaban mediatizadas por lo que se imaginaban, y desconocían lo que iba a ocurrir al día siguiente.

Desde el 26 de agosto hasta el 6 de septiembre de ese mismo año dejó la organización de las milicias cívicas para desempeñar las tareas de delegado militar de censura en la Administración de Correos de la villa gaditana[43]. A partir de esta última fecha, volvió al puesto que ostentaba como jefe de milicias de San Fernando y se encargó de organizar las 19 compañías gaditanas[44]. De estas, 13 pertenecían a Falange, mientras que 6 no tenían una adscripción política definida.

Sin embargo, la influencia de su experiencia en África, seguramente, produjo que pidiese reincorporarse a su antiguo regimiento de Infantería de Marina y ser destinado a primera línea de combate[45]. Por tal motivo, el 23 de enero de 1937 presentó una instancia para reincorporarse al servicio ateniéndose al decreto de 8 de enero, por el que podía volver, tras explicar los motivos por los que se había acogido al retiro de las Leyes de Azaña. Aceptaron su reincorporación, donde hacían referencia a que era poseedor de una Medalla de Marruecos con el pasador de Larache y estaba pendiente de la obtención de la Cruz de San Hermenegildo[46]. Finalmente, retornó a la unidad que había dejado cinco años antes, el 1.er Regimiento de Infantería de Marina, con base en San Fernando.

Ante su insistencia por querer participar en los combates en el frente, el 22 de mayo de 1937 fue destinado provisionalmente como capitán de la 3.ª Compañía de Infantería de Marina destacada en la localidad de Montoro (Córdoba), que estaba incluida en el llamado *Grupo Expedicionario* que mandaba el comandante de Infantería de Marina Juan Conforto Thomas. En ese destino provisional estuvo hasta que fue destinado a la 151.ª División del Ejército de Tierra, incorporándose a ella el 18 de agosto en la localidad de Nieva –Segovia–, para mandar una

compañía de fusiles del Batallón 288.º del Regimiento de Infantería Canarias n.º 39. Contaba con más de 10.000 hombres al mando del general Anatolio Fuentes García, adscrito al Ejército del Centro.

> Esos serían los últimos momentos que lo verían con vida. Su hija pequeña, Maruja, recordaba que antes de irse se puso el gorrillo isabelino que le había confeccionado su esposa, colgó un jamón que había comprado en una puntilla de la cocina y se despidió de todos agitando el brazo desde lejos, antes de desaparecer por una esquina[47].

El 10 de septiembre emprendieron la marcha cara a Zaragoza, en pleno Frente de Aragón, recorriendo en camiones los más de 300 kilómetros que las separan. Permanecieron allí hasta el 1 de septiembre, donde realizaron instrucción los soldados más novatos y labores de vigilancia los más veteranos. Al frente se dirigieron en camiones por la carretera de El Burgo de Ebro.

A finales de agosto retomaron su rumbo hasta las inmediaciones de La Salada, a unos 20 kilómetros de la capital aragonesa, en la posición de La Paridera, para formar una línea defensiva formada por dos compañías y ocho ametralladoras. Los destinaron 10 kilómetros al sur de donde se encontraban, para ocupar las posiciones de Mediana de Aragón, en concreto, el alto de Los Graneretes. Tuvieron que hacer frente a un fuerte ataque republicano de fusilería, artillería y armas automáticas, que se saldó con 10 heridos de su batallón. El 3 de septiembre se instalaron en la ermita de La Magdalena, en la que recibieron otro ataque de ametralladoras, fusilería y aviación, en el que hubo 12 heridos en su unidad.

Al día siguiente tomaron la cota de Valdelacerralla, donde fueron bombardeados por la aviación republicana y atacados por tierra por fuerzas de fusilería y fuego de cañón. Es una muestra de los brutales ataques y combates que se libraron en el Frente de Aragón. La consecuencia fue un total de 20 soldados y suboficiales muertos y 66 lesionados. Entre ellos, se encontraba Manuel, «gravemente herido»[48].

Lo que se pudo convertir en otra herida de combate se tornó en un trágico final. Después de tantos años de vida militar, habiendo luchado en el Norte de África y en la Guerra Civil, había caído malherido en el Frente de Aragón, en una de las ofensivas más duras que pudo desplegar el Ejército republicano. El comandante de Infantería Román León

Villaverde, en 1941, jefe del Batallón del Regimiento Canarias, destacó de él «su extrema voluntad y valentía» en la realización de cualquier tarea en el frente y que fue «quizá el que mejor influyera en las buenas actuaciones de su unidad».

Por su parte, el alférez Guillermo Turiel Santiago, en 1941, afirmó que fueron sorprendidos por la aviación republicana el 4 de septiembre en aquel sector del frente, en un lugar donde no había defensas antiaéreas. Una de las bombas cayó donde se encontraban. Debido a la conmoción, no volvió a ver a Manuel hasta que los llevaron al puesto de socorro. Según recuerda su compañero de armas, a pesar de que la vida de Manuel pendía de un hilo, lamentaba las pérdidas humanas de «tantos soldados muertos y heridos y desde la camilla en la que yacía quería dirigir las operaciones de auxilio y evacuación de heridos» hasta que fueron enviados al Hospital Militar de Zaragoza. Llegó a las 22:00 con herida de metralla, en la espalda, en el muslo y la mano izquierdos. Aguantó siete días con vida, pero el 11 de septiembre de 1937, a las 11:15, falleció rodeado de otros compañeros. Dejó una viuda y cuatro hijos huérfanos[49].

LA POSGUERRA PARA LA FAMILIA DE UN MUERTO EN COMBATE

El capitán Manuel Fernández Fecho fue enterrado en las proximidades del Hospital Militar de Zaragoza. Desde ese momento, sus seres queridos tuvieron que preocuparse por reclamar diferentes derechos que tenían adquiridos como familiares de un caído en combate. El primero fue recuperar los restos; posteriormente, recibir las pensiones que, como viuda y huérfanos de guerra, habían sido aprobadas en los primeros años de la dictadura. Los organismos a los que tuvieron que acudir fueron la Jefatura de Beneficencia y Obra Social, dependiente de Falange, que se convirtió en el partido único, y la DNE.

La mayor parte de las peticiones las tuvieron que hacer en los años cuarenta, cuando la legislación lo permitió. Sin embargo, durante la guerra se habían aprobado medidas en esa dirección, en algunos casos,

insuficientes; en otros, abiertamente un fracaso. La principal ayuda se canalizó a través del Montepío Militar, que se remontaba al real decreto de 20 de febrero de 1857 por el que empezaron a cobrar las pensiones los familiares de los militares caídos que tuvieran derecho según el reglamento de cada periodo.

Otra ayuda a familias de miembros del Ejército sublevado fue el subsidio al combatiente, modificado el 30 de mayo de 1938, destinado a viudas y familiares de soldados, iniciado en 1936 y cuya organización se dio al crear oficinas provinciales y locales. Asimismo, se puso en marcha una Cámara de Comercio e Industria dependiente de la Jefatura de Beneficencia y Obra Social. Por debajo estaban las cámaras provinciales, que se encargaban de los censos de familias sujetas a subsidios y de las familias o empresas que tenían que aportar capital. El 16 de mayo de 1939 el Ministerio de Gobernación aprobó el subsidio del excombatiente:

> Durante la permanencia de la guerra no ha faltado a las familias de los excombatientes la asistencia necesaria para subvenir a las necesidades del hogar.
>
> El pueblo español, a lo largo de la contienda, quiso hacerse solidario, decidido de los hombres que ofrendaban su sangre en las trincheras por defender anhelos de mejoramiento social de un fenecido régimen que les había pagado. Así, con una conciencia colectiva fuerte y vigorosa, con espíritu generoso y entusiasta, los españoles, todos, sin distinción de categorías sociales, respondieron ardientemente a las consignas para que los padres, las esposas e hijos de los combatientes tuvieran atendidas sus necesidades[50].

Con la consolidación de la dictadura de Franco y la creación de nuevos organismos, se modificó la estructura de este servicio. Por el decreto de 3 de mayo de 1940, dichas entidades pasaban a depender de la Delegación Nacional de Sindicatos y se creaba el Cuerpo Técnico de Estadística y Colocación, bajo el control centralizado de la organización sindical. Finalmente, se aprobó la Ley de 13 de febrero de 1943 de Jefatura del Estado para la Creación del Servicio Nacional de Encuadramiento y Colocación (SNEC), dependiente del Ministerio del Trabajo, que se encargaba de vigilar su funcionamiento. Además, se estableció un Servicio de Colocación Obrera, que actuaba de filtro para que no entrasen personas desafectas[51].

Se pueden observar las posibilidades que tenían los familiares de Manuel de poder recibir una contraprestación. En septiembre de 1939, el

general Varela reunificó en uno solo todos los patronatos vinculados con los huérfanos de guerra, bajo la dependencia de la Dirección General de Enseñanza. Posteriormente, traspasó sus competencias de los colegios de huérfanos de las distintas armas al Patronato de Huérfanos de Militares[52]. También reestructuró el Monte Pío Militar para ayudar a las familias que lo necesitasen.

La viuda de Manuel, Francisca Román Gil, percibió una pensión anual a través de ese Montepío desde 1941. Estaba jurídicamente amparada en las leyes de 13 de enero de 1904 y de 5 de septiembre de 1939 y en lo establecido en el decreto de la Presidencia del Gobierno de 22 de abril de 1940. Del mismo modo, meses antes, en septiembre pidió plaza de gracia para sus hijas, María Rosa y María del Carmen –Maruja–, según la orden del 8 de marzo de 1940[53]. Según el Decreto de 23 de noviembre de 1940 sobre Protección del Estado a los Huérfanos de la Revolución Nacional y de la Guerra, tenían derecho a percibir una pensión para cubrir los gastos alimenticios y asegurar sus estudios[54]. También, como curiosidad, su hijo mayor ingresó poco después, como su padre, en la Armada, de donde se retiró como capitán de navío.

En diciembre de 1943 la familia elevó una instancia para el traslado de los restos de Manuel a San Fernando, a fin de que se hiciese cargo el Ministerio correspondiente. Ello suponía un gasto que no podían permitirse, pues en la inmediata posguerra lo que primaba era sobrevivir. Afirmaban en el documento que no pudieron efectuarlo antes por la situación de guerra y que el Estado no había aprobado ninguna ley en este sentido[55]. Cuando fueron a recuperar su cuerpo, supieron que era él porque tenía el «gorrillo isabelino que le había confeccionado su esposa y le dio antes de partir a la guerra en sus manos»[56]. Finalmente, el traslado del cadáver se realizó en un vagón de tren pagado por la Armada, y con la viuda fue su sobrino Manuel –abuelo de Jesús Campelo, quien cedió la documentación para la elaboración del presente capítulo–, que entonces era teniente de Infantería y que posibilitó todas las gestiones.

RECUERDO Y DESCUBRIMIENTO DE UN MILITAR ESPAÑOL DE COMIENZOS DE SIGLO

Gracias a un familiar, Jesús Campelo Gaínza, comandante de Infantería de Marina, se pudo conocer la vida de Manuel, un militar de los muchos que vivieron aquel periodo histórico. Su preocupación por restituir la memoria de su antepasado provocó que hoy en día conozcamos parte, que no la totalidad, de una vida azarosa, compleja y vinculada al estamento militar que ha permitido que se hiciese un recorrido por la historia del Ejército y la Armada durante el primer tercio del siglo XX. A través de su figura se comprende una época convulsa y distinta a la actual, en concreto, ceñida a la compleja evolución del mundo castrense del primer tercio del siglo XX.

Así lo explica la persona que cedió esta documentación:

> Durante una de las muchas guardias que he realizado en el cuartel del Tercio de Armada de San Fernando, por casualidad encontré un antiguo listado con los nombres de los 124 miembros del Primer Regimiento de Infantería de Marina, que fallecieron durante la Guerra Civil que les tocó vivir entre los años 1936 y 1939 del pasado siglo. Cuando estaba leyéndolos, imaginando la historia de cada uno de ellos, me percaté que los apellidos de uno de los capitanes eran los mismos que los de mi bisabuela: Fernández Fecho. Al indagar en mi familia sobre esa coincidencia, lo único que me pudieron decir es que recordaban que un tío de mi abuelo había muerto durante ese conflicto, pero poco más, ya que mi abuelo, don Manuel Gaínza Fernández, nunca solía hablar de esa parte de su vida. El cual, por cierto, se llamaba Manuel en honor a él[57].

Jesús Campelo también es militar, pero de otra época, de otro régimen político y con otros valores, vinculados a la democracia. El Ejército es una institución que, con sus defectos y sus virtudes, se ha democratizado y modernizado y, por eso, ha tenido a bien presentar la historia de su familiar, para que seamos conscientes de los cambios que se han producido con el paso del tiempo. Jesús ha comprendido la importancia, no solo personal, sino también histórica, de conocer y dar a conocer la vida de Manuel, uno de los muchos verdaderos protagonistas de la Historia.

Además, las propias fuentes desmontan el mito sostenido por la sociedad, esa imagen rancia de los miembros del Ejército. Manuel procedía de una familia sin vinculación militar, de clase obrera. Fue llamado a filas como reemplazo y ascendió en el escalafón por méritos propios. Obtuvo medallas y ascensos, pues, de soldado, llegó a capitán. La vida y decisiones de Manuel le pertenecen a él, y solo él conoció el

trasfondo real de las mismas. La Historia tiene que servirnos para entender el pasado y conocer lo que pudo suceder. Sus vivencias personales nos abren una ventana por la que apreciar aspectos que actualmente solo se ven de forma parcial. El capitán Manuel Fernández Fecho, gracias al comandante Jesús Campelo, muestra la diversidad y complejidad del pasado, alejado de buenos y malos, y nos explica de manera sencilla aspectos fundamentales para entender quiénes somos.

---

[1] Muchos temas nada tienen que ver con el capitán Manuel Fernández Fecho, pero sirven para explicar un contexto sociopolítico y cultural vinculado al mundo castrense. Por eso, muchas de las afirmaciones que aquí se puedan verter van más allá de su figura.

[2] Pinto Cebrián (2011: 310-314).

[3] Jensen (2014).

[4] Jensen (2014: 100-133 y 204-206) y Cardona (1983).

[5] Borreguero (1989) y Puell de la Villa (1996: 272 y ss.).

[6] Borreguero (1989: 223-225 y 254-259), Puell de la Villa (1996: 272-296) y Molina Luque (1996: 39-61).

[7] Núñez Florencio y Espadas Burgos (1990).

[8] Cit. en Balfour (2018: 80-82).

[9] A principios del siglo XX la Infantería de Marina estaba organizada en solo tres regimientos, el 1.º, en San Fernando; el 2.º, en Ferrol; y el 3.º, en Cartagena, como unidades de defensa de bases y buques de la Armada.

[10] Como se puede observar, a través de la evolución sufrida por el nacionalismo rumano de un pannacionalismo a la creación de un movimiento fascista, en el cap. V.

[11] Balfour (2018: 27 y ss.).

[12] Cardona (1983) y Balfour (2018: 37 y ss.).

[13] Un interesante estado de la cuestión en Macías (2019: 39-45).

[14] Una explicación más demorada del pensamiento militar en Jensen (2014) y Macías (2019), en concreto para conocer su radicalización, el uso mortuorio como herramienta de unión entre combatientes y su participación en política, véanse los caps. 8 y 9.

[15] Al Tuma (2011: 91-107 y 2021: 92-112), Girgsdies (2021: 113-133) y Serrano Sáenz de Tejada (2013).

[16] Preston (1998: 69) y Jensen (2014: 219).

[17] Jensen (2014: 219-228), Togores (2016), Desperta Ferro (2020), Nerín (2005, 130 y ss.) o Ballenilla y García de Gamarra (2010).

[18] Web del Ministerio de Defensa, disponible en la sección dedicada a la Legión [https://ejercito.defensa.gob.es/].

[19] Cardona (1982: 32-33) y Jensen (2014: 227 y 267).

[20] Campelo Gaínza (2017: 239).

[21] Hoja de servicios de Manuel Fernández Fecho. APCG.

[22] *El Heraldo de Madrid,* 23 de enero de 1918, p. 1.

[23] *El Día,* 1 de enero de 1919, p. 1.

[24] Balfour (2018: 218-239).

[25] Iglesias Amorín (2014: 274 y 2016: 95-115).

[26] Información de Jesús Campelo. APCG.

[27] Calificaciones anuales. APCG.

[28] Para más información sobre el «anticomunismo transnacional» y la influencia del fascismo, véase el cap. V.

[29] Sobre la dictadura de Miguel Primo de Rivera, véase Quiroga (2008). Sobre el fascismo y los regímenes *fascistizados,* véase las diferentes visiones de Saz (2003 y 2004) y Gallego (2014).

[30] El símbolo se refiere a Dámaso Berenguer, en aquel momento, alto comisario de Marruecos, a quien se le imponía un proceso de responsabilidades tras el fracaso de Annual. *ABC,* 13 de octubre 1922, p. 23.

[31] Balfour (2018: 147 y ss.).

[32] Calificaciones anuales. APCG.

[33] Quiroga (2008: 320).

[34] Cardona (1983), Alpert (1982), Ballbé (1985) y González Calleja (2014).

[35] Cit. en Alpert (1982: 135-137). En España son jefes los coroneles, tenientes coroneles y comandantes; oficiales, los capitanes, tenientes y alféreces. Los asimilados son aquellos que desempeñan un oficio en cuerpos como el de medicina, veterinaria, música u otros más técnicos (142).

[36] Documento sobre la situación militar de Manuel Fernández Fecho en 1936. APCG.

[37] Alpert (1982: 146-147).

[38] Campelo Gaínza (2017: 253).

[39] Exactamente, un general de brigada, un coronel, un teniente coronel, 8 comandantes, 17 capitanes y 22 tenientes.

[40] Cardona (1983: 175-177).

[41] Certificado de milicias cívicas, 3 de febrero de 1937. APCG. Casas de la Vega lo cataloga como primera fase de la organización de las milicias (1974: 46).

[42] Expediente informativo sobre el fallecimiento del capitán habilitado Manuel Fernández Fecho, 1941. APCG.

[43] Certificado del Departamento Marítimo de Cádiz, 23 de enero de 1937, APCG.

[44] Certificado de milicias cívicas, 3 de febrero de 1937. APCG.

[45] Instancia para volver al servicio, 23 de enero de 1937. APCG.

[46] La Real y Militar Orden de San Hermenegildo es una distinción militar creada por el rey Fernando VII, al finalizar la Guerra de la Independencia. Tuvo varias reglamentaciones a lo largo de la historia, pero se basa en lo que dice el actual reglamento: «[…] recompensar y distinguir a los miembros de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de la Guardia Civil, por su constancia e intachable conducta en el servicio».

[47] Entrevista a Jesús Campo realizada por Francisco Leira, en la que narra lo que le contó Maruja Fernández. APCG.

[48] Toda la información del Batallón 288.º del Regimiento de Infantería Canarias 39 está recogida de su diario de operaciones, que reposa en el Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), 2271, 6, 2. Fue cedido por el APCG.

[49] Expediente informativo sobre el fallecimiento del capitán habilitado Manuel Fernández Fecho, 1941. Archivo de la familia de Manuel Fernández Fecho y Expediente del Hospital Militar de Zaragoza, recogido en el AGMAV, APCG.

[50] AGA, Presidencia, DNE, 65, 14.130, 00038.

[51] González Murillo (1998: 387-399).

[52] Puell de la Villa (2008: 209-210).

[53] Petición de plazas de gracia, 26 de septiembre 1941. APCG.

[54] Hernández Burgos y Leira Castiñeira (2020b: 79-98) o Del Arco Blanco (2020: 9-22).

[55] Petición de traslado de los restos de Manuel Fernández Fecho a Cádiz, 10 de diciembre de

1941. APCG.

[56] Entrevista a Maruja Fernández realizada por Jesús Campelo. APCG.

[57] Campelo Gaínza (2014: 68-73).

III. ¿MILITAR, PACIFISTA Y SOCIALISTA?
Historia y recuerdo del capitán Juan Rodríguez Lozano

> Muere inocente y perdona. Pide a su esposa e hijos que perdonen también. Que cuando sea oportuno se vindique su nombre y se proclame que no fue traidor a su Patria y que su credo fue siempre un ansia infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento social de los humildes[1].

Con estas palabras se despedía de su familia el capitán de Infantería Juan Rodríguez Lozano antes de ser fusilado en Puente Castro por mantenerse fiel a la legalidad republicana cuando estalló el golpe de Estado. En líneas generales, la sociedad de las víctimas fue incapaz de imaginar y entender la barbarie que se desató tras el 18 de julio de 1936. Los golpistas abrieron la caja de Pandora y la violencia se convirtió en un elemento más de las relaciones sociales durante aquel periodo. Sin embargo, al leer el testamento de Juan, se percibe que hubo individuos que mantuvieron sus ideales de paz y perdón, por encima de otras pulsiones. Así, en su testamento, parece que discernía las causas de su muerte, las aceptó y no quiso que fuesen un motivo de enfrentamiento –al que él se opuso en vida–. Además de perdonar, les pidió a sus familiares que también lo hiciesen, para así evitar el dolor que provoca el odio y que pudiesen sufrir represalias.

Juan defendió la causa obrera por el contacto con los mineros de la cuenca de León. La relación personal y familiar con ese ambiente reivindicativo generó en él una identidad de clase tan fuerte que la preservó durante toda su vida. Pero ¿pudo ser portador de ese espíritu obrero incluso en el seno del Ejército? ¿Se puede ser militar y pacifista? Esto puede sorprender a algunos, pero la respuesta es afirmativa. La opinión pública construida a lo largo de las décadas sobre aquel periodo histórico ha llevado a creer que tal aseveración no puede ser verdad, y este prejuicio continúa hasta la actualidad. A través de la vida del capitán Rodríguez Lozano podremos ver cómo

dentro del estamento castrense se fue fraguando una identidad política democrática que ya tenía sus orígenes en el Sexenio Democrático[2].

Figura 9. Juan Rodríguez Lozano.

Asimismo, en este capítulo sale a la luz un Ejército distinto al que siempre se ha retratado, el que no encaja con la categoría que surge de esa ligazón entre conservadurismo-nacionalismo-golpismo.

Se pretende salir de esa idea del militar de carrera, africanista, que, influido por los nuevos aires políticos fascistas, consideró que el único camino posible al cambio político era el derrocamiento del Gobierno y el régimen republicano por las armas[3]. A pesar de que

Juan estuvo destinado en África, no comulgó con la cultura militar que, poco a poco, caló entre algunos sectores castrenses[4].

Juan nació en el pequeño pueblo extremeño de Alange, provincia de Badajoz, el 28 de julio de 1893, en plena Restauración borbónica, en el seno de una familia acomodada. Hijo de un héroe de Cuba, muy joven quedó huérfano de padre –su padre, el teniente Sebastián Rodríguez Gil, cayó muerto en combate en la Guerra de Cuba– y fue criado por su madre, Marcelina Lozano García. Era un periodo convulso en política y, principalmente, dentro del Ejército. El mismo año del nacimiento de Juan se inició una de las ofensivas en la ya de por sí compleja, larga y costosa –sociopolítica y económicamente– campaña de Marruecos: la Guerra de Margallo, en Melilla. En ultramar apenas quedaban los restos de un magno Imperio que controló el mundo, y la exigua presencia en las islas Filipinas y Cuba. A la postre, cuando cumplió cinco años, se inició la Guerra de Cuba, que, además, de provocar el adiós a las últimas colonias, supuso la muerte de su padre. La pérdida de Cuba y la percepción de que se aproximaba un periodo de cambio social engendró una reafirmación nacionalista de carácter historicista[5].

En este contexto, con 16 años, ingresó, como muchos otros hijos de militares de carrera, en la Escuela de Infantería de Toledo, después de aprobar los exámenes correspondientes. Fue licenciado de la academia como teniente segundo en 1916, y destinado al Regimiento de Infantería Burgos n.º 36, con Estado Mayor en León[6]. Es posible que, si el destino hubiera sido otro, la vida, el pensamiento y la conciencia social del protagonista hubiesen sido distintos, pero son las pequeñas decisiones propias y el entorno los que modulan el comportamiento de los individuos. Es conveniente recordar que León tuvo un componente reivindicativo muy importante, y la presencia del movimiento obrero socialista y anarquista influyó mucho por la cercanía de la cuenca minera.

Asimismo, se analizarán las diferentes influencias en los individuos a la hora de adoptar una postura política y vital. Finalmente, se hará una reflexión sobre la importancia del recuerdo transmitido, pues las palabras del testamento de Juan no cayeron en el olvido. Como es obvio, permaneció silenciado, como silenciada estuvo su historia.

Los hechos permanecieron en la memoria de su familia y de los militantes socialistas, que luego fueron compañeros de su nieto José Luis, quien, al escuchar su lectura en el seno familiar y conocer el aplomo de su abuelo ante la muerte y su intención de guarecer los derechos de los que eran sus vecinos, decidió afiliarse al PSOE. No podía ser otro partido político, tenía que ser el del socialismo que abanderó su abuelo.

MILITAR DE CARRERA, REPUBLICANO Y SOCIALISTA

El capitán Juan Rodríguez Lozano era un militar de carrera y procedía de una familia castrense; que simpatizó con la Segunda República y murió por no sumarse al golpe. Se puede intuir que vio con buenos ojos su instauración, por varios motivos. El primero es que continuó en servicio activo tras la llegada del nuevo régimen y la aprobación de las Leyes de Azaña. Él podía acogerse al retiro voluntario, algo que le era más beneficioso económicamente y no lo perjudicaba profesionalmente[7]. Sin embargo, continuó en activo y juró fidelidad: «Prometo por mi honor servir bien y fielmente a la República, defender sus leyes y defenderla con las armas»[8].

Formó parte del Estado Mayor del Regimiento de Infantería Burgos n.º 36 y del claustro de profesores de la Academia de Cabos de Lleida desde 1922 y, cuatro años más tarde, del de la de Suboficiales y Sargentos de León[9]. Este último fue el empleo en el que más tiempo estuvo.

En 1934 le abrieron un consejo de guerra y lo depuraron. Con la victoria del FP fue restituido en el cargo de profesor de la academia militar. Comenzó el 14 de noviembre, momento en el que, sustancialmente, en el norte de España, se estaban investigando las responsabilidades por las revueltas de Asturias. El motivo fue el hallazgo de una carta en las oficinas de *El Socialista,* en León, firmada en febrero de 1934. La sentencia fue de cárcel y ocho meses de suspensión de empleo y sueldo. Este juicio le granjeó las

simpatías socialistas de la comarca.

Juan se ponía, por medio de la citada misiva, a disposición del órgano periodístico para escribir artículos relacionados con el Ejército, debido al desconocimiento que demostraban sobre las Fuerzas Armadas. El inicio era toda una declaración de intenciones sobre su pensamiento:

Sr. Zugazagoitia
Director de *El Socialista*
Madrid.

Estimado Sr. mío:

Soy Capitán del Ejército y, desde que comencé a discurrir por mi cuenta, socialista. Le será fácil comprobarlo, preguntando a los obreros de la cuenca minera de Santa Lucía de esta provincia o a los compañeros de las organizaciones de León. Más cerca aún: Tiene Vd., ahí en Madrid, a un elemento destacado del partido, Valls, consejero de instrucción pública, que me conoce y sabe cómo pienso. Esta carta no es, pues, ni de un oficial monárquico ni de un oficial señorito. Es simplemente la carta de un militar, que, a pesar de serlo, siente inquietudes espirituales y tiene la esperanza de una Humanidad mejor, de una más justa y más científica organización social[10].

Se alude aquí a una división con los llamados monárquicos, en clara referencia al general Sanjurjo o Dámaso Berenguer, que fueron sus superiores directos cuando estuvo destinado en las campañas de Marruecos. Precisamente, una de las explicaciones que se dan de la deriva ultranacionalista e intervencionista en política interior de un sector del Ejército es que se sintieron rechazados y atacados por los movimientos obreros y republicanos desde la pérdida de las colonias de 1898. Esto se agudizó con el Desastre de Annual, la dictadura de Primo de Rivera y el golpe de Estado de 1932[11].

Dentro del movimiento obrero se creó una línea de pensamiento antimilitarista que se evidenció tras el golpe de Estado con las reticencias e, incluso, oposición directa a la creación del EPR, que solo apoyaron republicanos y comunistas en un contexto de Guerra Civil[12]. No obstante, al otro lado del tablero político, la derecha se fue apropiando progresivamente de los símbolos castrenses en un contexto de expansión del fascismo por Europa. La CEDA, Acción Popular e, incluso, FE de las JONS quisieron granjearse el favor de

los oficios más jóvenes y radicalizados[13].

Ante la deriva antidemocrática de algunos de sus compañeros, Juan pretendió aportar su grano de arena para democratizar el Ejército, para crear un Ejército moderno y republicano. Se congratulaba de la campaña impulsada para mejorar la situación de las clases de tropa –soldados, cabos y sargentos–, que era con quienes más contacto personal mantenía. Sin embargo, en este aspecto realizó una dura crítica a *El Socialista* en lo que, para él, significaba una incomprensión del mundo castrense por parte de la izquierda.

> Con esa campaña se matan dos pájaros de un tiro: conseguir para ellos unas mejoras que son de justicia y captarlas para la causa. Eso está bien. Pero ¿es imprescindible para ellos ir en contra de los oficiales, consiguiendo su enemiga? Ya sé yo que es mayor su efecto en la captación que se pretende señalar, personalizando los pretendidos culpables de las desdichas; pero entiendo –y conste que me he decidido a comunicárselo solamente en bien de la causa– que *El Socialista* defiende que puede hacerse muy bien la labor de captación sin crear enemiga alguna y hasta conseguir otras captaciones no desaprovechables.
>
> Llevo 20 años en el Ejército y de ellos 12 de profesor de las clases de tropa […]. Esto me permite conocer sus necesidades, su formación, su espiritualidad. Ellos mismos –los de este cuerpo– podrían decir hasta qué punto estoy a su lado y hasta dónde llega la estimación grandísima en que me tienen. Como, además, conozco también a los oficiales, estoy autorizado para decirles que en todo cuanto se dice en el artículo «Consideraciones elementales sobre política militar» (de 10 de febrero), habiendo mucho de cierto, hay mucho, sin embargo, de desorientación, que, a los que simpatizamos con las ideas de *El Socialista,* nos crea en los cuartos de banderas una situación embarazosa.
>
> El supuesto de que se parte en el artículo dista tanto de la realidad que sirve para que compañeros propicios a ser enemigos de las ideas humanas se apoyen en la falsa posición de aquel tomándola como argumento decisivo contra ustedes y arrastren decididamente a los neutrales[14].

Esa idea de un colectivo monolítico, como se vislumbraba en muchos medios de comunicación, en el que los calificativos de «ultranacionalista», «reaccionario», «trasnochado», «golpista», «violento» e, incluso, «fascista» eran constantemente repetidos, consideraba que era perjudicial para el país y para la relación Ejército-Estado-sociedad. Se observa cómo realmente el motivo de la carta era evitar que se continuase con una línea editorial

perjudicial que infundía rechazo dentro del estamento castrense, incluso entre los que podían pensar como ellos. Continuaba con un análisis muy mesurado en el que, sin dejar de lado sus ideales, salvaguardaba a sus compañeros y oficiales de la institución.

> Yo creo que les interesa profundamente que cada vez sean más los convencidos de la razón que les asiste. Y digo, honradamente, que en ese artículo se hiere a los oficiales, porque, si bien es cierto que los hay de una silueta moral que delinea en aquel, también es verdad que en la espiritualidad de los oficiales jóvenes capitanes y suboficiales y subalternos se ha operado un cambio radical mucho antes de llegar la República. Somos muchos los que pensamos en socialista, pero la mayoría no ha llegado a una orientación definitiva, es materia muy permeable.

El análisis que realiza el capitán Rodríguez es verdaderamente certero. Era conocedor de que estaba viviendo un tiempo de cambio sociopolítico y cultural y de que, si las Fuerzas Armadas querían modernizarse, debían cambiar el pensamiento de sus mandos. Para eso, se debía recoger lo mejor del pasado. Aunque él no la citaba directamente, podría estar pensando en la Asociación Militar Republicana (AMR), cuyos orígenes, en lo que se refiere a la militancia democrática, se hunden en el Sexenio Democrático con Ruiz Zorrilla. Se organizó en la clandestinidad en la Restauración y desapareció en 1893. Asimismo, hubo otra organización clandestina de idéntico nombre fundada en torno a 1880, a la que pertenecieron Fermín Galán y García Hernández. De hecho, en el siguiente párrafo reclamaba que la figura del militar que se debe tener presente es la del capitán Galán, fusilado en Jaca[15]. También era consciente de la influencia del pensamiento africanista, que conocía tras su paso por las campañas de Marruecos.

La carta era una defensa de la institución; sabedor como era de su complejidad, le parecía mal la simplificación que realizó *El Socialista* en algún artículo. De hecho, vimos cómo refería sin tapujos que en el Ejército había «señoritos» y monárquicos, pero también que había socialistas, republicanos o ácratas, «que son lo más sano y lo más culto de la colectividad». En su misiva afirmaba que, de toda la plana mayor, tan solo cuatro leían el *ABC,* mientras que la mayoría podía leer varios, desde promonárquicos a republicanos. Es decir, hacía referencia a que existían compañeros de armas que anhelaban

una modernización del estamento castrense, que no siempre implicaba a una democratización, y a que no todos eran nostálgicos de tiempos pasados[16].

Sabía que muchos militares no estaban de acuerdo con los valores que se les atribuían y que defendía el sector africanista. Por eso, desde su puesto como profesor, se percató de que muchos eran hijos de mineros, de agricultores, de obreros fabriles o de clases medias no muy acomodadas, que entraron en el Ejército por la vía del reclutamiento ordinario y consideraron hacer carrera militar. Por eso le parecía que era una buena oportunidad que el periódico contase con él para escribir sobre asuntos relacionados con el mundo castrense porque lo conocía como capitán de carrera y tenía una visión progresista del mismo. Para él, el camino era la educación, tanto en la academia en la que empezó como docente y articulista en *El Socialista.* Se desconoce si pudo hacerlo, pues habría tenido que firmar bajo seudónimo.

Asimismo, se puede observar cuál ha sido su pensamiento sociopolítico dejado por escrito antes de morir. Estaba alejado de inquinas y dejó el mensaje a la familia de que él no había hecho nada más que proteger sus ideas y a España. El 27 de enero de 1937 el notario expidió copia del testamento para la viuda, Josefina García y García, del que reproducimos varios párrafos:

> 1.º- Juan Rodríguez Lozano, natural de Alange, provincia de Badajoz, de 43 años de edad, casado con D.ª Josefina García y García, de cuyo matrimonio tiene dos hijos, Josefina y Juan, hallándose en pleno uso de sus facultades, declara:
>
> […]
>
> 4.º- Desea ser enterrado civilmente, sin pompa alguna, entregando su cadáver a su esposa o representante de ella, y cuando su esposa lo crea oportuno, si alguna vez lo cree, sean trasladados los restos al cementerio de Pola de Gordón, donde reposan los restos de sus seres más queridos, como sería su deseo al morir su esposa la enterrasen junto a él.
>
> 5.º- Para tranquilidad de su esposa y familia, declara creer en la existencia de Dios, rechazando su conciencia, en cambio, los ritos humanos. Su fe en el Ser Supremo es firme. A él encomienda su alma de creyente, que procuró siempre tener limpia de faltas, y a él también encomienda la felicidad de su esposa e hijos. A él, en este momento de abominables pasiones, pide la paz de España y de la Humanidad, muere inocente y perdona. Pide a su esposa e hijos que perdonen también.

6.º- Que cuando sea oportuno se vindique su nombre y se proclame que no fue traidor a su Patria y que su credo consistió siempre en su ansia infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento social de los humildes.

Y para que surta efectos legales lo declara así en León, prisión de San Marcos, a 17 de agosto de 1936.

Juan Rodríguez Lozano.
Rubricado[17].

¿UN CASO AISLADO? LOS ORÍGENES DE LA CULTURA MILITAR REPUBLICANA

Alrededor de la figura del general Juan Prim se generó una mística sobre el militar progresista, metido en política y asesinado por defender sus ideas. Fue el principal artífice de la Gloriosa, que pone punto de inicio al Sexenio Democrático y defiende la llegada de la monarquía de Amadeo I de Saboya como el mejor camino para llegar a la modernidad. Carrera militar impecable en las guerras carlistas, gobernador de Puerto Rico, héroe de guerra en Marruecos, ministro, jefe del Consejo de Ministros en 1869 y muerto en extrañas circunstancias[18], para muchos militares progresistas se convirtió en un símbolo de cómo intervenir en política y buscar el mejor camino hacia la modernidad. Su figura se vio revalorizada, en gran medida, gracias a Benito Pérez Galdós, que le dedicó su trigésimo noveno volumen de los *Episodios nacionales* (1906).

Sin embargo, se observa que la modalidad que tenía el Ejército para intervenir en política era a través del alzamiento, en un periodo en el que los sectores conservadores y monárquicos alfonsinos estuvieron muy activos. Con el fin del Sexenio y la llegada de la Restauración borbónica se puede afirmar que existió una aparente sintonía entre un sector del Ejército y el régimen político. La apuesta por un régimen con un claro control del Legislativo y el Ejecutivo, a través de unas elecciones amañadas de antemano, apaciguó a muchos grupos sociales.

El republicanismo salió trasquilado de su primera intentona gubernativa, que no llegó al año. Los sectores liberales progresistas, que se posicionaron con Amadeo de Saboya, también. Por lo tanto,

el nuevo régimen supo canalizar un cierto consenso entre las fuerzas liberales, pero a costa de excluir a los republicanos, tanto en el Parlamento como en los cuadros activos del Ejército. El sector castrense más conservador y nacionalista, que, a pesar de que la institución estaba en una situación delicada, fue cobrando cada vez más poder, primordialmente tras 1898 y con Alfonso XIII.

Sin embargo, a pesar de la crisis en la que entraron el republicanismo y el progresismo, que se agudizó en las filas de un Ejército cada vez más ultranacionalista, estos no desaparecieron del todo. La estela dejada en el Sexenio Democrático por militares como Prim, entre otros, fue recogida por una organización clandestina que es fundamental para entender el pensamiento del capitán Rodríguez Lozano, la AMR. Hubo al menos otras cuatro organizaciones, una de ellas, la Unión Secreta Militar (USM) de carácter monárquico.

En 1883 la AMR, tras fundirse con una asociación militar de carácter federal, se rebautizó como Asociación Revolucionaria Militar (ARM) y contaba con más de 2.000 afiliados –posiblemente llegó a tener en torno a 8.000 inscritos–[19]. A la cabeza estaba el antiguo jefe de gabinete de ministros, Manuel Ruiz Zorrilla, quien se dedicó, hasta su muerte en 1895, a buscar el derrocamiento de la monarquía. Destaca el alzamiento fallido en 1886 del brigadier Manuel Villacampa, que originó el rechazo en gran parte de los republicanos a la vía insurreccional como mecanismo para volver cambiar de régimen, como sostenía Ruiz Zorrilla[20].

Aunque el peso social del republicanismo en el Ejército fuese algo minoritario y las intentonas golpistas fueran un rotundo fracaso, su existencia arroja una imagen clara de un estamento que no era monolítico, como se ha querido vender en las propagandas de la Guerra Civil usadas por los dos bandos. Sin embargo, no se puede negar que existía dentro de los cuartos de banderas la convicción de que eran los encargados de realizar los cambios de regímenes políticos a través de la insurrección militar; de hecho, dentro de las normas de la ARM estaba la de liderar cualquier acción en contra de la monarquía, sin contar con la sociedad civil. Detrás de estos intentos insurreccionales había un ánimo de solucionar los problemas que arrastraba el Ejército y que se evidenciaron con la

pérdida de las colonias de ultramar[21].

Mientras crecían los seguidores de propuestas conservadoras e, incluso reaccionarias del africanismo, el republicanismo militar fue descabezado. Apenas tuvo presencia política y social en los cuarteles desde 1890. En 1929 ya hubo una primera intentona golpista en Ciudad Real contra la dictadura de Primo de Rivera de la mano del político conservador José Sánchez Guerra y en la que participaron los generales liberales Valeriano Weyler y Francisco Aguilera y Egea, que, pese a su fracaso, evidenció que una parte del Ejército estaba virando de rumbo ideológico[22].

Sin embargo, el testigo de la ARM lo recogieron tanto los capitanes Fermín Galán Rodríguez y Ángel García Hernández como sus seguidores, con la fallida sublevación de Jaca del 12 de diciembre de 1930. El republicanismo había cobrado fuerza durante la dictadura de Primo de Rivera y se posicionó como la única alternativa a los vaivenes de la monarquía. En este contexto reapareció el Ejército con la sublevación de Jaca. No estaban solos, y existía una opinión pública cada vez más favorable a un cambio. Además, tuvo lugar en San Sebastián el 17 de agosto de 1930 el llamado «Pacto de San Sebastián», al que asistieron representantes de casi todos los partidos republicanos españoles, uno de los puntos de partida de la Segunda República y que, de algún modo, unió los dos primeros proyectos democráticos.

Por lo tanto, los protagonistas de Jaca se hicieron eco de un sentimiento social, pero no comprendieron que no era el camino para llevarlo a la práctica. Su peso era inferior al del Estado dictatorial, así que la sublevación fue aplastada y sus principales responsables fueron fusilados el 14 de diciembre de 1930. Se trasladó a la cárcel al resto de los conspiradores –entre los que estaban Niceto Alcalá Zamora, Miguel Maura o Santiago Casares Quiroga–, lo que los convirtió en héroes para muchos republicanos. Realmente, en el imaginario de muchos militares republicanos y socialistas, durante la Segunda República, quien estaba presente fue Fermín Galán –héroe de la Legión, con la que ganó la Cruz Laureada–[23], y precisamente es a quien cita Juan en su misiva a El Socialista cuando les reprocha el tono y el contenido con los que se

refieren a la milicia:

> De esto sabía mucho Galán, el capitán fusilado en Jaca, que demostró con su propio sacrificio en qué grados del Ejército está el verdadero sentimiento de la justicia, de una justicia humana. Cambiarían ustedes de opinión si conociesen las luchas que sostienen los oficiales jóvenes por hacer que prendan en el mando esos ideales.

Por fin llegó la República por cauces democráticos. Las elecciones del 14 de abril de 1931 se convirtieron en un plebiscito y vencieron en las capitales de provincia los partidos republicanos. El rey, sin presión de ningún tipo, decidió abdicar. A lo largo de esos años, la presencia que había ido logrando el africanismo –que se radicalizó y se fascistizó– comenzó a hacerse más fuerte en los cuarteles. Los primeros tambores de guerra sonaron en 1932, con el fallido golpe de Estado encabezado por el general Sanjurjo, pero los ruidos de sables y los murmullos conspirativos reaccionarios en las salas de banderas continuaron hasta el 18 de julio de 1936.

A esto contribuyó la creación de otra organización de carácter militar y secreta que fue la Unión de Militares Españoles (UME), en diciembre de 1933 –tras el fracaso del golpe de Estado de 1932–, bajo los auspicios del comandante Emilio Rodríguez Tarduchy. Estaba constituida por militares monárquicos, reaccionarios y algunos vinculados a Falange Española –como el propio Tarduchy–. Quisieron derrocar el régimen republicano desde su constitución y se encargaron de hacer listas secretas de militares favorables a la República y masones. Fueron fundamentales en la organización del golpe de Estado de 1936, pues formaron parte de ella ilustres mandos como Valentín Galarza, Agustín Muñoz Grandes, José Ungría o Manuel Goded. A varias de sus reuniones acudieron figuras clave, como Emilio Mola o Francisco Franco. Su ideología se encuadra en el fascismo europeo transnacional, adaptado a la realidad castrense[24].

Sin embargo, hubo una contestación dentro del propio Ejército. Durante el año en el que el capitán Juan Rodríguez Lozano escribió a El Socialista, se creó la Unión de Militares Republicanos Antifascistas (UMRA). Fue una iniciativa que partió del teniente coronel Ernesto Carratalá y del oficial Eleuterio Díaz-Tendero

Merchán –quien también combatió en África– y a la que estuvieron vinculados otros como Ramón Franco o Hernández Sabiría. No fue tan numerosa como la UME, pero, sin embargo, tuvo la importancia de luchar con los medios de los que dispuso contra las intentonas golpistas. El historiador Julio Busquets afirma que casi todos sus miembros eran republicanos, socialistas y masones, por lo que se puede deducir que Juan, socialista, masón y antiguo compañero de alguno de los miembros de la UMRA, pudiera formar parte de esta. La masonería fue una de las organizaciones a las que pertenecieron estos militares, tanto los de la AMR y la ARM como los de la UMRA[25].

Fueron reivindicados durante la Guerra Civil por el Estado Mayor Central del bando republicano (EMC). En su boletín, el artículo titulado «El otro Ejército» destaca el trabajo desempeñado por la UMRA contra los militares golpistas, la UME, que califica de *fascis*tas. Destacaba que, a pesar de los impulsos intervencionistas del Ejército que procedían del siglo XIX, había sido un colectivo que comprendió la necesidad de la democratización del país y que defendió, muchos con la muerte, la causa republicana[26].

Por lo tanto, hay que considerar esa vertiente como una cultura militar más dentro de las existentes en el Ejército español de finales del siglo XIX hasta el golpe de Estado. En términos históricos, existe una unión entre el progresismo de Prim, la AMR, la sublevación de Jaca y la UMRA, pues incluso algunos de sus miembros participaron en todas estas iniciativas. El capitán Juan Rodríguez Lozano, en cierto modo, representa, como muchos de los citados, esa idea de un Ejército moderno y de un Estado republicano. La semilla que plantaron estos militares republicanos en el primer tercio del siglo XX, lo recogió la Unión Militar Democrática (UMD) a finales del franquismo, con oficiales como el comandante Luis Otero Fernández y los capitanes Fermín Ibarra Reyes, Antonio García Márquez, Xosé Fortes Bouzán, Fernando Reinlein, Restituto Valero, Jesús Consuegra, Manuel Fernández Lago, Julio Busquets o Abel Jesús Cillero. Sin embargo, la UMD comprendió que el contexto histórico para realizar golpes de Estado, aunque fuese para impulsar un proceso democrático por el que

lucharon y fueron expulsados del Ejército, había terminado.

SU PARTICIPACIÓN EN ACCIONES EN EL MARCO DE SU OBLICACIÓN MILITAR

Como ya se ha dicho, se crio en un seno familiar encabezado por un héroe de Cuba, ya que su padre falleció siendo teniente de Infantería en las guerras de ultramar. Juan, antes de la proclamación de la República, había participado en las campañas de Marruecos y había recibido una medalla militar por tales servicios. También lo destinaron a reprimir las huelgas ferroviarias de 1917 y, aunque, no estuvo en primera línea, en las de la Revolución de Octubre de 1934. Desde una perspectiva interesada y presentista, algunas personas podrían ver una dicotomía entre sus acciones como militar y los valores que custodió en la citada carta y en su testamento. Sin embargo, se trata de algo aparente, ya que la experiencia vital de cualquier persona está transida por conflictos, situaciones y obligaciones. La historia del capitán Juan Rodríguez Lozano no podía ser de otra manera.

No se debe confundir la obligación que tenía como militar de carrera con una lógica de «contradicción» con su pensamiento. El obedeció órdenes porque era miembro de una institución como el Ejército y siempre lo hizo con diligencia, tal como demuestran los informes de sus superiores. Es una idea extendida incluso en la actualidad y que debe ser revisada. Una cosa es el militarismo y otra ser militar. Muchos miembros del Ejército no defienden la presencia castrense en la vida civil, ni hoy ni en la Segunda República.

Aunque nadie pueda salir de esas jaulas socioculturales y personales, hay que estudiarlas para comprenderlas. Es conveniente recordar que los individuos están subsumidos en reglas sociales impuestas desde «fuera» del individuo y que determinan una parte de su comportamiento. Las aparentes «incoherencias» entre lo que dejó, por un lado, como herencia sociopolítica y familiar, y, por otro, ciertas acciones deben explicarse en su contexto.

¿Fue menos socialista por reprimir la huelga de 1917? La respuesta es que no. ¿Defendió menos la paz –como afirma en su testamento– por haber participado en una guerra? La respuesta es que no. La vida obliga a tomar determinados caminos por los que, en ocasiones, no queremos transitar y que no nos definen en nuestra totalidad, pero que nos ayudan a formarnos como individuos sociales. Además, él fue un militar convencido de cuáles eran sus responsabilidades. El ejemplo propuesto es uno de muchos que, como se ha visto, representan otra cultura militar existente en España y que ha sido, lamentablemente, poco abordada.

Hay que remarcar que los individuos contamos con diversas identidades: de género, familiar, territorial, nacional, de clase o laboral. En ocasiones, puede darse el conflicto entre ellas, pues no siempre están en coherente armonía. El Juan hombre estaba a favor de «la paz, el amor al bien y el mejoramiento de los humildes», pero, como oficial de Infantería, cumplió bien con su trabajo y deber en las campañas militares de Marruecos, como señalan los informes de sus oficiales. Lo que no se puede saber es lo que supuso para él como individuo esa experiencia, si lo afectó, si luchó convencido o si se arrepintió. Además, a comienzos de siglo existía en el Ejército la «obediencia debida», es decir, que debían acatar las órdenes de sus superiores o, de lo contrario, se les aplicaría el Código de Justicia Militar.

Además, en ocasiones, algunas identidades, como la de clase o la política, se modifican con el tiempo y la experiencia vivida por parte del individuo, adquiriendo una mayor relevancia en función del contexto. En este sentido, su identidad militar ¿era compatible con la de clase y con la política? Sí. En el epígrafe anterior, se han citado varios militares republicanos que habían luchado en las campañas coloniales de África y, algunos, incluso, en las de Cuba. En esos momentos, estaban desempeñando su deber como militares, a la orden de su comandante en jefe, el rey, y debían obedecer porque era su responsabilidad. Fue el contacto personal con los trabajadores de la cuenca minera de León, como el propio protagonista afirma, lo que estimuló que ciertas ideas, que seguramente ya defendiese, terminasen por convertirse en una identidad política firme. Por eso,

ahora se va a analizarlas, lo que ayudará a explicar lo que tuvieron que hacer los defensores de esa cultura militar.

Su participación en acciones de orden público

La falta de un cuerpo de Policía hacía que, en protestas sociales, actuasen la Guardia Civil y el Ejército en casos verdaderamente relevantes. Así estaba establecido por las leyes de orden público y el Código de Justicia Militar de 1890[27], mediante el cual el gobernador militar declaraba el estado de guerra, y el orden público y la justicia pasaban a estar bajo control militar[28].

En 1917 ocurrió un suceso que marcó su vida. Fue destinado desde el inicio de la huelga para controlar la situación social en León[29]. La Restauración entró en una crisis política que provocó que se extendiesen las protestas sociales en toda la península desde los años inmediatamente anteriores, y que continuó durante los cinco años que tardó en desmoronarse. El propio capitán Rodríguez, años más tarde, reconocería que fue esa huelga, que supuso un hito dentro de los movimientos sociales subversivos al régimen de la Restauración, la que influyó para que adquiriese conciencia de los problemas sociales de su entorno. Aquí entra en liza un aspecto que puede ser contradictorio, ya que alcanza una conciencia social formando parte del elemento represivo de la misma.

Esa situación se repitió en la Revolución de Asturias de 1934. Cuando estalló, su comandante tomó el control de la Comandancia Militar de la Plaza de León. Participó en labores de reconocimiento por los montes de la zona, no tomó parte en las grandes ofensivas. Lo destinaron a Mieres después de que la situación estuviese controlada por el Gobierno y terminó el año 34 en la Comandancia Militar de León. En ese momento fue cuando arrancó el juicio contra él por la carta enviada a *El Socialista*[30].

Realmente, estaba cumpliendo órdenes dentro de un Ejército que se había extralimitado en su vertiente represiva, no solo a ojos actuales, sino también para muchos comentaristas y periodistas contemporáneos[31].

Las campañas bélicas en Marruecos. ¿Una experiencia deshumanizadora?

Tras la represión de las huelgas de 1917 fue destinado a Larache, en Marruecos. Allí participó en varias ofensivas desarrolladas a lo largo del año. En 1920 sufrió la experiencia bélica en Larache y en la plaza de Nador, fundamentales para conseguir el control del protectorado[32]. Al año siguiente desembarcó en Melilla y, a lo largo de los meses siguientes, participó en numerosas batallas de gran envergadura para proteger la zona. Alabazán, Blokaos o Sidi Amoran Ismoar fueron algunos de sus destinos hasta 1923. Incluso cayó herido durante ese periodo y tuvo que regresar a su casa en La Pola de Gordón (León) durante un corto espacio de tiempo. En aquel mismo año regresó a Melilla. Al terminar el año, lo destinaron a Lleida y ascendió a capitán.

Su experiencia de guerra fue tan dura como la de cualquiera de sus compañeros, y sus superiores destacaron su alta capacidad y entrega. Por ejemplo, en 1929, su coronel dejó escrito: «Este oficial es un dechado de pundonor, tiene a su favor el concepto de los jefes y de todos sus compañeros. Su modestia corre pareja con su talento y discreción. Pueden confiársele todas las comisiones y trabajos, que desempeñará a satisfacción»[33]. En 1924 le otorgaron la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo y, al año siguiente, la Medalla del Homenaje al Ejército que otorgaba el rey[34].

Además, en medio de todo este periodo en África, sufrió, no en primera persona, pero sí como militar profesional, la derrota de Annual, que supuso un varapalo para el régimen *restauracionista* y el ascenso al poder del capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, militar africanista. Sin embargo, no se puede caer en la simplificación de que todos los que estuvieron destinados en África abrazaran esa cultural militar y política que convergió con los ideales fascistas[35]. Vicente Rojo, José Miaja, Eleuterio Díaz-Tendero Merchán y el propio Fermín Galán participaron en las campañas de África. Esto no quiere decir que no fuese un «patriota», solo que defendió otra «España», distinta a la de algunos de sus compañeros,

como los que lo juzgaron en 1936. Lo dejó escrito en su testamento: «Que cuando sea oportuno se vindique su nombre y se proclame que no fue traidor a su Patria».

Entonces ¿la guerra fue una experiencia deshumanizadora? La respuesta es que no; se considera que, con independencia de la ideología, no todos los combatientes se deshumanizan en los conflictos bélicos. Es una experiencia extrema y traumática, y cada uno de los que participan en ellas la codifica a su modo. No debe justificar ni explicar por sí sola cualquier acción que puedan haber cometido posteriormente.

Hay que dejar claro que los individuos modificamos nuestra identidad a lo largo de los años y que por naturaleza somos contradictorios. En este sentido, no se puede poner en duda lo que pensaba el capitán Rodríguez Lozano de la lucha por la paz y los humildes por haber luchado en las campañas de Marruecos y, seguramente, matar en combate a algunos rifeños. Pero era su deber. Haciendo hincapié en el hecho de que ese era su empleo, a veces, unas identidades, como, aquí, la laboral, tienen mayor peso en determinado momento. Por otro lado, es posible que, durante ese momento de su vida, considerase que estaba haciendo lo correcto. Tampoco es descartable que el ideal de paz y mejora de vida de los humildes no fuese aplicable con los rifeños, porque la sociedad de principios de siglo era profundamente eurocéntrica.

Finalmente, una de las hipótesis plausibles es que su participación en la guerra colonial, en vez de dar lugar a una adhesión al africanismo, a él le causase rechazo. Eso no quiere decir que no acatase sus responsabilidades militares, sino que defendiese una institución moderna, republicana y alejada al «culto a la muerte» como la que se estaba gestando en África. De este modo, pudo acercarlo a la cultura política de su entorno, la cuenca minera de León, que abrazó, principalmente, el socialismo. Por lo tanto, todo es más complejo si lo miramos con las lentes correctas, que nunca deben ser presentistas.

DEPURACIÓN, ASESINATO Y ENSAÑAMIENTO.

LOS TRES JUICIOS EN SU CONTRA

En el contexto de la Revolución de Asturias, en algunos territorios se aplicó el estado de guerra, y el Ejército tomó el control de la justicia y el orden público. Conforme a la ley establecida, en plena República, el Ejército tenía la potestad de hacer registros donde considerase oportuno, y por ello entraron en la sede de El Socialis*ta.* Fue uno de los graves errores del régimen republicano, no conseguir crear una Policía capaz de controlar este tipo de situaciones, y la aplicación del estado de guerra fue más común de lo deseado.

La Guardia de Asalto, creada por el ministro de Gobernación Miguel Maura en 1931, modificaba y daba más atribuciones al cuerpo de Policía existente desde principios del siglo XIX. Se cayó en ciertos errores del pasado, ya que se puso al frente al general del Ejército Agustín Muñoz Grandes, por lo que la tendencia era a gestionarlo todo de manera castrense. Además, la falta de personal y presupuesto hizo que, como a lo largo del siglo XIX y principios del XX, tuviese que actuar la milicia en labores policiales, papel para el que no estaban entrenados. Se suma, además, el agravante de que a la Revolución de Octubre se enviaron fuerzas que habían estado destinadas en África[36], lo cual magnificó la mala imagen del Ejército.

En el citado registro encontraron la carta del capitán Juan Rodríguez Lozano, en la que se ofrecía a colaborar con el órgano periodístico, acto considerado subversivo para quienes estaban realizando las tareas represivas tras los actos revolucionarios. Llama la atención que fuese juzgado a pesar de haber sido enviado a Mieres y de que hubiera acatado las órdenes dictadas. Decidieron investigarlo porque, según el comandante del Regimiento de Infantería n.º 36, Miguel Arreonda, en el cuartel El Cid se produjo un supuesto delito de sedición que estaba siendo investigado por el juez capitán de artillería Juan Judel y Peón, según la causa 44/34 de la plaza de León[37]. Debían aclarar si había relación y por eso le abrieron diligencias[38]. Como estaban envueltos en ese juicio varios cabos y también Juan, como capitán y profesor de la

Academia de Sargentos y Suboficiales, querían saber si este tenía alguna relación y si había intentado adoctrinar a los soldados en ideas socialistas. Además, era «reincidente», pues ya había estado frente a un consejo de guerra en 1933 por haberse negado a firmar una sentencia de pena de muerte.

Se abrieron, así, diligencias el 14 noviembre de 1934 para el «esclarecimiento de responsabilidades» por la carta a *El Socialista.* En la declaración ante el juez reconoció haber escrito la carta y ser socialista. La motivación que alegó fue la misma que lo llevó a dirigirse al periódico y que explica en la misiva: lavar la imagen que ofrecía el periódico de los oficiales y jefes del Ejército. Llegó incluso a utilizar en la declaración las palabras «indignación» y «asco», por la simplificación en la que caía el periodista al denominar a los oficiales como «hijos de los asistentes». Estaba defendiendo la institución castrense, pero desde su identidad política. Además, afirmó que había abrazado la causa socialista al tener contacto con la miseria en la que se vivía en la cuenca minera. Comenzó a simpatizar con ellos y a solidarizarse con sus reivindicaciones cuando lo trasladaron a la comandancia militar de León.

Afirmó que siempre había tratado de ayudar a los débiles desde su posición de militar. Participó en varios juicios como defensor, entre ellos, aquellos que siguieron a las huelgas de 1917 –las mismas que él sofocó con el Ejército–. También se encargó de la defensa judicial de miembros de las clases de tropa, sargentos y guardias civiles para asegurar que tuvieran un juicio justo. Es algo que se ha podido corroborar, pues, en 1926, se encargó de la defensa de un guardia civil acusado de homicidio, en el que la prensa de época alaba su participación:

> El defensor, el culto Capitán de Infantería Juan Rodríguez Lozano, pronunció un excelente informe, en el que confirma la sentencia y, en caso de no acordarse así, que se repusiera la causa al estado de sumario[39].

En su declaración mantuvo lo que había escrito en la carta: que debía haber más pedagogía en el Ejército para que no se cayese en pensamientos reaccionarios e, incluso, fascistas. Esto, por supuesto, lo insinuó, no pudo expresarlo abiertamente. Además, quiso aclarar

que no existía una dicotomía inamovible en la cual los oficiales jóvenes fueran más afines al socialismo y los más mayores manifestaran acuerdo con la derecha y la defensa de la monarquía. Había partidarios de ambas corrientes en los dos grupos, pero sí se intuía que fue durante la Segunda República cuando aumentaron los simpatizantes con el republicanismo. Apoyó que hubiera más cursillos, charlas y conferencias de carácter social dentro de los cuarteles y las academias, para que los militares conocieran la sociedad española a la que protegían. Además, defendió el papel de los medios de comunicación en la formación política de los individuos.

Destacó una idea fundamental para entender los motivos por los que una parte del Ejército dio el golpe de Estado. Además de los ya conocidos, Juan nombró a los «paniaguados», en clara referencia a los jefes, principalmente grandes generales, que solían pedir destino en lugares como Sevilla, Santander, Madrid o San Sebastián, y que comúnmente eran de ascendencia aristocrática y defensores de la monarquía. Habitualmente eran militares con deseo de medrar en la carrera como, según él, «los Sanjurjo, Saro, Cavalcanti», añadiendo que eso era una realidad conocida en el Ejército.

Por lo tanto, además de las explicaciones ideológicas, aquí se dejan traslucir los motivos personales y de creencias de muchos jefes y oficiales, que, siguiendo la estela de los grandes generales, se posicionaron políticamente buscando su beneficio personal. También, un sentimiento de clase social existente en el Ejército, que diferenciaba a la clase aristocrática y la subalterna. Por eso quería escribir en El Socialista, para ver si cambiaba algo la mentalidad militar.

Sus compañeros de armas lo arroparon en todo momento y restaron importancia a la ideología del acusado. El coronel de Infantería Lafuente aseguró que era un gran capitán y que sus ideas políticas no interferían con su trabajo ni había participado en mítines u otras actividades políticas. El capitán Eduardo Rodríguez Calleja no aportó nada que pudiese ir en su contra, sino que defendió parte de sus ideas sin afirmar que fuese socialista.

El general Carlos Bosch y Bosch fue el siguiente en ser

interrogado. Resultó muy esclarecedora su intervención, porque fue capaz de separar su buena predisposición y actuación como militar de sus posibles ideas. Sin embargo, las consideraba incompatibles con el contexto que se estaba desarrollando en Asturias y León. El general había participado activamente en los primeros intentos de controlar la Revolución en el sur de Asturias. Afirmó que era un asunto complicado porque varios familiares de los capitanes de la comandancia de León tenían familiares involucrados directa o indirectamente en los sucesos revolucionarios de octubre, por lo que se debía actuar con cautela.

Seguramente, este intento por separar sus simpatías políticas de lo que sucedía en los cuarteles se debía a que conocía más de lo que transmitió en su declaración. Por investigaciones de la Guardia Civil se sabía que el capitán Eduardo Rodríguez Calleja sí tenía relación con miembros del PSOE y se reunía con el anarquista y fichado Florentino Monroy Quirós, quien participó activamente en la revuelta de octubre, en la Guerra Civil y en la resistencia antifascista en Europa. Del capitán Rodríguez Lozano indicaron que no podían asegurar que estuviese afiliado al PSOE, pero que solía estar con miembros de este y que frecuentaba el bar Central, en el que discutían sobre política miembros destacados del PSOE y del PRRS. Además, hacía tiempo que asistía a reuniones con miembros del PSOE en casa de un conocido sindicalista, Román Blanco Villa.

El juicio comenzó como una averiguación sobre lo que estaba detrás de la carta referida y terminó convirtiéndose en una investigación sobre el pensamiento y participación política de la comandancia militar de León. Incluso realizaron una pesquisa sobre los que habían asistido a las clases del capitán Rodríguez Lozano. A medida que iban avanzando, iban indagando sobre el pasado de otros oficiales, aunque, especialmente, de Juan y Eduardo. Averiguaron que ambos tenían familiares afiliados al PSOE. Debido al contexto social revolucionario, decidieron separarlos de sus puestos en el Regimiento de Infantería n.º 36, a pesar de que todos los compañeros afirmaron que eran buenos profesionales. Se les juzgó, en plena Segunda República, con el Gobierno radical-cedista, por sus ideas y por reunirse en un bar con partidarios socialistas, sin

probar que fuesen afiliados. Con esta situación llegó el 1 de diciembre de 1934.

La causa judicial continuó, y así lo hicieron las declaraciones. El comandante Arrendona aseveró que los dos acusados le parecían buenos profesionales, aunque fue quien alertó de una posible sedición de las clases de tropa en el cuartel El Cid y reconoció que conocía la cercanía al socialismo del acusado. El capitán Araujo confirmó que tenían pensamiento socialista, pero que este no interfirió nunca con su actividad, y que, como militares, «eran fieles cumplidores». El capitán Aller no aportó información novedosa, salvo que el capitán Calleja se prestó voluntario para ir a Asturias para sustituir a un compañero herido y que sabía que el capitán Rodríguez Lozano en 1932 había estado tres días separado del cuerpo, pero que desconocía el motivo –al parecer fue por negarse a acatar la sentencia siendo abogado defensor del Ejército–.

El teniente Magro fue el primer compañero que contribuyó con información negativa, basada en rumores como que, en un consejo de guerra en el que Juan había participado como defensor, el juez le había afeado que estuviera «haciendo un panegírico de la defensa». El teniente Cabañeros afirmó que sabía que profesaban ideas de izquierda, pero que nunca tuvo discusiones con los acusados, a los que consideraba buenos militares. Lo único que podía alegar era que quizá el capitán Rodríguez Lozano se excedía a la «hora de defender a los más humildes» en los juicios en los que participaba como defensor.

Esta fue la tónica con la que continuó el consejo de guerra, en el que las declaraciones confirmaron el pensamiento de ambos, pero se refrendó el hecho de que eran buenos profesionales. Tan solo una carta, rumores de contactos y el hecho de que tuvieran hermanos afiliados provocaron que continuasen investigando. El motivo real era el contexto y propaganda cuasibélica que rodeó la Revolución de Octubre de 1934. Cualquier indicio de militancia política con la izquierda era visto dentro de algunos sectores castrenses como algo subversivo y que debían erradicar. En medio del régimen republicano, y con las posibilidades que les permitía el estado de guerra, se vieron con la posibilidad de hacerlo. Una carta fue el

detonante de esta investigación que terminó incluyendo a un compañero de la comandancia de León, Eduardo Rodríguez Calleja. Ni el director ni los periodistas de El Socialista lo delataron: afirmaron no conocerlo y ni siquiera reconocieron haber recibido la carta.

Destacan los interrogatorios que les realizaron a sus antiguos alumnos, para ver si había intentado adoctrinarlos en sus ideas políticas. Sin embargo, el juez solo encontró, en todas las declaraciones, frases como «le considero un excelente profesional y militar» y «jamás habló de ideas políticas». También decían que en sus clases se dedicaba a explicar aspectos técnicos. Incluso, en el auto del juez capitán de artillería Juan Judel, incluyó una carta de las organizaciones socialistas de León, en la que se reconocían los posibles actos subversivos que pudieron darse en el cuartel y las relaciones de los suboficiales y soldados con grupos socialistas, pero se aseguraba que se hicieron a espaldas del capitán Rodríguez Lozano. En la carta, las organizaciones obreras reconocen las simpatías socialistas que profesaba Juan Rodríguez por socorrer las causas de los más humildes como abogado militar defensor, pero que trató de detener cualquier *punch* considerado sedicioso.

El intento de rebelión estaba dentro del contexto de la Revolución de Octubre y del cansancio de algunos jefes y oficiales del Ejército pertenecientes a organizaciones «fascistas», en las que incluyen al general Bosch, entre otros. Las organizaciones socialistas intentaron hacer campaña en los cuarteles desde febrero de 1934, tratando de granjearse el favor de sus compañeros a través de la propaganda y destacando los aspectos negativos para que surgiera su desagrado. Sobre el responsable del regimiento, no estaban muy equivocados ya que apoyó la sublevación de 1936.

En este auto destaca un aspecto que debe tenerse muy en cuenta, y es el hecho de que todos los militares simpatizantes de ideas de izquierda estaban siendo vigilados. Conocían sus nombres y las relaciones sociales que tenían, pues no tardaron en averiguar quiénes fueron los instigadores y desde cuándo estaban trabajando. Además, es útil tener presente la politización existente en los cuarteles a la altura de 1934, con miembros en grupos obreristas y otros en

partidos reaccionarios, a fines del estudio del golpe de Estado. A pesar de que algunos fueron condenados a cadena perpetua, en las diligencias abiertas por el capitán Juan Judel quedaron sobreseídas todas las acusaciones a los sargentos y suboficiales acusados.

En las diligencias del 4 de enero de 1935, aparece la defensa que realizó el propio capitán Juan Rodríguez. Afirmaron que su ideología no había causado ningún acto disidente en los cuarteles e, incluso, cuando tuvo que participar en el control de huelgas, como en la de 1917, sus acciones fueron reconocidas por sus superiores. Opinaban que esa conciencia de clase había podido ayudar a que su trabajo en aquella situación fuese tan reconocido por sus superiores cuando él era teniente. Sin duda, es una interpretación acertada, pues las violencias institucionales para reprimir las acciones colectivas suelen ser perjudiciales. Dice lo siguiente:

> Quizás a tal actuación resultase más eficaz contribuyeron precisamente esas ideas, totalmente opuestas a todo lo que significa violencia y que por tenerlas quizá conociendo mejor lo que la violencia es en ellas, se está en condiciones de cumplir el deber con una mayor suma de conocimientos.

Además, rechazó todas las acusaciones que recibió, que calificó de *insidiosas.* Aseguró que eran de carácter confidencial y que siempre había actuado con profesionalidad y «lealtad a la Patria», y que la defensa de esas ideas no era un peligro para el trabajo que desempeñaba en la academia, quizá todo lo contrario. Con la carta solo quería que se tratasen los temas militares desde la perspectiva de alguien que vivía en los cuarteles y que tuviese un pensamiento socialista, aunque negaba que formase parte del PSOE. Además, alegó que desconocía cualquier posible acto subversivo en el regimiento del que formaba parte. Si se hizo, fue a sus espaldas. Incluso el comandante mayor del regimiento, Miguel Arredonda, que fue quien alertó de los disturbios en el cuartel El Cid, reconoció que el capitán Rodríguez no pertenecía a ningún partido político.

Finalmente, el 25 de enero de 1935, el juez instructor le impuso un correctivo de seis meses de arresto. El castigo llegaba por su supuesta simpatía por el socialismo y por enviar una carta al periódico. Reconoció que la mayoría de la información que

atesoraba sobre el capitán Rodríguez se fundamentaba en rumores. Pese a admitirlo, continuó con la investigación judicial.

Aquí hallamos una imagen de lo que representó la represión de la Revolución de Octubre y de cómo afectó al estamento militar. En la sociedad civil, hubo penas a cadena perpetua; dentro del propio Ejército, una persecución a los militares de pensamiento político cercano al socialismo.

El caso estudiado, además de los meses de arresto, resultó finalmente en una expulsión por el único motivo de escribir una carta a El Socialista, con independencia de su trayectoria militar y de que contase con excelentes referencias de los destinos y empleos que ocupó. El 12 de mayo de 1936, tras la victoria del FP, fue restituido a su puesto, gracias a la ley de amnistía aprobada el 21 de febrero de 1936, debido a que fue considerado un castigo de «carácter político-social», a pesar de la negativa del auditor de la Octava División Orgánica.

Poco tiempo pudo disfrutar de su restitución en el servicio, pues meses más tarde sería asesinado por los golpistas. Dos meses después se sublevó la guarnición de Marruecos, el 17 de julio, y a los dos o tres días, se extendió por toda la península. La idea de «el Director» era que, a través del mecanismo legal de la aplicación del estado de guerra, el Ejército tomase el control policial y judicial. Los golpistas se encontraron con la oposición gubernamental y de una parte del Ejército, en especial, de los sectores procedentes del republicanismo nacido de la AMR o la UMRA, así como social, con milicias formadas por los partidos de izquierda[40].

El general Bosch y Bosch, quien participó extinguiendo la Revolución de Octubre de 1934 en Asturias y que declaró de manera ambigua en el juicio contra el capitán Juan Rodríguez Lozano, comandó la sublevación en León. Engañó al gobernador civil, Emilio Francés, asegurando que no tenía nada que ver, y originó que tuviera que rendirse frente a las fuerzas que apoyaron el 18 de julio[41].

El capitán Rodríguez, a pesar de ser hijo de un caído de la Guerra de Cuba, de haber luchado en las campañas de Marruecos, de haber recibido una medalla y de contar con los buenos informes de sus

superiores a lo largo de su carrera profesional, era sospechoso por su ideario socialista, su posicionamiento, su defensa jurídica a los más débiles y por la carta a *El Socialista,* que ya le habían valido la depuración y el arresto en 1934 y 1935. En un contexto golpista, en el que, según las instrucciones reservadas de Mola, había que emplear la extrema intimidación, las posibilidades de salvarse eran mínimas. No solo querían derrocar al FP, sino lo que representaba, en un contexto de política de masas en el que la derecha y el ultranacionalismo se radicalizaron y abanderaron la lucha contra la anti-España en la que los principales enemigos eran el socialismo, el comunismo y el separatismo.

Las diferencias entre la represión a los miembros del Ejército y a la sociedad civil estribó en que a todos los militares les abrieron un juicio sumarísimo. El resto pudieron ser acusados en una causa militar, pero otros fueron asesinados por voluntarios y se abandonaron sus restos en cunetas. En el caso de estudio, se perdió la documentación del juicio, que no consta en ningún archivo militar de España, aunque debería estar en el Intermedio de Ferrol. Solo se han encontrado algunos documentos sueltos que pueden dar pistas de cómo fue ese proceso. Cabe decir que la pérdida de documentación es habitual y no tiene por qué estar relacionada con negligencia o mala fe por parte del archivo, sino que puede deberse a que, en su día, no se enviara al órgano correspondiente.

Le abrieron la causa sumarísima entre finales de julio y comienzos de agosto de 1936, y en ella también estaban incluidos otros militares. Fue condenado a pena de muerte por el delito de traición. Cabe destacar que el mismísimo obispo de León escribió un telegrama de 16 de agosto al juzgado pidiendo «con humildad […] clemencia con los seis condenados». Igualmente, el Colegio de Abogados de León se dirigió también al mismo juzgado para pedir misericordia.

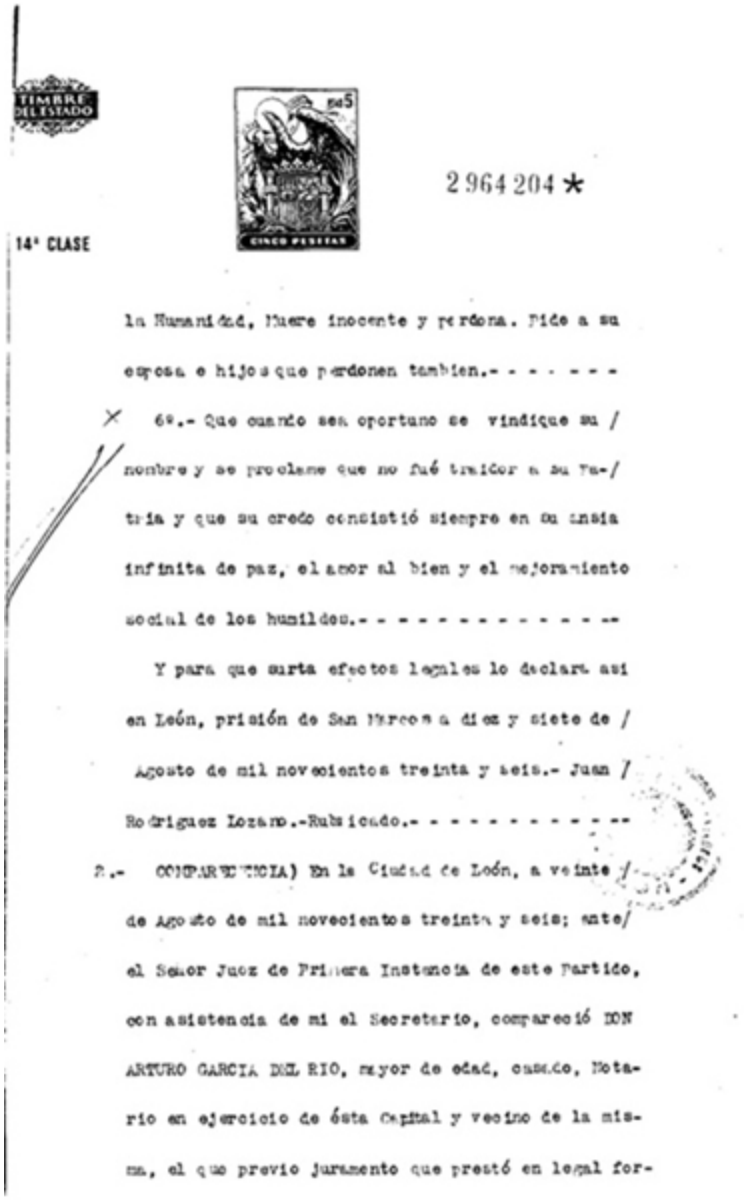
Finalmente, todos fueron ajusticiados el 18 de agosto. El día antes, el capitán Lozano redactó su testamento en la cárcel de San Marcos. Las ejecuciones tuvieron lugar en sitios y de modos distintos según fueran civiles o militares. Con los oficiales, mantuvieron un cierto grado de respeto e intentaron seguir los dictados legales, aunque

manipulados, mientras que, con los civiles, no hubo consideración alguna:

> El fusilamiento de los dos oficiales debe verificarse en distinto lugar que el de los paisanos. Para el primero se formará el Cuadro en la forma prevista de los artículos 636 y 640 del Código de Justicia Militar, y los paisanos serán sencillamente pasados por las armas; cuidando en ambos casos que el piquete se coloque lo más próximo posible a los reos para mayor seguridad en la ejecución[42].

A las 18:00 del 18 de agosto de 1936, fue cumplida la sentencia contra los seis condenados «sin que haya ocurrido ninguna novedad», decía el escrito firmado por el coronel comandante Vicente Lafuente. Sin toda la documentación que se aporta en el juicio, se desconoce de qué los pudieron acusar. Lo que llama la atención es la velocidad con la que se despachó dicha causa, pues en un mes los condenados ya habían sido ejecutados.

Seguramente, el capitán Rodríguez intuyese que era un claro objetivo tras el triunfo del golpe de Estado en León y ver los compañeros de armas que estaban involucrados. Por eso, quiso dejar a su familia y, en cierta medida, a la posteridad, su testamento, toda una declaración de intenciones sobre cómo quería ser recordado y los motivos por los que fue asesinado.



TIMBRE DEL ESTADO

CINCO PESETAS

2 964 204 ★

14ª CLASE

la Humanidad, Muere inocente y perdona. Pide a su
esposa e hijos que perdonen tambien.- - - - - - -
6º.- Que cuando sea oportuno se vindique su /
nombre y se proclame que no fué traidor a su Pa-/
tria y que su credo consistió siempre en su ansia
infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento
social de los humildes.- - - - - - - - - - - - -
Y para que surta efectos legales lo declara asi
en León, prisión de San Marcos a diez y siete de /
Agosto de mil novecientos treinta y seis.- Juan /
Rodriguez Lozano.-Rubricado.- - - - - - - - - - -
2.- COMPARECENCIA) En la Ciudad de León, a veinte /
de Agosto de mil novecientos treinta y seis; ante/
el Señor Juez de Primera Instancia de este Partido,
con asistencia de mi el Secretario, compareció DON
ARTURO GARCIA DEL RIO, mayor de edad, casado, Nota-
rio en ejercicio de ésta Capital y vecino de la mis-
ma, el que previo juramento que prestó en legal for-

Figura 10. Hoja del testamento de Juan Rodríguez Lozano. Archivo de la Familia Rodríguez.

El 20 de agosto de 1936 el notario Arturo García del Río manifestó en su comparecencia ante el juez de 1.ª Instancia de León, Enrique Iglesias Gómez, cómo acudió a la cárcel de San Marcos a recogerlo:

> En las primeras horas del día 18 del actual, fue requerido como Notario para que concurriera a la Prisión Militar de San Marcos de esta Capital, con objeto de proceder

> al otorgamiento del testamento que deseaba otorgar Don Juan Rodríguez Lozano y una vez personado en aquel establecimiento, se encontró con que dicho señor había escrito su testamento en una hoja de papel común, de la que hizo entrega al compareciente y, toda vez que le consta el fallecimiento de dicho Don Juan Rodríguez Lozano, hace entrega al Juzgado en este acto, en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 690 del Código Civil, de una hoja de papel común, que aparece suscrita con la firma de Juan Rodríguez Lozano, natural de Alange, provincia de Badajoz, de 43 años de edad, casado con D.ª Josefina García y García[43].

Sin embargo, incluso muerto, no terminó la persecución contra el capitán Juan Rodríguez Lozano. En octubre de 1940 comenzó a investigarse qué vinculaciones tenía con la masonería, hasta el punto de que, en abril de 1946, se iniciaron las diligencias 291/46 en el juzgado n.º 1, con sede en Madrid, del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y Comunismo. Esa investigación no se cerró hasta abril de 1946, cuando «acreditaron» que estaba muerto y que no podría declarar ni retractarse de sus acciones. Para ello, incluso el juez instructor y los vocales del procedimiento pidieron una copia del acta de defunción del acusado. Por lo tanto, hasta diez años después de su asesinato y transcurridos doce desde el juicio de depuración, la justicia del ya Estado franquista siguió persiguiendo y acosando a la familia.

En un contexto sociopolítico en el que la dictadura tuvo que afianzarse socialmente, se debían justificar los asesinatos, arrestos e incautaciones cometidos durante la guerra y tras la instauración del «Nuevo Estado» a través de la propaganda y la aplicación de un nuevo derecho penal. Continuó la retórica de la anti-España y, como apuntó el historiador Francisco Sevillano, hubo un «proceso de construcción social del acto delictivo» en el que se relacionaba a los llamados «enemigos de España» con los delincuentes[44]. Por eso, a pesar de estar muerto, debía constatarse que Juan Rodríguez había sido «culpable» y debía ser asesinado.

> La responsabilidad penal se fundamenta en la peligrosidad innata del delincuente y conlleva que el delito sea definido tan solo por el hecho de que puede constituir un peligro para el bien jurídico; es decir, el delincuente es enemigo del bien jurídico, alcanzando la punibilidad a sus pensamientos y su vida interior, privada[45].

Además de modificarse algunos decretos del Código de Justicia

Militar, que fue el que rigió la represión en 1934 y 1936 por la aplicación del estado de guerra, se aprobaron dos leyes fundamentales dentro del Código Penal civil para seguir perpetrando la represión. Por un lado, la Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo de 1940 y, por otro, la ampliación de competencias en 1942 de la Ley para la Seguridad del Estado. Para la primera, se creó un Tribunal Especial. En un principio, se estableció en Salamanca, donde radicaba el servicio de incautación de documentación e información de asociaciones, sindicatos, partidos y logias masónicas. A él estuvieron vinculados personajes como el carlista Marcelino Ulibarri Eguilaz –primer presidente–, el almirante Carrero Blanco –de los primeros vocales– o el teniente general Andrés Saliquet –segundo presidente–. Las penas eran la incautación de bienes, la inhabilitación para ejercer cargos públicos e, incluso, la cárcel[46].

Es conveniente entender que la masonería no tiene ese halo ocultista del que el franquismo quiso dotarla. Realmente, y usando las palabras de su máximo especialista, eran sociedades «más discretas que secretas», centros de socialización alejados del catolicismo, en los que la simbología, los códigos y la jerarquía tenían un componente muy importante, como lo tenían la religión y la política de principios del siglo XX. Fue una organización en la que encontraron cobijo muchos militares que procedían de las asociaciones antes mencionadas de carácter republicano.

Carecieron de importancia política y social y, mucho más, de fuerza como para que la conjura judeomasónica, ya anunciada desde el siglo XIX, fuese real. En palabras de Gabriel Cardona, las logias masónicas «actuaron como clubes progresistas en un contexto en el que el asociacionismo y la socialización se estaban expandiendo»[47].Cabe añadir que «la masonería, en sus constituciones y estatutos, prohíbe, en principio, entrar en aspectos políticos»[48].

En palabras de Ferrer Benimeli, otro tipo de consideraciones conspirativas no tienen lugar, ni su supuesta unión con el judaísmo y menos con el comunismo, porque también fueron perseguidas en la Unión Soviética (URSS). Las leyes antimasónicas se desarrollaron en

todo el mundo y, en España, el principal motivo esgrimido, sin descartar algunos de carácter personal, fue que era una organización que competía en el mismo espacio que la Iglesia católica, a pesar de su exiguo número de miembros.

Las pesquisas demuestran que el capitán Rodríguez Lozano perteneció a la logia masónica Emilio Menéndez Pallarés n.º 15 de los Valles de León. El nombre de la logia hace referencia a un político y masón valenciano de gran importancia pública y como gran maestre del Gran Oriente Español –organización que reúne a toda la masonería española– a comienzos del siglo XX. Encontraron los títulos que acreditaban a Juan como «aprendiz» y como «compañero», con símbolo «de Rousseau»[49]. En la masonería existían tres grados, y él solo llegó al segundo. Concuerda, por lo tanto, con ese periodo en el que adquiere un mayor compromiso político y se niega a firmar una sentencia de muerte y, luego, escribe a *El Socialista.*

La persecución al capitán Rodríguez Lozano continuó incluso en la década de los sesenta, en los que se siguió investigando sobre su figura, tras encontrar otra carta. Estaba redactada por la Coalición Republicano-Socialista de León, tras la victoria del FP, dirigida al Ministerio de Gobernación, en la que proponían al capitán Juan Rodríguez Lozano como director de la Guardia de Asalto por ser «un caballero militar, republicano probado y que haría una excelente labor de depuración en la plantilla de la compañía de la guarnición de esta ciudad». Esta misiva incluye una nota sobre el perfil que tiene la coalición y sobre él que condensa lo escrito en este capítulo, a pesar de que no se puede certificar si todos los aspectos citados son ciertos:

> Juan Rodríguez Lozano. Capitán de Infantería destinado actualmente en la caja de recluta n.º 50 de León. Por sus ideas intensamente republicanas fue perseguido durante el bienio de Lerroux-Gil Robles. Se hallaba de capitán ayudante en el Regimiento 36. Con frecuencia era nombrado defensor y, claro, en octubre lo nombraron para tal cargo la mayor parte de los encartados. Por esto, por negarse a firmar una sentencia de muerte para tres procesados en Consejo de Guerra en que era vocal y por leer prensa de izquierda, se le dejó, primero «Disponible», luego se le deportó a Valladolid y luego le impusieron ocho meses de suspensión de empleo y sueldo a pesar de su brillante hoja de servicios y su gran prestigio profesional. Desea

> ser destinado al Cuerpo de Seguridad; pero a León si como se supone se quita de dicho cargo al actual capitán Rivero de historial francamente monárquico y relaciones activas con la UME, además de haber estado totalmente al servicio de la CEDA y, sobre todo, de Calvo Sotelo. De dicho capitán Juan Rodríguez Lozano pueden informar los republicanos de León que han de tener gran interés en este destino. Al pie: Coronel de Seguridad D. Ildefonso Puigdengola-Frente Popular[50].

Cabe hacer una serie de reflexiones sobre esta misiva. Por un lado, se continuaba intentando justificar su asesinato, seguramente porque contaba con muy buenas opiniones dentro de León e incluso fuera de allí, pues la prensa de Madrid, en 1936, se hizo eco de que había sido hecho prisionero con el golpe de Estado. Debió de ser una persona respetada por encima de sus ideales políticos. Sin embargo, también se observa cierto grado de inmadurez de la democracia republicana, al igual que ocurrió en toda Europa. Algunos sectores, que se fueron radicalizando, no entendían –como tampoco hoy se entiende–, que un profesional, independientemente de su pensamiento, pudiera servir militarmente al servicio de su Estado, de su Gobierno y de su patria.

«MÁS ALLÁ DEL MITO». UN RECUERDO FAMILIAR CONVERTIDO EN NECESIDAD COLECTIVA

La historia del capitán Juan Rodríguez Lozano es un ejemplo de la importancia social de la Historia Pública. Asimismo, es muestra de la necesidad colectiva de recordar incluso lo no vivido y que se alimenta de la interacción con la comunidad en la que se rememora ese pasado remoto.

Parece que es incontestable que el protagonista contaba con cierta relevancia dentro de los sectores obreros y republicanos de León. Además, nunca ocultó sus simpatías hacia el socialismo y perteneció a una logia masónica, que, como se ha dicho, se acercaban más a un espacio social progresista que a una religión laica. Esto logró que, con la noticia de su encarcelamiento tras el 18 de julio, en el diario editado en Madrid La Libertad se hicieran eco de la noticia: «El capitán D. Juan Rodríguez Lozano, que fue procesado con ocasión

del movimiento de Octubre, tampoco quiso secundar la subversión y fue asimismo hecho prisionero»[51]. En la misma línea recogía el importante diario madrileño *El Sol* lo ocurrido en León, haciendo especial referencia a la situación de Juan:

> El teniente de asalto D. Emilio Fernández y el capitán del mismo cuerpo D. Eduardo Rodríguez, que se negaron a secundar la rebelión, fueron apresados, pero lograron descolgarse por una ventana y escapar. Actualmente, combaten en Asturias en la columna de Javier Bueno. También se mantuvo fiel el capitán D. Juan Rodríguez Lozano, que se distinguió durante los sucesos de octubre de 1934. La suerte de este capitán se ignora[52].

Lo que permaneció en el recuerdo colectivo de León y lo que su familia se encargó de preservar fueron cosas distintas. La familia trató de remembrar a un ser querido fallecido; guardó, como todas las familias, los aspectos positivos de su vida. La sociedad civil leonesa lo convirtió en un mito, un capitán socialista al lado de los humildes y en contra de la guerra.

La construcción del personaje que sustituyó en cierta medida a la persona se realizó por dos medios. Por un lado, de manera clandestina, en un territorio donde el socialismo ha tenido un fuerte arraigo, como fue la zona de León, que la represión no fue capaz de erradicar. Por otro, a través del seno familiar, fundamental para que su familia mantuviese viva la llama del recuerdo durante toda la dictadura y la democracia.

A causa de la persecución *post mortem,* el personaje trascendió a la persona. En su testamento se revela el alma de un ser humano que perdonaba a sus represores y que reivindicaba la lucha por los humildes y la paz. Este documento llegó a su familia tras un arduo camino. El 29 de agosto de 1936 el abogado leonés Lorenzo Sarabia Rabadán entregó al notario de León Arturo García del Río tres documentos: el testamento hológrafo del capitán Juan Rodríguez Lozano, la certificación de defunción de este y el expediente de protocolización del testamento[53].

Su nieto, José Luis, recuerda que, cuando él y su hermano alcanzaron una edad como para entender qué había ocurrido, les leyeron el testamento completo. Afirmó que, tras conocer la historia

de su abuelo y, concretamente, tras escuchar lo que dejó escrito antes de morir, decidió dar el paso definitivo para participar en política. El capitán Lozano pasó a tener un aura especial a ojos de aquel joven, que estaba viendo cómo llegaban tiempos de cambio tras la muerte del dictador y el inicio de la democracia, por lo que decidió afiliarse al PSOE.

Su abuelo terminó convirtiéndose en un personaje fundamental en su imaginario personal, alimentado por la Historia Pública de su León natal y por lo que había construido en su cabeza tras conocer sus vivencias y escuchar sus últimas voluntades. Lo impresionó la entereza con la que antes de morir dejó por escrito su defensa de la paz, la patria y los humildes, que enseguida relacionó con la lucha que estaba llevando a cabo el PSOE tras la muerte de Francisco Franco[54].

A pesar de no haberlo conocido, su nieto tenía un recuerdo de él. Todos los individuos tenemos el derecho a revivir a nuestro modo a las personas con las que estamos vinculados, aunque, en ocasiones, ni siquiera compartiésemos un rato con ellas. Su nieto no tiene por qué tener en cuenta –ni tan siquiera entrar a analizar– otros aspectos de la vida de Juan Rodríguez. Para José Luis, no existieron, y la Historia con mayúsculas deja paso al recuerdo. El papel del historiador es el que debe señalarlos, contextualizarlos y darles una explicación –que no juzgarlos–.

José Luis apenas tenía 15 años cuando se afilió al PSOE. Es cierto que la figura de Felipe González fue fundamental para que muchos jóvenes de su generación se sintieran atraídos por el proyecto socialista, como también les sucedió a muchos antiguos republicanos con Manuel Azaña. En cierta medida, el PSOE en la Transición fue capaz de aunar dos tradiciones políticas, la que construyó a lo largo de su historia y el republicanismo que quedó descabezado desde el final de la guerra.

A su nieto, según ha contado en varias entrevistas, también le influyó para tomar partido activo, para dar ese paso adelante, para pasar de ser un posible votante a un militante, fue la historia de su abuelo y la lectura de su testamento. Al realizarle una entrevista en el seno de esta investigación, daba la sensación de que la figura de su

abuelo influyó en la decisión de vincularse al socialismo y no a otros movimientos antifranquistas, del mismo modo que tuvieron peso otros aspectos de su vida, como vivir en el seno familiar progresista, el conocimiento que tenía de la lucha del PSOE de principios de siglo o la influencia de jóvenes políticos como Felipe González, Alfonso Guerra, Willy Brandt o François Mitterrand.

Con apenas 18 años, José Luis pudo votar la ratificación de la Constitución española. Más tarde comenzó sus estudios de Derecho. Durante sus primeros años en el PSOE, era conocido como «el nieto del capitán Lozano». En 1986 fue elegido diputado en Cortes y trabajó en las comisiones de Justicia e Interior, la Constitucional, la del Defensor del Pueblo y la de Administraciones Públicas, en la que era portavoz de su grupo.

Fue escogido secretario general de la Federación Socialista Leonesa (FSL) el 19 de junio de 1988. En el XXXV Congreso Federal del PSOE de junio de 2000, fue elegido secretario general del partido y líder de la oposición. Dejó de ser «el nieto del capitán Lozano» y empezó a ser conocido como José Luis Rodríguez Zapatero, o Zapatero, a secas. Sin embargo, en su conciencia, siguió siendo «el nieto del capitán Lozano», pues, como reconoció en una entrevista realizada en 2021,

> todas las decisiones políticas que he tomado estaban influenciadas por aquellas palabras que escuché de mi madre, que había escrito mi abuelo antes de ser asesinado, palabras en las que no había rencor, sino perdón, y que reivindicaban la paz y la justicia social[55].

Se convirtió en presidente del Gobierno de España en 2004, y durante su mandato se aprobó la primera Ley de Memoria Histórica, no sin conflictos y controversias remarcados fuera y dentro de su partido, y por sectores de la sociedad civil. A lo largo del procedimiento para su ratificación en las Cortes, dentro y fuera del Parlamento, habló de su abuelo como un símbolo de todas las víctimas de la guerra. Trataba de cumplir lo que aquel había explicitado en el texto dedicado a su familia: recuperar la dignidad perdida por una acusación de traición que no era cierta, como la de muchos españoles que en aquellos años fueron declarados desleales.

Por lo tanto, con la ley, cumplía con el deseo de su abuelo, pero entendía que era el de todas las familias que habían perdido a sus seres queridos durante aquellos años. Personalidades como la del capitán Lozano debían ser rescatadas del olvido institucional, igual que Manuel Fernández Fecho, muerto en Belchite luchando, o Francisco Pérez Ponte, fallecido en el desembarco del Castillo de Olite.

A pesar de las críticas, muchas de ellas, bien fundamentadas, que se le pueden hacer a la ley, Rodríguez Zapatero quiso restituir la dignidad de las víctimas de ambos bandos. Era una necesidad institucional reclamada por muchas asociaciones memorialistas desde, al menos, el año 2000, en gran medida, reivindicaciones llevadas a cabo por nietos que conocieron aquellas historias familiares que nunca fueron olvidadas, aunque sí silenciadas por la represión.

Esta legislación se vio tristemente ensombrecida por la pelea política de quitar y poner nombres de calles y estatuas, sin haber efectuado la pedagogía necesaria para que la ciudadanía comprendiera, sin partidismos, la necesidad de conocer críticamente nuestro pasado reciente y traumático. El trabajo de recuperación de restos de víctimas de la Guerra Civil y el franquismo se vio opacado por un debate político mal encaminado.

Esa falta de olvido en el plano social sobre lo que ocurrió desde 1936 fue fundamental para aprobar una legislación, la que propició la llegada de la democracia. En líneas generales, y en contra de lo que defienden los intelectuales orgánicos de la Transición, existía, y aún perdura, una necesidad de conocer lo que sucedió en aquel pasado, pero no solo sobre su recuerdo, sino esencialmente su Historia –Pública–, como una disciplina abierta, compleja y diversa.

También era imperativo que buscasen los restos de los familiares desaparecidos, y que no fuesen considerados traidores o rebeldes. Un primer paso para enmendar aquello fue la citada ley, que no habría abierto heridas si no hubiera sido torpedeada política y mediáticamente por la oposición, que habló de ella más que el propio Gobierno. No había revanchismo, había memoria que debía ser resarcida y convertida en Historia. Así fue como se concibió en

su preámbulo y la defendió, con la memoria de su abuelo mediante, el nieto del capitán Lozano.

Es labor de los historiadores diferenciar entre el recuerdo familiar y la Historia. La legislación debe velar por el conocimiento riguroso e histórico, siempre atendiendo a sus limitaciones, de nuestro pasado. Tras realizar un relato histórico, este se debe presentar a la ciudadanía, para que, por un lado, de manera pública y política, se recupere la dignidad de todas las personas asesinadas, desaparecidas, depuradas y exiliadas a causa de la guerra, con independencia de su ideología, sexo, bando o lugar de nacimiento. Por un lado, está el recuerdo (colectivo-familiar-social) de esos individuos y sus familiares tienen el derecho de rememorarlos como les convenga. Este capítulo quiere reivindicar esas dos esferas deben coexistir, porque no están en disputa.

Por su parte, me imagino que el reo Juan Rodríguez, cuando redactaba su testamento, se imaginase que se implantaría una dictadura y que, tras esta, su nieto sería presidente de un Gobierno democrático al frente del PSOE, puesto al que llegó, en gran medida, gracias a las palabras que estaba dejando escritas. Aquella imagen que su nieto creó de Juan es el reflejo de la importancia e influencia social e individual del recuerdo transmitido.

***

Se ha mostrado una imagen del Ejército español de principios de siglo XX, que debe extenderse a la actualidad, alejada de los estereotipos citados: monárquico, conservador, autoritario, violento, antidemocrático o fascista. Nadie afirma que todos sean o deban ser socialistas o republicanos, sino que son demócratas y profesionales cualificados, que poco o nada tienen que ver con el Ejército del franquismo, que fue quien ganó la guerra[56]. Desde el Sexenio Democrático, existió un sector que buscó la modernización de la milicia y se adaptó a los tiempos que corrían. Muchos fueron republicanos, liberales e, incluso, socialistas. Lo hacían por los mismos motivos que otros sectores más conservadores o incluso

reaccionarios, por su «Patria».

---

[1] Testamento de Juan Rodríguez Lozano, publicado por Rodríguez González y Berzal de la Rosa (2009: 185-186). Consultado también del Archivo de la Familia Rodríguez.

[2] Higueras Castañeda (2016: 95-115). Véanse también los conflictos entre militares de la península y los destinados en África: Cardona (1986), Navajas Zubeldia (1991) y Alía Miranda (2018).

[3] Sobre la cultura militar africanista, véase De Madariaga (1999 y 2015), Balfour (2006), Macías (2019) o Jensen (2014). Sobre la vinculación de este pensamiento con el fascismo, véase Gallego (2014).

[4] Para una explicación más pormenorizada del africanismo y su ideario, véase el cap. II, dedicado a Manuel Fernández Fecho.

[5] Moreno Luzón (2011: 85-118 y 2013: 319-348).

[6] Archivo General Militar de Segovia (AGMS), 1.ª R2188, Hoja de Servicio de Juan Rodríguez Lozano, p. 1.

[7] Véase una explicación más demorada en el cap. II sobre Manuel Fernández Fecho.

[8] AGMS, 1.ª R2188, Hoja de Servicio de Juan Rodríguez Lozano, p. 18.

[9] *Ibid.,* pp. 7-8.

[10] Archivo Tribunal Militar IV (ATMIV), C. T. 436/34, p. 3 (AIRMNO).

[11] Cardona (1983), Puell de la Villa (2005), Navajas Zubeldia (1991) o Alía Miranda (2018).

[12] Más información en el cap. VII dedicado a la miliciana Antonia Portero, en el que se explica la creación del EPR. También el cap. IX sobre la «quinta del biberón».

[13] Hubo un proceso de fascistización. Véase González Calleja (2011) y principalmente la obra de Gallego (2014). Para el caso de Europa, véase el cap. II dedicado a Manuel Fernández Fecho y el africanismo, y el cap. V sobre el anticomunismo y el fascismo transnacional.

[14] ATMIV, C. T. 436/34, p. 3 (AIRMNO).

[15] Alía Miranda (2018: 73 y ss.).

[16] Cardona (1983).

[17] Rodríguez González y Berzal de la Rosa (2009: 185-186).

[18] Anguera (2003).

[19] Ese es la cifra aproximada de inscritos en los listados que se conservan, pero no todos los inscritos pertenecieron a la ARM simultáneamente: Higueras Castañeda (2016: 513).

[20] Higueras Castañeda (2016a: 95-115 y 2016) y Busquets (1996: 871-890).

[21] Higueras Castañeda (2016a: 95-115) y Busquets (1996: 871-890).

[22] Alia Miranda (2018: 65-70) y González Calleja (2005: 369-375).

[23] Martínez de Baños Carrillo (2005).

[24] Viñas (2021) o Quiroga Fernández de Soto sobre la utilización de la anti-España en la dictadura de Primo de Rivera (2008).

[25] Busquets (1996: 871-890), Cardona (1996: 891-910) e Higueras Castañeda (2016: 95-115).

[26] *Boletín Decenal. Estado Mayor Central de Defensa Nacional. Sección de Información del Ejército de Tierra* 5 (20 de julio de 1937), pp. 9-11.

[27] Dávila y Huguet (1942: 80-83). Perfectamente explicado en Lanero Táboas (1996).

[28] Sobre el orden público en el primer tercio del siglo XX: Cardona (1986), Ballbé

(1985) o González Calleja (2014). Además, consúltese el cap. II sobre Manuel Fernández Fecho.

[29] AGMS, 1.ª R2188, Hoja de Servicio de Juan Rodríguez Lozano, pp. 4-5.

[30] *Ibid.,* pp. 23-24.

[31] Schubert (1984) o Kerry (2020).

[32] Tuvo la misma experiencia que Manuel Fernández Fecho, aunque la vivieron desde distintas armas, por lo que, seguramente, no coincidieron. Véase cap. II.

[33] AGMS, 1.ª R2188, Hoja de Servicio de Juan Rodríguez Lozano, pp. 4-5.

[34] *Ibid.,* p. 9.

[35] Para una explicación más demorada del proceso de *fascistización* de la derecha europea y que afectaría a la cultura militar africanista, véase el cap. V.

[36] Ballbé (1985) o González Calleja (2014).

[37] Curiosamente, este mismo capitán apoyó la sublevación de 1936 y formó parte de la expedición del *Castillo de Olite* en la que perdió la vida junto con Francisco Pérez Ponte, protagonista del cap. I.

[38] Toda la información del juicio, declaraciones y sentencia se extrajo de ATMIV, C. T. 436/34 (AIRMNO).

[39] *Heraldo de Madrid,* año XXXVIII, 13.174, 19 de abril de 1928, p. 2.

[40] Véase cap. VIII sobre la miliciana Antonia Portero.

[41] Álvarez Oblanca y Serrano (2010) o Rodríguez González (2003).

[42] AIRMNO, Fondo Administrativo de la VIII Región Militar. Documentos del juicio 386/36 de la Plaza de León.

[43] Rodríguez González y Berzal de la Rosa (2009: 185-186).

[44] Sevillano Calero (2016: 289-311).

[45] *Ibid.* y Tébar Rubio-Manzanares (2015).

[46] Mera Costas (2014: 93-105), y resulta fundamental la magna obra editada por Ferrer Benimeli (2013), con numerosos capítulos dedicados a la represión de la masonería desde diversos puntos de vista.

[47] Cardona (1996: 904).

[48] Ferrer Benimeli (2013).

[49] Centro Documental de la Memoria Histótica (CDMH), Term_Masonería, exp. 18.115.

[50] *Ibid.*

[51] La Libertad, año XVIII, 5.117, 23 de agosto de 1936, p. 1.

[52] El Sol, año XX, 5.930, 23 de agosto de 1936, portada.

[53] Rodríguez González y Berzal de la Rosa (2009).

[54] Entrevista realizada a José Luis Rodríguez por Francisco Leira, el 16 de septiembre de 2021 en Madrid, en la Fundación Alternativas.

[55] *Ibid.*

[56] Por ejemplo, se puede ver en la firma de los militares retirados en la que pedían al rey la destitución del Gobierno socialista y de Unidas Podemos o el grupo de WhatsApp en el que se jactaban de querer matar a veinte millones de «malos españoles». Para más información, Francisco Leira, «La indignidad democrática de los ruidos de sable virtuales», *Nueva Tribuna,* 20 de diciembre de 2020, disponible en [https://www.nuevatribuna.es/opinion/author/indignidad-democratica-militar-ruidos-sable-virtuales/20201225110230182666.html].

IV. SANGRE EN LOS MAITINES
La represión religiosa en la piel de fray Cándido Rial Moreira

Los maitines son las oraciones de los religiosos a la hora más temprana del amanecer. Madrid, tras el golpe de Estado, durante unas semanas, quedó bajo el mando de las milicias, las cuales asesinaron en ese momento del día, a algunos miembros de la Iglesia católica, tanto secular como regular. Fray Cándido Rial Moreira describe estos episodios en sus memorias, así como lo que vivió desde que, el 19 de julio de 1936, supo de la insurrección de las plazas militares de África, donde se encontraban las principales unidades militares de choque[1].

Para los sectores católicos, como en el que se encontraba el fraile franciscano, la información llegaba bajo el sesgo ideológico de corte conservador o tradicionalista. Sin embargo, no se puede negar que se habían producido algunos ataques a religiosos y lugares de culto, tanto en Madrid como en el resto del país. Como tenía encomendados servicios pastorales en San Francisco el Grande, perteneciente a la Obra Pía de los Santos Lugares dependiente del Estado, tuvo una mayor protección. Sin embargo, se intuye que estaba al corriente del llamado «conflicto religioso» y que le causase cierta inquietud. Por ejemplo, el convento de los Padres Carmelitas de la plaza de España o el Sagrado Corazón, en la calle del Tutor, fueron saqueados el 11 de marzo de 1931 en Madrid[2].

La Real Basílica de San Francisco el Grande había sido expropiada[3], como todos los bienes de la Iglesia, con la desamortización de Mendizábal de 1836, y había sido devuelta a los franciscanos en 1926, después de pasar por distintas etapas, en las que incluso fue cuartel de infantería. Con la devolución a los franciscanos, era necesario que la habitaran frailes. Entre ellos, se encontraba Cándido, a quien le tocó vivir, por esta circunstancia, la Guerra Civil en Madrid.

Figura 11. Fray Cándido Rial vestido con el hábito franciscano. Sin datar. Archivo de la Provincia Franciscana de Santiago. APFS.

Su generación fue testigo de acontecimientos insurreccionales que conmocionaron a la opinión pública y modificaron la forma de entender la política[4]. El franciscano, de 26 años, ya había vivido en septiembre de 1923 la llegada al poder del comandante Primo de Rivera, el levantamiento prorrepublicano de Jaca en 1930, la proclamación de la Segunda República, la Sanjurjada en 1932 y la Revolución de Asturias en 1934. Asimismo, había tomado nota del proceso de maduración sociopolítica, de las conflictividades, de las huelgas, de las revueltas, protestas y acciones colectivas que se produjeron en todo el mundo en las décadas de los veinte y los treinta[5].

El «ruido de sables» sonó con fuerza desde las elecciones de febrero de 1936, pero ya venía produciéndose desde la represión estatal a la Revolución de Octubre de 1934. No obstante, Madrid fue el centro neurálgico de la política española, lo que amplificó cualquier tipo de contienda existente, aunque no siempre fuese extrapolable al resto del territorio estatal. La violencia verbal tuvo una mayor resonancia que la física, lo que distorsionó la realidad de las relaciones sociopolíticas. Las conflictividades entre izquierda y derecha no afectaron al desarrollo normalizado de la vida cotidiana, ni siquiera en la capital o en la otra gran ciudad del Estado, Barcelona.

La provincia de A Coruña puede servir de ejemplo. En un documento creado por el Gobierno Civil a instancias del Ministerio de Gobernación para medir las posibilidades de una nueva victoria del Gobierno radical-cedista en las elecciones de 1936, se exponía que eso era probable en A Coruña; el dosier añadía, en su pormenorizado estudio localidad por localidad, que la convivencia estaba normalizada y que no había disturbios relevantes. En lo que toca a la cuestión religiosa, afirmaba que no se habían producido más que algunas protestas de sectores religiosos por no haber podido celebrar la Semana Santa o el Corpus Christi[6]. Sin embargo, lo que sucedía en Madrid empañaba el ambiente de la totalidad del país.

La brutalidad anticlerical que presenció y posteriormente sufrió aquel 19 de julio cuando fray Cándido salió a palpar lo que ocurría en la ciudad no procedía exclusivamente de un arrebato vandálico a la luz de los inciertos acontecimientos motivados por un golpe de Estado; simplemente fue la mecha que prendió un proceso de polarización de dos posturas que terminaron por ser antagónicas: el clericalismo y el laicismo. Fue una disputa política que tuvo su ramificación social y cultural, y en ella generó el caldo de cultivo para la justificación de los más terribles asesinatos a partir del ataque a la legalidad republicana.

Fue también el comienzo de un desorden social que hizo estallar una violencia revolucionaria que desembocó en el fusilamiento descontrolado de ciertas personas y determinados colectivos. Los más afectados en Madrid fueron la Iglesia y los grandes empresarios[7]. Se expondrá esta realidad que sufrieron las zonas que permanecieron leales a la Segunda República a partir de las memorias escritas en la década de los ochenta

por el citado franciscano y que se encontraron por casualidad en el convento de San Francisco de Santiago de Compostela. Están escritas a petición del mandatario de su orden religiosa, al calor de la política eclesial del pontificado de Juan Pablo II que reivindicó la memoria de los «mártires de la persecución religiosa». Por lo tanto, a pesar de su valor, están mediatizadas por el contexto en el que fueron escritas y por la intencionalidad de mostrar la violencia vivida en el «Madrid rojo», por eso las tituló «Mi calvario madrileño 1936»[8].

LA «TRINIDAD» ESPAÑOLA: CLERICALISMO, LAICISMO Y ANTICLERICALISMO

«España ha dejado de ser católica» fue la conocida frase de Manuel Azaña que la propaganda golpista y, posteriormente, franquista, utilizó para justificar el golpe de Estado, la guerra y la represión, ya que intitula el «Borrador del informe sobre la persecución religiosa» de la Causa General[9]. La idea de que el régimen republicano y sus acólitos eran anticlericales es una simplificación de una realidad compleja. Procedía de una confrontación entre dos formas de entender el funcionamiento del Estado. Por eso, se debe retroceder en el tiempo para no sacar de contexto la sentencia del que fuera presidente de la Segunda República.

Se podría establecer como momento clave de este proceso el concordato con la Santa Sede de 1853, firmado durante el reinado de Isabel II. De esta forma, la Iglesia se convertía en indisoluble a la Nación. Lo que estaba en discusión era quien tenía derecho a regentar la catolicidad del Estado. De esta forma, los Concordatos garantizaron un acuerdo que impedía la creación de «Iglesias nacionales», pero conceden a cambio a monarcas y gobiernos grandes prerrogativas en la gestión de los asuntos religiosos.

El poder del que llegó a gozar la Iglesia en España se encontró con la negativa a revocarlo por parte de la monarquía y del episcopado nombrado por esta[10]. Esta realidad levantó tensiones entre clericales y laicistas cuando se aprobó la Constitución de 1869 por sufragio universal, en la que se estableció la libertad religiosa[11]. El movimiento

contestatario procedía de los defensores de la corriente filosófica krausista, que abogaban por una nueva forma de enseñanza y pensamiento. A medida que estos aumentaban su presencia desde el poder, el clericalismo endureció sus medidas, que llegaron incluso a ser represivas.

Tras el Sexenio Democrático, se reinstauró la monarquía borbónica, cuyos líderes preconizaban la catolicidad del Estado, que implicaba que la Iglesia acumulase grandes cotas de poder e influencia social, política y cultural. Tras unos años de crisis por el fracaso de la Primera República, el proyecto político se fue rearmando progresivamente, especialmente con la llegada del nuevo siglo. Estimuló que ambos proyectos rivalizasen por dominar los lugares de socialización. El republicanismo consideraba que la Iglesia gozaba de un espacio sociopolítico y cultural excesivo, por lo que era ineludible ocuparlo gradualmente, para conseguir un cambio del régimen político.

Cabe decir que dentro de ambos proyectos hubo diferencias y que no todos los sectores participaron de la misma forma en el debate. Por lo tanto, no debe entenderse como una lucha de dos grupos homogéneos. Ser republicano a esas alturas implicaba defender un régimen laico, pero no anticlerical[12]. Una de las principales reclamaciones durante la Restauración fue la de establecer una enseñanza laica, un poder que no pretendía ceder la Iglesia.

Con la mayor presencia sociocultural del movimiento obrero al llegar el siglo XX, cobró importancia la tercera parte de este juego: el anticlericalismo. Llama la atención que en un movimiento que inicialmente no tenía esa seña de identidad se fuera fraguando a causa del poder de la institución religiosa y el papel social de los párrocos en las clases subalternas. Las protestas contra los actos religiosos, boicots a la Semana Santa o ataques a la Iglesia comenzaron a aparecer en algunas grandes ciudades. Sin embargo, hay que destacar que no fue algo tan generalizado como para que fuese tomado como un peligro real para la Iglesia. Junto con las acciones colectivas, los grupos de proletarios iniciaron una labor pedagógica. Erigieron lugares de socialización alternativos y emplearon la prensa como medio de comunicación fundamental para trasladar una nueva forma de pensamiento alternativo al monopolio que ostentaba la Iglesia.

El anticlericalismo fue extendiéndose en amplios sectores de la sociedad como consecuencia de su capacidad de penetración, fundamentalmente, porque estaba presente en las reivindicaciones de muchos movimientos políticos, como el socialismo, el comunismo, el anarquismo y en algunos sectores del republicanismo. Pretendían derrocar el nacional-catolicismo, como había ocurrido en otros lugares de Europa, lo que implicaba un recorte en el poder político y el mantenimiento de los privilegios que acumulaba la Iglesia y que la jerarquía no estaba dispuesta a ceder[13]. Además, en un contexto internacional cambiante e impredecible, la curia vaticana no estaba dispuesta a ceder influencia sociopolítica ni cultural.

Pero el punto de inflexión llegó a partir de abril de 1931, con la proclamación de la Segunda República. La reacción no se concibe sin el proyecto nacional-católico modelado durante la dictadura de Primo de Rivera[14]. La acción política a favor y en contra se recrudeció al apostar por un régimen laico, según el artículo 3.º de la Constitución. Asimismo, de iure la educación dejaba de estar en manos de la Iglesia para convertirse en una competencia estatal. Sin embargo, en la práctica se mantuvo en todo momento la educación privada, incluso la de las congregaciones religiosas. La única excepción fue la de los jesuitas, que fueron expulsados.

El crecimiento y peso sociopolítico del laicismo hizo de soporte para que se pudieran aprobar estas medidas, pero implicó la radicalización del clericalismo. La prensa de derecha y católica amplificó las acciones anticlericales que se consumaron durante la Segunda República y con las que el régimen no tenía vinculación. Cabe señalar, que no fue solo un conflicto político. Con las medidas que quería aprobar el nuevo régimen, la Iglesia podría perder influencia social. Además, la lucha entre el laicismo y el clericalismo se trasladó a algunas localidades en las que se hizo complicado organizar eventos religiosos.

Dentro de los defensores del *statu quo* prerrepublicano, un sector extremó sus postulados teóricos en un contexto en el que el fascismo comenzaba a crecer cultural y políticamente en Europa. Hubo una simbiosis entre ambos y formaron un movimiento en contra de la nueva Constitución[15]. Asimismo, vino acompañado de una mayor acritud procedente de las altas instancias de la Iglesia española. Sin embargo, a

pesar de las pérdidas de poder social, económico y político que trajo aparejadas el nuevo régimen, hay que señalar que su radicalización, promocionada por las cabeceras de la prensa católica, en el fondo escondía problemas internos dentro de la jerarquía católica que eran incapaces de solucionar[16].

A medida que pasaban los años, el enfrentamiento entre clericales y anticlericales se trasladó con más frecuencia a la calle, pero exento de la virulencia con la que aparecía en los medios de comunicación y en las actas parlamentarias. Sin embargo, no era suficiente para desestabilizar la Segunda República, que contaba con mecanismos de control, teniendo en cuenta la inestabilidad sociopolítica del contexto de entreguerras[17]. Fue el golpe de Estado el punto de inflexión, destruyendo todos los lazos de solidaridad creados hasta la fecha, que sobredimensionó los problemas existentes en la sociedad española[18]. A partir de ese momento, algunos sectores anticlericales iniciaron una violencia en caliente y desorganizada contra la Iglesia, tanto contra su patrimonio como contra sus miembros, como consecuencia del poder que había acumulado a lo largo de su Historia.

FRAY CÁNDIDO RIAL MOREIRA. DE JOVEN NOVICIO EN GALICIA A FRAILE EN MADRID

Nació el 31 de marzo de 1910 en la parroquia de San Vicente de Vimianzo, perteneciente al Ayuntamiento de Vimianzo, provincia de A Coruña. Era un pueblo dedicado al mundo agrario y ganadero al que acompañó la suerte de tener la costa cerca, hecho que les permitía adquirir pescado. En aquel momento, España se regía bajo el sistema de la Restauración borbónica, que comenzaba a hacer visibles los primeros síntomas de una honda crisis política, económica y social que se materializaron años más tarde, precisamente cuando fray Cándido recibía su confirmación, en septiembre de 1916. Como era común en aquel tiempo en el mundo rural, había sido bautizado por el rito católico –el 3 de junio de 1910–.

Muchas familias enviaban a un hijo a hacer la carrera eclesiástica. Al

parecer, procedía de una profundamente católica, a tenor de los informes que solicitó la orden franciscana al párroco de su localidad para calibrar su ingreso en el noviciado en febrero de 1925. En las declaraciones de la petición de entrada en el noviciado destacan este hecho, así como que fray Cándido era una persona inteligente, tranquila y muy capaz. Gracias a estos informes, y por las gestiones que hizo la propia orden, aceptaron su ingreso el 24 de agosto de 1925 e inició sus estudios eclesiásticos dentro de la orden franciscana.

Por aquel entonces, el noviciado tenía lugar en la fraternidad de Ponteareas, en Pontevedra, aunque se trasladó a Santiago de Compostela en 1926, seguramente como consecuencia del séptimo centenario de la muerte de san Francisco (1226-1926)[19]. Por lo tanto, se puede intuir que vivió unos momentos intensos de la política española, y que sus estudios fueron verdaderamente determinantes en su concepción del mundo. Se trataba de una educación basada en los valores cristianos, de carácter tradicionalista en muchos aspectos. Aunque había surgido una nueva forma de entender el mundo religioso, intelectuales franciscanos como fray Samuel Eiján profesaban un pensamiento cercano al tradicionalismo de Ricardo Vázquez de Mella[20], a pesar de tener una mentalidad abierta y modernizadora.

Figura 12. Fray Cándido Rial vestido de seglar. S/D. APFS.

En el momento en el que se produjo el golpe de Estado, el ya fraile y sacerdote tenía 26 años recién cumplidos. Antes había estudiado, al terminar el noviciado, el primer año de Filosofía en Ourense, y el segundo, en Ponteareas. En San Antonio de Herbón, situado en Padrón –provincia de A Coruña–, terminó sus estudios de Latín y Humanidades. De allí pasó al convento de Misioneros de Tierra Santa y, finalmente, fue destinado a San Francisco de Santiago de Compostela para estudiar cuatro años de Teología. Mientras, hizo la profesión simple en agosto de 1926 y la profesión solemne, en julio de 1931, en plena Segunda República. Finalmente, se ordenó sacerdote en julio de 1933, entre la Sanjurjada y la Revolución de Octubre. Tras ordenarse, lo destinaron a Ribadavia, en la provincia de Ourense, durante dos años, hasta que se trasladó a San Francisco el Grande de Madrid[21].

UN FRANCISCANO EN EL MADRID REVOLUCIONARIO

> En la tarde del día 19, domingo, salí a dar una vuelta por la ciudad para observar el ambiente callejero. Ya comenzaban a distribuir armas a los paisanos, a cachear e identificar a la gente. Pasé frente al Cuartel de la Montaña y observé los preparativos militares para el asalto al día siguiente, que se liquidaría con la rendición incondicional de los acuartelados y la represalia desmedida de los asaltantes. Al regresar a casa, hacia las ocho de la tarde, me encontré con una multitud de personas de todas las edades y condiciones sociales, contemplando calladamente el incendio del complejo parroquial de San Andrés, en cuya demarcación se encuentra San Francisco el Grande. Pero lo sorprendente del caso fue ver a los bomberos sobre la cubierta afanándose por impedir la propagación del fuego en una casa particular colindante, sin sofocar el de la parroquia. Alarmado por los acontecimientos, fui a reunirme con los compañeros para informarles de la situación. Todos quedaron consternados y preocupados por la proximidad de la chusma incendiaria.

El desconocimiento de lo que de verdad sucedía engrandecía cualquier mínima novedad y causaba una mayor intranquilidad a la mayoría de los ciudadanos. Se sabía que ocurría algo, pero nadie, a ciencia cierta, podía asegurar el qué. ¿Un golpe de Estado? ¿Iba a triunfar como el de Primo de Rivera? ¿Sin víctimas? ¿Fracasaría como el del general Sanjurjo? ¿Generaría tumultos, revueltas y violencia en las calles? Junto a esto, se asomaba el horizonte de lo ocurrido en Italia, Alemania o Rusia. Tras el golpe de Estado perpetrado por un sector del Ejército, en los territorios que permanecieron fieles a la Segunda República se produjo una coacción política incontrolada «de carácter inorgánico porque no se debía a ningún proyecto revolucionario, sino que, precisamente, se originaba por el carácter de tal proyecto»[22].

Además del descontrol, las nuevas fuerzas vivas buscaban una relación entre la asonada, los partidos de derecha y la Iglesia, una conexión que ya habían establecido algunos sectores de la izquierda política en algunas de sus publicaciones antes de la guerra. Era una impresión impulsada a lo largo de 1935 por la presión mediática y política de los sectores católicos de la derecha española, que estaban representados por la CEDA, cuyo órgano periodístico oficioso, *Cruzada Católica,* inició una movilización entre los sectores católicos que fue la base del discurso y la estrategia que posteriormente se implantaría en la guerra[23]. Como ha señalado González Calleja, «conviene recordar que la derecha católica hegemónica nunca llegó a aceptar de forma plena el régimen republicano, como

tampoco transigió de buen grado con los componentes básicos de la cultura política liberal-democrática»[24]. Asimismo, sufrió una progresiva simbiosis con el fascismo transnacional en auge en aquel contexto. Por ese motivo, al calor de un partido católico como la CEDA, se crearon las Juventudes de Acción Popular, con cierta acción social en las calles[25].

Dentro de la derecha anticomunista se fueron asimilando el discurso, las ideas y los ritos políticos del fascismo. No puede extenderse esta apreciación al clero sin matizar, pues hubo muchos sectores que se opusieron frontalmente. Sin embargo, para el fascismo español, el uso del catolicismo suponía un refuerzo para conseguir apoyos sociales. La jerarquía episcopal y la derecha conservadora estaban en contra del comunismo. Se puede observar en la revista La Lectura Dominical, publicación semanal del Apostolado de la Prensa, fundada por el jesuita Francisco de Paula Garzón y Álvaro López Núñez, en la que colaboraban personajes procedentes del carlismo y del integrismo católico. En su crónica del 15 de junio de 1935, criticaba ciertas medidas económicas, afirmando lo siguiente:

> El liberalismo ha muerto. Sus fórmulas de convivencia están contradichas por los hechos sangrantes que ha sufrido España. De una dictadura de orden y gobierno pasamos a otra de crueldad, de desorden y desgobierno […]. Todas las tentativas fracasan y no es posible vivir en régimen de libertad y democracia ni aun multiplicando extraordinariamente las fuerzas del Estado.
>
> Este ha de permanecer en pie de guerra frente al marxismo, porque, como ha dicho Calvo Sotelo, o España aplasta al marxismo o el marxismo aplasta a España[26].

Asimismo, el profesor Emilio Grandío afirma que, desde finales de 1935, los sectores conservadores plantearon realizar un golpe interno que tenía como finalidad asegurarse el poder institucional. A principios de noviembre se descartó esta opción y se optó por la vía electoral, con Gil Robles como principal referente, como medio para hacerse con el poder. Para este objetivo se desplegó en las elecciones de febrero de 1936 un importante aparato propagandístico «de carácter maximalista que empujaría a la sociedad conservadora a la mayor movilización posible. La generación de un discurso de alarma social ayudaría en el supuesto de derrota a llevar adelante la opción violenta»[27].

Fray Cándido decidió salir del recinto de San Francisco el Grande,

donde residía, para palpar y conocer de primera mano cuál era el estado de la capital ante las inciertas noticias. Recorrió los veinte minutos de distancia entre San Francisco el Grande y el cuartel de la Montaña, pasando entonces por el Palacio Real, pues eran los lugares en los que había más movimiento. El cuartel de la Montaña, construido en el siglo XIX, se encontraba en la montaña de Príncipe Pío, en el actual parque del Oeste.

Posteriormente volvió a la basílica, por lo que pudo también observar lo que ocurría en la congregación de San Isidro, para pasar posteriormente por la iglesia parroquial, del siglo XVIII, de San Andrés Apóstol, en el barrio de Palacio de Madrid, donde fue testigo de la rudeza anticlerical por parte de elementos civiles. Lo que presenció contra el templo católico, que se encontraba a escasos cinco minutos andando de donde él residía, le generó una preocupación tal por lo que les pudiera ocurrir tanto a él como a sus hermanos franciscanos que lo indujo a avisarlos para organizarse. Asimismo, se intuía la incertidumbre y el desconcierto de una parte de la población ante lo que estaba sucediendo y quedaba por llegar.

Precisamente en el cuartel de la Montaña fue donde se originó la sublevación en Madrid de la mano del general Fanjul al mando del Regimiento de Infantería Covadonga n.º 4. Fue controlada por las fuerzas republicanas y las milicias que defendieron la legalidad imperante. Se produjeron cientos de muertos en aquellos enfrentamientos armados, que terminaron tanto con el general Fanjul como con otros golpistas arrestados y fusilados entre agosto y septiembre. Durante el periodo en el que se dieron los enfrentamientos armados en la capital y en las semanas posteriores, hubo un tiempo de incertidumbre que fue aprovechado para que elementos descontrolados comenzasen una fuerte persecución religiosa[28].

> También intentaron incendiar San Francisco, pero desistieron ante los razonamientos de nuestro portero seglar y algún empleado más, alegando que ellos eran funcionarios residentes aquí con sus familias y que el edificio era propiedad del Ministerio del Estado –sección de la Obra Pía–. Posteriormente colocaron en la fachada un cartel indicativo de que el edificio era propiedad de dicho organismo estatal.
>
> Tal vez este cartel, juntamente con la actuación de algunos de nuestros vecinos aduciendo que los frailes estaban bajo la tutela de la Dirección Gral. de Seguridad, hayan evitado que nos

introdujeran, en doble intento, en una de tantas camionetas y camiones que pululaban por la ciudad en busca de víctimas inocentes, lo cual los obsesionaba locamente. Nuestro destino era la Casa de Campo, donde pensaban darnos el «paseo» [fusilamiento].

Según el fraile, tras un espacio de tiempo sin determinar, intentaron incendiar la basílica, así como el convento en el que residía la comunidad franciscana. Como se comentó anteriormente, a pesar de ser devuelta a la Orden de los Frailes Menores (OFM), seguía siendo propiedad del Estado a través de Obra Pía de los Santos Lugares de Jerusalén, institución que sirvió de puente religioso y diplomático entre España y Tierra Santa. Según nuestro protagonista, este fue el motivo por el que pudieron salvar la vida, en un primer momento, todos los franciscanos que residían allí.

El recinto se convirtió en almacén de obras de arte del Comité en Defensa del Patrimonio Español durante la guerra, e incluso se rehabilitaron partes destruidas durante los inciertos meses que siguieron al golpe[29]. La violencia anticlerical desatada con la noticia de la insurrección no afectó a la basílica a causa de este motivo, pero no impidió que los frailes que allí residían se tuvieran que esconder para evitar represalias.

Previo aviso, sobre las 19:00 del día 22, vinieron unos seis milicianos armados a registrar el convento. Estábamos escuchando la radio en la rectoral –planta baja– y aquí comenzaron la operación. Encontraron sobre la mesa rectoral una carta de Gil Robles –diputado y presidente del partido político CEDA– dirigida al P. Juan Rodríguez de Legísima, referente a una recomendación y, sin leerla detenidamente, dijeron que era de carácter político. El P. Legísima estaba ausente, pues había salido días antes de la sublevación a girar la visita canóniga a los conventos franciscanos de Portugal. Con desenfado dejaron la carta en el mismo sitio, añadiendo que el registro del convento era incumbencia de la Policía gubernativa. Entonces, ¿a qué vinieron ahora? Pienso que obraron a requerimiento o por inducción de alguien residente aquí muy interesado en incordiar a los frailes cuanto antes. Por fin, se ausenta el jefe y quedan 4 milicianos, con fusil, guardando la habitación y a los que estábamos allí: PP. Juan Bta. Gomis, Florencio Pérez de Nanclares, Cándido Rial y los hermanos Juan García y Manuel Torres. Los PP. José Álvarez, Alfonso Pont y Carmelo Soto se encontraban arriba –piso 2.º–. El sacristán, Fr. Gonzalo Costa, estaba en la sacristía. Los 4 milicianos guardaron silencio ante nosotros. Al poco rato los llama el jefe, despidiéndose todos atentamente. Y quedamos solos hasta que, al filo de las once de la noche, nos sorprende la visita de varios milicianos con dos guardias de Seguridad, todos con fusil, más dos policías secretos y el hijo del organista Sagastizábal, pistola en mano, el cual vivía aquí con sus padres. Unos guardias con un miliciano quedaron en la portería de la calle para custodiar la casa. La misión de estos individuos era hacer un nuevo registro más minucioso, que comenzó por la iglesia y sus pasillos. En el despacho –sacristía– y habitación de Fr. Gonzalo hicieron un registro más

meticuloso. Le encontraron una fotografía de Mussolini, un antiguo carnet del Somatén y no sé qué libro «sospechoso»[30]. Lo encerraron en la celda, pero al poco tiempo reclamaron su presencia para que les abriese los cajones del bufete o buró de la sacristía, a fin de hacer el registro del mismo. Por lo visto, estaba bastante extenuado y deprimido.

Por ese motivo, los asaltantes buscaron relaciones entre Gil Robles y la comunidad franciscana. En este caso, encontraron una carta entre Gil Robles y fray Rodríguez de Legísima. En la prensa de la época, fray Juan Rodríguez de Legísima figura como prior de San Francisco el Grande. Era un religioso perteneciente a la Provincia Franciscana de Santiago que se encontraba viviendo en Madrid en 1936, llamado por el vicario general de la orden franciscana en España, fray Andrés Ocerín, para organizar el Congreso Nacional de Terciarios. Terminó instalándose en la capital por el poder e influencia que dentro de la orden fue adquiriendo. Tras la guerra, tuvo relación con los políticos de la dictadura, como Serrano Suñer o el propio Francisco Franco, y fue quien se encargó de elaborar el informe sobre lo sucedido en la Real Basílica de San Francisco el Grande en la Causa General[31]. Era una persona con mucha influencia social y política dentro de la derecha de aquel momento, así como miembro de la Real Academia Gallega y de la Real Academia de la Historia.

La carta dio la voz de alerta a los milicianos que irrumpieron en San Francisco el Grande. Querían saber cuál podía ser la relación entre la comunidad franciscana y el político de derecha. Al encontrar esa carta, es posible que buscasen la clave que pudiera llevarlos hasta el político. Además, uno de los frailes, Gonzalo, tenía en su poder una fotografía de Benito Mussolini. El carnet del Somatén implicaba que ya había tenido una relación más estrecha con grupos cercanos al nacionalismo organicista excluyente que defendía el tradicionalismo y que estaba en liza durante la dictadura de Primo de Rivera.

Aunque el Somatén en un principio solo tenía presencia en Cataluña, con la dictadura de 1921 se había extendido a toda España. Fue una organización de carácter paramilitar que quiso emular a los «camisas negras» de la Italia fascista. Fue legalmente establecida por la Real Orden del Ministerio de la Guerra del 13 de junio de 1924 sobre el Reglamento Orgánico para el Cuerpo de Somatenes Armados de España, y poseía cierta autoridad de acción[32]. El fraile en cuestión tenía un pensamiento más cercano al fascismo que el que podían tener otros miembros de la

Iglesia y de su propia orden. Esto ocasionó que estuviesen supervisados, en grupos, cada uno en un piso, a la espera de recibir más información y órdenes.

> Cundió la preocupación entre los miembros de la comunidad al comprobar que los registros duraron hasta las cuatro de la mañana, cuando pudieron acostarse. Al levantarse, decidieron que la mejor decisión era abandonar el convento para evitar las represalias de las que pudieron, quizá, salir airosos el día anterior. Concretaron quiénes de la comunidad se iban a quedar para guardar la basílica: «Fr. Juan y el P. Gomis». El resto se iban a ir cada uno a un destino, en función de las posibilidades que tuviesen o de si tenían familia.
>
> El P. Pont iba a casa de un militar; el P. Álvarez, a la del hermano de un fraile; Florencio, a una fonda; Carmelo, al hospital de la VOT [Venerable Orden Tercera]; Rial, con la familia Rodríguez del Palacio, y los demás, sin sitio fijo.

Eran las nueve de la mañana, antes de que se dispusieran a marcharse a los lugares referidos, cuando detuvieron a fray Gonzalo. Lo trasladaron a la comisaría de Policía del barrio de La Latina, que era la que se encontraba más cerca de San Francisco el Grande. Al resto de la comunidad, antes de que se dispusieran a marchar, les comunicaron que quedaban detenidos en el convento. Tenían restringido el paso a cualquiera que se acercase y no podían salir. Cubrían sus necesidades con lo que pudieran ayudarlos los funcionarios que trabajaban en la obra pía a la que pertenecía la basílica. A fray Cándido lo decepcionó el trato dispensado por los seglares que trabajaban y residían en la casa en un momento en el que necesitaban su auxilio. Hubo una excepción, Primitivo[33], que fue quien veló por ellos y les proporcionó comida.

> Me place destacar aquí las atenciones que nos dispensó este buen señor [Primitivo] en contraste con los demás residentes en esta casa, tanto eclesiásticos –había en esos momentos 3 o 4 con sus familias– como seglares, lo mismo dirigentes que subalternos, que mostraron, una vez más, su hostilidad al despreocuparse de nosotros en unos momentos difíciles, pues nos estábamos sosteniendo apretadamente con las pocas reservas de víveres que había en casa, e incluso últimamente ya no disponíamos de pan.

Debía de tratarse de un individuo bien posicionado y con cierta sensibilidad hacia la derecha política, pues, según las memorias del religioso gallego, mantuvo escondido al diputado José María Albiñana, que, antes de ser apresado y asesinado, sufrió «[…] un registro en su vivienda; tuvo tiempo de acomodarlo en cama y lo hizo pasar por un familiar enfermo. Por esta vez se libró, pero más tarde cayó en manos de

milicianos y lo fusilaron». Albiñana fundó el Partido Nacionalista Español (PNE) en 1930, cuyos postulados oscilaban entre el tradicionalismo y el fascismo. Había sido detenido y había estado en la cárcel en 1932, aspecto del que dejó constancia en sus memorias *Preso de la República.* El PNE contaba con una organización paramilitar, los Legionarios de España. En términos numéricos, apenas tuvieron relevancia social, a pesar de que había sido elegido diputado a Cortes en las distintas elecciones celebradas en la Segunda República. Su partido no tuvo mayor recorrido y él se integró en el Bloque Nacional de Calvo Sotelo, aunque el grueso de sus miembros y seguidores se refugiaron en el movimiento carlista. Fue asesinado en la cárcel Modelo de Madrid el 22 de agosto de 1936[34].

Los religiosos citados estuvieron recluidos hasta el 29 de julio a las cinco de la tarde, hora en la que volvieron los milicianos. Decidieron esconderse en la iglesia, intentando escapar por miedo, pero pronto se encontraron con individuos armados, lo que hizo que cada uno intentase huir de la forma que pudo. Fray Cándido decidió lo siguiente:

> Mientras tanto, yo, según el plan trazado, me dirigí hacia la capilla de Goya, abrí la puerta de acceso a la escalera del coro, esperé un poco por si algún compañero quisiera seguirme y la cerré. Lo mismo hice con la puerta que está a la entrada del coro que da paso a la torre por una escalera de caracol. Pasado su primer tramo, se encuentra la reja de acceso a la cubierta de la iglesia bordeando las cúpulas de las capillas. La abrí, pasé y dejé cerrada. Entretanto, el P. Gomis, instado por los asaltantes, me gritaba para que volviera atrás y desistiese así del plan de fuga. Sus gritos se perdieron en el aire.
>
> Alcanzada la cubierta venía la arriesgada operación de saltar a la ventana del pabellón del antiguo cuartel que formaba ángulo recto con el convento. Pese a la dificultad, la aventura salió bien. La ventana estaba a nivel de la cubierta de plomo del convento, pero abierta naturalmente a cierta distancia del vértice o rincón del edificio, el cual originariamente era parte del convento, más tarde convertido en cuartel y ahora en fase de demolición para abrir una calle. Ya dentro del semiderruido cuartel, descendí unos pisos y observé cómo dos individuos desde la cubierta de S. Francisco miraban en todas direcciones.

El objetivo de fray Cándido era abandonar San Francisco el Grande, salir de Madrid y llegar a Ávila, donde se encontraban las tropas insurgentes. El golpe de Estado, después de unos inciertos días, había triunfado en Galicia, parte de Asturias, Navarra y León. En el momento en el que se iniciaron los enfrentamientos armados de carácter bélico, la frontera que dividía ambos territorios se encontraba, entre otros sitios, en Madrid, la capital, centro neurálgico del país y principal objetivo de los

golpistas. Ávila quedaba en la frontera con Madrid, por lo que era un destino apropiado para poder, posteriormente, ir hasta su Galicia natal.

Como en todos los lugares, se pueden encontrar ejemplos de gente que escondió o ayudó a personas perseguidas. A pesar de que pudiese haber crecido la politización de la sociedad, las redes de solidaridad, que suelen ser paralelas a los aspectos ideológicos, hicieron que en todo el territorio hubiese casos así. El protagonista afirmaba que tenía la posibilidad de que lo socorrieran, pero que rehusó hacer uso de ello para evitarles problemas, por eso criticó a quienes sí lo hicieron, así como se quejó amargamente de aquellos que en esa situación miraron hacia otro lado: «No quise comprometerlos –otros no fueron tan escrupulosos y ocuparon mi sitio–, máxime recordando la negativa recibida anticipadamente de sus "amigos" a un compañero nuestro».

Estuvo huido y escondido durante bastantes días, en diferentes lugares del cuartel, del convento y sus aledaños. Con el tiempo, parece que se arrepintió de su decisión de escapar, más aún cuando sus hermanos de la orden intentaron evitarlo, porque, con fecha de 30 de julio de 1936, el Ministerio de Estado informó al director general de Seguridad de que sacase a los religiosos que se encontraban en San Francisco el Grande, pudiendo elegir cada uno el lugar en el que iba a residir. Por el contrario, los seglares que se encontraban allí continuaron viviendo en sus instalaciones como había ocurrido antes del golpe de Estado.

En las memorias no aparece reflejado, ya que Cándido tomó un camino distinto al de sus hermanos de la OFM. Según el informe que entregó el franciscano fray Juan Rodríguez de Legísima para la Causa General en 1942, fueron asesinados Florencio Nanclares, Tomás Pérez, Juan Sánchez Seco, Carmelo Soto y el hermano lego, Manuel Torres. No aparece nada referido al fraile Gonzalo, que fue llevado a la comisaría de Policía del barrio de La Latina. Afirma que fray Florencio Nanclares fue ejecutado en Paracuellos del Jarama y que a fray Carmelo Soto lo sacaron de una casa particular para asesinarlo en la pradera de San Isidro, ambos en julio de 1936[35].

Mientras tanto, fray Cándido continuó su peripecia. Huido, buscaba no cruzarse con ningún miliciano de los que circulaban por la ciudad. De San Francisco el Grande pasó por la pradera de San Isidro, atravesando el río Manzanares. Sin embargo, al subir la cuesta que conduce a la ermita de

San Isidro, ya quemada, según él, un joven de unos 17 años lo detuvo y le pidió la documentación, que no portaba. Le contestó que la había perdido y afirmó ser un obrero de la construcción, algo que el joven no creyó.

> El espectáculo había atraído a varias personas y en medio de ellas me conducían a un cuartel de milicias. Un individuo iba apuntándome por atrás con el fusil. Como los curiosos iban en aumento, engrosando el cortejo de modo alarmante, un anciano de la comitiva ordenó al miliciano retirar el fusil y dispersarse la gente. En el trayecto me insultaban diciendo otra vez: «Parece que debes saber bien los "latines"; te vamos hacer como a "esos"», señalando a los cadáveres de los que habían fusilado de noche. Las mujeres a mi paso gritaban: «Cortarle la cabeza a ese curita, matarlo ya» y otras lindeces por el estilo. Entretanto, mis aprehensores discutían sobre el cuartel de milicias a donde llevarme: al de la C/ Radio, de Carabanchel, al de los anarquistas, que era el más próximo, o al de los comunistas. Se decidieron por este último, siguiendo el criterio del anciano que nos acompañaba y que tan buenos sentimientos demostró en todo momento. Los anarquistas tenían fama de muy radicales o extremistas, y los comunistas, de benignos y más humanos. Estos lo demostraron conmigo y con otros. El cuartel estaba situado en el grupo escolar Concepción Arenal, calle de Antonio López, n.º 1, junto al puente de Toledo y a la pradera de San Isidro, lugar de fusilamiento de la zona. Al llegar al cuartel-colegio me presentan al comité, cuyos miembros estaban recostados sobre unas mesas. El principal de ellos se apellidaba Maroto, y era muy atento y educado. Me registran, y uno de ellos, al ver el cinto republicano con que me ceñía, exclamó: «Hasta lleva cinto republicano para despistar». Me quitaron el dinero, unas 150 pesetas, y un viejo reloj de bolsillo –de plata– que había usado mi padre. Era lo único que llevaba encima. De momento solo me preguntaron por el oficio que tenía. Como contestase que era obrero de la construcción, esto debió extrañarles un poco, pues dijeron: «¡Está bueno… ya veremos!».

Una vez allí, lo enviaron con los detenidos, que eran otros religiosos, hermanos de las Escuelas Cristianas del Instituto de La Salle, residentes en Griñón. Según la Causa General, hubo cierto ensañamiento con ellos, y resultaron asesinados un total de 40 lasalianos. Una decena lo fueron en el mismo convento porque, según el informe de marzo de 1941 del superior del convento, «eran enfermos y ancianos», mientras que el resto fueron arrestados y llevados a diferentes cárceles del centro, como la del cuartel contiguo a San Isidro, entre otros lugares. Los que murieron fueron fusilados en «sacas» de las cárceles en lugares como Las Ventas, San Antón, cárcel Modelo, Porlier, Duque Sexto, Alicante, Albaterra y Orihuela. Se culpó a milicias de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) de estos desmanes, pero hay proceder con cautela con la Causa General en este tipo de datos, pues servía para justificar la represión franquista de posguerra[36].

Todos los prisioneros pasaban por un interrogatorio para obtener información y decidir su destino. Fray Cándido no se libró de él y, pasado un tiempo retenido, lo llevaron frente a un miliciano llamado Maroto. El interrogatorio, según el manuscrito del franciscano, habría sido el siguiente:

—¿Tú qué eres?

—Soy sacerdote desde hace tres años.

—¿Dónde vives?

—En el convento de S. Francisco el Grande, calle San Buenaventura, al lado del seminario de las Vistillas.

—¿Salías muchas veces a la calle?

—No, señor.

—No digas señor, pues todos somos iguales –replicaron–. ¿Dónde te cogieron?

—En la pradera de San Isidro.

—¿Y a dónde ibas?

—Me ausentaba de la ciudad.

—¿Y por qué marchabas?

—Porque persiguen a los frailes y curas. Ofuscado por el miedo y el instinto de conservación, iba en busca de un imaginario lugar de refugio. Pero sin suerte en este empeño.

—¿Quién te dijo que os perseguimos?

—Es lo que se dice por ahí.

—Pues eso es una mentira; solo se persigue a los políticos –replicaron ellos–. ¿No te metiste en política?

—No, yo no soy más que sacerdote.

—¿Eres fascista?

—De ninguna manera.

—Entonces, ¿eres antifascista?

Esto me puso en un aprieto y, contestando de soslayo, repetí:

—Yo no soy más que sacerdote y jamás me metí en política.

—¿De dónde eres?

—Soy de Galicia.

—¿Eres de familia pobre o rica?

—Soy de familia pobre. Perdí el padre cuando tenía dos años y ahora solo me queda la madre.

Ya no me preguntaron más y se fueron.

Permaneció unos días encerrado junto con los otros cuatro religiosos de las Escuelas Cristianas. Fueron días de incertidumbre y miedo en los que recuerda cómo las emociones estaban a flor de piel, hasta el punto de que, en la celda, en alguna ocasión, se le escapaban las lágrimas, y más cuando

escuchaban frases de los milicianos como: «A este le vamos a cortar la cabeza». En la madrugada del 2 de agosto fueron fusilados en San Isidro los cuatro religiosos que acompañaban a fray Cándido. A pesar de sus oraciones y de la pequeña esperanza que nunca se esfuma, incluso en los peores momentos, estaba convencido de que iba a sucederle lo mismo, ya que había visto lo que les ocurrió a otros religiosos.

> Vapuleado por perplejidades sobre mi suerte definitiva, musitando oraciones entremezcladas con cabezadas y los nervios en creciente tensión. Esta penosa e interminable situación me impulsó a preguntarle al sargento –un militar uniformado– responsable en esta materia: «¿Qué van a hacer conmigo?». En vez de unas palabras alentadoras, me respondió con altivez: «Te han dicho que te sentaras, pues estate ahí». Esta respuesta destemplada y ambigua, que nada aclaraba, agravó mi estado de ánimo, aumentó la depresión y la creencia de un desenlace fatal.

En la mañana del 2 de agosto de 1936, lo invitaron a desayunar y le comunicaron la noticia de que el resultado del juicio a los cinco presos había sido el del fusilamiento de los cuatro lasalianos y el indulto de su persona. No obstante, a pesar de salvar la vida, no se libró de un castigo físico, que recibió ese mismo día. Al parecer, dos individuos, a los que fray Cándido no conocía, habían abogado a su favor. No sabía los motivos de la ayuda, pero les estaba verdaderamente agradecido. Sin embargo, ciertas experiencias traumáticas con el tiempo se codifican en forma de culpa, y por ello el franciscano afirmó que: «Cuando escribo esto siento no haber tenido el mismo final que mis cuatro compañeros de prisión».

Se desconoce por qué indultaron al fraile franciscano. Ni siquiera él mismo se explicaba los motivos de tal decisión. Se puede interpretar que la violencia desatada tras el golpe no fue homogénea por parte de ninguno de los dos poderes que se hicieron con el control en ambos lados de la trinchera. No todos los religiosos fueron asesinados, pero sí un gran número de ellos, como se ha visto en este capítulo. Los motivos pudieron cambiar según el caso y la persona responsable de su ulterior destino. Con fray Cándido llama la atención que los milicianos que lo mantenían preso se alegraran por la noticia y que se preocupasen por su futuro:

> Al hacerse público mi indulto, me rodearon los milicianos para felicitarme. Alguno añadió: «¡Qué nervioso estabas y cómo rezabas esta noche!». Maroto, máximo responsable, y otros querían darme completa libertad con un salvoconducto para poder circular tranquilamente. Entonces intervinieron algunos milicianos, sobre todo, las mujeres, diciendo que no debía

> marcharme, pues correría el riesgo de caer en manos de fanáticos, que sin duda no me tratarían tan bien como aquí y me matarían; añadiendo que en su día me darían salvoconducto, incluso dinero, para Galicia. Ante la insistencia de que me quedase con ellos, acepté su propuesta aun cuando equivocadamente deseaba lo contrario.

A partir de ese momento, la vida de fray Cándido cambió por completo. De estar perseguido, pasó a formar parte de una milicia en defensa de la Segunda República: «Me equiparon con unas alpargatas, un mono viejo y un fusil, que nunca llegué a utilizar». En este periplo, antes de ser enviado al frente con sus captores, ya compañeros de armas, pudo incluso participar de la represión religiosa que antes había padecido. En la guerra reinan las contradicciones, y esto no implica que hubiera cambiado su visión sobre la realidad. Sentía una fuerte repulsa ante lo que estaba presenciando, pero en su cabeza solo cabía la posibilidad de huir hacia el campo insurgente, a pesar del buen trato que le dispensaban los milicianos.

Incluso con lo que vio en su estancia, no hizo nada por evitar la muerte de otros religiosos. Con el tiempo, intentó acallar lo que le susurraba su conciencia de que a ellos los «impulsaban motivos políticos y no religiosos» en sus actuaciones, sin saber la veracidad de aquella información. Aunque mantuvo en su fuero interno que aquella afirmación no era cierta, de algún modo estaba dando la espalda a sus creencias: «Yo no pude comprobar la veracidad de estas afirmaciones, pero hechos posteriores demostraron que a estos milicianos del cuartel llamado «de La Pasionaria» los impulsaban motivos políticos y no religiosos en sus actuaciones».

¿Por qué a él le habían salvado la vida? ¿Por qué a sus antiguos compañeros de celda no? En teoría, porque se habían dedicado «a la propaganda derechista» y se habían fugado de la prisión previamente. En una ocasión cayó en sus manos un cura de mediana edad que habían detenido en un pueblo de Guadalajara. Para salvar su vida, se hacía pasar por torero, aunque el pretendido engaño no funcionó. A fray Cándido le daba la sensación de que ya conocían la identidad del supuesto torero, a quien pusieron al corriente de que, si confesaba que era sacerdote, no le ocurriría nada, como así fue. Por otro lado, un joven cura de una localidad cercana a Toledo estaba alistado en sus milicias comunistas asentadas en el cuartel de La Pasionaria, del grupo escolar ubicado en la

calle de Antonio López, n.º 1. Lo conocían como «el Cura». Se quedó al frente del mando de las tropas y permaneció allí hasta el final de la guerra. Al terminar, volvió a su parroquia.

También presenció cómo, a mediados de octubre de 1936, apresaron a un sacerdote anciano junto con un primo que era veterinario. Reconoce que sus, en aquel momento, compañeros de milicia «se portaron bastante mal con ellos», pero salva a la mayoría, afirmando que eran «los más sinvergüenzas de la compañía» quienes se dedicaban a cometer tropelías. «Les reñían, les abofeteaban e insultaban», algo que también tuvo que padecer en alguna ocasión en su propia persona, a pesar de contar con el apoyo de la mayoría de la escuadra. Estuvieron presos algunos días y les dieron libertad. Lo mismo le sucedió a un arquitecto católico que se declaraba apolítico y que recuerda que se apellidaba Oteiza.

Sin embargo, vivió cómo fusilaron a un individuo que militaba en sus filas y que fue acusado de «fascista y espía», seguramente perteneciente a la Quinta Columna:

> A cuya ejecución fui invitado y no asistí. Después fui a ver el cadáver, junto a las tapias del Matadero, y a rezar. Su aspecto me horrorizó terriblemente.
>
> También fui invitado a la ejecución de un general, así me informaron, a la que acudían de otros cuarteles. Tampoco asistí a esta convocatoria. Nada me dijeron por la ausencia en estos dos macabros sucesos.

Estos sucesos debieron de marcar psicológicamente la vida de fray Cándido, porque estaba presenciando, delante de sus ojos y sin poder hacer nada, cómo asesinaban a otros religiosos. Sustancialmente doloroso debió de ser el encontronazo con un tal Ángel Cerrada, apodado «el Barbero», que profirió la siguiente frase contra fray Cándido en el momento en el que fue indultado: «No hay que fiarse de este. No merece confianza. Si llegan a entrar los fascistas en Madrid, ya sé que te pasarás a ellos; pero si en ese momento estoy a tu lado, te cortaré la cabeza».

Al principio estuvo en la retaguardia, en la que vivió las acciones anteriormente mencionadas. Su intención era desertar; sin embargo, comprendió que era necesario estar en el frente para poder tener éxito en una aventura de esas características. Por eso, cada vez fue más asiduo a la instrucción militar que proporcionaban las milicias en el Madrid de la Segunda República en guerra. Del mismo modo, eran constantes las

guardias para vigilar el cuartel, el parque de automóviles o alguna otra localización. Este tipo de tareas las compartía con mujeres[37]. Esto lo sorprendía, comprensible al tratarse de una persona con una educación conservadora. No obstante, decía haber mantenido una correcta relación con ellas.

Curiosamente, en medio de aquel Madrid, le regalaban estampas y medallas religiosas. Por lo demás, la presencia del franciscano no fue motivo de mayores alteraciones que las citadas o alguna que otra broma cuando iba a hacer guardia por el día, con frases como «ahí va el curita». Pero el trato que le dispensaron fue, en líneas generales, bueno, según sus palabras, aunque detestaba las diversas blasfemias y burlas al mundo religioso que tenían lugar entre los milicianos en momentos de distensión. Cobraba una nómina de «diez pesetas diarias»[38], que afirmaba que «no gastaba, pues tenía todas las necesidades cubiertas».

Cuando las tropas de sublevados se acercaron a Madrid a principios de noviembre para acometer una gran ofensiva, le encomendaron la fortificación de la zona, abriendo trincheras «a orillas del Manzanares, barrenando puentes para la dinamita y levantando parapetos en calles y carreteras». El asalto sobre Madrid terminó con el año 1936. A partir de ese momento, comenzó una contienda de pequeñas batallas para ir aumentando el territorio conquistado[39]. Recuerda que, en la mañana del 6 de noviembre de 1936,

> […] estando con otro camarada y cuatro mineros en el puente de Praga, sobre el río Manzanares, guardando las minas allí colocadas, al filo de las once contemplamos asombrados cómo cruzaban el puente buen número de hombres y mujeres en tropel, llorando y diciendo que habían visto a los moros, con tanques y cañones, avanzando hacia el centro de la ciudad. Si no fue una alucinación colectiva, sin duda esta gente debió de recorrer varios kilómetros huyendo, pues nosotros no habíamos detectado la proximidad de tropas ni nada anormal.

Describe de una forma precisa el miedo generalizado inserto en la sociedad. Las noticias de que el infierno de la guerra estaba a las puertas de Madrid hacía, si es verdad que no pudieron ver ninguna tropa sublevada, que el solo rumor fuese acicate para que cundiese el pánico.

Destaca el uso de la palabra «camarada», empleada entre los miembros del movimiento obrero. Se entiende que la cotidianeidad de su experiencia con el bando republicano hizo que, sin quererlo, emplease

parte de ese lenguaje. También que surgiera en él un sentimiento de pertenencia a ese grupo que lo estaba tratando como a uno más, aunque en su fuero interno siguiese manteniendo su pensamiento político, la defensa de la religión y su crítica a la persecución religiosa iniciada después del golpe. No es algo contradictorio: los seres humanos nos relacionamos con individuos que piensan diferente, y esto no es más que la prueba de que en la guerra no existen solo dos pensamientos únicos creados por los poderes fácticos de ambos bandos.

DE FRAILE MILICIANO A DESERTOR

Tras cinco meses en la retaguardia como un miliciano más, el 14 de diciembre de 1936 le comunicaron que lo destinaban a un sector en el frente. Fray Cándido se alegró, porque sabía que así tendría más posibilidades de cambiar de bando que en la situación en la que se encontraba. Esta actitud de ir al frente para intentar desertar fue bastante común en los dos bandos. Caer prisionero era una de las formas comunes, igual que aprovechar por la noche el descuido de un guardia[40].

Salieron temprano, a las nueve de la mañana del día siguiente, formando una compañía con dirección al barrio madrileño de Las Carolinas. Allí quedaron alojados en una casa abandonada; al día siguiente, en una vaquería, también abandonada, y el 17, a las ocho de la mañana, se dirigieron a las trincheras de Villaverde Alto para reforzar la defensa de Madrid.

Tenían encomendada la misión de impedir el paso a los tanques insurgentes, para lo que contaban con bombas de mano, que afirma que no sabían «manejar correctamente» porque estaban «sin el adiestramiento preciso. Verdaderamente éramos carne de cañón. Y menos mal que no se presentó la ocasión de evidenciar nuestra incompetencia». En esa posición estuvieron dos días y, el 19 del mismo mes, la dejaron para trasladarse a una loma donde había unas avanzadillas.

Estando en el frente fue cuando comenzó a planear cómo evadirse. Primero, comprobó cómo era el terreno durante las guardias que le encomendaron, observando dónde se encontraban las líneas amigas y enemigas. Lo hizo en la temprana fecha del 23 de diciembre de 1936,

cuando apenas llevaba semanas en vanguardia. Hay que tener en cuenta algo muy importante: la oportunidad. A muchos soldados durante la Guerra Civil se les pasó por la cabeza cambiar de lado, e incluso, los que podían permitírselo, llegado el momento, huir del país, pero la oportunidad era clave, así como otros factores.

Se vivía en un contexto de extrema violencia y vigilancia. Cualquier compañero de trinchera podía delatarlo para ganar la confianza de los oficiales, y desconocía el terreno, por no hablar de que tampoco sabía lo que se podría encontrar si lograba el objetivo. Asimismo, los soldados tenían que estar en primera línea de combate para poder desertar, y allí solo estaban los que tenían la confianza de los mandos por sus habilidades militares. Para finalizar, es importante la determinación. A fray Cándido, en los días anteriores, le «faltó atrevimiento y decisión». Como sabía el protocolo que se seguía en una guardia nocturna, se decidió en la madrugada, sobre las dos y media, tras ausentarse el cabo en su ruta. Cruzó entonces la trinchera.

Cuando llevaba un tiempo andando sin saber dónde se encontraba, empezó a decir: «Soldados, soy uno que se pasa a vuestras filas; no disparéis, soy sacerdote». Prosiguió el camino hasta que le dieron el alto y, volviendo a repetir la frase, le respondieron que no continuara andando y le preguntaron cuántos eran, a lo que dijo que solo uno. Los guardias añadieron: «Pues levante los brazos y venga hacia las trincheras». Como era costumbre en estos casos, se lo entregaron al capitán, que le hizo pasar el cuestionario de rigor: quién era, de dónde venía y cómo estaban equipados los miembros de la unidad de la que se había evadido, así como otras preguntas para saber la fiabilidad que le podían otorgar. Posteriormente, ante el comandante tuvo que repetir lo que había dicho horas antes.

El mismo procedimiento se produjo una vez fue trasladado al cuartel del requeté de Getafe de la columna del general Varela, que comandaba el coronel Ricardo Rada y Peral, militar africanista, antiguo miembro de la Unión Militar Española, quien había participado en la conspiración y había preparado y organizado las milicias carlistas[41]. Fue un comandante quien le tomó la filiación y preguntó algunas cosas de Madrid.

Los miembros del SIM se encargaron de Cándido tras su deserción.

Seguramente siguiesen el modelo estandarizado, que se dividía en los siguientes apartados: datos personales del evadido; sus vivencias desde el golpe de Estado hasta que se escapó del bando republicano, destacando cómo se desarrolló este, con el objetivo de saber cuáles eran los puntos débiles del enemigo y facilitar la llegada de más combatientes republicanos que se quisiesen pasar; el armamento del Ejército republicano, su estrategia y sectores que controlaban; y, finalmente, el estado moral del enemigo[42].

Estuvo unos días, hasta el 25 de diciembre de 1936, recluido en un pesebre. No era lo que esperaba al pasarse. En la mañana de ese día de Navidad acudió a visitarlo Leopoldo Sandoval, jefe de investigación de Falange. De estar recluido, pasó a celebrar misa para la tropa en la iglesia de Navalcarnero el 27. Sin embargo, al llevarlo a retaguardia, en Talavera de la Reina, volvió a estar vigilado y aislado. Le abrieron juicio sumarísimo para dictaminar, a la luz de la información obtenida y de sus declaraciones, cuál iba a ser su futuro.

Finalmente, el 2 de enero de 1937, el juez instructor, teniente Alejandro Nieto, decretó su libertad. Lo enviaron al convento franciscano de Ribadavia. Siguió ligado a la locura de la guerra al ser nombrado capellán de la prisión provincial de Ourense, repuesto el servicio tras haberse eliminado con la Segunda República.

Cabe decir que los capellanes estuvieron en las prisiones desde el principio, básicamente para atender a los condenados a muerte, pero tardó en establecerse una normativa al respecto. Concretamente, en la prisión de Ourense, a principios de diciembre de 1936, la Inspección Delegada de Prisiones respondió a la solicitud presentada por el anterior capellán, en situación de excedencia forzosa, alegando que, «poseído por su celo religioso, desea dirigir y realizar las prácticas de su sacerdocio en este establecimiento y no existe inconveniente al efecto». Mientras no hicieron pública una norma no pudieron incluirlo en la nómina de la prisión y, por tanto, no podía acceder al pago de la diferencia entre sus haberes de excedencia y los de activo que solicitó[43].

La normativa se aprobó a finales de 1938, y establecía que a partir de entonces serían los obispos los responsables de nombrar a los capellanes de las prisiones situadas en su diócesis. Tendrían que efectuar previamente una tarea de depuración entre los capellanes existentes, señalar el sueldo y

ejercer la inspección[44]. A los directores de las prisiones se les ordenó atender cualquier petición del prelado correspondiente de manera directa e inmediata y solo en caso de duda consultar con la Jefatura del Servicio Nacional de Prisiones. De esta forma, destinaron a fray Cándido, después de que el nuncio consultase al provincial de la orden franciscana de Santiago.

En sus memorias no habla de su experiencia como capellán de la prisión provincial. Sin embargo, se sabe que los religiosos desempeñaban un papel activo en ellas, pues se encargaban de las misas y de intentar adoctrinar a los reclusos. Eran numerosas las festividades religiosas del calendario en las que celebraban misas y, tras ellas, se interpretaban los himnos de España, de Falange u otro de carácter religioso[45].

DEL FRENTE, OTRA VEZ, AL PÚLPITO

Una vez terminada la guerra, volvió a Madrid, el 30 de septiembre de 1939. Retornó a San Francisco el Grande, donde también se encargó de tocar en el órgano de la basílica. Todo estaba cambiado. En Galicia supo de la muerte de tres de sus hermanos y de los avatares que tuvieron que padecer el resto. Las cosas no eran iguales, pero el miedo y la incertidumbre, a pesar del final de la guerra e, incluso, del tiempo que fue transcurriendo, no limpiaron ese aire enrarecido que flotaba en el ambiente, aun cuando los contendientes no se guardaban ya rencor, por mucho que dijese la propaganda.

> También me encontré con muchos antiguos compañeros de las milicias republicanas, los cuales me saludaron afectuosamente como si nada hubiera pasado. Entre ellos, por citar a los más allegados, figuran Eduardo Martínez, albañil y mi antiguo comandante, Martín de la Torre, tapicero, y Antonio Peña, sepulturero de la Sacramental de Sta. María. Sin rencor alguno por ambas partes, hemos comentado amigablemente los acontecimientos pasados.

Una muestra de que la guerra no era inevitable. No había rencores previos. Tras esa etapa, la vida de fray Cándido fue relativamente tranquila. Solo redactó sus memorias a instancias del ministro provincial de su orden, para que quedase constancia de lo padecido. Parece que no debió de entregarlas a nadie más que a él, pues estaban en su informe y se

encontraron años después de su fallecimiento. Quien lo conoció habla de sus múltiples rarezas y excentricidades, algo comprensible a la luz de la experiencia aquí narrada. Una vivencia de esas características deja huella, y más si tuvo que vivir la represión de aquel Madrid posterior al golpe de Estado, ser miliciano comunista, desertor, prisionero de guerra de los sublevados y capellán en una cárcel franquista. Una historia singular, en la que quedan representadas la cotidianeidad y la violencia desde diferentes perspectivas, pero a través de los mismos ojos.

---

[1] Editadas íntegramente junto con otras escritas posteriormente por Leira Castiñeira (2020a). La cesión de las mismas fue gracias a los responsables de la Orden Franciscana de la Provincia Seráfica de Santiago.

[2] AHN, FC-Causa General, 1.557, exp. 11.

[3] La basílica fue construida en la segunda mitad del siglo XVIII con un estilo neoclásico. Cuenta con una cúpula preciosa, que es la tercera planta circular de mayor diámetro de los templos cristianos. Como pasó por distintas épocas, en las que estuvo en manos del Estado, es poseedora de una excelente pinacoteca, que representa la pintura española de los siglos XVII y XIX.

[4] Rey Reguillo (2019) y Cruz (1997: 219-229 y 2002: 285-293).

[5] Como se puede observar en el cap. V sobre el anticomunismo y el antifascismo transnacional.

[6] Informe del 15 de junio de 1935, encargado por el Ministerio de Gobernación para tantear las posibilidades electorales de victoria de la CEDA y del Partido Radical. Arquivo do Reino de Galicia (Provincial da Coruña). Gobierno Civil, L. 34.048 (4.369).

[7] Cervera (2006: 72 y ss.).

[8] Publicadas íntegramente en Leira Castiñeira (2020a)

[9] AHN, FC-Causa General,1.557, exp. 11.

[10] González Cuevas (2007: 39-72 y 2008: 25-52), Petschen (2002: 21-32) y Cerezo (2002: 121-153).

[11] Petschen (2002: 21-32).

[12] Salomón (2007: 121-138).

[13] Tusell y García Queipo de Llano (1993: 3).

[14] Quiroga Fernández de Soto (2008).

[15] Asimilable a los producidos en los países europeos. González Calleja (2011) y Gallego (2016). Para más información, véase el cap. V sobre el anticomunismo y el antifascismo.

[16] Rodríguez Lago (2012).

[17] Cruz (2006) y Gerwarth (2016).

[18] Kalyvas (2010).

[19] Ruiz Garrido (2005).

[20] Leira Castiñeira (2018).

[21] APFS. Expedientes personales. Cándido Rial.

[22] Cervera (2006: 59).

[23] *Cruzada Católica,* año I, noviembre de 1932, p. 1.

[24] González Calleja (2011).

[25] Para una explicación más demorada sobre esto, véase el cap. V. Se siguen las tesis de

Gallego (2006).

[26] *La Lectura Dominical,* año XLII, 2.045, 15 de junio de 1936, portada.

[27] Grandío (2013).

[28] Ledesma Vera (2003: 59-65). Sobre la defensa de Madrid, véase el cap. VII sobre la miliciana Antonia Portero.

[29] *Memoria del Comité de Reforma, Reconstrucción y Saneamiento de Madrid,* 1 de enero de 1937-31 de diciembre de 1938, p. 37.

[30] Se puede observar, en lo comentado anteriormente, que lo que buscaban era una relación entre el clero, los partidos de derecha y el Ejército. La relación del fraile con el Somatén, grupo paramilitar vinculado a Unión Patriótica, partido único durante la dictadura de Primo de Rivera, daba pie a sospechas. No se sabe cuál fue el libro que generó las suspicacias, pero se supone que se trataba de uno publicado por algún intelectual conservador, como Herrera Oria, o más radical, como Giménez Caballero.

[31] Blanco y Gómez (1953: 21-24).

[32] González Calleja (2005: 163-170).

[33] Lamentablemente no se ha podido averiguar el apellido de este individuo, tan solo citado como Primitivo.

[34] Gil Pecharromán (2013: 10), González Calleja (2011: 132) y Saz (2004: 133).

[35] Esta información hay que tomarla con cautela, ya que procede de la Causa General. AHN, FC-Causa General, 1.557, exp. 6.

[36] *Ibid.*

[37] Como se verá en el cap. VII sobre la miliciana Antonia Portero.

[38] La cifra resulta disparatada para el momento; es imposible que el fraile dispusiera de tanto dinero, lo que es indicio de que se produjo un error en la redacción de sus memorias.

[39] Martínez Reverte (2009).

[40] Corral (2006), Matthews (2013), Leira Castiñeira (2014 y 2020b) y Llano Ruiz (2016).

[41] González Calleja (2011: 291) y Cardona (1983).

[42] Leira Castiñeira (2020a).

[43] Archivo Histórico Provincial de Pontevedra. Fondo Prisión Provincial. JTE/Dirección de Prisiones, Caja 13.020. Escrito de la Inspección Delegada de Prisiones de 11 de diciembre de 1936. Rodríguez Teijeiro (2011 y 2009: 92-103).

[44] *Ministerio de Justicia,* Orden de 5 de octubre de 1938, *BOE* de 6 de octubre de 1938.

[45] Rodríguez Teijeiro (2009: 92-103).

V. A TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO
El universo cultural de comienzos de siglo a través de la movilización de la Guardia de Hierro rumana y la Columna Connolly irlandesa

«A todos los pueblos del mundo». Esta es la frase que acompaña al famoso cartel propagandístico y movilizador sobre las Brigadas Internacionales (BBII). Es una muestra de que la Guerra Civil española trascendió las fronteras, pero no solo para salvaguardar la legalidad republicana, sino también para apoyar al fascismo. Es conveniente tenerlo en cuenta para no caer en el error de que los golpistas solo encontraron apoyo internacional en Italia o Alemania.

Queda por responder la pregunta de por qué personas de otros países decidieron morir y matar en la Guerra de España. Va a ilustrarse a través de dos grupos que fueron minoritarios, pero que ejemplifican cómo la disputa cultural que llevó a la Segunda Guerra Mundial pudo tener una relevancia tan destacable como para que individuos extranjeros abandonasen sus países y decidiesen luchar a miles de kilómetros de sus casas. Son la Guardia de Hierro de Rumanía, que combatió con los golpistas, y la Columna Connolly de Irlanda, que apoyó a la Segunda República.

En parte, se debe a que las preocupaciones sociopolíticas pasaron, en dos décadas, de lo local a lo nacional y, después, a que cruzaran fronteras con la llegada de la política de masas. Sin esta socialización, es imposible entender porque España se convirtió en el centro del combate bélico, sociopolítico y cultural del mundo durante tres años.

Este capítulo versa sobre los auxilios internacionales a cada bando, para conocer el universo cultural que determinó la geopolítica que estuvo presente en todo el mundo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial: el anticomunismo contra el antifascismo. En cierta medida, se debe a la comprensión de que era una cuestión que trascendía las fronteras de su país, pero que influía en él. El marco cultural que estaba en la mente de

gran parte de la opinión pública era la lucha transnacional entre el fascismo y el comunismo, que terminaría desembocando en la Segunda Guerra Mundial.

Las ideas no son entidades ajenas al paso del tiempo, aunque el significante quede invariable. Ni el comunismo ni el fascismo significaron lo mismo en la década de los veinte o en la de los treinta, ni tampoco en el presente. El antifascismo y el anticomunismo fueron movimientos culturales amplios de carácter transnacional –es decir, que comparten similitudes, pero poseen características propias según el territorio, la cultura e historia donde se asienten–. Participaron de una forma más o menos activa todos los movimientos políticos de la primera mitad del siglo XX. Ambos fueron vistos como elementos desestabilizadores de las democracias liberales. Fueron dos espacios políticos amplios, pero solo los sectores más politizados se movilizaron con las armas en la Guerra Civil fuera y dentro del Estado español.

Detrás de las BBII hubo socialistas, anarquistas, comunistas o agraristas, y dentro de ellos, diversidad de tendencias ante el peligro del fascismo. Por ejemplo, el republicanismo moderado español antes de 1936 había mirado con recelo al movimiento obrero con el que meses más tarde se aliaría para luchar contra los sublevados. A la inversa ocurrió el mismo fenómeno: muchos partidos moderados de derecha se acercaron al fascismo. La defensa de la «Nación», de corte historicista, y la lucha contra los ideales que representaba la Revolución rusa fueron factores que unieron a los diferentes movimientos que surgieron en todo el mundo[1].

Obviamente, estas ideas no se plasmaron inalterables a la realidad cognoscible de las personas, como se ha tratado de exponer en los capítulos I y II sobre los miembros del ejército insurgente, el VII sobre las milicias republicanas y el IX sobre la quinta del biberón. La comprensión de este enfrentamiento por parte de la sociedad no siempre fue la que dejaron por escrito propagandistas o los voluntarios más politizados, que codificaron su experiencia a semejanza del discurso retórico, movilizador y legitimador empleado por ambos bandos. Por eso, se debe tener en cuenta que, junto con el motivo ideológico y cultural, hay que añadir el de la guerra como aventura, rito de paso e imagen de la nueva masculinidad de la *época*[2]. Desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, la aventura y ser aventurero experimentaron un auge social relacionado con

la modernidad liberal implantada en Europa. A partir de este momento, la participación de los jóvenes fue una constante que, además, aportaba ese simbolismo, esos nuevos valores en alza y mecanismos que sustituían al tradicional rito de paso. El anticomunismo y el antifascismo utilizaron este sentimiento presente en una parte de la juventud y lo llevaron a su extremo como forma de hacer política[3].

«POR CRISTO, LA PATRIA Y LA LEGIÓN». EL ANTICOMUNISMO TRANSNACIONAL DE LA GUARDIA DE HIERRO RUMANA

No solo fueron las potencias italianas y alemanas las que prestaron ayuda directa a los sublevados con hombres, dinero y armamento, sino que también se contó con otro tipo de ayuda en forma de milicias voluntarias. Llegaba de esos sectores extremistas procedentes del anticomunismo que se fueron radicalizando a lo largo del primer tercio del siglo XX. Por lo tanto, durante la Guerra Civil española, del mismo modo que hubo un brigadismo internacional a favor de la Segunda República, hubo uno en contra. La dictadura de Salazar en Portugal, aparte de prestar su apoyo institucional y de ayudar a la represión de todos los que trataban de huir de Galicia por la raia do Miño, envió cerca de 8.000 portugueses en la que se conoció como «agrupación Os Viriatos», en referencia al caudillo lusitano Viriato, que luchó contra el Imperio romano en el siglo II a.C.[4]. Como ellos, hubo varios que apoyaron a los golpistas, como la Garda de Fier de Rumanía.

Pero ¿qué fue la Guardia de Hierro? En el siglo XIX el pueblo rumano no pudo permanecer bajo la soberanía del mismo país, porque varios territorios estuvieron en manos del Imperio otomano; otros, bajo la Rusia zarista; y los últimos, en Hungría. Esto provocó que, durante todo el siglo XIX, se fuera creando un fuerte nacionalismo rumano de carácter historicista y etnicista. Sus acólitos buscaban la unificación de todo su pueblo, que terminó consiguiéndose con los tratados de la Gran Guerra. No fue hasta 1920, tras la Primera Guerra Mundial y los conflictos bélicos entre los países de la zona y los que nacían de la descomposición del

Imperio austrohúngaro, cuando nació la România Mare o Gran Rumanía, con Fernando I como rey, momento en el que llegó a su máxima extensión territorial.

Respaldaban un ideal pannacionalista propio del contexto y compartido por los sectores conservadores de todo el mundo desde finales del siglo XIX. Se trataba de una reafirmación de los valores nacionalistas de corte historicista basados en la idea de un territorio común –*Volk*–, una cultura, una historia y un proyecto al que estaban predestinados. Junto a la reacción nacionalista, la victoria del bolchevismo en Rusia y el efecto llamada en los países de su entorno, causó una reacción contrarrevolucionaria que varió en cada país según sus características sociales, culturales y políticas. Es conveniente tener en cuenta que el fascismo no fue un movimiento político circunscrito exclusivamente a Italia y, en concreto, al Partito Nazionale Fascista (PNF), sino algo más global y cambiante[5].

En el caso de Rumanía, había numerosas minorías étnicas que copaban las profesiones liberales, mientras que los rumanos ocupaban puestos subalternos. Esta realidad acrecentó el nacionalismo rumano imperante y el Partido Liberal impulsó proyectos culturales, especialmente, educativos, para dar más posibilidades a los rumanos de medrar socialmente. Sirvió para que una importante generación de jóvenes rumanos accediera a estudios superiores. Fue precisamente en la universidad donde comenzó a radicalizarse el movimiento nacionalista y las revueltas estudiantiles se encargaron de pedir más derechos para la comunidad rumana. De allí emergieron sus dos principales líderes: Ion Moța, hijo de un sacerdote rumano y estudiante de Derecho en la Universidad de Cluj, y Corneliu Zelea Codreanu, estudiante de Derecho en la Universidad de Iași, e hijo de un profesor de secundaria muy nacionalista. Ambos estuvieron en la cárcel por las protestas universitarias de carácter nacionalista y xenófobo, que les granjearon una gran popularidad entre los rumanos. Fue el comienzo de un movimiento político en el que Codreanu se erigió como líder, y Moța, como ideólogo.

Figura 13. Retrato de Moța. *Testamento de Ion Moța.*

Apareció un movimiento anticomunista transnacional. A pesar de las diferencias sociales, culturales, políticas y religiosas existentes entre países, se debe considerar un movimiento social y político que apuntaba a unos objetivos mayores a los propuestos para dentro de sus fronteras. La aparición del fascismo en Italia influyó a todo este bloque anticomunista, que adoptó distintas formas de entender la nación y de luchar por la misma[6].

Codreanu y Moța quisieron transformar el movimiento estudiantil en una organización nacionalista. Su tarea culminó con la fundación la Legiunea Archangelul Mihail –Legión de San Miguel Arcángel– el 10 de julio de 1927, a semejanza de la Action Française gala y del PNF italiano. Una de las pruebas es que Codreanu calificó, durante las protestas estudiantiles, a la Marcha sobre Roma como «prueba de las posibilidades de victoria» y a Mussolini como «uno de los nuestros»[7]. Desde ese momento, trataron de lograr una sinergia entre la religión y la política, para que la primera fuese un elemento movilizador en favor de las

posturas ultranacionalistas que estaban comenzando a desarrollar los líderes de la Legión. No era una religión política, como la define Emilio Gentile, pero buscaba el mismo objetivo[8].

Por lo tanto, hay una interacción cultural, social y política entre la ideología fascista, las variantes que se crearon en otros países y la cultura política conservadora en toda Europa. Fue un proceso de «transferencia, apropiación e hibridación» cultural de carácter transnacional que no llegó a convertirse en un movimiento social organizado, mucho menos de carácter internacionalista, pero que influyó de tal manera que modificó las formas de hacer política dentro de la derecha[9]. En algunos casos, adquirió unos rasgos más revolucionarios que en otros, dependiendo del contexto sociopolítico y cultural. Por lo tanto, dentro de una misma categoría, se encuentran distintos movimientos considerados anticomunistas. A su vez, la vertiente más extremista, el fascismo, difiere según el territorio y el contexto geográfico y temporal.

Por eso, se considera que es más conveniente hablar de un anticomunismo transnacional, a pesar de que el fascismo fue el que tuvo una mayor capacidad de atracción sociocultural. Mark Mazower afirma que, con el Gobierno nazi, el fascismo experimentó una gran popularidad en todos los países, sectores políticos y clases sociales, debido a la popularización del mito de la mejora económica que estaba desarrollando Alemania y a su capacidad de movilización social. Es decir, del mismo modo, que hubo una *fascistización* de la derecha tras la llegada al poder de Mussolini, se debe hablar de una *nazificación* o «canon de Núremberg» en los años treinta. Se produjo una «recontextualización», en palabras de Kallis, del anticomunismo y, en consecuencia, del fascismo, que adaptó su respuesta política a la mayor presencia social de los partidos de izquierda[10].

Este proceso trajo aparejada una radicalización de la doctrina y acción política de la Legión liderada por Codreanu y Moţa. Junto con el malestar social producido por la crisis económica mundial, se convirtió en un partido de masas y creó la Guardia de Hierro como organización paramilitar, que fue la que marchó a luchar a España. Asimismo, aportó uno de los motivos por los que este sector más radicalizado decidió ir a luchar a la Guerra de España.

El 25 de noviembre de 1936, una delegación de dirigentes legionarios

encabezada por el general Gheorghe Cantacuzino, un héroe de la Primera Guerra Mundial, partió hacia España, al otro lado de Europa, a «defender la cristiandad», alistándose en el bando golpista. Lo siguieron Ion Moța, Banica Dobre, el príncipe Cantacuzino, el ingeniero Gh. Clime, el abogado Neculai Totu, el religioso Dumitrescu y Vasile Marin –doctor con una tesis sobre el fascismo italiano–. Independientemente del exiguo número que representaban, lo que reflejaba era el desarrollo por el cual un sector del nacionalismo y del anticomunismo de principios de siglo se convirtió en fascismo en la década de los treinta. A él se sumaron conservadores, aristócratas, burgueses, estudiantes, jóvenes y excombatientes –sectores representados en la expedición–.

Los protagonistas de esta primera parte son Ion Moța y Neculai Totu. Moța nació en 1902 en Orastie, por lo que vivió la Primera Guerra Mundial como adolescente. En 1925, los dos partieron a Francia a estudiar, y allí Moța consiguió el título de doctor en Derecho Público en la Universidad de Grenoble. Se casó en 1927 con la hermana de Codreanu, Iridenta. Desde ese momento, se convirtió en una de las caras visibles del fascismo rumano. En su papel de intelectual del movimiento, se dedicó a escribir incansablemente en la prensa nacionalista y dirigió *Libertacea,* en la que se publicaron los textos de su testamento político y otros mientras estuvo en España[11].

Hay menos información sobre Neculai Totu, a pesar de que dejara unas memorias sobre su participación en la Guerra Civil, *Notas del frente español.* Se sabe que formaba parte de la generación de Moța, Vasile Marin y Cornelius Z. Codreanu, y que también contaba con estudios universitarios. En las protestas estudiantiles fue cuando se aproximó a la Legión, aunque ya era cercano a los posicionamientos nacionalistas que emergieron en aquellos años. Estudió Derecho y fue un importante abogado hasta que decidió formar parte de la expedición que viajó a España.

Para ellos, en España se estaba librando la lucha por la civilización entendida como defensa nacional y religiosa para la Guardia de Hierro. Así quedó reflejado en un texto hallado en un pequeño baúl, escrito en diciembre de 1936 y más tarde publicado en *Libertacea,* el órgano periodístico de la Guardia de Hierro:

> Pero si el amor a Cristo y el poder de Cristo que, como he dicho, está por encima de las naciones, pudiendo arrastrarnos a nosotros, rumanos, a luchar por la Cruz en tierra extranjera, en España, al lado de los españoles, de los alemanes y de los italianos, esto no quiere decir que las potencias del cristianismo y el amor a Cristo nos saquen de nuestra nación, nos desarraiguen de ella. Porque nuestra nación no puede vivir sin nuestra fe cristiana. Defendiendo al cristianismo, aún en tierra extranjera, defendemos un poder que es fuente del de nuestra nación, y obedeciendo las sugestiones del amor de la Cruz nos sometemos aquí, en España, al amor de nuestra nación rumana[12].

La base de su corpus ideológico era sencilla: la nación en peligro. Es reseñable que se borraban las fronteras para luchar en pro de ellas. En ese extracto, se observa cómo es indiferente el país en el que se encontraban: no fueron a luchar por España, sino por Rumanía. Está en sintonía con la carta enviada a sus padres el 1 de diciembre de 1936:

> No es cierto lo que decían algunos de que, quedándome en mi país, hubiera podido ser más útil –yo y todos los que han seguido este camino– para la lucha en nuestra patria. La victoria moral que vamos a obtener en España, a costa de cualquier sacrificio, será más útil para la lucha nacional que todo lo que hubiéramos podido hacer en el resto de nuestra vida y aún más allá de ella. Esta es la verdad[13].

Los enemigos nacionales dependían de la concepción historicista que prevaleciese, por lo que la entendida por los dirigentes alemanes, italianos, portugueses o por la Guardia de Hierro varió. En cualquier caso, se englobaba dentro de una misma línea de pensamiento. En el caso del fascismo rumano, la defensa de la catolicidad era fundamental, pues las ideas de cristiandad, de nación y de civilización estaban entrelazadas. El enemigo, abarcado dentro del «peligro comunista», eran también las ideas anticristianas que estaban proliferando en la Europa de entreguerras. Todos estos elementos se observan en la *Carta de los legionarios rumanos del frente español* con motivo de la Navidad de 1936:

> El comunismo es como la bestia roja del Apocalipsis, que se levanta para expulsar a Cristo del mundo […].
>
> Sin duda, la bestia roja será vencida al fin, pues la Iglesia fundada por Cristo no podrá ser vencida ni «por las puertas del Infierno». Pero he aquí, sin embargo, que en los países donde el comunismo diabólico ha vencido, la Iglesia ha sido aniquilada. No para siempre, pero sí para el siglo actual, y en su lugar se ha enseñoreado el poder diabólico de la incredulidad, de la corrupción, con los sufrimientos y la muerte espiritual y corporal de los hombres de hoy. Creemos en la resurrección de la Iglesia, tanto en Rusia como en la España comunista. Pero esta resurrección, como la salvación de nuestra Patria de la desgracia del Anticristo, depende

de nuestro esfuerzo […].

Los legionarios rumanos que en estos días de Navidad luchan por la Cruz en tierras españolas os llaman para que les sigáis[14].

La multiculturalidad existente en Rumanía y su situación subalterna hizo que presentasen un componente más radical frente a otras minorías que vivían en ese territorio. En especial, destacó el ataque a los judíos, que, a diferencia de Italia, Francia o España, no estaban presentes en su base doctrinal porque no representaban una realidad tangible. La comunidad judía en Rumanía era muy numerosa, y su persecución se multiplicó a medida que llegaba la década de los treinta y llegó al poder el nacionalsocialismo en Alemania[15].

Es una característica que hay que tener en cuenta, porque en la concepción de Moța o Totu sobre la Guerra Civil española incluían también a los judíos entre los enemigos que batir o, por lo menos, afirmaban que existía una vinculación entre estos y los comunistas. Puede apreciarse en una conversación entre Ion Moța y Neculai Totu, que recoge posteriormente en sus *Notas,* sobre la destrucción de las iglesias católicas. Se intuye su intencionalidad propagandística, pues es poco probable que se encontrasen con alguna sinagoga en su trayecto bélico:

Las sinagogas no tienen un solo cristal roto. Ni nosotros admitimos la destrucción de ningún templo de nadie, pero cuando todos los monumentos cristianos han sido destruidos y el templo judío ha quedado intacto, nos hacemos una pregunta: ¿los comunistas están contra la religión cristiana y no contra la religión hebraica? Es conocido, sin embargo, el hecho de que los jefes comunistas son judíos, y así se explica la intolerancia frente a todos los demás ritos y el respeto a la religión talmúdica.

Cuán feliz e iluminado estaba Ion Moța cuando decía: «¿Os dais cuenta de qué significa morir por Dios, por Cristo? ¡Qué felicidad nos ha sido reservada para nosotros!»[16].

En el último párrafo se observa otra de las características del fascismo transnacional: su visión apocalíptica y dual del mundo, y que se concebían a sí mismos como un «Ejército cristiano terrenal en combate contra el diablo». Dentro de su concepción de la cristiandad, protegían un ritualismo religioso que se observa en numerosas frases del *Testamento* de Moța, ya citadas, o en considerarse este a sí mismo como un elegido –«Dios ha querido escogerme entre los felices combatientes caídos en España en defensa de la Cruz»–[17]. El propio Codreanu, cuando estuvo preso en noviembre de 1923, tuvo una visión profética de san Miguel, uno

de los siete arcángeles que derrotaron y expulsaron al infierno a Lucifer[18]. El culto milenarista al arcángel Miguel se convirtió en una de las señas de identidad de la Legión desde su creación, por eso le pusieron su nombre. En las memorias de Totu se observa cómo formaba parte de la creencia que manifestaban los seguidores de Codreanu y Moța:

> Al día siguiente, por la mañana, damos un paseo por delante del cuartel y hasta la puerta principal de la ciudad [El Alcázar de Toledo] donde, arriba, se halla la estatua del arcángel San Miguel […]. El Arcángel nos ha guiado por todas partes: en Hamburgo, Salamanca y Toledo.
>
> […]
>
> ¡Cuánta esperanza recogíamos nosotros al encontrarnos en todas partes con la imagen del arcángel San Miguel! Y ahora en el extranjero, lejos de nuestros seres queridos, sentíamos que algunos de ellos nos acompañan[19].

En el plano religioso, la retórica de la Guardia de Hierro no distaba mucho de la usada por el bando sublevado, en particular tras el pronunciamiento de los obispos al denominar la lucha como *cruzada.* En los dos casos, existía una mística recogida de la tradición cristiana, que consideraban como un elemento consustancial de la Nación e imprescindible para la salvación individual y nacional. En este caso, cambiaban las referencias religiosas, ya que procedían de creencias distintas, una católica, y otra, ortodoxa.

Son palpables las similitudes con las memorias escritas por voluntarios españoles. Por ejemplo, el carlista José María Resa relacionaba nación, religión y sangre: «Teníamos plena convicción de que, si caíamos en el frente, éramos mártires de Dios y de la patria. ¡Qué cosa tan bella y hermosa!, que era tanto como asegurarnos la felicidad eterna»[20]. El carlista Nagore Yarnoz recordaba con orgullo las canciones en las que la defensa de la «patria», la «religión» y la «tradición» se entremezclaban en una sola explicación en el momento de partir al frente en 1937[21]. Sin embargo, no hay ninguna referencia en sus memorias sobre el ataque del judaísmo u otras minorías étnicas.

Entendían la guerra como una continuación de la defensa de la nación que venía produciéndose en España y Rumanía desde el siglo XIX. En el *Testamento* enviado a Corneliu Codreanu, fechado en 22 de noviembre de 1936, deja escrito lo siguiente: «Me muero, Corneliu, lleno de bríos y de

felicidad por Cristo y la Legión, no pido recompensas ni nada, sino solamente victoria». En uno de los artículos póstumos publicados en *Libertacea,* encontrados en el baúl tras su muerte, escribió lo siguiente, precedido siempre de la frase: «Aquellos que cayeron muertos por las balas enemigas marchaban al paso junto con los que quedaron».

> Y como hemos sido escogidos y elegidos por Dios como sus defensores con el precio de nuestra sangre y de nuestra vida, podemos tener una gran esperanza en la salvación del alma […].
>
> Ningún poder, ningún amor está por encima de la patria y no se puede cumplir más que en la propia patria, excepto el poder de Cristo y el amor hacia Él. Cristo es el mismo en España que en Rumanía[22].

La violencia debía definir a la juventud comprometida con cualquiera de las ideas políticas que brotaron en este periodo. Eran valores que unían a todos los legionarios, a semejanza de lo que ocurría con el *squadrismo* italiano, con las *Schutzstaffel* (Escuadrón de protección –SS–) alemanas o las milicias de Falange: camaradería, sangre y destino compartido. Por eso, en los testimonios de voluntarios, la juventud es un valor en sí mismo, porque estaban llamados a ser protagonistas del cambio sociopolítico[23]. Está relacionado con dos aspectos que no surgen en este periodo, pero que se incorporan tras la Primera Guerra Mundial a la idiosincrasia sociopolítica del individuo: el ser aventurero y la masculinidad normativa.

Estaban ligados entre ellos y, a su vez, con las nuevas concepciones políticas que marcaron los nuevos ritos de paso entre la niñez y la edad adulta. El furor, la guerra, la aventura y el sexo formaban parte de la transición que debían superar los jóvenes. La mayoría no había podido luchar en la Primera Guerra Mundial y reivindicaban su masculinidad y gallardía a través de los elementos que les proporcionaba la «nueva» política.

Dentro de esta nueva forma de entender la política se crearon nuevos líderes, que en cierta forma sacralizaban la política[24]. En Italia Mussolini se convirtió en el *Duce;* en Alemania, Adolf Hitler, en el *Führer;* en Grecia, Ioannis Metaxás, en «el padre de la Patria». En España, el general Franco se convirtió en Generalísimo y en el Caudillo de la Nación –aunque previamente ocupó ese liderazgo mesiánico José Antonio Primo de Rivera–. En el caso rumano, sucedió lo mismo. Sin embargo, hay que

diferenciar dos figuras, la del caudillo que tuvo la visión de san Miguel y un liderazgo carismático, como fue Cornelius Codreanu, y la del líder de los que fueron a luchar a España, que fue Ion Moța. Estableciendo una conexión con lo sucedido en España, Moța sería el Generalísimo, y Codreanu, el Caudillo político[25]. Entre los textos encontrados en el baúl destaca una frase del 3 de diciembre de 1936 en Lisboa, a sabiendas de que, si alguien la leía, sería que él estaría muerto. Allí remarca una frase que dice: «¡Amor y fe completa en el capitán y en su Legión, nuestra Legión!»[26].

Neculai Totu, sobre el acto de recibimiento con el que los agasajó el general Moscardó y en el que le dio a Moța su espada, narra lo siguiente, ejemplo del papel mesiánico que desempeñaba la figura de Codreanu y de la unión entre política y religión de la que hizo gala la Guardia de Hierro:

> Entre los jóvenes falangistas se hallaba también Carmelo, uno de los hijos del general Moscardó, joven de unos quince años. Es simpático y muy reservado. Pero pronto se familiariza con nosotros. Mira con mucho interés mi Cruz Blanca. Le gustaría tenerla. Le expliqué que no se trataba de una insignia cualquiera, sino que era el distintivo de los once años de luchas y devoción hacia nuestro Capitán Cornelius Zelea Codreanu. Le participo a Ion Moța el deseo del joven. Él consiente que el hijo de Moscardó lleve la Cruz Blanca, como distinción por parte del Movimiento Legionario Rumano, en atención a los sufrimientos padecidos y con todos los honores que confiere esta distinción. Me desprendo de la Cruz Blanca y se la entregó a él: su rostro de niño se ilumina de alegría[27].

El culto a la muerte –y a los muertos– fue empleado como herramienta movilizadora que formaba parte del fascismo transnacional. Es algo que algunos estudiosos llamaron *nacionalismo tanático,* muy presente en Rumanía a través de los numerosos entierros que usaron propagandísticamente para ensanchar su base social. Fue lo que hizo la Legión del Arcángel San Miguel con las muertes en combate de Ion Moța y Vasile Marin, presentadas como un «sacrificio» voluntario y un «martirio», ambos santificados. Sus escritos enviados desde España fueron considerados como «visiones» o «señales divinas»[28]. La descripción de su muerte y lo sucedido en el funeral son muestra de la importancia que tuvieron en vida –en particular, Moța–, pero que adquirieron una mayor relevancia tras su muerte porque se convirtieron en mártires.

El mismo sistema se empleó en las décadas de los veinte y de los treinta por parte de los partidos fascistas, en forma de homenajes a los «soldados

desconocidos», el uso de los grupos de excombatientes que surgieron en aquellos años y que guardaron su memoria, así como los caídos en la Primera Guerra Mundial. España no fue ajena a esta realidad, y el culto a la muerte estuvo presente en el acervo militar africanista de la Legión Extranjera de Millán Astray y Franco. Asimismo, el martirologio que creó el Movimiento Legionario rumano fue similar al que instituyó el franquismo durante la guerra con José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera.

Ion Moța murió en combate después de que el general Cantacuzino decidiese volver a Rumanía porque habían degradado a todos los miembros de la Guardia de Hierro a soldados. Sin embargo, Moța decidió alistarse en la Legión Extranjera y, desoyendo las órdenes de Codreanu, participó en combate. Fallecieron él y Vasile Marin en Majadahonda el 13 de enero de 1937. El testimonio de Neculai Totu sobre aquel instante muestra el caudillismo ante dos de los principales líderes del movimiento fascista rumano en España:

> —¿Qué pasa? –pregunto yo.
>
> —Moța y Marín, muertos –me contesta el cabo.
>
> No quiero creerlo, pero me lo confirma también el sargento. Comienzan a llorar desesperadamente, y he llorado como nunca en mi vida. Empiezan a llorar todos en la camioneta.
>
> […] Hubiéramos preferido haber muerto todos juntos.
>
> […] Me acerco y le pongo la mano encima de la cara. Le llamo por su nombre en espera de algún milagro, de una contestación. Ionel duerme el sueño sin soñar y sin fin. Las lágrimas, calientes, queman mis ojos. El R. P. Dumitrescu, entre sollozos, murmura una oración; despacio, sin prisa, como una mira suave. […]
>
> Con ellos ha desaparecido un mundo de esperanzas, de creencias, afanes y entusiasmos. Sus cuerpos no tienen vida, pero sus almas están con nosotros, los sentimos a nuestro lado. Ellos nos llevarán a la victoria final. Sus almas moverán nuestras Banderas victoriosas y de las alturas bendecirán nuestros sacrificios[29].

Estos sentimientos fueron los que el movimiento legionario quiso transmitir a la ciudadanía rumana con el fin de aumentar sus apoyos sociales, convirtiéndolos, más que en mártires, en santos. Carstocea recoge que, el 17 de enero, el diario *Universul* publicó la noticia del fallecimiento de ambos líderes fascistas –«la noticia de la muerte de los legionarios, el abogado Ion Moța y el Dr. Vasile Marin, causó una profunda impresión

entre la población rumana de la ciudad»–, y los estudiantes decidieron organizar actos religiosos e iniciar una suscripción pública para la devolución de sus cuerpos y la organización de su funeral.

El transporte de los restos mortales de los dos legionarios desde España en un tren especial, así como los funerales, fueron pagados por una suscripción pública nacional. En Berlín, el tren fue saludado por tropas de las SS y las *Sturmabteilung* (Sección de Asalto –SA–), incluidos miembros de la guardia personal de Hitler, a los que se unieron *squadristi* italianos y miembros españoles de la Falange. Su entrada en Rumanía en la estación de Grigore Ghica Voda fue recibida por 300 legionarios que estaban de rodillas solemnemente y recitando oraciones a su llegada. El tren recorrió posteriormente el país, en un viaje simbólico «diseñado para unir a todas las provincias rumanas en su luto por los dos líderes fallecidos». Las numerosas paradas en las estaciones de tren de todo el país representaron también un grandioso paralelismo con el ritual campesino tradicional, donde el cortejo fúnebre se detiene varias veces en el camino de la casa al cementerio[30].

¿Qué consecuencias tuvo la participación en la Guerra Civil española para su proyecto nacionalista? La derivada directa fue que, en 1937, el partido Totul Pentru Țară (Todo para el País)[31], ala política de la Legión, consiguió un resultado increíble en las elecciones generales, con el 15,58% de los votos totales y quedando en tercera posición. Es una demostración de transnacionalismo fascista porque su muerte en otro país conmovió y movilizó a sectores sociales. Pasó de ser un grupúsculo minoritario a ser un movimiento político determinante en Rumanía, debido a que dos de sus principales figuras terminaron convirtiéndose en símbolos del nacionalismo y no solo del movimiento legionario.

El funeral tuvo lugar en Bucarest el 13 de febrero de 1937. La exaltación masiva que lo rodeó se extendió a sectores democráticos conservadores e, incluso, a enemigos del movimiento. Esto ocurrió con todos los partidos o movimientos fascistas que ascendieron al poder gracias al apoyo o a la no oposición de los sectores políticos que, en un principio, estuvieron en contra. Fue debido a que el proyecto nacionalizador del Estado, de la Gran Rumanía, no logró penetrar en la dimensión emocional a la que apeló con éxito el movimiento legionario[32].

Tras un periodo convulso con el poder, el sucesor de la Corona, el rey Carol II, los consideró posibles aliados para mantenerse en el trono. Siguió una estrategia similar a la de Alfonso XIII con Miguel Primo de Rivera o la de Víctor Manuel II con Benito Mussolini. Sin embargo, a diferencia de los casos anteriores, Carol II se enfrentó a la cúpula de la Legión, pues los veía como una amenaza a su poder. El monarca ordenó la ejecución de Codreanu en noviembre de 1938, estrangulado en su celda con otros correligionarios[33]. Así, tras la muerte de sus principales líderes, decidió aliarse con los miembros que quedaban de la Legión del Arcángel San Miguel, para mantenerse en el poder y evitar la ola de atentados que estaban cometiendo contra el Gobierno, como el asesinato del ministro del Interior, culpable de la muerte de Codreanu[34]. Con la organización descabezada, la monarquía rumana se quiso sostener con un Gobierno al mando del mariscal Ion Antonescu, apoyado por uno de los sectores que quedó de la original Legión, y creó el Estado Nacional-Legionario en 1940.

Los restos que quedaron del partido Totul Pentru ţară y de otros de corte pannacionalista impulsaron el culto al mariscal Averescu. Se encargó de cohesionar el nuevo Estado de carácter populista y nacionalista. Kallis denominó este fenómeno *fascistización desde arriba.* Se combinó con una represión a la Guardia de Hierro en la que se apoyaba su poder. Era una «adopción preventiva y selectiva de las normas "fascistas" para desplegarlas, también, contra los "primeros" fascistas rumanos para mantener el *statu quo* contra desafíos más radicales o revolucionarios». Algo muy similar sucedió en España[35].

LA COLUMNA CONNOLLY. LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO IRLANDÉS EN ESPAÑA

Como se ha dicho, sin fascismo no habría antifascismo. A pesar de que existieron diversas corrientes ideológicas y filosóficas en las décadas de los veinte y los treinta, presentan una rama común: la lucha contra el fascismo. Por lo tanto, estaban en un diálogo constante e intentaban vencerlo en la lucha cultural, a pesar de su heterogeneidad interna. Se

puede caer en el error de citar exclusivamente al comunismo por su victoria en Rusia, pero también se debe incluir al socialismo, al anarquismo y a algunas vertientes liberales[36]. En España se puede comprobar cómo una parte del republicanismo de izquierda se opuso frontalmente al golpe de Estado y cómo la mayoría no lo apoyó y, aunque critico con la Segunda República, nunca se posicionó a favor de los sublevados[37].

Es decir, que, a pesar de existir un movimiento transnacional antifascista, este ha sido diverso incluso en sus vertientes nacionales. La mayor parte de las veces, incluso, estas ideologías eran hostiles entre ellas, ya que respaldaban proyectos políticos distintos. Tuvo una evolución diferente al anticomunismo. Del mismo modo que este último se iba homogeneizando, los grupos antifascistas no quisieron perder su protagonismo en la movilización social y política. La democracia liberal poco tenía que ver con la Revolución comunista o con el ideal anarquista. Sin embargo, los unía su oposición al fascismo, que era una amenaza a cualquiera de las aspiraciones propuestas[38]. Sin embargo, no por esto deja de ser una realidad transnacional, pues se basa en un intercambio cultural existente en aquellas décadas y en una oposición al nacionalismo historicista del siglo XIX.

En resumen, como afirman Pyrooz y Densley, desde que existe el fascismo existe el antifascismo. Ambos «antis» dependían de la propia evolución de cada uno de ellos. Del mismo modo que el anticomunismo no surgió en 1917, sino que se fue gestando como creciente respuesta al incremento del movimiento obrero, lo mismo ocurrió con el antifascismo. Este fue aportando nuevas herramientas de lucha, primero a escala nacional y luego transnacional, a medida que los movimientos populistas de extrema derecha evolucionaban[39]. En este sentido, «el antifascismo debe estudiarse en sus cambiantes contextos históricos, analizando la maleabilidad y fluidez de las culturas antifascistas»[40]. Sin embargo, su estudio apenas ha tenido trascendencia historiográfica.

A pesar de que el comunismo haya sido uno de los principales motores de la movilización antifascista, este no fue un movimiento estructurado, con una dirección clara[41]. No debe reducirse exclusivamente a la lucha callejera a través de grupos, más o menos organizados, de carácter paramilitar en el marco del Partido Comunista de la Unión Soviética

(PCUS)[42]. Se establecieron iniciativas culturales, políticas, sindicales, pacifistas y feministas que procuraron preservar los distintos proyectos políticos del anticomunismo transnacional. Aun así, poco tienen que ver entre sí la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad –WILPF en inglés– fundada en abril de 1915, la Liga Internacional Antifascista de Henri Barbusse o Upton Sinclair de 1923, el Komintern comunista de 1924 o el Kampfbund gegen den Faschismus alemán creado en 1930, salvo el enemigo común. Tampoco se puede negar que hubo una influencia transnacional entre todas las iniciativas surgidas en aquellos años[43].

Es conveniente introducir una variante propuesta por Michael Seidman por la que existiría otro tipo de antifascismo de carácter conservador que no solo no se vio atraído por el fascismo, sino que actuó en contra de él. Sin embargo, a diferencia del más combativo, este «antifascismo contrarrevolucionario» fue más silencioso y optó por el exilio o separarse de la vida pública[44]. Por ejemplo, se refiere a lo que erróneamente han denominado algunos autores como *Tercera España,* o los republicanos conservadores o católicos que no apoyaron el golpe, entre los que pueden citar Portela Valladares, Casares Quiroga o Salvador de Madariaga. En el tablero internacional destaca Winston Churchill, a pesar de que su papel en la oposición al fascismo se haya sobredimensionado en los últimos años. Es lo que denominó Nigel Copsey *mínimo antifascista* procedente de una Ilustración que evitó que se hicieran con el poder.

Sin embargo, fueron los movimientos obreros los que mayor participación mostraron en la Guerra Civil a través de las BBII. Hay que aclarar que no fueron, en líneas generales, una forma de ayuda militar de la URSS a la Segunda República, aunque es verdad que el PCE y el Komintern organizaron y gestionaron, desde septiembre de 1936, la participación de los voluntarios. Pese a ello, el reclutamiento obedeció a diversos factores, en función del país y del individuo[45]. Su organización comenzó cuando ya estaba en marcha la del EPR, aunque las BBII mantuvieron cierta independencia. Fueron encuadrados en brigadas mixtas en las que se impuso un alto grado de disciplina.

Su origen reside en el cambio de política del Komintern. Hay que recordar que, en un principio, cualquier movimiento político que no fuese el comunista eran considerados enemigos con los que luego se alió en la

Guerra Civil y en la Segunda Guerra Mundial. Con la llegada al poder de Adolf Hitler en Alemania, el comunismo viró a una idea interclasista para que hubiese una mayor relación entre los distintos proyectos políticos antifascistas, desde liberales a comunistas. Tuvo especial relevancia el ascenso de Gueorgui Dimitrov al puesto de jefe del Komintern, que tenía una visión más amplia que Iósif Stalin y su «socialfascismo», en el que se englobaba a todos lo que no eran del PCUS. A partir de su llegada a la Internacional Comunista en 1934, se puso en marcha la política de frentes amplios o «Frentes Populares», con el objetivo final de afianzar el poder de los partidos comunistas de cada Estado.

La Guerra de España supuso la prueba de fuego para el antifascismo. En un principio hubo reticencias por parte de políticos españoles de toda condición a que la ayuda internacional la gestionase la URSS. El jefe del Consejo de Ministros y del Ministerio de la Guerra, el socialista Largo Caballero, no vio con buenos ojos las intenciones de los altos cargos del Komintern, Luigi Longo, Pierre Rebière y Stephan Wisniewski. Pero, pese a las dudas, tuvo que aceptar la ayuda extranjera, aunque viese a las BBII como un «invento comunista»[46]. Los voluntarios procedían de al menos 50 países, lo que demuestra la capacidad movilizadora del antifascismo, en el que se entremezclaban motivos nacionales y transnacionales.

La organización de la columna irlandesa representa la lucha antifascista transnacional. Cabe destacar que el país isleño salía de un complejo proceso anticolonial y de un posterior enfrentamiento civil que duró desde 1916 hasta 1923. En este conflicto, surgieron las dos principales personalidades que participaron en la Guerra Civil española, Frank Ryan y Eoin O'Duffy. En 1916, ambos lucharon por el mismo objetivo, la independencia irlandesa. Con el paso de los años, cada uno eligió un camino ideológico diferente, que los llevó a enfrentarse militarmente en la Guerra Civil irlandesa y, posteriormente, en España.

Hay que remontarse al proceso revolucionario en defensa de la independencia de la República de Irlanda, conocido como el Alzamiento de Pascua de 1916 –o Easter Rising–, en el que unos pocos voluntarios encabezados por el maestro y abogado Patrick Pearse y el sindicalista James Connolly proclamaron la República irlandesa. Los voluntarios procedían de la Hermandad Republicana Irlandesa (IRB) y del grupo de

izquierda del Ejército Ciudadano, precedentes del Ejército Republicano Irlandés (IRA). La lucha contra el Ejército británico destinado en la isla duró apenas 48 horas y se saldó con la ejecución de sus principales líderes, que terminaron convirtiéndose en mártires de la causa independentista.

La trágica ejecución de James Connolly se convirtió en un símbolo de la lucha contra el Reino Unido, ya que, a causa de su estado físico, tuvieron que sentarlo en una silla para fusilarlo. Las consecuencias represivas que trajo consigo el Alzamiento de Pascua sirvieron para que más sectores de la población se sumasen a la defensa de la aprobación de una república independiente de la Corona británica. Quedó patente en las elecciones a la Cámara de los Comunes de 1918, con una victoria aplastante del partido Sinn Féin (Nosotros mismos), que apostaba por la independencia total del Reino Unido. Estaba encabezado por Éamon de Valera, superviviente de la represión de 1916, liberado, junto con otros presos, bajo una amnistía en junio de 1917[47].

Son varios los factores que estaban presentes en la reclamación de una República de Irlanda. Es destacable la reclamación puramente nacionalista que, como se ha visto, en algunos casos, había sido el caldo de cultivo del fascismo. Se produjo un resurgimiento cultural del gaélico, que consideraban que se estaba perdiendo por la ocupación británica. Tampoco se puede obviar el conflicto religioso-cultural que estaba detrás y que por eso hace tan interesante la participación irlandesa en la Guerra Civil española[48]. Más que un factor de fe, que también estuvo presente, el conflicto fue cultural, ya que los irlandeses procedían de una herencia católica, que afectaba incluso a los laicos, mientras que el Reino Unido impuso su religión anglicana. Por lo tanto, ese factor cultural procedente de la religión no puede ser obviado. Tampoco el contexto descolonizador, que provocó el fin de los Imperios decimonónicos y de los restos que quedaban de los de las grandes potencias de los siglos XVII o XVIII.

A causa de cuestiones relacionadas con la política nacional e internacional, como el contexto anticolonial, la Primera Guerra Mundial y el aumento del descontento social a favor de una república independiente, el Gobierno británico se abrió a negociar. Propuso que se firmase un tratado angloirlandés, para poner fin a los ataques del IRA. La propuesta se basaba, entre otros preceptos, en la retirada del Ejército británico en gran parte de la isla y en dotar a Irlanda de un estatus de autogobierno

especial dentro de la Commonwealth, como Australia, Nueva Zelanda o Sudáfrica. A pesar de la oposición del Sinn Féin, del Partido Laboralista, de algunos sectores del IRA y de los movimientos obreros, a los que estaba vinculado Frank Ryan, el tratado se firmó en diciembre de 1921.

La consecuencia directa fue la división del pueblo irlandés entre los favorables a la nueva situación y los antitratadistas, que buscaban una independencia plena y la constitución de la República de Irlanda. Todo ello excitó el estallido de una Guerra Civil que se alargó hasta mayo de 1923. En esta fecha, se acordó un punto intermedio para ambos bandos, en el que aceptaron un proceso constitutivo de una república en la que parte del Úlster permaneció en poder del Reino Unido. Se constituyó el Estado Libre de Irlanda, que dotaba al territorio de mayor independencia que la del Tratado Anglo-Irlandés de 1921, sin llegar a las peticiones de los *antitreaty.* Por ejemplo, el país siguió vinculado a la Commonwealth hasta la década de los cuarenta.

Durante la Guerra Civil, el Sinn Féin fue perdiendo influencia y peso social. Miembros del partido y del IRA *antitreaty* –como De Valera– fundaron otro más moderado que buscaba una negociación más pragmática: el Fianna Fáil (Guerreros del Destino). Los sectores izquierdistas interpretaron el alto el fuego y el surgimiento del partido de De Valera como una derrota de sus intereses y consideraron que la Irlanda que se estaba creando seguía dependiendo del Imperio británico y que se fundamentaba bajo supuestos liberales. Se debe añadir que el Komintern apoyó a los *antitreaty*[49].

Entre los miembros del IRA protratado destacaba el partido Cumann na nGaedheal (Sociedad de los Irlandeses), que se encargó de liderar ese proceso de transición hasta la aprobación de la Constitución de la República de Irlanda. Fue el que ganó las primeras elecciones, en 1937, en las que quedó detrás el Fianna Fáil de Éamon de Valera. Entre los sectores antitratado emergió la figura fundamental para entender la evolución del antifascismo irlandés y los motivos de su participación activa en la Guerra Civil española: el general Eoin O'Duffy. Abanderaba un ultranacionalismo irlandés que lo llevó a crear una organización puramente fascista, los Blueshirts (Camisas azules). Él mismo se reconocía como tal y mostraba su admiración hacia Benito Mussolini y, de forma especial, hacia Adolf Hitler. En 1933, participó en la creación del Fine

Gael (Familia de los Irlandeses), junto con el Cumann na nGaedheal y el Partido Nacional de Centro, ambos, protratado, teniendo como referente al fallecido Michael Collins.

De ahí la extraña ideología que se encontraba detrás de este grupo, que llegó a alcanzar más de 50.000 miembros y que, con el estallido de la Guerra Civil española, organizó una expedición de cerca de 700 hombres para unirse a los golpistas y luchar contra el «comunismo» del FP[50]. Por lo tanto, es fundamental entender que tras la movilización de la brigada de O'Duffy se encontraban el anticomunismo transnacional y la adhesión a la idea de cruzada católica, algo que también postulaba el líder del Fine Gael, Richard Mulcahy[51]. De hecho, las memorias del general Eoin O'Duffy se titulan *Crusade in Spain.*

Como se ha dicho, el antifascismo mostró diversas caras y formas de acción, que estaban en sintonía con el anticomunismo contra el que luchaban. Antifascismo y anticomunismo eran dos caras de la misma moneda. Por eso, en el caso irlandés, se puede afirmar que su conflicto nacional continuó en España. El propio Frank Ryan, sindicalista, periodista y miembro del IRA, escribió que comenzó a organizar la Brigada Internacional Irlandesa cuando se enteró de que el «Franco irlandés» O'Duffy había iniciado su proceso de reclutamiento para apoyar a los sublevados. Ryan se granjeó una gran popularidad entre los sectores izquierdistas y del Sinn Féin, pero también del británico y estadounidense[52].

Figura 14. Frank Ryan, líder de la Columna Connolly, junto a John Robinson en España, *ca.* 1936.

En septiembre de 1936, Frank Ryan, secretario general del Partido Comunista Irlandés (PCI) y del resto de la organización, preparó la Columna Connolly, en honor al fundador del Partido Laboralista y uno de los líderes del Alzamiento de Pascua. Junto con miembros del PCI, se unieron afiliados al socialismo, al sindicalismo de izquierda y del IRA antitratado, por lo que, cabe destacar, había una continuidad nacionalista dentro de las motivaciones de los cerca de 200 hombres reclutados. Al nacionalismo irlandés se unía un sentimiento de clase y la idea de luchar

frente al fascismo irlandés para defender la «independencia» y «soberanía» de Irlanda[53].

Para ello, comprendían, como lo hicieron los Blueshirts o la Guardia de Hierro, que, en aquel contexto, no importaba el lugar donde se librase la batalla, sino los ideales. Consecuentemente, se podría afirmar, ahora que se ponen en duda las cronologías canónicas, que la Guerra Civil irlandesa duró, por lo menos, hasta 1937. Asimismo, establecían una vinculación entre la Segunda República española con la República de Irlanda imaginada por estos sectores que habían perdido la guerra. El propio Frank Ryan, en el Congreso, expuso que la organización de la Brigada Internacional de Irlanda era

> una demostración de la simpatía de los revolucionarios irlandeses con el pueblo español en lucha contra el fascismo internacional. Es también una réplica al fascismo irlandés en guerra contra la República de España[54].

El irlandés Bob Doyle, miembro del IRA y del PCI, se alistó convencido de luchar contra el fascismo que «destrozaba todo a su paso fortalecido por su consolidación en Italia y Alemania»[55]. Joe Monk, un militante socialista de Inchicore, pueblo del condado de Dublín, decidió enrolarse junto con otros amigos para luchar contra el fascismo irlandés, no para intentar implantar el comunismo en España. Describió al general O'Duffy como «el irlandés que hubiera querido ser Führer»[56]. En la misma línea, en *El libro de la XV Brigada,* coordinado por Frank Ryan, el miembro del Partido Comunista del Reino Unido Alec Donaldson narra la conversación con un voluntario irlandés, en la que cuenta que la lucha contra el fascismo es algo que debe hacerse fuera de sus fronteras, pero que es una continuación –o la derivación– de enfrentamientos nacionales:

> Tras la determinación de O'Duffy por ayudar a los generales rebeldes, [Peter] Daly se dio cuenta rápidamente de que el fascismo y la opresión se daban a nivel internacional. Estos se rebaten de forma eficaz con acciones internacionales por parte tanto de aquellos que aman la libertad como de los sectores progresistas de la humanidad. Este luchador irlandés podía ver claramente que no había nada extraño en el hecho de luchar junto a sus hermanos liberales, comunistas y socialistas para eliminar el peligro del fascismo[57].

La Columna Connolly comenzó a llegar en diciembre de 1936 al cuartel de las BBII, en Albacete[58]. Formó parte de la XV Brigada Internacional, compuesta principalmente por las unidades de habla

inglesa, como, por ejemplo, la Abraham Lincoln de Estados Unidos y algunos voluntarios británicos. Las afiliaciones predominantes fueron el PCI y el IRA, que, en la mayoría de los casos, compartían filiación, y rondaba el 80% de los voluntarios[59].

La defensa de la nación estuvo presente en todas las guerras. El historiador Xosé M. Núñez Seixas demostró que, en la contienda española, ambos bandos patrocinaron la idea de la «patria», aunque se veía modificado el concepto de «nación» que estaba detrás. Servía como elemento movilizador y legitimador de las acciones que estaban cometiendo[60]. La propaganda republicana hacía uso de las palabras «patria», «agresión» y «sangre» para espolear a su ciudadanía a seguir arrimando el hombro ante las necesidades de guerra, usando el sentimiento nacional. Se puede observar en este extracto en el que se critica al Comité de No Intervención:

> De todos modos, ¿qué español no sentirá hervir su sangre de roja indignación y no estará dispuesto a dar su vida por la defensa de la patria y por su integridad absoluta? Desde los quince a los sesenta años, incluidas las mujeres, tenemos la seguridad de que el imperativo patriótico hervirá en todos los pechos con impulso arrollador y magnífico[61].

Se percibe en los testimonios que recoge Frank Ryan, en los que hablan de los compatriotas muertos. Pero reseñemos que, en la lucha contra el fascismo, había un componente nacionalista implícito, pero una concepción diferente del mismo. Las memorias de Joe Monk están plagadas de referencias a la defensa de la nación que «alumbró la obra de James Joyce»[62]. En otra situación recuerda lo que dijo Frank Ryan antes de que sus compañeros fueran enviados al frente, que tiene un fuerte componente nacionalista «banal», aunque pudiese no ser la intención del líder comunista:

> Frank Ryan terminó su discurso con la asombrosa declaración de que no venía al frente con nosotros. Había asuntos que debía atender con respecto a la posición de los irlandeses en el futuro 16.º Batallón.
>
> «Muchachos, siento no ir con vosotros. Obedeceréis y sostendréis el honor de Irlanda. Pero no seáis inútilmente descuidados con vuestras vidas porque España os necesita y, sobre todo, Irlanda os necesita»[63].

El objetivo de las BBII era la defensa de la democracia republicana del FP. En este sentido, a pesar de que la movilización extranjera y nacional

procedía de los sectores revolucionarios, dejaron su proyecto político por la defensa de la Segunda República. Se convirtió en un ideal mitológico para el antifascismo. Se idealizó el sistema político español y de manera mimética se equiparó con la libertad. Cada uno de los partidos políticos, movimientos sociales y de las BBII tenían una imagen de lo que representaba, aunque la base era la lucha contra el fascismo internacional. Por eso, se produjo la mayor movilización internacional de la historia. En este caso, queda evidenciado en un testimonio anónimo de un miembro del PCI, recogido sobre las bajas en la batalla del Jarama por Frank Ryan:

> Todos estos miembros dieron su vida por la democracia. Su recuerdo nos acompañará siempre, animándonos a avanzar hacia la victoria final por la que lucharon y murieron. Los corazones de la clase obrera del mundo entero los guardarán eternamente en su memoria[64].

Peadar O'Donnell era periodista y cofundador con Ryan del partido Republican Congress. Luchó por la creación de la República de Irlanda y posteriormente se convirtió en secretario general del PCI. Se encontraba en Barcelona en julio de 1936, antes de que se produjese el golpe de Estado. Siguió con atención lo que estaba ocurriendo en España, por lo que dejó escrito en su libro *¡Salud!:*

> No estoy escribiendo solamente porque coincidió que me hallaba cerca de Barcelona cuando comenzó la contienda, y porque me mantuve al pie de los acontecimientos por buena parte del país, sino por el furor que las noticias de España provocaban en mi propio país, donde se reavivaban los antagonismos de nuestra propia Guerra Civil[65].

Desde el comienzo, la prensa irlandesa se hizo eco de lo que acontecía, máxime cuando los dos antagonistas, O'Duffy y Ryan, organizaron sendas brigadas para luchar contra el otro. Como expresó O'Donnell, «todas las guerras se libran entre ángeles y demonios», y cada bando, tanto irlandés como español, consideraba que debían combatir el «demonio» que representaba el fascismo o el comunismo[66]. A su juicio, era necesario en una sociedad en la que la Iglesia católica gozaba de un peso social y cultural importante. Las noticias de la quema de templos y el asesinato de seminaristas llegaban a través de cabeceras como *The Independent,* que destacaba por su anticomunismo, *The Irish Time* o *The Irish Press.*

El primero de ellos utilizaba una retórica similar a la que empleaban los medios controlados por la FET y de las JONS o la Iglesia católica

española. Se deslegitimó, primero, al FP y, después, a todo el sistema político republicano. La idea de «cruzada», que adquirió fuerza con la Carta de la Conferencia Episcopal Española a los Obispos del Mundo de 1937, fue recogida en 1937 por *The Independent* para apoyar una cruzada irlandesa contra el comunismo. A este posicionamiento se acercó más directamente el Fine Gael, partido en el que estaban integrados los Blueshirts de O'Duffy –conocido como Christian Front, Frente Católico–, pero el partido liderado por Éamon de Valera, el Fianna Fáil, fue bastante tibio[67]. Este último estaba moderando su postura en torno al Estado Libre Irlandés y quería participar del proceso de creación de la República de Irlanda. Esto fue el principio del alejamiento del Partido Comunista y del Republican Congress de Ryan y O'Donnell, del laborismo y de los sectores más activos del IRA.

Sin embargo, *The Irish Time,* en una postura más ecuánime, reconocía los atropellos a la Iglesia española, pero lo relacionaba con su naturaleza reaccionaria. Este es un punto interesante para analizar la movilización antifascista irlandesa y que demuestra que tuvo características singulares, a pesar de su carácter transnacional. La relación directa del proceso independentista irlandés y el catolicismo, como creencia y como factor cultural, indujo a que incluso en algunos miembros del PCI hubiese una visión distinta a la de otras BBII.

Se puede observar una diferencia entre la Iglesia como institución de poder y el papel que podían desempeñar algunos sacerdotes en las comunidades. Joe Monk incluso escudaba a la Iglesia, veladamente, en la crítica que realizó un compañero de expedición, Frank Edward, quien fue depurado de su puesto como maestro a causa del cura de Waterford[68]. Ryan ensalzó a los miembros de la Iglesia que se situaron al lado del Gobierno vasco, del PNV y la Segunda República, manteniendo la catolicidad como parte de la identidad vasca, pero afirmando que debía existir una diferencia entre jerarquía y fe[69].

Por su parte, Peadar O'Donnell, cuando narraba su experiencia en Cataluña, se alarmó del anticlericalismo. Describió dos curiosas conversaciones en las que se dio cuenta del nepotismo de parte del clero español. La primera fue cuando unos campesinos se enseñaban los gastos por los entierros de sus familiares. Como continuaron las críticas furibundas hacia el clero, O'Donnell vio la necesidad de hablar con un

sacerdote para que le explicase la situación.

Se encontró con un fraile franciscano, que sentía simpatía por el nacionalismo catalán y, por ende, por el irlandés. Le explicó que la jerarquía episcopal se había posicionado políticamente a la derecha, lo que había originado que muchos frailes y sacerdotes que ejercían una labor pastoral y social con los más desfavorecidos también fueron criticados e, incluso, perseguidos. El fraile se decantó por las clases subalternas y echaba la culpa al cardenal Segura, arzobispo de Toledo, por criticar el advenimiento de la Segunda República y por la postura ambigua del papado ante el conflicto español –antes de la famosa carta de los obispos–.

Esto desconcertó a O'Donnell, que escenificó la complejidad que debió de existir dentro de los irlandeses que se movilizaron[70]. Él no fue voluntario, pero es trasladable para muchos de los que formaron las BBII. Sin embargo, experimentó de cerca todo lo que ocurrió en el Frente de Aragón y en la sublevación en Cataluña, ya que se unió a los anarquistas. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) tenía una importante presencia social en Cataluña, y más en Barcelona. Los comparaba con el Movimiento Revolucionario de Irlanda al que había pertenecido. Por lo tanto, a pesar de las diferencias en lo que se refiere al papel de la Iglesia católica, en todos los casos se vio como una ramificación de lo que ocurrió desde 1916 en la isla de Éirinn.

Frank Ryan llegó a tener una importante influencia dentro de la política irlandesa. También Peadar O'Donnell, quien destacaba también por su faceta cultural. El ejemplo de Ryan es una muestra de que la sacralización de la política no fue algo exclusivo del fascismo. Dentro de la izquierda también crearon sus símbolos, sus mártires, sus conmemoraciones y sus ritos. Contó con un aura mística similar a la de Ion Moța, tanto en la retaguardia como con sus compañeros de armas. No se puede afirmar que existiese un «caudillismo», como sí existía hacia Moța, O'Duffy, Millán Astray, Primo de Rivera o Franco. Pero, durante la Guerra Civil española, se convirtió no solo en el líder del partido, sino en el representante de la quintaesencia del antifascismo irlandés. El relato de Joe Monk está plagado de referencias a Ryan, a quien describe de la siguiente manera:

> Frank Ryan y David Springhall eran los responsables, elegidos por votación popular, de los

angloparlantes del contingente. Los dos tenían aspecto imponente con sus gabanes de cuero. Frank Ryan incluso ganaba en aspecto marcial, al llevar unas botas lustrosas[71].

Se observa una admiración por el líder, pero, al contrario de lo que ocurría en los casos citados procedentes del fascismo, no procedía de una entidad divina ni de un rango militar superior. Era elegido por el pueblo soberano, aunque, en la propaganda comunista, se sacralizaba también la figura del «pueblo», de la «sociedad obrera y campesina». En la ofensiva de Pozoblanco en febrero de 1937, se observa la fe en el liderazgo militar de Ryan, por lo que no era solo una cuestión política. Cada vez que gritaba a las filas en marcha «¿Estamos decaídos?», se levantaba un bosque de puños, y los hombres envalentonados respondían con un sonoro «¡No!»[72].

Llama la atención que tuviera una mayor trascendencia social que electoral. En julio de 1937 fue herido en el Jarama y volvió a Irlanda; se presentó a las elecciones, pero no salió elegido. Tomó la decisión de volver a España y comenzó la elaboración de *El libro de la XV Brigada.* Alcanzó una mayor relevancia cuando se conoció la noticia de su detención, internamiento en el campo de concentración de San Pedro de Cardeña y condena a muerte. Fue conmutada la pena a 30 años de prisión gracias a la intervención del presidente irlandés Éamon de Valera y del cardenal McRory. Se convirtió en un clamor social la petición de su liberación y extradición a Irlanda, no solo de sus camaradas de la Columna Connolly y de los movimientos de izquierda, sino de casi todo el espectro social. Sin embargo, fue deportado a la Alemania nazi por la Gestapo y murió en 1944, después de pasar por varias cárceles.

Encontraron sus restos en 1963, en Dresde (Alemania). Fueron llevados a Irlanda en 1979 y su funeral fue multitudinario. Participaron representantes de todos los partidos políticos. Reposa en Glasnevin Cemetery, el mismo camposanto en el que se encuentra, curiosamente, Eoin O'Duffy. Sin embargo, la Historia Pública de ambos protagonistas de la Guerra Civil española es muy distinta. Mientras que a Frank Ryan se lo recuerda como un héroe en todo el país por su lucha antifascista, O'Duffy permanece en un forzoso olvido institucional y social, a pesar de que lideró el partido que gobernó el país varios años.

Incluso con la fama que alcanzaron Frank Ryan y la Columna Connolly,

esta no tuvo repercusión electoral en el partido comunista o los laboristas. En general, los sectores antitratado se concentraron en torno a la figura de Éamon de Valera y su Fianna Fáil. Como vencedor de las elecciones al Estado Libre Irlandés de 1933 a las de 1937 y de las de la República de Irlanda hasta el 1948, fue quien estuvo en el Gobierno antes, durante y después de la Guerra Civil española. Apoyó en todo momento el Tratado de No Intervención y siguió la misma política que sus homólogos franceses y británicos. Aun así, mostraron su descontento con las atrocidades del bando sublevado. Las noticias de quemas de conventos perjudicaban si se tomaba partido, como sí lo hicieron la izquierda y parte del IRA, porque parte de sus seguidores defendían el catolicismo desde una perspectiva social o religiosa[73].

ANTICOMUNISMO Y ANTIFASCISMO FRENTE AL ESPEJO

No se puede afirmar en ningún momento que ambos movimientos transnacionales fuesen iguales. Tienen características similares, pero son distintos. Lo que se puede sostener es que la Guerra Civil española fue la primera parada en la lucha que mantuvieron ambos «antis» hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Las dos posturas estaban convencidas de que la defensa de sus ideales debía hacerse en cualquier escenario geográfico, por eso decidieron recorrer miles de kilómetros para matar y, en algunos casos, morir por ese ideal. Consideraban que la defensa nacional dependía de que el comunismo o el fascismo no alcanzase el poder en otros países.

Por lo tanto, la primera similitud está en el nacionalismo, más o menos explícito, que patrocinaban ambos movimientos. En el caso del anticomunismo, era patente, mientras que el nacionalismo antifascista era más «banal». Custodiaban su país y se sentían orgullosos de su cultura, como se ha visto con la brigada irlandesa, pero no tenían una concepción historicista de su «Nación». En este sentido, el antifascismo introduce la democracia como parte consustancial de la forma de entender su «patria», en otros casos, la defensa de la «revolución»[74].

Por el contrario, el anticomunismo preconizaba un nacionalismo historicista, basado en la tradición y que se veía modificado por las características culturales de cada caso. La Guardia de Hierro era radicalmente religiosa ortodoxa y adoptaba una mística religiosa como parte de su ser nacional. Además, era profundamente xenófoba.

La sacralización de la política no solo afectaba al comunismo, socialismo, anarquismo o fascismo, sino a todo el abanico ideológico. En función de los factores culturales de cada país y de la historia de cada movimiento político, se crean mártires a los que recordar. En unos casos, proceden de la tradición cristiana, como el arcángel san Miguel y, en otros, de carácter ateo, como puede ser James Connolly, sindicalista que dio nombre a la columna de irlandeses que fueron a luchar a España.

Además, en este proceso de sacralización de la política, se crean caudillos o líderes a quienes seguir ciegamente. Ion Moţa es el claro ejemplo para la Guardia de Hierro rumana, cuya muerte, junto con la de Vasile Marin, se recuerda con la espada de san Miguel y las iniciales de ambos colgando de la empuñadura. Su muerte conmocionó a su país e impulsó al movimiento fascista rumano, que consiguió, con matices, llegar al poder. La sangre y la muerte son vistas como algo heroico en la propaganda.

En el caso de Frank Ryan, ocurrió algo similar. La izquierda no disfrutó de promoción política; sin embargo, es recordado y puesto como ejemplo de la lucha antifascista irlandesa. Las imágenes de su entierro muestran ese ideal de líder carismático que, elegido, en este caso, por el pueblo –no por un santo, como san Miguel o por Dios, como alegaba Francisco Franco–, perdió la vida por un ideal.

Figura 15. Postal de 1997 de Vasile Marin e Ion Mo¡a conmemorando el aniversario de su muerte. Archivo personal.

Es conveniente señalar que, aunque el antifascismo y el anticomunismo fueron espectros políticos más amplios, solo el fascismo y el movimiento obrero fueron los que se movilizaron con armas en la Guerra Civil española, tanto internacionalmente como si analizamos a las milicias creadas por cada bando, como se verá en el capítulo VII sobre la movilización de la defensa de Madrid.

En este capítulo, se ha prestado mayor atención a los aspectos ideológicos y culturales que a los sociales, fundamental para tener una mayor compresión de aquel momento histórico. Entre el antifascismo y el anticomunismo hay diferencias de fondo muy importantes, pero, si se realiza un análisis transnacional, se pueden ver sus similitudes: defensa de la nación, sacralización de la política y acción activa como un factor definitorio de su generación. Los contrastes residen en cómo entendían cada uno de esos aspectos y por lo que vinieron a dar sus vidas y a

condenar otras. Sin embargo, a pesar de la comparativa, hay que señalar que, no se puede ser demócrata sin ser antifascista, como se demostró tras los juicios de Núremberg, pero la concepción de la política previa fue volátil y diversa.

---

[1] Gallego (2014: 54-77).

[2] Como se explica con mayor profundidad en los tres capítulos siguientes.

[3] Una síntesis en Gerwarth (2017).

[4] Othen (2013).

[5] Se puede apreciar en el caso español, en el que, desde la década de los veinte, surgieron diversos proyectos nacionalistas que pueden encuadrarse dentro del proceso *fascistizador.* Se pueden incluir la dictadura de Primo de Rivera y su Unión Patriótica, el PNE de José María Albiñana –a pesar de declararse monárquico–, la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera, el pensamiento de Ernesto Giménez Caballero, las JONS de Ledesma Ramos o el africanismo militarista –que se ha abordado en el cap. II–. Para una aproximación general al tema, véase Gallego (2014: cap. 1); sobre el pensamiento de Albiñana, Gil Pecharromán (2013); sobre las JONS, Gallego (2005); sobre la dictadura de Primo de Rivera, Quiroga (2008); y, sobre el africanismo, Jensen (2014). Todos analizan las bases ideológicas de los distintos proyectos y, a pesar de llegar a conclusiones diversas, hay puntos en común que prueban ese proceso hacia un fascismo español, propiciado por la sinergia de los movimientos políticos similares surgidos en otros países, pero cada uno con aspectos que los diferencian. Véase la propuesta de Kallis (2003: 219-249).

[6] Blinkhorn (1990:6).

[7] Toda la información sobre este movimiento se sacó de Livezeanu (1995: 234, 300-301), Kallis (2003: 219-249), Carstocea (2017: 163-195 o 2015: 79-97) o Iordachi y Blasco (2017: 75-117), Iordachi (2006: 19-53) o Veiga (1989).

[8] Gentile (2007).

[9] Kallis (2000: 77-104; 2003: 219-249; 2003a: 237-260 y 2004: 9-42), Bauerkämper (2010: 214-246), Bauerkämper y Rossolinski-Liebe (2017:1-38) o Gallego (2006).

[10] Kallis (2000: 77-104; 2003: 219-249; 2003a: 237-260 y 2004: 9-42), Bauerkämper (2010: 214-246) o Bauerkämper y Rossolinski-Liebe (2017: 1-38).

[11] Carstocea (2017a: 216-240 y 2021: 313-335).

[12] Forma parte de lo que se publicó como el *Testamento de Ion Moța,* en el que hay cartas a sus familiares, textos publicados en prensa y estos escritos hallados en un baúl. Moța (1990: 40-41).

[13] Moța (1990: 25).

[14] Moța (1990: 26-27).

[15] Carstocea (2017a: 216-240 y 2021: 313-335).

[16] Totu (1970: 42-43).

[17] Moța (1990: 39).

[18] Iordachi (2004:19-53), Carstocea (2017a: 216-240), Veiga (1989) o Kallis (2003: 219-249).

[19] Totu (1970: 41-42).

[20] Resa (1968: 48).

[21] Yarnoz (1986: 13-15). Se debe citar el debate teórico sobre la conceptualización del franquismo como fascismo o no, desarrollado por Saz (2006), Gallego (2014) o Thomas (2015).

[22] Moța (1990: 39-43).

[23] Es algo común al contexto histórico. Se puede ver en el cap. VIII.

[24] Una idea que defiende Gentile (2007).

[25] Carstocea (2017a: 216-240 o 2021: 313-335), Veiga (1989), Kallis (2003: 219-249) o Iordachi y Blasco (2017: 75-117).

[26] Mota (1990: 43).

[27] Totu (1970: 26).

[28] Kallis (2003: 219-249) y Carstocea (2017: 163-195 o 2015: 79-97, 2017a: 216-240 o 2021: 313-335).

[29] Extractos obtenidos desde la noticia de la muerte a la llegada de los cadáveres, véase Totu (1970: 123-129).

[30] Toda la explicación del entierro y sus consecuencias en Carstocea (2020: 135-163).

[31] Iordachi (2004: 19-53, en 50), Kallis (2003: 219-249) o Veiga (1989).

[32] Carstocea (2020: 135-163).

[33] Iordachi (2004: 38) o Veiga (1990: 185).

[34] Veiga (1989: 187 y ss.).

[35] Kallis (2003: 219-249), Iordachi (2004: 19-53) o Carstocea (2017: 163-195 o 2015: 79-97, 2017a: 216-240 o 2021: 313-335).

[36] Seidman (2017).

[37] Gallego (2007: 318).

[38] Kirk y McElligott (1999: 7).

[39] Pyrooz y Densley (2018: 229-236).

[40] Lundberg (2020: 272-287). También véase Bauerkämper (2017: 360-361).

[41] García, Yusta, Tabet y Clímaco (2017: 1-19).

[42] *Ibid.* o Prezioso (2015: 31).

[43] Talbot (2018).

[44] Seidman (2018).

[45] Tremett (2021: 20-21).

[46] Tremett (2021: 79-81).

[47] Para una información más detallada, véase el libro de Dolan (2006).

[48] Stradling (1999: 23-43).

[49] Dolan (2006).

[50] McGarry (1999), Strading (1999: 128-202) o McLoughlin y O'Connor (2020: 1-27).

[51] McGarry (1999: 37 y 2009: 170 y ss.) o Stradling (1999: 23-43).

[52] McGarry (1999: 50), Stradling (1999: 171 y ss.) o McLoughlin y O'Connor (2020: 28-59).

[53] El libro de Frank Ryan (2019: 102) es una recopilación de testimonios de compañeros de las «brigadas anglosajonas», que compartían el idioma y sentimiento antifascista, y por eso se juntaron estadounidenses, irlandeses, escoceses e ingleses, para defender la república, pero cada uno bajo su propia bandera. Véase McLoughlin y O'Connor (2020: 85-107).

[54] McGarry (1999: 50).

[55] Doyle (2002: 52). Para saber más sobre el particular, véase Stradling (1999: 171 y ss.) o McLoughlin y O'Connor (2020: 28-59).

[56] Monk (2012: 37).

[57] Ryan (2019: 324).

[58] McGarry (1999: 65) o McLoughlin y O'Connor (2020: 85-137).

[59] McGarry (1999: 57-59).

[60] Núñez Seixas (2006).

[61] *El Liberal*, año LVIII, 20.040, 1 de octubre de 1936, p. 3.

[62] Monk (2012: 35-40).

[63] Monk (2012: 51-52).

[64] Ryan (2019: 231).

[65] O'Donnell (2019: 53).
[66] McGarry (2002: 68-90).
[67] McGarry (1999: 109 y ss. y 2009) o Stradling (1999: 6-43).
[68] Monk (2012: 35).
[69] Ryan (2019: 87-95).
[70] O'Donnell (2019: 72-74).
[71] Monk (2012: 34).
[72] Monk (2012: 82).
[73] McGarry (1999: 176-205).
[74] El concepto de *democracia* varía entre las ideologías que forman parte del antifascismo. Se ha visto que forman parte de él desde comunistas a socialistas, anarquistas e, incluso, liberales conservadores como Churchill. Cada uno tenía una propuesta política distinta.

VI. LOS RETALES DE LAS BANDERAS
La construcción del mito de las Mariana Pineda. El caso de Amada García

A la comarca de Ferrol, el golpe de Estado de 1936 no llegó hasta el 20 de julio. Ese día se sublevaron algunos buques que estaban atracados en el Arsenal Militar de Ferrol, punto clave de la rebelión en Galicia. Allí se encontraban también acantonados los Regimientos de Infantería de Mérida n.º 35 y de Costa n.º 16 pertenecientes a la División n.º 82 de la VIII División Orgánica del Ejército de Tierra. Asimismo, la sociedad civil, a causa del fuerte asociacionismo obrero nacido en los astilleros de la contigua localidad de Fene, que empleaban a miles de trabajadores, salió a luchar contra la insurrección.

El resultado fue un conato bélico, el mayor de los producidos en territorio gallego, que finalizó con la muerte de numerosos obreros y, esencialmente, marineros. La victoria y el control de Galicia llegaron de la mano de una brutal represión que se saldó con 107 muertos en el primer año de guerra y más de 300 detenidos en toda la comarca. A lo largo de los tres años que duró la contienda, un total de 1.353 personas fueron represaliadas de algún modo en Ferrolterra. El castillo de San Felipe, situado en la entrada de la ría, se convirtió en cárcel, y sus tapias, en paredones. Los vecinos que vivieron aquellos sucesos jamás pudieron olvidar el sonido de los disparos de los fusilamientos que se produjeron en los cuarteles de Dolores o Sánchez Aguilera, situados en zonas céntricas de la ciudad departamental.

Entre toda esta violencia represiva, prevaleció en el recuerdo de la comarca una historia muy concreta y que se repite con pequeños matices en función de quién sea el narrador. El relato, recogido de diversos testimonios, cuenta que Amada García, una joven de Mugardos –pueblo costero cercano a la ciudad departamental– fue apresada por las autoridades golpistas por tejer una bandera, que, según la ideología o clase social del orador, era republicana o comunista.

Figura 16. Retrato de Amada García durante el periodo republicano. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo Gabriel Toimil.

En aquel momento, se encontraba embarazada, por lo que las autoridades militares esperaron a que diera a luz para asesinarla. Hay diferentes versiones. Unas aportan el nombre de la víctima; otras omiten que estaba embarazada; hay quienes recogen que la mataron aun estando encinta; también se asegura que esperaron a que diera a luz; o que el hijo nacido justo antes de su asesinato era de un falangista con el que tuvo relaciones para intentar salvar su vida; otras deslizan que era fruto de su relación con su compañero de vida, un dirigente comunista de la zona.

Llama la atención que, aunque haya sido el territorio que padeció más asesinatos y encarcelamientos de toda la geografía gallega, este suceso sea el más recordado. Una mujer que nació en la primera década del siglo pasado y vivió en Ferrol aseguraba que «lo peor que pasó aquí, además de lo del arsenal, fue lo de la mujer de Mugardos que mataron por bordar una bandera comunista». Un hombre nacido en la posguerra, cuyos padres fueron perseguidos, recuerda que a una mujer que estaba embarazada la «asesinaron tan solo por tejer una bandera republicana, ¿crees posible tal crueldad?». Pilar B., nacida en la década de los cincuenta, destacaba la misma historia: «Pobre Amadita, una mujer

embarazada que mataron por tejer una bandera». De forma espontánea en las conversaciones surge que «en esta zona mataron a una mujer por tejer una bandera». Incluso el hijo del que estaba embarazada durante el proceso judicial militar, Gabriel Toimil, recuerda que conoció la historia de su madre cuanto tenía 12 años a través de conversaciones que escuchaba de sus abuelos maternos, recalcando siempre la cuestión de la bandera[1].

Pero ¿qué ocurrió de verdad? ¿Quién era Amada García? ¿La mataron por tejer una bandera?

LOS «TELARES» DE LA REPRESIÓN

Alrededor de la historia de Amada García se creó lo que el historiador Andrés Domínguez Almansa denominó relato comunitario, es decir, una historia utilizada por un grupo de individuos como demostración de la brutalidad desplegada en la comarca ferrolana y, por extensión, en Galicia[2]. Para que triunfase el relato y sirviese para crear una identidad e imagen de la violencia de los que se mantuvieron leales a la República, hubo que silenciar parte de la realidad y volver a «recluir» a la mujer en el espacio doméstico. Llama la atención que la tradición oral tan solo remarca que la asesinaron por tejer una bandera. A su vez, la historia adquiere un cariz dramático al encontrarse embarazada cuando la condenan a muerte, esperando a que dé a luz para que se lleve a cabo la sentencia. Sin embargo, se obvia que Amada, desde muy joven, militó en el PCE de la localidad de Mugardos y que fue muy activa en las manifestaciones en defensa de los derechos de los trabajadores de la comarca.

Hay concomitancias con otros relatos de mujeres represaliadas durante la contienda y en la posguerra, en el que predomina ese aspecto «doméstico» e, incluso, «dócil», a ojos del patriarcado, de la asesinada, frente a su verdadero papel en la esfera pública y su filiación política. Por ejemplo, Matea Luna Alarma, cuya muerte tuvo lugar en la localidad de Villalpando, en la provincia de Zamora, en agosto de 1936. El recuerdo transmitido en la comarca es que su ajusticiamiento se debió a tejer y ondear una bandera republicana desde la casa del Ayuntamiento el día de

la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931. Tras el golpe de Estado, Zamora cayó en manos de los sublevados, y Matea fue arrestada junto a su hermano Salvador, de 50 años, secretario de la localidad y candidato a Cortes del PCE. Fue ajusticiado, junto con otros individuos con responsabilidades políticas, a los pocos días de iniciarse la asonada.

Sin embargo, en lo que se refiere a su hermana, su triste final se mantuvo en un segundo plano, a favor de privilegiar el simbolismo de la bandera. Se omitía que ella había sido una mujer con presencia en la vida pública y política de la localidad, como demuestra que en 1933 encabezase una protesta porque la orden religiosa de las Hijas de la Caridad usaba para sus fines educativos un edificio municipal, mientras que la escuela pública se encontraba en una situación lamentable. Asimismo, el puesto de responsabilidad política de su hermano hace pensar que en el seno familiar ya existía un caldo de cultivo para una socialización en unos valores políticos próximos a la izquierda. Posiblemente, la influencia social y política que pudo tener en Villalpando fue el motivo real que estuvo detrás de su asesinato, y no esa significativa imagen de tejer y ondear una bandera republicana[3].

Según la investigación de Enrique González Duro, en el pequeño pueblo de Uncastillo, en la provincia de Zaragoza, violaron, asesinaron y quemaron los cadáveres de dos mujeres «por el único "delito" de bordar una bandera republicana»[4]. En la localidad de Vejer de la Frontera, en la provincia de Cádiz, Ana Rossi fue la única mujer ejecutada por los golpistas en aquella localidad y, según la tradición oral, la razón esgrimida había sido haber tejido una bandera. En la capital gaditana una de las cigarreras había sido fusilada por lo mismo, cuando el personal de la fábrica había luchado por la implantación del horario de ocho horas y la equiparación salarial de las mujeres con los hombres, estando a la vanguardia, en ocasiones, de las reivindicaciones sociales[5].

Las hermanas Ángela y Magdalena Flechoso Blanco, de Beasain, en Guipúzcoa, fueron asesinadas con 15 y 17 años en Zamora, se dice que por bordar banderas republicanas. Es una historia muy popular en la tradición oral, debido a que fueron las más jóvenes en morir allí, por eso, el mito se propagó sin dificultades. Sin embargo, como señala el Foro por la Memoria de Zamora, ambas hermanas eran militantes de las Juventudes

Socialistas Unificadas (JSU), una ideología que habían absorbido en el seno familiar, puesto que sus progenitores también eran miembros del partido. Baltasar, su padre, fue detenido en 1937 por esconder a huidos, y el novio de Magdalena también fue asesinado. Una forma de probar la vinculación sociopolítica de ambas hermanas con la causa socialista es que incluso Magdalena habría sido abanderada en la manifestación del Primero de Mayo en Zamora, así como la imagen de la Segunda República en la Fiesta de los Trabajadores. Participaron, según sus acusadores, en otros actos políticos relevantes de la ciudad[6].

Por su parte, Juana Díaz Gil era natural de La Palma del Condado –provincia de Huelva–, ama de casa, viuda y madre de dos hijos que fueron reclutados de manera forzosa por los sublevados. Según sus nietos, bordaba para ganarse la vida. Al principio del conflicto, recibió un encargo para bordar una bandera republicana, motivo por el que fue delatada y perseguida cuando tenía 42 años:

> El día 7 de agosto de 1936 fue sacada de su casa y llevada a la cárcel del pueblo. Fue sacada de la cárcel el día 13 del mismo mes y ahí se perdió su pista. Mi padre regresó de la guerra a buscarla, pero nunca la encontró. Hay señores mayores que me comentaron que la asesinaron a tiros en una cuneta en el puente de la Nicoba, entre San Juan del Puerto y Niebla; otros, que fue en una cuneta camino de Chucena; en la cárcel de La Palma dijeron que se la habían llevado a la cárcel de Huelva, pero nunca se encontró[7].

Se puede proseguir con Diana y Libertad Mingorance, naturales de Buenos Aires y afincadas en Madrid en 1936, condenadas por elaborar banderitas de papel y una bandera tricolor cosida a máquina para celebrar el Día de la República en plenos años cuarenta. Las dos fueron detenidas, pero Diana fue sentenciada a dos años, cuatro meses y un día de reclusión por asociación ilícita. Sin embargo, cabe decir que ambas militaban en las JSU, Diana, desde los 15 años, e incluso formó parte de un batallón de las Milicias Internacionales, por lo que, de nuevo, se está ante una mezcla entre el mito y la realidad. Lo preeminente era el hecho de que pudiera tejer una bandera, y no su compromiso político, que debía de proceder ya de su familia, puesto que es significativo que llamasen Libertad a una de sus hijas[8].

Por lo tanto, en distintos puntos de la geografía de la represión española se encuentran ejemplos similares, en los que los elementos mujer-

bandera-muerte conforman un trío indisociable. De este modo, y sin hacer un recorrido más exhaustivo, se puede afirmar que fue un mito bastante extendido y que, independientemente de la verosimilitud o veracidad de los ejemplos expuestos, su importancia reside más en lo que suponen como imagen para la comunidad que la relevancia que pudieron tener en su momento. Son relatos identitarios de la represión franquista que muestran la bestialidad y sinrazón que acompañaron al 18 de julio[9].

ENTRE COSTURAS. LA FEMINIDAD EN LA HISTORIA DE LOS CONFLICTOS POLÍTICOS

A lo largo de la historia, la relación de las mujeres con los cambios políticos y revolucionarios, así como con los acontecimientos bélicos, estuvo más ligada a representaciones culturales que a una verdadera participación activa en el campo de batalla. Se debía a que la sociedad delimitó los espacios públicos dedicados a la mujer y al hombre. Mientras que el descomedimiento pertenecía al mundo masculino, la mujer permanecía recluida en el espacio doméstico, donde quedaba a cargo del cuidado y educación de los hijos en los mismos valores citados para perpetuar la «especie», la «nación» o la «sociedad». Tenían que criar hombres resolutivos, de ahí la tradicional importancia de dar a luz un varón.

Las relaciones que establece el patriarcado indujeron el sentimiento de que existen «masculinidades y feminidades normativas», que son esquemas simbólicos que se han adoptado como algo natural en la relación entre géneros. En ella la mujer queda en una posición de sumisión frente al hombre y sus intereses[10]. En este sentido, la masculinidad está intrínsecamente ligada al poder, la virilidad o la valentía. Por su parte, la feminidad vincula a la mujer al espacio doméstico, a ser la acompañante del varón y al cuidado de los hijos[11].

Por este motivo, desde la tradición griega se encuentran personajes femeninos enclaustrados en el hogar. El acto de la costura ha sido tradicionalmente la mejor manera de representar simbólicamente a la mujer en ese lugar reservado –el hogar– para ellas. Dentro de la mitología

griega existen las conocidas como *diosas tejedoras:* Moiras, Atenea y Ariadna. Según la historiadora Olaya Fernández, las Moiras eran las encargadas de tejer el hilo «por el que se rige el destino humano» y «representan la invisibilidad del trabajo femenino». Por su parte, Atenea es la diosa patrona de las hilanderas, tejedoras y bordadoras, que fue subyugada por Zeus, a pesar de su intento por salir de esa invisibilidad.

La princesa Ariadna, hija del rey Minos, vivía en la isla de Creta, junto al laberinto del minotauro Asterión. Creta obligaba a Atenas a enviar anualmente a catorce jóvenes para que fueran devorados por el minotauro. Teseo, héroe de Atenas, se prestó voluntario, y Ariadna se enamoró de él. Para que no perdiese la vida, le dio un ovillo de lana mágico para que no se perdiese en el laberinto y saliese con vida. Así huirían juntos y se casarían. Este le ofreció la inmortalidad a cambio, pero la abandonó a mitad de camino cuando ella se quedó dormida en la playa. Son personajes femeninos que muestran fragilidad y están vinculados con aspectos domésticos, como el telar[12].

Uno de los ejemplos más conocidos se puede encontrar en las obras atribuidas a Homero de la Ilíada y la Odisea. Ulises u Odiseo, hijo de Laertes, estuvo luchando diez años en la guerra de Troya, y otros tantos tratando de volver a casa. Mientras tanto, su esposa Penélope se quedó en Ítaca. Durante ese tiempo, no le faltaron «pretendientes», a quienes mantenía esperando mientras tejía de día en su telar y destejía de noche, postergando y evitando casarse con otro mientras aguardaba el regreso de su marido. Se observa cómo la mujer abnegada permanece en el hogar, pero, en ese ínterin, el hombre vive aventuras propias de su género (según la concepción del momento), como la guerra. Este mismo tipo de leyendas se encuentran en las comunidades mesopotámicas.

Con el surgimiento de las revoluciones liberales y el nacimiento del concepto de *nación,* terminaron de plasmarse en el plano alegórico, como se observa en el mito de la Marianne, símbolo de la República francesa tras la Revolución de 1789, que se extendió a varios países, en concreto, a los que lucharon por la independencia de la metrópoli a principios del siglo XIX, en un contexto histórico en el que empezaron a ser importantes los símbolos nacionales, como la bandera o el himno.

Sin embargo, su origen proviene de las tradiciones precristianas y cristianas. Es conveniente remarcar que el nombre de Marianne, de

Mariana, en castellano, tiene origen bíblico, ya que *María* significa «la elegida», y *Ana,* «llena de gracia». Por lo tanto, este icono se crea dentro de los marcos mentales del catolicismo, que mantenía una visión de la mujer como «Anas», creadoras «de gracia», es decir, de «hijos», en este caso, para la «Nación». De este modo, se observa cómo, dentro de una corriente que rompe con el Antiguo Régimen, profundamente patriarcal y machista, se mantuvo esa cosificación de la mujer a lo largo de los siglos XIX y XX.

La participación de las mujeres tanto en el proceso intelectual, a través de la Ilustración, como efectivo, en las barricadas, quedó obviada de los discursos públicos que sobre este fundamental acontecimiento habían formulado. Mary Wollstonecraft u Olympe de Gouges, autoras de la *Vindicación de los derechos de la mujer* y *Declaración de derechos del hombre y la mujer,* respectivamente, tuvieron que sufrir que sus obras quedaran relegadas a un segundo plano a favor de las de los hombres, así como que su papel fuera el de la mera imagen[13].

Es el cuadro de Eugène Delacroix, pintado en 1830, de La Liberté guidant le peuple el que representó más claramente esa imagen de la Marianne. La participación femenina quedaba alegorizada como la de una bella joven semidesnuda que avanzaba delante de las tropas que representaban al pueblo –se puede observar cómo aparecen los distintos estamentos sociales en diferentes planos– llevando una bandera que simbolizaba el nacimiento de la nación francesa. La mujer es la única que no porta un arma, y parece una imagen más mística que real, un ideal que perseguir, a ojos de los hombres, que serían los que terminaran con el poder despótico del Antiguo Régimen. Así, aunque está en el centro de la imagen, queda apartada a un segundo plano, en el que las armas las portaban los varones y ellas encarnaban la pureza de la revolución y la figura de la «madre» patria.

Un ejemplo de la otra gran Revolución de principios de siglo XIX es la leyenda de Betsy Ross. Se dice que fue la encargada, en 1776, de tejer la bandera de los recién creados Estados Unidos de América a petición George Washington, y que llegó incluso a sugerirle que las estrellas tuviesen cinco puntas y no las seis propuestas. Quedó inmortalizado en un importante cuadro de 1909 de Edward Percy Moran, The Birth of Old Glory. En ambos, de ellas surge la nación –a través de su principal

enseña–, pero quienes se encargaban de levantarla y gobernarla eran los hombres. Asimismo, quedan nítidamente expuestos estos dos espacios a través del arte. El poder de decisión y las armas, para el masculino; la esfera privada y el porqué de la lucha, para el femenino, encarnado, además en un término que infantiliza al género femenino: *la defensa.*

Fue tal el impacto de la Marianne en el imaginario colectivo que fue empleada en múltiples ocasiones por diferentes revoluciones, movimientos y sistemas políticos a lo largo de los siglos XIX y XX, como, por ejemplo, para representar los dos regímenes republicanos españoles. El objetivo que se perseguía era el mismo: vincular la pureza de la mujer a la supuesta justicia del sistema político. Por tanto, quedaba así emparentado el símbolo nacional más importante con la mujer. Esta concepción, profundamente liberal, se trasladó a toda América Latina y sus guerras de independencia, en las que se pueden encontrar ejemplos similares.

Por eso su punto álgido se manifestó en aquellos momentos de terror bélico y en los que los espacios de la mujer y del hombre se disponían en compartimentos estancos, por lo menos, en el plano simbólico. Eso caló en la sociedad, en la que, como se observa en el ejemplo propuesto, al hombre le correspondía el ámbito público: el poder político y social, con su preceptiva toma de decisiones, el empleo de la violencia y, por supuesto, la guerra. La mujer estaba recluida en el privado[14], y no hay mejor forma de simbolizarla que a través de la costura.

Por este motivo, los mitos de Betsy Ross, de la Marianne francesa o de Mariana Pineda tienen en común que proceden de la tradición liberal. En esta creación de la leyenda fue fundamental el papel que cumplió la cultura, ya que se pueden encontrar numerosas obras en las que se estereotipa a la mujer, circunscribiéndola al mundo privado. Del mismo modo, las revoluciones liberales incorporaron a la mujer al mundo laboral, pero en planos muy concretos, como las conserveras en el ámbito marítimo y en la confección y costura en las fábricas[15].

De la tradición liberal surge la cultura política republicana, que en España presenta su propia fábula, relacionada directamente con el caso de estudio[16]. Se trata del conocido episodio de Mariana Pineda, encarcelada, ajusticiada y asesinada en mayo de 1831, en teoría, por bordar una bandera de color morado con un triángulo en el centro de

color verde en el que se podía leer «Libertad, Igualdad y Ley», que representa la oposición al absolutismo de Fernando VII. Circulaba en algunas de las coplas cantadas entonces que intentó seducir a sus captores para quedar libre, fiel reflejo de la idea que pervivía sobre las mujeres y el uso de sus encantos, aquí, para librarse de ser ejecutada, algo que no conseguiría. Una de las que se oían en los patios del Albaicín a mediados del siglo XIX, recogida por el historiador Carlos Serrano, decía así:

> Granada triste está
> porque Mariana Pineda
> a la horca va
> porque Pedrosa y los suyos
> sus verdugos son,
> y esta ha sido su venganza
> porque Mariana Pineda
> su amor no le dio[17].

Esta injusticia del absolutismo frente al liberalismo español de la Guerra de Independencia y la Constitución de Cádiz de 1812 quedaba otra vez fijada mediante una mujer, una bandera y el nacimiento de una nación de corte liberal. La relevancia que tuvo en el imaginario colectivo, pudo provocar que Benito Pérez Galdós incluyera su historia en sus *Episodios nacionales,* o si sucedió a la inversa y la aparición en este libro fue la que logró que la leyenda tuviera un mayor recorrido.

Del mismo modo, aparece en una obra de teatro de Francisco de Paula de 1838 y en la archiconocida de Federico García Lorca de 1925, esta última, con el título de *Mariana Pineda.* Todas siguen el patrón de la mujer inocente que murió por un acto banal como tejer una bandera, en un contexto en el que eran los hombres quienes tenían que «luchar y morir» por ciertos ideales. Así aparece incluso en la obra de teatro del autor granadino. Se puede dar cuenta de ello en la conversación entre los personajes de Angustias y Clavela, en la Estampa Primera, Escena Primera, en la que no conciben que exista otro motivo posible, como puede ser la participación en la vida público-política. Únicamente pueden imaginar que hayan sido el enamoramiento o el engaño los que la hicieran haberse prestado a coser una bandera:

> *Escena I*

CLAVELA.– *(Entrando.)* ¿Y la niña?
ANGUSTIAS.– *(Dejando la lectura.)* Borda y borda lentamente.
Yo lo he visto por el ojo de la llave.
Parecía el hilo rojo, entre sus dedos,
una herida de cuchillo sobre el aire.
CLAVELA.– ¡Tengo un miedo!
ANGUSTIAS.– ¡No me digas!
CLAVELA.– *(Intrigada.)* ¿Se sabrá?
ANGUSTIAS.– Desde luego, por Granada no se sabe.
CLAVELA.– ¿Por qué borda esa bandera?
ANGUSTIAS.– Ella me dice que la obligan sus amigos liberales.
(Con intención.) Don Pedro, sobre todos; y por ellos se expone…
(Con gesto doloroso.) … a lo que no quiero acordarme.
CLAVELA.– Si pensara como antigua, le diría… embrujada.
ANGUSTIAS.– *(Rápida.)* Enamorada.
CLAVELA.– *(Rápida.)* ¿Sí?

En la memoria colectiva quedó una imagen de candidez, inocencia y desconocimiento sobre los motivos que podría haber tenido Mariana. ¿Era esto así? En primer lugar, era hija de solteros, algo poco común en aquella época, y que seguro que influyó en su forma de pensar. Perdió a su padre y a su madre. Después, se encargó de ella su hermano, pero finalmente fue entregada en adopción a José de Mesa y a Úrsula de la Presa, importantes comerciantes, quienes la enviaron a estudiar al Colegio de Niñas Nobles de Granada. Tuvo, qué duda cabe, una niñez traumática, pero también gozó del acceso a una educación y a una posición social, algo que se omite.

Se casó con el militar Manuel Peralta y Valte, defensor de las ideas liberales, y se dice que su domicilio era un centro de reunión. Cuando su marido murió en 1822, se puede comprender que lo que había vivido y oído no le pasó desapercibido, por lo que se unió a la causa liberal y, con la llegada de la Década Ominosa, acogió en su casa a los perseguidos. Asimismo, ayudó a un primo suyo, Fernando Álvarez de Sotomayor Ramírez, a escapar de la cárcel donde cumplía condena desde 1827 por haber participado en diversas conspiraciones liberales. Por lo tanto, se puede afirmar que la imagen que a menudo se extrae del mito camufla ideas preconcebidas sobre la mujer, relacionadas con los conceptos de masculinidad y feminidad de la época, que se modificaron levemente a lo largo de ese siglo. Es más, se asegura que la bandera no solo no la tejió

ella, sino que mandó hacerla a las tejedoras del Albaicín, barrio de la ciudad de Granada[18].

DEL TELAR A LA CALLE. LA REPRESIÓN CONTRA LA ACTIVISTA AMADA GARCÍA

Se han visto las similitudes que existen entre la historia de Amada García y las de otras asesinadas por los sublevados con el mito de Mariana Pineda: una mujer cándida que se dedica a la costura y que borda una bandera a petición de los líderes políticos. En un contexto bélico, los «enemigos» de las ideas que representa la enseña deciden apresarla, asesinarla e, incluso, violarla y ultrajarla. En todos los relatos dibujan a una mujer desconocedora de la realidad sociopolítica del momento y, como en la obra de Lorca, se cuenta que lo hizo engañada o por amor. Pero se ha visto que, en todos los casos referidos, eran militantes activas en el movimiento obrero, por lo que sus asesinatos fueron realmente por ser quienes eran y por lo que representaban en sus comunidades.

Entonces, ¿quién fue Amada? ¿Qué le ocurrió? Fue una líder política de izquierda que representaba la idea de mujer contra la que se impuso el franquismo: joven, comunista, había tirado la puerta del patriarcado abajo y se significó fuera de ese «telar», del espacio doméstico. Cuando se produjo el golpe de Estado en 1936, contaba con 26 años. Su padre, Juan García, era masón, y su madre, Petronila Rodríguez, muy amiga de los religiosos de la villa pesquera, un ejemplo de que las relaciones sociales no se habían roto a causa de la política, con independencia del ruido mediático que procedía de Madrid. Toda la familia era natural de, y residía en, Mugardos, una pequeña villa costera de la comarca de Ferrolterra. Amada había cursado estudios, igual que sus hermanos. Todo parece indicar que fue el seno familiar su primer estadio de socialización en favor de la defensa de los derechos sociales y de la educación[19].

Se casó con Gabriel Toimil Dopico, operario de maestranza en los astilleros de Ferrol que había participado en la defensa de la Segunda República tras el golpe de Estado. Ambos estaban afiliados al PCE, y él tuvo puestos de relevancia. Puede mostrar este hecho que el segundo

estadio socializador pudo ser su relación de pareja. Amada tomó parte en diversos actos políticos a lo largo de la Segunda República y fue una persona con una importante significación pública en toda la comarca[20].

La causa militar se abrió para conocer los actos que se produjeron en Mugardos cuando estalló el golpe de Estado y su análisis desmitifica su fábula. Comenzó el 24 de marzo de 1937. Fueron acusados por «rebelión militar» un total de 44 hombres y 2 mujeres, Amada y Elena Leira Leira[21]. A medida que avanzó la investigación, fueron incorporando a más vecinos de Mugardos, de Fene y Ares, como consecuencia de la vinculación y relación institucional entre organizaciones políticas.

Se afirmaba que el sargento Eladio Ramos Rodríguez, José Castillo Moreno y José Rodríguez Valverde, del cuerpo de carabineros, destinados en aquella villa, se habían encargado de apresar a personas de filiación política de derecha por orden del alcalde de la ciudad. Los principales acusados fueron Juan José Teijeiro Leira «Macicos», de 42 años y miembro del PCE, y el desertor del Regimiento de Infantería Mérida n.º 35 Jesús Planas Rodríguez, de 23 años, que permanecían huidos en los montes, según algunos vecinos.

Ambos colaboraron, junto con los citados a pie de página, en lo que describieron los guardias civiles como «un levantamiento revolucionario» contra el Pazo do Piñeiro, en la localidad de Ares, en los días sucesivos al golpe de Estado. Murieron un sacerdote, el carabinero Julio Fernández Sánchez –vinculado a sectores de la derecha política de la localidad– y el hijo de José Otero, dueño del citado establecimiento y médico de profesión. Acudieron, según el teniente de carabineros, junto a Clemente Periago Segovia, con bombas y dinamita, una afirmación que se debe poner en cuarentena por los excesos que se producían en las acusaciones de estos juicios. Sí parece que hubo, como afirma el resto de la tropa, un gran número de personas al mando del alcalde de Mugardos, Juan Prieto Balsa. Por otro lado, querían averiguar quién había participado en el control y preparación de la localidad para protegerse de los golpistas a través de una requisa de armas y vehículos, y haciendo prisioneros a personas destacadas de derecha.

Todos los testigos, declarantes y delatores señalaron que la organización recayó en personas cercanas a la corporación municipal. En el juicio, para intentar salvar la vida, culparon al alcalde, Juan Prieto, y a su teniente de

alcalde, Ramón Ríos Sordo, maquinista naval retirado y miembro de IR. El acusado Juan José Teijeiro, en su declaración afirmó que asesinaron «extrajudicialmente», el 17 de agosto de 1936, al teniente de alcalde porque «anduvo patrullando por las inmediaciones del Ayuntamiento como unas dos horas, al cabo de las cuales entregó el arma a otro, yéndose a casa».

Continuó diciendo que, al día siguiente, los hicieron ir a Ferrol a por hombres, y pudieron reclutar solo a dos, que entraron en las casas de los vecinos y obligaron a quien podía a ir al pazo en un camión. Terminó su declaración diciendo, por miedo al futuro que se le auguraba, que estaba «dispuesto a marchar a cualquier frente, formando parte del Tercio de cualquier unidad, para defender con las armas a España». Por la misma defensa, culpar a un compañero al que ya habían asesinado los golpistas, optó el acusado Jesús Plana, al señalar a un concejal por patrullar por las calles con el fusil con el que había desertado cuando se supo de la sublevación.

Una declaración fundamental fue la de Manuel Vázquez Fariña, de 29 años, natural y vecino de Mugardos. En su testimonio ante el juez militar, el 12 de abril de 1937, desplegó un listado de nombres que, según él, se habían «rebelado» contra las nuevas fuerzas vivas insurgentes y participado en la toma del pazo. Entre las personas a las que delató se encontraba Amada, que, según el nuevo alcalde y subdelegado gubernativo colocado por los nuevos poderes fácticos,

> durante los días de la revolución se encontraba en el Ayuntamiento y opinaba que debía arrojarse a los presos a un pozo cuando se trataba de la suerte que iba a hacérseles correr, cuyas palabras oyó perfectamente el declarante, tratándose además de una mujer comunista de acción que alternaba en mítines y dirigía la palabra a las masas excitándolas a cometer todo género de salvajadas, la cual estuvo detenida después del movimiento y puesta en libertad, aunque se halla castigada en su casa sin salir a la calle por disposición gubernativa[22].

Queda patente la inquina con la que Manuel Vázquez Fariña habla de la dirigente, que no «costurera», del PCE. Sin embargo, y a pesar de la exageración que pudiera haber en las palabras del nuevo alcalde favorable a los golpistas, se puede colegir de ellas que Amada era una mujer con una fuerte presencia pública en la localidad y que participaba activamente, y no solo como afiliada, en política.

Otro testimonio relevante fue el de Manuel Fontán Cartelle, de 39 años, trabajador del Ayuntamiento de Ferrol y militante por aquel entonces de Falange Española y de las JONS. Se desconoce si su filiación se dio antes o después del 18 de julio de 1936, pero se interpreta por los hechos que era una persona de significación política de derecha. En su declaración ante el juez, aseguró que estuvo preso, incriminando a los dos principales acusados, así como a otros vecinos de la localidad. Muchos de ellos eran los mismos a los que había delatado Manuel Vázquez, entre los que se encontraba Amada, a la que definió de la siguiente forma:

> Es comunista de acción y predicaba su ideología en mítines y manifestaciones, la cual, en unión de otra mujer llamada o mejor dicho conocida por la señora de Tenreiro, llamaban cobardes a los elementos extremistas y los excitaban a que matasen a los presos arrojándolos por el pozo que existe en el edificio de la cárcel.

Uno de los numerosos presos, Esteban Cortizas Vilar, de 43 años, de profesión artista, estaba afiliado a Falange, aunque se desconoce cuándo ingresó en la organización. Señaló a las mismas personas, destacando al conocido «Macicos» como líder de la oposición al golpe de Estado y de la toma del pazo. Sin embargo, el juicio empezó a manifestar otro cariz. Por algún motivo que se desconoce, desde que intervino el nuevo alcalde de Mugardos, los dos siguientes interrogatorios se centraron en averiguar cuál fue la participación durante aquellos días de Amada. El 19 de abril de 1937 afirmó que,

> por último, de Amada García, sabe a ciencia cierta por propias manifestaciones de la interesada y por sus actividades que es acérrima comunista, predicadora de sus ideas, pues hablaba en mítines y propagaba su ideología, habiendo formado en el pueblo la Sección Femenina Comunista, poniéndose ella al frente, que durante el movimiento estuvo continuamente noche y día en el Ayuntamiento, siendo su voz una de las que más destacaban y que, el día 21 de julio, a las 10 de la mañana, la oyó decir el declarante que ordenaba a unos extremistas que abriesen las puertas del pozo para tirar al mismo a los presos, entre los que se encontraba el declarante, que preparó café para los marxistas y continuamente lo animaba para la lucha.

Del mismo modo, cargaron contra otra mujer que, según los testimonios, llamaba *cobardes* a los milicianos que no se decidían si ir a luchar o no, diciéndoles: «Ánimo, hombres, que a nosotros no hay quien nos venza, que somos muy grandes». Se refieren a ella como la «señora de

Tenreiro» y no por su nombre, Elena Leira Leira. Su marido, José Tenreiro Delgado, un importante militante comunista y secretario del Ayuntamiento de Mugardos, había sido fusilado el 18 de agosto de 1936 a los 33 años. En las dos declaraciones señalaban a Amada con nombres y apellidos, mientras que, a la otra mujer, muy activa en aquellos momentos, la llamaban con el apelativo de «señora de».

El juicio seguía su curso y las declaraciones no variaban en referencia a los acusados. Simplemente, iban añadiendo detalles sobre lo que había ocurrido durante aquellos tres días. Posiblemente, fuera a partir de la declaración del 20 de abril de 1937 de Venancio Porta Acebo, chófer de 20 años, donde apareció el mito de la bandera, al decir de Amada que «era comunista de predicación, la cual tenía la bandera roja». De todas estas acusaciones, ella se excusó negándolas delante los miembros de la Guardia Civil en el interrogatorio y, posteriormente, reafirmándose ante el juez el 27 de abril de 1937. Alegó que solo salió de casa a buscar a su marido, en un claro un intento por salvar su vida, al encontrarse prisionera en su propia casa.

Fueron interrogadas todas las personas que habían formado parte de la toma del Ayuntamiento y del pazo, y que habían estado patrullando las calles de Mugardos para protegerse de la rebelión militar. Entre las acciones que se llevaron a término, sobresale la comentada de hacer presas a personas de derecha de renombre en la ciudad, como los que declararon en contra o los asesinados, entre los que se encontraba un miembro del cuerpo de carabineros. Sin embargo, todos, independientemente de la afiliación política, de IR al PCE, pasando por el PSOE, se señalaban entre sí, aunque solo pronunciaran los nombres de las personas que habían sido fusiladas por las fuerzas de Falange, o sentenciadas a pena de muerte, o asesinadas en el castillo de San Felipe. En el resto de la causa, la presencia de Amada es testimonial, pues lo que buscaba el juicio militar era conocer quiénes habían sido parte activa en los «actos de Mugardos». A causa del miedo y de intentar salvar la vida, los declarantes que había participado en alguno de aquellos actos se fueron acusando unos a otros.

Como toda la justicia golpista, simplemente había en ella una tenue pátina de legalidad para tratar de legitimarla. Sin embargo, estaba controlada, y solo daban veracidad a las declaraciones que reforzaban sus

objetivos. Como se ha podido observar con el análisis del juicio, se fiaban tanto de lo que les habían dicho los delatores como de lo aseverado por vecinos y personas que participaron en aquellos hechos y que, por miedo, señalaron a otros. En este último caso, normalmente se acusaba a gente que se sabía que estaba ya huida o fusilada. Por eso, en el auto de procesamiento contra Amada emplearon las mismas palabras que habían dicho los dos miembros de Falange que habían estado presos.

Se centraron en su papel en el Ayuntamiento arengando a los milicianos, proponiendo tirar a los presos al pozo, y en su vinculación política con el comunismo durante la Segunda República. A partir de ese 12 de mayo de 1937, Amada volvió a la cárcel junto con otros acusados, entre los que se encontraba Elena Leira Leira. Amada se reafirmó durante todo el juicio en que ni siquiera había estado en el Ayuntamiento y, como Elena Leira Leira, negó que tuviese vinculación con el PCE y sus actividades.

Otro de los puntos en los que pudo nacer el mito de la bandera fue en la descripción del informe del juzgado de Mugardos de la alcaldía, aunque, en primer lugar, destacaron el papel activo que desarrollaron dentro del PCE de la localidad y tras el golpe de Estado:

> Amada García Rodríguez y Elena Leira Leira son personas que durante el funesto Frente Popular se han distinguido en todos los actos propagandísticos, no cesando de campañas contra las personas de orden. Amada, en distintas ocasiones, fue portadora de banderas y estandartes comunistas. Pronunciaron en distintos puntos de la demarcación discursos para atraer a gente que ellas acaudillaban, considerando a las dos personas de cuidado. En los primeros días del movimiento no cesaron de dar gritos por las calles conminando a las personas para que saliesen en defensa de los ideales que ellas defendían.

Por ello, se puede afirmar que ambas desempeñaron un papel relevante dentro del comunismo de la pequeña localidad pesquera de Mugardos y que participaron en mítines y manifestaciones. Esto rompe con dos mitos: por un lado, que la Galicia rural permaneció al margen de la actividad política y, por otro, el de la mujer que, confinada en el espacio doméstico, se dedicó a bordar banderas. Ambas fueron activas en la vida pública. Del mismo modo, hay que poner en cuestión, sin negarlas, las acusaciones de querer asesinar a los prisioneros que hicieron cuando se enteraron de la noticia de la sublevación militar en África, pues los denunciantes y delatores intentaban reafirmar las acusaciones hacia aquellas 46 personas

acusadas en el juicio militar.

La creación del mito de tejer la bandera puede estar relacionada con las declaraciones en las que la retrataban portando banderas comunistas y estandartes por parte de algunos vecinos; sin embargo, queda lejos de la idea que permanece en el recuerdo social de la comarca. Ayudó que la noticia sobre el procesamiento de todos los referidos apareciera en la prensa, como aviso ejemplarizante para el resto de la sociedad gallega. Sin embargo, en el resto de la causa, y en su continuación, no aparecen más referencias a Amada más allá de las de los dos acusados en un inicio. A través de averiguaciones del juzgado, delaciones y declaraciones de los propios procesados, fueron saliendo a la luz gran parte de los que habían acudido a la toma del citado pazo.

Amada permaneció recluida y vigilada en su casa mientras el proceso judicial estaba en marcha, debido a que estaba encinta en aquel momento. Una parte de la tradición oral asegura, incluyendo su propio hijo, que buscó quedarse encinta para intentar que se conmutara la pena de muerte[23]. En septiembre de 1937, la trasladaron al hospital de Caridad de Ferrol, ya que su embarazo se encontraba en un estado avanzado. En dicho lugar estuvo custodiada en todo momento, por lo que ya debía de pensar que, a pesar de su situación, iba a ser difícil librarse de la pena impuesta por el juez. Permaneció allí hasta que dio a luz y se celebró el consejo de guerra, y conoció en ese momento la sentencia. A la mayoría de los acusados, un total de 24, los condenaron a pena de muerte por rebelión militar, como quedaba reflejado en el artículo 237.º y castigado en el 238.º del Código de Justicia Militar que se aplicó con el estado de guerra una vez triunfó la sublevación en Galicia. Seis fueron condenados a reclusión perpetua por el mismo crimen; cuatro, a 20 años de cárcel por auxilio a la rebelión; tres, a 12 años de prisión, y hubo seis absueltos[24].

Amada se justificó en última instancia el 22 de noviembre de 1937, alegando que quien la delató, Manuel Vázquez, pretendió tener «relaciones amorosas […], a las que se negó, amenazándola en aquel entonces con que se vengaría, y que está dispuesta a carearse con los que la acusan para demostrar que las acusaciones no son ciertas». Esta decisión da a entender que, a pesar de participar en las acciones que estaban siendo juzgadas, no todas las acusaciones eran ciertas, algo muy verosímil, puesto que era difícil que escuchasen sus palabras. Los

tribunales golpistas no tenían intención de ser justos, sino de preparar el terreno para el control totalitario de la sociedad.

En el consejo de guerra celebrado en el castillo de San Felipe el 1 de diciembre de 1937, participó el hermano de su esposo, José Toimil Dopico, pero su declaración fue vaga y no le salvó la vida a Amada. Se puso a sí mismo en un compromiso, ya que quedó reflejada por el juez «su falta de colaboración y auxilio a la Justicia, por no querer contestar a los hechos que le constan y de los cuales está enterado». El hijo que Amada estaba esperando en ese momento, Gabriel Toimil, deduce que todo fue culpa de su padre, que no quiso salvarle la vida, aunque es una afirmación con la que hay que tener mucha cautela, porque parece plausible que llegara a esa conclusión por conversaciones que oyó en su familia. Sin embargo, todo fue inútil, y en la sentencia se refieren a ella en estos términos:

> Que las procesadas Amada García Rodríguez y Elena Leira Leira, al iniciarse el Movimiento Nacional concurrieron al Ayuntamiento y se dedicaron entusiásticamente a ayudar a los rebeldes para hacer resistencia al Ejército, insultando a los timoratos, haciendo bocadillos para los mismos, dando órdenes para la interceptación de los medios de comunicación y propagando insistentemente la necesidad de deshacerse violentamente de las personas de orden que estaban detenidas en aquel centro oficial, bien degollándolas o tirándolas al pozo, actuación destacadísima, perversa e inhumana que es congruente con los antecedentes de ambas procesadas, pues Amada fue comunista de acción, la más caracterizada de Mugardos, gran propagandista de su ideología en reuniones y mítines, creándose bajo su amparo la Sección Comunista Femenina, cuya bandera roja tenía en su domicilio, habiéndose distinguido por las perniciosas frases que siempre dirigió a las masas, inculcando en ellas la idea de destrucción, crímenes y desmanes de toda clase.

Incluso, en el último momento, los sacerdotes José Manuel Cendán Sánchez, párroco de Pontedeume; José Carballeira, párroco de San Julián, de la villa de Mugardos; José Torres Veija, capellán coadjutor de San Vicente de Mehá, de la villa de Mugardos; y el presidente del Ayuntamiento de Pontedeume escribieron laudatorios de las dos mujeres condenadas. Afirmaban que eran de buena conducta y que los hechos de los que las acusaban no eran fidedignos, algo que no conmovió al juez, que quiso condenarlas para que

> las sanciones pertinentes vayan encaminadas, por su ejemplaridad, a conseguir que no se repitan tales hechos que redundan, no solo en el perjuicio de la Nación, sino también del

> prestigio que los cargos espirituales y oficiales deben de estar rodeados, para ser por todos respetados por la virtud de su ejemplo.

Por lo tanto, independientemente de la veracidad de los actos, que se puede interpretar que fueron exagerados en algunos puntos, parece claro que se quiso condenar a las dos mujeres para dar ejemplo dentro de la sociedad gallega. Se trataba de romper con un derecho que los nuevos poderes locales habían contemplado durante la Segunda República, la participación de las mujeres en el ámbito público y político. A la altura de finales de 1937, y con el poder que obtuvo la Iglesia, el espacio reservado a la mujer estaba encaminado al ámbito privado. A Elena Leira Leira le conmutaron la pena a cadena perpetua. Según la historia que cuenta el hijo de Amada, también estaba embarazada[25]. Sin embargo, con Amada no hubo piedad. Fue ejecutada el 7 de enero de 1938 en el castillo de San Felipe de Ferrol.

Su muerte hizo que la familia se desmembrara. Su hija mayor, después de la muerte de su madre, se hizo monja de clausura con las carmelitas con 19 años. El recién nacido, Gabriel, fue entregado a sus abuelos paternos y criado, posteriormente, por Antonio Valerio Cabral y Mercedes García Rodríguez[26]. Terminó internado en A Coruña en los salesianos.

El abuelo, que había sido masón, era quien, cuando tenía más edad, le contaba al nieto historias de la guerra. Criticaba a los políticos de izquierda, tanto locales como estatales, por huir e incitar al pueblo a luchar contra Franco, cuando «deberían haberse quedado ellos y sufrir las consecuencias que sufrieron otros». Fue con él con quien socializó, pues lo educó en la niñez, y con quien comenzó a trabajar en su barco.

Gabriel no mostraba una identidad militante por la muerte de su madre y el encarcelamiento de su padre. Tenía una postura de supervivencia durante la dictadura, hasta que, a finales de esta, se afilió a Comisiones Obreras. Allí, todos los miembros incidían en la misma historia del bordado de la bandera, que fue parte de la construcción de la mitología.

El marido, José Toimil, cayó en una depresión que provocó que no contase nada de lo ocurrido. Su hija, y hermana de Gabriel –el hijo que tuvo Armada en presidio–, le recomendó que no volviese a participar en política ni contase lo ocurrido. Aquel suceso provocó que abandonase la

causa comunista y comenzara a «pasar de aquello». Nunca fue a ver la tumba de su mujer, ya fuese a causa del trauma, la culpa o a que haya puntos que se desconocen de esta historia. Gabriel se lamentaba de que, «en momento de depresión», le entraban malos pensamientos y le reprochaba a su madre muerta lo siguiente: «Tú me trajiste a este mundo para que te conmutaran la pena». Sus amigos decían que no iban a matarla si estaba encinta[27], así que ese hijo se veía a sí mismo como un salvoconducto y no como un niño deseado.

No se puede determinar, a la luz de las fuentes, la veracidad de lo que dicen quienes la acusaron y la delataron. Seguramente, se trataba de palabras exageradas para que fuese ajusticiada. Lo que se puede asegurar es que las causas no estriban en una bandera, y que su participación en política fue más o menos activa, pero convencida. Formaba parte de ese grupo de mujeres que rompió los grilletes que ataban a todas las mujeres a la esfera privada y, aunque fuese conocida por portar una bandera, con ella venían acompañadas palabras y una significación pública contraria a la idea cosificadora que se quería mantener de la mujer.

DE VUELTA AL TELAR. CONSTRUCCIÓN DEL MITO

Se puede apreciar que el motivo por el que asesinaron a Amada no fue por tejer una bandera, sino por su participación en la vida sociopolítica de la localidad. Por lo tanto, el mito que se construyó alrededor de aquella mujer embarazada que estuvo presa durante meses y que era conocida en toda la comarca devolvió a la «mujer símbolo» al «telar», al espacio doméstico. Como con Penélope, Atenea, Ariadna, Betsy y Mariana, el mensaje que se instalaba en el subconsciente era que la mujer quedaba reducida a las decisiones de los hombres. En un primer lugar, de quienes le pidieron que tejiese una enseña republicana o comunista, y después, de sus verdugos.

Según la leyenda, Amada cumplió un encargo. Comparte, así, con las «otras» Mariana Pineda de la represión sublevada, además de la poca verisimilitud de las historias, el hecho de que, aunque jóvenes, eran militantes de alguna organización de izquierda.

El mito de la bandera es un constructo de la memoria colectiva creado a

lo largo de los años. Posiblemente, la historia de Amada, en una comarca con pocos habitantes como Ferrolterra, pudo circular sin cortapisas. El hecho de que, en el juicio, dos declarantes asegurasen que era la abanderada de la agrupación comunista de Mugardos puede dar lugar a pensar que era conocida más por esa faceta que por su nombre. Incluso así, esta imagen de la protagonista como abanderada es similar a la de la República: una mujer, con el gorro frigio de los masones, republicanos y revolucionarios, aplicada a todas las Marianne, portando una bandera y rodeada de los símbolos de la Ilustración. Por eso, es posible que la relación entre la historia de Amada tejiendo la bandera pasase, también, por una vinculación con el famoso cuadro de la *La niña bonita*[28]. Con el paso del tiempo, y la relación que existe entre mujer y bandera, cambió el sentido de la historia.

La creación de la fábula está vinculada al imaginario social que existía desde las sociedades premodernas y que reutilizó de manera mimética, modificando su significado, la tradición liberal. En sintonía con las propuestas teóricas, que prevaleciese el mito en el imaginario social es un recorrido normal, pues ayudaba a dar sentido a los sucesos históricos. Esta construcción de la mujer que tejía ha ido en dos direcciones. Por un lado, la de agravar la ya de por sí injusta muerte de una persona, dotándola de un halo místico y vinculando su historia con la de Mariana Pineda, que es la que prevalece en la sociedad. Por otro lado, como historia lacrimógena de la barbarie perpetrada por los golpistas, sirvió para generar una identificación comunitaria en contra del crimen.

Figura 17. Amada García y su primera hija. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo Gabriel Toimil.

Incluso su hijo afirmaba en una entrevista en 2006[29] que de su madre «se creó una fantasía, una leyenda». Recordaba de esta forma cómo conoció la historia a través de conversaciones en casa de sus abuelos maternos:

> Los escuché que había sido fusilada, nunca los motivos por los que había sido fusilada por bordar una bandera comunista, perdón, decían que era republicana, y la republicana no se puede bordar; la comunista, sí. Pero eso no era cierto: cuando la apresaron le encontraron una bandera comunista, pero no fue bordada por ella, sino por Elena Leira, otra de las acusadas. A Elena Leira la condenaron a cadena perpetua y fue conmutada. […] El mito de la bandera se lo acometen a ella, pero no fue ella. Pero, en el juicio, un tal Fariña le tiró los tejos estando casada, dice en el juicio que se iba a vengar de ella.

Se puede observar cómo hubo una mímesis entre la historia de Amada,

y seguramente del resto de los casos citados, con el de Mariana Pineda. Uno de los puntos que hay que destacar es que, con el paso de los años, se comenzó, en algunas narraciones de la historia, a llamar Amadita a la víctima, un diminutivo que la infantiliza y la une con la memoria que se fue creando de Mariana Pineda a través de la literatura que nació con Pérez Galdós y que García Lorca llevó al teatro. Como se ha visto, en la obra del escritor andaluz, las protagonistas femeninas del extracto se refieren a ella con el diminutivo de *Marianita,* que acompañan con una descripción de ingenuidad e ignorancia y a la que excusan por haber sido engañada por los líderes de los liberales. Como se ha demostrado, eso no tiene visos de realidad y forma parte de la mística del nacimiento del Estado-nación liberal.

En este caso, existe esa conexión, evidentemente buscada, para otorgar dramatismo a un acto como es el asesinato en un contexto represivo, del mismo modo que la Marianne francesa y la española personifican la bondad y la justicia frente a la iniquidad del Antiguo Régimen. La muerte de Mariana Pineda y de otras mujeres personifican la capitulación del intento de crear un Estado libre y equitativo.

La derrota de la tradición liberal, republicana y progresista se vislumbra a través de la muerte de una mujer, un ser inocente, puro, creador –significado también del nombre de Mariana en la tradición judía– con su asesinato a manos de despotismo absolutista, en ese instante, en forma de totalitarismo propio de la nueva política de masas del siglo XX. Lo que logró fue que a una mujer que estaría tratándose de emancipar del patriarcado en un contexto poco propicio la devolvieran al ámbito doméstico. Del mismo modo que dentro de los sectores de la izquierda comenzaban a apoyar cambios sociales que se pudieron materializar en la Segunda República, también siguió habiendo sectores que favorecían el *statu quo* en las relaciones de género.

En el juicio no consta que fuera por venganza, pero sí aparecen las intenciones del alcalde falangista Fariña con Amada que relata su hijo como causa de su muerte. Además, narra que no quisieron fusilarla, y que en la primera descarga de fusiles permaneció de pie, y fue en la segunda cuando murió. Seguramente, este es otro mito colectivo que sirve de liberación por lo que hicieron aquellos verdugos que formaban el pelotón de fusilamiento.

Siguiendo las tesis de René Girard, se encuentran los diversos estados de su teoría mimética. En una primera instancia, la apropiación, con un claro objetivo de victimizarla más para convertirla en una mártir. Se creó desde los parámetros mentales cristianos y liberales un símbolo local y laico de la represión sublevada y franquista. Aunque la construcción pudo realizarse desde posicionamientos muy politizados, se expandió gracias a la sociedad civil. Con la imposición de la dictadura, la participación en política se revistió de un halo de responsabilidad culpable, que la creación del mito de «Amadita» trató de sortear para mostrar toda su dureza. De este modo, la relación entre la víctima y la comunidad se eterniza desde un plano cuasi sagrado, a pesar del laicismo en el que creían la propia Amada y sus seguidores. La fábula se extendió, y la historia real se agravó por la crueldad de asesinar a una mujer que estaba embarazada[30].

Siguiendo estas tesis, esto tuvo un reverso, que fue el surgimiento de la figura de la antagonista. Los verdugos tenían que justificar aquel asesinato, especialmente a raíz de la creación del mito de la «Amadita Pineda», desde la lente del franquismo. Contó con los componentes básicos que utilizó una parte de la retórica sublevada basada en la palingenesia de la «nación». La palingenesia, curiosamente, está muy relacionada con la tradición judía, pues se refiere a la necesidad de la muerte para que nazca algo nuevo que sea más puro que lo liquidado. Gran parte de los movimientos políticos de masas surgidos en la década de los veinte defendían la violencia y la muerte como modo para que brotase un mundo nuevo que rompiese con los aspectos negativos que había traído el liberalismo[31].

En este sentido, Amada puede equipararse con las desgracias que se habían extendido sobre la nación, al tratarse de una mujer que participaba del debate público y político, es decir, que representaba los avances del liberalismo, mientras, por otro lado, el hijo que estaba esperando, que aún se encontraba en su interior, sería la «nueva sociedad», que, de la sangre del liberalismo, iba a convertirse en la «Nueva España». Por eso, esperarían a que Amada diese a luz para aplicar la sentencia a pena de muerte y perdonaron la vida a su vástago.

De esta forma, el franquismo, a lo largo de su trayectoria local, demostraba que fue –e iba a seguir siendo– implacable con los comportamientos sociopolíticos que procedían del liberalismo, como lo

era, naturalmente, la participación de la mujer en la esfera pública. Además, salvarle la vida al hijo de quien estuvo embarazada mientras estuvo en prisión simbolizaba lo pretendido, ser algo nuevo surgido de las cenizas y la sangre de sus enemigos, a partir de su muerte y su guerra.

En el plano social, los sectores políticos más próximos al franquismo la pasaron a denominar como «la Pasionaria de Mugardos». Se intuye que el apelativo, que no aparece en ninguna parte del juicio abierto contra ella y otros vecinos de la localidad, se le haya aplicado con posterioridad por los vencedores de la guerra, para legitimar su asesinato, ya que, durante la contienda y el franquismo, la propaganda contra Dolores Ibárruri fue una constante.

La idea de la «Pasionaria» la explica su hijo, que afirma que había pronunciado varios discursos con Dolores Ibárruri en Ferrol y comarca, algo que no se puede establecer como cierto, pero que explica cómo surgió ese contramito al de la «Amadita»[32]. Lo único que pudo iniciar la leyenda es el testimonio, que termina recogiendo el juez, de que portaba una bandera comunista en los actos en los que participaba, pero aparece como un elemento excesivamente secundario como para que se convirtiese en aspecto principal de la historia.

Sin embargo, cualquiera de ambos, el liberal y el fascista, tienen algo en común, que perpetúan, como en otros casos, la imagen de la mujer cosificada en la esfera privada e incluso ajena a los intereses políticos que se encontraban en juego. Incluso se cayó en la contradicción de que quienes la juzgaban imprimieron madurez política a su imagen, aunque cayendo en su brutalización, pintándola como alguien deseosa de la muerte de sus enemigos.

El mito ha sido, como ocurre a menudo, más poderoso que la historia. Se convirtió en un relato movilizador y legitimador de los movimientos liberales a lo largo de los siglos XIX y primer tercio del siglo XX. Sin embargo, a pesar de la evolución de liberalismo y de integrar progresivamente a la mujer en su discurso, saliéndose de los clichés del conservadurismo impuesto por el poder, la dialéctica de género permanece invariable. Es más, en ocasiones, la nueva masculinidad salida de la modernidad que traía consigo el liberalismo, a pesar de la aparición, cada vez con más fuerza, del feminismo, permaneció inmutable respeto al papel de la mujer en la esfera político-social.

No sorprende que aparecieran, en diferentes partes de la península, historias similares sobre la represión franquista a las mujeres. Aquí se elimina el papel que pudieron desempeñar en la política activa durante los años previos al golpe de Estado, esencialmente en la Segunda República, como sucede en el caso de estudio, por una imagen que victimiza aún más a la mujer y que, a su vez, la limita al espacio al que tradicionalmente debía ocupar. De este modo, se vinculaba la lucha contra el franquismo con la que se desarrolló contra el absolutismo y se creaba una relación entre ambas. Así, existía una suerte de continuidad entre quienes lucharon contra Fernando VII y contra Francisco Franco.

De tal manera, se conseguían la legitimación y movilización a favor de la Segunda República apoyándose en dos puntos: por un lado, el cultural, y por otro lado, el carácter social, e incluso más humano, el de aumentar la sinrazón que suponía para la ciudadanía la violencia política que se desplegó tras el 18 de julio de 1936.

Por lo tanto, como existe una necesidad de recordar, es normal que surjan mitos como el del bordado de la bandera. Así, con una historia simbólica, el recuerdo de la represión se convierte en algo comunitario y compartido por la ciudadanía, ya que, aunque existan otros episodios, ninguno cuenta con los componentes de los que se le dotan a las leyendas: la candidez de la mujer a la que le hacen un encargo y lo cumple sin pensar en las consecuencias; la costura como algo tradicional y femenino; la mujer como algo puro que da vida; la bandera como la principal representación de las comunidades imaginadas; y el fanatismo extremo e injustificado.

---

[1] Entrevista a M. L. N. por Francisco Leira, Fene, 2010. Grabación propia. Entrevista a P. B. por Francisco Leira, Ferrol, 2015. Grabación propia. Entrevista a L. Moure por Francisco Leira, Ferrol, 2010. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa, Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

[2] Domínguez Almansa *et al.* (2008 y 2008a).

[3] «La ejecución de Matea Luna y otros vecinos de Villalpando por elementos franquistas en 1936». Foro por la Memoria, disponible en [https://documentalismomemorialistayrepublicano.wordpress.com/] (última consulta el 20 de septiembre de 2020).

[4] González Duro (2012).

[5] Testimonio de Manuel Lorenzo. 2018.

[6] Foro por la Memoria, disponible en

[https://documentalismomemorialistayrepublicano.wordpress.com/] (última consulta el 20 de septiembre de 2020).

[7] Relato de Loly Díaz para la ARMH de Huelva recogido por Foro por la Memoria, disponible en [https://documentalismomemorialistayrepublicano.wordpress.com/2020/05/22/juana-diaz-gil-asesinada-y-desaparecida-en-1936-por-los-franquistas-por-bordar-una-bandera-republicana/] (última consulta el 20 de marzo de 2022).

[8] Juan Miguel Baquero, «Los 48 nombres de compatriotas víctimas del franquismo enviados a la jueza Servini para sumarse a la querella argentina», eldiario.es, 30 de agosto de 2020, disponible en [https://www.eldiario.es/sociedad/48-nombres-compatriotas-victimas-franquismo-enviados-jueza-servini-sumarse-querella-argentina_1_6186119.html] (última consulta el 1 de septiembre de 2020).

[9] Domínguez Almansa (2008: 37-74).

[10] Mateos Sillero (2013: 297-321).

[11] Aresti (2020: 333-347 y 2001).

[12] Fernández Guerrero (2012: 107-125).

[13] Gordon (2006), Todd (1986) y Poovey (1986).

[14] Scott (1988 y 1996), Nash (2014) y Ramos Palomo (2000: 247-253).

[15] Muñoz Abeledo (2003).

[16] Duarte y Gabriel (2000: 11-34), Cruz y Pérez Ledesma (1997) y Serrano (2000).

[17] Serrano (2000: 116-117).

[18] Serrano (2000: 99-126) y Rodrigo (1997).

[19] A partir de este momento, gran parte de la información procede del ATMIV, causa de tierra 379/1937, juzgado de Ferrol. Juicio en cuatro piezas separadas para averiguar lo que ocurrió en la localidad de Mugardos.

[20] Máiz (2017).

[21] Se considera fundamental ponerles nombres a los que estuvieron acusados: Juan José Teijeiro Leira «Macicos», Jesús Planas Rodríguez, José María Montero Martínez, Ángel Roldos Gelpi, Elena Leira, Antonio Eytor Cervelo, José Barros Pereira, Maximiliano Álvarez Cervelo, Román Ferrer Fernández, Francisco Méndez Piñón, Baldomero Pereira Otero, José Rivera Míguez, José María Montero «el Enterrador», Santiago Guerra Mallobre, José Díaz Díaz, Francisco Loureda Silvar, Juan Fraga Rey, Manuel Gallego Martínez, Juan Romero Ramos, Nicolás Martínez Porto «Toupelo», Manuel Fuentes, Ricardo Silvar Rodríguez, Ramón Díaz Pena, José Fernández Chousa, Juan Antonio Muiño Seoane, Juan Carnero Vázquez, José Rodríguez Valverde, Andrés Santos Gómez, Agustín Veiga Hermida, Albino González Martínez, Ramón Díaz Pena «Ramón de la Velena», Gerónimo Rodríguez Sanjuán, José Castillo Moreno, Jaime González Pérez, Inocencio Pérez Barreiro «Raposo», Edmundo Fernández Yáñez, Rogelio Casal, José Martínez Ares «Merecho», José Rivas Fariña, Juan Romero Ramos, Germán López García, Agustín Veiga Hermina «Seaña», José Antonio Muiño Seoane, José Manuel Pazos Riveiro, Maximiliano Álvarez Cervelo, Indalecio Rodríguez Roibal«el Tordo» y Juan Carbero Vázquez «Juan el Bala». ATMIV, C. T. 379/1937, Juzgado de Ferrol (AIRMNO) y Máiz (2017).

[22] En ese momento, ya se encontraba embarazada.

[23] Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa. Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

[24] Máiz (2017).

[25] Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa, Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

[26] Máiz (2017).

[27] Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa, Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

[28] El nombre fue puesto al de la Primera República, que era muy similar al de la *Revolución guiando al pueblo* y que, de manera coloquial, recibió ese apodo. Los que se hicieron con la proclamación de la Segunda República eran muy similares, pero con una túnica blanca que tapaba todo el cuerpo, incluido el pecho descubierto que tenía la alegoría de la Primera República. Además, portaba una bandera y el símbolo de la justicia en la mano derecha.

[29] Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa, Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

[30] Girard (2012).

[31] Presentes en las tesis de Griffin (1991) y Paxton (2005), pero que no definen en modo alguno el fascismo de aquellos años. La palingenesia estaba presente en varios movimientos políticos de aquel periodo en el que la violencia y la muerte estaba revestida de un misticismo diferente al actual.

[32] Entrevista a Gabriel Toimil García, por Andrés Domínguez Almansa, Mugardos, 2009. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.458.

VII. ¿LA GUERRA NO TIENE ROSTRO DE MUJER?
Antonia Portero Soriano, miliciana y comisaria política

Desde la tradición griega a la liberal, coexistió con el mito de la tejedora el de la heroína que comandó un Ejército para ganar una guerra. Son numerosos los ejemplos, desde Artemisa I de Caria, quien, como hija del rey de Halicarnaso, Lígdamis, venció con su flota varias batallas de la Segunda Guerra Médica en el siglo V a.C. a Juana de Arco, una joven escogida por Dios para liderar a la Corona francesa contra Inglaterra en la Guerra de los Cien Años, en el siglo XV.

Estas leyendas influyeron en el imaginario social, lo que suscitó que, con los conflictos de los siglos XIX y XX, la mujer fuese empleada como mecanismo propagandístico. Por eso, es necesario conocer cuál fue su papel real. Aunque tuvieron protagonismo, pocas fueron como Rosie «The Riveter», quien, mirando desafiante, pero sin llegar a tomar acción, exclamaba «We can do it» en el icónico cartel popularizado en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco como Charlotte Corday, la cual, contraria al camino que había tomado la Revolución francesa, mató a su lider Jean-Paul Marat.

Gracias a una de las mejores intelectuales de nuestro tiempo, Svetlana Aleksiévich, se empezó a conocer el verdadero papel desempeñado por la mujer en un contexto bélico. En 1985 publicó *U voyny – ne zhenskoye litso,* que fue censurada en su primera edición en Rusia. No llegó a España, como el grueso de su magnífica obra, hasta que la autora ganó el Premio Nobel de Literatura en 2013. Su título fue traducido al castellano como *La guerra no tiene rostro de mujer,* y pone título a este capítulo, aunque aquí lo hace en forma de pregunta. La escritora bielorrusa, tras un minucioso análisis social, con fuentes orales, demostró y analizó la participación de las mujeres dentro del Ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Fue capaz de estudiar su intervención real, alejada de los mitos y propaganda que rodeaba este fenómeno. Expuso su verdadera importancia, así como su experiencia en el frente junto a otros hombres y mujeres.

Las milicianas en la Guerra Civil española no han sido estudiadas hasta hace pocos años, con los libros de Lisa Lines, Ana Martínez Rus y el de Gonzalo Berger y Tània Balló, y el proyecto realizado por estos últimos, denominado Museo virtual de la mujer combatiente[1]. Con anterioridad, la imagen era la del discurso del bando republicano, especialmente de los órganos periodísticos de las milicias de los movimientos obreros. Tenía un claro interés movilizador, pero también legitimador, pues demostraba la capacidad del «pueblo» para luchar contra el fascismo golpista. Querían, además, reivindicar su proyecto político y diferenciarlo del republicano liberal y de las opciones militares tradicionales, que no dejaban que tomasen parte las mujeres en la guerra como soldados.

Se exaltó su participación, afirmando que eran numerosas las mujeres que se alistaban e iban al frente[2]. Precisamente, en esta línea, aparece una noticia en el diario Ahora de Madrid sobre la intervención de mujeres en la unidad que será central en este capítulo, el «Quinto Regimiento de las Milicias Populares»:

> También las mujeres quieren luchar por la República
>
> Para ello se está constituyendo un batallón femenino en defensa de la libertad y del régimen. También, las mujeres republicanas están dispuestas para la lucha. El Quinto Regimiento de las Milicias Populares está organizando un batallón compuesto exclusivamente por mujeres. Esta decisión es debida a la enorme cantidad de trabajadoras y mujeres antifascistas en general que vienen a inscribirse continuamente a este regimiento. Las mujeres madrileñas republicanas, socialistas, anarquistas, etc., que quieren ocupar un puesto de honor en la lucha contra los asesinos de sus padres, maridos, novios y hermanos pueden inscribirse en este batallón, de nueve a una de la mañana y de cuatro a siete de la tarde, en la oficina de Reclutamiento del cuartel general del 5.º Regimiento de Milicias populares, calle de Francos Rodríguez, n.º 5. La organización de este batallón quedará ultimada rápidamente.
>
> El comandante[3]

Las palabras parecen trasladar la idea de que era una movilización masiva y militante. Precisamente, con esta humilde aportación se pretende aportar Historia a esta narrativa creada por la propaganda que se utilizó por el antifranquismo durante la dictadura y que pervive en la actualidad. Por lo tanto, aun reivindicando su función y afirmando que *la Guerra Civil sí tuvo rostro de mujer en combate,* es conveniente examinarlo en su contexto y en su verdadera dimensión. Por ejemplo, hay contabilizadas

(tan solo –si se hace caso a la impresión que deja el recorte de prensa–, pero *nada más y nada menos que* –si se analizan fríamente los datos–) 625 mujeres afiliadas en el Quinto Regimiento[4].

Es imposible obviar, y se quiere resaltar, que se trata de un número muy alto, a tenor de lo instalado que estaba el patriarcado incluso en los movimientos de izquierda, como se ha demostrado en el capítulo anterior sobre Amada García. La guerra ha sido tradicionalmente «cosa de hombres» y, a comienzos del siglo XX, la violencia era un rasgo positivo, de virilidad. Por eso, como se observa en el siguiente capítulo, todos aquellos que no estaban en sintonía eran tildados de «cobardes», «faltos de hombría» u «homosexuales». Por su parte, para la mujer el espacio reservado era el doméstico. En este sentido, la propaganda golpista se dedicaba a denostar el aspecto físico de las milicianas y a asociarlas a las «virtudes de virilidad» que eran propias de los hombres, según su forma de pensamiento[5].

Por eso, a través de la madrileña Antonia Portero, se pretende dar a conocer la participación de las mujeres en el frente de guerra hasta que comenzaron a enviarlas a destinos de retaguardia[6]. Se busca ponderar la imagen proporcionada por el periódico *Ahora* o la que permanece en el recuerdo colectivo actual, vinculada con la icónica fotografía de Hans Gutmann de aquella joven miliciana llamada Marina Ginestà.

Nuestras heroínas

ANTONIA PORTERO

Una joven más que, luchando en compañía de otros muchos, supo ofrecer su vida a la causa de la libertad del pueblo español, invadido por la vesanía hitleriata, los civilizadores de Abisinia y las hordas del generalísimo.

Antonia Portero Soriano falleció el 14 de marzo de 1937 en Trijueque (frente de Guadalajara). Era delegado político de la compañía de ametralladoras en el batallón José Díaz, de la brigada Líster, y estaba en él desde su fundación, 20 de noviembre de 1936. Venía a este batallón de las Milicias Veinte de Julio, en las cuales había ingresado el 19 de agosto. Anteriormente había estado en la Sierra, donde resultó herida en las piernas.

Durante el movimiento revolucionario de octubre del 34 demostró gran capacidad revolucionaria sirviendo de enlace entre los grupos de las Juventudes Comunistas y organizando células en dichas Juventudes. Al fusionarse éstas y crearse las J. S. U., puso todo su entusiasmo y capacidad organizadora al servicio del movimiento juvenil, que de forma tan admirable supo oponerse a los negros manejos del Gobierno Lerroux-Gil Robles, actividades que aumentaron en aumento durante la preparación de las elecciones para la formación del Gobierno del Frente Popular, cuya realización dió motivo a la vieja reacción española para avivar sus deseos de aplastamiento de nuestra República democrática.

Iniciado el movimiento de los que ansiaban estrangular a nuestro pueblo, fué una de las primeras en formar en las escuadras que más tarde habían de convertirse en el gran Ejército popular. Con el fusil entre las manos, y deseando exterminar a los rebeldes, salió para la Casa de Campo, en la que formó parte de la heroica columna Mangada.

Al recibir el bautismo del fuego, no lo hizo con miedo, sino esperando la orden de ataque que sirvió para reconquistar Guadalajara de los facciosos y liberar a los compañeros que se hallaban presos. Reconquistada Guadalajara, y con la misma columna Mangada, marcha a la Sierra a contener a las tropas facciosas que se dirigían a Madrid, y donde sienta nuevos precedentes de valor. Después de dos meses de duros combates en Guadarrama y Peguerinos viene a Madrid, donde, en colaboración con otros camaradas, organiza el batallón José Díaz, que más tarde había de ser el segundo batallón de la novena brigada de la gloriosa división Líster, en la que por sus reconocidos méritos, tanto militares como políticos, fué nombrada delegado político, marchando a los frentes de Entrevías y Villaverde, continuando de esta forma la etapa gloriosa que la había de llevar a ostentar el título de comisario político de la compañía. De estos frentes pasó al de Trijueque (Guadalajara), donde había de tener triste fin su carrera político-militar.

Su muerte fué debida al gran cariño que experimentaba a la causa que defendía, pues horas antes de morir se escapó del hospital, donde se encontraba convaleciendo. Al verla, el comandante Palanco (que en estos últimos combates ha dado su vida por la causa de la independencia de nuestra España) le dijo que volviera al hospital, a lo que contestó que habiendo combate no podía dejar su sitio, que era junto a sus hermanos.

He aquí a grandes rasgos los hechos más principales de una vida joven que se fué en holocausto a la libertad de un pueblo, que antes que ser esclavo prefiere ver correr a torrentes la sangre de sus hijos más predilectos.

Antonia Portero pertenecía al Partido Comunista desde la unificación de las Juventudes, y a la Juventud desde el año 34, demostrando ser una activista formidable. Tomó parte en cuantos asuntos le mandaba la organización.

Figura 18. Antonia Portero Soriano, en *El Sol,* 11 de julio de 1937, p. 3. El contenido de esta noticia se repite de manera idéntica en todas las referencias hemerográficas en las que aparece la protagonista. Ocurre lo mismo con la fotografía.

Antonia y la protagonista de la simbólica foto fueron dos jóvenes de apenas 17 años que se afiliaron a las juventudes del movimiento obrero. Las fotografías representan un instante mediatizado por la intencionalidad

del artista. En la realizada por Gutmann es evidente que se quería mostrar la lozanía de algo exótico dentro de un contexto de extrema barbarie, como era una joven que, sin miedo y fusil en mano, personalizaba la lucha contra el fascismo. Sin embargo, lo que no muestra es el miedo y el asco que recordaba Ginestà al visitar «un hospital barcelonés para identificar cadáveres»[7]. Esa es la verdadera guerra, y también la padecieron las mujeres en el frente de batalla, por eso, se pretende salir de la propaganda y del recuerdo para adentrarse en la Historia.

Asimismo, la vinculación de Antonia al Quinto Regimiento permite conocer el origen y la creación de una de las más emblemáticas unidades de las Milicias Populares de la República. Tras la decisión y compleja organización del EPR, muchos de sus miembros encabezaron otras unidades, como Juan «Modesto» Guilloto León, Enrique Líster, Valentín González «el Campesino» o Vittorio Vidali, que fue su primer comisario político. A través de la trágica historia de nuestra protagonista, muerta en campaña, miliciana y comisaria política se podrá, también, explicar el alistamiento femenino, la misión que desempeñaron los comisarios antes y después de la creación del EPR y la desmovilización femenina. Para finalizar, hay que explorar la trayectoria de estas mujeres, que deambula entre la propaganda y el mito; en definitiva, es necesario hacer un barrido por la historia de la oposición armada al golpe de Estado a través del rostro de la mujer.

«JUVENTUD LABORIOSA». SU MOVILIZACIÓN COMO MILICIANA[8]

Para comprender el fenómeno de las milicias populares hay que entender qué había sucedido en los años previos. A pesar de la relativa desorganización, la creación de estas no fue producto exclusivo de la espontaneidad del «pueblo laborioso» contra «el pasado de opresión […] y fascismo», como dictaba el famoso discurso de Dolores Ibárruri[9]. Como en todos los conflictos armados modernos, el papel de la propaganda ocupa un lugar esencial, por lo que llamar a la movilización de toda la juventud permitía que muchos indecisos pudiesen alistarse

como voluntarios. Además, era un contexto en el que hubo un vacío de poder gubernamental y las fuerzas antifascistas españolas luchaban por ver quién aglutinaba el máximo poder posible.

La Primera Guerra Mundial cambió la percepción de la participación en política, en algunos casos, despreciando la vía liberal parlamentaria, lo que hizo emerger el fenómeno del paramilitarismo, que se desplegó con más fuerza en algunos países que en otros. En líneas generales, la lucha callejera formó parte de la realidad de aquellos años, y más a lo largo de 1936. En este sentido, se dio un impulso a las organizaciones juveniles, desde las católicas a las anarquistas.

La violencia era entendida de una forma distinta que en la actualidad y las corrientes sociales que surgieron en el periodo de entreguerras hicieron uso de ella como una forma de participación política. Esta idea de la brutalidad como algo positivo, sobre todo, si la ejercía la juventud, fue un fenómeno global. Existieron enfrentamientos callejeros en todos los países del mundo. En España hubo desde peleas a acciones cuasiterroristas, como las que precedieron al golpe de Estado. Aun así, González Calleja demostró que, durante la Segunda República, no supusieron un problema gubernamental insalvable y que la violencia la ejerció principalmente el Estado[10].

Se quiso convertir a la juventud en un grupo o colectivo social con voz propia, lógicamente, dentro de unas divisiones de clase, económicas, étnicas o de género. Según el país, territorio o ideología, las reclamaciones variaban. En las organizaciones que se crearon en el periodo de entreguerras, sus miembros –según sus normas– no debían tener más de entre 25 y 35 años de media. La Labour League of Youth británica, las Juventudes del Partido Radical francés y el Komsomol leninista soviético eran más estrictos y no dejaban que superasen los 20 años. En España, ocurría lo mismo con la Federación de Juventudes Socialistas (FJS). Las organizaciones de los partidos republicanos como Juventudes Radical-Socialistas y de Acción Republicana y la anarcosindicalista Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) fijaban el tope en los 35 años[11].

Hay que entender que, en el periodo entre las dos guerras mundiales, se hizo un llamamiento a la juventud para que participase en política, una evocación que procedía de todos los sectores políticos, desde católicos,

fascistas, republicanos, comunistas o anarquistas, aunque algunos tuvieron más éxito que otros. Ser joven en las décadas de los veinte, los treinta y los cuarenta se convirtió en un valor en sí mismo, y debía ser la juventud quien protagonizase el cambio sociopolítico y cultural que estaba en marcha en plena crisis del liberalismo. Se mezclaban factores vinculados a las nuevas masculinidades, la participación de la mujer en política, el momento de efervescencia posterior a la Gran Guerra y la mayor presencia sociopolítica del comunismo y el fascismo… y la militancia llegó a ser un rito de paso que los jóvenes debían experimentar.

En España, fueron tres los acontecimientos clave para que aumentase la movilización de la juventud durante la Segunda República a favor de las organizaciones de izquierda. El primero, la Sanjurjada de 1932, momento en el cual la sociedad percibió de cerca el riesgo de una nueva dictadura. El segundo, el ascenso del fascismo en Europa, de la mano de Ioannis Metaxás en Grecia, Engelbert Dollfuss en Austria y, fundamentalmente, Adolf Hitler en Alemania. Estos hechos originaron una reacción antifascista en todo el mundo que en España tuvo su reacción con el tercer acontecimiento: la Revolución de Octubre de 1934, en la cual ya participó una joven de 15 años, la protagonista de este capítulo, como enlace entre los grupos de las juventudes tanto comunistas como socialistas y en algunas de sus células.

Se llamaba Antonia Portero Soriano y nació en Madrid el 5 de agosto de 1919. Era costurera y vivía con su madre en la calle Valencia, n.º 8. Es difícil saber cuándo y dónde surgió su conciencia de clase, pero que ya participase activamente en política en 1934, en un momento en el que las mujeres querían tirar la puerta abajo y salir del entorno doméstico, podría indicar que dentro de su seno familiar, sin poderlo confirmar, existía algún tipo de vinculación con los sindicatos y organizaciones de izquierda. Le ocurrió lo que describió la escritora feminista Betty Friedan: mostró ese «malestar que no tenía nombre», es decir, rompió los grilletes del patriarcado por la necesidad de tener voz en la vida pública. La autora norteamericana quería «algo más que mi marido, mi casa y mis hijos» y, como ella, muchas mujeres. Seguramente Antonia pensaba lo mismo[12].

Con la trascendental unificación entre las juventudes socialistas y las comunistas en las JSU en abril de 1936, Antonia, con tan solo 17 años, decidió afiliarse y participar activamente en la campaña electoral a favor

del FP[13]. No fue un fenómeno aislado. Amada García había decidido desde muy joven participar en las actividades del PCE en la pequeña localidad pesquera de Mugardos. Las conocidas trece rosas, cuando fueron fusiladas en agosto de 1939, tenían una edad que rondaba entre los 18 y 29 años, y la mayoría eran de las JSU, por lo que, antes de la guerra, con 16 o 25 años, ya estaban afiliadas.

La unificación de las dos organizaciones juveniles fue un hito dentro de la formación de la clase obrera. Fue a iniciativa de la propia Unión de Juventudes Comunistas de España (UJCE) y de la FJS, tras la firma del acuerdo para formar un FP que englobase a partidos republicanos de izquierda, socialistas, comunistas y algunos nacionalismos subestatales. Fue un proceso lógico que sufrió una parte del socialismo español, dentro del contexto europeo, que progresivamente fueron acercándose hacia postulados comunistas, tras la victoria de la Revolución de 1917. En este sentido, algunos cuadros fueron reticentes o mantuvieron una postura expectante, pero los más jóvenes consideraban necesaria la unión del antifascismo. El dirigente socialista Luis Araquistáin recoge que algunos humoristas de aquel tiempo las llamaban «Juventudes Socialistas Ursificadas»[14].

En su inicio contó con una directiva que en su mayoría procedía del socialismo, pero, con el comienzo de la guerra y la huida de dirigentes socialistas, al contrario que los comunistas –algunos estaban al mando de una brigada–, se convirtió *de facto* en una organización comunista[15]. Según Sandra Souto, en 1937 la JSU afirmaba que tenía unos 300.000 afiliados y que la mitad eran jóvenes alistados en el Ejército, alguno incluso con un papel destacado en la dirección de la guerra.

En octubre de 1936 había diez dirigentes de la JSU en el Estado Mayor y varios comisarios políticos, entre ellos, Antonia[16]. Ella se enroló a las milicias el mismo 20 de julio, en concreto, en la Columna Mangada[17], organizada por el teniente coronel retirado Julio Mangada, al que el Gobierno pidió que organizase un batallón de voluntarios. Primero se dirigieron a Guadalajara, y más tarde, a la sierra de Guadarrama, en El Escorial. Tras unos meses de intensa lucha, retornó a Madrid y se encargó de organizar el Batallón José Díaz, ya integrado en el Quinto Regimiento.

EN LA DEFENSA DE MADRID: EL QUINTO REGIMIENTO DE LAS MILICIAS POPULARES

> El 18 de julio
> en el patio de un convento
> el pueblo madrileño
> fundó el quinto regimiento.

Estos son los primeros versos de una de las canciones más conocidas del bando republicano, dedicada al Quinto Regimiento. Sin embargo, para conocer su fundación hay que remontarse a sus orígenes durante la Segunda República de la mano del PCE. Fueron capaces de integrarse en cédulas dentro de varios regimientos del Ejército para actuar desde dentro. A este grupo lo llamaron Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC).

En un contexto europeo en el que abundaron los grupos de carácter paramilitar de derecha y de izquierda tras la Primera Guerra Mundial, en España se formaron varios que fueron la base de las milicias, con la noticia del golpe de Estado en ambos bandos. En defensa de la Segunda República, las mejor organizadas, dentro de sus limitaciones, fueron las MAOC al mando de Juan «Modesto» Guilloto León. Se crearon en 1933, participaron en la Revolución de Octubre y en 1936 contaban con entre 1.500 y 4.000 afiliados. Su organización se basaba en «la escuadra como unidad básica de combate, formada por 10 milicianos y un agente de enlace. Los niveles superiores se estructuraban en guerrillas y centurias, cada una con una dirección formada por tres personas»[18]. Madrid fue el territorio donde tuvieron una mayor implantación. El Heraldo de Madrid, en agosto de 1933, explicaba claramente sus objetivos, la reacción antifascista:

> En estos últimos tiempos, especialmente en las últimas semanas, han comenzado a actuar de una manera descaradamente desvergonzada los monárquicos, cavernícolas y fascistas, estrechamente ligados. Las insolencias provocativas de la chusma señoritil y monárquica durante las sesiones del proceso contra los sublevados del 10 de agosto; los sangrientos sucesos de la Universidad Central; el asalto al local de los Amigos de la U. S.; el abortado complot de la noche de Santiago; las maquinaciones diarias de las bandas fascistas; el envalentonamiento intolerable de que diariamente vienen dando muestras las hordas del fascismo han obligado al Frente Antifascista a crear su propio órgano de defensa, encarnado

> en las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas. Una vez legalizada esta organización, se ha celebrado la asamblea de constitución en el local de la Asociación General de Dependientes de Comercio y Empleados de Oficinas, habiéndose elegido el siguiente Comité ejecutivo: presidente, Antonio Hierro Muriel; secretario, Luis Mangada; tesorero, Robles; vocales: Luis Relaños, Pulido y Alejandro Jiménez[19].

Tejió una red dentro del Ejército capaz de organizarse cuando estalló el golpe de Estado. Formaba parte de una política aprobada en la I Internacional del Komintern de 1919, en la que se estableció que eran fundamentales «la propaganda y una agitación sistemática y perseverante entre las tropas»[20]. Las MAOC establecieron relaciones con la UMRA y con esa oficialidad que estaba dispuesta a proteger la Segunda República y combatir los posibles intentos contrarrevolucionarios surgidos en el seno del Ejército, como en 1932[21]. Algunos de sus jefes y oficiales habían abrazado el africanismo, que se había radicalizado durante la década de los treinta, sobre todo, tras la Revolución de Octubre.

El fascismo y el africanismo defendido por la generación de Millán Astray y Franco comenzaron a confluir en un solo movimiento, pues compartían muchos aspectos sobre su visión del mundo y de España. Incluso algunos militares se afiliaron a Falange y comenzaron a tener más presencia en la política interna.

Lo que diferenció a las MAOC de otras organizaciones similares fue la cierta preparación militar de sus jefes. Sus miembros contaban con formación militar, ya fuese como miembros del Ejército, como Francisco Galán –teniente retirado de la Guardia Civil en 1936–, o en el extranjero como en la URSS. Quizá el más destacado fuese Enrique Líster, primero miembro del Partido Comunista de Cuba, cuando estuvo emigrado en 1928, luego afiliado al PCE en 1932 y, en el intervalo, emigrado varios años en la URSS. Allí estuvo formándose, entre 1932 y 1935, en la Escuela Leninista de Moscú, en estrategia militar y doctrina política para aprender cómo habían llegado al poder los bolcheviques.

Enrique Líster afirmó que las MAOC, a las que adiestró, estaban compuestas principalmente por jóvenes, y que sus objetivos eran los de controlar las acciones de los «pistoleros falangistas». La preparación impartida a sus miembros estaba basada en desfiles, instrucción militar, táctica bélica y prácticas de tiro y de explosivos. Su uniforme consistía en una camisa azul y una corbata roja.

La oposición al golpe de Estado la realizaron las milicias, las fuerzas de orden público, los carabineros y los militares leales, que fueron más eficientes. Personajes como los generales José Miaja, jefe de la Junta de Defensa de Madrid –creada en noviembre de 1936– o Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, fueron capaces de contener el avance de los Regulares y la Legión, fuerzas con amplia experiencia bélica en las campañas de Marruecos[22]. No fue un acto aislado producido en la capital porque hubiese un mayor movimiento obrero o más conciencia política, ya que esta reacción tuvo lugar en toda España, incluidos aquellos lugares que antes cayeron en poder de los golpistas[23].

Sin embargo, cabe señalar que concede una excesiva importancia al papel del PCE y las MAOC a la hora de frenar los actos preparativos del golpe de Estado. Es necesario mantener un equilibrio entre la novedad que supuso y la ayuda que prestaron para evitar caer en la idea que nace de la propaganda de que fue el pueblo quien evitó la caída de Madrid. El propio Juan «Modesto» Guilloto León, en sus memorias, afirmó que, pese al voluntarismo de sus miembros, carecían de medios suficientes:

> Amigo lector, no confundas a las MAOC con otra cosa. Ni hay dinero, ni hay vestidos, ni hay comida, ni hay nada. Todo eso en los tiempos heroicos de las MAOC, que son a lo largo de toda su existencia[24].

Como se imaginaron los miembros de las MAOC, la guarnición de África se sublevó contra el FP. Cabe recordar que el presidente del Consejo de Ministros, Santiago Casares Quiroga, dimitió la noche del 18 de julio. Lo sustituyó Diego Martínez Barrios, quien, al conocer la situación, dejó el puesto en manos de José Giral el 19. A partir de este momento, el PCE desplegó una importante campaña propagandística que sirvió para monopolizar la oposición al golpe de Estado. Es entonces cuando Dolores Ibárruri, dentro de la declaración institucional del PCE del 19 de julio, pronunció una frase que pasó a la historia: «¡No pasarán!»[25].

El principal problema de las milicias fue la falta de medios, equipamiento y armamento[26]. En otros casos, el problema era que los voluntarios apenas tenían conocimientos de estrategia militar y organizativa y, en muchas ocasiones, ni de usar un arma de fuego. Asimismo, es conveniente indicar que fue la juventud la que desempeñó

un papel fundamental, y la mayoría no había realizado el servicio militar. Su entusiasmo fue lo que pudo contrarrestar su falta de preparación.

El propio Vittorio Vidali, conocido como «Carlos Contreras», primer comisario del Quinto Regimiento, admitía que los jóvenes que se habían afiliado a las distintas organizaciones antifascistas a lo largo de 1935 y 1936 fueron fundamentales para repeler el golpe de Estado en Madrid. Asimismo, afirmó que la resistencia se basó en lo aprendido en la lucha armada de 1934 en Asturias, pero que la realidad con la que se encontraron fue distinta: un Ejército experimentado en las campañas de Marruecos, con dos cuerpos de choque –la Legión y los Regulares– que tenían como objetivo la eliminación física de toda resistencia. De igual forma, reconoció la relevancia no solo del PCE, sino de otros movimientos antifascistas, como el socialista y el anarquista, en la lucha durante los primeros días; sin embargo, quitó relevancia al papel desempeñado por los militares de carrera fieles a la Segunda República[27].

Sin embargo, las investigaciones de los historiadores Salas Larrazábal, Michael Alpert, James Matthews y Michael Seidman contradicen a Vidali y establecen que el total de milicianos estuvo en una horquilla de entre 89.000 y 120.000 voluntarios, por lo que el grueso del bando republicano se consiguió mediante una movilización forzosa[28]. Aseguran que las milicias estaban formadas por los sectores más politizados del movimiento obrero y que cada facción trató de imponer su proyecto político. En ninguno de los dos bandos se produjo un fenómeno de «Nación o Pueblo en armas». Tampoco es conveniente minusvalorarlo, pues fue el mayor de la historia contemporánea de España. Se debe situar la Guerra de España en un contexto de participación política activa de manera bastante generalizada, que, como es obvio, solo en los sectores más comprometidos implicó que se encaminasen a morir y matar[29].

El Quinto Regimiento fue creado por Enrique Castro el 20 de julio de 1936 sobre «la base de las MAOC de la barriada de Cuatro Caminos», nada más conocer la noticia de la sublevación y comprobar la falta de reacción del Gobierno[30]. Su papel estaba a medio camino entre la desorganización atribuida a todas las milicias y el excesivo heroísmo que le otorgó la propaganda del PCE. Formaron parte de él grandes militares en lo que luego se constituyó como el EPR, como Juan «Modesto»

Guilloto León, Enrique Líster, Valentín González «el Campesino», Etelvino Vega Martínez o Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, el militar que encabezó la sublevación de Jaca de 1930, a quien se nombró en el capítulo III sobre el capitán Juan Rodríguez.

Tuvieron una mayor capacidad organizativa, un número de milicianos más elevado y una mejor preparación e ímpetu. La mayoría procedían de las MAOC y otros eran jóvenes alistados a las JSU. El Quinto Regimiento se organizó en el colegio-convento de los salesianos de la calle Francos Rodríguez, en el barrio de Estrecho de Madrid, base de operaciones y de instrucción militar que cita la copla del principio del epígrafe. El origen del nombre reside en que el 5.º Batallón de las MAOC estaba establecido en Cuatro Caminos. Cuando se sublevaron, tomaron el convento y pasó a denominarse «Regimiento»[31]. Contó en su inicio con alrededor de 25.000 milicianos[32].

Para intentar que las milicias, que procedían de una amalgama de culturas políticas antifascistas, remasen en la misma dirección, se constituyó en un primer momento la Inspección General de Milicias. El 3 de agosto de 1936 se decretó que los batallones de voluntarios estuviesen al mando de oficiales y suboficiales profesionales, uniformados y a los que se aplicaría la disciplina castrense. Para ello, se creó la Comandancia General, en octubre de 1936, que articulaba su actividad diaria mediante las secciones propias de un Ejército: «Organización, Información, Operaciones, Servicios y Trabajo Social». Esta comandancia mantenía reuniones regularmente con los responsables de los cuarteles de Madrid y los comandantes de las unidades del Quinto Regimiento[33].

Se está haciendo referencia al periodo previo a la constitución del EPR. En este sentido, el Quinto Regimiento vio la necesidad de un encuadramiento castrense, pues, como reconoció Enrique Castro el 4 de agosto de 1936, comandante del regimiento, era necesaria una mayor organización e integración entre lo que denominaban *batallones de acero* y el Ejército regular[34]. A modo propagandístico, el 8 de agosto de 1936, *La Estampa* publicó un reportaje en el que se escenifica el cambio de política del PCE. En el reportaje mostraron la preparación militar que estaban implementando en el Quinto Regimiento:

> El Batallón de Acero… que se ha hecho popular en España.

—¡Firmes! –La voz de mando del capitán se extiende, enérgica y rotunda, por el amplio patio del cuartel del Quinto Regimiento de Milicias. Trescientos hombres se cuadran rígidamente, el pecho levantado, la cabeza erguida, en la más gallarda y perfecta actitud militar.

La voz de mando vuelve a oírse:

—¡Derecha! –Los trescientos cuerpos giran de un modo imperdible y describen con precisión matemática la media vuelta ordenada.

[…]

Los grupos de milicianos, esparcidos por el patio, ven desfilar admirablemente al flamante batallón.

—Son los «aceros», los «aceros» –se les oye decir[35].

Esta noticia está fechada el mismo día que los sublevados aplican el reclutamiento obligatorio. Así se ve que este periodo de construcción de unas fuerzas armadas preparadas para una «guerra total» fue fundamental para la victoria insurgente, pero la negativa de ciertos sectores retrasó el proceso de creación del EPR hasta principios de octubre. Fue a consecuencia del antimilitarismo defendido por el anarquismo y otros sectores.

El antimilitarismo de principios de siglo XX no era sinónimo, en todas las situaciones, de oposición a la violencia, sino a la institución castrense, por los valores liberales que representaba. Por eso, siguieron respaldando las milicias populares. Además, alegaban que un reclutamiento forzoso provocaría que hubiese muchos fugados en sus filas. La llegada a la Presidencia del Consejo de Ministros y del Ministerio de Guerra del socialista Largo Caballero el 4 de septiembre de 1936 desatascó las negociaciones para la creación de un Ejército cohesionado, jerárquico y disciplinado, capaz de plantarle cara a los golpistas.

Era el 10 de octubre de 1936 cuando se creó oficialmente el EPR. Se decretó que se formasen las primeras seis brigadas mixtas con sus correspondientes jefes y se centralizó en Alcalá de Henares. Se denominaron mixtas porque estaban formadas por grupos de infantería, caballería, artillería y servicios. Estaban formadas por unos 4.000 soldados. De los seis jefes de brigada, cuatro pertenecían al Quinto Regimiento, y uno de ellos participó en la sublevación de Jaca.

Las fuerzas del Quinto Regimiento fueron utilizadas para crear la base del EPR, pues fueron los que más se prestaron a la integración en un Ejército regular. Este siguió existiendo hasta que todos sus miembros

fueron encuadrados en una brigada mixta. Con la creación del EPR se instauró el reclutamiento militar obligatorio en el Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización (CRIM), que no difería con el ya desarrollado en la Segunda República[36]. Al final, el «pueblo en armas» tuvo que darse a través del reclutamiento forzoso.

El PCE comenzó en este momento una política interclasista, que empezó a implantar el Komintern, como se observa en el capítulo V. Se debía a la constatación de que no podrían conseguir sus objetivos solo con base en el voluntarismo de la clase trabajadora, sino que requerían de la colaboración de parte de la clase media. Durante la contienda, vieron que, sin la ayuda del Ejército y de otras organizaciones políticas, la derrota estaba servida. Comenzó una nueva política de guerra aplicada por Largo Caballero en la que el Quinto Regimiento, en el que estaba integrada Antonia, fue una parte fundamental:

> Tres batallones, de 400 hombres cada uno, formarán la Brigada. Cada batallón tendrá tres compañías, y los mandos serán tomados por la plana mayor del Quinto Regimiento de Milicias. Tras el periodo de organización y de alistamiento, ha empezado en el cuartel el de instrucción de la nueva unidad. Esa instrucción será de ocho días. Tras ella, la Brigada se trasladará al frente, para hacer en él prácticas durante dos días. Y una vez completa su instrucción –de unos diez días, poco más o menos–, la Brigada estará ya dispuesta para ir al sitio que el alto mando designe.
>
> La Brigada de la Victoria será una fuerza de choque, y, como tal, irá dotada de fusiles, machetes, granadas, ametralladoras, morteros, servicios de transmisiones, servicio de enlace y ambulancia.
>
> ¿Qué son, profesionalmente y políticamente, los hombres que se alistan en la Brigada? Todas las profesiones y todas las tendencias políticas están en ella. Hay, sobre todo, muchos metalúrgicos y muchos obreros de la construcción. Comunistas, socialistas, republicanos de izquierda... Es decir, que, desde el punto de vista militar, será una selección de las compañías elegidas de todas las Milicias para que, desde el punto de vista político, sea un reflejo de todo el espíritu y toda la organización del Frente Popular[37].

El EPR continuó reorganizándose en 1937, y a las primeras Brigadas Mixtas se fueron añadiendo más, hasta que desaparecieron las milicias. En este proceso de reorganización del Ejército de la Segunda República, Antonia terminó encuadrada en la compañía de ametralladoras del 36.º Batallón de la 9.ª Brigada Mixta, de la 11.ª División. Cuando se crearon los cuerpos de Ejército con la restructuración de agosto de 1938, pasó a formar parte del V Cuerpo de Ejército, y destacó por su participación en

las batallas de Guadalajara, Ebro y Teruel.

DE MILICIANA AL COMISARIADO POLÍTICO

Antonia ni siquiera aparece en los listados de la Secretaría General y de la Sección Político-Social, que se encuentra en el CDMH, donde constan los mismos datos con el nombre de Antonio. En ocasiones se enrolaban en las filas de una milicia modificando al masculino su nombre[38]. Además, ningún libro de los consultados, con excepción del de Santiago Álvarez, la cita como comisaria política[39]. En un principio, fue delegada y, según la orden de Largo Caballero, dependía del comisario político. Ambas figuras debían mantener alta la moral de la tropa, pero también vigilar si había algún emboscado, pues la Quinta Columna se convirtió en una obsesión para algunos políticos de la Segunda República, como Dolores Ibárruri[40].

La protagonista debía de ser una mujer con personalidad, pues era un puesto al que accedían los que más destacaban. Como recoge el historiador James Matthews, el ministro de Gobernación y luego secretario general de Defensa Nacional durante la Guerra Civil, el socialista Julián Zugazagoitia, describió este cuerpo como los «nuevos "capellanes"»[41]. Sin embargo, los capellanes no tuvieron ese papel político y adoctrinador de los delegados. De hecho, ambos cuerpos eran incómodos para los militares de carrera, acostumbrados a tener control total sobre su tropa.

Posteriormente, ascendió a comisaria de guerra a comienzos de 1937 y fue miembro del Comité de Batallón del PCE. Era un puesto de vital importancia, por lo que extraña la sombra sobre su verdadera actuación. Para contextualizar, el Comisariado Político no nació hasta que Largo Caballero tomó las riendas de la Segunda República. Sin embargo, Líster, Vidali o Santiago Álvarez afirman que su origen real fue el Quinto Regimiento. Lo que crearon las Milicias Populares, en concreto, la que encabezó Enrique Castro, fueron «delegados políticos» elegidos por los propios milicianos, inspirados en el Ejército soviético, ya que sus miembros estaban influenciados por, si no directamente vinculados al, Komintern[42].

El nuevo presidente del Consejo de Ministros las legalizó porque consideraba que las Fuerzas Armadas tenían, también, un componente «político-social». Según la disposición del 15 de octubre de 1936, eran una figura «cuya principal misión» consistiría «en realizar un control de índole político-social sobre los soldados» y la coordinación de los mandos. Llegaban en un momento de construcción del EPR en el que había problemas entre las distintas facciones del antifascismo español. Fue nombrado primer «comisario general» el ministro de Estado socialista Julio Álvarez del Vayo para evitar que el PCE tuviese un control excesivo. El decreto aclara el sentido que tendría este cuerpo:

> Imprimir la máxima eficacia militar al Ejército en armas contra la rebelión, ejercer sobre la masa de combatientes constante influencia, a fin de que en ningún instante se pierda la noción de cuál es el espíritu que debe animar a la totalidad de los combatientes a favor de la causa de la libertad[43].

Fue una de las medidas más controvertidas porque estuvo excesivamente vinculado con el PCE. El PSOE y su vertiente catalana no mostraron oposición –pues la creación corrió a cargo de Largo Caballero–, al igual que algunos grupos anarquistas –debido a que la CNT aceptó con gusto esa figura y Ángel Pestaña Núñez y Ángel Gil Roldán fueron nombrados subcomisarios generales, el puesto de mayor responsabilidad tras el de Álvarez Vayo–. La cuestión estribó en que los comunistas fueron capaces poco a poco no solo de controlar los medios de propaganda, sino también los de poder. De hecho, ese puesto estuvo principalmente ligado a personas de adscripción comunista o de las JSU, aunque no se puede obviar que la CNT fue entre la segunda y tercera organización con más miembros dentro de ese cuerpo.

Los militares profesionales que estuvieron a favor de la Segunda República no aceptaron con gusto al comisario de guerra. Procedían de dos culturas muy distintas, por lo que la actitud que en ocasiones manifestaban los comisarios no la comprendían los militares, acostumbrados a una jerarquía y disciplina. A pesar de que, en las disposiciones de Largo Caballero, se diferenciaban bien claros los dos papeles, los comisarios no siempre actuaban según las normas. La cuestión estribó en que, para mantener la moral de los soldados, en ocasiones, recurrían a acciones poco convencionales –dentro de la

mentalidad militar– que «distraían» a los soldados o rebajaban la disciplina castrense. Por otro lado, los castigos por temas políticos tampoco eran bien recibidos, puesto que lo que los jefes y oficiales valoraban era la actitud «marcial» y de «combate» más que las ideas políticas. Sin embargo, se mantuvo un cierto equilibrio durante toda la contienda.

Además, se puede percibir en las memorias de Vittorio Vidali o Santiago Álvarez que existía, más que una preocupación, una obsesión por que los soldados poseyesen unos conocimientos políticos sobre los motivos por los que luchaban. Se trataba de un Ejército de recluta forzosa, por lo que no todos los combatientes tenían la misma alfabetización ni el mismo conocimiento de política. Esto provocó que los comisarios estuviesen excesivamente interesados por las labores doctrinales, lo que generó conflictos con los mandos militares[44].

En ocasiones, las diferencias dogmáticas entre comunistas y anarquistas se hacían palpables, y las críticas, por ejemplo, de Vidali, a la CNT y su labor en el Frente son constantes a lo largo de sus memorias. Realmente lo que existió fue una lucha de poder en la que el PCE fue alcanzando una mayor presencia en el plano político, tanto en el Gobierno como en estas unidades, a través de la figura de los comisarios y delegados políticos. El historiador Michael Alpert afirma que, a medida que avanzó el conflicto, aumentó la presencia comunista en este cuerpo, llegando a pertenecer a ese partido alrededor del 80%[45].

Además, como se ha dicho, un sector del socialismo se fue acercando a posicionamientos del PCE, lo que ocasionaba que concentrasen más poder. Muchos criticaron el proselitismo de algunos comisarios en el frente, desde militares a militantes de otros partidos. Sin duda, era un elemento nuevo para un Ejército acostumbrado a una realidad distinta. Asimismo, querían mantener la disciplina y excesivo celo por si existían elementos que simpatizasen con el enemigo y que pudiesen perjudicar el devenir de la guerra. Este tipo de actuación no era la que esperaban muchos oficiales del Ejército que permanecieron fieles a la Segunda República, pues su concepción de la jerarquía y funcionamiento castrense procedía de una cultura diferente.

Para realizar la labor para la que estaban encomendados, emplearon la prensa y las charlas. Se realizó una misión educativa muy importante, que

posiblemente fuese una de las grandes diferencias entre ambos bandos, así como la participación de la mujer en combate. Cada cuerpo editó su propio periódico, en el que dejaban escrita su actuación en la guerra, y podían leer lo que enviaban algunos intelectuales que apoyaban a la Segunda República, punto en el que fue muy activo Rafael Alberti. Las disertaciones intentaban, en líneas generales, elevar la moral de la tropa e inculcar los motivos por los que luchaban. El conocido como *batallón literario,* formado por intelectuales, ayudó al comisariado escribiendo editoriales o dando alguna conferencia.

Este fue el papel que cumplió Antonia a lo largo de la guerra. Es algo llamativo que a una mujer le encomendasen esta tarea a principios del siglo XX. Con los pocos datos disponibles, todo parece indicar que fue nombrada delegada política en el Quinto Regimiento, que, como se ha dicho, lo nombraban sus propios compañeros. Ella se encargaría de dar mítines, a pesar de su juventud, para animar a sus compañeros de trinchera. Con la creación del EPR, sería nombrada comisaria de una unidad y colaboraría con otros miembros en realizar labores pedagógicas, editar algún periódico o pasquín y estar a cargo de los coloquios entre la tropa para debatir sobre el devenir de la contienda, sus consecuencias, los objetivos militares y políticos. A pesar de que las mujeres progresivamente fueron destinadas a otros puestos antes de que terminase el año 1936, algunas, como ella, continuaron al pie del cañón.

HISTORIA Y MITO DE LA MUJER COMBATIENTE

Las milicianas realizaron numerosos actos de heroísmo.

Las milicianas, que ayer realizaron, así como sus compañeras las enfermeras proletarias, verdaderos actos de heroísmo, los reanudaron hoy. Cuatro o cinco de ellas con sus monos azules, las alpargatas de reglamento en el Ejército, gorros y pañuelos en la cabeza, su fusil en la mano y el correaje completo con su respectiva dotación bajaban hasta la carretera y a los gritos de «muera el fascio», «mueran los traidores», «a por ellos, camaradas, que son nuestros», arrastraban tras de sí a grupos de milicianos, militares, Guardia civil y Asalto, de las reservas y de los que, habiendo estado en las guerrillas, descansaban momentáneamente. La acción de estas mujeres ha puesto de relieve, una vez más, el temple excepcional de la mujer española. No creyendo necesaria a los efectos informativos nuestra presencia en este sector de la lucha, nos trasladamos al Puerto de Navacerrada. Nos dicen los milicianos que la noche ha

transcurrido con toda tranquilidad[46].

La Revolución rusa y la Guerra Civil española posiblemente hayan sido los conflictos con mayor presencia femenina tanto real como propagandística. Sin embargo, sigue existiendo un manto de silencio y olvido sobre el papel que verdaderamente desempeñaron. Desde el punto de vista numérico, fue en la defensa de la capital donde se alistaron más mujeres a las Milicias Populares, con un total de 1.232. El otro gran foco fue Cataluña, con 1.149 milicianas. Entre ambos núcleos de resistencia antifascista, suman un total de 2.381 mujeres, que representan más del 70% de todas las alistadas[47]. Fue producto del papel desempeñado por las organizaciones femeninas, como las anarquistas de Mujeres Libres, la Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA) o la sección femenina de las JSU, que tuvieron un mayor arraigo en los grandes núcleos de población.

Si se contrasta con los datos de Salas Larrazábal o Michael Alpert sobre el número total de milicianos para el mes de julio de 1936, no representan ni el 5% del total. Sin embargo, es un número considerable y que hay que valorar, debido al momento histórico en el que a las mujeres se les tenía reservado el espacio doméstico. Decidieron morir y matar por la defensa de la Segunda República, aunque fuese por un corto espacio de tiempo, pues pocos meses después dejaron de ser movilizadas y otras fueron destinadas a otras labores del recién creado EPR, por los motivos por los que se las conminó durante las décadas anteriores a no salir del espacio doméstico.

A pesar de su escaso número, representaban el proceso de luchar por la emancipación social de la mujer desde principios de siglo XIX. El principal precedente, sin tener que recurrir a las leyendas de Juana de Arco o Agustina de Aragón, se puede encontrar en la Guerra de la Independencia, en la que participaron alrededor de 200 mujeres en la defensa del sitio de Girona, encuadradas en la Compañía de Santa Bárbara en 1809. Además, muchas otras reclamaron un espacio en las unidades para luchar como combatientes, algo que significaba romper con las cadenas del patriarcado[48]. Pero, incluso en la Edad Media, se pueden encontrar numerosos ejemplos de mujeres que tuvieron un papel activo en las diversas contiendas. En las dos guerras mundiales, así como en las civiles que hubo en la primera mitad del siglo XX, se encuentran

abundantes casos de mujeres que fueron combatientes, guerrilleras, partisanas o espías, más allá de la conocida «Mata Hari».

A su papel real, hay que añadir el propagandístico. En un contexto en el que los distintos partidos políticos y movimientos sociales buscaban una mayor movilización, la mujer ocupó un lugar destacado. Se puede observar en el extracto del diario *La Libertad,* publicado en los primeros días del incierto mes de julio. En aquel instante, el Gobierno no tenía el control total de la situación y se desconocía si al final iba a triunfar la sublevación. Como en todas las guerras, se produjo una reafirmación de la masculinidad normativa, en la que destacaba lo viril como un factor vinculado a la intemperancia y el heroísmo, y ambos, a su vez, al hombre. Así, las milicianas de la noticia habían modificado su identidad de género, la feminidad normativa existente en aquel tiempo, para pasar a ocupar el puesto que en un principio estaba destinado a su «padre, marido, novio o hermano». Fueron ellas las que *arrastraron* a sus compañeros de armas a luchar contra el fascismo.

De esta forma, se pretendía no solo buscar la movilización femenina, sino especialmente, del hombre, haciendo un llamamiento a que recuperasen ese espacio que parecía que habían perdido. Siguiendo con ese ideal de virilidad que prevalecía a principios de siglo, que procedía de los espacios reservados a la mujer y al hombre, los hombres no podían permitir que las mujeres los «arrastrasen a luchar» contra el fascismo. A pesar de los avances sociales, de la aparición de las mujeres en la esfera política, de conseguir el derecho al voto, del surgimiento de la «mujer moderna» o de su cada vez mayor presencia en los movimientos obreros y agrarios, prevalecía la cultura patriarcal. Por eso, es conveniente enfatizar su papel, a pesar de su escaso número real, y señalar el uso retórico que hicieron de ellas para movilizar y mantener alta la moral de la tropa y de la sociedad en la retaguardia.

Se sabe de mujeres que desempeñaron un papel destacado en las acciones bélicas. Sin embargo, no hay relatos firmados por ellas, con la excepción de la argentina Micaela Feldman de Etchebéhère, capitana del POUM. Mientras abundan los escritos por los grandes prohombres de la Segunda República, como todos los que han sido citados para explicar cuál pudo ser el recorrido de la protagonista de este capítulo.

Hay casos paradigmáticos que trascendieron en el tiempo, como el de

«la Dinamitera», Rosario Sánchez Mora, que llegó a convertirse en mito por el poema que le dedicó Miguel Hernández. Se puede mencionar, entre muchos otros ejemplos que trascendieron a su tiempo de las más de 3.000 milicianas, a Enriqueta Otero, una joven lucense, maestra en Madrid, que llegó a ser comandante de la milicia de la cultura de la que estaba al frente «el Campesino»[49].

La creación de ese ideal de la miliciana sería un paréntesis que abrió el golpe de Estado sobre el lugar que debe ocupar la mujer en las relaciones de género. Se puede observar que ese paréntesis se cierra con el mismo argumento patriarcal que estaba establecido hasta antes de que comenzase la guerra, por lo que esa imagen de la miliciana sirvió para exaltar los ánimos y enfrentar la sublevación.

Como en todo enfrentamiento armado, se buscaron mártires en el pasado, como María Pita o Agustina de Aragón. La primera, coruñesa, detuvo el ataque inglés al mando del almirante y antiguo corsario Francis Drake. Porque mataron con una lanza a su marido, ella, con rabia, asesinó al hermano de Drake, y tras eso pronunció la frase «quen teña honra que me siga», que se convirtió en leyenda imperdurable. La figura de Agustina de Aragón fue más empleada, debido a que su historia se sitúa en la Guerra de Independencia. En la Zaragoza sitiada por los franceses, fue capaz de disparar un cañón cuando todos los soldados ya habían muerto, incluido su marido.

También las denominaron las *nuevas chisperas,* que procedía del imaginario madrileño de la defensa del 2 de mayo contra «el invasor francés»[50]. Se dice que un individuo llamado Jean Malesange, al que apodaban «Malasaña», se enfrentó con su mujer y su hija a un soldado francés[51]. En todos los ejemplos, se puede observar cómo la mujer está relacionada con el quebranto o ataque a su marido, por lo tanto, su «pérdida de feminidad» era sobrevenida tras un acto insólito que suscitaba que cambiase el rol tradicional. Esto se puede observar en cómo hablan de las milicianas en plena Guerra Civil, en un intento por ensalzar su papel y valor en la contienda, pero siempre vinculado a aspectos femeninos:

> Siempre tuvo España alguna heroína, alguna figura cumbre de mujer en sus epopeyas, en sus gloriosas jornadas por la libertad, una Agustina de Aragón, una Mariana Pineda, una Aída

> Lafuente...; pero nunca fueron tantas las mujeres esforzadas, valerosas, como en estos días de intensa emoción que estamos viviendo los españoles.
>
> Nuestras madrileñas combatientes son hoy un magnífico ejemplo de valor y fortaleza que asombrará al mundo femenino. La mujer ya no es solo ternura; sabe llorar por los hermanos que caen en la pelea y sabe combatir contra los enemigos del pueblo. Son nuestras mujeres bravas sin dejar de ser dulces, madres abnegadas, esposas, amantes, hermanas cariñosas, novias de corazón apasionado, y, además, guerrilleras. Mujeres que sienten con vehemencia el amor y los deberes cívicos. Mujeres que son consuelo en el dolor, alegría en la paz y audacia, serenidad y valor en la lucha por las libertades. Espíritus de temple, que saben vivir para el amor y morir por el ideal. Las milicias femeninas son en estos días históricos la gloria de España. Antes, en otros tiempos, se enaltecía una figura de mujer heroica. Ahora no es posible destacar una, hay que hablar de todas, hay que enaltecerlas a todas; son todas las que han de pasar a la Historia, y a las que habrá de levantar la República un monumento que perpetúe estas sublimes jornadas con que nos están asombrando.
>
> Nuestras mujeres del pueblo son las rosas encendidas de la libertad en esta epopeya de la democracia española. Su perfume femenino se mezcla al olor de la pólvora. Y uno y otro son el aroma del combate de las Milicias Populares. Madrileñas gloriosas, ayer nuestra alegría y hoy nuestras compañeras de armas, merecéis nuestra gratitud y nuestro orgullo[52].

Se percibe el paternalismo hacia las mujeres que habían sostenido un arma y compartido barricadas con otros compañeros. En ningún momento quieren quitarles la feminidad a las milicianas, sino revestirlas de los supuestos valores que estaban vinculados con el hombre. Por eso, es conveniente destacar que, a pesar de la cada vez mayor participación en política y de las iniciativas femeninas para luchar contra el fascismo transnacional, siguieron existiendo reticencias a concederles el protagonismo que reclamaban y que muchas adquirieron por merecimiento.

Sin embargo, los motivos por los que se enrolaron en una milicia no se diferencian de los de los hombres, y se observan en el capítulo II que son el compromiso político, el deseo de aventura, motivaciones personales o familiares, el ímpetu juvenil o, incluso, acompañar a sus compañeros de vida –novios o maridos–[53]. Hasta la propia Etchebéhère se queja en sus memorias de que a las mujeres no se las tomaba en serio y a algunas no las surtían de armas, y que se quejaban de ello, porque eran conscientes de la lucha y de los motivos –«no vine a hacer la revolución con un trapo de cocina en la mano»–[54].

Pero, en pocos meses, cambiaron la propaganda y las necesidades bélicas, y se pasó de reconocer su papel como milicianas a afirmar que

estaban teniendo un rol que iba en contra de su «naturaleza femenina». El recorte de prensa de La Libertad es una muestra de que no debían perder el lugar que tradicionalmente se les había asignado, y a partir de noviembre se extendió la idea de «el hombre, al frente, y la mujer, a la retaguardia». Las destinaron a trabajos de enfermeras y cuidadoras de niños y también a algunos puestos fabriles[55].

La figura de la miliciana quedó desacreditada gradualmente, hasta el extremo de ser acusadas de obstaculizar el desarrollo bélico óptimo, hacer parecer débiles a los soldados, causar «líos de faldas», ser prostitutas, transmitir enfermedades venéreas o ser espías. El cartel de la figura 19 es una muestra de que quien portaba el arma era un hombre, pues hacen referencia al soldado, y a que las novias de estos podían aportar información al enemigo.

Figura 19. Cartel en el que prohibían hablar a los soldados con las novias. Biblioteca Nacional de España (BNE).

Con la creación del EPR, se prohibió que se alistasen más mujeres, y las milicianas fueron retiradas gradualmente del frente[56]. Fue una petición que hicieron los militares y algunos milicianos, para el correcto devenir del conflicto[57]. A pesar de las objeciones que pusieron, detrás se escondía una visión viril de la guerra como un escenario reservado para los hombres.

El caso de estudio personifica a todas esas mujeres que quedaron silenciadas y que luego enviaron a sus casas. Del mismo modo, representa el uso propagandístico que se realizó de la mujer, pues no hay documentación que pruebe que Antonia se alistase a una milicia, a pesar de las numerosas referencias que hay de ella. Antonia murió en Trijueque, en el frente de Guadalajara, en el que consiguieron una importante victoria frente a las tropas italianas, pero que terminó cayendo en poder de las divisiones enviadas por Mussolini.

Sin embargo, en ninguno de los listados de comisarios de guerra que publicaron sus miembros con posterioridad, como los de Santiago Álvarez, aparece su nombre. De hecho, no hay pruebas de que ocupase dicho puesto, debido a que ni en la *Gaceta de Madrid* ni en la prensa aparece nada sobre su ascenso, hasta que fallece en el frente el 14 de marzo de 1937. Ahí la prensa madrileña se hizo eco de la noticia y apareció por primera vez su trayectoria durante la campaña, su papel de delegada, comisaria política y miembro del Comité de Batallón del PCE. Decía lo siguiente:

> «... NO LE DES PAZ NI CUARTEL»
>
> La camarada Antonia Portero fue de la madera de Aída Lafuente, de Lina Odena. Tras la bandera de la JSU, Antonia Portero había luchado contra la reacción antes de julio. Tenía fe en el porvenir de la juventud laboriosa de España. Su alegría y su firmeza fueron en los días más duros un estímulo para todos. Ni una lágrima en su homenaje, pues es mejor sentirnos orgullosos de su muerte heroica bajo la metralla italiana. El recuerdo que de ella nos exigimos, como jóvenes españoles y como militantes de la JSU, es el de su ejemplo, para estar dispuestos a luchar con tanta valentía, con tanto heroísmo como ella lo hizo. La camarada Antonia Portero era comisaria, elegida en las trincheras por su compañía. ¡Compañía de la camarada Portero! ¡Adelante contra Mussolini! ¡Vengad a la camarada comisaria![58].

Se usan los instintos más primarios en esta noticia para deshumanizar al enemigo extranjero, algo propio de todas las contiendas armadas. Una mujer, afiliada a las JSU, de esa «juventud laboriosa», utilizando las

mismas palabras que Dolores Ibárruri, cae asesinada por fuerzas extranjeras, en concreto, italianos, que representaban el fascismo en la propaganda comunista. No se niega que cayese en combate, del mismo modo que no se pone en duda la participación de las mujeres como soldados, pero sí se hace notar que alrededor de la figura de nuestra protagonista sobrevuelan ciertos clichés que hacen dudar de la veracidad de toda la historia. En otra noticia, recogen una imagen de los escombros en los que se encontraba su cuerpo[59], pero no se aporta ninguna información más alla que en el resto de noticias.

Independientemente del puesto que ostentase en el EPR, lo que es evidente es que toda la información que tenemos de ella fue recopilada por hombres. A pesar de pertenecer a la División de Enrique Líster como delegada política, un puesto inferior al de comisaria, en la batalla de Guadalajara, este apenas le dedicó un párrafo de sus memorias, en el que repite los mismos datos y casi las mismas palabras que aparecieron en la prensa:

> Antonia era querida y admirada por todos los que la conocían; pero, de manera especial y extraña, habían depositado su confianza en ella, eligiéndola para uno de los puestos de más grave responsabilidad.

El gallego agregó una sentimental frase: «Aún la veo ahora, con sus labios hinchados por la fiebre y el sueño, animando a los hombres»[60]. En julio, varios meses después de su muerte, publicaron más información sobre la vida militar y la muerte de Antonia, en la que destacaban su importancia, lo que se contradice con la escasa presencia en las *Memorias de un luchador,* en comparación con otros «camaradas» hombres:

> Después de dos meses de intensos combates en Guadarrama y Peguerinos, viene a Madrid, donde ha colaborado con otros camaradas a organizar el batallón José Díaz, más tarde había de ser el segundo batallón de la novena Brigada Mixta de la gloriosa división Líster, en la que por sí son reconocidos méritos tanto militares como políticos, ya que fue nombrada delegada política[61].

Si intentamos averiguar un poco más, encontramos que, pese a su juventud, fue reconocida en importantes actos políticos organizados por mujeres durante la guerra. Por ejemplo, en el Congreso de Unidad de las Muchachas de Madrid fue nombrada presidenta de honor junto con Dolores Ibárruri, Catalina Salmerón, Federica Montseny, Matilde Cantos

o Lina Odena, con otras mujeres, como ella, que fueron asesinadas por el bando insurgente. En este congreso participaron 300 delegadas y se debatió sobre el papel de la mujer en la guerra y en la vida pública, un papel que había dado un giro de ciento ochenta grados desde el comienzo de la contienda. El cartel, diseñado por la excelente dibujante Juana Francisca Rubio para el congreso, muestra a unas mujeres que representan el trabajo, alejadas de la estética marcial y sin ningún arma.

Figura 20. Cartel del Congreso de Unidad de las Muchachas de Madrid.

Sin embargo, en la nota de prensa que redacta *Ahora* aparecen los discursos que se pronunciaron en el congreso. Su propia organización, después de la retirada de las mujeres del frente y extirpar ciertas formas del lenguaje de sus discursos, explica por qué la historia de Antonia y la de muchas otras se recogieron a través de lo que escribieron hombres y no de su puño y letra. En el discurso de Josefina López aparecen aspectos

destacables que dan ciertas pistas:

> Nuestro movimiento de muchachas es para enseñarlas a estas camaradas el manejo de las máquinas para hacer material de guerra, la creación de lavaderos para lavar y desinfectar las ropas de nuestros camaradas que luchan en los frentes. […] Con la fe que tenemos, estamos seguras de lograr la unidad de la juventud femenina. Todas nosotras debemos trabajar con entusiasmo por lograr la unidad[62].

En un extracto tan escueto se muestra el papel que pasaron a desempeñar las mujeres en la guerra. De participar de la movilización inicial, ejemplificando la presencia pública que habían alcanzado durante la Segunda República, a volver a tareas propias de otro tiempo, pero encaminadas a cubrir los esfuerzos de guerra. De luchar codo con codo, a limpiarles el uniforme; esto es, no solo les hicieron renunciar a los derechos adquiridos a lo largo de la Segunda República, sino a la lucha que desarrollaron para conseguirlos. Por esos derechos y por salir de la esfera privada decidieron superar los prejuicios de género y compartir armas con los hombres. Pero eso duró poco tiempo, y tuvieron, como se observa en el extracto del discurso, que volver a «sus labores».

Realmente, no existían grandes diferencias entre lo que hacía la Sección Femenina de Falange y la organización femenina de la Segunda República. Era una institución que se centralizó y en la que estaban integradas mujeres comunistas, socialistas, anarquistas y republicanas, y que pretendía atraer a otras sin adscripción política previa. Asimismo, deseaban realizar una labor cultural y alfabetizadora para atraerse el favor de la sociedad en la retaguardia que estaba sufriendo la guerra[63].

Antonia ocupó el mismo puesto de honor en la Segunda Conferencia Nacional de Mujeres Antifascistas, celebrada en Valencia en noviembre de 1937. Su figura volvía a lucir junto a las de otras grandes mujeres feministas y antifascistas que habían fallecido:

> Banderas, estandartes y retratos: Clara Zetkin, María Ubianova, Rosa Luxemburgo, Mariana Pineda y Lina Odena. Y en la presidencia, un gran estandarte, que señala los nombres de las mujeres caídas en la lucha contra el enemigo: Aída Lafuente, Lina Odena, Gloria Miró, fusilada en Mérida; Aurora Picornell, Antonia Portero, Paquita Escolano, fusilada en El Espinar; Encarnación Sánchez, Aurelia Blanchart, fusilada en Salamanca; Olga Prestes, Cencha Juárez... Estos nombres, con Ana Pauker y todas las madres de los que cayeron defendiendo el ideal de la Libertad, formaban la presidencia de Honor. La efectiva estaba formada por Dolores Ibárruri, Matilde Cantos, Matilde Huici, la campesina Manuela

> Ortiz, Roberta Ramón, Antonia, Emilia Elías, Abilia Peralta, Trini Torrijos y la madre del héroe de la República, Fermín Galán[64].

En esta conferencia, la petición es más importante. Mientras que en la anterior aparece una idea de volver a la vida privada y, además, pedir no solo unidad, sino, con esa unidad, sumisión, aquí reclaman volver a ser protagonistas. En la conferencia exigieron la supresión de la jornada de ocho horas y de la semana inglesa. Asimismo, aprobaron que le reclamasen al ministro de Defensa Nacional la inmediata puesta en vigor del decreto que incorporase a la mujer a la producción de guerra y su ampliación a todo género de industria y a toda clase de trabajo. Se sumó la vertiente cultural con la necesidad de escuelas de capacitación, protección a las madres trabajadoras, creación de escuelas en el campo y granjas de preparación agrícola e institución de centros médicos rurales y de higiene infantil. Así, reclamaron lo siguiente:

> A partidos y organizaciones de la España leal a fundir sus aspiraciones y sus fuerzas en un solo denominador: ganar la guerra, secundando con disciplina y entusiasmo las disposiciones del Gobierno de la República[65].

Cuando Antonia murió, apenas había cumplido los 18 años. Se dice que su entierro fue multitudinario. Como se ha visto, su nombre estuvo presente en los congresos de mujeres como una heroína de la Segunda República, además de que se publicaron cada cierto tiempo obituarios recordando la muerte de la joven madrileña. Son textos en los que aparecen lugares comunes de la propaganda republicana en guerra, como la defensa de la patria, el culto a los muertos y la «sed de venganza».

A Antonia, una mujer que se alistó a las milicias, la definen con los rasgos de las masculinidades y feminidades normativas de aquel contexto histórico[66]. La juventud, la belleza y la delicadeza están presentes como factores positivos para definirla. Los compañeros de armas la «cuidaban», a pesar de que en líneas posteriores la definen como una líder dentro de la unidad, con puestos de responsabilidad como el de delegada o comisaria de guerra:

> Aunque han transcurrido ya varios meses desde el día en que Antonia Portero cayó para siempre defendiendo la independencia de su patria, su recuerdo permanece vivo y presente en los jóvenes camaradas que durante largas y duras jornadas de lucha compartieron con ella

todas las vicisitudes de la guerra.

—Era valiente, inteligente y guapa –me dice un soldado de la que fue su compañía.

—La queríamos y la cuidábamos como se quiere y se cuida a una flor. Y, sin embargo, ya ves, nos la han matado los fascistas... Pero la vengaremos.

El que así habla era un muchacho andaluz que ha sido herido ya tres veces en el frente. Tiene padre, madre y dos hermanas en Sevilla. No sabe qué ha sido de ellos. Su hermana menor también se llama Antonia y también es militante de las Juventudes. ¿Qué habrá sido de ella?

—¡Tenemos que vengar a todos nuestros muertos! –repite con fría decisión de soldado fogueado en cientos de combate–. ¡Tenemos que vengarles a todos!

Antonia Portero: tu muerte ha dejado en tu compañía, a la que con orgullo y cariño condujiste, un vacío difícil de llenar; pero tu nombre, objeto de la veneración unánime de todos sus hombres, seguirá siendo norma y guía para ese puñado de héroes que compartieron contigo las amarguras y alegrías de muchas jornadas memorables[67].

A pesar de los recuerdos póstumos, terminó el conflicto y, como «perdedora», cayó en el olvido. Se desconoce por qué decidió ir al frente, cómo racionalizó su experiencia bélica y cómo se relacionó con sus compañeros de armas. No se sabe si se arrepintió, si tuvo miedo, si pensó en sus padres, si tenía compañero de vida, ni siquiera se sabe cómo fue su muerte. Incluso se desconoce cómo fue la acción de guerra en la que falleció. No hay más imagen que la que publicaron una y otra vez en la prensa republicana. Todo son especulaciones a través de las vivencias que otros compañeros contaron, pero de su boca, o de su puño y letra, no conservamos nada, tan solo la fotografía de una joven que debía de estar estudiando en aquel momento y que dio su vida por un ideal.

Es difícil discernir hasta qué punto es verídica la historia de esta miliciana, pues los datos se repiten como salidos de una fotocopiadora y no se ha encontrado más que lo que aparece en la prensa. Sin embargo, a través de ella se han podido explicar varios aspectos del bando republicano. Por un lado, la formación de los grupos paramilitares de izquierda previos al golpe de Estado, el papel de la juventud y su participación política en la década de los años treinta, la creación de la JSU y del Quinto Regimiento, el papel de las Milicias Populares, la formación del EPR, la misión del comisariado de guerra y la cooperación de la mujer como soldado.

No se puede negar que se exageró la importancia de las mujeres en el frente durante los primeros compases de la guerra. Esto promovió que

existiera una idea equivocada del papel que desempeñaron, incrementando su relevancia. Sin embargo, a pesar de los números, hay que tener en cuenta lo que implicaba para una mujer, en un mundo patriarcal, de la década de los treinta del siglo XX, salir de casa, muchas con 17 años, y con un fusil en la mano, a defender un ideal. Esto solo pudo surgir en un contexto en el que gran parte de la ciudadanía participó o se vio obligada a participar en política.

Las mujeres, con mayor ímpetu las más jóvenes, recogieron el testigo de muchas feministas que antes que ellas habían reclamado sus derechos. Con el golpe de Estado vieron la oportunidad de salir de la esfera privada y ser protagonistas de su historia. No llegaron ni a 5.000 milicianas, pero más importante que los números es el hecho. El acto en sí representa un proceso de emancipación femenino que estaba comenzando a calar en la sociedad y que, con la victoria de los sublevados, estimuló una ruptura irreparable. Con la muerte del dictador, pudieron votar, abrir una cuenta bancaria, trabajar fuera del hogar, divorciarse y un largo etcétera que se espera que no tenga fin. Mujeres como Antonia, o lo que representa, formaron parte de este largo proceso que debe reconstruirse para reivindicar que la guerra –y el pasado– también tuvo rostro de mujer.

---

[1] *MVMC* [http://www.mujeresenguerra.com].

[2] *La Libertad,* año XVIII, 5.092, 7 de julio de 1936, p. 3. Mostraban una foto de mujeres milicianas dirigiéndose al frente, afirmando que «en el pueblo siguen alistándose».

[3] *Ahora,* año VII, 1.743, 27 de julio de 1936, p. 5.

[4] Datos obtenidos del Museo Virtual de la Mujer Combatiente, disponible en [https://www.mujeresenguerra.com].

[5] Morcillo (1995: 7-42 y 2015) o Otero-González (2020: 196-225).

[6] Lines (2002).

[7] Jacinto Antón, «Marina Ginestà, la joven y desafiante miliciana del fusil», El País, 7 de enero de 2014, disponible en [https://elpais.com/cultura/2014/01/06/actualidad/1389047015_066499.html] (última consulta el 2 de diciembre de 2021).

[8] Título sacado de un anuncio de El Mundo Gráfico, 17 de junio de 1936, p. 23.

[9] Era la proclamación oficial del PCE leída en los micrófonos de Unión Radio el 19 de julio de 1936: Amorós (2021).

[10] González Calleja (2015).

[11] Souto Kustrín (2005: 97-122; 2007: 171-192, y 2020: 75-93) y véase el dosier de González Calleja (2005a) en la *Revista Ayer.*

[12] Friedan (2009 [1963]). Más información en Branciforte Mazzola y Orsi Portalo (2007: 103-113).

[13] Datos obtenidos del Museo Virtual de la Mujer Combatiente, véase

[https://www.mujeresenguerra.com].

[14] Araquistáin (1983: 179), citado en Hernández Sánchez (2010: 285).

[15] Graham (2002: 94-101) o Hernández Sánchez (2010).

[16] Souto Kustrín (2005: 97-122). Datos obtenidos del Museo Virtual de la Mujer Combatiente, véase [https://www.mujeresenguerra.com].

[17] Esa columna no pertenecía al Quinto Regimiento, aunque también se encargó de defender Madrid en los primeros compases del golpe de Estado. Salas Larrazábal (2006) o Alpert (2007).

[18] Datos y cita de Hernández Sánchez (2010: 440-441).

[19] Heraldo de Madrid, año XLIII, 14.835, 17 de agosto de 1933, p. 12. Se puede ver una explicación más del antifascismo transnacional más extensa en el capítulo V.

[20] Líster (1977: 58-67) reconoce el papel de los socialistas, pero el PSOE no fue capaz de llegar tan lejos, con todas las limitaciones que tuvieron el PCE y las MAOC.

[21] Que tiene una explicación más profunda en los caps. III, sobre el capitán Juan Rodríguez Lozano, y el V, sobre el antifascismo y el anticomunismo.

[22] Seidman (2012: 52-60) o Alpert (2013: 61 y ss.). Aunque, según Filipe Ribeiro de Menezes, la fama de Miaja es infundada y dada por la propaganda comunista (2001: 132 y ss.) Algunos autores defienden que la defensa de la capital fue debida a una mala estrategia de un timorato general Francisco Franco. Por su parte, Julián Casanova afirma que el mérito lo tuvo Vicente Rojo (2010: 306).

[23] En Galicia se crearon milicias para luchar contra los golpistas, como las organizadas por los hermanos de Enrique Líster, Constante y Faustino. En Cataluña el peso lo tuvo el anarquismo con figuras como Buenaventura Durruti; véase Batlló y Berger (2000).

[24] Líster (1977: 14-17).

[25] Amorós (2021).

[26] Matthews y Alpert (2021: 47).

[27] Vidali (1973: 12-30).

[28] Matthews y Alpert (2021: 43).

[29] Se puede decir lo mismo para la participación extranjera. En algunos casos no fue muy numerosa, pero, sin entrar a ponderar los fríos datos, hay que tener en cuenta que se estaba realizando un proceso que no tenía apenas precedentes. Para la movilización extranjera, véase el cap. V.

[30] Hernández Sánchez (2010: 446).

[31] Líster (1977: 119).

[32] Hernández Sánchez (2010: 447).

[33] Matthews y Alpert (2021:43), Hernández Sánchez (2010: 445) y Vidali (1973: 25).

[34] *Ahora,* año XX, 5.913, 4 de agosto de 1936, p. 3.

[35] *La Estampa,* año 9, 447, pp. 16-17.

[36] Matthews (2020: 96-98 y 2013).

[37] *Mundo Gráfico,* 19 de septiembre de 1936, p. 5.

[38] Hernández Martín y Ruiz Casero (2020: 277-292).

[39] Álvarez (1989: páginas centrales con fotografía de Antonia Portero y una pequeña biografía).

[40] Píriz (2022).

[41] Matthews (2014: 175-199).

[42] Matthews (2014: 175-199), Líster (1977), Álvarez (1989) y Vidali (1973).

[43] *Gaceta de Madrid. Diario Oficial de la República,* 16 de octubre de 1936.

[44] Matthews (2014: 175-199 y 2013), Álvarez (1989) y Vidali (1973).

[45] Alpert (2007: 190).

[46] *La Libertad,* año XVIII, 5.093, 27 de julio de 1936, portada.
[47] Datos obtenidos del Museo Virtual de la Mujer Combatiente [https://www.mujeresenguerra.com] y de Berger y Batlló (2021).
[48] Fernández García (2011: 63-75) o Fernández García y Santirso (2020: 63-75).
[49] Martínez Rus (2018: 78-91 y 107-109) o todos los ejemplos recogidos por Berger y Batlló (2020).
[50] *Ahora,* año VII, 1.743, 27 de julio de 1936, p. 5.
[51] Peñasco de la Puente y Cambronero (1990: 310).
[52] *La Libertad,* año XVIII, 5.088, 22 de julio de 1936, portada.
[53] Martínez Rus (2018: 56).
[54] Etchebéhère (1977: 56-77), citado en Martínez Rus (2018: 69).
[55] Martínez Rus (2018: 59).
[56] Nash (1999: 169-172), Graham (2002: 140), Martínez Rus (2018: 60-64) o Lines (2002).
[57] Cardona (2006).
[58] *Ahora. Diario de la juventud,* 17 de marzo 1937, p. 8.
[59] *Estampa,* marzo de 1937, p. 16.
[60] Líster (1977: 210).
[61] *El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista,* año L, 59, 5 de agosto 1937, p. 4.
[62] *Ahora. Diario de la juventud,* 9 de mayo de 1937, p. 9.
[63] *Ibid.*
[64] *Crónica,* año IX, 418, 14 de noviembre de l937, p. 2.
[65] *Ibid.*
[66] Que solo empiezan a ponerse en duda en la actualidad.
[67] *El Sol. Diario de la mañana del Partido Comunista,* año L, 59, 5 de agosto de 1937, p. XX.

VIII. MARICAS Y AFEMINADOS
La masculinidad del primer tercio del siglo XX

> El *Heraldo de Aragón,* de Zaragoza, publica, con todos los honores, una carta que le envían los falangistas de Cuba sobre la actuación en aquellas islas, de José González Marín. Este caballero es –como recordaréis– un recitador con cara de «enterao», que se distinguía por dos cosas: la primera, por ser todavía más cursi… y ridículo que Pemán, y la segunda, por ser, el pobre, marica perdido por todos lados, incluso por uno que le une al continente. Ahora resulta que el hombre se ha convertido en el «embajador espiritual» de «Von Franko» y comparsa en algunas naciones de América[1].

Este fragmento extraído del periódico comunista *La Hora,* publicado durante la contienda, ejemplifica el arquetipo de masculinidad que existió, no solo en España, sino en todo el mundo en el primer tercio del siglo XX. Ese tipo de afirmaciones tenía como objetivo ridiculizar, en una sociedad preeminentemente patriarcal, machista y homófoba, al rival político, social o cultural, considerado «enemigo». Este apartado comienza con un extracto de un diario que hoy sería afín al espectro ideológico que actualmente apoya al colectivo LGTBIQ+, pero, como se ve, la Historia demuestra que no siempre lo hizo, por eso, es fundamental no hacer juicios de valor sobre el pasado con ojos del presente.

Para poner en contexto ese extracto, cabe decir que José González Marín fue un conocido actor malagueño perteneciente a la generación del 27 y miembro de la compañía de teatro de María Guerrero. En una representación en el Madrid asediado por las fuerzas golpistas, pronunció unas palabras en contra del FP. Profundamente religioso, republicano y defensor de la cultura, aquel suceso le valió el exilio y la marginación de una parte de los que anteriormente fueron compañeros de profesión y estaban vinculados al PCE. Mientras estuvo con vida, continuó con su carrera de actor y se encargó de recitar y mantener en la memoria de los intelectuales sudamericanos y españoles del exilio las poesías del autor de *Poeta en Nueva York,* el *Romancero gitano* o *Poema del cante jondo.* De esta forma se referían al actor que recitaba, ya por aquel entonces, las

poesías de Lorca en Sudamérica:

> González Marín, visto por Del Arco:
>
> > […] uy, un «arte»… ambiguo, epiceno [sin sexo], por no llamarle por su nombre más rotundamente español. Este es el de González Marín. Por supuesto, la poesía no tiene nada que ver con él. Es una especie de histrionismo afeminado, de dengues, de figuras, de vocecitas, que distraía a cierta gente. Se merecían público y recitador. Ambos eran espesos y llenos de flujos sentimentaloides, que tampoco tenían nada que ver con el limpio sentimiento humano. Ahora a este… recitador le han echado de Costa Rica. ¿Pero le han echado únicamente por fascista?[2].

Con «ambiguo, epiceno, por no llamarle por su nombre más rotundamente español», se refería a algún calificativo como *marica* o *maricón,* o cualquiera de sus sinónimos. Se buscaba atacarlo desde lo más simple, no por su ideología política o su apoyo a uno u otro bando, sino por su orientación sexual.

Tampoco se pueden olvidar las críticas, la censura e, incluso, los insultos, que recibió Cipriano de Rivas Cherif por ser de los pocos que habló de la sexualidad de Lorca. Fue uno de los mejores escenógrafos de comienzos de siglo XX, aparte de dramaturgo y periodista cultural, y era hermano de la mujer de Manuel Azaña. Un intelectual que, durante la contienda, fue blanco de duros ataques por parte de la prensa golpista por su manera de expresarse. En un recorte de prensa de un acto realizado en la Segunda República contaban que «se celebró un aperitivo, cuando entraron el hermano político de Azaña y afeminado Cipriano de Rivas Cherif»[3].

En este sentido, debe resultar paradójico que, desde posiciones de izquierda, se calificara como «marica perdido» o «epiceno» a un amigo que luchó por el legado cultural de García Lorca. Cabe señalar que ser homosexual no solo era tabú, sino que, tras la posguerra, se extendió un manto de silencio sobre aquella realidad incluso entre los republicanos. Asimismo, es preciso reconocer que no fue hasta la década de los ochenta del siglo XX, de la mano de su biógrafo Ian Gibson, cuando se comenzó a normalizar la orientación sexual de Lorca, en un contexto, no se olvide, de cierta apertura y libertad, como lo fue la transición hacia la democracia. En las diversas noticias que anunciaron la muerte del dramaturgo andaluz no se hace mención a su orientación sexual.

Las características que no podían mostrar los soldados en plena Guerra Civil –en líneas generales, tampoco antes ni después– englobaban todo lo que no se encuadrase dentro de aquella concreta masculinidad normativa. Si no se ceñían a ellas, eran caracterizados como mujeres o, en su defecto, «maricas» o «afeminados», de modo despectivo. Este capítulo no versa sobre una persona en concreto, pero representa a todos aquellos hombres, homosexuales o no, que no respaldaban aquel prototipo de masculinidad. Simboliza a todos los Nadies que, en aquel momento, no se sentían identificados con las características que desde ambos bandos les decían que debían poseer.

Como oposición a una genuina masculinidad en la guerra, el entorno semántico de la homosexualidad se convirtió en equivalente a cobardía e, incluso, a traición, y por este motivo, ambos bandos la emplearon para acuñar un ideal viril vinculado con el buen guerrero. El desertor lo era por ser débil, por «marica», una afrenta para los hombres de la mentalidad de aquella generación, con independencia de la ideología o cultura política. De esta forma, se buscaba que los combatientes, por la presión de grupo y para evitar ser tildados de homosexuales, se comportasen como esperaban sus mandos. La propaganda utilizó estos calificativos, principalmente, contra los líderes de aquellos bandos, al ser sus cabezas visibles, pero iba dirigida a toda la tropa.

En definitiva, se busca reflexionar cómo desde ambos bandos se imponía una posición patriarcal y homófoba, que aún era utilizada como herramienta de mofa, burla y broma, así como un intento de degradar a un hombre.

LA MASCULINIDAD NORMATIVA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Los dos extractos citados muestran el ideal de masculinidad preconizado a principios del siglo. Es cierto que, aunque se produjeron profundos cambios en la mentalidad de la época con la eclosión en España de la Segunda República, estos no fueron suficientes como para calar de forma general en la sociedad. Es pertinente remarcar que en toda

Europa la sociedad de la primera mitad del siglo XX se guiaba por unos valores bastante tradicionales, y ahí es donde se encuadra la imagen del hombre, que debía ser el que formase parte de la vida pública y poseer unos valores de decisión, valentía, rudeza e, incluso, violencia.

Como se ha visto en los dos capítulos anteriores[4], aunque hubiese excepciones, se radicalizó un prototipo de masculinidad y de feminidad excesivamente conservador. Procedía de unas ideas que se enquistaron en el subconsciente de la sociedad, con independencia de la ideología política. Los ejemplos femeninos los hemos analizado con la figura de la mujer tejedora, que representaba el espacio doméstico que aparece en numerosas leyendas, historias y mitos a lo largo de la historia en diversas tradiciones culturales. La mujer no puede salir del espacio del hogar, que le es propio.

En este sentido, queda por analizar la otra cara, la de la masculinidad normativa de principios de siglo XX, que se llevó al extremo durante las contiendas bélicas de la contemporaneidad. Por lo tanto, si la mujer tenía encomendado el cuidado de la casa y de los hijos, sin salir del espacio doméstico, el hombre debía salir a salvaguardar la familia, el pueblo, el rey, la nación, la república, la revolución o la contrarrevolución. La tradición griega está plagada de este tipo de ejemplos, empezando por Atlas, el titán que, tras la victoria del dios Zeus, fue condenado a cargar con el peso del mundo sobre sus hombros.

Hércules o Heracles, mitad hombre, mitad dios, hijo de Zeus, contaba con una fuerza sobrehumana y, tras los doce trabajos, en los que tuvo que luchar contra hombres y bestias, fue divinizado. En la Ilíada y la Odisea, es Ulises quien va a la guerra y disfruta de una «aventura», mientras Penélope lo espera en casa. En la tradición cristiana, sucede algo similar, pues, a pesar de las conocidas «mujeres fuertes de la Biblia», son personajes masculinos los encargados de liberar al pueblo judío, como Moisés, Josué, Efraín o los macabeos. Destaca entre todas las historias la del rey David y su lucha contra Goliat.

El liberalismo modificó el esquema de este tipo de historias. No eran grandes caudillos, sino el pueblo, siempre masculino, o así se reinterpreta en textos y en el arte, el que se levanta contra el absolutismo en Francia, con la toma de la Bastilla, o contra el invasor extranjero, en España, el 2 de mayo de 1808. Aunque hay notables excepciones, en líneas generales,

tanto el liberalismo como las ideologías que nacen de ella, el «liberador» y el «guerrero», que salva la «Nación» o la «clase social» son abstracciones que apenas tienen nombre. Al contrario de lo que sucede con las leyendas de las mujeres, que tienen nombre propio, los «hombres» en raras ocasiones lo tienen, como mucho, algún apodo, como «el tamborilero de Brunch», que ayudó a vencer al Ejército de Napoleón en septiembre de 1808. Se debe a que lo masculino, es decir, todos los hombres, tenían la obligación de poseer las características de un guerrero: valentía, virilidad, capacidad de decisión. Se esperaba que diese su vida por la «Patria» o la «Revolución».

Con el siglo XX, la llegada de las guerras mundiales y de la revolución, que trajo aparejada una nueva política[5], amparaban un ideal de masculinidad muy definido, que procedía de las tradiciones anteriormente citadas. Uno de los grandes exponentes es el de Ernst Jünger, escritor alemán, autor de *Tempestades de acero* y excombatiente de los dos conflictos que asolaron Europa. En sus libros, defiende una masculinidad propia del fascismo de la primera mitad del siglo XX, muy similar a aquel del que hacía gala Millán Astray y que inculcaba la Legión.

Jünger, a lo largo de su principal obra, novela su experiencia como soldado durante la Primera Guerra Mundial. A pesar de que se sabía perdedor, en más de un extracto quiso destacar la virilidad que debían demostrar él y sus compañeros de armas hasta la capitulación. La derrota fue una vergüenza para él, por lo que no podía describir otra cosa distinta a que se había comportado como esperaban que lo hiciese un hombre en aquel contexto, pues lo contrario supondría una deshonra. Por ejemplo, su alistamiento en la Legión lo definió como sigue: «La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío».

Ernest Hemingway, famoso novelista estadounidense que acudió a registrar como periodista los lances bélicos de la Guerra Civil española y de la Segunda Guerra Mundial, cae en los mismos estereotipos que el alemán. En su vasta obra, se expresa con desdén sobre las numerosas mujeres con las que se ha acostado, las aventuras que ha vivido y su papel activo en las luchas. Los mismos adjetivos calificativos que se atribuye Jünger son los que se observan en el autor de Por quién doblan las campanas. En ocasiones, en ambos casos, parece que son testimonios

caricaturizados de la figura del «don Juan» del *Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina.

El *donjuanismo,* etiquetado así por la historiadora Nerea Aresti, fue en parte responsable de gran importancia cultural en la creación de esa masculinidad normativa que llega a 1936 y que se intensifica con la guerra[6]. El personaje de Tirso de Molina fue retratado en varias culturas, ya que fue recogido, entre otros, por Molière en su *Dom Juan ou le Festin de Pierre* de 1665; por Carlo Goldoni y su *Don Giovanni Tenorio* de 1735; por Aleksandr Pushkin en su clásico *El convidado de piedra* de 1830; por Mozart; por Lord Byron y su *Don Juan,* 1819-1824 –que no pudo terminar a causa de su fallecimiento–; o José Zorrilla y su *Don Juan Tenorio* de 1844. Realmente, es un prototipo de hombre que incluso se puede relacionar con el de la época dorada del cine americano y los grandes galanes. Es un libertino que disfruta de lo que llama *el arte de la seducción* sin que lo preocupen los sentimientos, es aventurero, no teme a nadie y se caracteriza por su narcisismo y rebeldía.

Los movimientos políticos que eclosionaron en el primer tercio del siglo XX, como el comunismo, el socialismo, el anarquismo y el fascismo, tuvieron su influencia a la hora de dar forma al discurso sobre la masculinidad. Además, movilizaron a la sociedad, principalmente a la juventud, según los valores anteriormente expuestos, en los que la violencia ocupaba un lugar predominante[7]. La Guerra Civil española propició un incremento de este estilo de la propaganda sociopolítica en ambos bandos porque necesitaban congregar este espectro generacional.

Por este motivo, se crearon numerosos movimientos juveniles de todo tipo, particularmente, de carácter paramilitar, que servían para preparar la transición de la niñez a la adultez. La idea central era que el Ejército moldeaba el carácter y los convertía en hombres. Con la participación en grupos paramilitares de izquierda y derecha, se buscaba acelerar ese proceso. Factores como la rudeza, la aventura o el sexo eran aspectos fundamentales en el rito de paso. Esto aconteció en un contexto sociopolítico muy concreto y que en ningún caso llegó a ser de masas, pese a su intención, en ningún país del mundo. Pero las ideas sí fueron impregnando a toda la sociedad occidental tras la Primera Guerra Mundial y en medio de las guerras coloniales.

Esa nueva era trascendía al hombre como individuo. En él estaba la

representación de la «Nación», del «País», de la «clase social» o de la «Revolución». Cada movimiento abanderaba uno de estos conceptos, pero la masculinidad que se encontraba detrás variaba poco entre sí. Es sabido que, a pesar del internacionalismo defendido por el antifascismo, se encontraban también unas identidades nacionales profundamente marcadas, por lo tanto, en el caso del comunismo, socialismo y anarquismo, además de sus valores básicos, se debe añadir también el de «Nación». Durante la Guerra Civil, y a lo largo de la Historia, ambos bandos abogaron por el nacionalismo español[8]: la diferencia residía en la forma de entender esa «Nación», noción esquiva que fue adquiriendo diversos significados dependiendo del grupo sociopolítico. Lo mismo ocurría con el fascismo, que se decía valedor de la clase obrera y campesina, aunque basándose en un ideal de «Nación» de carácter historicista, fundamentado en el *Volk* y en la Historia.

La cartelería de guerra ejemplifica ese ideal de masculinidad. El anarquismo, el comunismo y el socialismo buscaron la vinculación del combatiente, casi siempre masculino, con la clase obrera y el campesinado. Junto con un soldado portando un arma, aparecían otros hombres acarreando los símbolos de la hoz, el martillo y el lápiz, buscando una vinculación de la defensa de la «Patria y el pan» con las clases subalternas. La estética es propia del grafismo que utilizó la URSS, con hombres de gran fortaleza y rasgos faciales rígidos. Una propaganda que mostraba la «grandiosidad» o la exageración muscular para construir el prototipo idealizado de «hombre de la República», y que distaba de la realidad, pues en la España de los años treinta la estatura media estaba en 165 centímetros.

Hay pocos cambios con la imaginería expuesta por el bando sublevado. Prevalecía un ideal de familia propio de la Iglesia católica que se compaginaba con el fascismo. El uso que hacen de los trabajadores y campesinos es para advertirles de que, con la llegada del comunismo, iban a perder sus tierras o sus puestos de trabajo. Por eso debían alistarse. En cuanto a la idea de masculinidad, es similar a la de los distintos grupos políticos que componían la defensa de la Segunda República. El estilo del grafismo es similar, rasgos muy marcados en los hombres, propios de aquel tiempo, cercanos a los elaborados en la Italia fascista.

Durante la conflagración se siguió el esquema propio de la cultura de

guerra, en el que se procura despojar de todo rasgo humano al enemigo para conseguir una cierta movilización social o, al menos, justificar las acciones que se están cometiendo. Se degrada al contrincante, de manera que el «otro» es un ser inferior. Además de exhibir el ideal de héroe, había que demonizar al adversario, llevándolo a los opuestos, y señalar que, si hay coincidencias entre la categoría de héroe, también las habrá entre sus villanos. Por eso, si el héroe es fuerte, el villano es débil; si aquel virtuoso, este, vicioso; si aquel duro, este, blando; si uno viril, el otro, afeminado. Por lo tanto, en la caracterización del enemigo como un demonio, también se lo tildaba de homosexual, en aquel momento, hombre inferior. No debían ser homosexuales ni ser sospechosos de serlo.

LAS «MARICAS» DE FRANCO Y AZAÑA. LA VIRILIDAD COMO VALOR INDISPENSABLE PARA EL MANDO

Las dos trincheras retóricas se encargaron de poner en duda la capacidad del adversario. El objetivo de la propaganda no era solo confirmar sus apoyos, sino tratar de atraer a otros. Había que seducir a los posibles disidentes del bando contrario, así que el insulto no podía ir dirigido directamente a ellos, de ahí que la estrategia fuera dirigir el ataque hacia las cabezas visibles de los bandos, sus líderes. La falta de hombría los incapacitaba, según la lógica de aquel tiempo, para tomar decisiones correctas. Así, los soldados rasos eran realmente considerados víctimas de quienes estaban al mando.

Desde ambos bandos se encargaron de ponerles apodos que pudieran ridiculizarlos a ojos de sus contemporáneos. Entre los políticos republicanos, el que más acaparó la atención fue Manuel Azaña, ya que ocupó durante los primeros años de la guerra la Jefatura del Estado, recibiendo muy a menudo apelativos que ponían en duda su hombría. Además, al ser una persona con sobrepeso, las descalificaciones solían girar en torno a estos dos temas. Así, el general Queipo de Llano, en alguna de sus alocuciones de radio, hablaba así sobre Azaña:

> La soberbia y la idiotez.
>
> Yo que conozco toda la soberbia, aparte de la idiotez, que guarda Azaña dentro de su

> cuerpo rechoncho y afeminado, me imagino no la complacencia con la que presenciaría el homenaje, él que tanto soñó verse entre los leones de oro del Palacio de Oriente, y cuánto saborearía aquel curvar de espaldas de los socialistas y demás compinches que jugaban a ser grandes de España. ¡Qué gracioso sería todo esto si no fuese tan trágico![9].

Bajo la simpleza de estos calificativos, se encontraba una pensada política de comunicación y propaganda. Sin los vocablos «soberbia», «idiotez», «rechoncho» y «afeminado», el mensaje no tendría la misma impronta. Las malas decisiones del que era presidente de la Segunda República, y a quien culpaban, junto con otros políticos, del inicio de la guerra, eran en cierto modo debidas a su soberbia e idiotez, que se veían reafirmadas con unos atributos corporales impropios de un hombre. Era la imagen contraria a la que debía proyectar el combatiente insurgente: rudos, de cuerpo atlético, valientes, pero no soberbios, más bien sumisos para mantener la jerarquía militar.

Los insultos desmesurados que solía proferir el jefe del Ejército del Sur de los sublevados tenían como objetivo despojar de su virilidad al enemigo, en este caso, afeminado y rechoncho. En un artículo de prensa, arremeten contra él del mismo modo para desautorizar su acción de gobierno y a su persona, al denominarlo «orondo» y «afeminado»[10]. En la misma línea, desde el periódico de Gran Canaria pretendían criticar los actos que se celebraron en conmemoración de la proclamación de la Segunda República haciendo referencia al «cuerpo redondo y afeminado del "Sr." Azaña», junto con una ristra de comentarios jocosos sobre la inutilidad del acto[11].

El siguiente extracto, procedente de un artículo publicado a raíz del libro escrito por Francisco Casares *Azaña y ellos,* continuaban con la misma estrategia: vincular los males que había traído consigo la Segunda República con la figura de Manuel Azaña. Asimismo, perpetuaba el patrón propagandístico del *nosotros* frente a *ellos,* de lo bueno y puro frente a los valores negativos del político madrileño. En este caso, incluso intentaban atraer el favor de personas que pudieron ser partidarias del proyecto republicano, culpando a Azaña de su deriva, con el objetivo de ganar más seguidores para su causa:

> Azaña y Ellos.
>
> La trágica república española tuvo un exponente siniestro. Un mascarón de proa,

> espantable, que convirtió la realidad de un hecho consumado en vergüenza histórica, y que sirvió para que renegaran de la república y del republicanismo todas las personas decentes, y entre ellas muchos «republicanos de toda la vida». Porque el monstruo convirtió la república en una vergüenza.
>
> Este tenebroso personaje, frío, viscoso, sofístico, malintencionado, afeminado y terrible no puede ser otro que Azaña.
>
> […]
>
> El libro de Casares debe ser un libro universal. Los españoles debemos estar interesados en que este gran libro se conozca en todas partes, para que en todas partes se conozca la calaña de Azaña y de sus secuaces, para lección humana y vergüenza de los que están dentro y fuera de España […][12].

Aparece de nuevo el calificativo de «afeminado» junto con otros más duros como «frío», «viscoso», «malintencionado» o «terrible». En este texto, y en el libro de Francisco Casares, se intenta menoscabar la influencia que pudiese tener el presidente de la Segunda República en la sociedad. Se busca insultar no solo a la figura institucional, sino también a la persona. Se trata de un texto más serio que el discurso radiado, y luego transcrito, del general Queipo de Llano, que utiliza «afeminado» con tono jocoso, que busca la burla cómplice con las personas, básicamente, con los hombres con un ideal de masculinidad muy definido. Con supuesto sentido del humor, era denominado en ocasiones como «Manolita Azaña»[13].

Va en sintonía con un texto satírico titulado «Todo el año es carnaval» publicado en el semanario *La Ametralladora* –dirigida a la tropa sublevada, aunque se podía adquirir en la retaguardia golpista–, en el que se ríe de los políticos del bando republicano, atribuyéndoles el personaje que debían encarnar en ese festival. El autor sugiere que Azaña fuese disfrazado de «la destrozona», otro calificativo que ataca su hombría y, por lo tanto, su capacidad como presidente de la Segunda República[14]. Este tipo de calificaciones es similar a otras que aparecieron a lo largo de la guerra en el mismo semanario. Para denominar cobardes a los líderes políticos de la Segunda República, especialmente cuando muchos toman el camino del exilio, les dedican diversas calificaciones relacionadas con su supuesta homosexualidad.

Los contraponían con la figura del general Franco, que intentaban vincular con la fuerza del combatiente, imagen de la «Nueva España». Por ejemplo, cuando fue nombrado ministro Galarza, desde el diario canario

La Provincia se hicieron eco de esta forma que consideraban graciosa y «humillante»: «[…] el miedo congénere de Manolita Azaña y de Angelita Galarza, que ha sido nombrado ministro plenipotenciario […]»[15]. En la misma línea, en La Ametralladora, un periodista llamado Juan Simón hacía una pequeña sección de humor, en la que se inventaban diálogos entre «Doña Isabel Azaña» y «Don Fernando Caballero», haciéndolos pasar por los Reyes Católicos. En uno de ellos, «Doña Isabel Azaña» interpela a «Fernando Colón de los Ríos» con la siguiente frase: «Pero ¡qué barba tiene! ¡No hay quien se le resista!»[16].

El momento en el que Manuel Azaña se trasladó en 1937 a vivir a la abadía de Montserrat, Largo Caballero otorgó carteras ministeriales a miembros de la CNT, algo que molestó al presidente, que comenzó a distanciarse del Gobierno[17]. En este contexto de disputa política, Cipriano Rivas Cherif fue víctima del robo de unos escritos de su cuñado y presidente de la Segunda República, cuando era cónsul en Ginebra, que fueron a parar al bando sublevado y utilizados como munición propagandística contra Azaña.

Era la oportunidad perfecta de menoscabar la capacidad de la Segunda República para hacer frente a los envites de la guerra, siempre en contraposición con el supuesto buen hacer del bando sublevado. Cada cierto tiempo, publicaban algún comentario con el que pudiesen dejarlo en mala posición. En este aspecto, *El Pueblo Gallego* titula un artículo como «Azaña y las mujeres», en el que se transcribe lo que dejó escrito sobre algunas mujeres conocidas por su papel en la política o en el mundo del arte. Muestra, aunque no de manera explícita, que Azaña era una persona incapaz de mantener una relación apropiada con las mujeres, que no sabía tratar al sexo femenino, con el corolario obvio de que no es considerado un hombre «como Dios manda»:

> Para Azaña, las mujeres no son el sexo contrario, sino el antisexo. Bien apurado se vería quien pretendiera extraer de las obras del monstro *[sic]* una sola frase galante y madrigalesca. Dijérase que, para la sensibilidad de Azaña, las mujeres se mueven en una región ignota como la de los marcianos o selenitas. Circulaba un copioso anecdotario entre los amigos y conocidos de Azaña, para esclarecer su indiferencia glacial para todo lo femenino. […] La disculpa de que se trata de revolucionarias y seres ambiguos no sirve para el caso, ya que son las únicas mujeres que pasan por el cercado de sus relaciones, y el hombre normal es galante hasta con viragos[18].

Se observa que un hombre debe intentar ser «galante» con todas las mujeres, incluso para quienes, a ojos del que escribe, sean «seres ambiguos», como las milicianas. Que no apareciesen en sus diarios referencias de este estilo convertía al presidente en homosexual y, por extensión, en alguien poco capaz. Como se puede observar, Manuel Azaña fue a quien principalmente se dirigieron este tipo de calificaciones. Quizá, también, pero en menor medida, a los ministros Ángel Galarza y Jiménez de Asúa. A los tres los llegaron a calificar de «maricas», junto con Diego Martínez Barrios:

> Refiriéndose a la visita que hace dos días hizo el pintoresco general Miajas al sinvergüenza de Martínez Barrios, que se encuentra en Valencia, dicen varias emisoras que fue para ofrecer a don Diego la presidencia de la República soviética.
>
> (Parece que don Diego no aceptó, por lo que quiere el hombre aprovechar una clarita y salir cuanto antes de España con el dinero robado. Y si puede ser compañía de Galarza, mejor. Porque, en Sevilla por lo menos, nadie ignora que don Diego es la cuerda de «ellas». Vamos, que es tan marica como Azaña y Jiménez Asúa. ¡Hay que ver el personal dirigente de la República!)[19].

Como se ve, cada dardo dirigido desde la propaganda sublevada hacia los líderes de la Segunda República estaba ligado a esa imagen de la masculinidad que quisieron imponer y que tuvo su auge en un contexto de extrema violencia como era una guerra. Sin embargo, el bando golpista no fue el único en emplear esa estrategia propagandística. Es cierto que, durante el largo liberalismo, se produjo un incremento de las libertades, de la expansión de una cosmovisión de pensamiento más abierta y se aprobaron políticas que intentaban modernizar el Estado. Sin embargo, la presencia del pensamiento patriarcal era propia de la época, a pesar de la lenta pero decidida dinámica de cambios que se estaban produciendo a principios del siglo XX, de la que también participó España. De hecho, fueron el golpe de Estado, la guerra y la dictadura franquista los que devolvieron al país a esa imagen gris, atrasada, caciquil y que magistralmente retrata Miguel Delibes en *Los santos inocentes* y tan bien refleja en su *film* Mario Camus.

No obstante, afirmar que el periodo republicano implicó un constante y generalizado progreso, carente de errores, y que el cambio de pensamiento afectó a todos los sectores e ideologías del aquel entonces

supone una mitificación y distorsión. Si bien la Segunda República entrañó la modernización liberal del país desde 1931, este proceso fue desigual y tuvo aristas que es necesario exponer. Muestra de ello podría ser la cuestión de la ausente liberación sexual, ya que no hubo ningún avance en aquel contexto mundial.

Por eso, durante la Guerra Civil española, el uso del ideal de masculinidad en la propaganda republicana no era muy distinto al del bando sublevado. Es decir, seguía idénticos principios de virilidad, de valentía, de aventura y de furia. Si poseían esas características, o por lo menos no tenían las contrarias, eso los convertía en mejores soldados. Por eso, los líderes golpistas recibían los mismos calificativos que los políticos de la Segunda República.

El objetivo de todos los ataques no podía ser otro que Francisco Franco, particularmente cuando fue nombrado Generalísimo. Desde el punto de vista propagandístico, el bando sublevado creó alrededor de la figura de Franco una aureola mística, denominándolo «Caudillo» o «Generalísimo», en el momento en que se hizo con el control absoluto. Era una estrategia retórica que ya se había empleado en el fascismo italiano con Benito Mussolini, il Duce, e, incluso, en España con Alfonso XIII y la imagen del rey soldado, o en la dictadura de Miguel Primo de Rivera. En la Alemania nazi se llevó al extremo el culto al Führer[20]. Esto propició que las balas lingüísticas fueran dirigidas hacia él y, en algunos casos, al entorno militar más cercano. El lenguaje y el tono eran los mismos que los empleados por el bando golpista:

> Los pocos hombres que quedan entre los rebeldes se han hartado del traidor invertido y sus criminales aliados.
>
> Tánger.- Han tenido plena confirmación las noticias circuladas acerca del complot que se prepara en el mismo campo rebelde para castigar la traición y criminalidad de la marica traidora de Franco[21].

En este extracto, «marica» se emplea con dureza, y recuerda a las palabras que Queipo de Llano profería, en el mismo tono, sobre Azaña. Además, viene acompañado de otros, como «traidora», «traición», «invertido» o «criminalidad». En este caso concreto, poner en duda su orientación sexual establecía una relación entre esta y su criminalidad. «Invertido» presenta un doble significado, vinculado con lo infrahumano.

Es una connotación diferente a la que se observaba previamente, en la que se ponía en duda la valentía de los políticos republicanos llamándolos «afeminados» o «maricas».

Desde un punto de vista humorístico, uno de los más influyentes viñetistas de la década de los treinta, Luis Bagaría[22], publicó en Nuevo Aragón una caricatura que muestra a un militar con los rasgos de Franco, maquillado como una mujer y sin una pierna, un soldado con el típico casco alemán sin una pierna y una persona negra que se entiende que es un miembro de las Fuerzas Regulares. Las tres personas posan con el lema «Lo que ha quedado de las "aguerridas" fuerzas "nacionalistas"». En este caso, el afeminamiento con el que representan al militar y escribir «aguerridas» entre comillas sí que establece una relación entre la cobardía y no ser un buen combatiente. Las viñetas de Bagaría se centraron en los aspectos de masculinidad e incluso presentaban cierto racismo con las Fuerzas Regulares. Tras la contienda tuvo que exiliarse a Cuba, donde falleció en 1940. Estuvo perseguido por el franquismo a causa de sus viñetas humorísticas.

Además, se establece una relación entre el afeminamiento, en este caso, al estar disfrazado de mujer, con una posible incapacidad para encabezar un Ejército. En este ejemplo, tanto Franco como el soldado están mutilados, una de las primeras consecuencias, junto con la muerte, de la lucha en el campo de batalla. Se pretendía trasladar a la sociedad el miedo a las secuelas que tendría luchar con el bando golpista, vinculados a los designios de los intereses extranjeros, de Italia y Alemania, y del poder que alcanzaron los «moros» en el Ejército de Franco, al ser una fuerza de choque. Por eso, el único personaje que está maquillado como una mujer es el que representa a Franco.

Figura 21. *Nuevo Aragón. Diario de la mañana,* 2 de abril de 1937, portada.

En la misma línea se sitúa el artículo escrito por Ángel Samblancat, magistrado del Tribunal de Casación de Cataluña, en un artículo titulado «Imperio de opereta y pandereta», una frase que aún hoy es utilizada por algunos sectores de la izquierda para criticar ciertas decisiones políticas aprobadas por el Parlamento del Estado. Se publicó en *Mi revista,* que estaba controlada por la CNT y la Unión General de Trabajadores (UGT):

> Pero lo más grotesco de las Indias occidentales de la península nos lo dejábamos en el tintero. Nos referimos a la Majestad macaca que las disfruta como una finca de su propiedad, al cacasénico emperador que preside el imperio. Solo el Saboya de Liliput, ladrón de la corona de la reina de Saba, convertido por su canciller en recipiente inmundo del asco cósmico, aventaja en ridiculez al culo de marica loca que capitanea la facción.
>
> El imperio franquista tiene un gobierno más innominado que el Consejo de administración de una sociedad anónima. Su Ejército lo integran mercenarios jerifianos y hampa terciaria. Cuenta con intelectuales tan cumbres y tan honestos como Xenius, Gay, Queipo de Llano y otras estrellas. Ha revolucionado la calle y ha estremecido los alcaceres con innovaciones tan osadas como la comida sin postre y los jueves chatarreros[23].

En el primer párrafo hay una vinculación entre Franco y la monarquía española –aquí, con quien sustituyó en la jefatura del Estado a la Primera República– con el mal gobierno provocado por la estupidez –«cacasénico»–. Las calificaciones solo tienen el objetivo de ridiculizar e insultar al general golpista. Se complementa con el siguiente párrafo en el que se mofa del bando sublevado, que denomina «imperio» para contraponerlo con la idea de democracia republicana. También, de medidas como la del «día sin postre» para obtener fondos para la guerra, precisamente uno de los aspectos a los que más importancia le da la sociedad en un conflicto bélico: la comida[24].

Es una forma de invocar la traición de los militares que se sublevaron en 1936, y que destaca el órgano anarquista Solidaridad *Obrera:* «La traición de Franco, el *generalito* pederasta, es mucho mayor de lo que parece. Su conducta alevosa supone un doble engaño. Traicionó al Gobierno que, ingenuamente, le confió puestos de mando y ha terminado por traicionar hasta a los mismos que le han venido apoyando»[25]. En este caso, para magnificar el papel de Franco como traidor a la Segunda República, lo llaman «pederasta», un calificativo que, en aquella época, se usaba como sinónimo de «homosexual».

Una increíble paradoja se encuentra en un homenaje que *El mono azul* le quiere dedicar a Federico García Lorca, en el que se hace gala de un lenguaje poco afortunado, a ojos contemporáneos, para «descalificar» a Franco. Desde septiembre de 1936, su asesinato ya empezaba a ser denunciado por la brutalidad y por lo que representaba. Era una figura de la cultura, del progresismo, del humanismo y de la búsqueda de lo trascendental a través de la razón. También era un personaje de contrastes, pues su obra y vida también estuvieron vinculadas con aspectos tradicionales, como su gusto, amistades y referencias en su poesía al toreo, su pasión por el folklore andaluz y su ambigua posición frente a lo religioso. En cualquier caso, al frente de La Barraca se hizo un nombre dentro de la cultura de la España de las décadas de los veinte y de los treinta. Representaba todo aquello que la derecha política quería eliminar, pero su homosexualidad, uno de los motivos de su muerte, fue ocultada por varios sectores políticos. Por eso, en ese homenaje aparece un poema de José Herrera Petere, titulado «Escenas edificantes», dedicado en honor al poeta granadino y en el que describe, despectivamente, al general

Franco y en el que lo tilda de «afeminado»:

> Escenas edificantes.
> Barbilindo, curvirrostro,
> amariconado y necio,
> rizándose las pestañas
> con humaredas de incienso,
> entra el pollito fascista
> en la iglesia y el convento
> con plácidos dientes fuera
> y el bigotito hacia dentro,
> la corbata ensortijada
> y el sombrerito de queso[26].

No se puede perder de vista que eran escritos dirigidos tanto al frente como a la retaguardia, con el objetivo de movilizar o, por lo menos, justificar las acciones que estaban llevando a cabo. Sin una sociedad cómplice de querer insultar al que en ese momento era el enemigo, no funcionaría ni se manejaría este tipo de lenguaje. Fue muy utilizado por ambos bandos, y es muestra de cómo era vista en aquel momento la homosexualidad. Se puede observar en las declaraciones de un evadido del bando republicano al sublevado, que tacha de «afeminados» y «cobardes» a los políticos del FP[27].

Por el contrario, otro evadido que fue en dirección contraria denominaba «sarasa» a Franco[28]. Ese calificativo también se lo adjudicó en su diario de guerra Faustino Vázquez Carril. Se trataba de un periodista deportivo, del diario coruñés *El Eco Deportivo,* natural de la localidad de Monforte, provincia de Lugo, votante y seguidor de IR y de Manuel Azaña. Escribió un detallado diario de lo que le ocurrió desde que fue movilizado, en el que en varias ocasiones afirma ser republicano, de ideas progresistas y seguidor del que fue ministro de Defensa. Al caer herido, le descubrieron lo que estaba escribiendo, y aparecían varias alusiones al bando sublevado y criticaba a Franco. Fue condenado a muerte y ejecutado el 10 de mayo de 1937[29].

No es de extrañar que se conozcan tan pocas personalidades públicas de aquel momento homosexuales, y mucho menos dentro de las personas del común. Sin embargo, hay que distinguir entre la propaganda y este tipo de calificaciones, que deben entenderse como una reacción en contra

del poder establecido. Este tipo de calificaciones estaba integrado en el lenguaje y en el imaginario social.

LOS «AFEMINADOS» NO PUEDEN SER COMBATIENTES

La virilidad debía ser una característica del hombre en aquella época. Se puede observar en el citado mito del don Juan, muy presente en el mundo de la cultura europea[30]. Como se ha visto, la homosexualidad era utilizada como una muestra de lo que no debía ser un «hombre», o como descalificativo con el rival político, con independencia de la ideología o bando. En referencia a los soldados, no había diferencia entre ser un cobarde y un homosexual, y en ocasiones significaba carecer de capacidad de acción y decisión, así como ser incapaz de matar a otro ser humano, algo, por otro lado, profundamente traumático para la inmensa mayoría de las personas[31]. Ser homosexual para un hombre entrañaba poseer los valores morales que no le eran propios, esto es, marica era aquel que participaba de la moralidad de lo femenino y, por lo tanto, inhábil para el liderazgo.

Por eso, se considera que el ideal de masculinidad de comienzos de siglo pudo ser un estímulo para que algunos soldados se convirtiesen en genuinos asesinos. No solo estaban entre la espada y la pared, entre la posibilidad de «matar o morir» –como recuerdan la mayoría de supervivientes–. Además, recaía sobre ellos la amenaza de que, si no asesinaban, estaban poniendo en riesgo a sus familiares –por traidores–. Al mismo tiempo, debían cargar con la losa de ser homosexuales a ojos de sus compañeros o, si trascendía la historia, en la retaguardia, entre su comunidad. Por eso, muchos se vieron en la obligación, por esta multiplicidad de motivos, de cometer barbaridades que nunca habrían perpetrado antes del golpe de Estado[32].

Por si acaso las referencias a políticos y militares no los impactaban en exceso, a veces se hacía referencia a los combatientes en primera persona. Debido a ello, para demostrar la valentía de un joven ante sus verdugos «fascistas», no dudaban en motejarlo como «marica». Esta conversación en el órgano de prensa del PCE es una muestra de ello:

Hasta el punto de que Pedro recuerda la paliza bárbara que le dio la Guardia Civil.

Una noche –las diez, poco más–, estaba hablando con una moza, una chiquilla, ya iniciada en la costumbre de la reja.

[Los guardias del puesto y su comandante dijeron según el relato.]

—No quiero ni una rata… ¿Qué miras?… Ya *t'has ganao* una hostia… –Había tenido un contratiempo, porque tres o cuatro mozos apagaron la luz de la taberna y se enredaron a garrotazos. Y aquella noche venían en tromba.

—¿Qué haces aquí? Ya estás corriendo, que te parto esa cara de marica que tienes…

Pedro –los pocos años, la virilidad que empieza, la chica viéndolo– se resistió.

—Yo no me meto con nadie y no soy marica y no tengo que irme.

—¿Que no qué?

—Que no…

Allí mismo lo doblaron a patadas y a golpes. En el cuartelillo el comandante chillaba: «¡Un escarmiento, un escarmiento!».

Hoy, Pedro empuja el fusil en la trinchera. Basta que recuerde aquel apaleamiento, aquella arbitrariedad salvaje de energúmenos: basta que piense que, con el triunfo del Ejército del pueblo, aquellos guardias y aquel atropello no son posibles. Sin todo el peso de la razón, bastaría con eso para tener la certidumbre de POR QUÉ aprieta en las manos el fusil[33].

Ese supuesto joven, seguramente inventado por la propaganda –aunque no es extraño que existan relatos similares–, adquiere la valentía que necesita al recordar cómo fue tratado por la Guardia Civil. No es un acto de venganza, sino la gasolina que alimenta el «valor» que necesita ese supuesto combatiente. No solo recibió una paliza, sino que fue humillado delante de una mujer y lo llamaron «marica». Por eso, ya ha encontrado el coraje para luchar en el frente de batalla, para «empuñar un fusil» y para enmendar aquella afrenta con la victoria militar.

La historia narrada por la propaganda relaciona el insulto con vinculaciones emocionales de la sociedad de aquel tiempo. Así, este tipo de aspectos más primarios gozaron de mayor importancia que los ideológicos, pues se observa que son transversales y se utilizan para movilizar a individuos de distintas clases sociales y territorios. Si de este extracto, y de la mayoría de los citados, se eliminan ciertas referencias políticas, sería imposible conocer quién pudo publicar qué. De ahí que se defienda que este tipo de aspectos tuvieron más éxito y calaron más en los combatientes que otros de mayor enjundia intelectual. No se hace referencia a que el lector vinculase su masculinidad con la creación del hombre que debía protagonizar la revolución o del nuevo hombre fascista,

sino, simplemente, a que ser tachado de «marica» era una injuria a su honor. Se puede observar en el siguiente extracto periodístico-propagandístico, en el que los lugares comunes de virilidad, defensa de la mujer, ser un hombre y la descalificación al enemigo como «afeminado» están presentes:

> Es dura la lucha que sostenemos. Acaso en las semanas próximas adquiera todavía mayor dramatismo. Pero hemos de aceptar como hombres la realidad. Hemos de estar a la altura de nuestro deber y de nuestra misión. Es nuestra propia dignidad quien nos lo pide. Es la felicidad de nuestros hijos quien nos lo exige. Es el honor de nuestras mujeres quien nos lo impone; de unas mujeres que prefieren vernos muertos a que contemplemos con mansedumbre bovina cómo las escarnece la brutalidad de un militar teutón o la flamenquería de un camisa negra afeminado. Por ello, por todo ello, hemos de combatir[34].

Estaba concebido para exacerbar las pulsiones de los combatientes[35]. Podría pasar por un fragmento firmado por un líder falangista o tradicionalista, porque hasta su título rezuma los elementos más básicos de la masculinidad normativa: «Las hordas extranjeras vienen a robarnos lo que es nuestro». Como hombres, debían proteger, en este caso, a la patria, a la Segunda República, representada en la figura de la mujer y los hijos de los combatientes. Se afirma algo tan impactante como que ellos prefieren verlos «muertos», y por eso deben aceptar «como hombres la realidad», es decir, jugarse la vida.

El objetivo era conseguir que los combatientes entregasen su vida si fuera preciso. La misma finalidad buscaba el diario comunista *La Hora,* dirigido principalmente al sector poblacional más joven, en marzo de 1938. Para buscar su aquiescencia, exaltaban los valores masculinos, en este caso, en contraposición con la supuesta homosexualidad o cobardía, sinónimos, en aquel periodo, del enemigo. Asimismo, se pretendía deshumanizarlo a ojos de sus soldados, ya que los calificativos que empleaban tanto en el semanario *Libertad* como en el siguiente extracto eran un intento de hacer de menos al oponente y sus virtudes en favor de unos supuestos valores que debían abanderar:

> ¡Y, esta vez, tampoco pasarán!
>
> Como el 7 de noviembre, la juventud, en pie de guerra, dará otra vez la cara.
>
> ¡Ni un paso atrás!
>
> Los obreros y los campesinos, las juventudes y todo el pueblo español, que lucha desde hace veinte meses contra los traidores y los invasores de España, no se dejarán arrebatar la

> victoria.
>
> […]
>
> El falangista sifilítico, el italiano marica caerán ante nuestras alambradas si sabemos organizar la resistencia palmo a palmo[36].

Este extracto sigue el esquema discursivo sobre la despersonalización del enemigo para conseguir la complicidad de la juventud. Se lo degrada para mostrar a los lectores que es un ser inferior, en este caso concreto, al tildarlo de «sifilítico» y «marica». La retórica empleada no tendría el mismo efecto si las palabras «falangista» e «italiano» no fuesen acompañadas de esos calificativos. Es una muestra de que, a pesar de los avances sociales que se produjeron durante la Segunda República, que acogían los movimientos de justicia social, se empleaban las mismas técnicas propagandísticas que en el bando que acusaban de ser reaccionario.

Al otro lado de la trinchera, se explotó este tipo de lenguaje con el mismo objetivo difamatorio y desdeñoso. Se pueden observar ciertas diferencias. En lo que se refiere a los extranjeros, especialmente cuando se referían a la URSS y al FP francés, los calificativos buscaban destacar las atrocidades cometidas por ellos. Era otra forma de despojarlos de su humanidad, buscando acrecentar el odio hacia ellos, descritos a menudo como piojosos, brutos, bárbaros y, a menudo, con poca inteligencia. En este caso, la degradación no era equipararlos a lo femenino, sino a la animalidad[37]. Un ejemplo de la sección de «Horrores de la zona roja» del semanario para los combatientes golpistas La Ametralladora es el siguiente:

> En la iglesia parroquial de Castellar de Santiago, pueblo de la provincia de Ciudad de Santiago, pueblo de la provincia de Ciudad Real, de dos mil habitantes, tenían los marxistas 250 prisioneros; 92 de ellos fueron muertos ante el espanto de sus restantes compañeros de cautiverio, que sufrieron el martirio de ver cómo se ensañaban con los cadáveres de las víctimas, mutilándolos bárbaramente[38].

Era común en la prensa rebelde mofarse de los discursos de Dolores Ibárruri y de Margarita Nelken. La burla estaba centrada principalmente en su papel de mujer con voz y predicamento entre el bando republicano. La presencia de mujeres combatientes entre las filas republicanas llamaba a las chanzas de los sublevados, que equiparaban al resto de los soldados

varones con las mujeres milicianas. Asimismo, solían hacer referencias a que, en las trincheras, más que combatir, se dedicaban a mantener relaciones sexuales con aquellos soldados que aún seguían siendo «hombres». Así parece que se da a entender la parte final de un despectivo artículo titulado «Lo que pretende doña Lola»:

> Los hombres se sientan estimulados por el alto ejemplo de esas milicianas, cuya conducta ofrece la señora Ibárruri a la admiración e imitación de sus camaradas.
>
> En fin, ¡allá ellos! De todas formas, esas trincheras rojas están condenadas a perecer como el fuego, como Sodoma, y no sería, por lo tanto, sorprendente que quisieran parecerse a la ciudad maldita antes de su destrucción[39].

Igual que el bando republicano se expresaba el diario gallego fundado por el presidente de la Segunda República, Portela Valladares, controlado desde julio de 1936 por la Delegación Nacional de Propaganda (DNP) de FET y de las JONS, al hablar de la cobardía en combate[40]. Para estimular a sus soldados, pero también a quienes se encontraban en la retaguardia, hacía uso de los mismos recursos retóricos. Estos englobaban el hecho de ser defensores de la familia, valientes, abnegados, orgullosos de morir en combate, todo lo contrario de lo que eran los que no colaboraban en los esfuerzos bélicos, que eran cobardes y afeminados. La diferencia estriba en que, en este caso, está bañado del lenguaje empleado por el fascismo de entreguerras, de la creación de una nueva era, la destrucción del comunismo y la recuperación de las esencias de la nación[41]. En una sección llamada «Voz de Falange», se expresaban en los siguientes términos:

> ¡Por nuestros hijos! Que ellos tengan que agradecernos el sacrificio, y no avergonzarse porque no supimos hacer uso honrado, varonil, valeroso, de la paternidad. Y que la Patria renazca limpia, erguida, vertical, de nuestras manos encallecidas –hoy– en la culata del fusil.
>
> La guerra es dura, pero es deporte de hombres. ¡Afuera los cobardes, los afeminados! No tienen puesto entre los soldados de España, entre los milicianos de Falange. La guerra es dura, pero hermosa. Hermoso juego, de ganar o perder lo más preciado: la vida. […] Ocupación de varones de recio corazón, de hombres duros como vosotros[42].

Para finalizar, este tipo de discurso no solo sirvió para atacar al «enemigo exterior», sino, también, a los «vicios» que prevalecían en la sociedad, según algunos sectores de ambos bandos. La contienda valió para que movimientos políticos que no habían logrado cotas de poder

antes del golpe de Estado lo alcanzasen, principalmente, el comunismo, el anarquismo y el fascismo, aunque lo hicieron más en la esfera cultural que en la política. De hecho, el comunismo y el fascismo fueron los dominantes hasta la década de los sesenta. El comunismo y el anarquismo estaban en contra de las costumbres burguesas y aprovecharon el contexto de guerra para criticarlas ferozmente. El diario Nosotros afeaba de esta forma que hubiera colas para ir al cine mientras muchos compatriotas perdían la vida en el frente:

> Domingos de retaguardia.
>
> Una cola absurda y un gesto.
>
> […] La capital, en esta mañana de domingo, parece el «hall» de la tarde: todo el mundo se prepara a entrar, después de bien comido, en el fragor de la expansión, en el interior de sus diversiones favoritas. Todos sacan su boleto de la alegría, donde mejor les conviene. Aquí en la calle de Largo Caballero, el público ha formado una larga «cola»; aún no dieron las diez horas del día y ya, ya… El espectáculo lo merece: un mariconoide exhibe desde el escenario la filigrana de sus afeminadas actitudes. A la gente le gusta esta negación del arte y por eso ha hecho de su egoísmo un inmenso reptil que aguarda impaciente la hora de que aparezca el marica. La «cola» no es para pan, ni para leche, ni incluso para tabaco; es una «cola» absurda. Y el gesto ha aparecido, de pronto, tornasolado por la bondadosa mirada de una mujer enlutada. Ha preguntado con esa curiosidad femenina que tanto puede, y al saber que aquella gente formaba «cola» para ir al teatro ha lanzado su mirada llena de indignación. A esta mujer le mataron a su hijo en el frente, y ella camina su emoción por la vida. Por eso no comprende el placer de la gente ante un teatro en la retaguardia[43].

De nuevo, posiblemente sea otra anécdota inventada que tenga como objetivo hacer consciente a la población de cómo se encontraba el país. También, de que era el momento de iniciar un proceso de revolución social que terminase con el modo de vida liberal y burgués, que consideraban culpable, por omisión, de la situación bélica. A pesar del interés por la cultura del movimiento anarquista y de promocionar eventos teatrales, literarios o de otro estilo durante la guerra, lo que se buscaba con esa relación entre el teatro y los descalificativos como «mariconoide» era reprobar la forma de vida burguesa.

Lo mismo ocurría al otro lado de la trinchera, con algunas referencias por parte de medios controlados por Falange. El tipo de revolución patrocinado por el fascismo español, la «revolución permanente», obviamente tenía un corte completamente diferente: era nacional,

corporativista, vertical y quería eliminar la lucha de clases, que consideraban un invento del liberalismo y de la burguesía y, en última instancia, del comunismo. En su concepción de la realidad sociopolítica, resguardaban lo siguiente:

> ¡Trabajadores! ¡Productores! La nueva España no admite perezosos ni cobardes en la retaguardia. Retaguardia y vanguardia están fundidas en un solo ideal. En adelante dos son los puestos de «servicio y de sacrificio», como decía José Antonio[44].

A MODO DE REFLEXIÓN

Este texto tiene como intención dar voz a quienes estuvieron ocultos, a quienes defendían otra masculinidad, fuesen o no homosexuales, en especial, a los primeros, ya que tuvieron que esconder su verdadera identidad. Este capítulo muestra una cosmovisión cultural distinta a la actual, por lo que debe entenderse cada texto dentro de ese modo generalizado de pensar y como ejemplo para mostrar la fuerza cultural y social de ciertas palabras a comienzos del siglo XX, y que las sucesivas guerras acrecentaron. Este pensamiento procedía, como el ideal de feminidad, de las tradiciones griegas, cristianas y liberales.

Como sociedad, se debe ser crítico con ese pasado, para que no se repita, para que no siga habiendo hombres y mujeres que repriman su identidad sexual. Las luchas por los derechos y por la justicia social deben encontrar inspiración en el pasado, pero nunca se ha de juzgar un contexto o proceso histórico distinto a aquel en que se vive para legitimar ideológica o intelectualmente una aspiración actual.

La homofobia y la posterior lucha LGTBIQ+ es ejemplo de ello. Desde ambos bandos, como hemos visto, se utilizó un ideal de virilidad similar, el que estaba normalizado en aquel momento. Por lo tanto, empeñarse en encontrar en la Segunda República una idealización de un espíritu auténticamente progresista no debe justificar las libertades del presente, ya que no se movían en una misma normatividad. Una idea o un derecho deben protegerse por lo que se reclama hoy.

Entonces, ¿existía homofobia en la década de los treinta? Sí y no. Es fundamental en este punto diferenciar entre el análisis crítico que realiza el historiador y la judicialización de un colectivo. Según esta última, las

palabras dichas están escritas en negro sobre blanco y atentaban contra un colectivo. Pero, por otro lado, no existía la palabra «homofobia» ni existía una percepción sobre la necesidad de defender la pluralidad sexual. No se puede mirar con las gafas del presente actos y sucesos pasados, ya que son la actualidad y las recientes conquistas sociales las que empujan a calificar, sin paliativos, aquel momento de homófobo. No obstante, es necesario mostrar el universo cultural por el que muchos Nadies, que quedaron al margen de la norma, tuvieron que reprimir y ocultar quiénes fueron.

---

[1] *La Hora. Diario de la juventud,* 14 de enero de 1938, p. 2.

[2] *La Hora. Diario de la juventud,* 14 de diciembre de 1937, p. 9.

[3] *Fotos,* 26 de junio de 1937, p. 18.

[4] Así como en el cap. I dedicado a los dos hermanos.

[5] Para un análisis más pormenorizado, véase el cap. V sobre el anticomunismo y el antifascismo.

[6] Aresti (2001 y 2018: 13-31).

[7] Souto Kustrín (2005: 97-122) o González Calleja (2009), como se aprecia en el cap. VII.

[8] Núñez Seixas (2006). Sobre la idea de que todos defienden un nacionalismo español, es conveniente consultar *Suspiros de España* (2018), donde se explica que existe una identidad nacional en todo el conjunto de la sociedad, independientemente del color político. Ya explicado por De la Granja, Beramendi y Anguera (2001) y Moreno Luzón (2013: 319-348). Se basa en las teorías del nacionalismo banal de Michael Billig (2014), por las que existe una nacionalización basada en pequeños actos que pasan, a menudo, desapercibidos a las personas.

[9] *El Pueblo Gallego,* año XIV, 4.257, 16 de abril de 1937, p. 6.

[10] *La Nueva España,* 16 de abril de 1937, p. 3.

[11] *La Provincia,* 16 de abril de 1937, p. 6.

[12] *Radio y cinema. Revista ilustrada de la España nacional,* año II, 21, 30 de enero de 1939, p. 34.

[13] *La Nueva España,* 14 de marzo de 1937, p. 3.

[14] *La Ametralladora,* año I, 4, 8 de febrero de 1937, p. 5.

[15] *La Provincia,* 14 de marzo de 1937, p. 6.

[16] *La Ametralladora,* año I, 8, 7 de marzo de 1937, p. 2.

[17] Egido León (2021).

[18] *El Pueblo Gallego,* año XIV, 4.420, 17 de noviembre de 1937, p. 8.

[19] *La Unión. Diario Gráfico Independiente,* año XIX, 6.846, p. 8.

[20] Para el caso italiano, véase Gentile (2007). Para España, véase Moreno Luzón (2013: 319-348), que estudió el proceso nacionalizador del reinado de Alfonso XIII. Quiroga de Soto (2008) hizo lo propio con la de la dictadura de Primo de Rivera.

[21] *Nuevo Aragón. Diario de la mañana,* 2 de abril de 1937, p. 4.

[22] Elorza (1988: 27).

[23] Ángel Samblancat, «Imperio de opereta y pandereta», *Mi revista* 37, 15 de marzo de 1938, p. 6.

[24] Prada (2015: 23-43), Gil Andrés (2006: 263 y ss.) o Seidman (2012: 150-176).

[25] *Solidaridad Obrera,* año VIII, época VI, 1.652, 28 de julio de 1937, p. 4.

[26] El mono azul, año I, 4, 17 de septiembre de 1936, p. 5.

[27] Carpeta de evadidos del Frente Norte. AIRMNO, C. ANT223.

[28] CDMH, Incorporados, 732/5.

[29] En las memorias editadas por Grandío (2011: 100).

[30] Aresti (2001; 2012: 55-72 y 2018: 13-31).

[31] Para el caso francés, véase Luengo (2012: 45-66).

[32] Leira Castiñeira (2020b).

[33] *Frente Rojo. Órgano del Partido Comunista. SEIC,* año I, 333, p. 10.

[34] José Villanueva, «Las hordas extranjeras vienen a robarnos lo que es nuestro», Libertad. Semanario del frente, año I, 3, 1937, p. 2.

[35] El recorte de prensa está sacado del órgano periodístico de División 42, afín a la CNT-FAI, que en aquel momento se encontraba en Cuenca, en el Frente de Teruel, como integrante del XV Cuerpo del Ejército de la República. Su director fue el comisario anarquista José Villanueva Márquez, quien firmó los artículos de la propaganda oficial que abría cada número y en los que se enaltecerán figuras anarquistas como Cipriano Mera o Melchor Rodríguez.

[36] *La Hora. Diario de la juventud,* año II, 241, 15 de marzo de 1938, portada.

[37] Una síntesis en Núñez Seixas (2006: 177-227).

[38] *La Ametralladora,* año 1, 3, 1 de febrero de 1937, p. 8.

[39] *La Ametralladora,* año 1, 3, 1 de febrero de 19137, p. 2.

[40] Para un análisis de cómo Falange se apoderó de los medios de comunicación, véase Sevillano Calero (1998).

[41] Lo más completo en Vincent (1999: 69-98 y 2006: 131-151). Se deben revisar los trabajos de Alegre Lorenz (2018: 339-388).

[42] *El Pueblo Gallego,* año XIII, 4.162, 23 de diciembre de 1936, p. 4.

[43] *Nosotros. Federación Anarquista Ibérica,* año II, 171, p. 8.

[44] *El Compostelano,* año XIX, 5.446, 16 de julio de 1938, p. 2.

IX. «PODER DE ADAPTACIÓN»
La experiencia bélica del quinto del biberón
Ramón Montserrat Ferrando

> Poder de adaptación: el llamado poder de adaptación es patrimonio de todos los mortales. Uno se adapta a pesar de su voluntad, al ambiente en el que vive. Se adapta a la riqueza o a la pobreza, y llega a considerar su estado como normal de un modo (sub)inconsciente *[sic],* por distinto que sea del anterior. El que queda ciego va adaptándose a su ceguera y tiene días de buen humor como el que ve. El que pierde a un hijo llega a acostumbrarse a vivir sin su compañía tarde o temprano, y el dolor irresistible de los primeros días pierde intensidad, llegando a desaparecer en muchas ocasiones[1].

La reflexión anterior podría haber sido extraída de un tratado de filosofía. Podría haber sido pronunciada por grandes intelectuales de cualquier periodo histórico. El propio Primo Levi, en su trilogía sobre su paso por los campos de concentración nazi, reflexiona de forma similar. Sin embargo, lo escribió un tal Ramón Montserrat Ferrando, desde la perspectiva que le aportó su experiencia en la guerra pocos años después de su finalización.

Era un joven de la quinta de 1941, consideradas como las del biberón del EPR, pues sus integrantes apenas tenían 16 años cuando se produjo el golpe de Estado. A Ramón no le quedó más remedio que alistarse, pues lo movilizaron de manera forzosa, y, como se observa en sus memorias, tuvo que adaptarse a las nuevas circunstancias. Ya en aquel momento, y años después cuando escribió una semblanza de su *Paso por el Ebro,* lamentó haber perdido su juventud. Desde ese momento, debía convivir con el recuerdo de la experiencia traumática que provoca un conflicto bélico. Las generaciones posteriores, nacidas a partir de la década de los setenta, rememoran su juventud con dicha, algo que no pudo hacer ni Ramón ni toda la generación que vivió la contienda y la posguerra.

Figura 22. Ramón Montserrat Ferrando vestido de militar, 1937. AFAR.

En sus memorias desnuda parte de su trayectoria como combatiente; quizá, como afirma el propio Ramón, la parte más dura fue el comienzo, cuando pasó de las comodidades a la insalubridad y los piojos. De la monotonía de la vida diaria al miedo, la violencia y la inseguridad. De ser una persona corriente a tener que matar o ser muerto en combate. Él narra cómo fue ese proceso por el cual pasó de ser un ciudadano a un soldado, con todas las obligaciones que ello conllevaba. El agravante es que fue de la quinta del biberón, un chico muy joven cuando empezó la contienda y que un año antes ni se imaginaba que iba a dejar la escuela, su trabajo en el campo, a sus amigos y familiares, para empuñar un arma. Un fusil –máuser– que, seguramente, en 1935, no había tenido en sus manos, pero que, años más tarde, tuvo la obligación de disparar.

A pesar de lo corta que pueda resultar la lectura de las memorias, estas

muestran con claridad esa otra guerra, la que no se retrata en las películas de Hollywood, la que ni es heroica ni contiene gestas. Reconoce que no fue una experiencia que quiera recordar, pero que tampoco debe olvidar. Hay aspectos que se pueden ver en otras memorias, como las de Ramón J. Sender de Marruecos, Gabriel Chevalier sobre la Primera Guerra Mundial o las del teniente Kovalev –el famoso militar soviético que colocó la bandera de su país en el Reichstag, pero que se arrepintió de los crímenes de guerra que cometió– sobre la Segunda Guerra Mundial[2]. Sin olvidar a los autores de la oleada pacifista de la primera posguerra mundial, como Erich Maria Remarque o Robert Graves[3]. Ramón, no cuenta nada nuevo, aunque pueda parecernos novedoso.

Reafirma algo que varios historiadores vienen contando desde hace tiempo, a saber, la parte humana, contradictoria, y el rechazo que genera la violencia que pudieron perpetrar Ramón o cualquier otro soldado en una contienda bélica. Los «piojos», el «hambre feroz», «matar o que te maten» y el «miedo» son elementos comunes a la experiencia de combate, vivencias que unen a todos los combatientes, pertenecieran al Ejército sublevado o el republicano. Tanto al de los Aliados de la Segunda Guerra Mundial como a los del Eje Roma-Berlín-Tokio. A los soldados del Ejército de Estados Unidos o el del *Việt Cộng*. Trascienden fronteras, ideologías y periodo histórico.

Además, en su escrito, cuando se refiere al «enemigo» no lo hace peyorativamente, algo que muestra que la experiencia de guerra no siempre «brutaliza», como algunos autores señalan[4]. Las memorias están escritas con la perspectiva que da el tiempo, pero compuestas en la década de los cincuenta, a pesar del peligro que suponía para un excombatiente republicano narrar su actuación en la guerra. En cualquier caso, el propio Ramón reconoce esa dualidad que existe tras pasar por el frente, la de su ética y moral, que permanecen intactas, y la de sus acciones en un contexto como el que le tocó participar y sufrir. No siempre van de la mano, y en estas situaciones no queda otro camino que «traicionarse» a uno mismo para sobrevivir.

La historia de Ramón Montserrat, de algún modo, representa lo que le ha sucedido al Estado español en relación con su pasado reciente y que será motivo de un tratamiento más demorado en el capítulo final. No

quiso la guerra, decidió no hablar de ella, aunque la tenía presente, y escribir unas pequeñas memorias sin caer en el *guerracivilismo* y no se las enseñó a nadie. Demuestra lo importante que es recordar, que sirve como catarsis personal y social, para mirar al futuro desde la perspectiva que ofrece el pasado. Asimismo, con amargura, habla de que las personas se «adaptan a las circunstancias» que les toca sufrir, como padeció su generación, con el hambre, el miedo y la violencia.

En definitiva, gracias a las rendijas que brinda el recuerdo escrito de Ramón Montserrat, se pueden descubrir los aspectos más tristes de una contienda armada. Cómo los combatientes más jóvenes se integraron en un engranaje militar, acatando órdenes para salvar tanto sus propias vidas como las de sus seres queridos. También la dualidad y el conflicto antes descritos entre pensamiento y acción, porque el contexto era más fuerte que cualquier principio y, como el protagonista señala, dictaba el deber de adaptarse. No tenía otro remedio, y esa es la gran tragedia que provoca una guerra para los combatientes que son movilizados forzosos. En línea con esta idea, esa resignación, aceptación, adaptación o resiliencia fue lo que permitió que combatientes de ambos bandos sobreviviesen a la locura de una guerra, porque –en las memorias lo dice en referencia a arruinarse–:

> La noticia lo aplanará, lo dejará alicaído, pero si no comete la locura de suicidarse, volverá a reír casi sin darse cuenta dentro de algún tiempo, sin acordarse en ocasiones de su pasado[5].

Una forma muy elocuente de explicar su experiencia bélica, experiencia que fue prácticamente idéntica en toda una generación.

RECLUTAMIENTO FORZOSO EN EL EJÉRCITO POPULAR DE LA REPÚBLICA

Como queda explicado en el capítulo VIII sobre la miliciana Antonia Portero, la creación del EPR vino acompañada de ciertas reticencias por parte de las milicias anarquistas y socialistas, principalmente. Un sector del PCE, que había sido el *alma mater* del Quinto Regimiento de Enrique Líster, así como los militares leales a la República defendieron la necesidad de impulsar una institución castrense, jerárquica y disciplinada

para poder evitar la victoria de los golpistas. Las negociaciones no estuvieron exentas de polémicas y discusiones en el seno de una coalición antifascista diversa en la forma de organizarse y comprender la militancia política.

Por su parte, los militares leales a la República estaban en contra de la «horizontalidad» que defendían algunas milicias. Tampoco, se sentían cómodos con los comisarios políticos[6].

A pesar de todo, se impuso por decreto la creación del EPR el 15 de octubre de 1936, a instancia del presidente Largo Caballero. Hay que tener en cuenta que, según James Matthews, en septiembre la República «corría un serio peligro de perder la guerra» porque «el Ejército de voluntarios había fracasado»[7]. A partir de ese momento, la maquinaria propagandística se puso manos a la obra para tratar de modificar la opinión pública y que el servicio militar obligatorio no supusiera más problemas de los necesarios. El cartel de las JSU es una muestra de ello, en el que piden abiertamente una movilización forzosa, cuando, antes del conflicto, estaban en contra de toda forma de militarización. Pero las necesidades en octubre eran otras y, como señalaba Ramón en sus memorias, los seres humanos, que son quienes componen los partidos políticos, se adaptan a vivir las circunstancias que les son dadas.

El proceso de reclutamiento no fue distinto al que emplearon los sublevados y que ha sido explicado en los capítulos II, de Manuel Fernández Fecho –para las campañas coloniales–, y en el capítulo I, de Francisco Pérez Ponte –para el Ejército sublevado–. El bando golpista se valió del entramado legislativo existente desde 1912, en el que se aprobó la última Ley de Reclutamiento y que estuvo en vigor, con modificaciones, durante la República. En octubre se organizó el EPR apoyándose en el mismo entramado legal preexistente que pusieron en marcha los golpistas en la temprana fecha del 8 de agosto de 1936[8]. Las luchas internas provocaron un retraso de dos meses frente a los insurgentes en la formación de una milicia castrense, única vía para ganar la guerra.

Figura 23. Cartel de las Juventudes Unificadas Socialistas pidiendo el servicio militar obligatorio. BNE.

En un principio, las milicias siguieron funcionando y a los reclutas se les permitía integrarse en la del partido al que estaban afiliados. Sin embargo, el 30 de septiembre de 1936, cuando los Estados Mayores se dieron cuenta de que la guerra podía alargarse más de lo esperado, decidieron, como hicieron los sublevados, militarizar a todas las milicias. Por el decreto de Largo Caballero, se centralizó el alistamiento, que ya venían realizando de manera autónoma desde Cataluña, Madrid o Levante, con escaso éxito –aunque en Euskadi y Cataluña, continuó algunos meses más, al menos hasta finales de 1936–.

A partir de ese momento, se comenzarán a aplicar los castigos recogidos en el Código de Justicia Militar, en el que se penaba al prófugo, a su familia y al ayuntamiento por no conseguir que se alistase. Por lo demás,

no hubo la menor diferencia en el proceso que desarrollaron ambos bandos. Tan solo que el EPR se organizó en Brigadas Mixtas, mientras que el sublevado, en Ejército del Norte y del Sur y, posteriormente, en Cuerpos del Ejército. Esta modalidad la adoptó con posterioridad el Gobierno republicano.

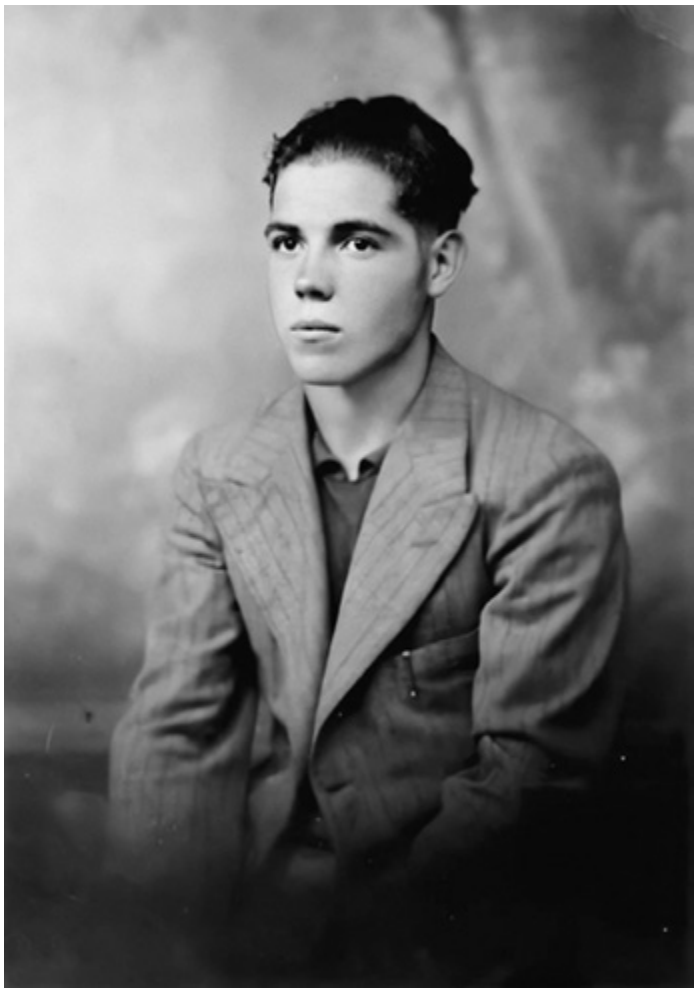


Figura 24. Ramón Montserrat Ferrando de joven antes de ser movilizado. AFAR.

La República movilizó 23 reemplazos y, al contrario que en el bando insurgente, 1938 fue el año en el que más hombres fueron enviados al frente[9], entre ellos, las quintas del biberón a las que pertenecía Ramón Montserrat. En total, reclutaron de manera forzosa a todos los hombres nacidos entre 1894 y 1921, así como a algunos jóvenes de 1922; es decir, a

las quintas de 1915 y el reemplazo del primer trimestre de 1943. El motivo estribaba en las necesidades bélicas ante el reto e importancia militar que tenía el Frente de Aragón para no perder la contienda. Por eso, muchos que fueron niños en 1936, se convirtieron en soldados en 1938.

En el siguiente gráfico se pueden observar los periodos de la movilización del EPR. Se debe tener en cuenta que solo se han contabilizado las quintas movilizadas por el Estado central y no las de los Gobiernos de la Generalitat o el vasco. Del mismo modo, en 1939, se movilizaron algunos reservistas y un trimestre del reemplazo de 1943, los más jóvenes en luchar en la Guerra Civil y que tampoco computan en este cálculo.

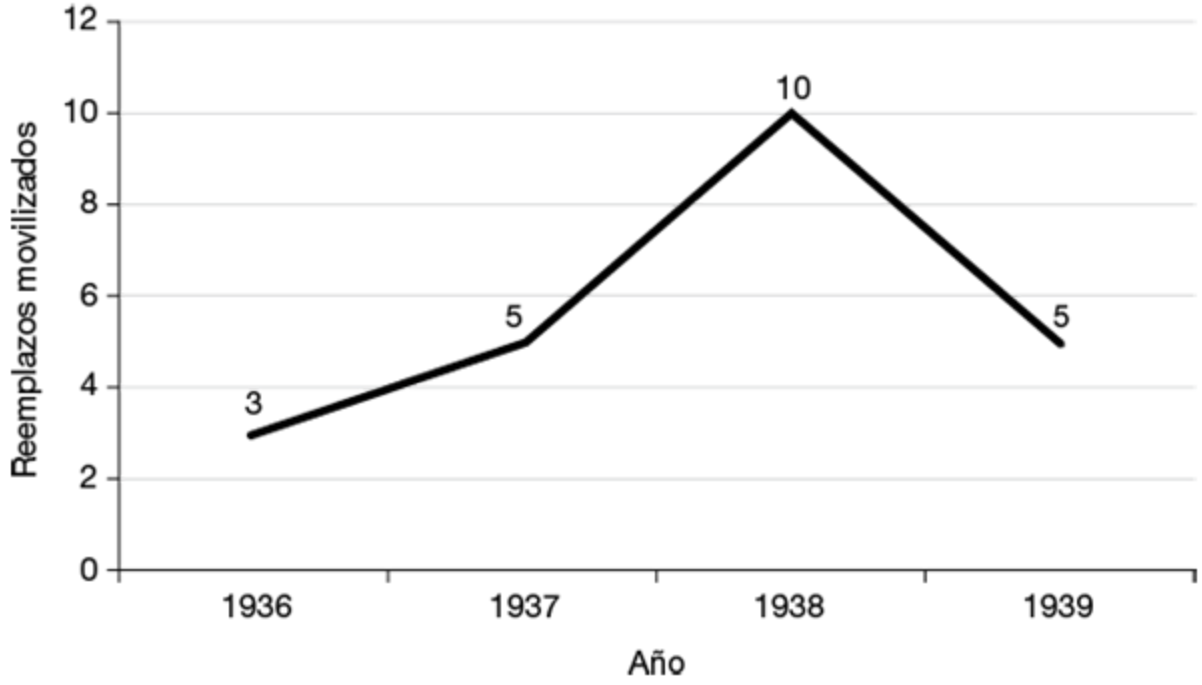


Figura 25. Número de reemplazos alistados por el EPR.

Elaboración propia. Fuente: *Gaceta de la República* y Matthews (2013: 74).

En un principio, el proceso era el mismo, a través de los ayuntamientos y de las cajas de recluta que había en cada provincia. En julio de 1937 se crearon los Centros de Reclutamiento e Instrucción Militar (CRIM) para facilitar la movilización masiva[10]. Los CRIM controlaban el desarrollo

de varias cajas de recluta que se ceñían a distritos judiciales. En junio se crearon un total de 18, uno por cada provincia, aunque en Cataluña se organizó alguno más debido a la cantidad de población. Orgánicamente, dependieron de la Inspección de los CRIM, que, a su vez, estaban subordinados a la Subsecretaría del Ejército de Tierra del Ministerio de Defensa. Salvo los Cuerpos de Seguridad y Asalto, y el de Carabineros, todos se realizaban a través de los CRIM, incluida la Armada.

A pesar de que la propaganda aún hablaba de la cantidad de voluntarios que seguían ingresando en las filas del EPR, lo cierto es que, a partir de 1937, el alistamiento se convirtió en forzoso en ambos bandos. Por ejemplo, en La Hora. Diario de la juventud, llamaba a la

> ¡Movilización general! Los hombres que no sean absolutamente imprescindibles o irremplazables, al frente, a fortificar y luchar ¡Toda la Juventud a las Divisiones voluntarias, reconocidas oficialmente por nuestro Gobierno, a resistir y vencer!

Sin embargo, en el mismo número hablan de la creación de más CRIM en Madrid y en otras partes de la península, como elemento imprescindible para la construcción del EPR[11]. Al contrario que en el Ejército sublevado, los distintos partidos políticos actuaron con cierta libertad, a pesar del decreto de Largo Caballero. Esto no quiere decir que en los golpistas no hubiera ideología, pero sí que estaba subyugada al poder militar.

Ramón Montserrat Ferrando nació en Cambrils (Tarragona) el 1 de marzo de 1920, por lo que pertenecía a la quinta de 1941. Fue llamado a filas el 13 de abril de 1938, en plena ofensiva por hacerse con el control de Aragón. Sus padres eran agricultores y fue el único varón de 7 hermanos. No obstante, como ha quedado reflejado en otros capítulos y, más claramente, se verá en el siguiente, el mundo rural no es ni ha sido sinónimo de incultura o de estar alejado de la realidad sociopolítica del momento. Ramón y su familia tenían inquietudes culturales y sociales, siendo él un apasionado de la lectura y la escritura. Se puede percibir en la forma en la que se expresa en esas pequeñas memorias.

Como en todas las guerras, la primera etapa es la llamada a filas por parte de la caja de recluta con ayuda del Ayuntamiento. Ramón tuvo que dirigirse a la capital, Tarragona, para que se comprobara que era apto para el servicio en activo, una labor que realizaban un médico, una enfermera y

un oficial que estaba al mando. Posteriormente, fue destinado a un CRIM, en la misma Tarragona. A comienzos de 1938 se habían organizado cuatro CRIM en Cataluña, cada uno en una capital de provincia. La función que tenía era más administrativa que real, por lo que se concentraban a los reclutas antes de decidir a qué unidades eran destinados. Cabe decir que en algunas se crearon Hogares del Soldado, en los que se enseñaba a leer y escribir, y disfrutaban de cine y música, un productivo entretenimiento que sirvió para paliar el miedo y el vértigo a lo desconocido que debieron de padecer muchos jóvenes antes de ir destinados al frente[12].

La preparación técnica y teórica en ambos bandos fue distinta en un principio, en el que los republicanos prestaron mucha atención a los aspectos políticos y culturales. Sin embargo, a medida que avanzaba la guerra, la preparación era más deficiente y apenas transcurrían semanas hasta ser destinado a una unidad. Ramón, como muchos otros, fue destinado a lo que llamaban «unidad de depósito», que estaban cerca del frente pero aún no tenían que entrar en combate. Es allí donde comienzan sus memorias, en *El Paso del Ebro.* Aquel tipo de unidades servía de instrucción militar adicional, para posteriormente ser enviados a una brigada que necesitase soldados para cubrir las bajas de compañeros de armas que corrieron peor suerte. En otras ocasiones los destinaban a una los CRIM, que fueron creados en septiembre de 1937. Algunos excombatientes tienen mal recuerdo del periodo de instrucción, afirmando que no les valió de nada para lo que luego padecieron; sin embargo, Ramón escribió que:

> Al poco rato a una orden del comandante nos pusimos todos en marcha y nuestra dirección fue hacia la izquierda, que es francamente lo que todos esperábamos: pues ya llevábamos varias semanas haciendo una especie de instrucción que nos parecía ridícula pero que luego fuimos comprendiendo lo que era, nada menos que una imitación [hace referencia a un momento en el que tienen que cruzar el río Ebro].

DE LA INSTRUCCIÓN AL FRENTE

Como consecuencia de la escasez de recursos, la preparación que recibían en el CRIM, en las unidades de destino o en las CRM era deficiente. En ocasiones no había suficiente munición o incluso se tenían

que turnar los fusiles para aprender a disparar[13]. El resto del tiempo lo dedicaban a aprender posiciones, a desfilar, a hacer marchas, a conoccer los aspectos políticos detrás de la contienda y, como se observa en el caso de estudio, a dejar pasar el tiempo hasta que comienza su experiencia bélica:

> Era una noche de verano, una de esas noches claras que, invitan al descanso, que después de un día de un calor agotador, hacen despertar del letargo de las horas calurosas y lo envuelven con su manto fresco salpicando del rocío que trae consigo una noche clara de verano.
>
> Aquella noche la recuerdo muy bien, pues, aunque cuando escribo han pasado ya muchos años, la tengo presente como si hubiera sido hoy mismo. Dormía yo profundamente pues aquel día había estado de servicio y había hecho una fuerte marcha y estando en lo mejor de mi sueño, pues serían alrededor de media noche, una mano me sacudió diciendo:
>
> —Despierta, Ramón, que están tocando la generala.
>
> Yo no sé lo que sentí en aquel momento, pues no me daba cuenta de lo que significaba, pero al sentir tocar la corneta con su tocar repicado de llamada urgente, se esclareció mi mente y me di cuenta enseguida de la situación. Me vestí como pude pues en aquel momento no sabía ni si tenía cerillas para encender una mala luz y salí afuera al campo, donde se percibía un gran jaleo, pues las órdenes eran serias. El sargento Fores que pasó en aquel momento me dijo:
>
> —Recogedlo todo que nos marchamos, avisa a los otros que se den prisa pues antes de media hora tenemos que estar formados y prestos para marchar[14].

Comenzaba su trayectoria bélica y lo primero que recuerda es el sonido de la corneta. La memoria de los episodios traumáticos tiene esa característica, y es que recoge los aspectos más triviales, como pude ser el toque de corneta propio para levantarse cada día, en algo que representó el final de un periodo vital y el comienzo de otro. Por este motivo, idealiza de ese modo la noche previa a tener que organizarse para comenzar la marcha.

Si continuamos, se observa el momento de tensión y cómo era incapaz de saber lo que tenía que hacer en aquel momento, a pesar de la preparación que había recibido previamente. Porque, aunque fuese deficiente, en el «toque de generala» los soldados tienen que tener mecanizado lo que deben hacer. Sin embargo, como se ha dejado patente, no eran profesionales, sino que los sacaron de sus casas para participar en una guerra que no deseaban, por lo que, en aquel momento, cundieron el pánico, el desorden y el nerviosismo. El propio Ramón lo reconoce: «Mis

compañeros y yo, al no enterarnos de nada, nos habíamos dejado todas nuestras cosas allí tiradas»[15]. El proceso continuó:

> Sonó la segunda llamada a generala y en pocos minutos tuvimos que estar todos prestos para marchar, se fue formando la compañía en sus secciones y pelotones y a los pocos minutos ya marchábamos en dirección al pueblo en donde debíamos juntarnos todo el batallón.
>
> Aunque todos teníamos ganas de dejar aquellos campos, por la gran incertidumbre que teníamos, casi sentimos irnos, pues allí habíamos pasado algunos meses de nuestra vida militar, descansado y reformando las compañías, para completar el vacío que habían dejado los últimos combates. Allí en medio de aquellos olivares habíamos construido nuestras chabolas, con pinos y ramas de árboles y toda clase de objetos que pudimos encontrar para montar y adornar lo que había de ser nuestra casa[16].

El recuerdo que mantiene de aquel paraje está también idealizado, pues lo que le vendría a continuación era su inicio como combatiente con fusil en mano. Cualquier tiempo pasado fue mejor, al referirse uno a la experiencia bélica. Como dejó expresado el protagonista, es una sucesión de acontecimientos que convierten el anterior en algo agradable y pacífico. Primero, conoció la noticia de la sublevación; luego, la violencia efectiva en su Cataluña natal; después, la llamada a filas; el periodo de formación; las primeras escaramuzas; las segundas; la muerte de un compañero, de un amigo, de otro; y así, día tras día, mes tras mes, hasta que el 1 de abril de 1939 terminaron las batallas, que no la violencia represiva. La generación de Ramón se crio en la supervivencia, en superar día a día las adversidades.

> [Cuando llegaron al pueblo] allí no solamente se juntó nuestro batallón, sino también los otros batallones, que componían la brigada, así que comprendí por si alguna duda me quedaba, que había llegado el momento de intervenir directamente en la guerra.

Pero antes, tenían que cruzar nada más y nada menos que el río Ebro. En aquel tiempo no todos sabían nadar, y la oscuridad aumentaba cualquier posible miedo a lo que se les avecinaba. Además, se sumaba la férrea disciplina que se impuso, hasta el punto de que si alguien no procedía como se le ordenaba, corría el peligro de recibir fuego amigo, pero no como consecuencia de un descuido.

Ramón le preguntó al sargento, a quien consideraba su amigo, qué iban a hacer; este le respondió que cruzar el río y «me dijo que tuviera mucho cuidado pues tenían orden de disparar sobre el que hiciera alguna mala

acción o que viera en ellos que llevaba mala intención»[17]. La amistad en tiempo de guerra no es la misma que en tiempos de paz. A pesar de afirmar que era su amigo, a continuación, escribe una frase tan lapidaria como que si tuviese que matarlo, lo iba a hacer, y le avisó sobre ello. Muestra las extrañas relaciones personales que se fraguan en la acción bélica.

La amistad, el compañerismo y la camaradería siempre están subordinados a la disciplina y la supervivencia. Estos roles que adquieren el soldado, en este caso Ramón, y el sargento, su amigo, lo asumen. No escribe ningún tipo de reproche a esas palabras, a esa amenaza de matarlo si se comportaba raro o de un modo que los suboficiales viesen peligroso; para él era normal, del mismo modo que se vuelvo normal para el superior tener que castigar físicamente e, incluso, con la muerte a un soldado de su pelotón.

Se puede encontrar alguna explicación a este tipo de relación social que sepulta las existentes durante la República examinando diversas cuestiones sociales, contextuales y psicosociales. El sargento seguro que lo dispararía para sobrevivir, pues la orden venía desde arriba y sería o Ramón y sus compañeros o el sargento. Junto al miedo y la supervivencia está el papel fundamental de la «obediencia a la autoridad» en los conflictos armados. El historiador Christopher Browning expone el mismo argumento sobre la Wehrmacht en su libro *Ordinary Men:* la resistencia queda casi anulada bajo la mirada vigilante de quien ostenta el poder sobre ellos[18]. Por eso, ni el sargento duda ni tampoco lo reprende Ramón. Hay un acuerdo tácito entre ellos que, fuera de aquel contexto, sería inexplicable.

Aquí tiene sentido aplicar la psicología social y recordar el experimento «Behavioral study of obedience», de Stanley Milgram en la Universidad de Yale en la década de los sesenta del siglo pasado. El experimento se presentaba al sujeto que iba a colaborar en él como un estudio sobre la capacidad de memorización. De este modo, el sujeto que iba a ser estudiado, sin saber que era objeto de análisis, se veía como un colaborador. Su actividad consistía en dar una serie de descargas –que no eran reales– a una persona desconocida cada vez que erraba su memoria en un proceso de aprendizaje pulsando un botón que activaba una resistencia. Se les aseguraba que los que estaban en la silla nunca

conocerían la identidad de sus «verdugos». Milgram descubrió que, a pesar de las objeciones morales, la obediencia aumentaba cuando se percibía que la autoridad de la persona que daba la instrucción –en este caso, eran miembros del equipo quienes daban la orden de descarga ante los fallos del supuesto sujeto de estudio– era mayor. Por eso, hubo tan poca resistencia, en general, en cualquier guerra de la contemporaneidad. Es posible que tanto Ramón como el sargento en su fuero interno dudasen de sus acciones[19].

Es fundamental entender que, a pesar de que pudiesen actuar de una manera violenta, en este caso aplicando una dura disciplina ejemplarizante, disparar a todo aquel que no acatase las órdenes no implica un cambio en sus conciencias. Goffman afirma que los individuos se comportan según el escenario en el que se encuentran porque son seres adaptativos cuyo objetivo es sobrevivir, y esto fue lo que hicieron el sargento, Ramón y el resto de sus compañeros de armas. Se complementa con la teoría de James C. Scott sobre la dualidad del discurso público y privado. Todos los soldados, de cualquier conflicto armado, mantenían el discurso público, que era el que esperaban sus mandos, mientras que el discurso privado se desarrollaba subrepticiamente en el interior del individuo o en grupos de confianza[20].

Tras cruzar el río, tuvieron que vivaquear en el campo. Primero dejaron la comodidad de sus casas para ir a un cuartel, después a un campamento para, en ese momento, conformarse con dormir en el suelo a la intemperie. Solo se explica a través de lo que el propio Ramón Montserrat –como si fuese un sociólogo como Goffman o Scott– llamó el «poder de adaptación». Lo mismo le ocurrió con la comida:

> Cuando sonó el toque de fajina y nos dieron el café con el rancho frío para todo el día, aquel era el primer día que yo comía rancho frío y poco podía pensar que pasarían semanas hasta meses, hasta que pudiera comer un buen plato caliente.

Se puede observar cómo pasan los días y, a pesar de estar destinado ya en el frente de batalla, no participó en ninguna refriega, ni siquiera de corta intensidad. Es debido a que, a pesar de que la Guerra Civil –siguiendo la propuesta de David Alegre– fue de carácter «total» y el Frente de Aragón el más intenso, fue un conflicto con los frentes relativamente calmados –siguiendo a Seidman– si los comparamos con los

de la Primera Guerra Mundial[21]. Esto no implica que la experiencia de los combatientes fuese más llevadera que la que otro soldado pudiera padecer en cualquiera de los conflictos desarrollados en la contemporaneidad. Por ejemplo, algo tan cotidiano como el agua se convirtió en un bien preciado, de extrema necesidad. Los individuos no se dan cuenta de lo que tienen hasta que no disponen de ello:

> Así fuimos pasando el día y fuimos bebiendo el agua que llevábamos en nuestras cantimploras, pero como el día era caluroso, pronto se agotó y salí yo a llenar las cantimploras […] encontré un pequeño manantial, pero no sé de dónde vendría aquella agua, pues quise beberla y al probarla tuve que escupirla, pues tenía el sabor más amargo que las almendras agrias[22].

Finalmente, pudo llenar las cantimploras, pero a costa de tener que andar varios kilómetros en busca de un río o un manantial donde fuese relativamente fresca. La necesidad hizo que no le importase caminar solo por aquel paraje desconocido y arriesgarse a que pudiera ser apresado por soldados sublevados, con tal de conseguir un poco de agua para calmar la sed y no morir deshidratado. Es conocido el papel devastador del invierno en las contiendas armadas, como las Napoleónicas, las mundiales del siglo XX e, incluso, la Guerra Civil española. El frío puede ser causa de muerte, como una bala, si el combatiente no cuenta con el abrigo suficiente.

Por el contrario, el calor puede hacer el mismo efecto. Se necesita beber mucha agua y, en ocasiones, no toda la que beben los soldados es saludable, y puede provocarles disentería. Además, la falta de sombra generaba un estado de desánimo ante las inclemencias, ya que hasta «la tierra quemaba pues hacía un sol fuerte y el calor sofocante, casi todos escribimos a nuestros familiares, pues nadie sabía lo que nos esperaba»[23].

Precisamente, esos momentos eran los que aprovechaban los soldados, como Francisco Pérez Ponte del capítulo I, para escribir a casa. Ramón es capaz de dejar patente la importancia que tenían esas cartas, tanto para quien las escribía como para quien las leía. La incertidumbre es uno de los sentimientos más extendidos entre todos los miembros de cualquier ejército. Todos, especialmente la tropa, desconocen qué va a ocurrir no solo en los próximos días, sino incluso horas.

En cualquier momento pueden tener que cambiar de posición, ser

objeto de un ataque sorpresa o que la muerte los espere en la siguiente escaramuza. Por eso escriben sin poder decir todo lo que les gustaría. Por un lado, porque los mandos censuraban el correo porque podía ser interceptado y aportar información militar sensible para la unidad. Además, tenían que vigilar que políticamente no resultaran un problema. Por otro, no podían decir todo lo que quisieran a sus seres queridos para no asustarlos. Las cartas servían para mitigar la ansiedad que los combatientes se imaginaban que tendrían sus familiares. «Para cuántos fueron las últimas cartas que escribieron en su vida», reflexionaba años más tarde Ramón, no sin dosis de amargura, pero con mucha de realidad.

DE NOVATO A VETERANO. EL «BAUTIZO DE FUEGO»

La experiencia de guerra cambia la percepción de la vida y la muerte. Todos los excombatientes recuerdan el primer disparo, la primera batalla y el primer muerto. Luego comienza a repetirse el mismo ritual con el objetivo final de superar un día más con vida. No se puede medir el tiempo en el que un recluta es considerado novato o veterano, puede ser simplemente su primera escaramuza la que provoca que cambie su percepción de lo que está viviendo. Se observa en el trato y en la forma de actuar de un soldado que lleva más tiempo en servicio frente al que participa en su primera batalla.

Por eso, dentro de esa camaradería que termina forjándose a fuego entre los compañeros de unidad, es importante el papel de los ritos de admisión o bienvenida, como las novatadas o motes[24]. Por ejemplo, el soldado francés Gabriel Chevalier, que luchó en la Primera Guerra Mundial, narra cómo los veteranos se burlaban de los recién llegados al frente[25]. Ramón lo relata así:

> El capitán nos había hablado muy claramente, nos dijo que íbamos a pasar el río. La importancia que tenía para nosotros aquella operación y lo que allá nos esperaba (pero de la teoría a la práctica, la experiencia va a tanta distancia). Nos habían dado tres paquetes de munición y tres bombas de mano. Para los veteranos que ya habían tomado parte en otras operaciones, todas aquellas las tomaban con una indiferencia natural, pero para los que aún no habíamos recibido el bautismo de fuego, todo aquello tenía una importancia vital, pues detrás de todo aquello solo una cosa se veía clara: la muerte y así todos íbamos andando con

nuestros pensamientos pues nadie hablaba y en medio de la oscuridad parecíamos sombras de una noche fantasmal[26].

De repente surge el sentimiento generalizado en todos los combatientes de cualquier guerra desarrollada a lo largo de la historia: el miedo. La incertidumbre está presente y provoca que el miedo a lo desconocido se multiplique. Es difícil de calibrar, porque en una situación como la previa a entrar por primera vez al combate, el miedo y la incertidumbre se juntan con la adrenalina, que impide que cualquiera piense con claridad. Por muy preparados que estén los soldados, por mucha experiencia en combate que tengan o, incluso, en función del momento histórico, ya fueran profesionales o fueran mercenarios, tras la explicación del oficial y la recogida de la munición, la sensación de vértigo es compartida por todos. Eso les ocurrió a Ramón Montserrat, a Francisco Pérez Ponte, a Antonia Portero Soriano o a Manuel Fernández Fecho y, así, a los miles de combatientes que lucharon en ambos bandos, ya fueran voluntarios o forzosos, ya fueran sublevados o republicanos, ya fuesen jóvenes o adultos, o ya fuesen veteranos o novatos.

Tras analizar la memoria de varios excombatientes, interpreto que la indiferencia que notó en aquellos hombres no fue porque no tuviesen miedo, sino porque estaban acostumbrados a vivir con él. La experiencia de guerra es un proceso de adaptación gradual a un contexto de degradación social. Solo pueden sobrevivir los que son capaces de convivir con aquellas imágenes que nunca pueden describir, y si lo hacen, es con un profundo dolor. Por ejemplo, el artillero de la URSS Alexandre Goncharov recordaba, a pesar de querer olvidarlo, los «cadáveres en las cunetas. Los trigales ardiendo y el humo negro»[27]. En otras ocasiones, resuenan los sonidos de las ametralladoras en su mente o el olor de que dejan los cadáveres tras un combate.

En todos los casos son recuerdos traumáticos que cualquiera de ellos hubiera preferido no tener. Como se ha dicho, es algo gradual, y la mayoría, entre ellos, Ramón, se acuerda de su primera vez: el primer rancho frío, el primer día de calor y el día que partieron de donde estaban realizando la instrucción o la primera batalla. Los veteranos no se acostumbran a ver la muerte, simplemente deja de impresionarles como la primera vez y eso los silencia. Lo ha estudiado Muzafer Sherif, quien

identificó tres grados de obediencia: conformidad, innovación y normalización. Es el tercer concepto el que se aplica a este caso: un contexto carente de normas preestablecidas y que deben ser aceptadas en cuanto provienen de los mandos militares, que son quienes en teoría buscan el bienestar de su tropa. Los subordinados actúan, pero también condenan interiormente los actos que están obligados a perpetrar[28].

Posteriormente, la unidad de Ramón se enfrentó a los disparos de una ametralladora para recuperar una de las ciudades que los republicanos habían perdido. Sin embargo, por miedo a que vinieran refuerzos del otro bando o hubiese un bombardeo, decidieron dormir a las afueras. Tras eso, cruzaron el Ebro en varios botes, tras largas horas de marcha y sin agua. Mientras estaban atravesando el río, fueron atacados, por lo que decidió imitar lo que hizo un compañero suyo que era «veterano». Se desabrochó la guerrera y el correaje y se tiró al agua:

> Yo le imité pues era un veterano que había tomado parte en varios combates y lo creía más enterado. Todo aquello era tan nuevo para mí que no sabía lo que me pasaba. Sentía una congoja por dentro de mí que no me dejaba tranquilo, nunca fui muy valiente y creo que en aquellos momentos sentía miedo, miedo a lo desconocido y me sentía encogido. ¡Al agua! Esa voz me sobresaltó pues durante la travesía no había oído ni una palabra, parecía como si todos nos hubiéramos quedado mudos […] me tiré al agua creyendo que sería la orilla, pero mi cuerpo se hundió dentro del agua más arriba de la cintura, nos dejaban allí y el bote retrocedía en busca de más carga humana.
>
> Unos metros más allá estaba la orilla. ¡Qué me esperaba allí! Nos fuimos reuniendo todos. Ya habíamos desembarcado unos 30 hombres, volvíamos a pisar otra vez aquella tierra de la que unos meses atrás habíamos tenido que dejar ante el empuje del enemigo; ¿lograríamos retenerlo o tendríamos que abandonar otra vez? Este era el problema planteado[29].

Ramón, años más tarde a la hora de rememorar aquel episodio, no esconde algo que a muchos les podía dar vergüenza: que tuvo miedo. Pero ¿quién no lo tendría en una situación así? Describe perfectamente lo que le ocurrió: a pesar de reaccionar, se le agarrotó el cuerpo. ¿A cuántos de sus compañeros le sucedería lo mismo? Seguro que a la mayoría, con independencia de que fuesen veteranos o novatos. La única ventaja que se presume de haber participado con anterioridad en otra operación es que tienen mecanizada la respuesta, aquello que tienen que hacer –ya sea tirarse al agua, parapetarse o saber huir de la zona de peligro–. Pero la sensación, ese miedo que cala en los huesos, no se va nunca.

El citado excombatiente francés de la Primera Guerra Mundial Gabriel

Chevalier describió una escena similar en sus memorias noveladas, por las que fue tachado de traidor por muchos de sus compatriotas. Su libro está en sintonía con las memorias de Ramón Montserrat, quien representa la contienda real, no la propagandística. Una de las escenas del libro del escritor francés tiene lugar en un hospital militar lejos del frente y muestra, con la misma claridad que nuestro protagonista, esa dualidad entre lo que una parte de la sociedad creía que era ser soldado y lo que de verdad fue –y es–. Las enfermeras que lo atendían tenían curiosidad por conocer «sus batallitas» y no vacilaron en preguntarle. Respondió con extrema sinceridad, algo que las escandalizó porque tenían en mente una idea de la guerra como algo heroico y masculino, propia de la mentalidad de aquella época, pero no se daban cuenta de que esos clichés sobre la idea de lo masculino no eran más que propaganda. Un hombre, como demuestra Chevalier o Ramón, también goza del derecho a sufrir, y en ese contexto, a sobrellevar el miedo[30]:

> —¿Sí?... Pues bien, estuve de marcha día y noche, sin saber adónde iba. Hice ejercicio, pasé revista, abrí trincheras, trasladé alambradas, sacos terreros, vigilé en la tronera. Pasé hambre sin tener nada que comer, sed sin tener nada que beber, sueño sin poder dormir, frío sin poder calentarme y piojos muchas veces sin poder rascarme. ¡Eso es todo!
>
> —¿Todo?
>
> —Sí, todo… O mejor dicho, no, no es nada. Le voy a decir la gran ocupación de la guerra, la única que cuenta: he tenido miedo[31].

Al continuar analizando la parte psicosocial de la experiencia bélica, aparecen en ocasiones supuestas contradicciones. A veces el miedo viene producido por la amenaza real de un ataque y otras, por la incertidumbre. Si algo provoca esa reacción en un conflicto armado es el silencio. Se debe tener en cuenta que el escenario de una guerra es ruidoso: las ametralladoras, los fusiles o las granadas generan un sonido atronador. Peor aún es el de un bombardeo, que venía acompañado de las sirenas que avisaban a la gente para que se pusiese a cubierto. Por eso, cuando un soldado dejaba de ser «novato», en vez de preocuparle el movimiento de hombres y el sonido de los máuseres, lo hacía el silencio. Tras el «bautizo de fuego», Ramón ya tenía esos automatismos que tenía el compañero que saltó de la barcaza al río.

> Al parecer todo estaba tranquilo; no se oía ni una mosca por ninguna parte, pues hasta las

> merluzas y los pájaros de la noche habían callado al ver sus dominios invadidos en aquellas horas y era precisamente aquel silencio lo que más miedo me daba, pues ya el enemigo nos había callado, pero aquello ya nos bastaba para saber que ya estaban enterados de nuestro paso y que sabían que estábamos allí, por eso yo esperaba el momento a otro ataque y como éramos tan pocos, pronto habríamos estado deshechos. Pero no pasó nada de eso […].
>
> Aquellas horas de espera se habían hecho interminables pues nadie estaba tranquilo en aquel sitio por el gran peligro que representaba, así que vimos llegar el alba con gran alegría, pues con ella nos libraba de aquella mala noche que habíamos pasado. Solo un pensamiento teníamos todos y todos repetíamos ¿Cuándo avanzamos? Pero esta orden no vino hasta que estuvimos todos reunidos. Ya el día era claro y el capitán dio la orden de avanzar todo lo más rápido posible, esto último no era necesario decirlo pues todos estábamos entumecidos por el agua y la humedad de la noche, así que, con los fusiles prestos a disparar, salimos disparados cual caballos de carreras[32].

Ramón se había convertido en un combatiente que luchó hasta que los sublevados se hicieron con el control de Cataluña. Su familia no conoce que tuviese ningún tipo de afiliación política, además de que apenas tenía 16 años cuando se produjo el golpe de Estado. Pero, hasta la parte que se recuperó de sus memorias escritas en 1950, no se le observa ningún tipo de posicionamiento de disidencia o resistencia. Tampoco una militancia convencida, sino que simplemente fue víctima del contexto al tener que actuar como combatiente forzoso en una guerra que no había provocado. Hay que comprender que es difícil actuar de modo distinto al que dictan los mandos en un contexto como el que vivió. A pesar de los sentimientos mencionados que albergó durante su estancia en el frente, nunca planteó desertar al bando contrario, ni tampoco volver a su casa, como hicieron otros en su lugar.

Además de las explicaciones propuestas, como las de Milgram, Goffman, Scott o Sherif, se debe añadir otra más, que no sustituye a las otras, sino que complementa la explicación. Siguiendo la estela del propio pensamiento del protagonista, el psicólogo Salomon Asch propuso el uso del concepto de conformidad. Asch llevó a cabo un experimento en el que mostró dos imágenes con líneas diferentes. El grupo de control marcaba una línea que no era la más alta como la más alta. En muchos casos, el otro grupo respondió de la misma manera. Estos resultados apoyan la idea de que la presión de los compañeros de la unidad era fundamental y evitaba que los individuos tomaran decisiones discordantes en un contexto de extrema violencia, estrés, supervivencia y fatiga física y

mental[33]. Muchos soldados solo pudieron adaptarse o morir. Ramón Montserrat, y la mayoría de jóvenes movilizados de su generación, lo aprendió en el campo de batalla y no lo olvidó jamás.

POSGUERRA Y RECUERDO

Tras la guerra volvió a su Cambrils natal y vivió toda su vida con una de sus hermanas, con la que regentaba un restaurante. A lo largo de su vida, se preocupó por la cultura, pues, según su sobrina Helena Alonso, leía mucho y tenía una inmensa biblioteca. Su preocupación por la cultura lo llevó a revitalizar un baile popular de Tarragona llamado «El ball de bastons», por el que recibió un gran reconocimiento. Es un baile popular, que comenzó a principios del siglo XX en Cambrils, gracias a los hermanos Abella, que formaron un grupo de baile y actuaron hasta la llegada de la Guerra Civil.

Los orígenes del «El ball de bastons» no están bien definidos. Hay folkloristas que opinan que proviene de ritos agrarios prehistóricos. Otras tesis sostienen que su origen proviene danzas pírricas griegas. La tesis más extendida remonta su creación a una evolución de las antiguas batallas mantenidas con espadas. El baile se basa en una lucha con bastones de madera, coreografiada. Como pasó con cualquier aspecto cultural, se perdió, hasta que de la mano de Ramón Montserrat, en 1942, se montó un nuevo grupo de baile en la calle Mayor, junto a otros amigos de la localidad, y se recuperó la danza tradicional de su localidad[34].

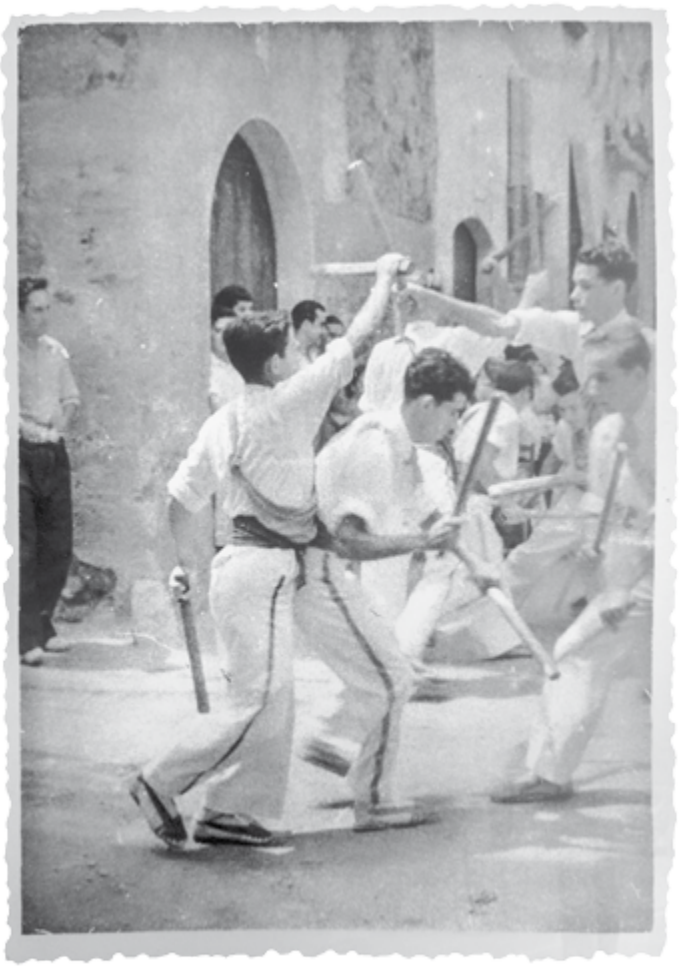


Figura 26. Ramón Montserrat en la posguerra con su grupo de «El ball de bastons» de la calle Mayor. AFAR.

Las memorias las escribió en 1950, por lo que no se puede decir que olvidase –ni que añorase– aquel pasado traumático. Muchos de su generación escribieron diarios y sus recuerdos de su paso por el frente de batalla, aunque decidiesen ocultarlo o no hablar de ello. Es algo difícil de explicar para quien no lo ha vivido, por eso, los veteranos de cualquier contienda a veces no tienen palabras para describir lo que padecieron. Escribirlo sirve para poder convivir con sus recuerdos. Al leerlas, da la impresión de que están incompletas, porque se desconoce qué hizo después de *El paso del Ebro* y porque terminan de una manera muy abrupta:

> […] con los fusiles prestos a disparar, salimos disparados cual caballos de carreras que han estado sujetos por riendas del jinete y al toque de cornete se las alojan de golpe. En pocos minutos aquellos campos estaban llenos de- <*se interrumpe la redacción*>[35].

Acaba con un guion que indica la continuidad de la palabra, por lo que es posible que su celo en guardar sus recuerdos en un periodo dictatorial provocase que se traspapelasen entre sus cosas.

Por lo que cuenta su sobrina Helena Alonso, nunca lo escuchó hablar de política ni de la guerra; de hecho, no conoció la existencia de esas cuartillas hasta que falleció y tuvieron que vaciar su habitación. No hay rencor en sus palabras, muestra de que la sociedad no estaba tan polarizada antes del golpe de Estado como muchos defienden. Las personas, entre ellas Ramón, no olvidaron, pero no guardaron rencor por lo que padecieron, y menos contra los que eran, en aquel momento, declarados sus «enemigos». Esa es la sensación que trasmite con sus palabras escritas negro sobre blanco y de su puño y letra. Sucedió igual con los soldados de la recluta del bando sublevado, que, tras entrevistarlos, no solo no había una lógica de rencor, sino de comprensión por padecer las mismas penalidades[36].

Se puede decir que hubo una experiencia de guerra compartida entre una parte importante de aquella generación que provocó que no hubiese problemas de convivencia. Siguiendo con el caso de Ramón, su sobrina recuerda que nunca habló de política: esa fue una de las graves consecuencias de la guerra y de la dictadura, la despolitización de la sociedad. Incluso, recuerda que tenía una excelente relación con la familia paterna de su sobrina, que habían luchado en el bando sublevado. Desde que Helena Alonso tiene uso de razón, nunca los oyó discutir ni hablar de la guerra o de política, con excepción de aspectos generales como pudo haber en cualquier familia y en la actualidad. Se mantuvo un respeto mutuo siempre que se vieron e incluso llegaron a gozar de una excelente relación.

Los culpables de su pasado no eran los que estaban obligados a hacer lo mismo que ellos, pero al otro lado de la trinchera, sino los de «arriba». Una parte de la guerra quedaba atrás, que no quiere decir que se olvidase o se quisiese enterrar por parte de los combatientes; simplemente no existía ese rencor entre la gente corriente. Además, seguía habiendo una

premisa, sobrevivir en otro contexto de hambruna y la falta de libertades de un régimen dictatorial.

Su sobrina Helena recuerda que en una ocasión viajaron con Ramón por los lugares del Ebro por los que pasó él. Recorrió las trincheras que aún permanecen casi intactas en Aragón. En aquel viaje, al recorrer con él los sitios por los que padeció su vida militar, le impactó y emocionó, pues vio de primera mano aquello que en raras ocasiones contaba en casa Ramón.

Estar en aquel paraje, que en otro tiempo fue escenario de una guerra, encoge el alma, al pensar los muertos que pudieron yacer en otro tiempo y que la suerte hizo que su tío sobreviviese. Cuando encontró su escrito tras su muerte, todo aquello cobró una mayor fuerza, importancia y emotividad, y le pareció entender –aunque nunca completamente– el sufrimiento que debió de pasar. Algo así necesitamos hacer el conjunto de la sociedad, poder sentir, aunque sea de manera muy remota, lo que pudo ser una guerra, introduciéndonos en el paisaje de la violencia que fueron las décadas de los treinta y de los cuarenta.

REFLEXIONES DE UN EXCOMBATIENTE

Ramón dejó un par de hojas escritas con reflexiones sobre lo que padeció en el frente, de cómo un individuo termina adaptándose a las circunstancias por mera supervivencia. Sin quererlo, es un pequeño tratado sobre lo que vivieron muchos combatientes de su generación, muchos quintos del biberón, nacidos entre 1920 y 1922. Eran niños cuando se produjo el golpe de Estado, por lo que su concienciación política o era muy débil o inexistente. Además, como se ha querido dejar claro a lo largo del libro, la violencia política existente en la España de la Segunda República no fue un indicador de que la sociedad estuviese condenada a dividirse entre rojos y azules, y a luchar a garrotazos hasta la muerte.

Los motivos son múltiples, desde los relacionados con la política interna –como la derrota de la derecha en las elecciones de febrero de 1936– hasta el clima político que se vivía en toda Europa –con el ascenso del fascismo y la pujanza del comunismo–. Además, en España el Ejército

africanista, profundamente nacionalista de carácter historicista, se arrogó la idea de eran los salvadores de la *Nación* en crisis. Así se produjo un golpe de Estado fallido que se convirtió en Guerra Civil en la que se pusieron en marcha muchas estrategias y armamento que luego se usó en la Segunda Guerra Mundial. La división la creó el contexto bélico y la propaganda, no los individuos. No quedó espacio para «zonas grises», pues serían objeto de persecución.

Ramón, en 1950 reflexionaba en estos términos, que son mucho más clarividentes que aquellos que pueda exponer cualquier historiador:

> El dolor pasa, languidece lo mismo que la alegría, quedando los residuos en el fondo del alma y cabe decir que influye sobre el carácter, pero la primera sacudida en ambos casos es la más peligrosa, la más intensa.
>
> […]
>
> El preso se adapta a vivir entre muros y un día se levanta silbando una canción, cosa que al principio le parecía imposible. Y el lisiado, el que pierde los seres más queridos, todos se adaptan a su desgracia si consiguen sobrevivir a la primera crisis.
>
> Esto no quiere decir, naturalmente, que no deseen verse libres de sus males, pero ellos sobrepasan a veces sonrientes lo que a nosotros nos parecía insoportable.
>
> Está visto, por lo tanto, que este poder de adaptación ha sido creado para mitigar los dolores humanos… y las dichas, para establecer un equilibrio normal en los espíritus.
>
> S. Duval – 14 de marzo de 1950

Nada más se puede añadir.

---

[1] Ramón Montserrat, *El Paso del Ebro. Memorias,* escritas en 1950. Archivo de la Familia Alonso Rillo (AFAR), p. 12.

[2] Chevalier (2009). Sobre el Ejército soviético en la Segunda Guerra Mundial véase Jones (2012).

[3] Existe varias ediciones excepcionales de Sin novedad en el frente de Remarque (que fue llevada al cine) o de Adiós a todo eso de Grave. Quizá también debería citarse a Evelyn Waugh y su Hombres en armas. Para más información, véase Fussell (2008).

[4] Entre los que destaca Bartov (2001).

[5] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 10.

[6] Como lo fue Antonia Portero, protagonista del cap. VII.

[7] Matthews (2013: 55).

[8] Matthews (2013: 60-69), Leira Castiñeira (2020b: 45-62) o Leira Castiñeira y Domínguez Almansa (2018: 79-107).

[9] Matthews (2013: 60-69), Leira Castiñeira (2020b: 45-62).

[10] Matthews (2021: 96).

[11] *La Hora. Diario de la Juventud,* Año II, n.º 255, 31 de marzo de 1938, portada.

[12] Matthews (2013: 84).

[13] Matthews (2013: 88).

[14] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 1.
[15] *Ibid.,* pp. 1-2.
[16] *Ibid.,* p. 2
[17] *Ibid.,* p. 3.
[18] Browning (1992).
[19] Milgram (1974).
[20] Goffman (2017) y Scott (2003).
[21] Alegre (2018) y Seidman (1997: 37-59).
[22] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 4.
[23] *Ibid.,* p. 5.
[24] Van Gennep (1986: 20).
[25] Chevalier (2009: 60-69).
[26] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 5
[27] Citado por Jones (2012: 27).
[28] Sherif y Hovland (1980).
[29] *El Paso del Ebro. Memorias*, p. 9.
[30] O cualquiera de los que lucharon en el bando sublevado y aparecen en Leira Castiñeira (2020b).
[31] Chavalier (2009: 134). Esta visión es defendida por Prost (1977).
[32] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 10.
[33] Asch (1955: 31-35).
[34] Fueron Víctor Franch, Josep Ferré, Joan Ramon, Josep M. Ill, Albert Ortoneda, Francesc Gené, Josep Mas, Alexandre Penín, Joan Canaldes y Francesc Mas. Àngel Vallverdú Rom, «El ball de bastons a Cambrils, la tradició de picar i parar», Anjub (tinet.cat).
[35] *El Paso del Ebro. Memorias,* p. 10
[36] Leira Castiñeira (2020b: 203-226).

X. PRESAS DE UNA SOCIEDAD CIVIL ROTA
María Gómez y Urania Mella

En la fotografía se puede observar a dos mujeres a comienzos del siglo XX posando en actitud relajada. Cualquiera diría que son dos amigas que decidieron inmortalizar aquel instante, con un bonito paisaje marítimo detrás, que bien pudo haber sido un momento de descanso de unas agradables vacaciones o de una excursión. Ambas visten de negro, lo que, según las costumbres de la época, indica que estaban de luto, pero eso no les robó la sonrisa de sus caras, al estar juntas en aquel agradable paraje.

Figura 27. Foto de Urania Mella y María Gómez en Saturrarán. Proyecto Interuniversatario

«Nomes e Voces». Fondo Alicia Solleiro Mella.

Cabe decir que estaban en Saturrarán, la preciosa playa guipuzcoana cercana a Bilbao que linda con el arenal de Mutriku y con el de Ondárroa, un lugar paradisiaco, turístico y uno de los favoritos para los amantes de los deportes acuáticos. Sin embargo, en el momento de esta instantánea, entre 1938 y 1941, aquel lugar nada tenía que ver con el que cualquiera puede disfrutar en la actualidad. Tanto Mutriku como, especialmente, Saturrarán, no eran conocidas como dos playas en las que recrearse con el mar y el surf, sino como dos de las peores cárceles de mujeres que abrieron los golpistas tras la conquista del norte peninsular.

Posiblemente, la mayoría de los visitantes del norteño litoral vasco, al que acuden desde todas las partes del mundo por sus excelentes olas, desconozca que allí, en el seminario que preside la entrada al mar, había una prisión de mujeres. «Lugares de memoria», tan solo señalados por pequeñas placas, abundan por la geografía española. Una mayor divulgación y pedagogía en torno a la Guerra Civil y el franquismo deben servir para saber qué hay detrás de la foto que se tomaron aquellas dos amigas.

El mejor modo de superar esa falta es contar la historia de estas mujeres silenciadas por el franquismo, la historiografía y la política. Esa fotografía, que puede parecer hoy algo banal, en aquel momento supuso una reivindicación social, política y personal. Eso es lo que esconden sus sonrisas. Ellas no estaban de vacaciones, sino encarceladas. Fueron dos mujeres modernas, que lucharon durante la primera mitad del siglo pasado por las mejoras laborales de los trabajadores y agricultores de sus localidades de origen, así como por la consecución de los derechos del género femenino. Destacar en un mundo de hombres y la concepción tradicional que de la mujer obligaban a seguir el fascismo español y el catolicismo causaron que fuesen a parar allí, junto con otras muchas pioneras.

Se llamaban Urania Mella y María Gómez González. Una, anarquista y proletaria; la otra, burguesa y de IR. Ambas, tras el golpe de Estado y su paso por el sistema penitenciario franquista, dejaron atrás su militancia y trataron de sobrevivir en la dictadura. Es un trasunto de lo que ocurrió

con esa sociedad que procedía de un liberalismo centenario que quedó sepultado por la represión, la persecución, el miedo y el silencio impuesto[1]. Como ellas, casas del pueblo, casinos, órganos periodísticos, partidos políticos y sindicatos –a excepción del partido único, FET y de las JONS–, quedaron clausurados durante 40 años, hasta que la muerte del dictador permitió abrir un rayo de esperanza a aquel mundo que vivió su longa noite de pedra[2].

Las dos eran gallegas, madres y querían cambiar la realidad social. Posiblemente conociesen la existencia la una de la otra por su participación en política, pero fue en prisión donde entablaron una profunda amistad que las llevó a vivir juntas, lejos de sus ciudades natales, al quedar libres. Se asentaron en Lugo con las hijas de María, hasta que fallecieron. Urania no volvió a vivir en democracia. María aprobó unas oposiciones de enfermería y trabajó hasta su jubilación. Llegó a recibir varios premios por su trayectoria. Ella sí pudo disfrutar de la democracia, aunque nunca le reconocieron en vida el papel en defensa de los valores democráticos que desempeñó antes de la guerra.

LA CÁRCEL DE SATURRARÁN. LA REPRESIÓN SOCIOPOLÍTICA CONTRA LA MUJER

Las mujeres son uno de los colectivos más vulnerables en cualquier guerra. En un mundo patriarcal padecen dos tipos distintos de represión. Por un lado, la misma que sufren los hombres si destacaron como personajes públicos, pero, además, como se verá en el caso de la cárcel de Saturrarán, se las reprime con un duro adoctrinamiento para que adopten unos valores basados en el fascismo español.

Cabe decir que las penas dirigidas a las mujeres a través de juicios militares o detenciones decretadas por el estado de guerra fue muy inferior al dirigido a los hombres. Durante la Guerra Civil, de manera aproximada, la población carcelaria femenina como consecuencia de motivos sociopolíticos, no superó, aproximadamente, el 10%[3]. Las penas eran de prisión o de muerte. En el capítulo VI sobre Amada García, se ha relatado cómo la condenaron a través de una causa castrense y la

asesinaron cuando dio a luz. En otras situaciones, en función de su vinculación política previa a julio de 1936, su papel social o su implicación en la oposición al golpe de Estado, las penas podían variar de 5 a 30 años de prisión, según lo estipulado en el Código de Justicia Militar.

En un principio, hasta finales de 1937, el sistema penitenciario golpista no estaba organizado porque se desconocía la duración del conflicto. Hay que tener en cuenta que, en 1936, la balanza se podía decantar hacia cualquiera de los bandos. Este fue uno de los motivos por los que se han contabilizado más muertos por penas judiciales o extrajudiciales en los territorios en los que triunfó el golpe de Estado[4]. A medida que avanzó el año 1937 y se estabilizaron los frentes del norte y del sur, comenzaron a crearse cárceles y campos de concentración en ambos bandos. Durante aquel año, el sistema era bastante rudimentario, aunque se fueron estableciendo organismos para la contabilidad de presos y prisioneros de los territorios que iban conquistando. Hasta ese momento, las mujeres cumplían sentencia en las cárceles comunes o en los mismos lugares habilitados para los hombres, pero en espacios reservados para ellas[5].

Una vez que el Frente Norte cayó en manos de los sublevados, con la conquista de Gijón en octubre de 1937, y aprovechando que se acercaban al invierno, ambos bandos reorganizaron sus organismos militares y penales, preparándose para una «guerra total». El aumento de la población penitenciaria provocó que se habilitasen nuevas cárceles en todo el territorio conquistado por los golpistas, así como campos de concentración o batallones de trabajadores[6]. Es en este contexto en el que se habilita lo que actualmente es el Seminario Menor y Mayor de Saturrarán como la Prisión Central de Mujeres más grande del norte de España, aprobada por una orden publicada el 29 de diciembre de 1937. Previamente, algunos emplazamientos del Ayuntamiento de Mutriku ya estaban siendo utilizados para este fin, y en ellos permanecieron Urania y María.

Aquel recinto, antes de constituirse como espacio represivo contra la mujer, había sido un lugar de descanso para turistas adinerados. Desde finales del siglo XIX, se habían construido el Grand Hotel, Villa Capricho, Buena Vista, Casa Barrenengoa o la Fonda Astigarraga, lugares de lujo que se convirtieron en pabellones repletos de presas políticas. En 1921, los propietarios se lo cedieron a la diócesis de Vitoria, que convirtió

todo el terreno en un balneario para seminaristas. Cuando se produjo el golpe de Estado, la resistencia vasca lo transformó en el cuartel general del Euzko Gudarostea, el Ejército de *gudaris* del PNV. Cuando, a inicios de octubre de 1936, fue conquistada toda la zona, se modificó para ser un cuartel de tropas del Ejército del Norte de los sublevados, a pesar de que los terrenos originariamente pertenecían al obispado, pero el apoyo de la Iglesia a los golpistas hizo que se lo cediesen para transmutarlo en cárcel[7].

En diciembre de 1937, la JTE –que sustituía a la JDN–, presidida por el general Francisco Franco, transformó todos aquellos edificios en barracones en los que decenas de mujeres estaban hacinadas por el único delito de haber formado parte de un partido de izquierda, republicano o nacionalista vasco. Compartían recinto con presas comunes, lo que suponía un doble castigo, ya que no habían cometido ningún delito. Durante los primeros meses no había bancos, asientos o camas, por lo que tenían que comer y dormir en el suelo[8]. La gallega Isabel Ríos recuerda en sus memorias que a cada presa le asignaron «45 cm de suelo» para dormir, pero que le produjo un fuerte alivio comprobar que los suelos eran de madera, ya que así podían evitar el frío y la humedad[9].

Ambas ya estaban encarceladas en Galicia desde agosto de 1936. Como consecuencia de la citada masificación de la población penitenciaria, fueron enviadas a Mutriku, a un primer centro y, en marzo de 1938, ingresaron en la Prisión Provincial de San Sebastián, que después sería la Prisión Central de Mujeres. Viajaron en trenes que hacía paradas en diversas ciudades para recoger a otros presos[10].

Tras el viaje, las destinaron al pabellón en el que residieron durante su estancia, en el caso de las protagonistas, hasta que decretasen la aplicación de su condena: la pena de muerte. No tenían duchas ni lugar para asearse, lo que suponía un importante foco de enfermedades, motivo por el que fallecieron muchas de sus compañeras de celda. Algunas fueron con sus hijos, de los que estaban separadas. Otras llegaron embarazadas y perdieron a su hijo en el parto por la escasa limpieza y medios médicos, a pesar de que había una enfermería[11]. Al dar a luz, en caso de que la criatura sobreviviese, las reclusas perdían la patria potestad. Los niños que estaban con sus madres, en muchas ocasiones murieron por desnutrición, tanto en Saturrarán como en otras cárceles de mujeres[12].

La vigilancia del centro estaba en manos del Ejército. En total, estaban destinados 50 miembros, entre tropa y suboficiales, que se iban turnando las guardias. Dentro del recinto residían 25 monjas mercedarias bajo la tutela de sor Aránzazu Vélez de Mendizábal. Asimismo, había un director de la prisión, un médico encargado de la enfermería y un capellán. Al haber un total de seis pabellones, les tocaba a cuatro de ellas encargarse de las necesidades de cada uno[13]. El trato despectivo, el control disciplinario y los castigos que les dispensaban las religiosas son citados en las escasas memorias publicadas por las supervivientes. La reclusa, maestra nacional, Josefa García Segret, escribió lo siguiente sobre las religiosas, poniendo en duda lo que predicaban con sus acciones:

> Pero ¿qué os importa a vosotras la moral? Vuestra moral consiste en taparos con unos sayones: […] en hacer el alijo de los suministros que os entregaban para el sustento de las cautivas, cociéndoles luego un poco de vitualla en calderadas, bazofia, que al pobre estómago sumergía en baño de María. Cuántas, cuántas vidas arrancasteis a la existencia con vuestra piratería[14].

Esto es compartido por Isabel Ríos. Según la descripción que realizó, Saturrarán ejemplifica el tipo de régimen político que se estaba instaurando: «Según el director general de Prisiones, cuyo nombre olvidé, la cárcel debe reunir tres condiciones esenciales. La seriedad de un Banco, la Disciplina de un Cuartel y la Caridad de un Convento[15]».

Aquel espacio llegó a albergar a más de 20.000 presas que procedían de toda España. Principalmente iban las reclusas que tenían las penas más altas que cumplir. Allí se conocieron Urania y María, que pronto trabaron una fuerte amistad, a pesar de la situación, de la incertidumbre, de la tristeza, del adoctrinamiento, de la preocupación por la situación de sus familiares, de las infames condiciones de vida, de los severos castigos y del miedo a la muerte.

Con lo dicho hasta el momento, llama la atención que Urania y María sonriesen para aquella fotografía, que seguramente hicieron para que quedase para la posteridad su paso por aquel infierno. Posiblemente, ni Dante Alighieri se imaginase que pudiese existir un lugar peor que el que describió en su *Divina Comedia.* Estaban aisladas del mundo, en un contexto de fanatismo, por el único «pecado» de no adoptar una posición pasiva en relación con el mundo que las rodeaba. Pero las monjas se

encargaron de anular aquel sentimiento previo, con una dura «reeducación» basada en castigos y en la obligación de comportarse como indicaban los reaccionarios cánones del catolicismo fascista. De lo contrario, eran castigadas para «enderezar» su conducta. Asimismo, había misas diarias y conferencias a cargo de jesuitas[16].

El principal correctivo fue el internamiento en celdas de aislamiento y no recibir correspondencia. Las celdas de castigo estaban en pabellones cercanos al mar, por lo que entraba el agua con la marea alta e, incluso, en algunas ocasiones, llegaba a la cintura. A causa de la insalubridad del centro por la humedad y el frío en los meses invernales, hubo un alto «número de enfermedades reumáticas»[17]. Isabel Ríos afirma que se padeció una «epidemia de tifus, por la cual murieron un montón de compañeras»[18].

El objetivo fundamental era sobrevivir un día más y mantener la esperanza de que, una vez finalizada la contienda, pudiesen ser liberadas. En ocasiones, gracias a personas que se solidarizaron con los represaliados, encontraron alguna forma de salvarse. Fue lo que intentó hacer el doctor Darío Álvarez con Josefa Segret cuando ella estaba en la cárcel de Tuy. Se pudieron dar casos similares en cualquier cárcel de golpistas y, como se verá, parece que también lo intentó María en Saturrarán. Se puede observar en la carta que Josefa Segret le envía al médico, en la que, con nota manuscrita de él mismo, dice: «A esta mujer, que estaba condenada a muerte, le salvé la vida diagnosticando un embarazo. La indultaron y después "abortó"». La carta dice lo siguiente:

A Darío Álvarez Blázquez: 2 de junio de 1937
En la prisión de Tuy a 2 de junio de 1937

Sr. Dn.
Darío Álvarez

Muy Sr. mío: Debido a la poca conciencia de una compañera de celda, pudiera ser que el secreto que hasta ahora me salvó la vida fuese conocido de alguna persona que deseara ver correr mi sangre.

Ante este temor, le pongo estas letras, para, en caso de que se diera lugar, llegado el momento, a ciertos esclarecimientos, se sostenga tanto V. como su colega en el informe que Vds. dieron anteriormente.

Con lo que yo pueda declarar, no tema que en nada les he de comprometer, pues me referiré a una fuerte hemorragia ocurrida, desde luego, mucho después del reconocimiento médico.

Por si caigo antes de que llegue el momento de la liberación, agradecida le envía la

consideración más distinguida,

Josefa García Segret de Gallego
Tenga la bondad de quemar la presente[19].

Tenían la posibilidad de exonerar sus penas realizando trabajos de manera prácticamente esclava. En octubre de 1938 se creó el Patronato de Redención de Penas por el Trabajo, por el cual podían realizar ciertas labores públicas o privadas tanto dentro como fuera de las cárceles. En este sentido, hubo talleres «en los que las reclusas fabricaban bolsas de papel, agendas y objetos de escritorio para empresa Berasategui, de San Sebastián». Unas sesenta reclusas realizaban trabajos para los talleres Egaña, de Mutriku. Las maestras condenadas se encargaban de dar clases de alfabetización y cultura general a las que apenas conocían las reglas básicas[20]. Como recoge la historiadora Mirta Núñez Díaz-Balart, el padre José A. Pérez del Pulgar, creador de la institución, remarcó sus beneficios:

> Pero, aunque con dicho trabajo solo se consiguiese que los presos se mantuvieran a sí mismos, como lo debe hacer toda persona libre, esto ya sería un enorme bien; si a él se agrega que mediante el trabajo rediman, como se ha dicho, una parte importante de su pena, y libre a la nación del malestar y cuidado que supone su detención prolongada, el bien será mayor si, por último, mediante todo ello se les reconcilia a ellos y a sus familias con la religión, con la sociedad y con la Patria[21].

Urania y María estaban presas a causa de sus ideas, sus parejas habían sido asesinadas y, como las monjas requisaban el correo, apenas tenían noticias de sus hijos. Allí comprobaron lo mucho que tenían en común, no solo en su padecimiento, sino también en su pensamiento, motivo por el que las encerraron.

Las indultaron de la pena de muerte, pero tuvieron que permanecer algunos años encerradas. Seguramente, aunque se desconoce, trabajasen en alguno de los talleres, debido a que esto podía salvarles la vida, primero, y, después, acelerar su puesta en libertad. Además, los días eran monótonos y aburridos, y cuanto más ocupada tuvieran la mente, mejor podían soportar la precaria situación en la que se encontraban. Lo que padecieron ellas dos, su historia dentro de la cárcel vasca, fue igual que lo que sufrieron miles de mujeres «rojas», como las llamaba la propaganda golpista y, tras la guerra, la de la dictadura franquista.

URANIA MELLA SERRANO Y MARÍA GÓMEZ GONZÁLEZ. REFLEJO DE UNA SOCIEDAD EN CAMBIO

Pero ¿quiénes eran? ¿Por qué fueron encarceladas? ¿Fueron condenadas por sus parejas? ¿Por motivos políticos? ¿Por ser «costureras» de banderas? La historia de Urania y María es la manifestación del proceso de cambio sociopolítico y cultural que estaba experimentando la sociedad española de comienzos de siglo. Fueron condenadas a pena de muerte por quiénes eran, por su influencia social y participación política.

Urania era natural de Pontevedra y, en el momento en el que estalló el golpe de Estado, contaba con 36 años. Se dedicaba a labores domésticas y vivía con su pareja, Humberto Solleiro, en el barrio obrero de Lavadores de Vigo. Estudió Bellas Artes en la Escuela Municipal de Artes y Oficios de Vigo, fue maestra de piano y desde joven se dedicó a enseñar a leer a otras mujeres de su barriada, para que, a través de la cultura, pudieran tener herramientas para emanciparse. Fue madre de cuatro hijos, Raúl, Humberto, Alicia y Conchita. Su vida se caracterizó por la reivindicación de las mejoras de las mujeres, en un contexto en el que comenzaban a participar, no sin trabas, en la vida pública.

Sin embargo, a pesar de su papel cultural y político, como miembro activo de varias organizaciones que cobraron importancia en la década de los treinta, es más conocida por ser nieta del intelectual anarquista Juan Serrano Oteiza e hija de uno de los principales ideólogos del anarcosindicalismo, Ricardo Mella. Lo que se pretende hacer en este capítulo es dar voz a esta mujer, que quedó silenciada por la sombra de sus ancestros y por la represión golpista. Es decir, convertirla en protagonista, sin negar que la influencia familiar, teniendo en cuenta que es el primer y principal foco de socialización del individuo, le sirvió para que decidiese dar el salto en un contexto propicio. Sin embargo, a través de la socialización familiar, se podrá explicar brevemente la evolución del anarquismo en España y las tensiones entre las dos principales corrientes, el colectivismo y el anarcocomunismo. En ese debate participaron su abuelo y su padre, e influiría en su forma de pensar, aunque ella tomó un camino distinto, acorde al momento histórico que vivió.

Por su parte, María Purificación Gómez González, cordobesa de nacimiento, residió casi toda su vida entre Pontevedra y Vigo. Se casó con José Ares, un maestro nacional del pequeño pueblo rural de A Cañiza, provincia de Pontevedra. Fue madre de cuatro hijos y, como muchas otras mujeres a lo largo de la historia, su trabajo eran las labores domésticas, lo que no impidió que tuviese un profundo conocimiento e implicación personal en la vida sociopolítica del momento. Era una mujer que se había criado en la zona minera de Bélmez, por lo que era conocedora de los problemas de la clase obrera. Sin embargo, su posicionamiento político estaba lejos de postulados socialistas, comunistas o anarquistas. Desde muy joven comenzó a abrazar el republicanismo de Manuel Azaña y se afilió a IR, igual que su pareja. En las elecciones parciales al Ayuntamiento de A Cañiza de 1936 fue elegida concejala y la nombraron alcaldesa con tan solo 31 años, la primera mujer en la historia en ocupar ese cargo en Galicia.

Tenían mucho en común, ya que formaban parte de esa generación que comenzaba a salir de sus hogares para tener protagonismo en la vida pública. No fue un proceso fácil ni homogéneo. Formaba parte de un aprendizaje político y un cambio cultural que se había ido fraguando desde finales del siglo XIX y principios del XX y que afectó a toda la sociedad. Se puede observar con la exponencial creación de sindicatos obreros y agrarios en toda Europa, incluida Galicia, a pesar de que muchos historiadores la consideran como un territorio rural y analfabeto, como si ambas características estuviesen intrínsecamente vinculadas[22].

La sociedad pasó de ser súbdita a ciudadana en un desarrollo lento que culminó con la proclamación de la Segunda República, la obtención de algunos derechos sociales y la posibilidad de que la mujer saliese de ese espacio doméstico señalado en otros capítulos, pero no sin conflictos. La Segunda República, como cualquier régimen liberal de la década de los treinta, presentó sus problemas, ya que la sociedad, en líneas generales, pasó de preocupaciones personales y locales a integrarse en un contexto sociopolítico y cultural más amplio[23]. Además de organizaciones sociopolíticas, se crearon iniciativas internacionalistas y congresos políticos, y la acción colectiva comenzó a estar más organizada.

En el periodo finisecular, tuvieron más protagonismo los hombres, pero, con el paso de los años, las mujeres comenzaron a estar presentes en

espacios que antes les estaban vedados. Cabe destacar el papel de las sufragistas o la labor de mujeres destacables como Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Victoria Kent, Margarita Nelken, Clara Campoamor, Lucía Sánchez Saornil o Federica Montseny. Tras estos nombres hubo muchas mujeres que lucharon de manera anónima desde sus lugares de origen y fueron capaces de romper las barreras impuestas por el patriarcado de la época, como Urania y María, cada una de ellas, desde ideologías diferentes.

Sin embargo, no solo se produjo un cambio en el ámbito político, sino también en el social y cultural. Desde finales siglo XIX, la sociedad española adoptó ciertas prácticas que procedían del extranjero, consecuencia del intercambio cultural, en la literatura, el arte, la ciencia o el ocio. En ocasiones, los emigrantes retornados desempeñaron un papel destacado, no solo impulsando organizaciones políticas, sino también culturales, como ateneos, compañías de teatro, escuelas o clubes deportivos. En todos estos ámbitos se fue introduciendo, poco a poco, la mujer.

URANIA MELLA Y EL PAISAJE SOCIAL DEL MOVIMIENTO OBRERO

La historia de Urania es un ejemplo paradigmático de lo que le sucedió a la sociedad española desde finales del siglo XIX. Ella se crio en una familia con una fuerte vinculación con la defensa de los desfavorecidos. Su abuelo materno fue el intelectual anarquista Juan Serrano Oteiza. Fue uno de los que introdujeron el pensamiento colectivista del francés Pierre-Joseph Proudhon en España. Formó parte del núcleo madrileño de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), en 1869, junto a figuras destacadas del anarquismo como Tomás González Morago o Anselmo Lorenzo. Era miembro de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), precursora de la CNT por integrantes de Madrid de la AIT[24].

Su pensamiento influyó en quien se convertiría en su yerno, Ricardo Mella Cea. El vigués nació en 1861, por lo que tan solo tenía ocho años

cuando se creó la AIT. Desde muy joven se interesó por la política, se afilió al PRRS y colaboró en prensa. Como la Galicia de la Restauración no fue capaz de desligarse del problema del caciquismo, las críticas vertidas contra este sistema motivaron que fuese desterrado. Se dirigió a Madrid, donde trabó amistad con Juan Serrano o Anselmo Lorenzo y comenzó a colaborar en la *Revista Social,* fundada por su suegro. A partir de este momento, Ricardo Mella empezó a abrazar el anarquismo colectivista[25]. Tras su paso por Andalucía y Asturias, regresó a Galicia para terminar sus estudios de topógrafo, profesión a la que se dedicó. En las localidades de Vigo y Pontevedra nacieron sus 12 hijos con Esperanza Serrano: Ricardo, Alianza, Alberto, Esperanza, Raúl, Urania, Alba, Flora, Luz, Alicia, Mario y Jorge.

Posiblemente fuera el intelectual anarquista más influyente en Galicia y Asturias –lugares en los que residió– no solo por su labor propagandística y organizativa, sino por sus propuestas teóricas. Conocedor de varios idiomas, pudo traducir obras de pensadores como Bakunin, Malatesta o Sorel, lo que ayudó a su conocimiento por parte del obrerismo. Con el paso del tiempo, abandonó el anarquismo colectivista por el anarquismo sin adjetivos, corriente que consideraba que, dentro del movimiento que enmarcaba a la organización, podían convivir diversas tendencias y se hacía patente la libre elección del individuo[26]. Por otro lado, se opuso frontalmente a la lucha armada[27].

Su hija Urania nació en 1899, tras el desastre del 98 y en plena crisis de la Restauración, momento en el que se produjeron una serie de huelgas en toda España que favorecieron el crecimiento de los movimientos obreros, especialmente fuerte el de carácter anarquista en Galicia. Tanto el abuelo como el padre de Urania –junto con otros nombres destacados como Anselmo Lorenzo, José Prat o Ferrer Guardia– fueron artífices de las bases en las que se asentó la creación de Solidaridad Obrera en 1907 y la CNT, creada en octubre de 1910[28]. El sindicato fue clave en la reanudación de la AIT, heredera de la de 1864.

Al legado educativo recibido en el seno familiar hay que sumarle que la juventud de Urania coincidió con el periodo de crecimiento y asentamiento social de la CNT. Por ejemplo, Galicia se convirtió en el centro de la lucha obrera mundial, al celebrarse en Ferrol el Congreso Internacional por la Paz en el contexto de la Primera Guerra Mundial, en

el que participaron los principales intelectuales obreristas de todo el mundo, entre ellos, su padre[29].

En 1922 se constituyó la Confederación Regional Galaica (CRG) dentro de la CNT, que fue una organización territorial que siguió la senda de la andaluza o la catalana, donde tuvo su principal arraigo el movimiento anarquista. Se creó en Vigo, con la presencia de 52 sociedades, y sumaba cerca de 26.000 afiliados[30]. El primer secretario fue José Suárez, de A Coruña. Contó con la influencia de Ricardo Mella y de José Villaverde Velo, director de la publicación *Solidaridad Obrera,* que de esta forma anunciaba su nacimiento:

> No cabe desentonar. Hay costumbre y sigámosla. Aparecemos y reaparecemos en estas lides periodísticas para seguir una trayectoria trazada ya por otros precursores del movimiento emancipador. Solidaridad Obrera en esto no puede traer un programa. Si como tal puede considerarse, hay ya en la historia de nuestro movimiento trazos generales que han de seguirse, bien para afianzar mejoras, bien para conquistar nuevas[31].

El padre de Urania no participó activamente en la creación de la CRG, a pesar de que sus postulados teóricos estuvieron presentes. Falleció en 1925, por lo que, por aquel entonces, Urania tenía tan solo 24 años. Debido a la brillantez de sus teorías, algunos de sus seguidores, como José Prat y Eleuterio Quintanilla, reditaron algunos de sus libros. El conocido miliciano Buenaventura Durruti les leyó y enseñó las tesis políticas del pensador gallego a sus camaradas de trinchera durante la Guerra Civil.

El multitudinario sepelio de su padre debió de conmocionar a Urania y servirle de acicate para continuar su ejemplo, pues fue una muestra de la relevancia sociopolítica que llegó tener en vida. Fue enterrado en el cementerio de Pereiró, en Vigo, y el más aclamado escultor gallego del momento, Francisco Asorey, le construyó un mausoleo. El principal diario de Galicia, fundado por el republicano moderado Portela Valladares, llevó en portada lo siguiente:

> Por la memoria de Ricardo Mella
>
> Todo un pueblo, el pueblo vario y polijerárquico, seguía al féretro […] de aquel hombre admirable, amasado en la rebeldía y en la probidad, que se llamó Ricardo Mella y del que conservamos aún, en los dedos que atenazan esta pluma, el calor de la mano leal.
>
> Eso era Mella: la Lealtad. Lealtad para sus ideas, jamás traicionadas ni encubiertas, ideas que muchas veces le ofrecieron cicutas de persecución y sacrificio y a las que nunca puso

> precio, ni en oro ni en gloria; lealtad para los humildes, para los trabajadores. Para sus subordinados, a los que siempre dio la fuerte vianda del ejemplo y para quienes tuvo en las horas de la exaltación irreflexiva sueros de serenidad, y en las de la justicia o de la reivindicación, abierta y abnegada ayuda […].
>
> Por las calles de Vigo acaba de pasar la espesa, la inmensa legión de agradecidos, pues todos, todos le debíamos algo, en lección o en merced […].
>
> Esforcémonos todos en levantar pronto, muy pronto, sobre la fresca tierra removida un monumento, sencillo como su vida y fuerte como sus ideas […][32].

Fueron momentos de cambio en el seno del anarquismo, no solo en el plano doctrinal, sino que comenzaron a surgir nuevos líderes que fueron protagonistas durante la Segunda República y la Guerra Civil. En plena dictadura, la represión política provocó que adoptaran el pistolerismo como acción política y se organizasen algunos intentos insurreccionales, en los que participaron militares, como el ya citado Fermín Galán[33]. En 1927 se creó la FAI, una organización independiente, pero «hermanada» con la CNT[34].

El escenario cambió con la Segunda República, un régimen en el que creían que serían capaces de conseguir sus objetivos políticos. Por eso participaron en la Sublevación de Jaca y en su proclamación posterior tras las elecciones municipales del 14 de abril de 1931. A partir de 1933, se produjo una radicalización en el seno del anarquismo que afectó a la CRG, con un giro revolucionario y fuertemente anticlerical. Se produjo durante el Bienio Derechista una unión entre los sindicatos de izquierda en Galicia, en la que participó la CRG, a pesar de que la CNT se posicionó en contra. Dentro de esta asociación de partidos se organizaron actos políticos en los que había oradores anarquistas, ugetistas y comunistas. Fue un periodo en el que, dentro del anarquismo, se pasó del entusiasmo por la proclamación de la Segunda República a una cierta desidia, que hizo que la CNT pidiese la abstención en las elecciones de 1933, en las que ganó la derecha[35].

Por su parte, el asociacionismo femenino gozó de un mayor protagonismo, sobre todo, a partir de 1933, y Urania participó activamente en él. Cabe destacar que casi todas las organizaciones políticas diferenciaban entre la matriz del partido, sindicato o movimiento y las secciones juveniles y las femeninas, a pesar de que referentes como Federica Montseny abogaban por que no se crearan organizaciones

paralelas a la CNT. Era una idea que dentro del marco anarquista se impuso en el congreso de 1911, de la mano de Teresa Claramunt, y estuvo presente en todas las organizaciones políticas[36].

Dentro del ámbito ideológico del que procedía la familia de Urania, nacieron el Grupo Cultural de la CNT de Barcelona o la Agrupación de Mujeres Libres de Madrid, alrededor de Lucía Sánchez Saornil o Amparo Poch y Gascón. Esta última fue la heredera de FAI Vanguardia Femenina[37]. Dentro del PCE hubo una sección femenina, o el Socorro Rojo Internacional de 1922, que en España comenzó a tener afiliadas con la Revolución de Asturias[38]. Desde antes de la proclamación de la Segunda República, de la mano de Margarita Nelken o María Lejárraga comenzaron a germinar las Agrupaciones Socialistas Femeninas[39]. Lo mismo ocurrió en las organizaciones católicas y de derecha, como las secciones femeninas del Partido Radical o de Falange.

Figura 28. Dibujo al carboncillo de Urania Mella. Autor desconocido y fecha desconocida. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo Alicia Solleiro Mella.

La distinción residía en que no se había generalizado una conciencia igualitaria entre hombres y mujeres como para que compartiesen los mismos espacios en la esfera política. Cabe recordar que no fue hasta las elecciones de 1932 cuando pudieron votar, no sin atrancos por parte de sectores a la izquierda y derecha del hemiciclo, incluidas algunas feministas, como Margarita Nelken. Consiguieron ese derecho por un exiguo resultado en votación en Cortes de 161 votos a favor por 121 en contra.

Como se vio en el capítulo V, del mismo modo que en el anticomunismo hubo un proceso de *fascistización,* dentro del antifascismo hubo una *comunistización* como consecuencia de la victoria de la Revolución bolchevique en Rusia. Por este motivo, la participación política de Urania, a pesar de la influencia que pudieran ejercer su padre y su abuelo, no la realizó en una organización de corte anarquista, sino en una de corte más transversal como fue la Agrupación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo (AMGF) y el Socorro Rojo (SR). Era algo normal, pues fueron las organizaciones femeninas de izquierda más importantes de las que existieron en España y, en concreto, de las que se crearon en Galicia.

Urania fue la presidenta del Comité de Lavadores y tesorera de la delegación de Vigo de la AMGF en 1936, por lo que, con apenas 30 años, fue una de las precursoras del asociacionismo femenino de izquierda en Galicia[40]. En el ámbito estatal, fue creada en 1933, como rechazo de la llegada al poder de Adolf Hitler en Alemania, así como de todos los movimientos y regímenes fascistas que comenzaron a surgir con fuerza en la década de los treinta. Fue la asociación más numerosa de España y estaba conectada con otras de corte similar del resto de Europa. Su principal objetivo era concienciar, a través de actividades educativas y culturales, a las mujeres de familias obreras del peligro que traía consigo el fascismo.

Como señala la historiadora Laura Branciforte, «su primer congreso internacional fue organizado por iniciativa del Rassemblement Mondial des Femmes! Contre la Guerre et le Fascisme» en agosto de 1934, con la presencia de más de 1.500 delegadas. En la representación española destacaban Encarnación Fuyola o Elisa Úriz, encabezadas por Dolores Ibárruri[41]. Aunque fue una organización transversal, a la que estuvieron

vinculadas figuras como Federica Montseny, Victoria Kent, Margarita Nelken o Clara Campoamor, que procedían de familias ideológicas diversas, con el paso de los años fue estrechando su vinculación con el Komintern. En España tuvo un mayor peso en la organización «la Pasionaria».

Por su intencionalidad transversal, a pesar de la vinculación con el Komintern –que, por otro lado, se apoderó de todas las estructuras antifascistas desarrolladas en los años treinta–, buscó establecer relaciones con las organizaciones pacifistas creadas a principios de siglo, como la Asociación Nacional de Mujeres Españolas o la sección española de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Entendían el pacifismo como una lucha activa contra el fascismo, o lo que explicaron como «pacifismo práctico o pacifismo realista como elemento clave del discurso antifascista»[42]. Es decir, la paz solo podía estar ligada a la desaparición del fascismo y la lucha activa en su contra.

A partir de 1936, al abrigo de la campaña electoral de febrero y de la nueva política interclasista que abrazó el Komintern de apoyar la creación de frentes populares para parar el ascenso del fascismo, se produjo un crecimiento exponencial de la organización femenina, que mudó de nombre a Asociación de Mujeres Antifascistas (AMA). Coincide en el tiempo con la fundación, en la primavera madrileña, de Mujeres Libres, vinculado al semanario anarquista homónimo. Sin embargo, esta organización, que podría estar más cercana a los postulados políticos en los que se crio Urania, apenas tuvo presencia en Galicia, con la excepción de la ciudad de A Coruña, de la mano de Sebastiana Vitales y Laura López, y una pequeña tentativa en Santiago de Compostela[43]. Por lo tanto, la AMA se convirtió en Galicia y España en la mayor organización femenina de masas[44].

Por su parte, SR, que también tuvo su germen en Vigo, fue una organización vinculada al Komintern, articulada en torno al concepto de solidaridad procedente de la lucha feminista de los siglos XIX y XX. Se dedicaban a labores asistenciales propias de la visión tradicional de la feminidad, mientras que los hombres estaban encuadrados en otras organizaciones del Komintern más encaminadas a la política pública. En palabras de Laura Branciforte, «se ocupó de la distribución a nivel mundial de las ayudas económicas soviéticas durante los años veinte y

treinta, con el fin de intervenir con sus "armas solidarias" en las principales campañas y batallas antifascistas y de alimentar la propaganda comunista». Tuvo un carácter auxiliar al AMA en España, en el que las mujeres participaban activamente del debate político, pese a que fuese en una organización diferente, aunque del partido[45].

En España estuvo vinculado al Comité Nacional de Ayuda a las Víctimas de la represión de Octubre (CNA), que nació en marzo de 1935. Tuvo más influencia en Asturias o Cataluña, debido a que las protestas, y su posterior represión, en Galicia no tuvieron el calado que sí tuvieron en los otros dos territorios citados[46]. Durante la Segunda República, el SR tuvo escasa y desigual presencia en Galicia, y Vigo fue el principal foco. Realmente, adquirió notoriedad durante la Guerra Civil en los territorios controlados por la Segunda República.

El 5 de marzo de 1936 comenzó una celebración dedicada a la mujer en la ciudad de Vigo. Se inició con una asamblea para establecer la AMA en Galicia –con local en Vigo–, en el salón del Danubio Azul. La implantación de la política de masas en aquel periodo queda patente al comprobar que participaron más de 200 personas en aquel evento y que estaba ligado a la Jornada Internacional de la Mujer que se celebró dos días más tarde[47]. La agrupación estaba dirigida por Teresa Calle, que fue la oradora principal de la apertura, junto con el dirigente comunista de Vigo Ángel Nogueira[48]. El 8 tomaron la palabra Elisa González Penedo –que fue la secretaria–, Carolina Cruz –como presidenta–, Luisa Lorenzo y Adela Melijosa Suárez, conocida como «la Santanderina». Tenían planteado organizar un ciclo de conferencias por todas las localidades de la zona con el objetivo de trasladar los posicionamientos políticos de la agrupación[49].

En poco espacio de tiempo se crearon en la comarca viguesa varias agrupaciones que dependían de la central, entre ellas, la que dirigía Urania en su barrio de Lavadores. La AMA estuvo muy vinculada a las sociedades agrarias. Participaron en ella, principalmente, las trabajadoras de las conserveras. Sus factorías estaban fundamentalmente situadas en la provincia de Pontevedra, y eran las más reivindicativas en Galicia, junto con las cigarreras de A Coruña[50]. Cabe señalar que la primera organización vinculada al AMA y al SR fue la Asociación Pro-Infancia Obrera, también de Vigo, creada en julio de 1935 para proteger a los hijos

de los obreros y proporcionarles educación. Seguramente en el marco de esta organización comenzó Urania a dar clases a los hijos de los obreros del barrio de Lavadores[51]. Con la victoria del frente celebraron otro acto en el mismo salón para festejar el éxito. Tomaron la palabra muchas mujeres de la agrupación, que ya había crecido hasta las cerca de 900 afiliadas[52]. También se creó, en la Ciudad Olívica, la Unión Escolar Antifascista, que participaba en estos actos, aunque estaba más vinculada a IR[53].

A lo largo de ese año, se unieron diversas organizaciones de mujeres en el FP, en el que tuvieron cabida republicanas, comunistas, socialistas y anarquistas. A partir de este momento, las mujeres participaron más en los actos políticos, tanto en los organizados por ellas como en los de los partidos, dando mítines y tomando parte en charlas o manifestaciones. Es posible que Amada García concurriese más activamente durante este periodo, y de ahí que se la conociese en la comarca de Ferrol. Lo mismo ocurrió con Urania, que ya tenía una reputación, en parte, heredada a la sombra de su padre, aunque de esta comenzó a emanciparse a medidos de la década de los treinta.

MARÍA GÓMEZ GONZÁLEZ. EL REPUBLICANISMO MODERADO DE IZQUIERDA DE LA PRIMERA ALCALDESA DE GALICIA

A lo largo del libro se ha relacionado la participación en política con los nuevos movimientos de masas, como eran los obreristas y el fascista. Sin embargo, fue un fenómeno transversal, porque, en las décadas de los veinte y los treinta, la acción colectiva mudó. Las nuevas formas de socialización también fueron adoptadas por partidos conservadores, monárquicos, republicanos moderados de izquierda y derecha. En este caso, María participó de manera activa en las filas de la izquierda republicana moderada. De Córdoba se trasladó a Pontevedra y, posteriormente, a la pequeña localidad de A Cañiza, provincia de Pontevedra, en la que su marido, José Ares, fue maestro nacional durante la Segunda República. Su pareja estuvo afiliada al PRRS, que abandonó en

1933, y solo volvió a la política activa en la primavera de 1936 en IR.

María se afilió al partido de Manuel Azaña, posiblemente, por la influencia social que adquirió dentro del republicanismo de izquierda en toda España en las elecciones de 1936. Sin embargo, la historia del republicanismo de corte azañista en Galicia no fue tan lineal como en otros territorios, al no tener una implantación social tan destacada y existir otros partidos de corte regionalista que ocupaban ese espectro ideológico, sociopolítico y cultural, como fue la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA) de Santiago Casares Quiroga[54].

Con la llegada de la Segunda República se produjo una eclosión en la creación de partidos políticos que, con el paso de los meses y, luego, los años, fueron desapareciendo y dando lugar a otros, propios de un contexto sociopolítico de cambio. Dentro del espectro ideológico adoptado por María, las organizaciones que tuvieron presencia en Galicia fueron el Partido Regionalista Gallego (PRG), algunos independientes como Manuel Portela Valladares y, especialmente, la ORGA[55].

Tanto Casares como Portela abanderaron un regionalismo gallego que tuvo respaldo electoral. Ambos, antes del 14 de abril de 1931, trataron de buscar alianzas con muchos galleguistas que había formado parte de las Irmandades da Fala –una organización cultural y política que reivindicó un regionalismo gallego a principios de siglo XX y que buscaba la aprobación de un Estatuto de Autonomía–[56]. En el Pacto de Lestrove, celebrado el 26 de marzo de 1930 en el pazo de Hermida, Casares fue elegido líder de la citada amalgama de sentimientos antimonárquicos de Galicia. Se impulsó la creación del PRG-ORGA, principal partido republicano de izquierda moderada de Galicia, y se decidió que Santiago Casares representase a Galicia en el Pacto de San Sebastián, en el que se pusieron las bases del sistema republicano[57]. Entre los años 1930 y 1933, llegó a alcanzar grandes cotas de poder[58].

La velocidad de la política durante el periodo de entreguerras, la victoria de la derecha en 1933 y que el Gobierno –en el que figuraba Casares Quiroga– no llevase adelante la redacción del Estatuto de Autonomía provocó que PRG-ORGA se disgregase en pequeños partidos y que muchos miembros recalasen en el Partido Galeguista (PG). Como Santiago Casares era, junto con José Giral, la mano derecha de Manuel

Azaña, la PRG-ORGA, el Partido Republicano Radical Socialista Independiente (PRRSI) de Marcelino Domingo y Alianza Republicana fueron la base de IR. La necesidad de alianzas y el hecho de que competían por el mismo espacio electoral favorecieron la unión en un mismo partido. A pesar de fundar una sección gallega dentro de IR, los autonomistas abandonaron este proyecto político por opciones puramente galleguistas[59]. Es cuando se sabe que María inició su periplo político, afiliándose a la recién creada IR, que tuvo en Pontevedra su principal núcleo de fuerza.

Para las elecciones a Cortes de febrero de 1936, se configuró una candidatura unitaria, el FP, en el que la figura predominante era la de Manuel Azaña, que había alcanzado altas cotas de popularidad. La victoria del FP hizo que se renovase el poder local, ocupado por gestoras durante el Gobierno radical-cedista, y se repusiera a los concejales electos en 1931. Para ocupar los puestos que habían quedado vacantes por fallecimiento, cambio de ciudad, incompatibilidad o personas que no quisieron renovar su cargo en el Ayuntamiento, se celebraron elecciones parciales el mismo mes.

Por la Ley de 10 de julio de 1935, al alcalde, los tenientes de alcalde y los concejales los escogían los habitantes residentes en el ayuntamiento por elección directa. Los concejales que terminaban formando la corporación municipal votaban al alcalde y los tenientes de alcalde. Si en la primera votación ningún candidato tuviese mayoría absoluta, se realizaba otra y eran nombrados los que alcanzaban mayoría relativa. El siguiente paso en la constitución de los ayuntamientos era elegir cuántas sesiones ordinarias y extraordinarias, así como las fechas aproximadas, se iban a celebrar, y debían ser públicas y abiertas, salvo que se tratasen de aspectos referidos al orden público[60].

María se presentó a las elecciones parciales para los municipios como afiliada al IR para el Ayuntamiento de A Cañiza. Representaba un nuevo estilo de mujer que, igual que Urania, había decidido salir del ámbito doméstico y participar en política. Son ejemplos de ese cambio progresivo que se fue constituyendo dentro de la sociedad civil española. En su caso, no resulta extraño que se afiliase a IR, debido a que pertenecía a la clase media burguesa, con cierto nivel cultural, ya que su marido era maestro nacional. Además, la popularidad que alcanzó Manuel Azaña en esas

elecciones eclipsó a cualquier otro político de la izquierda republicana moderada, incluido en Galicia Santiago Casares Quiroga.

En A Cañiza se organizó en febrero un «comité electoral» en favor del FP, formado por Jesús Eugenio Pérez, secretario del PSOE; Antonio Somoza, secretario de IR; Antonio Miguez como tesorero y del PG. El 14 de marzo de 1936 se celebró el pleno del Ayuntamiento de A Cañiza en el que se llevó a cabo la elección secreta en la que salió elegida María por unanimidad. Resulta extraño porque por primera vez en Galicia se optó por una mujer para desempeñar un cargo de esa responsabilidad, y fue de las pocas que pudieron alcanzarlo en todo el Estado antes de la llegada de la actual democracia. Puede haber varias interpretaciones, desde que la consideraban la más capaz y apropiada para el cargo hasta que fuese votada como marioneta que pudiera ser manejada al antojo de los sectores más radicales por ser mujer –en un contexto patriarcal y paternalista–.

Como recalca la historiadora María José Bernete, tuvo un mandato corto y complejo. Representaba a una izquierda moderada y reformista. Incluso publicó en prensa un artículo en favor del papel de la mujer en el cuidado doméstico y familiar, bajo el título «Mujer, sinónimo de madre», en abril de 1935, el que también defiende la labor asistencial de la Iglesia, lo que puede indicar que fuese creyente y moderada[61]. Incluso el teniente jefe del cuerpo de seguridad, en una carta del 15 de agosto de 1936 enviada a la, en aquel momento, exalcaldesa, una vez archivado su juicio, recogió que hubo «personas contrarias a sus ideales que me manifestaron el control que ejercía Vd. sobre las masas y que desde luego evitó con sus consejos que no se cometieran mayores desmanes»[62].

Su preocupación era administrar la ciudad de la manera más seria, justa e integradora posible. Su integridad y moderación le granjearon algunos enemigos dentro del Gobierno municipal. Ella se consideró «más administrativa que política», a pesar de su pensamiento republicano reformista, y alegó en una de sus declaraciones que, para demostrar su «buen hacer en el Gobierno municipal», ponía «al pueblo de testigo». En este sentido, el cabo de la Guardia Civil de A Cañiza, Antonio Losada Fernández, declaró

> que nunca vio ningún extremismo en la alcaldesa. Que la consideraba una persona moderada dentro de su ideología. Recuerdo que en el pueblo se celebra en junio una fiesta religiosa

> llamada del Cristo, y que la alcaldesa la autorizó, pero que había gente que se oponía, y que lo llamó para que si fuese necesario, pusiese orden.

Precisamente José María Quiroga López, el párroco, también testificó en favor de María. Afirmó que gracias a ella se pudo celebrar la procesión del Cristo de la Agonía el 7 de junio de 1936 sin ningún tipo de conflicto y a pesar de las numerosas quejas de algunos de sus compañeros de Gobierno. Por su parte, el gobernador civil de Pontevedra le puso como condición que ella respondiese del orden público, algo que aceptó. Además, añade el párroco de A Cañiza que «siempre encontró en ella disposición y buen deseo» con temas relacionados con el culto. Asimismo, opinó, sin ambages, que

> era la persona más sensata de las que componía la corporación municipal, sirviendo constantemente de freno para el extremismo a que la invitaban muchos de sus compañeros de concejo, hasta el punto [de] que cuando se rumoreó que iba a presentar la dimisión por incompatibilidad con los concejales, nadie estaba conforme con tal dimisión le fuese aceptada.

Fue debido a que los sectores moderados y algunos de «significación derechista», según el párroco, «tenían la evidencia de que cualquier otro de los concejales que hubiese relevado en su cargo lo haría bastante peor que ella en cuanto abusos y extremismos».

Este tipo de decisiones le supusieron una importante popularidad dentro de A Cañiza entre los sectores de izquierda moderada, católicos e incluso de derecha, y una profunda animadversión en los socialistas y otros pertenecientes al movimiento obrero. Seguramente, la aprobación de la celebración religiosa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de la izquierda revolucionaria, encabezada por el socialista Tirso Gómez. Estos sectores aprovecharon su ausencia en A Cañiza el 5 de julio, momento en el que viajó a Pontevedra a reunirse con el gobernador civil, para aprobar un veto a sus decisiones. Se ratificó en un pleno extraordinario que no estuvo presidido por ella, algo que era ilegal, según la Ley Municipal de 1935. Un grupo concreto de concejales certificó lo siguiente:

> La Sra. presidenta hace constar que el voto de gracias que en la sesión anterior dieron los Sres. concejales asistentes al sr. presidente por lo bien que llevó y dirigió la sesión encierra una censura para ella[63].

Su dimisión presentada al gobernador civil no fue un rumor que le llegase al párroco de A Cañiza, sino que fue cierta. A pesar de tomar esa drástica decisión por los problemas que tenía con sus socios de Gobierno y con los que compusieron el «comité electoral» en favor del FP, ella misma reconoció, en la causa judicial abierta contra ella y varios vecinos de A Cañiza por los sublevados, que los vecinos no querían que abandonase la alcaldía. Su frustración queda patente en la carta que le envió el 7 de julio al diputado por Pontevedra de IR (antes perteneciente a la ORGA), Bibiano Fernández Osorio y Tafall[64], y que presentó como prueba de su moderación ante el juez militar:

[Tiene membrete de la alcaldía, pero con la etiqueta de «Particular»]
7 de julio de 1936.
Sr. Dn. Bibiano F. Osorio y Tafall
Madrid.

Mi distinguido amigo:

Le extrañará –porque a veces las cosas que molestan también se echan de menos…– que pasara algún tiempo sin escribirle, esperaba noticias de la plaza de abastos y como tardan –sin que acuse olvido por su parte, muy al contrario, solo impaciencia por la mía, o una impaciencia razonada por los rumores insistentes, que circulan por esta, de que no será aprobada por haber salido Vd. del Ministerio de Trabajo–. Estas cosas para los que, como yo, nos falta la costumbre de escuchar pacientemente el juicio de los contrarios (si contrarios puede llamarse a los que colaboran en el Ayuntamiento, con el título de Socialistas). Pudiera muy bien suceder que, debido a la actuación de este sector, en la labor mía y que Vd. perfectamente conoce, por mi afán de mejoras para este municipio, tan necesitado de ellas y acerca de las cuales tantísimas molestias le llevo ocasionado a Vd., es muy fácil que por los motivos expuestos, y por otros de índole personal –ya que quieren someter mi trabajo y todo lo demás, al llamado «Comité electoral» [electoral está tachado] que actuó en las pasadas elecciones y que está integrado en su totalidad por socialistas, inclusive quieren disponer a su antojo del orden del día [orden del día subrayado] en las sesiones, nada quieren hacer alcalde, un muñeco que se mueva al antojo de dos socialistas, ahítos a venganza personalísima y de la cual yo no puedo de manera alguna secundar. A mi juicio, el alcalde debe actuar libremente procurando siempre una excelente labor administrativa, sin rencores ni odios que a nada conducen. Laborar por engrandecer los pueblos y mejorarlos, nunca entorpeciendo. Este es mi humilde criterio, sobre el particular, y Vd. que sabe perfectamente lo que son estas cosas, dese cuenta de mi situación. Yo no veo más solución que dimitir y así lo haré, pues nunca me avendré a ser un muñeco que se mueve por que los socialistas tienen el resorte ¡eso nunca! Le digo todo esto para que cuando se entere, conozca los motivos que me han impulsado a dar este paso. Si estuviera el correligionario Echevarría en Pontevedra, le hubiera ampliado detalles que podría solucionar el asunto, porque es una vergüenza que habiendo una Agrupación Municipal de Izquierda Republicana nos veamos sometidos a la voluntad de los socialistas, pero, en fin, no tiene remedio… Veremos qué determina el Sr. Gobernador,

cuando le exponga los motivos que me obligan a dimitir. Solo siento que no esté Vd. cerca, porque hay datos curiosísimos de puro vergonzoso.

No molesto más su atención, y no eche en el olvido la plaza de abastos. Cariñosos saludos de su amiga

María Gómez González[65].

La carta de renuncia a la alcaldía se la dio al gobernador civil, antiguo miembro del PRRS y, en febrero, afiliado a IR, Gonzalo Acosta Pan, asesinado por los golpistas el 12 de septiembre de 1936. Sin embargo, este rechazó la dimisión, seguramente porque, como muchos miembros del republicanismo moderado de izquierda, recelaban del socialismo y el comunismo. Se observa en los múltiples interrogatorios judiciales de María, en los que dice ser objeto de una persecución por parte de los socialistas de A Cañiza, que incluso la llegaron a llamar *facciosa.* Además, Santiago Casares Quiroga (de IR), presidente del Consejo de Ministros, estaba tan preocupado por una «revolución bolchevique» como por un golpe de Estado fascista.

Estaría cercana a los postulados ideológicos de Manuel Azaña, de Santiago Casares Quiroga, de sus correligionarios y amigos Bibiano Fernández Osorio y Tafall o del militante de la ORGA y posteriormente IR, gobernador en diferentes plazas a lo largo de la Segunda República y diputado por Pontevedra, José Echevarría Novoa, y que cita en la carta. José Echevarría fue vicepresidente del Casino Republicano de Pontevedra, del que fue presidente Osorio y Tafall, por lo que se interpreta que María y su pareja formaban parte de esa clase media burguesa reformista que comenzaba a florecer en España y que trajo consigo muchos aspectos del liberalismo.

En un momento político en el que la batalla cultural por el relato se llevó al extremo, representaban una postura a medio camino entre la izquierda y el conservadurismo moderado. El problema fue que ese republicanismo conservador terminó aliándose con partidos *fascistizados* y esgrimiendo un discurso populista. Como consecuencia de la deriva fascista en la que comenzaban a entrar, el republicanismo de izquierda moderada terminó afianzando su unión con el movimiento obrero.

PRESAS DE UNA SOCIEDAD CIVIL ROTA

El golpe de Estado vino acompañado de una brutal represión sociopolítica que estaba amparada en las instrucciones reservadas del general Mola. La consecuencia directa del golpe, la persecución y las matanzas de 1936 supusieron la ruptura con ese proceso de construcción de una sociedad civil que equiparaba a España con el resto del mundo occidental[66]. Tras la contienda llegaron la dictadura y la imposición violenta de la Victoria, lo que impidió que se pudiese retornar, como en el resto de Europa, a aquel proceso de modernización. Donde más se notó fue en los escasos, pero grandes avances que la mujer había conquistado durante aquellos años.

Para la persecución de ambas se utilizó el sistema judicial militar, que se aplicaba cuando se decretaban los estados de guerra, como ocurrió en 1936 en los territorios controlados por los golpistas. Fue una práctica habitual en la contemporaneidad española e implicaba que el Ejército se encargaba de la justicia y el orden público[67]. De esta forma se reprimieron las principales revueltas del siglo XX, como la de Asturias de 1934. Además, las nuevas fuerzas vivas buscaron la complicidad voluntaria o forzada de la sociedad para acusar, sin motivos, a las dos mujeres señaladas.

Al tratarse de personajes con una fuerte influencia sociopolítica, decidieron abrirles un juicio militar y obligar a intervenir a los vecinos de los lugares de residencia de cada una. De manera paralela, las milicias cívicas que se organizaron tras la sublevación comenzaron a cometer asesinatos dirigidos contra individuos de las organizaciones políticas que formaron el FP.

Que a Urania y a María las acusaran mediante un juicio sirvió como elemento ejemplarizante para los miembros que componían las organizaciones a las que ellas pertenecían. Reprimir a los elementos civiles que encabezaban las nuevas formas de socialización de izquierda que los golpistas pretendían eliminar sirvió para desmovilizarlos y hacer efectivo el control de los territorios en los que se hicieron con el poder. Hay que señalar que este solo se alcanza con la implicación activa o pasiva de la sociedad, no adquiriendo por la fuerza los puestos de responsabilidad militar y civil. Por eso era vital eliminar a los que consideraban enemigos no solo mediante la propaganda, sino también mediante la advertencia a través del terror. Querían hacer efectiva la máxima declarada por Mola en

su bando de guerra de que, quien no se uniera, sería tratado «como enemigo».

Para alcanzar dicho objetivo, no solo se partió de la represión, sino también de la ruptura de los lazos de solidaridad social existentes antes del 18 de julio de 1936. Por este motivo, participaron en los juicios militares todos los vecinos posibles, para que, a través del miedo, de la creencia de que podían salvarse o evitar represalias mayores, se acusasen entre ellos. Como sucedió en otros casos ya mostrados en este libro, los vecinos participaron como denunciantes, delatores y chivatos voluntarios e involuntarios en juicios militares que tenían más de teatro que de interés por conocer qué hicieron los acusados. En todo caso, servía, como se verá con María, para incluir más acusados entre los penados por las nuevas autoridades militares. Para dominar a la sociedad que residía en los territorios que controlaban tras el golpe de Estado, generaron una sensación de vigilancia para que nadie se sintiese seguro y se favoreció la entrega de información de aquellas personas que destacaban en el ámbito sociopolítico y cultural.

ENTRE DELACIONES Y RUMORES. LA PERSECUCIÓN CONTRA URANIA MELLA

Con el estallido del golpe de Estado, Urania y su marido Humberto fueron detenidos en la localidad de Redondela, provincia de Pontevedra, por los agentes de investigación y vigilancia Sotero García García y Secundino Matilla Domínguez. El juicio militar que les abrieron a ambos es un ejemplo perfecto de aquel contexto. La intención era acusarlos y asesinarlos por la vía penal para que sirviese de advertencia a la comunidad a la que pertenecían, al ser dos personas activas en el ámbito sociopolítico de Lavadores. Las nuevas fuerzas vivas demostraron qué clase de mujeres y hombres eran los deseados en la nueva realidad política. Por eso, en la acusación a Humberto Solleiro los verdugos se basaron en que fue condicionado por Urania, porque tomaba parte de manera activa en la vida política de Vigo. A pesar de que el marido participaba en sindicatos de izquierda, la acusación se escuda en que no

fue por decisión propia.

Asimismo, el juicio es una muestra de ese papel que desempeñó la gente corriente en el entramado represivo, ya que los rumores, las acusaciones falsas y los delatores fueron tenidos más en cuenta que las declaraciones de otros testigos que los exculparon. En septiembre de 1936 les abrieron el juicio militar, instruido por el capitán de Infantería retirado Manuel Lage Becerra y, como secretario, el cabo de Infantería Alvito Lage Permuy. La pareja fue acusada de «rebelión militar». Es la denominada «justicia al revés», expresión atribuida a Serrano Suñer. Las personas que trataron de evitar que triunfase la sublevación contra la legalidad republicana se enfrentaron a juicios en los que les achacaban que se habían opuesto a la supuesta legalidad no existente. En este caso concreto, el objetivo era perseguir a una pareja con influencia sociopolítica y con buena posición económica como la Solleiro Mella para mostrar a la sociedad de Vigo lo que eran capaces de hacer.

A Urania la acusaron de ser la tesorera de las «juventudes antifascistas de Lavadores y Vigo» y de que recibía «600 pesetas mensuales de Rusia por medio del Socorro Rojo Internacional», información obtenida por «rumores» de colaboradores de las fuerzas del orden público. Del mismo modo, afirmaba la acusación que participaba en todas las concentraciones de protesta obrera, «siempre al frente de las mismas y manifestándose en tonos subversivos y con gran exaltación». A su vez, se hace constar que confeccionó la bandera de su organización. Llama la atención este último aspecto, pues es un elemento que, como se vio en el capítulo VI, seguramente fuese una relación mimética de las dos ideas liberales de la mujer que participaba en política: la tejedora, en referencia a Mariana Pineda, y la imagen de la Segunda República sosteniendo el pendón con la bandera republicana.

Desde que comenzó la sublevación en Galicia el 20 de julio de 1936 y el Ejército logró el control la ciudad, ambos huyeron de la misma y fueron perseguidos. En la declaración ante el juez del agente Sotero García, este afirma que toda la información que manejaban de ambos provenía de un rumor que llegó a sus oídos[68]. En un informe policial realizado en la temprana fecha del 19 de agosto de 1936, se detienen en el pasado de Urania más que en el de Humberto, lo que indica que ambos ya estaban «fichados» por las que luego serán las fuerzas policiales al servicio de los

golpistas. Solo destacan que tenía ideas marxistas y que Urania participaba como una de las «más exaltadas y fervientes propagandistas de esta causa [se refería a la AMA y a la defensa del FP]».

El 29 de agosto de 1936, se «presentaba a declarar voluntariamente» Carmen Badía. Afirmó que el taller de relojería de Evangelino Taboada –en la calle Galán, n.º 15– era frecuentado por «un señor empleado de las Oficinas de la Empresa de Tranvías y casado con una de las hermanas Mella y por un conductor del tranvía que ya había sido ajusticiado recientemente en unión de varios paisanos». Además, cuando por la prensa se enteró de que un barco ruso había llegado a «los puertos de Sevilla *[sic]* y Barcelona», vio subir al taller a siete individuos que «por la vestimenta eran extranjeros», en su opinión, «franceses o rusos». Según las averiguaciones de las fuerzas del orden público, el dueño del taller marchó a Portugal, dejando también otra relojería en la calle Príncipe, n.º 14.

A continuación, y ligada a la causa 273/36 contra Francisco Pinacho y otros, participó Ángel Lores en calidad de testigo. El 3 de septiembre de 1936 formó parte de una rueda de reconocimiento de mujeres para ver si era capaz de reconocer a la mujer que vio en «las barricadas de Calvario» en Lavadores[69]. Señaló a la que ocupaba el «6.º lugar empezando por la derecha», que era Urania. Tuvo que reconocerla en tres ocasiones distintas y en las tres la identificó. Según la declaración que prestó el 15, Urania, quien era conocida en todo Vigo por su militancia política y su ascendencia familiar, estaba en las citadas barricadas. Sin embargo, a la pregunta de si estaba disparando a las fuerzas del Ejército, se limitó a decir que él estaba muy lejos para reconocerla, por lo que resulta sospechosa su declaración. En cuanto a su marido, dice que no conocía a Humberto Solleiro, el cual tenía otra causa abierta por rebelión militar.

El 24 de septiembre de 1936 declaró Antonio Alonso, quien tenía cuentas pendientes con el marido de Urania, al haber sido despedido de la Compañía de Tranvías en la que ambos trabajaban. Lo acusó de ser afiliado del PCE, muy extremista, y de que recibía en su negociado a individuos que no pertenecían a la compañía. Sospechaba que estaban planeando actividades consideradas delictivas. El conflicto que tuvo con Humberto, según el declarante, fue porque no pertenecía a ningún partido político, por lo que intentó «zaherirlo y molestarlo» y, por medio

de la Casa del Pueblo, lo despidieron tres meses de empleo y sueldo. Además, sostenía que recibió una carta sin firma en la que se «le aconseja que se ausente inmediatamente de Vigo, pues, de lo contrario, peligra su vida». La misiva está inserta en la causa judicial, como prueba contra el marido de Urania, al que también culpó de transportar armas a partir de la noticia de que se había producido un golpe de Estado[70]. Cuando declaró Humberto Solleiro en octubre de 1936, negó ser el autor de la carta que le enviaron a Antonio Alonso.

La participación en el juicio de Carmen Badía, de Ángel Lores, de Antonio Alonso o el «rumor» que llegó a oídos de los agentes de investigación son muestras de lo que logran todas las guerras civiles: una sociedad vigilante y en la que la cualquier persona puede convertirse en un delator y participar en la maquinaria represiva. La denunciante simplemente vio a la pareja entrar en un edificio y dedujo, sin saberlo a ciencia cierta, solo guiándose por la vestimenta, que se reunieron con extranjeros «franceses o rusos». Cabe recordar que en Rusia triunfaba la Revolución bolchevique y en Francia gobernaba un FP como en España, por lo que la acusación tiene trazas de ser poco fiable. Además, introducir la historia de la bandera es poco creíble, a la luz de la explicación del capítulo VI sobre Amada García.

La declaración de Ángel Lores es vaga. Urania estaba tan alejada, según su propio testimonio, que no se sabía si podía ser ella o no la que estuviese en la barricada. Lo que es evidente es que Urania era una mujer conocida. La participación de Antonio Alonso se entiende desde la perspectiva de que quería vengarse contra lo que él consideraba que había sido un abuso del sindicato al que estaba afiliado Humberto Solleiro. Se desconoce la realidad de lo que ocurrió, no se puede vislumbrar más información allá de lo que aporta la documentación judicial, por lo que hay que estar abierto a todas las interpretaciones.

Del mismo modo, surge la cara contraria, personas que evitan meter en problemas a los acusados. En este sentido, Carmen Rial, sirvienta del matrimonio Solleiro Mella, negó que participasen en las citadas barricadas o que anduviesen con armas, como afirmaron los anteriores. De hecho, asegura que el 20 estaba en la vivienda y que al día siguiente no salió de ella. Sí que es cierto que reconoce que había tertulias de la AMA en casa de Urania, a instancias de ella, pero que se reunían en una habitación.

Además, iban a manifestaciones de partidos o sindicatos de izquierda, pero cabe recordar que no era un delito en la Segunda República, por lo que no daba importancia a ese hecho. En los primeros instantes tras el golpe de Estado, a pesar del debate político, no era comprensible que participar en política fuese motivo para estar encarcelado.

Posteriormente, las someten a un careo, porque, al parecer, Carmen Rial afirmó que le entregó documentación y libros para que se los enterrase, pero finalmente no pudo hacer lo que le pedía, algo que Urania negó. Según una de las hijas, lo que le confió fue el listado de afiliadas de la AMA, que nunca se llegó a saber dónde se ocultó[71]. Además, parte de la declaración de Carmen Rial concuerda con la memoria que guarda Raúl Solleiro, su segundo hijo, de aquellos momentos. Según él, estaban todos los hijos asomados a la ventana viendo cómo había disparos cerca de donde vivían, y en ese instante apareció la madre al grito de «fuera de ahí, no miréis eso»[72]. Cuando cesaron los tiros los llevaron a casa de su abuela materna Esperanza Oteiza. Mientras tanto, ellos trataron de huir a Redondela a casa de una amiga de Urania. Fue allí donde fueron detenidos. En la declaración de la propia Urania ante el juez del 25 de septiembre de 1936, esta negó su participación en las barricadas.

Fueron condenados a pena de muerte el 16 de octubre de 1936, con el agravante de «perversidad» por los malos antecedentes de ambos «y la irrespetuosidad con las conciencias infantiles». Esto último hace referencia a que descuidó la vigilancia de sus hijos, algo que ellos desmintieron tajantemente. Un informe que se incorpora tras el auto asevera que Urania era una mujer de baja moral que, vestida con camisa azul y la hoz y el martillo bordados, disparó ametralladoras y que bajó de su casa cuando estalló el golpe de Estado mientras cantaba La Internacional. Le atribuyeron haber sido la que organizó la resistencia e incidieron en que tejió la bandera de la agrupación. Aseguraron que al marido lo influyó su mujer y que era de ideas marxista a causa de ella.

Humberto Solleiro, para evitar la pena, reconoció que pertenecía a la junta directiva del Ateneo Cultural Obrero Deportivo de Lavadores, de corte comunista, por obligación, y que no había participado en las huelgas de 1933. Asimismo, señaló que había reprimido las huelgas de 1917 cuando estaba haciendo el servicio militar, que llegó a ascender a sargento y que se presentó voluntario para África, donde fue condecorado con la

Cruz del Mérito Militar Roja y la Medalla de Marruecos con pasador Melilla. Además, afirmó que se casó por la Iglesia y que había bautizado a sus hijos y los había educado en la religión católica. Asimismo, suplicó que comparecieran ocho personas más. Por su parte, Urania admitió que pertenecía a la agrupación, pero que solo buscaba dar clase a los niños, cosa que, según ella, no pudo hacerse. Luego sostuvo que no tuvo vinculación con el SR. Además, pidió que comparecieran tres mujeres más, entre ellas, Carmen Rial, su asistenta.

No participó nadie más en el juicio, y llegó el momento de que fuese visto para sentencia. El defensor afirmó que las acusaciones eran falsas, e incluso que uno de los testigos, Ángel Lores, tenía antecedentes penales. Dudó del testimonio de Carmen Badía, porque la relojería era un lugar abierto al público, por lo que no se podrían hacer reuniones secretas. En cuanto a lo del SR y otras organizaciones de izquierda, no era más que rumorología, y en ningún momento quedó demostrado en el juicio. Urania tomó la palabra y dijo que era falso que tuviese abandonados a sus hijos por la política, algo que corroboraron ellos años más tarde. Finalmente, aseguró que los testigos que actuaron en contra de ella y su marido «habían obrado impulsados por resentimientos».

El juez llevó a cabo una extraña estimación, según la cual, como los acusados pertenecían a dos organizaciones que integraban el FP, y en la defensa de Lavadores había integrantes del FP, ellos estaban en las barricadas. Por lo demás, se apoyó en su vinculación política previa, lo que da la apariencia de que es una persecución a dos individuos notables de la ciudad. En especial, se centraron en Urania, con la que se ensañan el auto de procesamiento y la sentencia por ser hija de un intelectual anarquista y ser una mujer con unos valores distintos a la moral que comenzaron a establecer los nuevos poderes.

Finalmente, fueron condenados a pena de muerte, ya que el juez dio por válidos los rumores de su participación en la defensa de Lavadores. Fue uno de los juicios más rápidos tras el golpe, lo que indica la importancia social y política que tenía la pareja, en concreto, ella. Aunque la familia de Humberto envió una carta de clemencia, que hicieron escribir a una de sus hijas, la sentencia se hizo efectiva. Humberto Solleiro Rivera fue ejecutado a las 16:00 del 30 de octubre de 1936 en el Castillo do Castro. «El cadáver fue transportado a un furgón y encerrado en

sencillo féretro negro. Fueron entregados en el cementerio de Pereiró al encargado del depósito Zoilo Rial Iglesias […]. Su sepultura la tiene enclavada en la zona n.º 15, sepultura n.º 280»[73]. Según la familia Solleiro, en palabras de sus hijas, días más tarde llegó la aprobación de que le conmutaban la pena de muerte a cadena perpetua, pero ya era demasiado tarde[74].

Urania sí tuvo esa suerte y no fue asesinada. En octubre de 1936 le notificaron que le conmutaban la pena a reclusión perpetua, aunque en la práctica tenía que cumplir treinta años, un mes y veintiún días en prisión[75]. Esto supuso la ruptura con la familia de su marido. Las hermanas de Humberto se encargaron de criar a sus hijos y les trasladaron la versión de los verdugos, es decir, que era mala madre, que no los cuidaba y que por su culpa asesinaron a su padre, porque lo «metió» en política[76].

Llama la atención que, a pesar de que el párroco de Lavadores y otras personalidades testificaron a favor de Humberto Solleiro y de que hubiera la carta de clemencia, lo ajusticiaran. El indulto llegó después de su muerte, según sus hijas, al día siguiente. Sin embargo, la que quedó con vida fue Urania, la protagonista real de la persecución de los golpistas en la causa abierta a la pareja.

DELATORES INVOLUNTARIOS. LA SOLEDAD DE MARÍA GÓMEZ

Los conflictos internos entre los miembros que componían el FP de la pequeña localidad de A Cañiza, los mismos que llevaron a María a convertirse en alcaldesa, impulsaron que fuese sentenciada a cadena perpetua. Las fuerzas militares que se hicieron con el control de la zona de Pontevedra abrieron un juicio para averiguar lo que había sucedido en el Ayuntamiento desde que se supo la noticia de la sublevación.

Según el auto de 21 de agosto de 1936 del cabo de la Guardia Civil Antonio Losada Fernández, hubo varias personas que se rebelaron[77]. Señalaron a los principales líderes políticos de la localidad, especialmente, a los que estaban vinculados al socialismo. En las primeras declaraciones

acusaron al líder del PSOE, Tirso Gómez Freijido, de ser el organizador de una partida de hombres que se coordinaron para luchar contra el golpe de Estado y que se dirigían, precisamente, a Lavadores. Asimismo, el otro marcado fue José Caramés Paz, que en aquel entonces se creía huido y al que se puso en busca y captura. Su mujer, Carmen Cadavid Martínez, testificó para alegar que su marido se dedicaba al tráfico de pescado con ciudades del interior de la península y que desconocía dónde estaba en aquel momento –en agosto de 1936– porque estaba trabajando.

En su declaración, Tirso niega que él se reuniera con José Caramés, y asegura que es una mentira del guardia civil, que lo apresó para que lo acusaran. En el momento de la detención, no se debió de proceder de acuerdo con los derechos fundamentales, al alegar el acusado que no leyó la declaración y que, en cambio, se la obligaron a firmar. Sin poder saber cómo se desarrolló, se puede intuir que en un contexto golpista en el que se pretendía detener cualquier oposición al mismo se hizo todo lo posible por frenar y reprimir públicamente a los individuos de mayor presencia sociopolítica. Negó que hubiera sido partícipe en la requisa de armas que se realizó en la localidad, y acusó de ello a la alcaldesa.

El líder socialista de A Cañiza, en su declaración, no trató de esconderse detrás de la figura de José Caramés, pero, como señaló como responsable a María, el juez le imputó a esta un cargo de rebelión militar. Los motivos por los que el dirigente socialista actuó así pueden ser diversos: presión por parte de las fuerzas vivas que llevaban el juicio, venganza por los continuos roces que tuvo con la alcaldesa de IR –a la que llegó a acusar de *facciosa*–, o que pensara que, al ser mujer, no le iba a ocurrir nada. Algo que puede confirmar las dos últimas interpretaciones es que declaró que, «al parecer, recibió un telegrama del gobernador para que fuese una comisión de hombres armados a Pontevedra».

De esta forma, acusaba al gobernador civil, Gonzalo Acosta Pan, afiliado a IR y perteneciente a la burguesía pontevedresa. Se puede deducir que quiso salvarse diluyendo la responsabilidad en un amplio número de personas, considerando que no podrían acusar a todos, y menos a individuos de esa posición sociopolítica. Continuó su testimonio diciendo que «fue invitado por la alcaldesa para ir en dicha comisión», a lo que, supuestamente, se negó. Continuó explicando que «a las cuatro de la tarde fue al Ayuntamiento en el que estaba la alcaldesa y los concejales

reunidos a los cuales daba órdenes de requisar armas. Había gente de todas las ideologías en el Ayuntamiento». Termina desdiciéndose, porque reconoce que sí que se dirigió a la localidad de Ponteareas a las 18:00 para ver si allí tenían más noticias de lo que estaba ocurriendo en España. Al volver, aseguró que «presenció cómo la alcaldesa entregaba armas a los paisanos»[78].

A través de todas las aseveraciones, parece que se puede afirmar que un grupo de individuos al mando de Antonio Tomé fueron en autobús para dirigirse a Ponteareas y, de allí, hasta Porriño, para dirigirse a Lavadores y luchar con armas contra el Ejército sublevado. Todos los acusados que contaron que habían ido en autobús y luego en coche hasta Vigo o Pontevedra testificaban que abandonaron la idea porque no estaban de acuerdo. La mayoría señalan a Tirso Gómez, José Caramés y Antonio Tomé, miembros del PSOE, como los organizadores de la oposición al golpe de Estado. Sin embargo, estos tres, así como muchos otros, se encargaron de acusar a la alcaldesa de dar la orden de la requisa de armas y de enviarlos a Vigo y Pontevedra.

A la causa abierta contra estos individuos, la 432/36, se le unió la 560/36, que sirvió para acusar a más vecinos de la localidad de A Cañiza. Asimismo, se unió el procedimiento de juicio 637/36, en el que hay una declaración de María. Ella se escudó en que el citado Comité Electoral del FP –constituido por Jesús Eugenio Pérez, secretario del PSOE; Antonio Somoza, secretario de IR; y Antonio Míguez, tesorero y del PG– tomó el Ayuntamiento junto con el presidente del PSOE, el acusado Tirso Gómez, y fueron quienes se encargaron de la recogida de armas. Afirma que obedeció, así como el secretario y los oficiales del Ayuntamiento, por miedo a que los matasen.

En la siguiente declaración de María, continuaba reafirmándose en que ella no ordenó nada, aunque matizó lo dicho en la anterior. Luego reconoció que el gobernador le ordenó que enviase gente armada para evitar el triunfo de la sublevación, pero que ella indicó que no había armas en el Ayuntamiento. El gobernador civil le envió el siguiente telegrama el 20:

> Gobernador Civil. Alcalde. Dominados casi totalmente focos facciosos, que algunas localidades sur alzáronse contra República y Gobierno legítimo comunícole a usted, para

> satisfacciones elementos afectos régimen [punto] Conviene sin embargo que esa alcaldía y organizaciones Frente popular sigan atentos [punto] Adviértole que en estos momentos tiene usted toda autorización adoptar medidas necesarias para defensa del régimen, teniéndome al corriente de cuanto ocurra manteniendo orden [punto] Salúdale.

Ante esta orden, llamó al cabo de carabineros y le ordenó que requisase él las armas que tuviesen los vecinos, según declaración del propio cabo, y fue advertido de que no se impusiese la violencia. Ambos añadieron en sus respectivas declaraciones que muchos vecinos las llevaron voluntariamente. El carabinero agregó que «a todos los propietarios se les dio un recibo de que estas armas estaban en depósito».

Sin embargo, la alcaldesa reiteró que, desde que se personaron los miembros del Comité del FP a 3:00 del 20, subrayando que no pertenecía al mismo, estos tomaron el control y ella estuvo amenazada desde ese instante, por lo que tuvo que aceptar sus decisiones. De hecho, según ella, la huelga general, proclamada por el Gobierno del FP como respuesta a la sublevación, se declaró el 20 por orden del gobernador civil, pero el bando lo firmó el comité y no la alcaldesa –que era a quien correspondía dicho trámite–.

La huelga en A Cañiza comenzó a las 15:00 y duró hasta las 9:00 del 21 por orden de la alcaldesa. Al terminar su declaración, aseveró con rotundidad que los socialistas y el resto de los miembros del Comité del FP habían declarado en contra de ella porque estuvieron enfrentados por su gestión como alcaldesa. De hecho, es cuando reconoció que quiso dimitir, pero que la renuncia no fue aceptada.

El 2 de setiembre de 1936, en el auto del procesamiento, se ordena el encarcelamiento de María. Es acusada, como el resto de los que estaban en el Ayuntamiento o se dirigieron armados a Vigo y Pontevedra, de rebelión militar, como consecuencia de las declaraciones de otros acusados: «Resulta inculpada la alcaldesa del Ayuntamiento de La Cañiza, María Gómez González, como autora de las órdenes dadas para el acto sedicioso»[79]. Todo esto, a pesar de que hubo vecinos que testificaron a su favor, diciendo que trató de mantener el orden en la localidad. En la misma línea, el presidente de la comisión gestora que regía la nueva corporación municipal, el 14 de septiembre de 1936 emitió un informe en el que afirmaba que María «sirvió con una conducta intachable»[80].

En ese momento ya estaba en el punto de mira, así que los represores

trataron de averiguar qué más había sucedido en A Cañiza, sobre todo, en el Ayuntamiento, donde, supuestamente, se entregaron las armas. Por eso, por la causa 637/36 –que se une a la ya abierta– la acusaron de requisa de armas y reunión ilegal, junto a su marido y otros individuos que estaban en la casa consistorial en aquellos momentos de incertidumbre. En este caso, todos quisieron eludir sus responsabilidades, afirmando que estaban allí para conocer las noticias de la sublevación a través de las radios que, según algunos, requisó la alcaldesa o cedieron particulares. Incluso, aseguraron que había políticos y personajes de derecha en la supuesta «reunión ilegal». La alcaldesa se declara «víctima de las circunstancias». También el responsable de Orden Público, Zacarías Alonso, proclamó que «siempre vio una conducta intachable» en María Gómez, y que, aunque ordenó la requisa de armas, no sabe si fue a «iniciativa de ella» o del «Comité».

El momento más duro fue el de las alegaciones finales, en el que el abogado del Comité del FP la tachó de «desmemoriada», porque no existió ningún comité ni ninguna agrupación socialista. Remarcaba que fue ella la que mandaba y los llamó para que se personasen en la alcaldía.

Por su parte, el abogado defensor alegó que ella quiso dimitir y que, con la llegada de la noticia de la sublevación, el comité y, en especial, Tirso Gómez, se hicieron con el control. Su intención era la de asegurar algunos puestos importantes para evitar que triunfase el golpe de Estado, como eran las telecomunicaciones, algo que ratificó anteriormente un testigo. Además, argumentó que, durante su mandato, fue freno de las actividades marxistas y de desmanes partidistas. Como mucho, se la podría acusar de «inducción a la rebelión» por la requisa de armas que otros tomaron sin su autorización, lo que supondría una pena de reclusión perpetua, pero no de muerte.

El abogado continuó argumentando, señalando a los procesados, que le resultaba absurdo oírlos, oír a «esos hombres que un día colaboraron con ella y hoy la acusan de haber armado a la gente y ordenado su traslado a Vigo para luchar contra el Glorioso Ejército Nacional». Además, el gobernador le había pedido que le enviase hombres armados para defender la legalidad republicana, pero no lo hizo porque no había, por lo que es absurdo que posteriormente mandase un autobús a Vigo. Termina pidiendo

> benevolencia […] no para la mujer, y sí para la madre, esa madre que representa y constituye su mayor orgullo, esa madre que todos tenemos, que la de los señores que la escuchan, la suya, esa mujer que hoy sube una cuesta difícil y tortuosa del calvario, con el corazón angustiado y los ojos arrasados de lágrimas amargas. Que, si algún delito hay en ella, es el de haber aceptado el cargo que aquí la trae: que le llevaron a él, ansias de progreso y mucha de humanidad. Que cuando de hacer un servicio se ha tratado, lo hizo sin distinción de ideologías, que cuando apercibió de lo dificilísima que se hacía su labor y de los obstáculos que era necesario vencer por la lucha encarnizada que constantemente había con sus compañeros de concejo, quiso retirarse y no ha podido hacerlo, porque el pueblo cañicense se lo pedía. Temía las persecuciones y venganzas a las que ella, desde su cargo, ponía freno en todo momento. […] Que cuantos van a juzgarla piensen en sus cuatro hijitos […].

El 10 de octubre de 1936 se firmó su sentencia de reclusión perpetua[81], junto con los demás acusados, con excepción de tres, que quedaron en libertad, entre los que estaba su marido, José Ares. Por otros procesos que tenía abiertos, estuvo en la cárcel hasta marzo de 1940 y fue expulsado del cuerpo de maestros, quedando sobreseído su caso provisionalmente. María continuó más tiempo en la cárcel, a pesar de que solicitó el indulto por carta a Franco explicando que no formó parte de partidos extremistas, que era una mujer de orden y que había sido criada en «los principios de la religión».

Antes de ser enviada a Saturrarán, pensaron que estaba embarazada. Pudo ser una artimaña para salvar la vida, como se vio con los casos de Amada García del capítulo VI y de Josefa García Segret a comienzo de este. Según el médico Marcelino Díaz de Guevara, notó algo raro en el cuello del útero, pero dictaminó que no se trataba de un embarazo. En diciembre de 1936, después de llevar cuatro meses encerrada en Vigo, no presentaba síntomas clínicos de embarazo, según los médicos Marcelino Díaz de Guevara y Manuel Rodríguez Grandjean.

DOS JUICIOS QUE REPRESENTAN LA RUPTURA DE LOS LAZOS DE LA SOLIDARIDAD SOCIAL

Lo que buscaban con los dos juicios era «reeducar» mediante la intimidación y el miedo a la sociedad civil de preguerra. Se instauró el silencio por temor a que cualquier vecino o amigo denunciase a cualquier persona, pues antes de la guerra eran pocos los que no estaban vinculados

con alguna organización política. Asimismo, querían eliminar los «males» del liberalismo, que habían sido la creación de un movimiento en defensa del mundo obrero y agrario. Esto lo representaban Urania y María.

La comunidad participó activamente en que fuesen sentenciadas a cadena perpetua y que Humberto Solleiro, marido de Urania, y varios vecinos de A Cañiza, fuesen asesinados. En la causa contra Urania y Humberto se puede apreciar cómo los antecedentes señalados por parte de los agentes policiales, las denuncias de los vecinos y la interpretación errónea de unas declaraciones de compañeros de la familia fueron utilizados como pretexto para determinar la sentencia de muerte, solo conmutada a Urania.

Por su parte, se ha podido observar cómo María y otros vecinos de la localidad fueron encausados como consecuencia del cruce de declaraciones de los acusados. El juez solo tuvo que dar por válidas las versiones más extremas que se relataron a lo largo del juicio. Por lo tanto, al contrario que en el caso de Urania y Humberto, no hubo unos delatores definidos, sino que las propias víctimas, tratando de salvar su vida y evitar el estigma de sus familiares, fueron delatores involuntarios de la justicia golpista.

El juez no necesitó nada más que incentivar que surgiese el miedo a la muerte y que aflorase en los testimonios la peor versión de los acusados para dar por buena la información que mejor conviniese para cumplir con el objetivo de los sublevados: descabezar a la sociedad civil. Fue un sistema represivo más perverso que otros de los existentes en el periodo de los totalitarismos, debido a que alentaron el enfrentamiento entre los que fueron aliados políticos, amigos y vecinos para que se señalaran entre ellos para salvar sus propias vidas. Todo esto es lo que se observa con la lectura de la transcripción del juicio, pero se desconoce cómo se realizaron estas declaraciones, las condiciones de vida que padecían en la cárcel y qué coacciones pudieron recibir de la Guardia Civil y del Ejército.

Pero ¿la justicia golpista necesitaba las declaraciones para dictaminar una sentencia? ¿Cuál era el objetivo que perseguía? Como es sabido, junto con los juicios militares, hubo *paseos* y *sacas* en los que las milicias de segunda fila, con la connivencia del Ejército, fusilaban a quienes quisiesen. Por eso, se interpreta que las autoridades golpistas buscasen generar un impacto en la sociedad al castigar de manera ejemplarizante a

personalidades destacadas de la sociedad civil, así como de los militares que no se sumaron a la sublevación. De este modo, quisieron romper las alianzas que unían la sociedad civil y que surgiesen los peores instintos de la comunidad para que se extendiera un manto de desconfianza que, en algunos casos, se trasladó a siguientes generaciones.

LIBERTAD, MARGINACIÓN Y (RE)DESCUBRIMIENTO DE DOS MUJERES –NO TAN– SINGULARES

Es momento de volver al principio del relato. A aquella fotografía de dos amigas cerca del mar, en Euskadi. Es difícil imaginarse lo complicado que debió de ser para ambas poder sonreír después de pasar por todo lo que se acaba de relatar. La persecución, el abandono, la constatación de cómo sus vecinos o compañeros las arrojaron a los pies de los caballos, la pérdida de su pareja en el caso de Urania, la separación de sus respectivos hijos, la dura vida primero en la cárcel de Vigo y, luego, a miles de kilómetros de sus casas.

Además, las escasas noticias que llegaban a la prisión de mujeres de Saturrarán las tenían a ciegas, imposibilitadas de saber cuál era el desarrollo del golpe de Estado, ya convertido en Guerra Civil. El recuerdo de la dictadura de Primo de Rivera y las noticias que llegaban a las agrupaciones de izquierda sobre el ascenso de los fascismos las llenarían de preocupación, pues la victoria de los sublevados provocaría que continuasen en la cárcel. No resulta extraño que Urania «estuviese siempre triste», según le contó María a unas de sus hijas, Concha[82].

Por su parte, María lloraba diariamente porque no podía ver a sus hijos, según el religioso que testificó a su favor. Hasta la década de los cuarenta ambas permanecieron en la cárcel, siendo la una el sostén de la otra. Como consecuencia de la masificación de la población carcelaria, se aprobaron los Decretos de Conmutación de Penas de 25 de enero 1940 y de 20 de junio de 1941, por los que muchos pasaron a estar en libertad vigilada y a otros les redujeron la pena. Esto fue lo que les ocurrió a Urania y María. Como María tenía una pena menor y hubo personalidades de A Cañiza y Ribadavia que intercedieron por ella, salió antes de prisión,

en 1943, de manera «atenuada». Por su parte, Urania permaneció en Saturrarán hasta julio de 1943, pero volvió a la cárcel en Vigo, y salió definitivamente en 1944, en libertad condicional.

Pero ninguna de las dos fue completamente libre, a pesar de no estar en la cárcel. Estuvieron en libertad, pero vigiladas. El junio de 1943 a María le conmutaron la pena de muerte, que implicaba estar 30 años en prisión, a 12 años de reclusión menor. En agosto salió en libertad, en régimen de prisión atenuada, y fijó su residencia en Ribadavia. Posteriormente, se trasladó a Vigo y quedó libre de cargos en 1947.

En el juicio para decidir si conmutaban su pena, participaron algunos religiosos para aportar un buen testimonio sobre ella. El párroco de la pequeña localidad de Tomiño, provincia de Pontevedra, y el arcipreste de Ribadavia atestiguaron que era una mujer religiosa y que iba con frecuencia a la iglesia. Por su parte, el fraile franciscano del convento de Ribadavia, Antonio Pereiro, explicó que María estaba vinculada a la Juventud Antoniana, que había participado en el «roperillo antoniano» para los pobres y en el coro de la organización seglar de la Orden de los Hermanos Menores. Esta vinculación católica perdió fuerza después de casarse, aunque siguió teniendo alguna relación. Además, los tres religiosos constataron que evitó que el Ayuntamiento de A Cañiza fuese socialista y que defendió el culto católico. El fraile franciscano incidió en que los socialistas «la acosaban», según le contó ella en aquel periodo, porque era una persona recta a la que no le gustaba cumplir órdenes de superiores si no estaba conforme con ellas.

Según narran los declarantes, cumplió con un castigo desmedido, pues, además del encarcelamiento, la separaron de sus hijos durante muchos años. Cuando ya estaba en libertad provisional, cuentan que vivió atormentada. Se reprochaba haber entrado en política, porque por eso la condenaron a prisión y eso había dejado a sus hijos huérfanos y había hecho enfermar a su madre hasta su muerte.

Por su parte, a Urania le redujeron la condena a 12 años, y en agosto de 1943 salió en libertad condicional, con 37 años, viuda y con cuatro hijos a los que no podía ver –ya que su familia política lo impedía–, vigilada, y teniendo que presentarse en la comisaría cada diez días. Aunque viviesen fuera de los muros de los que es hoy un seminario religioso, nunca fueron libres. Urania y María perdieron sus mejores años encerradas en

Saturrarán por ser mujeres comprometidas, que participaron activamente en partidos de izquierda en un mundo que estaba reservado a los hombres.

En un principio Urania volvió a su Vigo natal, pero la persecución, su vida en la cárcel, las denuncias de sus vecinos y la ausencia de sus hijos terminaron por obligarla a que se fuese a vivir con la única persona que, según sus propios hijos, la quería. Así, fijó su residencia en Lugo, donde convivió con María, su marido y sus cuatro hijos. La antigua alcaldesa fue su único sustento emocional en aquel entonces, ya que sus propios hijos reconocen que no la querían por todo lo que su familia paterna les había inculcado sobre ella.

En un principio, se fueron a vivir con la familia materna, pero Humberto dejó dicho antes de su ejecución que debían permanecer con la suya. Desconoce el motivo, pero sus hijos sospechan que, o bien le obligaron o bien esperaba que recibieran algo de dinero de la herencia de su abuela paterna, algo que no sucedió. Por eso, los tres descendientes que decidieron relatar sus historias cuentan el amargo trago de dejar la casa de las hermanas de su madre. Raúl recordaba que era feliz en casa de sus tías maternas, porque intentaron que no les afectase todo lo que sucedía fuera. Pero, después, «[…] fuimos tristes […] vivimos, como dice mi hermana, en el cuartel porque no podíamos ni reírnos»[83].

Es posible que el trato que les prodigaron estuviera causado por el trauma de la pérdida, porque, según Raúl, constantemente les decían que «toda la culpa era de su madre». Alicia tenía 6 años cuando «murieron sus padres», y lo dice en plural, porque reconoce que no tuvo madre porque no tuvo oportunidad de conocerla. No recuerda gran cosa de su niñez, a excepción de que era una persona triste, vestida de luto, que la afiliaron a Acción Católica e iba al cementerio todos los días. Reconocía que la trataron de adoctrinar en la religión católica, cuando su madre y la familia de su madre la habían instruido en los ideales laicos. Confiesa que sus tías nunca habían ido a misa, pero, con la guerra, se «arrimaron a la derecha y las llevaron todos los días».

En un principio, las dos hermanas de su padre eran solteras, pero una se casó y, desde entonces, vivieron también con el marido. Este se enfadaba y quería echarlos de casa. Alicia trabajó en la corsetería de sus tías y, después, del marido. Cuando salió su madre de la cárcel tenía 15

años y, en un principio, no la quiso ir a ver, pero después, la fueron a visitar a Lugo ella y Conchita, la pequeña de los hermanos.

El recuerdo de aquel encuentro trastocó para siempre a la segunda. Cuando se encontraron, Urania las quiso abrazar. Se acercó a Alicia y le preguntó: «¿Me quieres?», a lo que respondió que sí. Luego se lo preguntó a Conchita y esta le dijo que no –«Le dije eso porque para mí, en ese momento, no tenía ni había tenido madre»–. Para ella no era una desconocida, sino la culpable de que hubiesen quedado huérfanos.

Esa fue una de las dos veces que la vio, porque sus tías no permitieron que tuviera contacto. La enfermedad que ha padecido durante toda su vida la achaca a los remordimientos que le originó aquel encuentro, porque después supo quién había sido realmente su progenitora, que quería mucho a todos sus hijos y a su marido, y que fue mentira que por culpa de ella matasen a su padre.

Conchita sabía la edad que tenía, pero no dónde nació, lo más seguro es que en Vigo. Sus primeros recuerdos son viviendo con sus dos tías paternas, que en un principio les mintieron diciendo que su madre estaba muerta, y luego, que estaba en la cárcel. No podía citarla, no pudo preguntar nada sobre quién era, tan solo les decían que su padre estaba muerto por su culpa. Contaba que ambas odiaban a su madre y a María, hasta el punto de que «cuando llegaba a casa una foto de las dos, recortaban la foto de María». A ninguno de los hermanos les dejaban tener ni el más mínimo contacto con los familiares de su madre, de lo contrario, eran castigados y los interrogaban para saber qué les habían dicho. La sensación que tiene en la actualidad es de tristeza sobre esos años oscuros de los que prefiere no acordarse.

Este trauma lo sufrieron los cuatro hijos de Humberto y Urania. El mayor, llamado como el padre, se convirtió «en un niño grande, porque le afectó mucho todo aquello, le afectó mucho la guerra». Por aquel entonces él tenía 12 años, por lo que fue más consciente de todo lo que estaba ocurriendo y vio la ira más de cerca y con otros ojos. Además, la convivencia con sus tías paternas se le hizo insoportable. Según su hermano Raúl, por lo que padeció cuando era niño tuvo muchos problemas en la adolescencia y de adulto: «Se casó con quien no se tenía que casar. Su mujer era hija de Juan "Quintas", uno que paseaba a gente en Porriño». Trabajó en la caja de ahorros y tuvo problemas con la

ley[84].

Por su parte, Raúl afirmaba que no podía visitar la ciudad de Vigo. Solo fue en contadas ocasiones, cuando no tenía más remedio que ir porque se lo pedían sus hermanos, «porque, a los lugares en los que le hicieron tanto daño, no le quedan a uno ganas de volver. Es llegar al puente de Rande y comenzar a revivir toda aquella pesadilla». Él era mayor que sus dos hermanas, por lo que aún recordaba ver los tiros desde el balcón de su casa. Luego, todo aquel trasiego de salir de la de su abuela materna, en la que era feliz, para terminar en la de sus tías paternas[85].

Por su parte, Alicia tuvo que ir al psiquiatra porque no recordaba cosas debido a las secuelas psicológicas de la guerra, la pérdida de sus padres, la vida con sus tías y, luego, con las monjas. Ya en democracia, no quiso ir a un homenaje que le hicieron a su madre porque le dolía, ya que se sentía «responsable de no haber indagado más sobre la historia». Cada uno de los hermanos digirió el trauma de una manera[86].

Precisamente Raúl, junto con Alicia, hartos de escuchar en boca de sus tías que «los niños hablan cuando hablan las gallinas», fueron los únicos que se rebelaron contra lo que estaban viviendo. Él, antes de cumplir la mayoría de edad, con 16 años, al enterarse de que su madre salía en libertad provisional, se escapó para ir a vivir con ella en Lugo, porque su madre «quería vivir con María». En aquel periodo, la salud de Urania era muy delicada porque tenía un tumor en el cerebro, según Alicia, causado por una enfermedad venérea de la que en la cárcel no la quisieron tratar. Sufría constantes dolores de cabeza que le impedían hacer una vida normal.

Por eso, Raúl se puso a trabajar en un almacén de carga y, después, en una agencia de transportes, porque su madre no podía, y tampoco quiso el dinero que el partido político le ofreció cuando salió de la cárcel. Dejó atrás sus estudios, becado como estaba para el bachillerato, con el objeto de estar con su madre y conocer de su mano lo que verdaderamente ocurrió. Todos los días iban juntos al cine, hasta que, en una ocasión, al ir a recogerla, se la encontró tirada en el suelo. Había fallecido a los 45 años. Ninguna de sus dos hijas supo de su muerte, hasta el punto de que Conchita lamentaba no haber ido al sepelio. La enterraron en el cementerio municipal de Lugo. Tristemente, el juez dictaminó en enero de 1950 que quedaba libre, cuando ya llevaba un lustro fallecida.

Como consecuencia del fallecimiento de su madre, Raúl hubo de volver con sus tías a Vigo, pero les exigió que le sufragasen la carrera de Ingeniería de Caminos, de lo contrario, no iba a hacer nada, solo ser un lastre los años que le quedaban hasta alcanzar la mayoría de edad. Ellas, ante esa amenaza, accedieron, y se fue a Lugo a vivir con María y su familia y, más tarde, se independizó. Mientras tanto, las hermanas seguían viviendo con las tías, y su hermano Humberto comenzó a trabajar en la caja de ahorros y se casó.

Años más tarde, Alicia tomó el mismo camino que Raúl. No soportaba la vida con sus tías, por lo que decidió huir. Como la obligaban a ir a misa, decidió que la única opción que tenía para escapar era entrar en una orden religiosa. Gracias a un cura, fue a una residencia de «monjas seglares» en Salamanca, donde trabajaba para ellas, las vestía y les daba de comer[87]. Sin embargo, la vida allí no fue mucho mejor que en Vigo. Decidió irse y, afirmaba, «de allí salí atea». Se dirigió a Barcelona, luego a Sevilla, hasta que terminó en Murcia, lejos de aquel Vigo que, como para su hermano, para ella era triste, melancólico y oscuro. Aprendió el oficio de tejer, pues trabajaban ambas hermanas en la corsetería de la abuela paterna, que luego fue a parar a manos de sus tías y que regentó el marido de una de ellas. Como tenía mucha maña para coser, la contrató Velcor y estuvo trabajando en la sección de Christian Dior[88].

A pesar de la educación católica que recibieron, a medida que fueron conociendo la historia de sus antepasados, comenzaron a tener conciencia política. En cierto modo, se sintieron responsables de lo que ocurrió y decidieron, cada una a su manera, continuar el legado de su familia. Pero esto solo lo pudieron hacer una vez muerta Urania, cuando ya eran adultos y preocupándose de hablar con María y sus tías maternas. Por ejemplo, Conchita fue la que menos participación política tuvo, pero rememoraba cómo odiaba que sus tías maternas dijesen que Franco era buena persona. Por el contrario, ella decía: «Me siento una víctima del franquismo». Cuando murió el dictador, ya era adulta y conocía, gracias a sus hermanos, quiénes fueron Ricardo Mella y su madre. Raúl demostró en la entrevista tener una importante conciencia social, a pesar de que su madre le pidió que: «Jamás te metas en política, por favor»[89].

A pesar de esa advertencia, Raúl participó activamente en organizaciones relacionadas con su profesión. Pero fue Alicia la que tuvo

una mayor actividad política activa a lo largo de su vida. Desde el momento en el que conoció la historia de su familia, de los motivos por los que lucharon, comenzó a darse cuenta de las injusticias sociales y adoptó «las ideas de su madre», que desde entonces se convirtió en un ejemplo que seguir, porque, para ella, «fue una mártir». Del mismo modo que cuando era niña se avergonzaba, cuando llegó a la edad adulta y empezó a averiguar la verdad, se sintió «orgullosa de sus padres», aunque nunca los conoció. La mala imagen que tenía de la Segunda República, que le trasladaron en la escuela y en casa, cambió con el tiempo.

En estancia en Barcelona, comenzó su militancia: se afilió a la Bandera Roja y al Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Como trabajaba en una empresa textil, estuvo vinculada a Comisiones Obreras cuando comenzaron a crearse. Recuerda que se reunían hasta las cinco de la madrugada para analizar qué mejoras sociales debían reclamar. Curiosamente, estuvo vinculada, como su madre, a la AMA en Barcelona. Durante la guerra, y más aún en la posguerra, desplegó mucha actividad y se encargó de organizar la acción política que debían llevar a cabo las mujeres.

A pesar de que formaba parte del órgano femenino del PCE, era una organización autónoma en la que se encuadraron mujeres que procedían de diversas ideologías antifascistas. Seguramente, aunque en la entrevista Alicia afirme que estaba en la AMA, cuando ella era adulta ya no existía como tal. Las herederas de esa organización fueron la Unión de Mujeres Españolas (UME) y la Unió de Dones de Catalunya (UDC), creadas en Toulouse en 1946, cuando se nombró a Dolores Ibárruri como presidenta y a Irene Falcón como secretaria. Al estar vinculada al PSUC, posiblemente figurase en alguna de las agrupaciones de la UDC[90].

En los años finales de la dictadura, contaba que participó en varias manifestaciones en Barcelona, ya que el sector textil fue de los más activos. Para no sufrir represión por parte de la Policía, iban bien vestidas, «no como obreras», para poder decir que solo «pasaban por allí». Participó activamente en las elecciones de la democracia, pero no quiso ir en ninguna formación. Después de estar afiliada al PSUC, continuó en Iniciativa per Catalunya Verds. Siguió su labor más social, intentando enseñar a las mujeres a emanciparse. Se sentía feminista y era muy crítica con las organizaciones políticas en las que participó, porque aún eran muy

machistas. Cuando enfermó, dejó la política. En cierto modo, continuó la labor de su madre hasta que pudo.

Pero ¿qué pasó con María? En agosto de 1956, solicitó que se cancelasen los antecedentes penales para poder presentarse a las oposiciones de enfermería. Lo que quería era ser médico, pero, en una dictadura en la que se impuso un ideal de mujer propio del pensamiento nacional-católico, no pudo cumplir con su sueño. Quiso olvidar toda vinculación con la política, posiblemente como consecuencia de que sus propios compañeros provocaron que terminase en la cárcel durante siete años. Como mantuvo una vida discreta, no se tienen más datos sobre ella. Solo se sabe que fue guionista en programas de radio, firmando como Maruja de Córdoba. Murió en Lugo el 23 de febrero de 1986, a los 81 años. Al contrario de lo que le ocurrió a su inseparable compañera, pudo conocer de nuevo la democracia, pero, en los últimos años, la primera alcaldesa de Galicia padeció alzhéimer y no pudo recordar el techo que rompió para que, hoy, muchas mujeres de diferente signo puedan ocupar cargos de responsabilidad política[91].

---

[1] Cabo y Veiga (2014: 51-79).

[2] En referencia al poemario de Celso Emilio Ferreiro, que escribió como crítica y testimonio de la brutalidad represiva de los golpistas en Galicia. Publicado en 1962 por la editorial Galaxia.

[3] Un dato extrapolado a partir de los obtenidos en Galicia y recogidos por el Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces».

[4] Datos del Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». También recogidos en Leira Castiñeira (2020b: 203-232).

[5] La mejor explicación la da Javier Rodrigo (2005: 8-18). Para conocer en profundidad lo que sucedió en Galicia, así como los centros de reclusión que existieron, es fundamental consultar la obra de Rodríguez Teijeiro (2011). Para un estudio exhaustivo de todos los campos de concentración y cárceles franquistas, véase el libro de Carlos Hernández de Miguel (2019) y el proyecto [http://www.loscamposdeconcentraciondefranco.es].

[6] En un primer momento se crea la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros, según Javier Rodrigo (2005: 46-57). Luego, para la ofensiva de Aragón se perfecciona, no sin problemas (82-127). Cenarro (2003) o Vinyes (2002).

[7] Emakunde (2012) o Ugarte Lopetegui (2011: 280).

[8] Toda la información sobre la cárcel de Saturrarán fue obtenida de Emakunde (2012: 28-33) y Martínez Rodríguez (2009: 51-62).

[9] Ríos (1998: 145).

[10] Cenarro (2003) Vinyes (2002).

[11] Emakunde (2012: 45-47).

[12] Núñez Díaz-Balart (2001: 137-138).

[13] Emakunde (2012: 46-48) y Martínez Rodríguez (2009: 51-62).

[14] García Segret (1982: 139-200).

[15] Ríos (1986: 147).

[16] Emakunde (2012: 44), Cenarro (2003) o Vinyes (2002).

[17] Emakunde (2012: 42-58 y 193-195).

[18] Ríos (1986: 165).

[19] Como se ha visto en el cap. VI, Amada García parece que también trató de evitar la muerte quedándose embarazada. La carta la recoge Alonso Montero (2009: 336-337).

[20] Emakunde (2012: 296).

[21] Núñez Díaz-Balart (2001: 137-138).

[22] Se debe derribar la vinculación entre lo rural y lo atrasado, como si ambos fuesen aparejados. Por ejemplo, en Galicia, en pequeñas localidades rurales hubo un asociacionismo sindical y agrario muy activo, que provocó que se creasen numerosas cabeceras periodísticas, así como protestas a lo largo de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera.

[23] En esta línea se sitúa el cap. V dedicado a la movilización de extranjeros en la Guerra Civil.

[24] Vadillo (2021: 24-39).

[25] Fernández Álvarez (1990: 74) o Zugasti (2008: 84-86 y 97-99).

[26] Fernández Álvarez (1990: 72).

[27] Fernández y Pereira (2004: 172-174).

[28] Vadillo (2021: 50).

[29] Vadillo (2021: 126).

[30] Fernández y Pereira (2004: 70-71) y Freán (2006: 49-139).

[31] *Solidaridad Obrera,* año I, época tercera, 1, 15 de noviembre de 1930, portada.

[32] *El Pueblo Gallego,* año II, 477, 11 de agosto de 1925, portada.

[33] Elorza (2013: 153 y ss.).

[34] Vadillo (2021: 174 y más información en 2021a, dedicado solo a la FAI).

[35] Freán (2006: 121-139), Pereira (1994: 91 y ss.), Casanova (2010a: 111 y ss. y 2006) o Fernández y Pereira (2004: 70-71).

[36] Vadillo (2021: 118).

[37] Ackelsberg (2017: 119-122 y 231-253).

[38] Branciforte (2014: 57-74; 2009: 27-52 y 2011).

[39] Aguado y Sanfeliú (2021: 237-263) y Aguado (2010: 131-153).

[40] Véase Prada y Díaz Alonso (2013: 194).

[41] Nash (1999: 97-108), Branciforte (2009: 27-52), Cenarro (2006: 164) y Ginard (2015: 103).

[42] Aguado y Sanfeliú (2021: 237-263), Sanfeliú (2010), Moreno Seco (2005: 170) y Ginard (2015: 105-106).

[43] Fernández y Pereira (2004: 179).

[44] Nash (2006: 76), Aguado y Sanfeliú (2021: 237-263).

[45] Branciforte (2009: 27-52) y Yusta (2006: 119).

[46] Grandío (2010: 175-199).

[47] Fernández González (2005: 214). El Pueblo Gallego, año XIII, 3.898, 7 de marzo de 1936, p. 4.

[48] Ángel Nogueira, de filiación comunista, junto con Manuel Martínez, José Rodríguez, Fernando Rodríguez, Luis Álvarez, Camilo Campos, Carmen Miguel, José Losada Castelao y Manuel Rodríguez Castelao –los dos últimos, primos carnales de Alfonso Daniel Rodríguez Castelao– en mayo de 1937 intentaron huir a Francia en el bou *Eva* –un *bou* es un tipo de embarcación–. Fueron delatados y perseguidos por un grupo de falangistas que los rociaron primero con agua congelada y luego hirviendo para forzar su salida de la bodega. Antes que entregarse a las autoridades, decidieron suicidarse con un tiro en la cabeza. A pesar de que el

franquismo trató de ocultarla, permaneció presente en la memoria de los vigueses que habían sufrido la guerra. Domínguez Almansa (2008: 37-74). *ABC,* 27 de mayo de 1937.

[49] *El Pueblo Gallego,* año XIII, 3.901, 11 de marzo de 1936, p. 4. Prada y Díaz Alonso (2013: 196-197).

[50] Fernández González (2005: 213-214).

[51] Nash (2006: 243).

[52] Fernández González (2013: 214).

[53] *El Pueblo Gallego,* año XIII, 3.988, 23 de mayo 1936, p. 10.

[54] Prada y Díaz Alonso (2013: 197-198).

[55] Grandío (2010: 55-57 y 2011a: 71-86), Bozzo (1976: 98-126) y Mera Costas (2011: 127-152).

[56] Beramendi (2021: 674-713).

[57] Bozzo (1976: 89-106) y Grandío (2010: 55-57 y 2011: 71-86).

[58] Manuel Portela Valladares quiso impulsar algo similar con el Pacto de Barrantes, pero fue un fracaso, por lo que terminó presentándose como diputado independiente por la provincia de Pontevedra. Grandío (2010: 60-67) y Mera Costas (2016).

[59] Bozzo (1976: 129-131), Grandío (2010: 55-57 y 2011a: 71-86) y Beramendi (2021: 847-866 y 989-1008).

[60] *Gaceta de Madrid* 305, 1 de noviembre de 1935, pp. 898-919.

[61] Publicado en el Diario de Galicia y que María Gómez aportó al juez para demostrar que no defendía posturas «radicales». ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 189.

[62] ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 188. Bernete (16 de agosto de 2007) y Prada y Díaz Alonso (2013: 195-197).

[63] Bernete (16 de agosto de 2007) y Prada y Díaz Alonso (2013: 195-197).

[64] Bibiano Fernández Osorio y Tafall fue doctor en Ciencias Naturales y secretario de la Misión Biológica de Galicia dirigida por Cruz Gallástegui. Presidente de la Diputación de Pontevedra, diputado en Cortes, participó en la redacción del Estatuto de Galicia y en 1938 fue nombrado comisario general del EPR con el Gobierno de Negrín.

[65] ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 124.

[66] Fernández Prieto (1993: 49-65).

[67] González Calleja (2014).

[68] ATMIV, C. T. 868/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 21.

[69] ATMIV, C. T. 868/36, Plaza de Vigo. AIRMNO. Eran Dolores Balino, Pilar Lorenzo, Josefa Alonso, Generosa Formoso y Luisa Lorenzo.

[70] ATMIV, C. T. 868/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 19.

[71] Entrevista a Alicia Solleiro por Eva Vieites (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.090.

[72] Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.076.

[73] ATMIV, C. T. 868/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 74.

[74] Entrevista a Alicia Solleiro por Eva Vieites (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Entrevista a Concha Solleiro por Andrés Domínguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2046. Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2076.

[75] ATMIV, C. T. 868/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 74.

[76] ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 77.

[77] Afirma que fueron José Valeiras Rocha, Narciso Santos González, José Piñeiro Otero, Jaime

Lourido Álvarez, Modesto Álvarez Ferreiro, Alfonso Teijeiro Vázquez y Germán Teijeiro Moure, que en aquel momento estaban detenidos. A ellos se extendía la acusación a los citados Tirso Gómez y José Caramés. ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO.

[78] ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 12.

[79] ATMIV, C. T. 432/36, Plaza de Vigo. AIRMNO, p. 77.

[80] *Ibid.,* p. 89.

[81] Aunque fueron asesinados por fallo judicial Jesús Eugenio Pérez Pérez, Justo Moure Giráldez, Tirso Gómez Freijido y Antonio Mojón Vázquez.

[82] Entrevista a Concha Solleiro por Andrés Domínguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.046.

[83] Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.076.

[84] Entrevista a Concha Solleiro por Andrés Domínguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.046. Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.076.

[85] Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.076.

[86] Ibid.

[87] Ella emplea el término *monjas seglares,* que realmente no existe. Sería una congregación religiosa laica.

[88] Entrevista a Alicia Solleiro por Eva Vieites (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.090.

[89] Ibid. Entrevista a Concha Solleiro por Andrés Domínguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.046. Entrevista a Raúl Solleiro por Antonio Míguez (2006). Terra e memoria. Proyecto Interuniversitario «Nomes e Voces». Fondo 2.076.

[90] Yusta (2008: 143-163).

[91] Bernete (16 de agosto de 2007).

XI. PREGUNTAS E INCERTEZAS

Ahora que ya habéis terminado de leer el presente libro, ¿consideráis que este es otro más de la Guerra Civil? No quiero influir en vuestra forma de concebir el pasado, porque, como dije en la introducción, este siempre es presente. De este modo, espero que, a medida que vayan pasando los años, lleguen nuevas generaciones de investigadores que se preocupen por otras cuestiones, que surjan renovaciones metodológicas y que se puedan consultar nuevas fuentes.

El conocimiento histórico avanzará poco a poco, siempre teniendo en cuenta sus limitaciones. Hay aspectos sociopolíticos y culturales que influirán en el historiador y que deben ser tenidos en cuenta. Debemos, como sociedad, querer avanzar en conocer los aspectos más oscuros de nuestra Historia. Solo así, siguiendo las alegorías empleadas en la introducción, nos miraremos sin miedo en el espejo del pasado para, una vez que nos hayamos reconocido, comenzar a estudiar sin cortapisas de ningún tipo lo que fuimos para vislumbrar lo que podremos ser.

A través de las historias que conforman este libro, he querido asomarme a diferentes aspectos relacionados con la Guerra Civil española, el franquismo e, incluso, la actualidad. Obviamente, quedaron otros por tratar, pero esto no es un manual de consulta, una «breve historia de», un «pequeño relato sobre» o una «Historia para *dummies*». Habéis leído algo distinto en donde conocer ciertas fechas, las disputas políticas desarrolladas en Madrid o las principales batallas no es lo fundamental. Tampoco es una «nueva» forma de historiar algo remoto. Son preguntas que me he planteado en mi corta carrera como investigador y, por eso, es un ejercicio más arriesgado y complejo, aunque más atractivo, porque desconfié de mis propias «certezas» y llegué a la conclusión de que no existen.

Aunque fuese complejo, quise que, a través de la Historia de estos Nadies, quedara un poso de conocimiento sobre diferentes aspectos del siglo XX. Se ha analizado la compleja relación de los individuos con su contexto sociopolítico y con las instituciones, en función de diversos

aspectos como los de clase, género, edad, periodo histórico o ideológico, que es similar en todos ellos y, a la vez, diferente. De ahí la importancia de asomarnos a ese mundo que parece tan pequeño, pero que influye, más de lo que creemos, en nuestro presente.

Se mantiene como premisa máxima que es imposible conocer en su totalidad la complejidad de cualquier acontecimiento histórico. Siendo así, es buena idea acercaros a la realidad social de la época. ¿El objetivo? Ser más empáticos con nuestro pasado incómodo para poder debatir qué hacemos con él. Para ello, he pretendido que no haga falta que sepáis al dedillo los acontecimientos que vivieron los protagonistas del libro, sino aquellos que los afectaron en la toma de sus decisiones. O en los que creo que influyeron. La razón es muy sencilla: las personas desconocemos la mayor parte de lo que nos rodea. Por ello, las conclusiones no pueden ser otras que preguntas, dudas o incertezas sobre nuestro pasado reciente.

¿CÓMO CONOCER A LOS NADIES?

En la Historia sobre la Guerra Civil y el franquismo existen una serie de categorías y conceptos heredados de la propaganda, la Historia Política y de las ideas que no favorecen llegar a otro tipo de interpretación. Son herramientas útiles para lo que fueron creadas, pero que, fuera de ese universo, pierden la capacidad explicativa. Entre ellos destacan los de «rojos», «azules», «dos Españas», «tres Españas», «nación», «nacionalización», «democracia», «revolución», «republicanos», «sublevados», «fachas», «comunistas», «víctimas», «verdugos», «vencedores» o «vencidos», entre otros muchos. Con esto no quiero afirmar que no sirvan para determinados análisis, pero, para una aproximación social de los que han sido obviados por la Historia, no representan la realidad que tenemos entre manos. Por eso, es necesario dejar de lado estos conceptos y categorías.

¿Por qué? La razón estriba en que las sociedades y las relaciones interpersonales que se establecen no se corresponden con las interpretaciones políticas que comúnmente se suelen realizar. Se puede empezar con la más utilizada por una parte de los políticos, «opinólogos» y «todólogos» del pasado: las dos Españas. Si nos detenemos en el análisis

de los discursos políticos, se podría caer en la tentación de dividirlos en dos grandes bloques que buscaban homogeneizar el debate. Sin embargo, cuando analizamos las comunidades se puede observar una heterogeneidad de posicionamientos políticos que salen de los dos bloques que estaban condenados a enfrentarse. Principalmente, se debe a dos motivos. El primero y más obvio es la diversidad de propuestas políticas que surgieron en el primer tercio del siglo XX, desde un diverso movimiento obrero en donde ni siquiera cada ideología era homogénea al republicanismo de derecha e izquierda, los partidos conservadores, monárquicos alfonsinos, carlistas o fascistas.

A pesar de eso, se ha extendido el uso, procedente de la propaganda política empleada desde finales del siglo XIX y que tuvo su auge en la Guerra Civil, de dicotomizaciones, como *laicos* frente a ateos, republicanos frente a monárquicos, fachas frente a comunistas o rojos frente a azules. Es cierto, como se ha mostrado en el capítulo V, que se crearon dos cosmologías que lucharon entre sí, tanto en la arena cultural y política como militar: el anticomunismo y el antifascismo. En ambos existía una tendencia: la lucha contra un enemigo común. De este modo, es cierto que los que estaban a ambos extremos del tablero político definieron las líneas del debate público.

Ese proceso de *fascistización* de la derecha y de *comunistización* de la izquierda no definía en su totalidad los distintos proyectos ideológicos que estaban debajo de los dos grandes grupos. Por lo tanto, siendo cierto que, desde el enfrentamiento político y cultural, pueda usarse la analogía de *rojos* frente a *azules,* no sirve para entender el paisaje social. En él, la complejidad, el modo de entender la guerra, al enemigo, la realidad que los rodea y otros factores que se escapan a nuestra capacidad de análisis influyeron en los individuos.

Las tres España es un invento moderno, que surge en la transición a la democracia como consecuencia de que algunos intelectuales y políticos no quisieron alinearse con ninguno de los «bandos». Por eso, este colectivo reivindica las obras de Chaves Nogales, Miguel de Unamuno y, aunque sea anterior, José Ortega y Gasset. Pero ¿acaso el resto de la sociedad española era sanguinaria? Claro que hubo muchos verdugos con nombres y apellidos, por mucho que la impunidad institucional quiera borrarlos de la Historia. No obstante, la mayor parte de la sociedad no quería una

Guerra Civil y verse abocada a participar en ella. Además, no fueron a morir y a matar por el bando que ellos eligieron, sino por el que geográficamente se les asignó. El golpe de Estado dividió España en dos, territorial y socialmente. Si no estaban con los poderes fácticos de un lado, estaban en contra de ellos, y así serían tratados: como enemigos. ¿Es justo que, desde el presente, unos intelectuales se posicionen por encima del bien y del mal porque tienen la posibilidad de hacerlo? ¿Serían de la «Tercera España» en 1936? ¿Tendrían esa oportunidad? No hubo tres Españas: hubo casi tantas como españoles.

Por otro lado, las personas no absorben ni se empapan el discurso político de la misma forma. No todo el mundo entendió del mismo modo las grandes retóricas, y mucho menos las diferencias entre las ideologías y, dentro de ellas, de las corrientes que las conforman. Las personas de a pie, incluso las más preparadas, recogen de cada ideología los aspectos que más les interesan de lo que les afecta directamente, del problema concreto que padecen: el paro, la inflación, la violencia callejera, la carestía de vida, el hambre o la migración. Cada colectivo reducido, como el núcleo familiar o de amistad, lo asume de un modo determinado. Por eso, al analizar los casos de este libro, habéis encontrado personajes que salen de la regla que muchos debíais de tener asimilada.

Una de ellas es que los militares fueron todos unos golpistas. Se pudo comprobar cómo no fue así. Juan Rodríguez Lozano, capitán, de familia militar, era socialista, republicano, masón y, antes de morir, abogaba por la paz. ¿Un militar pacifista? Sí, ¡un militar pacifista! El militarismo es una forma de entender la realidad sociopolítica. Según la primera acepción del diccionario, es: «Predominio e influencia de lo militar, especialmente en el gobierno de un país». Como el capitán Rodríguez, hubo más, y no fueron peores militares ni dejaron de cumplir con sus obligaciones. El testigo fue recogido por la Unión Militar Democrática de Xosé Fortes y Julio Busquest, entre otros, durante la transición.

Por el lado contrario, se narró la historia de un trabajador que, por tener que sustituir a un prófugo de su localidad, tuvo que ocupar su puesto e ir destinado a África. Sin esa eventualidad, posiblemente la historia de Manuel Fernández habría sido distinta. Sin embargo, fue ascendiendo en el escalafón militar, hasta ser capitán y morir en la Guerra Civil dentro del bando sublevado al que se alistó voluntariamente, ya que

había sido retirado con la Ley Azaña. Dos historias que ponen en cuestión las ideas preconcebidas de este periodo.

Lo mismo ocurre con la imagen que se proyectaba de la homosexualidad por ambos bandos. ¿Quiere decir que fuesen lo mismo? No, pero sí que utilizaban los mismos mecanismos para humillar a los considerados «cobardes» o «desertores». También, para calificar a los dos principales líderes de cada bando, como eran Francisco Franco y Manuel Azaña. La diferencia estriba en que, aunque la Ley de Vagos y Maleantes se aprobase en pleno periodo republicano, en 1933, fue el franquismo quien la utilizó para perseguir a los homosexuales y a quienes no representaban el ideal de masculinidad y feminidad que quiso imponer el régimen.

En este sentido, a pesar de los avances sociales que consiguió la mujer en aquellos años, como el voto, el divorcio, el derecho a la sindicalización y que cada vez se viese más normal que trabajasen fuera de casa, aún había mucho por conseguir. Por eso, en el contexto bélico y, especialmente, a partir de septiembre de 1936, los valores patriarcales volvieron a primera línea. Ya no había mujeres milicianas y, a aquellas que murieron por su actividad pública, se las ocultó en una maraña de mentiras y mitos como el de tejer una bandera.

También, en otro orden de cosas, es apropiado que nos planteemos si es necesario dividir la Guerra Civil en vencedores y vencidos o en víctimas y verdugos. Para mí, son contraposiciones empleadas por los bandos en cuestión. En una guerra hay vencedores y vencidos, es evidente. En la española, ganaron los golpistas y hubo un sector que perdió, pues el régimen legal y democrático como fue la república no ha vuelto ni a sugerirse seriamente en el debate político.

Sin embargo, es conveniente cuestionarse si hubo más vencidos de los que normalmente se cree, por ejemplo, las familias de los soldados de Franco muertos en combate. Como se ha visto, algunos, que no todos, pudieron recibir una pensión, pero ¿merece la pena ese dinero y la pérdida de un ser querido por regentar un estanco? Así se debió de sentir la familia de Manuel Fernández Fecho, muerto en combate al que acudió voluntariamente; sin embargo, ¿cómo se sentirán cuando el reclutamiento fue forzoso, como en el caso de Francisco Pérez Ponte? Su familia sigue ignorando dónde están sus restos mortales y no recibieron ninguna ayuda

del Estado. Sin embargo, en ambos casos, el régimen franquista utilizó su recuerdo para legitimar su régimen político y con él, el hambre y la represión.

Posiblemente, muchas familias se sintieron cómodas con el apelativo de vencedores; a otras, al comprobar cómo el franquismo mataba en nombre de sus padres, maridos o hermanos, no debió de gustarles. Por eso, la Historia como disciplina y el hecho de reconocer a los Nadies tiene que servir para salir de esa dicotomía que no es del todo real. ¿Son vencedores o los hicieron vencedores? ¿Se consideraban así sus familiares? Esto no lo puedo responder, es algo que debatir en el seno de una necesaria Ley de Memoria Democrática incluyente y que favorezca este tipo de aproximaciones, para que, entre los especialistas y la sociedad civil, encontremos una respuesta.

Por otro lado, la contienda bélica generó una sociedad de perdedores, por lo menos, en el aspecto económico. Porque, ¿acaso el hambre de posguerra no fue una derrota colectiva? Según los últimos estudios, estamos ante un periodo de hambruna comparable con la de Irlanda de principios de siglo o con periodos de malas cosechas del siglo XIX. Fue un fenómeno provocado por la guerra y la mala gestión del régimen franquista, hasta tal punto que es tan fuerte el recuerdo de la violencia como el del hambre. Hasta los años cincuenta no regresó la economía doméstica a los niveles de la Segunda República, cuando Europa ya estaba recuperándose de la Segunda Guerra Mundial[1]. ¿Los muertos por hambre no deberían estar incluidos? ¿Y el resto de la sociedad? Ese miliciano falangista que tras la contienda no tenía con qué alimentar a su hija, ¿qué es? Repito lo que afirmaba Pierre Vilar, comprender no es justificar y, desde mi posición como historiador, no justifico.

Lo que es evidente es que, dentro de esta sociedad derrotada por la contienda, hubo un colectivo más castigado que otro: los represaliados. Además, tuvieron que silenciar su pasado por temor a más represalias o a que las sufrieran sus hijos. Por lo tanto, esa longa noite de pedra de la que habla Celso Emilio Ferreiro fue tanto de miedo como de silencio. Estas personas y sus familiares, con independencia de su ideología, deben ser dignificados por el Estado. No se puede seguir echando tierra sobre el pasado como si de esa forma fuera a desaparecer. El Estado, a través de una legislación clara y que se explique a la ciudadanía, tiene la obligación

de sacar a todos los muertos de las cunetas, dignificar su memoria y eliminar la validez de los juicios de la guerra y del franquismo con independencia de su ideología.

Posiblemente, algunos me estén tachando de equidistante y señalando que la equidistancia no es justicia, pero todas las vidas valen lo mismo. Esto no es impedimento para que las causas de la Guerra Civil queden bien claras: fue un golpe de Estado contra la legalidad republicana. Además, una democracia debe perseguir a los represores si no quiere caer en la impunidad; para cumplir con ese cometido, se tiene que abrir y desclasificar documentación e invertir en su catalogación. La República era un régimen democrático lejos de ser perfecto, pero que tenía las mismas ventajas y deficiencias que cualquiera de nuestro entorno. Por lo tanto, ni el antifascismo ni el anticomunismo son excusas aceptables para oponerse a una democracia. ¿Acaso no debemos criticar la muerte de los religiosos compañeros de celda de fray Cándido Rial? ¿O la de sus compañeros de hermandad con los que convivía en la Basílica de San Francisco el Grande? Pienso que un aspecto no debe contradecir el otro.

Y, sí, debemos seguir hablando de la Guerra Civil, pero no ser *guerracivilistas* ni caer en simplificaciones como la de «en los dos bandos hubo desmanes». Es cierto que hubo asesinatos en ambos bandos, pero la naturaleza de cada uno de ellos es distinta. Una era la política marcada por «El Director», el general Emilio Mola. La otra surgió por un vacío de poder momentáneo que favoreció los instintos primarios contra los que consideraban sus enemigos, que no eran aquellos religiosos, sino lo que representaban. ¿Esto es justificar? Tampoco, es ponderar el pasado.

Por otro lado, si queremos analizar el pasado desde la sociedad y los márgenes, debemos abandonar la lógica de víctimas y verdugos. Esta dialéctica provoca que nos posicionemos con la víctima, porque siempre tiene razón. No hay fisuras para tratar de comprender y analizar ese pasado, pues la víctima se ha convertido en una suerte de mártir al que no se puede criticar ni tampoco poner en cuestión. Esto dificulta enormemente la labor de los que nos dedicamos a estudiar el pasado. Por lo tanto, mi propuesta es la de que continúe existiendo la categoría de víctima dentro de la sociedad civil, pero no del análisis histórico ni de la legislación sobre el pasado.

Por ejemplo, se ha visto que María Gómez fue encarcelada porque la

culparon quienes la votaron como alcaldesa. ¿Se les puede considerar delatores? Sí, se debe: si no hubiese sido por sus declaraciones, a lo mejor ella habría podido salvarse. ¿Dejan de ser víctimas? No, sería un disparate pensar eso. El contexto, ver la muerte ante tus ojos, provoca que esos actos heroicos que muchos les piden a nuestros antepasados sean inviables. Es evidente que los verdaderos culpables de que unos fuesen asesinados y María encarcelada en Saturrarán fueron las nuevas fuerzas vivas que acompañaron a los militares sublevados. Favorecieron la delación, el señalamiento y la culpabilización porque, de esta forma, fueron capaces de romper los lazos de solidaridad social que preexistían antes de la guerra.

¿Son equiparables con quienes les abrieron un juicio? ¿Con quién denunció a Urania Mella por acoger reuniones, careciendo de pruebas? ¿O con aquellos que esparcieron rumores que recogió el servicio de Policía para apresar a la pareja Solleiro Mella? ¿Con los que mataron a los religiosos de La Salle en el Madrid de 1936? No, son casos distintos. No son comparables, por eso, abandonando la dialéctica de víctima y verdugo, podremos conocer mejor la naturaleza de la violencia represiva que se instauró a partir de que se produjera un golpe contra la República.

Evidentemente, y se han señalado, ha habido verdugos, delatores, cómplices, víctimas convertidas en delatores, mártires de su tiempo convertidos en verdugos para salvar su vida y, simplemente, damnificados. Muchos pudieron ser una cosa y la otra, o una cosa y después la otra (por raro que suene) a lo largo de su trayectoria vital. A lo largo del libro, se pueden encontrar diversos ejemplos de todo ese universo y, al contrario que en un juicio, en el que se dicta una sentencia a favor o en contra de los acusados, el historiador debe analizar todas las vías y posibilidades. Tener en cuenta el contexto, el sufrimiento, el miedo o la incerteza.

Es conveniente salir de la propaganda y la política institucional que crea discursos edulcorados, simples y dicotómicos, que no ayudan a dignificar a aquella generación que padeció la Guerra Civil y el franquismo. Ninguna de las familias que participaron en este libro vio con malos ojos que se recuperasen los restos de los enterrados en cunetas. Nadie se ha negado a que se conozca desde el rigor metodológico el pasado de su familiar. Muy al contrario, se sintieron orgullosos de que pudieran ser protagonistas de una forma de hacer Historia en la que los actores

secundarios dejaron de serlo. Y, muy importante, participaron de este proceso enfrentándose al pasado incómodo, que se convirtió en Historia Pública.

¿HAY QUE OLVIDAR EL PASADO RECIENTE Y SANGRIENTO?

¿La sociedad ha olvidado, como comunidad, lo ocurrido «en el corto siglo XX»? ¿Tiene que continuar ese pacto, impuesto, de silencio? ¿Es útil? ¿Hubo olvido? ¿Para qué sirve recordar ese pasado incómodo? Ese pacto de silencio, más que de olvido, que supuso la Transición ha impedido que podamos hacer frente a los errores cometidos. No se debe emplear un manto de olvido y silencio. Es imposible y poco deseable. Si no se estudian y debaten los pasados incómodos, podrán ser utilizados políticamente para crear realidades inexistentes y legitimar proyectos políticos antidemocráticos.

No podemos permitir que la Historia siga de la mano de la propaganda, debemos emanciparnos de cualquier ensayo histórico. Lamentablemente, la dicotomía que algunos pretenden imponer en la actualidad la justifican con un pasado remoto en el que un golpe de Estado terminó en guerra. Ya las distancias son enormes para seguir pensando que existen dos Españas condenadas a enfrentarse, por eso, son ellos los más interesados en que la Historia no se complejice y sigan repitiéndose los mismos mantras que hace décadas.

No voy a negar que, en momentos puntuales, puede ser beneficioso no acercarse con ojos excesivamente críticos al pasado, pero tampoco se puede hacer como si no hubiera existido. Quizá 1978 no fuera el momento de abrir la caja de Pandora, pero se ha convertido en algo urgente con el paso de las décadas. Ese no querer acercarse al espejo, ni liberarnos de los grilletes de la caverna está provocando problemas en el presente. Desde el punto de vista historiográfico, una generación que publicó sus tesis doctorales desde finales del milenio ha iniciado un camino esencial para mi generación. Ahora es momento de asfaltarlo para que por él circule la sociedad civil.

Recordar es una necesidad humana, como se ha visto en la mayoría de los capítulos de este libro. ¿Se puede recordar aquello que no se ha vivido? Por supuesto. Ejemplo de ello son los capítulos del capitán Juan Rodríguez, del soldado Francisco Pérez Ponte o Urania Mella y María Gómez. José Luis Rodríguez no conoció nunca a su abuelo; sin embargo, admite que tuvo influencia en sus decisiones políticas. De Francisco Pérez Ponte su hermana Dorinda creó una imagen que trasladó a sus hijas y que pervive en el recuerdo familiar. El caso de Urania Mella es el más significativo, debido a que sus hijos reconocen que «no la quisieron» mientras estuvo viva, pero fue la existencia de una Historia Pública, tal como se ha definido en la introducción –es decir, espacio de debate en el que colaboran la disciplina histórica, los recuerdos colectivos, las imágenes creadas por las comunidades, etc.–[2], la que hizo que cambiasen la opinión negativa que tenían de ella, hasta el punto de que dos de sus hijos participaron activamente en política.

Mirarnos en el *espejo,* en relación con los pasados traumáticos, y reconocernos a nosotros mismos ayuda a evitar repetir errores del pasado. Especialmente, si nos centramos en los aspectos más negativos, porque lo que hizo alguno de los protagonistas o personajes secundarios de la Historia puede servirnos, o no, como modelo del que extraer consecuencias. Las obligaciones morales, basadas en análisis racionales, debe servirnos para comprender que cualquiera, usando las tesis de Hannah Arendt de la «banalidad del mal», puede convertirse en un Adolf Eichmann[3]. Por este motivo, en tanto que existen posibilidades de convertirse en un villano o en un monstruo, debemos tener siempre presentes los aspectos más negativos de nuestro pasado.

Precisamente, como afirmé en la introducción, el pasado no existe, sino que se «construye» para respaldar posturas en debates políticos. Partidos de izquierda y derecha, prensa conservadora y progresista, siguen con disputas y un vocabulario propio de la década de los treinta del siglo pasado, mientras que a su vez alegan que aquello debe olvidarse. Sin embargo, no se dan cuenta de que recordar es algo inherente al ser humano. El recuerdo, que siempre es colectivo porque somos seres sociales y recordamos en el marco de unas relaciones interpersonales, permanece en el inconsciente social y personal más tiempo del que creemos.

El conocimiento que podamos extraer de los Nadies, de aquellos a quienes la Historia y la política han dejado a un lado, nos sirve para evitar en el futuro contextos similares. Aquí, surgen otras preguntas filosóficas: ¿hay guerras justas?, ¿es justificado el uso de la violencia en determinados casos? La respuesta siempre debe ser un rotundo no. Basándonos en los derechos humanos, no debería darse la situación de tener que usar la violencia por un fin justo.

Pero surge un problema: ese mundo ideal o idealizado no existe. ¿Qué debemos hacer? La respuesta es múltiple y depende del Estado, clase social, género y época histórica. Si queremos convertir en un imperativo categórico evitar repetir el horror de la Guerra Civil española, del franquismo y de la violencia política desarrollada durante la democracia, debemos conocer nuestra Historia, comprender a sus actores y no judicializarlos con ojos del presente. Esto es fundamental para poder aplicar el principio kantiano y la reformulación elaborada por Adorno con motivo de Auschwitz, pues, para que siga existiendo un ideal de libertad, deben ser la «razón» y la Historia las que nos exijan repudiar la barbarie. Los especialistas y la sociedad civil deben establecer un diálogo constante para crear una Historia Pública que tenga como objetivo ser útil para la convivencia. Un espacio de debate en el que reconstruir, desde diversas posiciones, nuestro pasado.

Por eso, se debe dignificar el pasado y a sus protagonistas, con independencia de su clase social, ideología, género o lugar, porque somos lo que somos gracias a –y a causa de– ellos. Esta necesidad terminó explotando en la tardía fecha del año 2000, pero hasta 2007 no hubo una primera legislación al respecto. ¿Acaso creía alguien que aquellos cuarenta años iban a quedar sepultados en el silencio? ¿Se puede borrar u ocultar la mayor parte del siglo XX? ¿Se puede hacer como si no existiera el régimen del que surge nuestra actual democracia? Porque la monarquía existe gracias a una de las leyes fundamentales de Franco, y la decisión de nombrar a Adolfo Suárez presidente se perfeccionó a través de la legislación vigente, que no era otra que la franquista. ¿Hay que olvidarlo o debemos examinarlo en su contexto histórico y analizar los aspectos sociopolíticos y culturales de cada momento? Porque, del mismo modo que no fueron lo mismo los años veinte y treinta de siglo XX, no han sido lo mismo los sesenta que los setenta o los ochenta.

Debemos construir desde el conocimiento de las ciencias humanas y en contacto con la sociedad civil nuestro «Núremberg simbólico». Al contrario de lo que sucedió en Alemania, con todos sus problemas, en España no hubo un proceso de *desfascistización.* Aquellos juicios, aunque afectaron a una parte irrisoria de los culpables del ascenso del nazismo y de la «solución final», tuvieron un papel «redentor» al generar una lógica de culpa colectiva, aunque lo interesante hubiera sido contagiar un sentimiento y una conciencia de responsabilidad democrática. ¿Perdimos la oportunidad de crear ese efecto con la aprobación de la Constitución del 1978? ¿Lo hicimos con la oposición al golpe del 23 de febrero de 1981? Para la generación que vivió la llegada de la democracia significó la vuelta de los derechos obtenidos en la República. Sin embargo, la falta de esa conciencia y responsabilidad demócratica provocó que no se trasladase a las siguientes generaciones de manera generalizada[4].

¿Cuál debe ser nuestro «Núremberg»? No lo tengo claro, quizá la respuesta esté en buscar pequeños acontecimientos como los que afectaron a los protagonistas del libro. Salir de la Historia política de los grandes nombres y ver las miserias de aquellos años de pobreza y violencia. Es decir, buscar en nuestro entorno ese suceso del que no nos sentimos orgullosos hoy. Si, de manera individual, nos preocupamos por estudiar a los Nadies de nuestras familias, tendremos ganado mucho como sociedad. Solo es una propuesta, pero creo que debe tenerse en cuenta. Eso y dignificar en democracia a todos los que sufrieron la persecución y la violencia.

Por eso, el recuerdo[5] por sí solo no es suficiente, del mismo modo que tampoco lo son las ciencias humanas. Tienen que formar parte de algo mayor, más importante, que el conocido «deber de memoria» o «deber de recuerdo». Este último y el debate historiográfico deben estar asegurados por todos, pero debe depender de cada uno de nosotros que logre una mayor imbricación sociopolítica y cultural. ¿Podemos gozar de un nivel alto de democracia sin mirar al pasado con ojos críticos? Pienso que no. ¿Y sin sentirnos herederos? No debemos construir nuestro sistema democrático con base en la existencia de herederos de aquel pasado. Esto no significa que se imponga la impunidad con los crímenes de lesa humanidad. En este sentido, nuestro «Núremberg», camino para formular nuestro imperativo categórico, debemos imponérnoslo nosotros a través

de la Historia y el debate social desde los márgenes. Para ello, se debe tener en cuenta que el contexto sociopolítico y cultural fue distinto, que no podemos entenderlo en su totalidad. Sin embargo, a pesar de esa distancia insalvable, hemos de construir los puentes transitables desde la defensa de los derechos humanos y el consenso colectivo.

DE LAS ESPAÑAS MEMORIOSAS Y DESMEMORIADAS

El conocido cuento de Jorge Luis Borges, «Funes el memorioso», se publicó en 1944 en el libro Ficciones. A pesar de las múltiples interpretaciones que se realizaron del texto del ecléctico escritor bonaerense, en ningún caso lo concibió para explicar el desarrollo de las «políticas de la memoria» –que, como se ha dicho, no es un término que defienda, debido a su ambigüedad– de España desde la Guerra Civil. En el cuento, el protagonista, un uruguayo llamado Ireneo Funes, tenía la capacidad de recordar absolutamente todo lo que le ocurría o le decían. Es una enfermedad llamada hipermnesia o «síndrome del sabio». Sin embargo, al contrario de ser algo positivo, suponía un problema ya que, como él decía: «Mi memoria es como vaciadero de basuras». La capacidad de recordar todo provocó que Funes, no tuviera capacidad crítica de lo que conocía y, sin ella, carecía de pensamiento. Algo similar sucedió desde que terminó la Guerra Civil española. No estoy abogando por olvidar, muy al contrario: defiendo recordar, pero siempre con capacidad crítica y desde espacios de debate, para que tengamos, como sociedad, un conocimiento formado de lo que supuso nuestro pasado reciente.

De modo muy esquemático lo que se ha impuesto, forzosa o banalmente, fue lo siguiente. Tras el Parte de la Victoria del 1 de abril de 1939, el franquismo se quiso legitimar a través de la «reconquista» militar y social frente a su enemigo «el comunismo internacionalista». Se impuso una «memoria» partidista, guerracivilista y violenta, en la que se utilizaron a los muertos en combate, tanto los grandes generales como soldados anónimos –que, como se ha visto, en su mayoría (80%) fueron forzosos[6]– para recordar constantemente cada «gesta» que habían conseguido a lo largo de los tres años que duró el conflicto. Se erigieron cruces, al estilo de la que hay en Cuelgamuros, por toda la península. Fue

el símbolo por antonomasia para recordar la contienda, base en la que se asentaba el «Nuevo Estado»[7]. Cada ciudad tenía sus propios «mártires de la cruzada» cuyos nombres aparecían en vítores en Iglesias u otros lugares públicos. A pesar del cambio de política del régimen, que en términos políticos y económicos llamaron «desarrollismo», la violencia, la victoria militar y los mártires, siguieron estando presentes en el discurso oficial. Podemos denominar al franquismo como una «España memoriosa» desde una perspectiva propagandística, partidista y que, además, buscaba ensañarse con el vencido. Como es obvio, esta España memoriosa, no conocía su pasado sangriento, sus consecuencias, a pesar de que el régimen se encargó de tenerlo presente a lo largo de sus 40 años de existencia.

Con la llegada de la democracia esto cambio. Se silenció desde los estamentos oficiales el pasado, y aunque, como bien dijo Santos Juliá, el recuerdo de la guerra estuvo presente, no fue determinante en el debate político de aquel momento, del mismo modo que no lo fue en el plano social ni historiográfico. Esta «España desmemoriosa» de manera institucional tuvo las mismas consecuencias o incluso peores. No se estableció un espacio de debate, por lo que el recuerdo de la Guerra Civil y el franquismo no pudo mudar y prevaleció el procedente de la propaganda franquista –principalmente– y, en algunos sectores, la que generó la oposición antifranquista.

Esta realidad no se vio modificada hasta el cambio de milenio, con la llegada de las asociaciones memorialísticas que buscaban dignificar y «recuperar la memoria» de las víctimas. No fructificó en una medida legislativa hasta el 2007, con la conocida Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura, o más conocida como Ley de Memoria Histórica. Comenzaron a ponerse las bases de algo necesario en este país, que era reconocerse a sí mismo –como dije en la introducción con el *espejo* de Lacan–. Sin embargo, la llegada al poder del Partido Popular (PP) en 2011 dejó sin efecto aquel primer intento de legislar sobre el pasado.

Actualmente, en 2022, se está debatiendo la aprobación de una Ley de Memoria Democrática, en la que se reconocen a todas las víctimas y se anulan los juicios franquistas. Asimismo, de la mano de muchas

asociaciones y proyectos universitario, comenzó un ingente y necesario trabajo por abrir las fosas, conocer la identidad de tantas personas muertas en las cunetas y darles sepultura digna. Sin embargo, entre medias comenzó a surgir, al calor de la ley de 2007 una «España memoriosa», que buscaba desesperadamente reconocer todo aquello que fuera perseguido por el franquismo. Es un proceso que continúa y que debe seguir su camino. Como Estado, el Parlamento debería condenar la violencia represiva que se desarrolló no solo durante el franquismo, sino también después. Pero, no podemos caer en el error de padecer la enfermedad que afectaba al protagonista del cuento de Borges. No se debe recordar por recordar, sino generar conocimiento con base en ese recuerdo. Este solo se puede hacer en un marco de debate amplio, en el que participe la sociedad civil, los académicos de diversas disciplinas y las instituciones en la que todos los partidos políticos condenen la violencia represiva y la dictadura franquista (esta condena, todo sea dicho, debería ser una condición sine qua non para que un partido fuera legal). Por eso, desde diversas perspectivas, se tiene que construir esa Historia Pública, en la que participen y se dé voz a quienes no la tuvieron, a quienes le quitaron ese derecho, a esos «Nadies, que no tienen nombre, sino número. Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local». Solo a través del debate, podremos trascender el ser memoriosos o desmemoriados, para generar un conocimiento cívico y social de lo que supuso el pasado sangriento. Así, mirando al espejo, reconociendo los errores del pasado, seremos una sociedad más democrática, dignificaremos a las víctimas y el pasado dejará de ser «incómodo».

Porque si no, ¿qué sentido tienen los llamados «lugares de memoria»? ¿Para qué le dedicamos una plaza a Manuel Azaña? ¿Por qué retiramos una estatua de Franco? ¿Por qué los expertos no se ponen de acuerdo sobre qué hacer con el Valle de los Caídos? ¿Por qué es necesaria una legislación sobre el pasado? ¿Por qué se ha tardado tanto tiempo en aprobarse? En España, como ha remarcado Antonio Cazorla, «existen numerosos lugares sin memoria ni historia, y mucha memoria sin lugares»[8]. Hace un tiempo escribí un artículo en el que explicaba la extraña política memorialística de mi ciudad, Ferrol. En un paseo de cinco minutos se mezclaron el Desastre de Annual, la Transición, la

Restauración borbónica, la historia militar de principios del siglo XX, la represión franquista, la del bando republicano, la Guerra de Irak y la memoria del obrerismo del siglo XIX. Lo peor de este batiburrillo inconexo es el profundo desconocimiento que genera, lo que hace preguntarse la finalidad de su exposición al público[9].

¡Javier Krahe tenía razón! Su utilidad es para decorar el espacio público, no para generar ningún debate o conocimiento en la sociedad. ¿Acaso queremos padecer, como sociedad, la enfermedad que tenía Ireneo Funes? ¿Queremos ser memoriosos pero incapaces de la crítica y del pensamiento? Para ello, se necesita de emociones sobre lo que supuso cada uno de aquellos acontecimientos.

Un buen ejemplo es la fotografía de Urania Mella y María Gómez en la cárcel de Saturrarán. Pocos bañistas de las excelentes playas que cercan lo que antes fue un presidio y hoy un seminario sabrán que allí hubo miles de mujeres presas por su significación política. ¿Cuántos viajeros del antiguo aeropuerto de Santiago saben que fue construido con mano de obra esclava durante el franquismo? ¿Cuántos alumnos de instituto conocen los campos de batalla de la Guerra Civil? ¿Los de fusilamiento? ¿Las cárceles? ¿Los campos de concentración? Lo peor es que esa generación ha muerto silenciada y olvidada social e institucionalmente. Sin ellos, la labor la debemos realizar quienes nos dedicamos a rescatar estos episodios para el presente. Las asociaciones y el Estado, para dignificar aquel pasado. Los historiadores, desde el rigor y el debate.

Por eso, reivindico algo más profundo que crear lugares de memoria: hay que dotar de sentido a las historias personales, que son colectivas, que existen en todas las familias y que servirían para generar una conciencia sobre el imperativo categórico que nos exige el golpe de Estado, la guerra, la represión y el franquismo. Desde la diversidad cultural, social, de clase, de género, territorial e ideológica, debemos construir un mapa que pueda servirnos para que nuestro paisaje urbano adquiera sentido. Para que aquellas tapias de los cementerios con agujeros de bala o mal pintados que esconden un crimen adquieran sentido. Para que esas fotos de nuestros antepasados vestidos de militar, aquellas mujeres de luto, aquella delgadez y vejez que aparentaban nuestros antepasados cuando apenas tenían treinta y pocos años tengan sentido. Pero solo puede haber una pulsión que nos una, la democrática, y esa se basa en el rechazo de todo

totalitarismo y de todo tipo de dictadura.

¿La fuerza que puede tener conocer la historia familiar y local no puede ser más útil que cualquier placa en una plaza, una calle o una estatua? ¿No puede tener un impacto mayor que la de resignificar el Valle de los Caídos? ¿Se pueden resignificar aquellos lugares de memoria construidos por la dictadura para «perpetuar la memoria de la Victoria en la Cruzada»? No hay solo una respuesta, de ahí que sea tan necesario abrir vías de debate. Porque el tiempo pasa, las generaciones se suceden y aquello que nos producía emoción va a dejar de generárnosla para pasar a ser adornos urbanos carentes de significado.

Para ello, el papel de una legislación que permita debatir el pasado es fundamental. Le podemos llamar memoria histórica, demo*crá*tica o cualquier eufemismo que se nos ocurra. Ya me he pronunciado y prefiero usar otro como Historia Pública o Instrucción Pública, al igual que Antonio Cazorla. Se tiene que hacer desde una base clara sobre la que trabajar: dignificar a las víctimas y adquirir, desde su complejidad, conocimiento histórico. Con un objetivo democratizador, no solo democrático. Explicando lo que sucedió, lo que fuimos, lo que hicimos e hicieron en España. Normalmente, se acusa al miedo, primero, y después al olvido institucional, sobre el silencio relativo al pasado. Pero, también, hay vergüenza y temor por el qué dirán, y debemos desprendernos como sociedad de ese lastre.

Esto lo he podido comprobar en las cientos de entrevistas que he realizado para mi tesis y estoy haciendo ahora para un proyecto nuevo, centrado en los años sesenta y setenta. A los protagonistas de estas conversaciones, cuando les pregunto por sus orígenes familiares, les cuesta reconocer que su padre «fue soldado/militar del Ejército Nacional». Pero esta vergüenza personal es lo que somos como sociedad. Nos avergonzamos de que el dictador muriese en la cama, de no haber hecho más, de ser indulgentes con nuestro propio pasado y de pensar que no se podía hacer otra cosa que sobrevivir. Sin embargo, esa autocomplacencia que tenemos con nosotros mismos rara vez se tiene con la generación que vivió la guerra y la posguerra. Para seguir sumando aspectos a ese imperativo categórico y construir nuestro simbólico «Núremberg» sería muy importante mostrar las imágenes de una gran cantidad de personas que lloraban por la muerte de aquel dictador, así como reconocer que

nuestro actual jefe de Estado –al igual que su padre y emérito– procede de una ley franquista.

¿Por qué, como sociedad, no hicimos más? No pienso juzgar a la generación de mis abuelos o mis padres. ¿Cómo podemos quitarnos esa losa, esa vergüenza? Pienso que es sencillo, mirándonos al espejo del pasado del que hablaba en la introducción, reconociendo nuestros errores como sociedad, evitando el *guerracivilismo* dialéctico y luchando por la consecución de derechos sociales, así como dignificando el recuerdo de aquellos que fueron asesinados, sacándolos de las cunetas y haciendo partícipe a la sociedad civil de todo este proceso, especialmente a los jóvenes en edad escolar.

La ley que se apruebe en 2022 tiene que venir aparejada con la apertura de los archivos para evitar así la impunidad. No puede ser que ochenta años después sigan fondos documentales clasificados como secretos. La historia no afecta a las relaciones internacionales, si realmente hubo buenas relaciones internacionales. Ningún Estado democrático debe esconder algo, si no, pierde cualquier calificativo sobre el mismo. Por otro, hay que llevar a las escuelas la historia reciente, pero no solo la política, sino la social, con la que se puedan identificar, para que en un futuro desempolven esa caja que tienen guardada en el trastero y empiecen a bucear en lo que hicieron sus antepasados, sin miedo, sin edulcorar nada, y crecer.

Como ya he escrito en alguna ocasión, se debería tomar nota de la honestidad de Julie Lindahl, quien, investigando sobre la vida de su abuelo, descubrió lo que el resto de su familia había intentado ocultar durante años: que aquel hombre había sido un alto jerarca nazi. Incluso fue hasta Polonia a hablar con las víctimas de su abuelo y nos ha dejado por escrito todo este proceso y el resultado de su investigación en un magnífico libro titulado The Pendulum: A Granddaughter's Search for Her Family's Forbidden Nazi Past. Un ejemplo similar es el de Silvia Foti, quien comenzó a realizar una investigación sobre su abuelo, el general Storm, un supuesto héroe nacional lituano. Según avanzó en sus pesquisas, descubrió partes oscuras, como que colaboró con los nazis y ayudó a matar a judíos en la Segunda Guerra Mundial, algo que no dudó en dejar por escrito en un imprescindible libro, *The Nazi's Granddaughter.* No me puedo olvidar del libro de Martin Davidson *El nazi perfecto. El*

descubrimiento del secreto de mi abuelo y del modo en que Hitler sedujo a una generación, cuyo título ya indica las líneas generales de su contenido.

¿Por qué las leyes de «memoria» no pueden fomentar estos ejercicios? Lourenzo Fernández Prieto escribió que «ni la honra ni la deshonra deben heredarse». Esto debe aplicarse a la legislación sobre el pasado. ¿Por qué no sucede? Fundamentalmente porque el Gobierno que la propone no se preocupa por la labor pedagógica que debe tener el Estado. Este debe plantearse y responder a las preguntas formuladas en este capítulo. Si no, en vez de tomarse las decisiones adecuadas, consensuadas y acordes con el rigor académico, continuará el conflicto sociopolítico desde «trincheras políticas imaginarias». Qué tristeza…

Por eso, cualquier tipo de legislación será discutida y convertida en un arma arrojadiza. No se puede negar que quien enfangó el debate ha sido el PP y algunos miembros de la vieja guardia del PSOE, precisamente porque no quieren mirarse en el *espejo* del pasado y reconocerse. De este modo, surgen opiniones sin fundamento como «mejor dejar el pasado tranquilo porque ya hubo un olvido y una reconciliación». Esta afirmación es mentira. No hubo olvido, ninguno de los familiares de los Nadies de este libro ha olvidado, pero dignificar no es dividir, al contrario, es reconciliarse con toda la sociedad, desde los vencidos y los «supuestos vencedores» –aquellos que el franquismo utilizó para legitimarse, pero que no recibieron contraprestaciones–, hasta los que miraron a otro lado para sobrevivir, pasando por los vencedores y vencidos, verdugos convencidos y verdugos forzados. Todos, sin excepción. Porque del mismo modo, que no hubo una lealtad geográfica en la guerra, es decir, no todos los gallegos, leoneses o los del sur de Andalucía eran golpistas, tampoco debería ser rojo o azul ningún descendiente de aquel pasado.

De esta forma, con un debate democrático y respetuoso, hay que abrir un proceso didáctico y poder darle Historia y recuerdo a esos lugares que hoy no tienen. El fomento de la apertura de fosas, dignificar a las víctimas desde el plano constitucional, investigar desde un debate abierto y saliendo de las categorías simplistas que dividen entre buenos y malos, y educar en esa diversidad son pasos que, tras más de cuarenta años de democracia, no se han dado. Pasamos de la «España memoriosa y propagandística» a la «desmemoriada por las instituciones democráticas». ¿Cuál fue el resultado? La falta de conocimiento crítico.

Para superar la carencia, un posible camino es fomentar que las familias buceen en la historia de sus familiares y que incluso cedan esas cartas, memorias, fotografías a algún archivo –como el CDMH–, puede generar ese nudo en la garganta que yo sentí al ver aquel montón de zapatos en Auschwitz. Sé que no es sencillo, pero, ¿por qué no intentarlo? Posiblemente haya intereses políticos de por medio… y, más que miedo –como afirman muchos–, vergüenza.

Para ello, desempeñan un papel fundamental las historias personales como las expuestas en este libro. Esos Nadies quedan suspendidos en una extraña nebulosa a expensas de que Caronte los lleve al olvido. Se deben acompañar con un trabajo en las aulas en las que la Historia política, de fechas y reyes deje paso a la de los «molineros», a la de nuestros antepasados y que las emociones supongan un elemento más de la enseñanza y análisis histórico. Queda mucho camino por andar, pero mucho ya se ha recorrido gracias a la labor de multitud de colegas y asociaciones de diverso signo.

¿QUÉ DEBEMOS CONOCER DEL PASADO?

Es fundamental que nos detengamos en este aspecto, no yo, en la escritura de este libro, sino como sociedad. ¿Qué deben conocer los estudiantes que aprueben los estudios obligatorios y el bachillerato? ¿Deben saber música? Sí. ¿Cine? También. ¿Filosofía? Obviamente. ¿Literatura? No creo que se pueda poner en duda. ¿Historia? Claro. Pero ¿qué periodo de la Historia? ¿Qué cine? ¿Qué generación de literatos? ¿Solo españoles? ¿Qué tipo de música? ¿Nabucco o los grupos que tocaron en Woodstock? Por supuesto, me olvidaba que deben saber inglés y, si puede ser, otro idioma. Además, abogo por que los alumnos de cualquier parte del territorio puedan cursar alguna de las otras lenguas oficiales del Estado. Pero ¿acaso tienen tiempo para todo?

Por suerte, no soy padre y he dejado atrás mi etapa de estudiante, por lo que no me debo preocupar por estas cuestiones. Sin embargo, en lo que afecta a la Historia como materia, deberíamos repensarla. Lo mismo ocurre en las facultades de Historia, en donde las asignaturas y los intereses investigadores no coinciden. Por un lado, propongo que, a través

de la Historia escrita desde los márgenes, se creen unidades didácticas que fomenten el conocimiento crítico de lo que padecieron aquellas personas que no figuran en los manuales. Es necesario adaptar los contenidos para que los alumnos vean las posibilidades que puede ofrecer la historia para sus competencias cognitivas y emocionales.

¿Es necesario conocer desde el punto de vista político e institucional todos los pormenores de la Revolución francesa? ¿Y los de la Revolución rusa? ¿O, incluso, de la Revolución industrial? ¿No es más interesante aproximarse a ese pasado a través de los colectivos subalternos para averiguar lo que supusieron esas revoluciones? ¿Por qué surgieron? ¿Por qué fueron secundadas? E. P. Thompson explicó perfectamente lo que significó para los obreros la Revolución industrial, pero, a pesar de que la mayoría de los historiadores no solo conocemos su obra, sino que lo citamos, no impartimos asignaturas desde su perspectiva.

Hay un gran problema y es que una parte de la ciudadanía considera que la Historia como disciplina no es útil. Voy a ser abogado del diablo por un momento: tienen razón. Las unidades didácticas que se emplean en las escuelas están plagadas de acontecimientos asépticos, de carácter político que un futuro ingeniero, soldador, arquitecto o físico, no va a necesitar. ¿Acaso enseñándoles a los niños cuándo empezó la Revolución rusa se va a crear una conciencia crítica? No. Hay que hacer de la Historia algo útil. ¿Por qué en las ramas científicas no estudian la Historia de la ciencia? ¿Cómo se creó la bomba atómica y qué consecuencias sociopolíticas tuvo? ¿Por qué Marie Curie descubrió el radio? ¿Por qué no se descubrió antes? ¿Y la penicilina? Todos estos descubrimientos e inventos se hicieron en un contexto sociopolítico y cultural determinado, fundamental para que se produjese. ¿No sería más útil enseñarles eso? ¿Mostrarles que, cuando ellos vayan a desarrollar sus futuras profesiones, van a estar insertos en una realidad que va a determinar el tipo de trabajo que llevarán a cabo? ¿No es acaso todo lo que he dicho Historia? ¿O Historia solo son los acontecimientos políticos? Ampliemos nuestra mirada y llevemos nuestras investigaciones a las aulas de una manera divulgativa y sencilla para que, de esta forma, la Historia tenga de verdad ese componente del que queremos dotarle: competencias en la construcción de un pensamiento crítico. Si el alumnado, los padres y las madres ven útil la Historia, va a ser más complicado, que no imposible,

que los gobiernos neoliberales quieran eliminarla de currículo escolar. Pero para ello, necesitamos ese espacio de interacción entre historiadores, profesores, maestros, padres, madres y alumnos.

Los objetivos de un profesor deben ser los de generar interés en el alumnado, independientemente de su edad. A través de ese interés, mostrar cómo conseguir información de calidad para que aprenda más sobre aquel acontecimiento. Hay que enseñar a pensar, a encontrar información y a saber procesarla, no explicarles de manera masticada y autómata los mismos contenidos, poco actualizados, que apenas pueden entender para qué sirven. ¡No creemos más Ireneos Funes! A lo mejor estoy equivocado, no existen verdades absolutas, pero durante la investigación y la redacción del libro aprendí algo que espero haberos trasladado: he aprendido a dudar.

PUNTO Y APARTE

La familia de mi abuela fue víctima de la represión franquista. Un tío de ella, concejal de un Ayuntamiento de la provincia de A Coruña, fue condenado a muerte. Ella contaba cómo iba a visitarlo con su madre y recuerda la lamentable situación en la que vivía. De repente, dejaron de ir a aquella prisión, y solo tiempo después supo el motivo. Por otro lado, un hermano se alistó voluntario en la Legión por un «mal de amores», mientras que a otro a punto estuvieron de fusilarlo un grupo de falangistas. Su recuerdo de aquella época era de que en su familia eran antifranquistas, escuchaban la *Pirenaica* y aborrecían la violencia en las calles.

Terminó la guerra y comenzó la dictadura, el hambre, y no pudo comer nunca conejo porque le recordaba los gatos con las que muchas familias se vieron obligadas a alimentarse. Después de esa experiencia, de ser una niña huérfana que se dedicó al cuidado de su familia, que se casó, que tuvo hijos, que sobrevivió diariamente, murió el dictador. Cuando se enteró de la noticia fue a avisar a mi madre con lágrimas en los ojos diciendo, como si de Arias Navarro se tratase: «¡Franco ha muerto!». Nunca aclaró si lloró de tristeza. Tampoco si fue de miedo porque pudiese comenzar otra guerra, pero se lo dijo llorando. Mi madre, que era una

joven estudiante, se alegró porque al día siguiente tenía un examen.

Esta historia familiar resume los objetivos del libro. No me avergüenzo de la actitud de mi abuela ante la muerte de un dictador. La comprendo, pero no la excuso. Tampoco pienso ocultar ese pasado familiar ni ninguno que pueda encontrar con el paso del tiempo. Es Historia, y como Historia, debo analizar el porqué de esa reacción. Debemos hacerlo todos, de manera personal y de manera colectiva. Solo así, quitándonos los grilletes de los prejuicios, podremos historiar. Además, como sociedad, no podemos alegrarnos de «no tener ese examen». Mi madre no lo tuvo al día siguiente, ya que se decretó luto oficial, pero lo realizó más tarde. Ese examen con el pasado, esa deuda con las víctimas, no puede demorarse desde el punto de vista social e institucional.

Como yo, muchos colegas se dedican a estudiar a la gente que están en los márgenes. A algunos lo he citado y con otros no tuve la oportunidad porque no correspondía. Hay una gran generación de historiadores en la actualidad. No es un libro original, solo una invitación para que, cuando me guardéis en la estantería, os preocupéis por averiguar la historia de vuestros familiares. Juntos, debemos construir nuestro «Núremberg», sin vergüenza, pero con el mayor de los respetos a quienes vivieron aquel episodio histórico. Huelga decir que se necesita una ley ambiciosa, que no se olviden los políticos, que desclasifique archivos y abra el camino para dignificar a los muertos que pesan en nuestra conciencia, y digo en nuestra conciencia, pues somos las personas las que construimos la democracia. Es nuestro deber. Solo así tendremos más derechos sociales y seremos más libres y plurales… O eso me gustaría creer.

Hasta aquí mi aportación al debate social, que, reitero, debe ser amplio, respetuoso y democrático. Ahora, os invito a acercarnos al *espejo* rompiendo los *grilletes,* a participar en la Historia Pública.

---

[1] Cazorla (2016).

[2] Véase Cazorla (2018: 19-43) y A. Cazorla, «Después de la Memoria», *eldiario.es,* 23 de julio de 2022.

[3] Adolf Eichmann fue juzgado en la década de los años sesenta en Jerusalén por ser uno de los responsables del Holocausto. La filósofa Hannah Arendt (2006) fue corresponsal de este juicio, lo que le sirvió para que escribiese su famosa tesis de la «banalidad del mal». Se basa en que las fronteras morales y éticas se difuminan como consecuencia del contexto. En ese caso, el acusado fue un excelente administrativo y no pensó en las consecuencias de sus actos ni se culpó por ellos.

[4] La culpabilidad procede de la tradición cristiana. Una sociedad civil debe regirse por valores

laicos y democráticos. De ahí que se proponga en su lugar un sentimiento y una conciencia de responsabilidad democrática en lugar de fundamentar la *desfascistización* en la culpa.

[5] A menudo se emplea el ambiguo término de memoria.

[6] Leira Castiñeira (2022).

[7] Del Arco (2022)

[8] Cazorla (2018: 19-43).

[9] Francisco Leira, «Memoria sin lugares, lugares sin memoria», *FronteraD,* 19 de febrero de 2021, disponible en [https://www.fronterad.com/lugares-sin-memoria-y-memoria-sin-lugares/].

BIBLIOGRAFÍA

ABAD BUIL, I. (2009), «Las dimensiones de la "represión sexuada" durante la dictadura franquista», *Jerónimo Zurita* 84, pp. 65-86.

ACKEKSBERG, M. (2017), *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres,* Barcelona, Virus.

AGUADO, A. (2010), «Cultura socialista, ciudadanía y feminismo en la España de los años veinte y treinta», *Historia social* 67, pp. 131-153.

AGUADO, A. y SANFELIÚ, L. (2021), «El camino de la liberación. Asociacionismo femenino y culturas obreras en la Segunda República (1931-1936)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 22, pp. 237-263.

AGUILAR, P. (1996), *Memoria y olvido de la guerra civil española,* Madrid, Alianza.

AL TUMA, A. (2011), «The Participation of Moorish Troops in the Spanish Civil War (1936-39): Military Value, Motivations, and Religious Aspects», *War & Society* 30/2, pp. 91-107.

AL TUMA, A. (2021), «The Way of the Moroccan: How Cultural Stereotypes Shaped the Use Morocan Troops in the Civil War», en A. Alcalde, F. Chamberlin y F. J. Leira-Castiñeira, *The Crucible of Francoism. Combat, Violence, and Ideology in the Spanish Civil War,* Brighton y Eastbourne, Sussex Academic Press, pp. 92-112.

ALCALDE, A. (2010), «La "gesta heroica" de Belchite. Construcción y pervivencia de un mito bélico franquista (1937-2007)», *Ayer* 80, pp. 193-214.

ALCALDE, A. (2014), *Los excombatientes franquistas,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

ALCALDE, A. (2017), «War Veterans and Fascism during the Franco Dictatorship in Spain (1936-1959)», *European History Quarterly* 47/1, pp. 78-98.

ALEGRE LORENZ, D. (2018a), *La Batalla de Teruel. Guerra total en España,* Madrid, La Esfera de los Libros.

ALEGRE LORENZ, D. (2018b), «Voluntariado de guerra en la Europa

bajo la ocupación alemana: reclutamiento, motivaciones, "ethos" y experiencias (1941-1945)», en D. Alegre Lorenz, M. A. Ibarra y J. Rodrigo (coords.), *Europa desgarrada: guerra, ocupación y violencia, 1900-1950,* pp. 339-388.

ALÍA MIRANDA, F. (2018), *Historia del Ejército español y de su intervención política: del Desastre del 98 a la Transición,* Madrid, La Catarata.

ALONSO IBARRA, M. (2020), «La oferta del Nuevo Estado. Propaganda e ideologización del combatiente sublevado en la guerra civil española (1936-1939)», *Historia y Política* 44, pp. 305-335.

ALONSO MONTERO, X. (2009), *Cartas de republicanos galegos condenados a morte,* Vigo, Xerais.

ALONSO, M.; KRAMER, A. y RODRIGO, J. (2019), «Introduction», en M. Alonso, A. Kramer y J. Rodrigo (eds.), *Fascist Warfare, 1922-1945,* Palgrave Macmillan, Cham.

ALPERT, M. (1982), *La reforma militar de Azaña,* Madrid, Siglo XXI de España.

ALPERT, M. (2007), *El Ejército Republicano en la Guerra Civil,* Madrid, Crítica.

ÁLVAREZ OBLANCA, W. y SERRANO, S. (2010), *La Guerra Civil en León,* León, Edilesa.

ÁLVAREZ, S. (1989), *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República. Aportaciones a la historia de la Guerra Civil española (1936-1939),* Sada, Ediciós do Castro.

AMORÓS, M. (2021), *¡No pasarán! Biografía de Dolores Ibárruri, Pasionaria,* Madrid, Akal.

ANGUERA, P. (2003), *El general Prim. Biografía de un conspirador,* Barcelona, Edhasa.

ARAQUISTÁIN, L. (1983), *Sobre la Guerra Civil y en la emigración,* Madrid, Espasa-Calpe.

ARENDT, H. (2006), *Eichmann en Jerusalén,* Barcelona, Debolsillo.

ARESTI ESTEBAN, N. (2001), *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX,* Bilbao, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea.

ARESTI ESTEBAN, N. (2012), «Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 42/2, pp. 55-72.

ARESTI ESTEBAN, N. (2018), «La peligrosa naturaleza de Don Juan. Sexualidad masculina y orden social en la España de entreguerras», *Cuadernos de historia contemporánea* 40, pp. 13-31.
ARESTI ESTEBAN, N. (2020), «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer* 117, pp. 333-347.
ASCH, S. (1955), «Opinions and Social Pressure», *Scientific American* 193/5, pp. 31-35.
BALFOUR, S. (2018), *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939),* Madrid, Península.
BALLBÉ, M. (1985), *Orden público y militarismo en la España contemporánea,* Madrid, Alianza.
BALLENILLA Y GARCÍA DE GAMARRA, M. (2010), *La Legión. 1920-1927,* Madrid, Fajardo el Bravo.
BARTOV, O. (2001), *The Eastern Front, 1941-45. German Troops and the Barbarsation of Warefare,* Nueva York, Palgrave.
BAUERKÄMPER, A. (2010), «Transnational Fascism: Cross-Border Relations between Regimes and Movements in Europe, 1922-1939», *East Central Europe* 37, pp. 214-246.
BAUERKÄMPER, A. (2017), «Between Cooperation and Conflict: Perspectives of Historical Research on Transnational Fascism», en A. Bauerkämper y G. Rossolinski-Liebe (eds.), *Fascism Without Borders: Transnational Connections and Cooperations Between Movements and Regimes in Europe from 1918-1945,* Nueva York, Berghahn Books, pp. 360-361.
BAUERKÄMPER, A. y ROSSOLINSKI-LIEBE, G. (2017), «Introduction: Fascism Without Borders: Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe, 1918-1945», en A. Bauerkämper y G. Rossolinski-Liebe (eds.), *Fascism Without Borders: Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918-1945,* Nueva York, Berghahn Books, pp. 1-38.
BENJAMIN, W. (2021), *Tesis sobre el concepto de la historia y otros ensayos sobre historia y política,* Madrid, Alianza.
BERAMENDI, J. (2021), *De provincia a nación. Historia del galleguismo político,* Vigo, Xerais.
BERAMENDI, J. y RIVERA, A. (2016), en «La nacionalización española.

Cuestiones de teoría y método», en F. Luengo Teixidor y F. Molina Aparicio (eds.), *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea,* Granada, Comares, pp. 3-32.
BERGER, G. y BALLÓ, T. (2021), *Les combatents. La història oblidada de les milicianes antifeixistes,* Barcelona, Rosa dels Vents.
BERNETE, M. J. (2007), «María, alcaldesa na II república», *Baúl de Artículos,* disponible en [http://clamorrepublicanoarticulos.blogspot.com/2007/08/mara-alcaldesa-na-ii-repblica.html].
BILLIG, M. (2014), *Nacionalismo banal,* Madrid, Capitán Swing.
BLANCO, M. y GÓMEZ, J. H. (O. F. M.) (1953), «Bio-bibliografía del Excelentísimo y M. R. P. Juan R. de Legísima», *Liceo Franciscano* VI/16-17, pp. 21-40.
BLINKHORN, M. (1990), *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe,* Londres, Taylor & Francis Group.
BLOCH, M. (1999), *Historia e historiadores,* Madrid, Akal.
BORREGUERO, C. (1989), *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII,* Valladolid, Universidad de Valladolid.
BOZZO, A. (1976), *Los partidos políticos y la autonomía de Galicia. 1931-1936,* Madrid, Akal.
BRANCIFORTE, L. (2009), «Legitimando la solidaridad femenina internacional: el Socorro Rojo», *Arenal* 16/1, pp. 27-52.
BRANCIFORTE, L. (2014), «El génesis femenino de la solidaridad internacional comunista en España», *Sociedad y Discurso* 25, pp. 57-74.
BRANCIFORTE, L. y ORSI PORTALO, R. (2007), «De la mística de la feminidad al mito de la belleza», en J. M. Estévez Saá y M. Estévez Sa (eds.), *Escritoras y pensadoras anglosajonas: otras voces y otras lecturas (siglos XVII al XX),* Sevilla, Arcibel, pp. 103-113.
BROWNING, Ch. (1992), *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland,* Londres, Penguin.
BUSQUETS, J. (1996), «La Asociación Militar Republicana (AMR) y la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA) y su relación con la masonería (1929-36)», en J. A. Ferrer Benimeli, *La masonería en la España del siglo XX,* Universidad de Castilla-La Mancha-Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 871-890.

CABO VILLAVERDE, M. (1998), *O agrarismo,* Vigo, A Nosa Terra.
CABO, M. y VEIGA ALONSO, X. R. (2014), «Una sociedad politizada en un liberalismo más que centenario», *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado incómodo,* Madrid, La Catarata, pp. 51-80.
CAMPELO GAÍNZA, J. (2014), «Era más que un nombre en una placa», *Boletín de Infantería de Marina* 23 (octubre), pp. 68-73.
CAMPELO GAÍNZA, J. (2017), *Desde 1557. Historia de la infantería de marina más antigua del mundo,* Zaragoza, HRM.
CARDONA, G. (1983), *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil,* Madrid, Siglo XXI de España.
CARDONA, G. (1996), «Las disidencias militares en la crisis del Estado», en J. A. Ferrer Benimeli, *La masonería en la España del siglo XX,* Universidad de Castilla-La Mancha-Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, pp. 891-910.
CARDONA, G. (2006), *Historia militar y de la Guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España,* Barcelona, Flor del Viento.
CARSTOCEA, R. (2015), «Breaking the Teeth of Time: Mythical Time and the "Terror of History" in the Rhetoric of the Legionary Movement in Interwar Romania», *Journal of Modern European History* 13/1, pp. 79-97.
CARSTOCEA, R. (2017), «Building a Fascist Romania: Voluntary Work Camps as Mobilisation Strategies of the Legionary Movement in Interwar Romania», *Fascism* 6/2, pp. 163-195.
CARSTOCEA, R. (2018), «Native Fascists, Transnational Anti-Semites: The International Activity of Legionary Leader Ion I. Moţa», en A. Bauerkämper y G. Rossoliński-Liebe, *Fascism without Borders, Transnational Connections and Cooperation between Movements and Regimes in Europe from 1918 to 1945,* Nueva York, Bergham Book, pp. 216-42.
CARSTOCEA, R. (2020), «Bringing out the dead. Mass funerals, cult of death and the emotional dimension of nationhood in Romanian interwar fascism», en A. Stynen, M. Van Ginderachter y X. M. Núñez Seixas (eds.), *Emotions and Everyday Nationalism in Modern European History,* Londres, Routledge.

CARSTOCEA, R. (2021), «Between Europeanisation and Local Legacies: Holocaust Memory and Contemporary Anti-Semitism in Romania», *East European Politics and Societies* 35/2, pp. 313-335.
CASANOVA, J. (2006), *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938,* Barcelona, Crítica.
CASANOVA, J. (2010b), *The Spanish Republic and Civil War,* Cambridge, Cambridge University Press.
CASANOVA, J. (coord.) (2010a), *Tierra y Libertad. Cien años de anarquismo en España,* Barcelona, Crítica.
CAZORLA, A. (2000), *Las políticas de la victoria: la consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953),* Madrid, Marcial Pons.
CAZORLA, A. (2016), *Miedo y progreso. Los de a pie bajo el franquismo,* Madrid, Alianza.
CAZORLA, A. y SHUBERT, A. (2018), «Sites Without Memory and Memory Without Sites: On the Failure of the Public History of the Spanish Civil War», en A. Riberiro de Menezes, A. Cazorla-Sanchez y A. Shubert (eds.), *Public Humanities and the Spanish Civil War: Memory and the Digital in Contested Histories,* Londres, Palgrave Macmillan, pp. 19-43.
CENARRO, Á. (2003), *La institucionalización del universo penitenciario franquista. En una inmensa prisión,* Barcelona, Crítica.
CENARRO, Á. (2006), «Movilización femenina para la guerra total. Un ejercicio comparativo», *Historia y Política* 16, pp. 159-182.
CEREZO, P. (2002), «Religión y laicismo en la España contemporánea. Un análisis ideológico», VVAA, *Religión y sociedad en España (siglos XIX y XX),* Madrid, Casa Velázquez, pp. 121-153.
CERVERA, J. (2006), *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939,* Madrid, Alianza.
CORRAL, P. (2006), *Desertores. La Guerra Civil que nadie quiere contar,* Madrid, Debate.
CRUZ, R. (1997), «Los estudios sobre anticlericalismo en España al final del milenio», *Ayer* 27, pp. 219-229.
CRUZ, R. (2002), «La sangre de España: Lecturas sobre historia de la violencia política en el siglo XX», *Ayer* 46, pp. 285-293.
CRUZ, R. (2006), *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936,* Madrid, Siglo XXI de España.

CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (1997), *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Madrid, Alianza.
CHEVALIER, G. (2009), *El miedo,* Madrid, Acantilado.
DÁVILA Y HUGUET, J. M.ª (1942), *«El Código de Justicia Militar», Legislación penal de los ejércitos de España,* Madrid, Aldecoa, pp. 80-83.
DE CASTRO Y CASTRO, M. (1984), *La Provincia Franciscana de Santiago. Ocho siglos de Historia,* Santiago de Compostela, Editorial El Eco Franciscano.
DE LA GRANJA, J. L.; BERAMENDI, J. y ANGUERA, P. (2001), *La España de los nacionalismos y las autonomías,* Madrid, Síntesis.
DEL ARCO BLANCO, M. (2020), «Las hambrunas europeas del siglo XX y el lugar de los "años del hambre"», en M. del Arco Blanco, *Los «años del hambre»: historia y memoria de la posguerra franquista,* Madrid, Marcial Pons, pp. 9-20.
DEL ARCO BLANCO, M. (2022), *Las cruces de la memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2021)*, Barcelona, Crítica.
DESPERTA FERRO (2020), *Cien años de la Legión 1920-2020. Cuadernos de Historia Militar,* Madrid, Desperta Ferro Ediciones.
DOLAN, A. (2006), *Commemorating the Irish Civil War: History and memory, 1923-2000,* Cambridge, Cambridge University Press.
DOMÍNGUEZ ALMANSA, A. (2008), «De los relatos de terror al protagonismo de la memoria: El golpe de Estado de 1936 y la larga sombra de la represión», *HAFO* 40, pp. 37-74.
DOMÍNGUEZ ALMANSA, A. *et al.* (2008), «La mujer en el vórtice del terror: golpe de Estado, represión y género (Galicia 1936-1939)», Perpiñán, Centro Español de los Pirineos Orientales.
DOMÍNGUEZ ALMANSA, A. *et al.* (2008a), «Mujer, memoria y represión», en el IX Congreso de Historia Contemporánea, organizado por la AHC Murcia (17, 18 y 19 de septiembre de 2008).
DOYLE, B. (2002), *Memorias de un rebelde sin pausa,* Madrid, ABBII.
DUARTE, Á. y GABRIEL, P. (2000), «¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?», *Ayer* 39, pp. 11-34.
EGIDO LEÓN, Á. (2021), *Manuel Azaña: entre el mito y la leyenda,* Madrid, Guillermo Escolar Editor.
EGIDO LEÓN, Á. (ed.) (2006), *Memoria de la Segunda República. Mito y*

realidad, Madrid, Biblioteca Nueva.
ELORZA, A. (1988). *Luis Bagaría. El humor y la política,* Barcelona, Anthropos.
ELORZA, A. (2013), *Anarquismo y utopía. Bakunin y la revolución social en España (1868-1936),* Madrid, Cinca.
EMAKUNDE (2012), *Situación penitenciaria de las mujeres presas en la cárcel de Saturrarán durante la guerra civil española y la primera posguerra,* Guipúzcoa, Emakunde.
ETCHEBÉHÈRE, M. (1977), *Mi guerra de España,* Barcelona, Plaza y Janés.
FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, A. (1990), *Ricardo Mella o el anarquismo humanista,* Barcelona, Anthropos.
FERNÁNDEZ GARCÍA, E. (2011), «Mujeres sitiadas: la compañía de Santa Bárbara de Girona», *Dossiers feministes* 15, pp. 63-75.
FERNÁNDEZ GARCÍA, E. y SANTIRSO RODRÍGUEZ, M. (2020), «Género y guerra, una encrucijada y una oportunidad», *Millars: Espai i historia* 48/1, pp. 9-15.
FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M. (2005), *La dinámica sociopolítica en Vigo durante la Segunda República,* Tesis doctoral de la USC, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago.
FERNÁNDEZ GUERRERO, O. (2012), «El hilo de la vida. Diosas tejedoras en la mitología griega», *Feminismo/s* 20, pp. 107-125.
FERNÁNDEZ PRIETO, L. (1993), «Represión franquista y desarticulación social en Galicia», *Historia social,* 15, pp. 49-65.
FERNÁNDEZ PRIETO, L. y MÍGUEZ MACHO, A. (ed.), *Golpistas e verdugos de 1936. Historia dun pasado incómodo,* Vigo, Galaxia, pp. 13-87.
FERNÁNDEZ PRIETO, L.; MÍGUEZ MACHO, A. y VILAVEDRA, D. (eds.) (2020), *1936. Un nuevo relato,* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
FERNÁNDEZ, E. y PEREIRA, D. (2004), *O anarquismo na Galiza. Apuntes para unha enciclopedia,* Santiago de Compostela, Positivas.
FERRER BENIMELI, J. A. (2013), «La masonería en el siglo XX», *Revista Estudios* 27, pp. 248-277.
FREÁN HERNÁNDEZ, O. (2006), *El movimiento libertario en Galicia. 1910-1936,* Sada, Ediciós do Castro.

FRIEDAN, B. (2009), *La mística de la feminidad,* Madrid, Cátedra.
FUSSEL, P. (2008), *Tiempo de guerra. Conciencia y engaño en la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, Turner.
GALLEGO, F. (2005), *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español,* Madrid, Síntesis.
GALLEGO, F. (2014), *El evangelio fascista. La formación de la cultura del franquismo,* Barcelona, Crítica.
GARCÍA SEGRET, J. (1982), *Abajo las dictaduras,* Vigo, Edición da Autora.
GARCÍA, H.; YUSTA, M.; TABET, X. y CLIMACO, C. (eds.) (2016), *Rethinking Antifascism: History, Memory and Politics, 1922 to the Present,* Nueva York, Berghahn Books.
GENTILE, E. (2007), *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista,* Madrid, Siglo XXI de España.
GERWARTH, R. (2017), *The Vanquished: Why the First World War Failed to End,* Londres, Penguin.
GERWARTH, R. y HORNE, J. (eds.) (2012), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War,* Oxford, OUP.
GIL ANDRÉS, C. (2006), *Lejos del frente: la guerra civil en la Rioja Alta,* Madrid, Crítica.
GIL PECHARROMÁN, J. (2013), *Sobre España inmortal, solo Dios. José María Albiñana y el partido nacionalista español (1930-1937),* Madrid, Editorial UNED.
GINARD, D. (2015), «Mujeres, juventud y activismo antifascista en la Europa mediterránea (1933-1945)», *Ayer* 100, pp. 97-121.
GIRARD, R. (2012), *La violencia y lo sagrado,* Barcelona, Anagrama.
GIRGSDIES, J. (2021), «Vagabond of War and Bridegrooms of Death? The Spanish Forein Legion and Civil War», en A. Alcalde, F. Chamberlin y F. J. Leira-Castiñeira, *The Crucible of Francoism. Combat, Violence, and Ideology in the Spanish Civil War,* Brighton and Eastbourne, Sussex Academic Press, pp. 113-132.
GOFFMAN, E. (2017), *La presentación de la persona en la vida cotidiana,* Buenos Aires, Amorroto.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2005), «Dossier: Juventud y política en la España contemporánea», *Ayer* 59.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2005a), *La España de Primo de Rivera (1923-*

1930). La modernización autoritaria, Madrid, Alianza.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2009), *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil contemporánea, 1865-2008,* Madrid, Alianza.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2011), *Contrarrevolucionarios. Radicalización violencia de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936,* Madrid, Alianza.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2014), *En nombre de la autoridad. La defensa del orden público durante la Segunda República,* Granada, Comares.
GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2015), *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española,* Granada, Comares.
GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2007), «La guerra civil de la espiritualidad: el catolicismo español y sus enemigos», en J. de la Cueva y F. Montero (eds.), *La secularización conflictiva. España (1898-1931),* Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 39-72.
GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2008), «Tradicionalismo, catolicismo y nacionalismo. La extrema derecha durante el régimen de la Restauración (1898-1930)», *Ayer* 71, pp. 25-52.
GONZÁLEZ DURO, E. (2012), *Las rapadas. El franquismo contra la mujer,* Madrid, Siglo XXI de España.
GONZÁLEZ MURILLO, P. (1998), *La política social franquista: el ministerio de José Antonio Girón de Velasco (1941-1957),* Tesis doctoral, Madrid, UCM.
GORDON, L. (2006), *Vindication: A Life of Mary Wollstonecraft,* Gran Bretaña, Virago.
GRAHAM, H. (2002), *The Spanish Republic at War, 1936-1939,* Cambridge, Cambridge University.
GRANDÍO, E. (2010), *La Segunda República en Galicia. Memoria, mito e historia,* Nigrán, Nigratrea.
GRANDÍO, E. (2011a), «El casarismo: de la ORGA a Izquierda Republicana», en E. Grandío y S. Casares, *La forja de un líder,* Madrid, Eneida, pp. 71-86.
GRANDÍO, E. (2013), «Rumores a gritos: ruidos de sables contra el Frente Popular», *Hispania Nova* 11, disponible en [http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d012.pdf].

GRANDÍO, E. (ed.) (2011), *Las columnas gallegas hacia Oviedo: diario bélico de la guerra civil española (1936-1937) de Faustino Vázquez Carril,* Bayona, Nigratrea.
GRIFFIN, R. (1991), *The Nature of Fascism,* Londres, Routledge.
HALBWACHS, M. (1968), *La mémoire collective,* París, PUF.
HERNÁNDEZ BURGOS, C. y LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2020), «Los rostros del hambre. Autarquía, experiencias de miseria y estrategias de supervivencia durante la posguerra franquista (1939-1951)», *Historia Social* 97, pp. 79-98.
HERNÁNDEZ DE MIGUEL, C. (2019), *Los campos de concentración de Franco: Sometimiento, torturas y muerte tras las alambradas,* Barcelona, Ediciones B.
HERNÁNDEZ MARTÍN, S. y RUIZ CASERO, L. A. (2020), «Mujeres combatientes en el Ejército Popular de la República (1936-1939)», en E. Higueras Castañeda, Á. L. López Villaverde y S. Nieves Chaves (coords.), *El pasado que no pasa: la Guerra Civil española a los ochenta años de su finalización,* pp. 277-292.
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, F. (2010), *El PCE en la Guerra Civil,* Tesis doctoral, Madrid, UCM.
HIGUERAS CASTAÑEDA, E. (2016a), *Con los Borbones, jamás. Biografía de Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895),* Madrid, Marcial Pons.
HIGUERAS CASTAÑEDA, E. (2016b), «Asociaciones secretas y republicanismo militar en la Restauración (1875-1890): entre la protesta profesional y la reivindicación política. Espacio, tiempo y forma», *Historia contemporánea* 28, Serie V, pp. 95-115.
IGLESIAS AMORÍN (2014), *La memoria de las guerras de Marruecos en España (1859-1936),* Tesis doctoral inédita, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago.
IGLESIAS AMORÍN (2016), «La cultura africanista en el Ejército español (1909-1975)», *Pasado y memoria* 15, pp. 99-122.
IORDACHI, C. (2004), «Charisma, Religion, Ideology: Romania's Interwar Legion of the Archangel Michael», en J. R. Lampe y M. Mazower (eds.), *Ideologies and National Identities: The Case of Twentieth-Century Southeastern Europe,* Budapest, Nueva York, CEU Press, pp. 19-53.
IORDACHI, C. y BLASCO SCIARRINO (2017), «War Veterans, Demobilization and Political Activism: Greater Romania in

Comparison», *Fascism* 6/1, pp. 75-117.
JENSEN, G. (2014), *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales,* Madrid, Biblioteca Nueva.
JONES, M. (2012), *El trasfondo humano de la guerra. Con el Ejército soviético en Stalingadro,* Barcelona, Crítica.
KALYVAS, S. (2010), *La lógica de la violencia en la guerra civil,* Madrid, Akal.
KALLIS, A. (2000), «The "Regime-Model" of Fascism: A Typology», *European History Quarterly* 30, pp. 77-104.
KALLIS, A. (2003a), «To expand or not to expand? Territory, generic fascism and the quest for an "ideal fatherland"», *Journal of Contemporary History* 38/2, pp. 237-260.
KALLIS, A. (2003b), «Fascism, "Para-fascism" and "Fascistization": On the similarities of three conceptual categories», *European History Quarterly* 33/2, pp. 219-249.
KALLIS, A. (2004), «Studying inter-war fascism in epochal and diachronic terms: Ideological production, political experience and the quest for "Consensus"», *European History Quarterly* 34/1, pp. 9-42.
KERRY, M. (2020), *Unite, Proletarian Brothers! Radicalism and Revolution in the Spanish Second Republic, 1931-1936,* Londres, University of London Press.
KIRK, T. y MCELLIGOTT, A. (eds.) (1999), *Opposing Fascism: Community, Authority and Resistance in Europe,* Cambridge, Cambridge University Press.
KLEMPLERER, V. (2001), *LTI. La lengua del Tercer Reich: Apuntes de un filólogo,* Barcelona, Minúscula.
LANERO TÁBOAS, M. (1996), *Una milicia de la justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945),* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
LEDESMA VERA, J. L. (2003), *Los días de llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la Guerra Civil,* Zaragoza, Instituto Fernando el Católico.
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2014), «Movilización militar y experiencia de guerra civil. Las actitudes sociales de los soldados del Ejército sublevado», en L. Fernández Prieto y A. Artiaga Rego (eds.), *Otras miradas sobre golpe, guerra y dictadura. Historia para un pasado*

incómodo, Madrid, La Catarata, pp. 150-178.
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2018), «Redescubriendo a Fraysel. Contexto sociopolítico e pensamiento dun exponente da poesía relixiosa galega do primeiro terzo so s. XX», en F. J. Leira Castiñeira, A. Requeixo y S. Eiján, *Poesía reunida,* Santiago de Compostela, Eco franciscano-Xunta de Galicia-Real Academia Galega, pp. 19-37.
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2020a), *De prisionero republicano a capellán insurgente. Las memorias del fraile Cándido Rial Moreira,* Pamplona, Eunsa.
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2020b), *Soldados de Franco. Reclutamiento forzoso, experiencia de guerra y desmovilización militar,* Madrid, Siglo XXI de España.
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. (2022), «La quinta columna de Mola y Ungría. El círculo azul de Cataluña», *Historia del Presente.*
LEIRA CASTIÑEIRA, F. J. y DOMÍNGUEZ-ALMANSA, A. (2018), «Reclutados para ganar. Movilización y respuesta de los soldados de Franco», *Ayer* 111, pp. 79-107.
LINES, L. M. (2002), *Milicianas. Women in combat in the Spanish Civil War,* Lanham, Lexintgton Books.
LÍSTER, E. (1977), *Memorias de un luchador,* Madrid, G. de Toro.
LIVEZEANU, I. (1995), *Cultural Politics in Greater Romania: Regionalism, Nation Building & Ethnic Struggle, 1918-1930,* Cornell University Press.
LUENGO LÓPEZ, J. (2012), «Homoerótica entre líneas. La degradación moral del soldado francés (1879-1914)», *Ayer* 87, pp. 45-66.
LUNDBERG, V. (2020), «"The Antifascist Kick": A Signifying Cultural Practice in the History of Transnational Antifascism?», *Fascism* 9/1-2, pp. 272-287.
LLANO RUIZ, G. (2016), *El voluntariado alavés durante la Guerra Civil,* Tesis doctoral inédita, Madrid, UCM.
MACÍAS FERNÁNDEZ, D. (2019), *Franco «nació en África»: Los africanistas y las campañas de Marruecos,* Madrid, Tecnos.
MADARIAGA, M. R. (1999), *España y el Rif: crónica de una historia casi olvidada,* Melilla, UNED-Centro Asociado de Melilla.
MADARIAGA, M. R. (2015), *Los moros que trajo Franco,* Madrid, Alianza.

MÁIZ, B. (2017), *Amada García e os seus arredores. Represión en ferrol visión dun tempo republicano,* Ferrol, Émbora.
MARTÍNEZ DE BAÑOS CARRILLO, F. (2005), *Fermín Galán Rodríguez. El capitán que sublevó Jaca,* Zaragoza, Delsan Libros.
MARTÍNEZ REVERTE, J. (2009), *El arte de matar. Cómo se hizo la guerra civil española,* Madrid, RBA.
MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, M. V. (2009), «Galegas nos cárceres do Franquismo: O Penal de Saturrarán», *ADRA* 4, pp. 51-62.
MARTÍNEZ RUS, A. (2018), *Milicianas. Mujeres republicanas combatientes,* Madrid, La Catarata.
MATEOS SILLERO, S. (2013), «Construcción de la feminidad normativa y sujeto político», *Investigaciones feministas* 4, pp. 297-321.
MATTHEWS, J. (2013), *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la guerra civil 1936-1939,* Madrid, Alianza.
MATTHEWS, J. (2014), «Comisarios y capellanes en la Guerra Civil española, 1936-1939. Una mirada comparativa», *Ayer* 94, pp. 175-199.
MATTHEWS, J. (2020), «Los soldados de a pie de las dos Españas: El servicio militar obligatorio en la guerra civil española», en J. Matthews, *España en Guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica,* Madrid, Alianza, pp. 93-118.
MATTHEWS, J. y ALPERT, M. (2021), «"Sin otras armas que la barrera de sus pechos". Las columnas armadas republicanas en la fase de milicias de la guerra civil española», en J. Matthews, *España en guerra. Sociedad, cultura y movilización bélica,* Madrid, Alianza, pp. 39-64.
MCADAM, D. *et al.* (2007), *La dinámica de la contienda política,* Barcelona, Hacer.
MCALLISTER, I. y STUDLAR, D. (1991), «Bandwagon, Underdog, or Projection? Opinion Polls and Electoral Choice in Britain, 1979-1987», *The Journal of Politics* 53, pp. 720-740.
MCGARRY, F. (1999), *Irish Politics and the Spanish Civil War,* Cork, Cork University Press.
MCGARRY, F. (2002), «Irish Newspapers and the Spanish Civil War», *Irish Historical Studies* 33/129, pp. 68-90.
MCGARRY, F. (2009), *Eoin O'Duffy. A self-Made Hero,* Oxford, Oxford University Press.
MCLOUGHLIN, B. y O'CONNOR, E. (2020), *In the Spanish Trenches.*

The minds and deeds of the Irish who fought for the República in the Spanish Civil War, Dublín, UCD Press.
MERA COSTAS, P. (2011), «A distancia aproximada. Las biografías paralelas de Casares Quiroga y Portela Valladares», en E. Grandío y S. Casares, *La forja de un líder,* Madrid, Eneida, pp. 127-152.
MERA COSTAS, P. (2014), «Perseguidos en el limbo. La primera represión de la masonería gallega», *Historia Actual Online* 33, pp. 93-105.
MERA COSTAS, P. (2016), *Monárquico, republicano, liberal. Biografía política de Manuel Portela Valladares,* Tesis doctoral, Madrid, UCM.
MILGRAM, S. (1974), *Obedience to Authority; An Experimental View,* Nueva York, HarperCollins.
MOLINA LUQUE, J. F. (1996), *Quintas y servicio militar. Aspectos sociológicos y antropológicos de la conscripción (Lleida, 1878-1960),* Lleida, Servei Publicacions.
MONKS, J. (2012), *Con los rojos en Andalucía. Memorias de un brigadista irlandés,* Sevilla, Renacimiento.
MORCILLO, A. (1995), «The Construction of Gender Roles: Women in Contemporary Spain», en *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War,* Denver, Arden, pp. 7-42.
MORCILLO, A. (2015), *En cuerpo y alma. Ser mujer en tiempos de Franco,* Madrid, Siglo XXI de España.
MOREIRO, J. (2004), *Mihura. Humor y melancholia,* Madrid, Algaba.
MORENO LUZÓN, J. (2011), «Hacer patria, defender la nación. El españolismo de los liberales monárquicos en el reinado de Alfonso XIII», en J. Moreno Luzón, *Izquierdas y nacionalismos en la España contemporánea,* Madrid, Pablo Iglesias, pp. 85-118.
MORENO LUZÓN, J. (2013), «Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)», *Hispania* 73/244, pp. 319-348.
MORENO SECO, M. (2005), «Republicanas y República en la guerra civil: encuentros y desencuentros», *Ayer* 60/4, pp. 165-195.
MOŢA, I. (1990), *Testamento de Ion Moţa,* Múnich, Colectia «Europa» München.
MUÑOZ ABELEDO, L. (2003), *Los mercados de trabajo en las industrias*

marítimas de Galicia. Una perspectiva histórica. 1870-1936, Tesis doctoral, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.
NAGORE YARNOZ, J. (1986), *En la primera de Navarra. Memorias de un voluntario en Radio Requeté de Campaña,* Madrid, Dyrsa.
NASH, M. (1999), *Rojas: las mujeres republicanas en la guerra civil,* Madrid, Taurus.
NASH, M. (2014), *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género,* Madrid, Alianza.
NASH, M. (ed.) (1975), *Mujeres libres: España 1936-1939,* Barcelona, Tusquets.
NAVAJAS ZUBELDIA, C. (1991), *Ejército, Estado y sociedad en España (1927-1930),* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
NERÍN, G. (2005), *La guerra que vino de África,* Barcelona, Crítica.
NÚÑEZ DÍAZ-BALART, M. (2001), «La infancia "redimida": el último eslabón del sistema penitenciario franquista», *Historia y comunicación social* 6, pp. 137-148.
NÚÑEZ FLORENCIO, R. y ESPADAS BURGOS, M. (1990), *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906),* Madrid, CSIC.
NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2006), *¡Fuera el invasor!,* Madrid, Marcial Pons.
NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2018), *Suspiros de España,* Barcelona, Crítica.
NÚÑEZ SEIXAS, X. M. (2021), *Guaridas del lobo. Memorias de la Europa autoritaria, 1945-2020,* Barcelona, Crítica.
O'DONNELL, P. (2019), *¡Salud! Un irlandés en la Guerra Civil española,* Salamanca, Amarú.
OTERO-GONZÁLEZ, U. (2020), «Gender Labor Policies in the Franco Dictatorship (1939-75): The Discursive Construction of Normative Femininity», *Journal of Nationalism Memory and Language Politics* 14/2, pp. 196-225.
OTHEN C. (2013), *Franco's International Brigades: Adventurers, Fascists, and Christian Crusaders in the Spanish Civil War,* Columbia, CUP.
PAXTON, R. O. (2005), *The Anatomy of Fascism,* Nueva York, Alfred A. Knopf.
PEÑASCO DE LA PUENTE, H. y CAMBRONERO, C. (1990), *Las calles de Madrid. Noticias, tradiciones y curiosidades,* Madrid, Fernando Plaza del Amo, S. L.

PEREIRA, D. (1994), *A CNT na Galiza (1922-1936),* A Coruña, Laiovento.
PETCHEN, S. (2002), «España y el Vaticano del Concordato de 1851 al de 1853», VVAA, *Religión y sociedad en España (siglos XIX y XX),* Madrid, Casa Velázquez, pp. 21-32.
PINTO CEBRIÁN, F. (2011), *Ejército e historia: el pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica,* Tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid.
PÍRIZ, C. (2022), «Propaganda de exterminio: la Quinta Columna como psicosis colectiva», *Abraham Lincoln Brigade Archives,* George Watt Prize (consultado el 12 de mayo de 2021).
POOVEY, M. (1986), *The Proper Lady and the Woman Writer: Ideology as Style in the Works of Mary Wollstonecraft, Mary Shelley and Jane Austen,* Chicago, University of Chicago Press.
PRADA, J. (2015), *Marcharon con todo. La represión económica en Galicia durante el primer franquismo,* Madrid, Biblioteca Nueva.
PRADA, J. y DÍAZ ALONSO, X. (2013), «La represión franquista sobre las mujeres en la provincia de Pontevedra», en J. Prada (ed.), *Franquismo y represión de género en Galicia,* Madrid, La Catarata, pp. 193-231.
PRESTON, P. (1998), *Las tres Españas del 36,* Barcelona, Plaza & Janés.
PREZIOSO, S. (2015), «Fighting Fascism With its Own Weapons: A Common Dark Side?», en C. Millington y K. Passmore (eds.), *Political Violence and Democracy in Western Europe, 1918-1940,* Londres, Palgrave Macmillan.
PROST, A. (1977), *Les Anciens Combattants et la Societé Française 1914-1939,* París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
PUELL DE LA VILLA, F. (1996), *El soldado desconocido: de la leva a la «mili» (1700-1912),* Madrid, Biblioteca Nueva.
PUELL DE LA VILLA, F. (2005), *Historia del Ejército en España,* Madrid, Alianza.
PUELL DE LA VILLA, F. (2008), *Historia de la Protección Social Militar (1265-1978). De la Ley de Partidas al ISFAS,* Madrid, Instituto Social de las Fuerzas Armadas.
PYROOZ, D. y DENSLEY, J. (2018), «On Public Protest, Violence, and Street Gangs», *Society* 55, pp. 229-236.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A. (2008), *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930),* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
RAMOS PALOMO, D. (2000), «La ciudadanía y la historia de las mujeres», *Ayer* 39, pp. 247-253.
RESA, J. M. (1968), *Memorias de un requeté,* Barcelona, Bayer Hnos y Cía.
REVERTE, J. M. y MARTÍNEZ ZAUNER, M. (2021), *De Madrid al Ebro. Las grandes batallas de la guerra civil española,* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
REY REGUILLO, F. (2019), *Retaguardia roja. Violencia y revolución en la guerra civil española,* Barcelona, Galaxia Gutenberg.
RIBEIRO DE MENESES, F. (2001), *Franco and the Spanish Civil War,* Londres, Routledge.
RÍOS LAZCANO, I. (1998), *Testimonio de la Guerra Civil,* Sada, Edicións do Castro.
RODRIGO, A. (1997), *Mariana Pineda, heroína de la libertad,* Madrid, Compañía Literaria.
RODRIGO, J. (2005), *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1939,* Barcelona, Crítica.
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. (2003), *León bajo la dictadura franquista (1936-1951),* León, Universidad de León.
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J. y BERZAL DE LA ROSA, E. (2009), *El testamento del capitán Lozano: «la paz de España y de la Humanidad». El valor de un juramento. Militares y milicianos en defensa de la República,* León, Fundación 27 de marzo, pp. 185-186.
RODRÍGUEZ LAGO, J. R. (2012), *La Iglesia católica en Galicia (1910-1936),* Santiago de Compostela, Andavira.
RODRÍGUEZ TEIJEIRO, D. (2009), «A Igrexa nas prisións de Franco (1936-1945)», *Revista de investigación en educación* 6/1, pp. 92-103.
RODRÍGUEZ TEIJEIRO, D. (2011), *Las cárceles de Franco. Configuración, evolución y función del sistema penitenciario franquista (1936-1945),* Madrid, La Catarata.
RUIZ GARRIDO, B. (2005), «Cultura franciscana contemporánea. La conmemoración del VII Centenario de la muerte de san Francisco de Asís», *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e historia* 27, pp. 61-78.

RYAN, F. (2019), *El Libro de la XV Brigada. Relatos y testimonios de la Guerra Civil española,* Salamanca, Amarú.
SALAS LARRAZÁBAL, R. (2006), *Historia del Ejército Popular de la República,* Madrid, La Esfera de los Libros.
SALOMÓN CHÉLIZ, P. (2007), «Ante la cuestión religiosa: laicismo y cultura política republicana», en M. Ballarin y J. L. Ledesma, *Avenida de la República. Actas del II Encuentro Historia y compromiso: Sueños y Realidades para una República,* Zaragoza, Cortes de Aragón, pp. 123-140.
SÁNCHEZ PÉREZ, F. (ed.) (2013), *Los mitos del 18 de julio,* Barcelona, Crítica.
SANFELIÚ GIMENO, L. (2010), «Derechos políticos y educación ciudadana: Feminismos progresistas en el primer tercio del siglo XX», *Historia social* 67, pp. 113-129.
SAZ, I. (2003), *España contra España,* Madrid, Marcial Pons.
SAZ, I. (2004), *Fascismo y franquismo,* Valencia, Universidad de Valencia.
SCOTT, J. C. (1997), «Formas cotidianas de rebelión campesina», *Historia Social* 28, pp. 13-39.
SCOTT, J. C. (2003), *Los dominados y el arte de la resistencia,* Tafalla, Txalaparta.
SCOTT, J. W. (1988), *Gender and the Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press.
SCOTT, J. W. (1996), *Feminism and History* (A volume in the Oxford series, Readings in Feminism), Oxford, Oxford University Press.
SCHUBERT, A. (1984), *Hacia la Revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934,* Barcelona, Grijalbo.
SEIDMAN, M. (1997), «Frentes en calma de la guerra civil», *Historia Social* 27, pp. 37-59.
SEIDMAN, M. (2012), *La Victoria Nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil,* Madrid, Alianza.
SEIDMAN, M. (2017), *Transatlantic Antifascisms. From the Spanish Civil War to the End of World War II,* Cambridge, Cambridge University Press.
SERRANO SÁENZ DE TEJADA, G. (2013), *De la Guerra de Marruecos y el combate que no debió ser,* Madrid, Ministerio de Defensa.
SERRANO, C. (2000), «Mariana Pineda (1804-1831): mujer, sexo y

heroísmo», en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma, *Liberales, agitadores y conspiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX,* Madrid, Espasa, pp. 99-126.
SEVILLANO CALERO, F. (2016), «Política y criminalidad en el Nuevo Estado franquista. La criminalización del enemigo en el derecho penal de la posguerra», *Historia y Política* 35, pp. 289-311.
SHERIF, M., y HOVLAND, C. I. (1980), *Social judgment: Assimilation and contrast effects in communication and attitude change,* Westport, Greenwood Press.
SOUTO KUSTRÍN, S. (2005), «Entre el Parlamento y la calle: políticas gubernamentales y organizaciones en la Segunda República», *Ayer* 59, pp. 97-122.
SOUTO KUSTRÍN, S. (2007), «Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis», *Historia Actual Online* 13, pp. 171-192.
SOUTO KUSTRÍN, S. (2020), «Violencia política, organizaciones paramilitares y democracia en el período de entreguerras», *Rubrica contemporanea* 9/18, pp. 75-93.
STRADLING, R. A. (1999), *The Irish and the Spanish Civil War, 1936-1939,* Mánchester, Manchester University Press.
TALBOT, C. I. (2018), *The Practice of Socialist Internationalism: European Socialists and International Politics, 1914-1960,* Oxford, Oxford University Press.
TARROW, S. (2005), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política,* Madrid, Alianza.
TÉBAR RUBIO-MANZANARES, I. (2015), *La representación del enemigo en el Derecho penal del primer franquismo (1938-1944),* Tesis doctoral, Alicante, Universidad de Alicante.
THOMÀS, J. T. (2015), *Franquistas contra franquistas,* Barcelona, Debate.
TODD, J. (1986), *Sensibility: An introduction,* Londres, Methuen.
TOGORES SÁNCHEZ, L. E. (2016), *Historia de la Legión española,* Madrid, La Esfera de los Libros.
TOTU, N. (1970), *Notas del frente español,* Madrid, Dacia.
TREMLETT, G. (2020), *Las Brigadas Internacionales. Fascismo, libertad y la Guerra Civil española,* Barcelona, Debate.
TUSELL, J. y QUEIPO DE LLANO, G. (1993), *El catolicismo mundial y*

la guerra de España, Madrid, BAC.
UGARTE LOPETEGUI, M. A. (2011), «Saturrarán. Solo quedan los tamarindos», *Studia histórica. Historia contemporánea* 29, pp. 267-280.
VADILLO MUÑOZ, J. (2021), *Historia de la CNT. Utopía pragmatismo y revolución,* Madrid, La Catarata.
VAN GENNEP, A. (1986), *Los ritos de paso,* Madrid, Taurus.
VEIGA, F. (1989), *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941,* Barcelona, Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
VIDALI, V. (1973), *El quinto regimiento,* México, Grijalbo.
VILLAR, P. (2004), *Memoria, Historia e historiadores,* Granada, UGR-UV.
VINCENT, M. (1999), «The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade», *History Workshop Journal* 47, pp. 68-98.
VINCENT, M. (2006), «La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista», *Cuadernos de Historia Contemporánea* 28, pp. 131-151.
VINYES, R. (2002), *Irredentas,* Madrid, Temas de Hoy.
VIÑAS, A. (2021), *El gran error* d*e la República,* Barcelona, Crítica.
WRIGHT, S. (2021), «"My Husband… is an Authentic Psychopath": Spanish Civil War Veterans, Mental Illness and the Francoist Regime», *Social History of Medicine* 34/4, pp. 1236-1255.
YUSTA RODRIGO, M. (2008), «Mujeres Antifascistas Españolas (1946-1950)», *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea* 7, pp. 143-163.
ZUGASTI, P. (2008), *La clase obrera hace historia. Raíces históricas (1840-1910),* Salamanca, Fundación Emmanuel Mounier.

LISTADO DE ABREVIATURAS

AFAR	Archivo de la Familia Alonso Rillo
AFCP	Archivo Familiar Castiñeira Pérez
AGA	Archivo General de la Administración
AGMAV	Archivo General Militar de Ávila
AGMS	Archivo General Militar de Segovia
AHN	Archivo Histórico Nacional
AIRMNO	Archivo Intermedio Militar Noroeste
AIT	Asociación Internacional de los Trabajadores
AMA	Asociación de Mujeres Antifascistas
AMGF	Agrupación de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo
AMR	Asociación Militar Republicana
APCG	Archivo Personal de Campelo Gaínza
APFS	Archivo de la Provincia Franciscana de Santiago
ARM	Asociación Revolucionaria Militar
ATMIV	Archivo Tribunal Militar IV
BBII	Brigadas Internacionales
CDMH	Centro Documental de la Memoria Histórica
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CNA	Comité Nacional de Ayuda a las Víctimas de la represión de Octubre
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CRG	Confederación Regional Galaica
CRIM	Centro de Reclutamiento, Instrucción y Movilización
DNE	Delegación Nacional de Excombatientes
DNP	Delegación Nacional de Propaganda
EPR	Ejército Popular de la República
ERAR	Escala de la Reserva Auxiliar Retribuida
FAI	Federación Anarquista Ibérica

FE de las JONS	Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FET y de las JONS	Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FIJL	Federación Ibérica de Juventudes Libertarias
FJS	Federación de Juventudes Socialistas
FP	Frente Popular
FSL	Federación Socialista Leonesa
FTRE	Federación de Trabajadores de la Región Española
IR	Izquierda Republicana
IRA	Ejército Republicano Irlandés
IRB	Hermandad Republicana Irlandesa
JDN	Junta de Defensa Nacional
JSU	Juventudes Socialistas Unificadas
JTE	Junta Técnica del Estado
MAOC	Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas
OFM	Orden de los Frailes Menores (franciscanos)
ORGA	Organización Republicana Gallega Autónoma
PCE	Partido Comunista de España
PCI	Partido Comunista Irlandés
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PG	Partido Galeguista
PNE	Partido Nacionalista Español
PNF	Partito Nazionale Fascista
PNV	Partido Nacionalista Vasco
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista
PRG	Partido Regionalista Gallego
PRRS	Partido Republicano Radical Socialista
PRRSI	Partido Republicano Radical Socialista Independiente
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSUC	Partido Socialista Unificado de Cataluña
SA	*Sturmabteilung* (Sección de Asalto)

SIM	Servicio Información Militar
SIPM	Servicio de Información y Policía Militar
SNEC	Servicio Nacional de Encuadramiento y Colocación
SR	Socorro Rojo
SS	*Schutzstaffel* (Escuadrón de Protección)
UDC	Unió de Dones de Catalunya
UGT	Unión General de Trabajadores
UMD	Unión Militar Democrática
UME	Unión de Militares Españoles
UME	Unión de Mujeres Españolas
UMRA	Unión de Militares Republicanos Antifascistas
URSS	Unión Socialista de Repúblicas Soviéticas
VOT	Venerable Orden Tercera
WILPF	Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad

akal ANVERSO

PINCHE AQUÍ

FRANCISCO J.
LEIRA CASTIÑEIRA

LOS NADIES DE LA GUERRA DE ESPAÑA

Document Outline

- Portadilla
- Contraportada
- Legal
- Dedicatoria
- Introducción
- Agradecimientos
- I. QUERIDA HERMANA
- II. DE LARACHE A ARAGÓN
- III. ¿MILITAR, PACIFISTA Y SOCIALISTA?
- IV. SANGRE EN LOS MAITINES
- V. A TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO
- VI. LOS RETALES DE LAS BANDERAS
- VII. ¿LA GUERRA NO TIENE ROSTRO DE MUJER?
- VIII. MARICAS Y AFEMINADOS
- IX. «PODER DE ADAPTACIÓN»
- X. PRESAS DE UNA SOCIEDAD CIVIL ROTA
- XI. PREGUNTAS E INCERTEZAS
- BIBLIOGRAFÍA
- LISTADO DE ABREVIATURAS